

SØREN SVEISTRUP EL CASO HARTUNG

Por el autor de
The Killing



El caso Hartung

Søren Sveistrup

Traducción de Lisa Pram



Rocaeditorial

EL CASO HARTUNG

Søren Sveistrup

UNA NOVELA NEGRA ADICTIVA ESCRITA POR EL
GUIONISTA Y CREADOR DE LA SERIE *THE KILLING*.

Una mañana de octubre en un tranquilo suburbio de Copenhague, la policía realiza un terrible descubrimiento. Una joven ha sido asesinada y abandonada en un parque infantil. Le han amputado una mano y sobre el cadáver cuelga una pequeña figura hecha con castañas.

La joven inspectora Naia Thulin es la encargada del caso. Su compañero, Mark Hess, es un inspector descontento que recientemente ha sido expulsado de la sede central de Europol, en La Haya. En la figura de castañas descubren una misteriosa huella que les llevará a una niña, la hija de la ministra de Asuntos Sociales Rosa Hartung, desaparecida un año antes y que presuntamente está muerta. Un hombre confesó el crimen en su momento y el caso consta como resuelto y cerrado desde hace varios meses.

Al cabo de poco aparece otra mujer asesinada y de nuevo encuentran una figura de castañas con la huella que les lleva a la niña.

Thulin y Hess presienten que los asesinatos están relacionados, pero ¿cuál es la conexión? Thulin y Hess trabajan contra reloj porque temen que el asesino siga matando y creen que todavía no ha logrado su cometido final.

ACERCA DEL AUTOR

Søren Sveistrup es el internacionalmente reconocido guionista, creador y productor de varias series de televisión. Entre 2007 y 2012 Sveistrup fue el creador y escritor de la serie *The Killing*, galardonada con numerosos premios y vendida a más de cien países en todo el mundo, así como adaptada en su versión americana por AMC y Fox Television Studios. Ha escrito numerosos guiones cinematográficos, como *The Day Will Come* o bien la adaptación del famoso *thriller* de Jo Nesbø *El muñeco de nieve*. Nacido en 1968, tiene un máster en Literatura e Historia de la Universidad de Copenhague y se graduó en guion audiovisual por la Escuela de Cine Danesa.

ACERCA DE LA OBRA

«Un *thriller* vertiginoso y lleno de adrenalina que te atrapa en cada línea. Lo devorarás.»

A. J. FINN, AUTOR DE *LA MUJER EN LA VENTANA*

Índice

Portadilla

Acerca del autor

MARTES, 31 DE OCTUBRE DE 1989

1

LUNES 5 DE OCTUBRE, PRESENTE

2

MARTES 6 DE OCTUBRE, PRESENTE

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24
25
26
27

LUNES 12 DE OCTUBRE, PRESENTE

28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44

MARTES 13 DE OCTUBRE, PRESENTE

45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56

57
58
59
60
61
62

VIERNES 16 DE OCTUBRE, PRESENTE

63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78

MARTES 20 DE OCTUBRE, PRESENTE

79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89

90
91
92
93
94
95
96
97
98

VIERNES 30 DE OCTUBRE, PRESENTE

99
100
101
102
103
104
105
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123

MARTES 3 DE NOVIEMBRE, PRESENTE

124

125

126

127

128

MIÉRCOLES 4 DE NOVIEMBRE, PRESENTE

129

130

Agradecimientos

Créditos

Para mis queridos hijos Silas y Sylvester

MARTES, 31 DE OCTUBRE DE 1989

*H*ojas amarillentas y rojizas planean entre los rayos de sol para posarse sobre el asfalto mojado, que secciona el bosque como un oscuro y brillante río. Cuando las recorre el blanco coche oficial, se levantan en el aire formando remolinos durante unos instantes antes de volver a acomodarse sobre los pegajosos montones situados en los laterales de la carretera.

Marius Larsen levanta el pie del acelerador y disminuye la velocidad en la curva. Toma nota mental de que tiene que avisar a los de la brigada de limpieza viaria del municipio para decirles que lleguen hasta aquí con las máquinas; tantas hojas amontonadas durante demasiado tiempo ponen en riesgo el agarre del coche y eso puede costar vidas. No es la primera vez que Marius tiene que avisarles. Lleva cuarenta y un años en el cuerpo de policía y los últimos diecisiete como jefe. Y cada otoño tiene que recordárselo a los chicos. Pero no podrá ser hoy porque tiene que concentrarse en la conversación.

Marius Larsen manipula los botones de la radio del coche con irritación porque no encuentra el canal que busca. En las noticias hablan de Gorbachov y Reagan y se especula acerca de la caída del Muro de Berlín. Comentan que es inminente. Que nos adentramos en una nueva época.

Hace mucho que sabe que tiene que tener esta conversación, pero no consigue armarse de valor. En teoría se jubila en una semana, o por lo menos eso es lo que cree su mujer. Así pues, es el momento de contarle la verdad. Que no puede vivir sin su trabajo. Que ya lo ha dejado todo atado para posponer la decisión. Que al principio creía que sí, pero que todavía no se siente preparado para quedarse en casa calentando sofá, viendo *La ruleta de la fortuna*. Tampoco se ve rastrillando hojas en el jardín ni jugando a las cartas con los nietos.

Parece fácil cuando imagina cómo irá la conversación mentalmente, pero Marius sabe que su mujer se pondrá triste. Se sentirá decepcionada y ya la visualiza levantándose de la mesa para ir a la cocina y poniéndose de repente

a limpiar el horno mientras le murmura que «lo entiende perfectamente» sin mirarle a la cara. Pero ella no puede entenderle. Y por eso mismo, cuando saltó el aviso por la emisora hace escasos diez minutos, enseguida se puso en contacto con comisaría para confirmar que se personaría él mismo y así de paso aplazaría la conversación. Normalmente se habría molestado por tener que conducir hasta tan lejos, cruzar los campos agrícolas y luego el denso bosque para llegar hasta la granja de Ørum y amonestarlo por no mantener el ganado asegurado dentro de las cercas. No es la primera vez que algún cerdo o incluso una vaca ha roto el vallado y ha acabado merodeando por los campos vecinos hasta que Marius o uno de sus hombres se han desplazado hasta el lugar para obligar a Ørum a reaccionar. Pero hoy no le ha molestado tanto como otras veces. Obviamente había pedido que desde comisaría llamaran por teléfono tanto a casa de Ørum como a su trabajo a tiempo parcial en el ferri, pero al no poder localizarlo en ninguno de los dos sitios, ha decidido dar la vuelta e ir para allá.

Marius sintoniza una emisora que emite música danesa de todas las épocas. «Den Knaldrøde Gummibåd» llena el habitáculo del viejo Ford Escort y Marius sube el volumen. Le gusta el otoño y disfruta del trayecto. Disfruta viendo los árboles de hojas amarillas, rojas y marrones mezclados con los de hoja perenne. Y de la creciente expectación que siente cuando comienza la temporada de caza, que justo acaba de empezar. Baja la ventanilla, el sol pasa entre las ramas de los árboles para repartir manchas de luz sobre el asfalto y Marius olvida por un instante la edad que tiene.

En la granja reina el silencio cuando se apea del coche. Cierra la puerta de golpe y en ese momento cae en la cuenta de que hace mucho tiempo que no viene por aquí. La granja se ve un poco dejada. Un par de ventanas del establo están rotas, algunas paredes de la vivienda tienen desconchados y parece que los castaños que rodean la finca hubieran engullido los columpios solitarios que se distinguen entre la maleza. El patio central está cubierto de hojas y castañas caídas que crujen bajo sus pies cuando se acerca a la entrada principal. Llama a la puerta.

Insiste hasta tres veces y grita el nombre de Ørum hasta que se da cuenta de que no le van a abrir y desiste. No debe de haber nadie en la granja, así que saca un bloc de notas y deja un aviso en el buzón. Dos cuervos sobrevuelan el recinto en ese momento y desaparecen detrás del tractor Massey Ferguson, que está aparcado delante del granero. Marius ha hecho todo el camino hasta

aquí y ahora no puede cumplir su misión. Tendrá que acercarse al puerto para hablar con Ørum en persona. Pero la irritación creciente no le dura mucho porque, cuando está volviendo al coche, de repente se le ocurre una idea. No es el tipo de hombre al que se le ocurran esas cosas, así que es una suerte que haya venido hasta aquí, en vez de ir directamente a casa para mantener la conversación que tiene pendiente con su mujer. A modo de tirita para el dolor que le ocasionará con su cambio de plan, le propondrá hacer una escapadita a Berlín. Pueden ir una semana, o por lo menos un fin de semana, en cuanto él se pueda tomar unos días libres. Pueden conducir por su cuenta, experimentar la libertad de viajar ellos dos solos, descubrir parajes históricos y también comer *knödel* con *sauerkraut* como hicieron hace tantos años, cuando fueron de acampada a Harzen, con los niños. Está a punto de llegar a su coche y entonces descubre por qué están allí los cuervos: revolotean alrededor de una masa blanca y pálida y, al acercarse más, ve que es un cerdo. Aunque los ojos están muertos, el cuerpo se sacude y tiembla, como si quisiera ahuyentar las aves, pero estas no se sienten intimidadas y siguen tragándose la carne del animal a través de una gran herida de bala que tiene en la cabeza.

Marius abre la puerta principal. La entrada está a oscuras y le llega el olor a humedad y a otra cosa, que en este momento no sabe exactamente qué es.

—Ørum. Policía.

Nadie responde, pero oye agua corriendo en alguna parte de la casa y decide entrar en la cocina. La chica es adolescente; tiene unos dieciséis o diecisiete años. Su cuerpo sigue sentado en la silla de la cocina, delante de la mesa, y lo que todavía queda de su cara destrozada está sumergido en un bol lleno de copos de avena. Sobre el suelo de linóleo y al otro lado de la mesa hay otro cuerpo sin vida. También es un adolescente, quizás un poco mayor que la chica, y tiene un tiro a bocajarro en el pecho. Su cabeza queda elevada porque está apoyada en el mueble del horno. Marius Larsen se queda petrificado. Obviamente ha visto cadáveres antes, pero nunca algo como esto. Durante unos instantes se queda inmóvil, antes de sacar su arma reglamentaria de la funda del cinturón.

—¿Ørum?

Marius avanza y sigue llamando, pero ahora empuña la pistola ante él. Nadie contesta. Marius encuentra el siguiente cadáver en el baño y esta vez

tiene que taparse la boca con la mano para no vomitar. El agua sale a borbotones del grifo de la bañera, que rebosa, y se derrama sobre el suelo de terrazo, en dirección al desagüe, para mezclarse con la sangre. La mujer desnuda, que seguramente es la madre, yace sobre el suelo en una postura retorcida. Un brazo y una pierna están separados del torso. En el informe de la autopsia que se hará posteriormente se especificará que las secciones se han producido golpeando con un hacha múltiples veces contra la víctima, que al principio se encontraba en la bañera y que al ser agredida intentó huir arrastrándose por el suelo. También indicará que inicialmente intentó defenderse con manos y pies, que por ello aparecen con heridas múltiples. Es imposible reconocer la cara de la mujer, porque el hacha también se ha utilizado para aplastarle el cráneo. Es probable que Marius Larsen se hubiera quedado paralizado ante semejante escena, pero de repente percibe un sutil movimiento por el rabillo del ojo. Medio tapado por la cortina de ducha que ha quedado tirada en el rincón, nota la presencia de alguien.

Retira la cortina con cautela. Es un niño. Cabello revuelto, unos diez u once años. Yace inerte en un charco de sangre, pero la esquina de la cortina que todavía le cubre la boca vibra débil, espasmódicamente. Marius se agacha con rapidez sobre el cuerpo del niño, retira la cortina del todo, levanta el brazo inmóvil y busca su pulso. Tiene cortes y heridas en brazos y piernas, lleva puesta una camiseta ensangrentada y calzoncillos, y hay un hacha tirada cerca de su cabeza. Marius encuentra el pulso del niño y se incorpora con rapidez.

Entra en el salón frenéticamente para buscar el teléfono y lo encuentra al lado de un cenicero repleto de colillas, que cae sobre la moqueta porque lo empuja sin querer. Cuando consigue comunicarse con comisaría, tiene la cabeza despejada y traslada el mensaje detalladamente. Ambulancia. Todo el equipo. Urgente. No hay rastro de Ørum. Todos en marcha. ¡Ya! Su primer pensamiento cuando cuelga el teléfono es ir a atender al niño, pero en ese instante recuerda que tiene que haber una niña, porque está seguro de que el crío tiene una hermana melliza.

Marius mira a su alrededor y comienza a caminar hacia la entrada y la escalera que sube al primer piso. Cuando cruza la cocina observa que la puerta del sótano está entreabierta. Para en seco y mira dentro. Ha oído un sonido: un paso o algo que se arrastra, pero ahora solo percibe silencio. Marius vuelve a desenfundar la pistola. Abre la puerta del todo y baja con

cuidado las estrechas escaleras hasta que sus pies rozan el suelo de hormigón. Su vista se adapta a la oscuridad y consigue ver una puerta, al final del pasillo. Su cuerpo entero titubea y le advierte que debería detenerse aquí, esperar la ambulancia y a sus compañeros, pero Marius piensa en la niña. Cuando llega hasta la puerta ve que la han forzado para abrirla. Candado y herraje están tirados por el suelo y Marius entra en un cubículo débilmente iluminado por la tenue luz diurna que traspasa las sucias ventanas de la parte superior. Aun así, enseguida se percata de la presencia de la pequeña, que se esconde bajo una mesa, arrinconada en una esquina. Marius se desplaza rápidamente hasta allí, baja la pistola, se agacha y mira debajo.

—Ya está. Ya ha pasado. —No puede ver la cara de la niña, solo que está temblando y se arrincona en la esquina, apartando la mirada—. Me llamo Marius. Soy policía y estoy aquí para ayudarte.

La niña sigue temerosa y es como si no le oyera. Marius empieza a percibir el espacio en el que están. Mira a su alrededor y poco a poco va entendiendo para qué han utilizado esta habitación. Siente asco. Y entonces observa las baldas de madera mal ancladas en la habitación contigua. La visión le hace olvidar a la niña y cruza el umbral. No consigue ver cuántas son, pero hay muchas más de las que puede contar. Son figuras hechas con castañas que simulan hombres y mujeres. También hay figuras con formas de animales. Grandes y pequeñas, infantiles y espeluznantes, muchas están sin acabar y son deformes. Marius las observa detalladamente. Es increíble la cantidad que hay y lo diferentes que son todas. Esas pequeñas figuras de castañas apiladas sobre las baldas lo llenan de incertidumbre y en ese momento, el niño cruza el umbral de la puerta.

Durante una centésima de segundo, Marius piensa que tiene que pedirles a los técnicos que investiguen si la puerta del sótano ha sido forzada desde dentro o desde fuera. Y un segundo más tarde se da cuenta de que algo terrorífico puede haberse liberado, como los animales que fuerzan la valla para escapar. Cuando se gira en dirección al niño, sus pensamientos parpadean como confusas, pequeñas nubes sobre el cielo. El hacha le golpea la mandíbula y en un instante nota cómo todo se funde a negro.

LUNES 5 DE OCTUBRE, PRESENTE

*L*a voz resulta omnipresente en la oscuridad. Susurra suave, con desdén. Cuando se cae, la levanta y se mezcla con el torbellino que la rodea. Laura Kjær ha perdido la visión. No puede oír el silbido de las hojas de los árboles ni notar el césped frío y húmedo bajo sus pies. Lo único que queda es la voz, que le susurra entre golpe y golpe. Y el palo con la bola en el extremo. Por un momento piensa que callará si no muestra resistencia, pero no. La voz sigue allí y los golpes tampoco cesan. Hasta que no puede moverse más. Y cuando nota cómo se aplastan las afiladas puntas de una herramienta contra su muñeca, ya es demasiado tarde. Antes de desmayarse oye el sonido eléctrico de una hoja de sierra que se enciende y empieza a seccionar su hueso.

No sabe cuánto tiempo ha pasado. Sigue siendo de noche. La voz también sigue allí y es como si hubiera estado esperando que volviera en sí.

—¿Estás bien, Laura? —El tono es suave y cariñoso y siente la voz demasiado cerca de su oreja.

Pero la voz no espera una respuesta. Hace rato que le ha quitado la cinta adhesiva que le había pegado sobre la boca y Laura Kjær se oye a sí misma pidiendo y rogando que la deje ir. No entiende nada. Haría cualquier cosa. ¿Por qué ella? ¿Qué ha hecho para merecer esto?

La voz le asegura que si se concentra lo bastante, puede llegar a averiguarlo ella misma. Se inclina sobre ella, muy cerca, y le susurra la respuesta al oído. Laura Kjær nota que la voz llevaba mucho tiempo esperando este momento y que en este instante siente alegría. Se concentra para entender las palabras. Entiende lo que le dice pero no lo puede creer. Ahora el dolor es brutal, comparado con los suplicios anteriores. No puede ser eso. De ninguna de las maneras puede ser eso. Las palabras se agolpan en su boca como para sacarse la locura de encima. Antes, su cuerpo hubiera querido levantarse para seguir luchando, pero ahora se rinde y no puede dejar de sollozar, histérica. Hace un tiempo que lo intuía, pero no lo sabía con seguridad y, ahora que la voz se lo ha susurrado entiende que es la pura verdad. Quiere chillar con todas sus

fuerzas pero sus intestinos ya están subiéndole por el esófago y cuando percibe el palo acariciándole la mejilla, utiliza sus últimas fuerzas para adentrarse definitivamente en la oscuridad.

MARTES 6 DE OCTUBRE, PRESENTE

Naia Thulin se tumba sobre él cuando está a punto de amanecer. Él se despierta despacio, ella palpa su miembro y empieza a deslizarse hacia delante y hacia atrás cuando lo nota dentro. Lo agarra fuerte por los hombros y las manos de él reaccionan lentamente, buscando el cuerpo de la mujer a tientas.

—¡Eh, espera...!

Él sigue medio dormido pero ella no espera. Esto es exactamente lo que le ha apetecido a Naia cuando ha abierto los ojos. Alarga los movimientos con insistencia, deslizándose con más fuerza, apoyando ahora una mano en la pared. Entonces se da cuenta de que él está en una postura incómoda, con la cabeza dándose golpes contra la cabecera de la cama. También se da cuenta del ruido de los choques contra la pared, pero le da igual. Sigue montándolo hasta notar que él cede y cuando se corre le clava las uñas en el pecho, notando el dolor y placer que le produce al hombre hasta que ambos se quedan inmóviles.

Jadea unos instantes y se queda tumbada escuchando el camión de la basura dando marcha atrás para entrar en el patio del edificio. Se aparta para salir de la cama, instantes antes de que las manos de él puedan acariciarle la espalda.

—Es mejor que te marches, antes de que despierte.

—¿Por qué? Le caigo bien. Noto que le gusta que esté aquí.

—Venga. Levántate.

—Solo me levantaré si accedéis a mudaros a mi casa.

Le lanza la camisa a la cabeza antes de entrar en el baño. Él se tumba sobre la almohada con una sonrisa de satisfacción.

*E*s el primer martes del mes de octubre. El otoño no se ha hecho notar hasta ahora, pero hoy el cielo está cubierto con una densa capa de nubes grises, y cuando Naia sale del coche para cruzar la calle, justo empieza a diluviar. Su teléfono móvil está sonando pero no se molesta en sacarlo del bolsillo de la chaqueta. Tiene la mano apoyada sobre la espalda de su hija, para animarla a acelerar el paso cuando se abren huecos en el tráfico matutino. Han tenido una mañana ajetreada. La hija de Thulin se llama Le y lleva toda la mañana charlando de *League of Legends*, un videojuego para el que todavía no tiene edad, pero del que lo sabe todo y por el que ha decidido que su máximo ídolo sea un adolescente coreano que responde al nombre de Park Su.

—Llevas las botas de agua, por si luego vais al parque. Y recuerda que hoy te recoge el abuelo, pero que tienes que cruzar la calle tú sola. Mira a la izquierda, a la derecha...

—Luego otra vez a la izquierda y siempre con la chaqueta con los reflectantes —termina la frase Le, que conoce bien las indicaciones de su madre.

—Estate quieta para que pueda atarte los cordones.

Han llegado a la entrada de la escuela y se han resguardado bajo el cobertizo de las bicis. Le intenta mantenerse quieta, esforzándose mucho para no ponerse a saltar en los charcos, lo que le encanta.

—¿Cuándo nos mudaremos a casa de Sebastian?

—Nunca he dicho que vayamos a vivir con Sebastian.

—¿Por qué no está en casa por las mañanas, pero por las noches sí?

—Los mayores tenemos mucha prisa por las mañanas y Sebastian entra al trabajo muy pronto.

—Ramazan acaba de tener un hermano pequeño, y ahora ya son quince en su árbol genealógico. Yo solo tengo tres.

Thulin levanta la vista para mirar a su hija un instante y maldice las cartulinas con árboles genealógicos que la maestra les ayuda a hacer y que

decoran su clase para que todos los niños, padres y madres pueden estudiarlos con detenimiento cuando pasan por allí. Por otro lado se siente muy agradecida porque Le, de manera espontánea, haya incluido al abuelo para que forme parte de la familia, aunque técnicamente no sea un miembro de ella.

—Es que no funciona exactamente así, Le. Y en realidad tienes cinco fotos en tu árbol, si incluimos al periquito y a tu hámster.

—En los árboles de los demás no hay animales.

—Pues fíjate qué suerte tienes tú...

Le no contesta y Thulin se pone de pie.

—Vale. No somos una familia grande, pero estamos bien juntos, y eso es lo que cuenta, ¿de acuerdo?

—¿Me compras otro periquito?

Thulin observa a su hija e intenta recordar cómo había empezado la conversación y en qué ha derivado ahora mismo. También le pasa por la cabeza que su hija es muy espabilada para su edad.

—Lo hablaremos más adelante. Espera un momento. —Su teléfono vuelve a sonar y sabe que esta vez tiene que atender la llamada—. Llego en quince minutos.

—No es urgente —contesta la voz al otro lado, y Thulin reconoce a una de las secretarias de Nylander—. Nylander no llegará a la reunión que teníais programada para esta mañana y la aplaza hasta el martes de la próxima semana. Además, me ha pedido que te diga que te encargues del nuevo durante el día de hoy. Para darle utilidad, ya que está aquí.

—Mamá, ¡me voy a jugar con Ramazan!

Thulin observa a su hija corriendo en dirección al niño llamado Ramazan. Ve como se incorpora naturalmente al cortejo de la familia siria, compuesto por una madre y un padre con un bebé en brazos y dos niños detrás. Thulin tiene la sensación de estar viendo una foto de una revista de tendencias para ilustrar un artículo de familias modelo.

—Es la segunda vez que Nylander cancela la reunión, pero yo solo necesito cinco minutos. ¿Dónde está ahora?

—Lo siento mucho, pero en este momento se dirige a la reunión de presupuestos. Y por cierto, le gustaría que le adelantaras de qué quieres hablarle.

Thulin sopesa si le conviene explicar que quiere reunirse con el comisario

para decirle que los últimos nueve meses en la Unidad de Homicidios han sido menos interesantes que un tour por el Museo de la Policía. Que les asignan tareas aburridísimas, que el nivel técnico del departamento le impresiona menos que un Commodore 64 y que desea fervientemente que la trasladen a otra unidad, y a ser posible, cuanto antes.

—Nada importante, gracias —responde cortando la comunicación.

Levanta la mano para despedirse de su hija, que en ese momento entra corriendo en la escuela. Nota las gotas de lluvia colándose por el tejido de su chaqueta y cuando empieza a caminar en dirección a la calle, presiente que no puede esperar al martes para esa reunión. Cruza entre el tráfico, pero cuando llega al coche y está a punto de abrir la puerta, tiene la sensación de que alguien la está observando desde el otro lado de la calle. Detrás de la larga fila de coches y camiones puede intuir una silueta. No obstante, cuando acaban de pasar todos los vehículos, no hay ni rastro de la persona. Thulin se quita de encima la sensación de que alguien la estaba vigilando y se acomoda ante el volante.

*L*os amplios pasillos de la comisaría de policía devuelven el sonido de los pasos de dos hombres, que en ese momento se cruzan con un grupo de agentes uniformados. Nylander, el comisario, odia este tipo de conversaciones, pero sabe que esta será la única oportunidad que tendrá para hablar del tema con el jefe superior, a lo largo del día, así que se traga el orgullo y le sigue el paso, aguantando chorreos infinitos de frases hechas, una detrás de otra.

—Nylander, debemos apretarnos el cinturón. Es lo mismo para todas las unidades.

—Me habían prometido más agentes...

—Es una cuestión de *timing*. El Ministerio de Justicia prioriza otras unidades antes que la tuya. Han dejado claro que su ambición radica en que la NC3 sea la mejor Unidad de Delitos Tecnológicos de Europa y para ello tendrán que recortar en otros sitios.

—Pero ¿por qué lo tiene que pagar mi unidad? Necesitamos más personal, por lo menos el doble. Y desde hace...

—No es que haya tirado la toalla con tu tema, pero debo recordarte que hoy mismo has recibido un empujón importante.

—Eso no es nada ni remotamente parecido a un «empujón». Un solo inspector al que encima le han dado la patada en Europol y que a lo sumo pasará aquí un par de días, desde luego no cuenta...

—Es muy probable que tenga que quedarse más tiempo. Ya veremos cómo acaba el tema. Pero míralo desde este punto de vista: desde el ministerio también podrían haberte dejado con menos personal del que tienes ahora. Ya sabes que hay muchos recortes, así que te recomiendo que utilices los recursos que tienes a tu disposición de la mejor manera que te sea posible. ¿De acuerdo?

El jefe superior se detiene a mirar a Nylander a los ojos, como para dejar clara su postura, y este está a punto de responderle que no, que no está de

acuerdo para nada. Que necesita más personal, que le había prometido que se solucionaría el tema pero que en vez de eso, le han dejado de lado para mimar a la jodida NC3, abreviación pija de la unidad que lleva el nombre de *National Cyber Crime Center*. Para más inri, la monumental mofa burocrática de tenerse que conformar con un inspector quemado que ha caído en desgracia en La Haya.

—¿Tienes un momento?

Thulin ha aparecido detrás de Nylander y el jefe superior aprovecha la interrupción para escabullirse por la puerta de la sala de reuniones y cerrarla tras él. Nylander se lo queda mirando un instante antes de retomar el camino por el que ha venido.

—Ahora no puedo. Y tú tampoco. Pasa por la sala de coordinación porque han recibido un aviso en Husum y llévate al tío de Europol para que se ponga en marcha.

—Pero con respecto a...

—Ahora mismo no tengo tiempo para hablar de eso. No estoy ciego y me doy cuenta de tus capacidades, pero eres la persona más joven que ha puesto los pies en este departamento, así que te recomiendo que no subas demasiado el listón y no me pidas que te ascienda a jefa de equipo o algo por el estilo.

—Para nada. Lo que yo necesito es que me escribas una recomendación para entrar en la NC3. —Nylander se detiene antes de cruzar la galería y la mira con detenimiento—. NC3. La Unidad de Delitos Tecnológicos...

—Ya sé lo que es la NC3. ¿Por qué?

—Porque manejan casos más interesantes.

—¿Más interesantes que qué?

—Bueno, más interesantes no. Simplemente quiero...

—Pero si llevas poquísimo tiempo en la policía. En la NC3 no fichan a gente que solicita plaza por iniciativa propia. O sea que ni te molestes en presentarte.

—Me han contactado ellos.

Nylander trata de disimular su sorpresa, pero sabe que dice la verdad. Observa la silueta menuda que tiene ante él. ¿Cuántos años tiene? ¿Veintinueve, treinta? ¿Cuántos? Es como un extraño pajarillo que no parece gran cosa, y todavía recuerda con claridad cómo él mismo solía subestimarla, antes de entender lo válida que es. En la última evaluación de personal había decidido dividir a los suyos en dos grupos, A y B, y uno de los primeros

nombres que anotó en el grupo A fue el de ella, a pesar de su juventud. La juntó con inspectores más curtidos como Jansen y Ricks. Y la verdad era que efectivamente había valorado la posibilidad de ponerla de jefa del grupo. No era muy fan de las inspectoras mujeres y esta criatura que se le antojaba inaccesible no era muy de su agrado, pero era más inteligente que la mayoría y resolvía sus casos en un tiempo que hacía temblar incluso a los más experimentados, que a su lado parecían estar trabajando a paso de tortuga. Sabe de antemano que Thulin considera que el listón técnico que manejan en su unidad es una herencia de la edad de piedra, pero como él mismo comparte ese punto de vista, conoce mejor que nadie que necesita a estos frikis de la informática si quiere estar mínimamente al día. Por eso había utilizado las pocas reuniones individuales que había mantenido con ella para recordarle que le faltaba experiencia y de esa manera tratar de asegurar que no se largara.

—¿Quién te ha propuesto?

—El jefe. ¿Cuál es su nombre? Isak Wenger. —El rostro de Nylander se ensombrece—. Estoy contenta de haber trabajado aquí, pero quisiera mandar mi solicitud como muy tarde a finales de esta semana.

—Lo pensaré con calma.

—¿Para el viernes?

Nylander ha reanudado la marcha. Durante un rato presiente su mirada en la nuca y sabe que ella le contactará el viernes para que le entregue su recomendación. Así que eso es de lo que va el tema. Su departamento se ha convertido en la incubadora de la nueva élite mimada del ministerio, la jodida NC3. Y cuando en unos instantes entre en la reunión de presupuestos para su unidad le engatusarán con números y le hablarán de recortes, lo que sea para limitarla todavía más. Estas navidades hará tres años que Nylander tomó posesión de su plaza en homicidios, pero la situación se ha estancado y si no ocurre algo en breve tendrá que asimilar que esta no va a ser la oportunidad de su carrera que parecía al principio.

*L*os limpiaparabrisas desvían la masa de agua hacía los laterales. Cuando el semáforo cambia a verde, el vehículo de la secreta gira noventa grados para alejarse de la cola de autobuses empapelados con anuncios que ofrecen ofertas de aumento de pecho, bótox y liposucciones, y toma la carretera que lo llevará a las afueras.

La radio está puesta. La cháchara de los locutores y canciones pop que desgranán todo lo que hay que saber sobre sexo, culos y lujuria es interrumpida momentáneamente por las noticias, en las que explican que es el primer martes de octubre, el día de apertura del Parlamento. La noticia del día es, sin sorpresa, la reincorporación al trabajo de la ministra de Asuntos Sociales, Rosa Hartung, después del trágico suceso de su hija, que todo el país había seguido de cerca con un nudo en el estómago hace ahora casi un año. Pero antes de que el locutor termine de leer la noticia, el tipo nuevo, sentado en el asiento de al lado de Thulin, ha bajado el volumen.

—¿Por casualidad no tendrás unas tijeras o algo que corte?

—No, resulta que no tengo un par de tijeras aquí a mano.

Thulin desplaza la vista de la carretera para observar un momento al hombre que tiene al lado, y que tanto se esfuerza en abrir el envoltorio de un teléfono móvil nuevo. Cuando Thulin ha bajado a la planta del garaje que queda enfrente de la comisaría se ha encontrado al tipo este fumando un cigarro cerca del coche. Alto y erguido, pero también un poco andrajoso. Cabello alborotado y mojado, zapatillas Nike gastadas y empapadas de agua, pantalones holgados de tela fina y una chaqueta térmica que parece haber pasado por un buen chaparrón. El tipo no está vestido para este clima y a Thulin se le ocurre que habrá tenido que largarse de La Haya con la ropa que llevaba puesta, tal cual. La pequeña bolsa de viaje derrumbada a sus pies ha completado su impresión inicial. Lo único que Thulin sabe de él es que de repente apareció por comisaría ayer por la tarde; se lo ha oído decir a unos compañeros cuando se tomaba un café en la cantina esta mañana. Es uno de

esos oficiales de enlace, destinado en las oficinas centrales de Europol, en La Haya, al que de repente le han relevado de su cargo y mandado de vuelta a Copenhague como castigo, porque de alguna manera la habrá cagado. Ello da pie a comentarios despectivos entre los compañeros, porque la relación entre la policía danesa y Europol está mermada desde que los daneses celebraron un referéndum hace dos años y votaron no a eliminar algunas leyes que los protegen de cara al conjunto de países europeos.

Cuando Thulin lo vio en el garaje parecía estar inmerso en sus pensamientos, y al darle la mano para presentarse él se había limitado a estrechársela y soltar «Hess», su nombre. Digamos que no era muy hablador. No es que ella lo fuera mucho, pero su encuentro con Nylander había ido como esperaba y ahora estaba más segura de que en breve estaría fuera del departamento. Por esta razón no tuvo reparos en darle la bienvenida al compañero nuevo, que claramente estaba en apuros. Se metieron en el coche y Thulin le pasó toda la información que tenía en relación al aviso. El tipo se limitó a asentir con la cabeza para dejar claro que su interés era escaso, por no decir nulo. Thulin estima que tiene entre treinta y siete y cuarenta y un años, pinta de haberse criado en la calle y un deje que le recuerda a un actor conocido, pero ahora no recuerda bien cuál. Lleva un anillo en el dedo anular, parece de casado, pero el instinto le asegura que lleva mucho tiempo divorciado o que está a punto de conseguirlo. Ahora que lo ha visto, Thulin tiene la sensación de haberse topado con un muro, aunque eso no es algo que a ella la desanime normalmente; ya puestos, le interesa saber más acerca de la organización a la que pertenece Hess y el trabajo transversal que se lleva a cabo entre los diferentes países.

—Entonces... ¿cuánto tiempo calculas que vas a estar aquí?

—En principio solo un par de días. Lo están averiguando.

—¿Te gusta estar en Europol?

—Sí. No está mal. Hace mejor tiempo en La Haya que aquí.

—¿Es verdad que desde la Unidad de Delitos Tecnológicos reclutan a hackers a los que ellos mismos han rastreado?

—Ni idea. Yo no trabajo en esa unidad. ¿Te parece bien si me marchó un rato cuando hayamos terminado en la escena del crimen?

—¿Marcharte?

—Como mucho una horita. Tengo que ir a buscar las llaves de mi piso.

—Por supuesto.

—Gracias.

—¿Siempre trabajas en La Haya?

—Sí. O donde me necesiten.

—¿Y eso dónde puede ser?

—Depende. Marsella, Génova, Ámsterdam, Lisboa...

El tipo vuelve a concentrarse en el embalaje del móvil, que no consigue abrir, pero Thulin adivina que la lista de ciudades seguramente es más amplia y que podría seguir diciendo nombres un rato largo. Hay algo cosmopolita en él, una especie de viajero sin equipaje. No obstante, el brillo de las grandes ciudades y los cielos distantes se ha desvanecido hace mucho de su persona, si es que alguna vez lo tuvo.

—¿Cuánto tiempo llevas fuera?

—En unos meses hará cinco años. Te lo cojo un momento ¿vale?

Hess coge el bolígrafo del portavasos que hay entre los asientos para intentar romper el embalaje con él.

—¿Cinco años?

A Thulin le sorprende esa respuesta. Los oficiales de enlace de los que ha oído hablar normalmente tienen comisión de servicio por dos años. Algunos consiguen alargarlos con una renovación más hasta llegar a los cuatro. Pero nunca ha oído hablar de alguien que lo haya hecho por cinco años.

—El tiempo pasa rápido.

—¿O sea que fue por los cambios en la organización?

—¿El qué?

—Que te largaste. Parece que muchos dejaron el departamento porque no estaban contentos con...

—No. No fue por eso.

—¿Entonces?

—Pues porque sí.

Thulin lo observa. Él le devuelve fugazmente la mirada y ella se percata de sus ojos por primera vez. El ojo izquierdo es verde y el derecho azul. No es que haya sido antipático en su respuesta, pero ha quedado claro que no va a decir ni una palabra más. Thulin pone el intermitente para girar y se adentran en una zona de casas unifamiliares. Si quiere hacer el papel de machito alfa con pasado misterioso, adelante. Hay tantos tipos así en comisaría que podrían montar un equipo entero de fútbol sin problema.

La casa es blanca y está bien cuidada. De estilo racionalista y con un garaje anexo, está ubicada en una urbanización residencial de Husum donde gustan los setos de alheña podados a la perfección y donde cada casa tiene un reluciente buzón en la entrada. Las parejas con ingresos medios se mudan a este tipo de urbanizaciones cuando quieren formar una familia y cuando su economía se lo permite, claro. Calles tranquilas con resaltos en el pavimento para que los coches mantengan la velocidad máxima de treinta kilómetros por hora. Trampolines en los jardines y restos de tiza en el asfalto mojado. Un grupo de niños pasan en bici, ataviados con reflectantes, cascos y chubasqueros. Thulin aparca al lado del coche patrulla y el vehículo de la policía científica. Algunos vecinos se mantienen detrás del cordón policial, charlando bajo sus paraguas.

—Voy a contestar —dice Hess, que en menos de dos minutos ha colocado la tarjeta SIM, escrito un SMS y ya está recibiendo una llamada.

—Por supuesto. Tómame el tiempo que necesites.

Thulin sale del coche para adentrarse en la lluvia y Hess se queda a resguardo, hablando en francés. Cruza el jardín corriendo sobre las losetas de hormigón y en ese momento se le ocurre que ahora ya tiene otra razón más para querer largarse del departamento.

*L*as voces de dos presentadores resuenan en la elegante villa, ubicada en el extremo norte de Østerbro; se preparan para charlar y se acomodan en el enorme sofá esquinero del plató con unas tazas de café.

«Hoy es el día en que el Parlamento abre y se da inicio a un nuevo año político. Siempre es una jornada especial, pero este año lo es todavía más porque una política en concreto, la ministra de Asuntos Sociales Rosa Hartung, que perdió a su hija de doce años el 18 de octubre del año pasado, se reincorpora a su cargo tras un largo tiempo de baja, después de que la niña...»

Steen Hartung apaga la pantalla plana que cuelga en la pared, al lado de la nevera. Recoge sus planos de arquitectura y los utensilios de dibujo esparcidos por el suelo de la majestuosa cocina de estilo francés donde se le han caído hace unos instantes.

—Venga, date prisa. Nos iremos en cuanto vengan a recoger a mamá.

El hijo sigue sentado a la mesa del comedor, rodeado de restos del desayuno, haciendo garabatos en su cuaderno de matemáticas. Las clases de Gustav empiezan a las nueve los martes y cada semana se repite el mismo ritual: Steen, su padre, tiene que explicarle que ese no es el momento ni el lugar ideal para ponerse a hacer los deberes.

—Pero ¿por qué no me dejas ir en bici, por mi cuenta?

—Es martes. Después de clase tienes tenis y por eso te recojo yo. ¿Has preparado la bolsa?

—*I have it.*

La *au pair* filipina entra en el salón en ese momento y deja una bolsa de deporte en el suelo. Steen le dedica una sonrisa de agradecimiento y la sigue con la mirada cuando se mete en la cocina para empezar a recoger.

—Gracias, Alice. Venga, Gustav.

—Todos los demás van en bici.

Steen mira por la ventana y se percata del oscuro y enorme coche que en

ese momento entra por el camino de acceso a la finca, salpicado de charcos.
El coche para delante de la casa.

—Va, papá. Solo hoy...

—No. Haremos lo de siempre. El coche ha llegado. ¿Dónde está mamá?

Steen sube las escaleras hasta el primer piso, llamándola. La villa tiene casi cien años y conoce cada rincón de sus cuatrocientos metros cuadrados, pues él mismo se encargó de la remodelación. Cuando la compraron y reformaron les parecía importante tener mucho espacio, pero ahora se les ha quedado grande, demasiado grande. Busca a su mujer en la habitación y el baño, antes de darse cuenta de que la puerta de enfrente está un poco entreabierta. Duda un instante, empuja y observa la habitación que una vez ocupó su hija.

Su mujer está sentada sobre el colchón, en la cama. Steen desplaza su mirada por la habitación. Ve las paredes desnudas y las cajas de mudanzas amontonadas en una esquina. Vuelve la mirada hacia su mujer.

—El coche ha llegado.

—Gracias... —Asiente levemente pero se queda sentada.

Steen entra y se percata del frío que hace en la habitación. Es entonces cuando ve que ella se aferra a una camiseta amarilla.

—¿Estás bien? —pregunta, aunque no tiene sentido porque está claro que no es así.

—Ayer abrí la ventana pero olvidé cerrarla por la noche y ahora he encontrado esto. —Steen asiente y comprende, aunque no ha contestado la pregunta. Desde la lejanía del vestíbulo oyen a su hijo gritando que Vogel ha llegado, pero ninguno de los dos reacciona—. Ya no recuerdo su olor. —Sus manos acarician la tela amarilla y parece como si buscara algo escondido entre los hilos—. Tenía la esperanza de que todavía podría olerla. Pero su olor ha desaparecido. En toda su ropa.

Steen se sienta a su lado.

—Igual eso es bueno. Quizá sea lo mejor.

—¿Por qué iba a ser eso bueno? No es lo mejor, para nada. —Steen no contesta pero nota que a ella le duela haberle hablado así, porque suaviza la voz—. No sé si puedo seguir adelante. No sé si es lo que tengo que hacer.

—Lo estás haciendo bien. Es lo que debes hacer: tú misma lo dijiste. —

Gustav vuelve a llamar—. Ella habría querido que lo hicieras. Te habría dicho que todo iría bien. Te habría dicho que eres la mejor.

La mujer no dice nada más. Durante unos instantes se queda inmóvil, abrazada a la camiseta. Coge la mano de él, la aprieta e intenta sonreír.

—Vale, de acuerdo, nos vemos. —El asesor personal de Rosa Hartung corta la llamada cuando la ve bajar las escaleras de la entrada—. ¿Llego demasiado pronto? Si necesitas más tiempo puedo avisar a la Casa Real y aplazamos la apertura hasta mañana.

Rosa sonríe por la energía que desprende Frederik Vogel y piensa que es agradable sentir ese contraste, aquí en casa. Cuando Vogel está presente, nunca hay lugar para lo sentimental.

—No. Ya estoy preparada.

—Bien. Tenemos que repasar tu agenda de hoy. Y hablar de algunas solicitudes de entrevistas que has recibido. Algunas son buenas, otras más bien previsibles y del tipo prensa amarilla y revistas del corazón...

—Lo hablamos en el coche. Gustav, recuerda que hoy es martes y papá te recoge. Llámame si necesitas cualquier cosa, ¿vale, cariño?

—Lo sé.

El niño asiente cansado y Rosa llega a acariciarle el cabello justo antes de que Vogel le abra la puerta para ir hacia el coche.

—Te presentaré al nuevo chófer y tenemos que confirmar las reuniones según el orden de prioridad en las negociaciones...

Steen los observa por la ventana de la cocina y se esfuerza para mandarles una sonrisa alentadora a su mujer, que en ese momento saluda al nuevo chófer y luego se mete en el coche. Cuando el vehículo finalmente abandona la finca, se siente aliviado.

—¿Vamos?

Es su hijo el que pregunta desde el vestíbulo, donde se está calzando las botas y abrochándose la chaqueta.

—Sí. Enseguida.

Steen abre la nevera, coge el paquete de minibotellas, destapa una al azar y vacía su contenido en la boca, sin pestañear. Nota cómo el alcohol le rasga le esófago cuando baja de camino al estómago. Coloca el resto de botellitas en

su bolso, cierra la puerta de la nevera y se acuerda de coger las llaves del coche, que están sobre la encimera.

Algo en la casa le genera inquietud a Thulin. Empieza a intuirlo al ponerse los guantes y las polainas azules. Se adentra en la oscura entrada, donde el calzado está perfectamente alineado, bajo el perchero con chaquetas y ropa de abrigo de cada uno de los miembros de la familia. Hay varios marcos elegantes con fotos de flores colgados en el pasillo y, a primera vista, el dormitorio emana una calma femenina e inocente por la combinación de diferentes gamas de blancos, excepto por la cortina plisada de color rosa, que sigue bajada.

—El nombre de la víctima es Laura Kjær, treinta y siete años, asistente en una clínica dental del centro de Copenhague. Por lo visto ya se había acostado, pero algo le hizo levantarse. Su hijo de nueve años dormía en su habitación, al final del pasillo. Pero parece que no ha visto ni oído nada. — Thulin observa la cama doble, que solo ha sido utilizada en un lado, mientras un agente uniformado de edad avanzada le pasa el parte. Una lámpara de mesilla de noche ha caído al suelo y está tumbada sobre la alfombra blanca de pelo largo—. El niño despertó en una casa vacía y buscó, pero no encontró a nadie. Por lo visto se preparó el desayuno, se vistió y esperó a su madre, pero como no aparecía, decidió ir a casa de los vecinos. La vecina entró en la casa para buscar a la madre, pero tampoco encontró a nadie hasta que oyó ladrar un perro desde el parque infantil que comparten el conjunto de vecinos. Allí fue donde encontró a la víctima y nos llamó.

—¿Han localizado al padre?

Thulin se aleja, mira la habitación del niño desde la puerta y vuelve a la entrada con el agente pisándole los talones.

—Según la vecina, el padre falleció de cáncer hace un par de años. La víctima conoció a otro hombre hace aproximadamente seis meses y al cabo de poco este se mudó con ella. El novio está en un congreso en algún lugar de Selandia. Lo llamamos nada más llegar y ahora debe de estar al caer.

Thulin observa el baño desde la puerta. Hay tres cepillos de dientes

eléctricos colgados simétricamente, un par de zapatillas dispuestas delante de la ducha, sobre las baldosas, y dos albornoces iguales, colgados en sendos colgadores. Abandona el pasillo para entrar en la cocina que se abre al salón, donde varios agentes de la policía científica vestidos de blanco están recogiendo indicios y muestras de huellas dactilares con el equipo que llevan en sus maletines, los estuches en los que transportan los instrumentos. El contenido de la casa es tan normal como la urbanización en la que se encuentra. Estilo de decoración escandinavo; muy probablemente la mayoría de las cosas compradas en Ikea o Ilva. Hay tres manteles individuales sobre la mesa, un ramillete de flores de colores otoñales con troncos decorativos en un jarrón, cojines en el sofá y sobre la encimera, al lado del fregadero, un solo plato hondo con restos de leche y cereales que Thulin supone que debe de ser del niño. En el salón hay un marco de fotos digital que va mostrando fotografías familiares a la butaca vacía, colocada justo al lado. Aparecen la madre, el niño y posiblemente la nueva pareja de ella. Sonríen y parecen felices. Laura Kjær es una mujer atractiva y delgada con el cabello rojo, pero hay un destello de vulnerabilidad en sus cálidos y amables ojos. Es un hogar agradable, pero algo no le acaba de gustar a Thulin.

—¿Entradas forzadas?

—No. Hemos comprobado puertas y ventanas. Parece que se tomó un té viendo la tele antes de acostarse.

Thulin repasa los papeles sujetos al corcho de la cocina, pero solo hay un calendario escolar, uno anual, horarios de apertura de la piscina municipal, un cupón de descuento para podado de árboles, una invitación para una fiesta de Halloween de la comunidad de vecinos y un recordatorio de cita con pediatría en el Rigshospitalet. Normalmente ese tipo de cosas se le dan bien a Thulin: fijarse en lo pequeño, en detalles que pueden resultar importantes o darle una pista. Y eso es así porque ella misma ha estado en la situación de tener que fijarse siempre en los detalles. Llegar a casa, abrir la puerta principal y observar las señales que resultarían ser decisivas para averiguar si iba a tener una buena o mala tarde. Pero en este caso no hay nada que se salga de lo normal: se trata de la vivienda de una típica familia nuclear y su idilio hogareño del día a día. El tipo de vida que ella jamás desearía para sí misma, así que durante unos instantes intenta autoconvencerse de que será ese prejuicio suyo lo que le chirría de la casa.

—¿Qué pasa con los ordenadores, tablets, teléfonos móviles?

—Por lo que vemos, no ha sido un robo porque no parece que falte nada y el equipo de Genz ya ha recogido, embalado y sellado todo lo que ha encontrado de electrónica. Va de camino al laboratorio.

Thulin asiente. La mayoría de los casos de violencia y asesinato se resuelven por esa vía. Normalmente se encuentran SMS, información relativa a las llamadas, mails o comunicación por Facebook que pueden sugerir por qué pasó lo que pasó. Thulin ya tiene ganas de ponerse manos a la obra con el material.

—¿Qué es ese olor? Toda la casa huele. ¿Es vómito?

De repente, Thulin se percata del olor rancio y desagradable que la ha perseguido por toda la casa. El agente de edad avanzada tiene pinta de sentirse culpable y la inspectora se da cuenta de que está muy pálido.

—Lo siento muchísimo. Justo vengo de ver la escena del crimen. Pensaba que estaba acostumbrado a esas cosas... Pero... Déjame mostrarte el camino.

—Ya me las apaño yo. Avísame cuando llegue el novio.

Abre la puerta que da acceso a la terraza y al jardín de atrás y el agente asiente agradecido.

*E*l trampolín ha vivido tiempos mejores, y lo mismo ocurre con el pequeño invernadero cubierto de maleza que se encuentra a la izquierda de la puerta de acceso a la terraza. A la derecha, la hierba crece alta a lo largo del garaje de acero galvanizado, que brilla por la lluvia. Seguramente el módulo es un almacén de lo más práctico, pero no pega ni con cola con la casa racionalista de líneas depuradas. Thulin camina hasta el final del jardín. Al otro lado de la valla de setos se ven focos, agentes uniformados y la policía científica con su vestimenta blanca. Thulin se mueve entre los árboles y arbustos de hojas de colores amarillos y rojos intensos, para adentrarse en un parque infantil. Un flash estalla múltiples veces bajo la lluvia, cerca de una caseta maltrecha, y observa la enérgica silueta de Genz, perpetuando detalles de la escena del crimen con su cámara, a lo lejos, al mismo tiempo que va dirigiendo a la gente de su equipo, todos vestidos de blanco.

—¿Cuánto habéis avanzado?

Simon Genz levanta la mirada del visor de la cámara. Tiene el semblante serio, pero cuando la ve, se le ilumina un poco la cara y sonrío sutilmente. Genz debe de tener unos treinta años, es un tipo ágil y se rumorea que ha corrido cinco maratones este último año. Además es el jefe más joven que ha habido en la policía científica y Thulin sabe que es uno de los pocos a los que vale la pena escuchar. Agudo, un poco *nerd* y con una capacidad innata de emitir juicios que ella misma considera fiables y dignos de confianza. La única razón por la que prefiere mantenerlo a cierta distancia es porque un día le preguntó si querría ir a correr con él. Y eso no va a ocurrir. En los nueve meses que Thulin lleva en homicidios, Genz es la única persona con la que ha desarrollado una especie de relación, pero lo menos sexy que puede imaginarse ahora mismo es iniciar un *affair* con un compañero de trabajo.

—Hola, Thulin. No hemos avanzado demasiado. La lluvia lo complica todo y han pasado varias horas desde que ocurrió.

—¿Ya saben la hora?

—Todavía no. El juez de instrucción está llegando. Pero lleva lloviendo desde medianoche y yo creo que el asesinato se cometió sobre esa hora. Si ha habido huellas visibles en el terreno, se habrán borrado con la que ha caído, pero no nos damos por vencidos. ¿Quieres verla?

—Sí. Por favor.

El cuerpo sin vida está cubierto por una sábana térmica del departamento forense. Apoyado sobre uno de los dos pilares que aguantan el techo del porche de la caseta la escena casi parece pacífica, con los colores rojizos y amarillos de las plantas trepadoras que predominan en el matorral del fondo. Genz retira la sábana térmica con cuidado y deja a la mujer al descubierto. Está sentada, casi desplomada, como si fuera una muñeca de trapo. Se encuentra desnuda, excepto por las bragas y una camisola, que una vez fue beige, pero que ahora está empapada y con manchas de sangre oscura. Thulin se acerca y se sienta en cuclillas para poder observar con más detalle. Laura Kjær tiene cinta adhesiva alrededor de la cabeza, cortada por la zona de la boca, que está abierta y rígida. Le rodea varias veces la parte posterior de la cabeza y el cabello rojizo y mojado. Un ojo está hendido y se ve perfectamente la cuenca; el otro mira ciego hacia delante. La piel desnuda y azulada está magullada por las múltiples heridas, contusiones y laceraciones infligidas por golpes. Sus pies desnudos están arañados y ensangrentados. Las manos enterradas delante de su regazo, bajo un montoncito de hojas caídas, y atadas fuertemente por las muñecas con anchas bridas negras. Con un solo vistazo al cuerpo, Thulin entiende por qué el agente de la casa se había derrumbado y tuvo que vomitar. Normalmente no le importa ver personas muertas. Su trabajo en homicidios requiere un acercamiento poco emocional a la muerte, y si uno no tiene esa cualidad, es mejor abstenerse de trabajar en el departamento. Pero nunca antes había visto un cadáver tan maltratado como esta mujer, que está sentada y apoyada en el pilar de una caseta infantil.

—Obviamente tendrá que pasarte su informe el juez de instrucción, pero según mi criterio, algunas de las heridas revelan que en un momento dado intentó huir del agresor, corriendo hacia los árboles. O para alejarse de la casa o para llegar hasta ella. Pero sería noche cerrada y por lo tanto es fácil perder el sentido de la orientación en la oscuridad. Además, debe de haber estado seriamente debilitada después de la amputación, que estoy casi seguro de que fue hecha antes de colocarla en esa posición, apoyada en el pilar de la caseta.

—¿Amputación?

—Aguántame esto. —Genz le tiende la gran cámara con flash de manera distraída. Camina hasta el cadáver, se sienta en cuclillas y con sumo cuidado, ayudándose con su linterna eléctrica, consigue elevar un poco las muñecas atadas de la mujer. El rígor mortis ya ha empezado y los brazos rígidos se elevan automáticamente, siguiendo el movimiento de Genz. Ahora Thulin ve que la mano derecha de Laura Kjær no está enterrada bajo las hojas caídas, como pensó en un principio. El extremo del brazo muestra un corte torcido e irregular a la altura de la muñeca, dejando a la vista huesos y tendones—. En principio suponemos que la amputación ocurrió aquí fuera porque no hemos encontrado sangre ni en la casa ni en el garaje. Ya he pedido a mi equipo que examine el garaje a fondo, sobre todo para encontrar cinta adhesiva, bridas y herramientas, pero de momento la búsqueda ha sido poco concluyente. También seguimos buscando la mano, que sorprendentemente no aparece por ningún lugar.

—¿Puede ser que se la haya llevado un perro? —pregunta Hess, que acaba de cruzar el jardín y los setos divisorios. Mira a su alrededor protegiéndose de la lluvia con la mano. Genz le observa con sorpresa. Thulin no sabe exactamente por qué, pero le irrita el comentario, aunque sabe que es una posibilidad que no pueden descartar, de momento.

—Genz, este es Hess. Estará unos días con nosotros.

—Buenos días. Bienvenido al equipo —dice Genz, a punto de ofrecerle la mano a modo de saludo, pero Hess se limita a mirar en dirección a la casa adyacente.

—¿Alguien ha oído algo? ¿Vecinos?

Se oye un trueno próximo y un tren de cercanías irrumpe traqueteando sobre las vías mojadas de la elevación viaria, al otro lado del parque infantil. Genz tiene que responder gritando.

—No. Por lo que sabemos, nadie ha oído nada. Los de cercanías no son tan frecuentes por la noche, pero sí que pasan muchos trenes de mercancías por estas mismas vías. —El ruido se disipa y Genz vuelve a mirar a Thulin—. Ojalá pudiera darte más información, pero por ahora no tengo nada más. Lo único que sé con certeza es que nunca he visto un cadáver tan maltrecho.

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

—Eso de allí.

Thulin sigue en cuclillas, al lado del cadáver, y ahora señala en dirección a algo que está a espaldas de Genz, quien se da la vuelta para mirar. En el porche de la caseta, detrás del cuerpo de la mujer, cuelga de una viga algo que se mece en el viento y que está atado con una cuerda. Genz estira la mano hasta la viga y consigue desatarlo. Ahora cuelga libremente de su mano, balanceándose hacia delante y hacia atrás. Dos castañas oscuras están montadas una encima de la otra; la de encima es más pequeña, la de abajo más grande. La castaña superior tiene dos perforaciones en la piel, a modo de ojos. La de abajo lleva cuatro cerillas clavadas a modo de piernas y brazos.

Es una figura muy sencilla compuesta por dos bolas y cuatro palillos, un muñeco de castañas, nada extraordinario, pero a Thulin le da un vuelco el corazón sin que pueda explicarse por qué.

—Un hombrecillo hecho con castañas. ¿Le interrogamos en comisaría?

Hess la mira con cara de no haber roto un plato en la vida. Típico sentido del humor policial que por lo visto también cotiza al alza en Europol. Thulin ni contesta. Llegan a intercambiar miradas antes de que alguien de su equipo lo interrumpa para preguntarle algo. Hess saca su teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta porque en ese momento vuelve a sonar y alguien grita el nombre de Thulin desde la casa. El agente que se había encontrado indispuerto le hace señales desde el jardín privado para que venga. Ella se pone de pie. Observa el parque infantil, rodeado por árboles con hojas de color bronce, pero ahí no hay nada más que ver. Tan solo unos columpios mojados, torres de escalada y una pista de *parkour* que parece triste y abandonada, incluso aunque la zona esté atestada de agentes y policías científicos rastreando el lugar en busca de huellas o pistas bajo la intensa lluvia. Pasa al lado de Hess, que sigue enganchado al teléfono, hablando en francés, mientras el traqueteo de otro tren de cercanías resuena a unos metros de allí.

Vogel le adelanta el programa del día durante el trayecto en el coche oficial hasta el centro. Los ministros que forman gobierno quedarán en Christiansborg —conocido coloquialmente como Borgen, sede del Parlamento danés, oficina del primer ministro y del Tribunal Supremo y con dependencias para los funcionarios de la Casa Real— para luego bajar en tropel hasta la capilla del palacio, a la vuelta de la esquina, donde participarán en la tradicional ceremonia de bienvenida. Después de eso, Rosa irá a saludar a su equipo del Ministerio de Asuntos Sociales, ubicado justo enfrente de la plaza de Christiansborg, en una casa del canal de Holmen, y luego vuelta a Borgen para llegar puntualmente a la apertura oficial del Parlamento.

El resto del día también está meticulosamente planeado, pero Rosa hace unas pocas correcciones que va anotando en el calendario de su iPhone. En realidad no necesita hacerlo, porque su secretaria lo tiene todo bajo control, pero ella lo prefiere así. Le ayuda a quedarse con los detalles, mantener algo de contacto con la realidad y una cierta sensación de control. Sobre todo en el día de hoy, cuando tanto lo necesita. Pero cuando el vehículo gira para adentrarse en el patio del Rigsdag, pierde el hilo de lo que le está diciendo Vogel. Las banderas danesas ondean en lo alto de la torre y la plaza entera está llena de vehículos de los principales medios del país. Ve las siluetas que se preparan o ya están emitiendo contenidos a los estudios de televisión, en directo, protegiéndose bajo sus paraguas e iluminados por los flashes de los fotógrafos.

—Asger, sigue conduciendo. Entraremos por la puerta de atrás.

El nuevo chófer reacciona afirmativamente a las palabras de Vogel, pero a Rosa no le parece bien la propuesta.

—No. Déjame salir. —Vogel la mira sorprendido y el chófer la observa por el espejo retrovisor. En ese momento, Rosa se percata de que el chico, a pesar de su juventud, tiene un semblante triste—. O lo hacemos ahora o no cesarán en todo el día. Llévame a la entrada principal y salgo.

—Rosa, ¿estás segura?

—Completamente.

El coche se desliza hasta la acera y el conductor sale de un salto para abrirle la puerta a Rosa. Ella sale y camina hacia las grandes escaleras del Parlamento, y en ese momento es como si todo estuviera pasando a cámara lenta: los cámaras y los periodistas se giran y empiezan a moverse en su dirección, ve caras con bocas abiertas y las palabras se distorsionan.

—¡Rosa Hartung, un momento, por favor!

Se da de bruces con la realidad. La situación estalla de repente, las cámaras colisionan ante su cara y las preguntas de los periodistas caen sobre ella como los casquillos de una ametralladora. Rosa llega a subir los dos primeros escalones y se da la vuelta para observar al grupo de personas, intentando registrarlo todo. Oye las voces, ve luces, micrófonos, una gorra azul apretada sobre una frente arrugada, un brazo saludando y unos ojos oscuros que intentan captar su atención desde la última fila.

—Hartung, ¿quiere hacer un comentario?

—¿Cómo se siente ahora que vuelve?

—¿Nos permite dos minutos?

—Rosa Hartung, ¡mire hacia aquí!

Rosa sabe que su nombre ha sonado con insistencia en la mayoría de las reuniones editoriales de los últimos meses, sobre todo estos pasados días, pero nadie contaba con esta oportunidad, así que están desprevenidos. Ese es el motivo precisamente de que Rosa haya decidido hacerlo así.

—¡Apártense, por favor! La ministra quiere hablar.

Es Vogel, que ha conseguido hacerle un hueco apartando a los periodistas a empujones y ahora se coloca delante de ella para que mantengan una cierta distancia. La mayoría hace lo que se les pide y ella observa a los que tiene a su alrededor, muchos de los cuales le suenan o son incluso caras conocidas.

—Como todos bien sabéis, esta ha sido una época muy difícil para nosotros. Mi familia y yo agradecemos el apoyo que hemos recibido a lo largo del camino. Hoy comenzamos un nuevo año político en el Parlamento y es el momento de mirar hacia delante. Doy las gracias al primer ministro, que ha confiado en mí, y puedo decir que tengo muchísimas ganas de ponerme a trabajar con los nuevos proyectos políticos que se despliegan ante nosotros.

Espero que respetéis nuestra decisión. Gracias.

Rosa Hartung reanuda su ascensión por las escaleras siguiendo a Vogel, que va abriéndole camino.

—Pero señora Hartung, ¿siente que ya está preparada para volver?

—¡¿Cómo se encuentra?!

—¿Qué opina de que el asesino no haya sabido señalar el lugar en que su hija...?

Finalmente, Vogel consigue que Rosa llegue hasta las grandes puertas de madera y cuando finalmente saluda a su secretaria, que la espera para estrecharle la mano, es como si la acabaran de rescatar de un naufragio.

—Como puedes observar, hemos cambiado un poco la decoración y además han traído sofás nuevos, pero si quieres que volvamos a poner los otros...

—No. Está bien. Me gusta que sean nuevos.

Rosa acaba de entrar en su despacho de la cuarta planta del Ministerio de Asuntos Sociales. La llegada a Christiansborg y la posterior ceremonia religiosa ha sido intensa, al reencontrarse con muchas personas, y en este momento se siente aliviada por poder distanciarse momentáneamente de tanta atención recibida. Algunos compañeros de partido la han abrazado, otros asentían amablemente con la cabeza en su dirección o con miradas de lástima y ella ha conseguido mantenerse siempre en movimiento, excepto durante la ceremonia, en la que ha hecho esfuerzos para concentrarse en el sermón del obispo. Vogel se ha quedado atrás, concretando reuniones con otros representantes, y ella ha cruzado la plaza del palacio hasta el enorme edificio amarronado sede del ministerio, acompañada por su secretaria y dos ayudantes, que la estaban esperando. Le parece bien perder de vista a Vogel durante un rato, porque así podrá concentrarse en presentarse ante el equipo y hablar un momento con su secretaria.

—Rosa. No sé bien cómo decírtelo, así que voy a soltarlo tal cual: ¿cómo estás?

Hasta ahora no había encontrado ni el momento ni el lugar para sacar el tema, y Rosa conoce tan bien a su secretaria que sabe que lo hace de buena fe porque realmente se preocupa por ella. Liu es de ascendencia china, está casada con un danés, tiene dos hijos y es una de las mejores personas que conoce, pero en este momento no puede hacer otra cosa que esquivar la incómoda pregunta, de la misma manera que lo ha hecho en Christiansborg y en la iglesia.

—Entiendo que me lo preguntes y puedo decirte que, dadas las circunstancias, estoy bastante bien. Lo que tengo es ganas de comenzar a trabajar. ¿Y vosotros qué tal?

—Nosotros estamos bien, gracias. El pequeño tiene cólicos. Y el mayor... Bueno, estamos bien.

—Esa pared se me antoja un poco vacía ¿no? —Rosa la señala y se percata de que Liu no sabe dónde meterse.

—Es que era allí dónde estaban colgadas las fotos. Pero es mejor que tú misma decidas dónde las quieres poner. Allí hay unas cuantas de... de todos vosotros y yo no tenía claro si querrías volver a colgarlas.

Rosa mira dentro de la caja que han dejado cerca de la pared y reconoce la esquina de una fotografía de Kristine.

—De eso me ocuparé más tarde. Ahora explícame por favor cuánto tiempo tengo para reuniones durante el día.

—La verdad es que no mucho. En unos minutos saludarás al equipo, luego está el discurso del primer ministro, y después...

—Está bien. Pero me gustaría empezar con las reuniones de trabajo hoy mismo. Nada oficial, algo sencillo y aprovechando las pausas. Cuando venía hacia aquí esta mañana intenté mandar e-mails a algunas de las personas con las que quiero quedar, pero el correo no estaba operativo.

—Y lo siento mucho, pero sigue sin funcionar.

—Pues que venga Engells y le explicaré con quién quiero hablar.

—Engells se encuentra ausente porque está resolviendo un asunto.

—¿Ahora?

Rosa mira a Liu y de repente se da cuenta de que debe de haber otra razón por la que su secretaria parece tan insegura y nerviosa. El jefe de gabinete de Asuntos Sociales estaría aquí en persona esperando a Rosa en un día como este, y el hecho de que no esté de repente le parece de muy mal agüero.

—Sí. Ha tenido que marcharse porque... Bueno, eso te lo explicará él mismo cuando vuelva.

—¿Volver de dónde? ¿Qué está pasando?

—No lo sé exactamente. Y seguro que ya se habrá solucionado, pero como decía...

—Liu, ¿qué está pasando?

La secretaria titubea y parece muy preocupada.

—Lo siento muchísimo. Te han llegado tantos e-mails amables de gente que te apoya y te desea lo mejor que no entiendo por qué ni cómo a alguien se le ocurre hacer algo así.

—¿Hacer qué?

—No lo he visto. Pero creo que alguien ha mandado una amenaza. Engells dijo que era algo acerca de tu hija.

—*P*ero si hablé con ella ayer por la noche... La llamé a casa después de cenar y todo estaba como siempre. —Hans Henrik Hauge, la pareja de Laura Kjær, tiene cuarenta y tres años y está sentado sobre un taburete de cocina. Todavía no se ha quitado la chaqueta mojada y se aferra con fuerza a las llaves del coche que lleva en la mano. Tiene los ojos rojos de llorar y mira desconcertado por la ventana, en dirección a las personas vestidas de blanco que trabajan en el jardín y detrás de los setos del final, antes de mirar a la cara a Thulin—. ¿Cómo ha ocurrido?

—Todavía no tenemos información. ¿De qué hablaron?

El tipo de Europol merodea en la cocina, abriendo cajones y armarios ruidosamente. Thulin intenta no prestarle mucha atención, pero en ese momento ya puede asegurar que Hess le produce auténtica irritación, incluso cuando no está hablando.

—Nada especial. ¿Qué ha dicho Magnus? Me gustaría verlo.

—Lo verá luego. ¿Le dijo algo que le llamara la atención o notó que estaba preocupada o...?

—No. Tan solo hablamos de Magnus y me dijo que iba a acostarse porque tenía sueño.

Hans Henrik Hauge está a punto de romper a llorar. Es alto, corpulento y va bien vestido, pero también parece un hombre blando y Thulin piensa que cabe la posibilidad de que se complique el interrogatorio si no acelera y le saca la máxima información inmediatamente.

—¿Cuánto tiempo hace que se conocen?

—Un año y medio.

—¿Estaban casados?

Thulin ha estado observando las manos de Hauge, que ahora empieza a toquetear un anillo que lleva puesto.

—Estábamos prometidos. Le había regalado un anillo. Íbamos a viajar a Tailandia para casarnos este invierno.

—¿Por qué en Tailandia?

—Porque los dos hemos estado casados antes. Por ello pensamos que esta vez tenía que ser una boda diferente.

—¿En qué mano llevaba el anillo de prometida?

—¿Cómo?

—El anillo. ¿En qué mano lo llevaba?

—La derecha, creo. ¿Por?

—Solo es una pregunta, pero es importante que me responda con exactitud. Dígame dónde estuvo ayer.

—En Roskilde. Soy programador informático. Fui en coche ayer temprano para asistir a un congreso hasta la tarde.

—¿Así que estuvo con alguien por la noche?

—Sí. Con nuestro subdirector. Bueno, llegué al motel sobre las nueve o diez. Fue cuando la llamé.

—¿Por qué no volvió a casa?

—Porque desde nuestra empresa nos habían pedido que nos quedáramos a dormir allí. Teníamos una reunión por la mañana, temprano.

—¿Cómo se llevaban Laura y usted? ¿Tenían problemas o...?

—No. Estábamos muy bien juntos. ¿Qué hacen en el garaje?

La mirada húmeda de Hauge ha vuelto a extraviarse por la ventana, esta vez hasta la parte trasera del garaje, donde un par de agentes de la policía científica están cerrando la puerta.

—Están sellando el lugar en busca de indicios, si es que hubiera alguno. ¿Se le ocurre alguien que quisiera hacerle daño a Laura? —Hauge la mira pero es como si no estuviera presente—. ¿Puede haber algo que no supiera de ella? ¿Un amante, por ejemplo?

—No, para nada. Ahora quiero ver a Magnus. Necesita su medicina.

—¿Qué le ocurre?

—No lo sabemos. Quiero decir... Ha estado en tratamiento en Rigshospitalet y creen que tiene un tipo de autismo. Le han recetado ansiolíticos. Magnus es un buen niño, pero es muy cerrado y tan solo tiene nueve añitos...

Hans Henrik Hauge vuelve a llorar. Thulin está a punto de retomar las preguntas, pero Hess se le adelanta.

—¿Pero dice que estaban bien? ¿Que no había problemas...?

—Ya se lo he dicho. ¿Dónde está Magnus? Quiero verlo ya.

—¿Por qué han cambiado el cerrojo? —suelta Hess como quien no quiere la cosa. ¿De dónde ha sacado esa información? Thulin lo mira de reojo. Su pregunta ha sonado inocente pero cae como una losa mientras sostiene algo del cajón de cocina. Es un trozo de papel con dos llaves brillantes pegadas con celo. Hauge mira a Hess y luego el papel, sin comprender—. Es la factura de un cerrajero. Pone que cambió el cerrojo el 5 de octubre a las 15.30. O sea, ayer por la tarde. Es decir, después de que usted se hubiera marchado al congreso.

—No sé. Magnus ha perdido su llave varias veces. Y habíamos hablado de cambiar el cerrojo. Pero no sabía que Laura ya lo había hecho.

Thulin se levanta para ir a ver la factura, que le quita de las manos a Hess. La habría encontrado ella misma cuando en un rato se hubiera puesto a revisar el contenido de los cajones y armarios, pero decide aprovechar el momento, aunque siente que la irritación aumenta por momentos.

—¿No sabía que Laura había cambiado el cerrojo?

—No.

—¿Y no le comentó nada cuando hablaron por teléfono?

—No. O sea, creo que no...

—¿Podría haber una razón por la que decidiera no contárselo?

—Supongo que me lo diría más tarde. ¿Por qué les parece eso tan importante? —Thulin lo observa sin contestarle. Hans Henrik Hauge le devuelve la mirada con sorpresa, sin comprender nada. De repente se levanta y el taburete cae al suelo—. No pueden retenerme aquí sin más. Tengo derecho a ver a Magnus. ¡Quiero verlo ahora mismo!

Thulin titubea. Luego asiente en dirección a un agente que lleva un rato esperando en la puerta de la cocina.

—Luego le tomaremos las huellas dactilares y muestras biológicas para que podamos distinguir entre las huellas de los ocupantes de la casa y el resto. ¿Entiende lo que le digo?

Hauge asiente distraídamente y se marcha con el agente. Hess ya se ha quitado los guantes de plástico, se sube la cremallera de su chaqueta y levanta la pequeña bolsa de viaje, que había dejado sobre un plástico protector al llegar.

—Nos vemos en el Instituto Anatómico Forense. Creo que deberíamos comprobar su coartada.

—Gracias por tu sugerencia. Intentaré acordarme.

Hess asiente indiferente y sale de la cocina al mismo tiempo que entra otro agente.

—¿Quieres hablar con el niño? Está en casa de la vecina. Puedes verlo desde la ventana. —Thulin se acerca a la ventana que da a la casa vecina y ve una galería con grandes ventanales, a través de los setos pelados. El niño está sentado en una silla, cerca de una mesa blanca, jugando con algo que parece una consola. Solo puede verlo de perfil, pero es suficiente como para registrar que hay algo mecánico y ausente en sus movimientos—. No ha dicho nada. Parece un poco retraído. Contesta con monosílabos.

Thulin observa al niño mientras escucha la descripción del agente y por un momento se reconoce a sí misma en ese abismo de soledad en el que sabe que está inmerso el chaval. Una soledad que lo acompañará en los años venideros. De repente, el niño desaparece detrás de una señora mayor, que debe de ser la vecina y que en ese momento ha entrado en la galería, seguido por Hans Henrik Hauge. Este llora al ver a Magnus, se pone en cuclillas y lo abraza, pero el niño sigue sentado jugando a la consola, sin inmutarse.

—¿Quieres que lo haga entrar? —El agente está impaciente y mira a Thulin—. Que si quieres que...

—No. Dales un momento. Pero vigila de cerca al hombre y que alguien compruebe su coartada.

Thulin se aleja de la ventana deseando que el caso sea tan evidente como parece. Por un instante vuelve a tener la visión del muñeco de castañas que ha visto en la caseta infantil. No puede esperar a pasarse a la NC3.

*D*esde la ventana panorámica del estudio de arquitectura se puede ver gran parte de la ciudad. Las mesas de trabajo están dispuestas como pequeñas islas en el enorme espacio con iluminación cenital, y es como si el estudio estuviera a punto de volcar, porque la mayoría de las personas del equipo se han reunido en torno a una televisión plana que cuelga del techo en uno de los laterales. Steen Hartung sube las escaleras con unos planos cuando el canal de veinticuatro horas finaliza la noticia con su mujer llegando a Christiansborg. Casi todos se percatan de ello y vuelven a sus puestos rápidamente, para hacer ver que están trabajando. Él llega a su despacho y tan solo su socio Bjarke lo recibe mirándolo a los ojos y sonriendo tímidamente.

—Hola, ¿tienes un momento? —Bjarke cierra la puerta del despacho—. Rosa lo está haciendo muy bien.

—Gracias. ¿Has hablado con el cliente?

—Sí. Está contento.

—Entonces, ¿por qué todavía no hemos cerrado el trato?

—Porque va sobre seguro y es muy prudente. Quiere ver más dibujos, pero ya le he dicho que necesitas más tiempo.

—¿Más dibujos?

—¿Cómo estáis en casa?

—Siempre lo resuelvo rápido. No hay problema.

Steen despeja su mesa de trabajo para extender los planos, pero se siente irritado porque su socio sigue allí, observándolo.

—Steen, te presionas demasiado. No hay nadie que no vaya a entender que te relajes un poco y te tomes un respiro. Delega más en el equipo, que para eso los hemos contratado.

—Tú dile al cliente que le presentaré más propuestas en un par de días como más tarde. Necesitamos este encargo.

—Pero no es lo más importante. Steen, estoy preocupado por ti. Todavía me parece...

—Steen Hartung al habla. —Ha cogido su teléfono móvil al primer tono. La voz al otro lado del aparato se presenta como secretaria de su abogado y Steen le da la espalda a su socio para que abandone el despacho—. Me va bien ahora. ¿De qué se trata?

En el reflejo de la gran ventana panorámica ve salir a su socio y la voz del teléfono sigue hablando.

—Esta es una llamada de seguimiento tras la información que han recibido con anterioridad y no tienen que responder ahora. Puede haber muy buenas razones para esperar, pero ahora que casi ha pasado un año desde el suceso, llamamos con el objetivo de recordarles que está justificado y que tienen derecho a pedir una resolución judicial por fallecimiento. —Por alguna razón, esta no es la información que Steen Hartung esperaba oír. Nota cómo le sube la bilis y por unos instantes es incapaz de moverse. Se limita a observar su propio reflejo en el cristal mojado por la lluvia—. Como ya saben, es algo que se puede hacer en los casos en los que la persona desaparecida no se ha encontrado pero no hay duda acerca del desenlace. Obviamente, es decisión suya si quieren cerrar este tema ahora. Nosotros simplemente nos limitamos a informarles y ahora pueden hablarlo...

—Sí, queremos.

La voz se ha quedado en silencio unos instantes.

—Como le he dicho, no es algo que tengan que hacer ahora...

—Mándeme por favor los papeles a mi estudio, para que los pueda firmar. Ya se lo comentaré a mi esposa. Gracias.

Baja el teléfono y cuelga la llamada. Dos palomas mojadas se agitan sobre la cornisa, ante la gran ventana. Steen las observa sin verlas y las aves salen volando cuando él se vuelve a mover.

Saca una botellita de alcohol del bolso y vierte el contenido en la taza de café antes de lanzarse sobre los planos. Le tiemblan las manos y necesita las dos para usar los utensilios de dibujo. Sabe que es la decisión correcta, y desearía cerrar todos los temas relacionados con su hija ahora mismo. Esta es una cosa pequeña, pero aun así importante. Los muertos no deben hacer sombra a los vivos. Eso era lo que habían repetido los psicólogos y los terapeutas y, en este momento, todas y cada una de las fibras de su cuerpo le dicen que tenían razón.

—*T*e ha llegado esta mañana temprano, a tu dirección de correo oficial. Los agentes del servicio de inteligencia PET están tratando de rastrear al remitente y lo conseguirán, pero tardarán un tiempo. Lo siento mucho, de verdad —dice Engells.

Rosa justo ha terminado su ronda por el ministerio para saludar a su equipo. De vuelta en su despacho, Engells la estaba esperando para explicarle el suceso. Rosa está de pie, apoyada en su escritorio, cerca de la ventana, mientras su jefe de gabinete la observa con una mirada de lástima que no puede soportar.

—No es la primera vez que recibo mensajes de odio. Los remitentes suelen ser unos pobres desdichados que no lo pueden evitar.

—Este es diferente. Más malévolo. Ha utilizado material gráfico de la página de Facebook de tu hija, que se dio de baja hace mucho, cuando... cuando desapareció. Eso significa que el mensaje viene de alguien que lleva mucho tiempo interesado en tu persona.

Esta información hace temblar a Rosa, pero tiene la determinación infinita de no dejarse amedrentar por el suceso.

—Quiero ver el e-mail.

—Lo hemos reenviado al PET y a los de seguridad. En este momento están...

—Engells, sé de sobra que no haces nada sin copiarlo siete veces. Quiero verlo.

Engells la mira titubeando, pero al final abre la carpeta y saca un folio que dispone ante ella, sobre la mesa. Rosa levanta el papel. Al principio le cuesta entender los pequeños fragmentos de colores que están esparcidos desordenadamente por la página. Pero de repente todo cuadra. Reconoce los maravillosos *selfies* de Kristine: tumbada en el suelo del polideportivo, riendo a carcajadas con su ropa de balonmano sudada. Yendo a la playa en su nueva bici de montaña. Jugando a tirarse bolas de nieve con Gustav, en el jardín de

casa. Disfrazada, posando ante el espejo del baño. Hay muchas más fotos, y en todas está sonriente y feliz. Rosa nota cuánto la echa de menos y cómo le invade el dolor, hasta que su mirada registra las palabras, que están dirigidas a su persona. «Bienvenida de vuelta. Vas a morir, zorra.»

La frase está escrita con letras rojas que forman un arco por encima de las fotos y el mensaje parece particularmente malicioso porque está escrito a mano, con letra infantil e insegura. Cuando Rosa vuelve a retomar la palabra tiene que esforzarse para sonar normal.

—Hemos tratado con locos anteriormente. No suele ser nada.

—No. Pero esta vez...

—No dejaré que me intimiden. Yo seguiré haciendo mi trabajo y los del PET que hagan el suyo.

—Todos somos de la opinión de que deberías llevar escoltas. Para protegerte, en caso de que...

—No. Nada de escoltas.

—¿Por qué no?

—Porque no creo que los necesite. El e-mail es el fin en sí mismo. Lo habrá escrito algún pobre loco que trata de esconderse detrás de una pantalla, y además no es lo que necesitamos ahora mismo en casa. —Engells la observa con sorpresa, porque son muy contadas las veces que ella decide mencionar su vida privada en una conversación—. Lo que nos hace falta en este momento es que las cosas se normalicen, seguir adelante... —El hombre quiere decir algo y Rosa sabe que no está de acuerdo con ella—. Engells, aprecio muchísimo tu esfuerzo y preocupación, pero si eso es todo, quisiera seguir con mi agenda y llegar al discurso de apertura del primer ministro.

—Desde luego. Voy a transmitir tu mensaje.

Rosa se dirige a la puerta, donde ya la espera Liu. Tiene la sensación de que Engells se queda allí parado, pensativo, mucho rato después de que ella haya salido del despacho.

*E*l edificio rectangular con capilla anexa está ubicado en la transitada carretera que conecta Nørrebro con Østerbro. Normalmente hay mucho movimiento por la zona de la entrada, coches y transeúntes ajetreados. Se oyen las alegres voces procedentes de las pistas de *skate* y zonas de juegos del parque Fælled, que queda a tiro de piedra. Pero dentro del edificio alargado con las cuatro salas estériles de autopsias y las cámaras frigoríficas del sótano es imposible no sentir la presencia de la muerte y la volatilidad de la vida. Es como si el lugar fuera irreal. Thulin ha estado en el Instituto Anatómico varias veces, pero siempre abandona el lugar sintiendo auténtico alivio cuando cruza la puerta giratoria al final del larguísimo pasillo por el que en este momento camina. Acaba de ver el cadáver de Laura Kjær y está intentando localizar a Genz. El contestador automático de su teléfono salta de nuevo, invitándola a dejar un mensaje. Thulin cuelga y vuelve a marcar el número impacientemente. Genz normalmente es infalible y, de hecho, a Thulin nunca antes le había pasado que no entregara las cosas a tiempo. La verdad es que tampoco le había pasado que no contestara inmediatamente una llamada suya. Y en este momento necesita hablar con él. Genz había prometido mandarle las impresiones provisionales de los e-mails de Laura Kjær junto con los SMS y llamadas entrantes y salientes antes de las 15 horas, pero ahora ya son las 15.30 y todavía no tiene noticias de él.

La autopsia tampoco había dado lugar a descubrimientos relevantes. El tipo nuevo, o mejor dicho el invitado de Europol o de donde fuera que viniera, obviamente tampoco se había dignado asistir, aunque habían quedado allí. Thulin había decidido no esperarle ni un segundo más y había pedido al forense que empezara con lo suyo. Los restos mortales de Laura Kjær estaban dispuestos sobre la mesa de autopsias y el forense revisaba sus notas en una pantalla mientras charlaba acerca de la gran cantidad de trabajo de los últimos

días por los accidentes de coche que la lluvia torrencial había provocado. Para empezar, había analizado el contenido del estómago, una cena que incluía crema de calabaza, ensalada de brócoli y seguramente una taza de té, aunque cabía la posibilidad de que se hubiera tomado el té unas horas antes. Thulin le había pedido impacientemente que avanzara hasta la parte que pudiera serle útil, y el forense siempre reaccionaba bruscamente a ese tipo de requerimientos. «Thulin, eso equivale a pedirle a Per Kirkeby que explique toda su obra», le había espetado, en referencia al famoso artista y escritor danés. Pero Thulin no daba su brazo a torcer. En todo el día no había conseguido ni una sola de las respuestas que necesitaba y ahora escuchaba al forense leer sus notas, mientras la lluvia embestía con fuerza contra el tejado del edificio y le producía la sensación de estar metida dentro de un ataúd.

—Tiene una cantidad enorme de cortes y heridas y la han golpeado cincuenta o sesenta veces con un arma de acero o aluminio. No puedo especificar de qué tipo de arma se trata, pero por las marcas puedo concluir que se trata de una esfera del tamaño de un puño, rodeada de púas de unos dos o tres milímetros de largo. Están emplazadas muy cerca unas de otras.

—¿Como un lucero del alba?

—En principio sí. Pero no es exactamente un lucero del alba. Le estoy dando vueltas, tratando de averiguar si podría ser una herramienta de jardín, pero no he avanzado más. Como tenía las manos atadas con bridas, no ha podido defenderse lo más mínimo. Además se ha caído varias veces y eso le ha ocasionado heridas adicionales.

Thulin ya conocía estos detalles por la conversación que había mantenido con Genz esa mañana y por eso le interesaba más saber si el forense había encontrado algo que apuntara a la pareja de ella, Hans Henrik Hauge.

—Sí y no —le había contestado con irritación—. Los resultados que tenemos hasta ahora apuntan al prometido porque hemos encontrado cabello y ADN suyo en la ropa interior, camisola y piel, pero no es algo raro, de hecho es lo que se espera, si la mujer dormía en la cama de matrimonio que ambos compartían.

—¿Violación?

El forense había desestimado esa posibilidad y con ello también el móvil sexual. «A menos que consideremos el asesinato como motor sexual.» Thulin había pedido que elaborara esa observación y el forense había explicado que Laura Kjær había sido torturada.

—El asesino era plenamente consciente del dolor que le estaba causando a la víctima. Si la intención era matarla sin más, lo habría podido hacer mucho más rápido. La víctima tiene que haber perdido el conocimiento varias veces durante la paliza y me atrevo a decir que la ha torturado durante unos veinte minutos antes del golpe en el ojo, que es el que ha sido fatal y le ha causado la muerte.

La herida de la mano amputada, que seguía sin aparecer, tampoco les había conducido a nuevas pistas. El forense especificó que el tema de las amputaciones normalmente se veía más en individuos relacionados con el mundo de los clubs de moteros, que solían amputar dedos con tijeras de carnicero, espadas samurái o cosas por el estilo a modo de cobro de deudas. Pero este no era el caso.

—¿Tijeras de poda? ¿Cortasetos? —había preguntado Thulin pensando en las herramientas del garaje de Husum.

—No. Con toda seguridad se ha llevado a cabo con un tipo de sierra. Quizás una de vaivén o circular. Probablemente alimentada por batería porque sabemos que el asesinato se llevó a cabo en un parque infantil en el exterior. Además, estoy casi seguro de que se ha utilizado un disco de diamante o algo parecido.

—¿Disco de diamante?

—Hay diferentes discos de sierra y se elige uno u otro dependiendo del material que se quiera cortar. Los de diamante son los más duros y normalmente se utilizan para cortar baldosas, hormigón o ladrillos. Pueden comprarse en casi cualquier tienda de bricolaje. Este corte se ha producido rápido; es rápido y basto, por lo que debe de haberse hecho con un disco con menos dientes y más separados, por eso la herida es más gruesa e irregular que si hubiera utilizado un disco de dientes finos y pequeños. En cualquier caso, la amputación la habrá debilitado sobremanera.

La constatación clínica del forense de que Laura Kjær estaba viva cuando le amputaron la mano impresionó tanto a Thulin que no pudo oír las últimas frases y por ello tuvo que pedir que las repitiera. A juzgar por el resto de heridas, al parecer Laura Kjær había intentado huir, aturdida y cada vez más debilitada por la pérdida de sangre, hasta que seguramente perdió las fuerzas y, sin ofrecer resistencia, fue colocada en el lugar de la ejecución, delante de la caseta de juegos. Thulin imaginó a la mujer, por un instante, huyendo de su agresor en la oscuridad absoluta, y se acordó de una vez, cuando era niña,

durante un verano de visita en la granja de una amiga, donde había visto una gallina corriendo desconcertada en círculos después de haber sido decapitada. Thulin se sacó esa visión de la cabeza para preguntar por las uñas, boca y abrasiones, pero aparte de lo anteriormente mencionado, no había ningún tipo de rastro directo del asesino en el cuerpo de la víctima. El forense había señalado la posibilidad de que no hubieran podido encontrar ningún rastro por culpa de la lluvia.

Thulin llega a la puerta giratoria y el contestador del teléfono de Genz le salta por tercera vez consecutiva. Esta vez graba un escueto mensaje en el que deja claro que debe devolverle la llamada inmediatamente. Fuera, la lluvia sigue cayendo a raudales. Thulin se abriga y decide dirigirse a comisaría para esperar allí hasta tener noticias de Genz.

Mientras tanto, se ha confirmado que Hans Henrik Hauge había abandonado las inmediaciones del congreso sobre las 21.30, después de reunirse con el subdirector y dos compañeros de trabajo procedentes de Jutlandia para hablar acerca de un nuevo cortafuegos y tomar una copa de vino blanco. Pero a partir de esa hora, ya no tenía coartada. Había hecho el *check in* en el motel, pero por lo visto nadie podía corroborar que su coche, un Mazda 6 familiar de color negro, hubiera estado toda la noche en el aparcamiento. En principio habría podido desplazarse hasta la casa de Husum y luego volver sin problema. Pero esta sospecha todavía no estaba tan fundada como para someter a Hauge y su coche a un examen exhaustivo, y por eso Thulin necesitaba urgentemente los resultados de Genz y de su equipo de la científica.

—Perdona. Al final he tardado más de lo esperado. —Hess de repente cruza la puerta giratoria. Va dejando pequeños charcos tras sus pasos y se sacude la chaqueta, empapada—. No he podido localizar al administrador de fincas. ¿Todo bien?

—Sí. Todo bien.

Thulin se mete en la puerta giratoria, sin volver la vista atrás. Sale a la lluvia y corre hasta su coche para no mojarse más de la cuenta. A sus espaldas, oye la voz de Hess.

—No sé cuánto has avanzado, pero puedo tomar declaraciones en el trabajo de la víctima, o...

—No. Eso ya está hecho, así que no te molestes.

Thulin pulsa el mando para abrir el coche y se sienta ante el volante, pero antes de que llegue a cerrar la puerta, Hess se lo impide, colocándose delante. Se cubre como puede de la lluvia y la mira.

—Creo que no has entendido lo que te he dicho. Siento mucho haber llegado tan tarde, pero...

—Lo he entendido perfectamente. Has metido la pata en La Haya. Alguien te ha contado que tienes que pasar unos días en tu destino nacional hasta que te den luz verde y puedas volver, pero esta situación te molesta y por eso has decidido hacer lo menos posible mientras te mantienes a la espera.

Hess sigue sin moverse. Se limita a observarla con esos ojos a los que todavía no se ha acostumbrado.

—Tampoco es que te hayan asignado el caso más complicado del mundo.

—Te lo pondré fácil. Tú concéntrate en La Haya y en tu piso. No le diré nada a Nylander. ¿De acuerdo?

—¡Thulin! —Ella mira en dirección a la entrada del edificio, donde ve al forense resguardándose bajo un paraguas—. Genz dice que no consigue hablar contigo, pero que vayas a la policía científica ahora mismo.

—¿Por qué? Dile que me llame.

—Quiere que veas algo. Dice que tienes que verlo tú misma. Que si no lo ves con tus propios ojos, no lo vas a creer.

*E*l edificio que alberga la nueva sede de la policía científica tiene forma de cubo y está en la zona noroeste de la ciudad. Anochece en el exterior, donde han aparcado cerca de los abedules, pero en los laboratorios del edificio, en la primera planta, siguen trabajando intensamente.

—SMS, e-mails, llamadas... ¿Lo habéis comprobado todo?

—En delitos tecnológicos todavía no han encontrado nada relevante, pero eso tampoco es tan importante como lo que te voy a enseñar.

Thulin le pisa los talones a Genz, que ha bajado a la recepción para acreditarlos a ella y a Hess como invitados suyos. Hess ha insistido en venir con ella, seguramente utilizándola como tapadera para que no se diga que está desatendiendo la investigación. Por el camino ha hojeado el informe de la autopsia sin mucho interés, y a Thulin no le ha parecido importante comentar los resultados con él. Pero el trayecto en coche se le ha hecho largo y aunque por fin pudo localizar a Genz por teléfono, su críptica respuesta todavía la ha impacientado más. La conversación había dejado claro que no conseguiría sacarle más información hasta llegar al laboratorio.

El edificio tiene enormes ventanales por todos lados. Los técnicos pululan alrededor de sus mesas de trabajo como pequeñas abejas vestidas de blanco. Una enorme cantidad de aparatos y termostatos de las paredes controlan que la temperatura y humedad ambiental se mantengan al nivel adecuado para las investigaciones que se están llevando a cabo en cada uno de los respectivos módulos de cristal. En la científica es donde todo el material recopilado en cualquier crimen se analiza y clasifica, y luego los datos se incluyen en las investigaciones. A menudo las muestras marcan una investigación, y en el poco tiempo que Thulin ha trabajado en homicidios ha comprobado que la científica se encarga de analizar minuciosamente artículos tan diversos como ropa, sábanas, moquetas, papel de pared, alimentos, vehículos, vegetación y tierra. Aunque esta lista podría ser interminable. Así como el trabajo del forense consiste en analizar el cadáver y recopilar todos los datos, la

investigación técnico policial tiene el objetivo de analizar y descubrir indicios en la escena del crimen y en personas consideradas sospechosas. La medicina forense y la policía científica son las dos patas sobre las que se sostiene una investigación, y ambas dedican todos sus esfuerzos a encontrar las evidencias materiales y pruebas inculpatorias que más tarde necesitará el fiscal para procesar al autor de un crimen.

Desde 1990, la policía científica se ha encargado de los llamados rastros tecnológicos, formando una especie de subdivisión dentro de la Unidad del Servicio Técnico Policial, donde solo se dedican a investigar la actividad tecnológica de las víctimas y los sospechosos. Pero a raíz del crecimiento del cibercrimen por todo el mundo, además del empoderamiento de los *hackers* y el terrorismo internacional, desde 2014 se ha ido ampliando esta unidad hasta lo que hoy es la NC3, adonde Thulin espera trasladarse en breve. Aun así, la científica sigue encargándose de pequeños casos locales, como el análisis de los ordenadores y teléfonos móviles encontrados en casa de Laura Kjær.

—¿Qué más? ¿Habéis encontrado algo en el dormitorio? ¿El garaje?

Thulin ha tomado posición en el enorme laboratorio al que los ha dirigido Genz y está muy impaciente.

—No. Pero antes de que te explique de qué va el tema, necesito saber si nos podemos fiar de ese.

Genz cierra la puerta y mira a Hess. Aunque a Thulin le hace gracia que Genz sea tan directo en su cautela hacia el nuevo inspector, también le sorprende un poco.

—¿A qué te refieres?

—Lo que voy a contarte es de un contenido altamente sensible y no quiero arriesgarme a que la información acabe fuera de control. No es nada personal. Espero que lo entiendas.

La última parte del comentario está dirigida a Hess, que no se inmuta ni por un segundo.

—Lo ha fichado Nylander. Y ya que está aquí presente, creo que podemos darle un voto de confianza y hacer ver que es de los nuestros.

—Thulin. Lo digo en serio.

—Yo me responsabilizo. Ahora explícame eso tan importante.

Genz titubea un instante antes de sentarse ante el teclado de su ordenador. Teclea su contraseña con rapidez y estira el brazo para acercarse las gafas de lectura, que se encuentran sobre la mesa. Thulin nunca había visto a Genz de

esta manera. Está muy serio y exaltado al mismo tiempo, y la verdad, ella había esperado algo más extravagante que esa simple huella dactilar que ahora aparece en la pantalla de alta definición colgada en la pared, justo encima de la impresionante mesa de trabajo.

—Lo he descubierto por casualidad. Decidimos cotejar la caseta de juegos buscando huellas dactilares, en la zona donde estaba emplazado el cadáver, por si el asesino se hubiera apoyado en un pilar, rasgado con un clavo o algo por el estilo. Obviamente, era un trabajo imposible. Encontramos miles de huellas, seguramente de los muchos niños que juegan en la caseta. Pero por la misma razón, y de manera rutinaria, también comprobamos las posibles huellas que pudiera haber en el muñeco de castañas que encontramos al lado del cuerpo.

—Genz, ¿qué es tan importante?

—Encontramos la huella en la castaña inferior. O sea, en la parte que podríamos definir como el cuerpo. Solo había una huella, esta. No sé si lo sabéis, pero cuando analizamos huellas en Dinamarca, buscamos coincidencia en diez puntos característicos para llevar a cabo la identificación exacta de un individuo. En relación a esta huella solo hemos podido determinar cinco puntos, porque estaba emborronada. Pero en principio esos cinco puntos también son suficientes. O por lo menos es lo que se ha concluido en varios juicios, donde se ha...

—¿Suficiente para qué, Genz?

Genz ha ido marcando cinco puntos de la huella utilizando el lápiz digital y la tableta gráfica de su escritorio mientras les hablaba de los puntos de coincidencia, pero ahora deja el lápiz y mira a Thulin a los ojos.

—Perdón. Suficiente como para establecer que la huella encontrada en el muñeco de castañas, basándonos en esos cinco puntos de coincidencia, es idéntica a la de Kristine Hartung.

Thulin no se esperaba esta información y por un momento se queda sin respiración. No sabe qué creía que le contaría Genz, pero había supuesto que por lo menos sería algo perteneciente al mismo universo que el suyo, no semejante sinsentido.

—El ordenador estableció la conexión en cuanto hubo determinado los cinco puntos. Es automático, porque el material se relaciona con nuestra base de datos, que almacena miles de huellas extraídas en casos anteriores. Normalmente hubiéramos preferido establecer más puntos. Diez es lo más

normal, pero como os he comentado antes, se acepta que cinco son suficientes como para...

—Kristine Hartung está muerta, supuestamente. —Thulin ya está recuperándose y sigue hablando, aunque con un deje de irritación—. La investigación concluyó que falleció hace aproximadamente un año. El caso consta como resuelto y el autor ha sido condenado.

—Lo sé. —Genz se quita las gafas y la mira con detenimiento—. Yo solo digo que la huella...

—Pero tiene que haber un error.

—No es un error. Llevo las últimas tres horas analizando la huella porque no quería decírtelo antes de estar completamente seguro. Pero ahora lo estoy. Hay una coincidencia en cinco puntos y eso es concluyente.

—¿Con qué programa trabajas?

Hess se ha levantado de una silla del fondo, donde había estado toqueteando su teléfono, y Thulin observa su mirada atenta. Genz explica con voz cautelosa qué sistema dactiloscópico utiliza y Hess le responde que es el mismo que usan en Europol para la identificación de impresiones dactilares. Genz se anima, entre sorprendido y contento, porque el invitado sabe del tema, pero Hess no comparte su entusiasmo.

—¿Quién es Kristine Hartung? —pregunta finalmente.

Thulin desvía la mirada desde la pantalla con la huella dactilar hasta los ojos azules y verdes de Hess.

*H*a dejado de llover y los campos de fútbol que rodean el polideportivo están desiertos. Ve una silueta solitaria salir de entre los árboles y cruzar los campos cubiertos por un manto de césped artificial, que brilla bajo las torres de luz. Hasta que pasa delante de la última portería y se acerca a la valla de hormigón del parking vacío no empieza a entender que realmente es ella. Lleva la misma ropa que el día en que desapareció y camina de esa manera tan peculiar, que él conoce tan bien y que hace que pueda reconocerla entre miles de otros niños. Cuando ve el coche, la chica se pone a correr y él ve cómo se ensancha su sonrisa cuando se le cae la capucha y los focos iluminan su cara. Tiene las mejillas rojas por el frío y él ya imagina su olor y sabe exactamente cómo la sentirá cuando la estreche entre sus brazos. Ella ríe y le llama, como ha hecho tantas veces antes, y todo su cuerpo está a punto de estallar cuando consigue abrir la puerta del coche y al fin puede rodearla con sus brazos y estrecharla con fuerza.

—¿Qué haces? ¡Venga, tío!

La puerta trasera se cierra con un golpe. Steen Hartung despierta aturdido. Se ha quedado dormido sobre el volante. Su hijo está sentado en el asiento de atrás, vestido con su ropa de entrenamiento y rodeado de su bolsa de deporte, mochila de la escuela y raquetas de tenis. Los otros chicos pasan cerca del coche montados sobre sus bicicletas y miran por la ventana de Steen, riendo entre ellos.

—¿Ya has terminado tu...?

—¡Venga ya! Enciende el motor y vámonos.

—Un momento, que busco la llave. —Steen busca la llave del coche, abre la puerta para que se enciendan las luces del interior y por fin la encuentra tirada sobre la esterilla, bajo el volante. El hijo se encoge en el asiento y los últimos chicos pasan en sus bicis—. Ah, genial. Aquí están. —Steen cierra la puerta del coche—. ¿Qué tal te ha ido el...?

—No quiero que me vengas a recoger nunca más.

—¿Qué quieres decir?

—El coche apesta.

—Gustav, no sé qué...

—¡Yo también la echo de menos, pero no me pongo a beber!

Steen se queda parado. Mira por la ventana, hacia los árboles, y siente el peso de mil hojas mojadas y muertas, que lo entierran de golpe. En el espejo retrovisor puede ver a su hijo con la mirada dura, fijada en un punto en el infinito. Solo tiene once años y la frase tendría que haber sido cómica, pero no lo es. Querría decir algo. Explicarle a su hijo que no es verdad, decirle que se ha confundido, que no es lo que cree, reír a carcajadas y responderle cariñosamente algo divertido para hacerle reír, porque ya hace demasiado tiempo que no oye la risa de Gustav. Pero es que él mismo tampoco se ríe desde hace mucho.

—Perdona... Tienes razón. —La mirada de Gustav no se suaviza. Se limita a mirar hacia el exterior, un punto indefinido en el parking desierto—. Ha sido un error. No volverá a ocurrir... —Todavía no contesta—. Entiendo que no me creas ahora, pero lo digo en serio. Te aseguro que no volverá a pasar. Lo último que quiero es que tengas que estar triste por mi culpa. ¿Vale?

—¿Puedo jugar con Kalle antes de la cena?

Kalle es el mejor amigo de Gustav y vive en la misma calle. Steen vuelve a mirar por el espejo retrovisor antes de girar la llave del contacto para poner en marcha el motor.

—Sí. Por supuesto.

—¿**Y** qué más ha pasado?

—Pues que los de la oposición la han liado parda, se han vuelto locos. ¿Recuerdas a aquella chica, la guapa de la coalición Enhedslisten, la de las gafas de concha?

Steen está de pie, delante de la gran cocina de gas, probando la salsa, asintiendo con la cabeza y sonriendo sutilmente. Suena música de fondo en la radio y Rosa se está sirviendo una copa de vino tinto. Steen rechaza su ofrecimiento cuando le quiere servir a él.

—¿Quieres decir la chica que bebió demasiado en una cena de Navidad, la que tuvieron que llevar a casa?

—Sí. Ella. De repente se levanta en medio de la sala y empieza a insultar al primer ministro. El presidente del Parlamento interviene para hacer que se siente, pero entonces empieza a insultarlo a él. Y antes de eso ya se había negado a levantarse durante la entrada de Su Majestad. Al final, medio Parlamento empieza a abuchearla y ella se enfada tanto que tira un montón de folios al aire que acaban esparcidos por todos lados, junto con sus bolígrafos y la funda de las gafas.

Rosa se ríe y Steen sonrío con ella. No recuerda la última vez que estuvieron así, charlando y preparando la cena juntos, pero tiene la sensación de que hace demasiado tiempo de eso. Desplaza mentalmente lo otro. El tema sobre el que ya no tiene fuerzas para pensar. Eso que los volverá a sumir en una tristeza profunda. Sus miradas se cruzan después de las risas y durante unos segundos ninguno de los dos dice nada.

—Estoy contento de que hayas tenido un buen día.

Ella asiente y bebe vino de la copa un poco demasiado rápido, le parece a él, pero Rosa sigue sonriendo.

—Y aún no te he contado lo del nuevo portavoz de Partido Popular Liberal. —Sobre la mesa de la cocina empieza a sonar el teléfono de ella—. Pero te lo explico luego. Voy a cambiarme mientras informo a Liu de una nota para

mañana.

Se lleva el móvil con ella e inicia la conversación mientras sube las escaleras hasta el primer piso. Steen vierte el arroz en el agua hirviendo y cuando suena el timbre de la puerta principal no se sorprende porque sabe que será Gustav que vuelve de casa de Kalle y que seguramente le habrá dado pereza sacar su llave para abrir.

*L*a puerta de la gran villa se abre y Thulin se encuentra cara a cara con Steen Hartung. Ahora se arrepiente de haber ido hasta allí. El hombre lleva un delantal atado a la cintura y sostiene en la mano un vaso medidor con restos de arroz. Por su mirada puede adivinar que esperaba ver a otra persona al abrir la puerta.

—¿Steen Hartung?

—Sí.

—Perdone que le molestemos. Somos de la policía. —La cara del hombre se agría. Es como si algo se rompiera en mil pedazos dentro de él, o como si hubiera vuelto a una realidad que por unos instantes había conseguido abandonar—. ¿Podemos pasar?

—¿De qué se trata?

—Solo será un momento. Es mejor que hablemos dentro.

Thulin y Hess miran tímidamente a su alrededor, en el gran salón. Esperan sin intercambiar palabra. Al otro lado de los ventanales, el jardín permanece inmerso en la oscuridad. La mesa del salón está preparada para tres comensales y sobre ella cuelga una imponente lámpara de Arne Jacobsen. Llega un sutil aroma a especias desde la cocina. Thulin tiene que resistir el impulso de salir corriendo por la puerta antes de que Steen Hartung vuelva al salón para atenderlos. Mira a su acompañante de reojo, pero este está absorto en algo del salón, dándole la espalda. Thulin sabe que no conseguirá apoyo por ese lado.

Después de hablar con Genz en la científica llamó a Nylander, que cogió el teléfono con tono de enfado porque estaba interrumpiendo una reunión. Y el tono no mejoró cuando Thulin le explicó el motivo de su llamada. Nylander reaccionó con incredulidad e insistió en que debía de haber un error, pero cuando al fin entendió que Genz había cotejado el resultado por enésima vez,

se quedó mudo. A pesar de que Thulin tenía una visión bastante negativa del departamento de homicidios en general, también sabía que Nylander no era tonto y tenía claro que se estaba tomando en serio la información que le estaba dando. Había insistido en que debía de haber una explicación lógica, una relación obvia que de momento no conocían; por eso los había mandado a casa de la familia Hartung.

Hess casi no había abierto la boca. Durante el trayecto en coche, Thulin le había explicado a grandes rasgos el caso de Kristine Hartung. Era de antes de que ella empezara a trabajar en el departamento, pero se había seguido hablando en comisaría y sobre todo en los medios incluso mucho después de que se hubiera cerrado. De hecho, se podría decir que seguía siendo un caso abierto. Kristine Hartung era hija de Rosa Hartung, la ministra de Asuntos Sociales, que justamente hoy había retomado su carrera política. La niña de doce años había desaparecido hacía un año, cuando volvía a casa, después del entrenamiento. Habían encontrado su bolsa de deporte y su bicicleta tiradas en un bosque. Dos semanas más tarde habían arrestado a un joven, Linus Bekker, un friki de los ordenadores con dos condenas sexuales a las espaldas y dos sentencias por conducta sexual inapropiada. La cantidad de indicios y evidencias había sido aplastante. Durante un interrogatorio en comisaría confesó haber violado a Kristine Hartung y posteriormente haberla asfixiado. También confesó que la misma noche había descuartizado el cadáver con un machete, que era el arma que la policía había encontrado en su garaje con rastros de sangre de ella. Según sus propias declaraciones, había enterrado las partes del cuerpo de su víctima en diferentes zonas boscosas al norte de Selandia. Pero Linus Bekker, que tenía un diagnóstico de esquizofrenia paranoide, había sido incapaz de señalar los lugares exactos a la policía, así que después de dos meses de intensa y costosa búsqueda habían tirado la toalla, también porque el hielo y las bajas temperaturas imposibilitaban el trabajo. Linus Bekker fue condenado durante la primavera bajo un enorme revuelo mediático, y le había caído la pena más alta posible: internamiento psiquiátrico por tiempo indefinido, lo que significaba encierro durante los próximos quince o veinte años, si no más.

Thulin oye que alguien apaga la radio y Steen Hartung vuelve de la cocina.

—Mi mujer está en el piso de arriba ahora mismo. Si están aquí porque...
—se queda bloqueado, buscando las palabras—... porque han encontrado algo... Entonces quisiera oírlo antes de que lo sepa ella.

—No es el caso —contesta Thulin—. No tiene nada que ver con eso. —El hombre la mira con atención. Por un lado parece aliviado pero por el otro se muestra alerta y dubitativo—. En relación a la investigación llevada a cabo en la escena de un crimen, hoy nos hemos topado con un objeto que muy probablemente lleva la huella dactilar de su hija. La huella está localizada, muy concretamente, en una figura hecha con dos castañas. He traído una foto y me gustaría que le echara un vistazo. —Sostiene una fotografía delante de Steen Hartung, pero él se limita a observarla unos instantes y luego levanta la mirada, confuso—. No es cien por cien seguro que sea su huella, pero la posibilidad de que sí lo sea es suficientemente verosímil y debemos dar con una explicación razonable de por qué está allí.

Steen Hartung levanta la fotografía que Thulin ha colocado sobre la mesa.

—No entiendo. ¿Una huella?

—Sí. Hemos encontrado el objeto en un parque infantil, en Husum. Concretamente en la dirección Cedervænget, 7. ¿Es esta una dirección o un parque infantil que le suene de algo?

—No.

—¿Y una mujer de nombre Laura Kjær? ¿O su hijo Magnus, o un hombre llamado Hans Henrik Hauge?

—No.

—¿Cabe la posibilidad de que su hija conociera a esta familia? ¿O a alguien de esa zona? ¿Quizá había quedado con alguien de por allí o había ido de visita o...?

—No. Nosotros vivimos aquí, no entiendo qué me está diciendo.

Durante unos instantes, Thulin no sabe qué decir.

—Seguramente habrá una explicación lógica. Si su mujer está en casa, quizá podríamos preguntárselo también a ella...

—No. No quiero que le pregunten nada a mi mujer.

Steen Hartung los encara directamente y su mirada es hostil.

—Lo siento muchísimo, pero es necesario que lo averigüemos.

—Me importa un rábano. No quiero que hablen con mi mujer. Mi respuesta es igual de válida que la suya. No tenemos ni idea de por qué ha aparecido una huella dactilar de mi hija, no conocemos el lugar que menciona y no entiendo por qué les parece tan jodidamente importante averiguarlo.

En ese momento Steen Hartung se percata de que Thulin y Hess están mirando algo que tiene a sus espaldas. Resulta que su mujer ha bajado las

escaleras y ahora los observa desde el vestíbulo.

Durante unos instantes nadie dice nada. Rosa Hartung entra en el salón y coge la fotografía que Steen Hartung ha tirado al suelo al enfadarse. Thulin vuelve a tener unas ganas irrefrenables de salir corriendo por la puerta y su irritación contra Hess va en aumento, porque sigue de telón de fondo, sin decir una palabra.

—Discúlpennos por las molestias. Estamos...

—Ya lo he oído.

Rosa Hartung mira la fotografía con el muñeco de castañas y es como si tuviera la esperanza de encontrar algo. Su marido hace el amago de llevarlos a la puerta de salida.

—Ya se marchaban. Les he dicho que no sabemos nada del tema. Gracias por la visita.

—Vendía estas figuras en la calle principal. —Steen Hartung se detiene en el marco de la puerta y mira a su mujer—. Cada otoño. Las hacía y luego las vendía con su amiga Mathilde, de la clase. Solían pasar horas aquí sentadas, haciéndolas.

Rosa Hartung observa la foto y luego mira a su marido. Thulin ve que él de repente también se acuerda.

—¿Cómo que las vendía?

Hess se ha acercado y se muestra atento.

—Montaban una pequeña paradita. Vendían las figuras a las personas que pasaban por allí, o a los coches que paraban en el semáforo. También hacían pasteles y zumo. Vendían ese tipo de cosas...

—¿Y el año pasado también vendieron figuras?

—Sí. Cada año las hacían aquí mismo, en esta mesa. Recogían las castañas del jardín y se lo pasaban en grande. En verano montaban un mercadillo, pero... a ella le gustaban más las ventas en otoño, sobre todo cuando teníamos tiempo para montarlo todo bien. Lo recuerdo porque fue el fin de semana antes de que... —Rosa Hartung se detiene—. ¿Por qué es importante esto?

—Es algo que estamos investigando. En relación con otro caso.

Rosa Hartung no dice nada más. Su marido está a dos pasos de ella y es como si los dos estuvieran en caída libre. Hess se limita a mirarlos y Thulin sujeta la fotografía como si fuera un salvavidas.

—Muchas gracias. Con esta información ya tenemos lo que necesitábamos

saber. Sentimos mucho haberles molestado con este tema.

*T*hulin observa por el espejo retrovisor cómo la silueta de Hess se va haciendo cada vez más pequeña y acelera para marcharse. Hace unos minutos, al salir de la casa, cuando Thulin estaba a punto de entrar en el coche, Hess le ha dicho que prefería volver caminando. Lo había hecho de cara a la villa, con la mirada perdida. A ella le había parecido estupendo.

Thulin gira por el primer desvío que encuentra y deja atrás la elegante zona residencial. Durante el trayecto en coche hace dos llamadas de teléfono. Primero a Nylander, que contesta enseguida, porque claramente estaba esperándola. Thulin pone atención en los sonidos de fondo y percibe la voz de su mujer y los niños charlando. Le describe el resultado de la visita a casa de los padres de Kristine Hartung y Nylander parece satisfecho con la explicación. Antes de colgar, el comisario le insiste en que la información es de carácter confidencial y le transmite la importancia de que se mantenga así, para evitar que los medios de comunicación den importancia a algo que es secundario y que finalmente solo acabará siendo una molestia para los padres de la niña. Thulin le escucha a medias, porque hace rato que ha llegado a esa misma conclusión.

Luego llama a la tercera persona del árbol genealógico, el hombre al que su hija llama abuelo. El siempre leal y firme Aksel, la persona a la que se lo debe todo. Se alegra de oír la voz serena y calmada que le explica que en este momento están jugando a un videojuego del cual le confiesa que no entiende ni jota, pero que se lo están pasando bien. De fondo oye la voz de su hija Le, que le pregunta si puede quedarse a dormir en casa del abuelo. Thulin cede, aunque esta noche realmente no le apetecía estar sola. Aksel enseguida se da cuenta de ello por el tono de su voz, pero Thulin rápidamente dice que está de acuerdo y finaliza la llamada. Desde el coche ve pasar a varias familias cargadas con bolsas de la compra y piensa que están volviendo a sus casas para cenar todos juntos. De repente le invade un malestar y trata desesperadamente de quitárselo de encima. Una niña vende figuras hechas

con castañas en una parada callejera y una de esas figuras acaba casualmente colgada en una caseta de juegos en algún lugar de Husum. Y ya. Nada más. Toma una decisión y gira para incorporarse a Store Kongensgade.

Un señor mayor ataviado con un abrigo de pieles y un perrito faldero sale del portal y la mira con recelo cuando Thulin entra en el edificio sin llamar por el interfono. Sube las anchas escaleras de los pisos señoriales y cuando llega a la segunda planta puede oír música tras la puerta. Llama al timbre una sola vez y, sin esperar que la atiendan, abre la puerta y entra en el enorme recibidor. Sebastian está allí mismo, con el teléfono en la mano, como si justo hubiera acabado una llamada. Le sonrío sorprendido. Todavía va vestido con su traje de tres piezas, que por lo visto es el único uniforme que aceptan en su sector.

—¿Hola?

Thulin se quita la chaqueta.

—Quítate la ropa. Tengo media hora.

Las manos de Thulin le bajan la cremallera del pantalón y llega a desabrocharle el cinturón antes de darse cuenta del sonido de pasos que se acercan.

—¿Dónde está el abridor, hijo?

Un señor de edad avanzada y rasgos afilados entra en el recibidor y durante una pausa corta en el hilo de música, Thulin escucha la algarabía que llega desde el salón.

—Naia, te presento a mi padre. Papá, ella es Naia. —Sebastian les presenta el uno al otro sonriendo mientras un par de críos cruzan el recibidor a toda pastilla, jugando a perseguirse en dirección a la cocina.

—Encantado de conocerte. Cariño, ¡ven un momento!

Y antes de darse cuenta, Thulin está rodeada de la madre de Sebastian y otros miembros de la familia. Declina cenar con ellos tres veces, pero al final se da cuenta de que no tiene escapatoria y acepta la invitación.

*L*a llovizna y los fluorescentes de las casetas de bicis iluminan las canchas de básquet, que están al lado. Un par de críos mojados con rasgos característicos de la zona de Oriente Medio se detienen unos instantes para observar la silueta, antes de seguir el partido. En Odinparken, un complejo de viviendas ubicado en el extremo norte de Nørrebro, no hay muchos residentes blancos, así que cuando aparece una persona de etnia danesa el resto se da cuenta enseguida. Habitualmente, los pocos blancos que se ven por allí son agentes de policía que van uniformados o, sobre todo, vestidos de civil, pero por norma general siempre llegan en pareja y nunca en solitario, como es el caso de esta silueta, que además va cargando una bolsa de comida para llevar y camina en dirección al conjunto de viviendas de propiedad del otro extremo del complejo.

Hess sube al tercer piso por las escaleras exteriores y camina por el pasillo de galerías hasta llegar a la última puerta de la planta. Delante de las otras puertas hay bolsas de basura, bicicletas y chatarra. Le llega el sonido de voces árabes mezcladas con el aroma de especias de países exóticos por una ventana entreabierta y Hess piensa en el barrio tunecino de París. Ante la última vivienda, la número 37C, hay una vieja mesa de jardín muy deteriorada por la intemperie y una raquítica silla de plástico blanca colocada delante de la puerta. Hess se detiene y busca la llave.

El apartamento está oscuro y enciende la luz. Es un piso de una habitación y su modesta bolsa de viaje sigue apoyada en la pared de la entrada, donde la ha dejado esta mañana cuando al fin ha podido conseguir la llave del administrador de fincas. El último inquilino había sido un estudiante boliviano, pero el joven volvió a su país en abril y, según el administrador, no ha sido posible volver a alquilar el inmueble desde entonces. Lo cual quizá no sea tan extraño. En la zona del comedor hay una mesa, dos sillas y una minicocina con dos placas. El suelo no es regular, incluso tiene algunos agujeros, y las cuatro paredes están desnudas y desconchadas. No hay ningún

objeto personal, tan solo la vieja tele en el rincón, que a pesar de su aspecto analógico, todavía funciona porque está conectada a la oferta de cable contratada por la asociación de vecinos propietarios del complejo. Hess no ha tenido la necesidad de equipar el piso porque nunca está allí, pero los inquilinos han ido cubriendo las cuotas y por eso no había pensado en venderlo hasta ahora. Deja la funda con la pistola sobre la mesa y cuelga la chaqueta sobre el respaldo de una silla para que se seque. Por tercera vez en media hora llama a François al número de teléfono que habían acordado, pero no contesta y Hess no le deja ningún mensaje.

Enciende la tele antes de sentarse a la mesa y abrir el paquete de cartón con comida vietnamita. Come fideos y pollo con desgana. Hace zapping incansablemente entre el raudal de canales disponibles, hasta que aterriza en uno de noticias que muestra imágenes de Rosa Hartung entrando en Christiansborg mientras una voz vuelve a contar la historia de su hija desaparecida, víctima de Linus Bekker. Hess sigue pasando canales y acaba viendo un documental de naturaleza que trata sobre unas arañas surafricanas que se distinguen por comerse a sus madres en cuanto eclosionan los huevos que los han incubado. El documental no le dice nada pero tampoco le hace perder el hilo de su pensamiento, que básicamente es encontrar una manera de volver a La Haya lo antes posible.

Habían sido unos días intensos para Hess. El fin de semana le habían cesado de su servicio con efecto inmediato y la notificación le había llegado por su jefe en Europol, un alemán llamado Freimann. No es que le viniera del todo por sorpresa, pero sí que le parecía que estaban reaccionando exageradamente. Por lo menos desde el punto de vista de Hess. La decisión de cesarlo temporalmente se había extendido por el sistema y los rumores habían llegado a Copenhague con rapidez. El domingo por la noche ya le había llegado la orden de volver a su país de procedencia, a modo de sanción. Sus jefes daneses no se habían mostrado especialmente satisfechos tras escuchar su propia versión de los acontecimientos y habían puesto énfasis en la gravedad de la situación, pues la policía danesa ya tenía una relación tensa con Europol tras la archiconocida negativa en el último referéndum realizado. Le recriminaron que su situación no contribuía en nada a calmar las aguas o incluso mermaba la ya endeble cooperación con Europol. Le dijeron que en

este contexto habían decidido despachar el asunto a favor de los de La Haya y darles la razón. Uno de sus jefes incluso había subrayado que la situación rozaba lo indecoroso. Hess había intentado poner cara de arrepentimiento, pero eso había dado lugar a la enumeración de cada una de las faltas que había cometido. Problemas disciplinarios en forma de discusiones con sus superiores, desacato a la autoridad, ausencias repetidas del trabajo, dejadez, diversas denuncias acerca de consumo de sustancias y salidas nocturnas en varias capitales europeas, además de un conjunto de comentarios que dejaban entrever que Hess estaba quemado. Él había objetado que su caso había levantado demasiado alboroto para lo insignificante que era y que estaba convencido de que la evaluación final fallaría a su favor. Mentalmente ya se veía a bordo del avión de las 15.55 con destino La Haya, cuyo billete ya había reservado; a menos que el avión llevara retraso, podría estar de vuelta en el sofá de su piso de la segunda planta, en Zeekantstraat, a tiempo para ver el partido de Champions entre el Ajax y el Dortmund. Y justo en ese momento cayó la bomba. Los jefes exhortaron a Hess a proseguir con su trabajo de inspector en su antiguo departamento, el de homicidios, hasta que se aclararan las cosas. Con inicio de actividad en comisaría al día siguiente.

Hess casi no había traído equipaje a Copenhague. Había metido lo más básico en una bolsa de viaje, antes de partir, y después de la reunión fallida había vuelto a registrarse en el hotel Mission, cerca de la estación Central, para recuperarse del disgusto. Primero había llamado a su colega François para ponerle al corriente de la situación y para saber exactamente qué ambiente se respiraba en La Haya. François era un hombre calvo de unos cuarenta y un años, originario de Marsella, tercera generación sirviendo en la policía, duro de pelar pero bueno como un trozo de pan y el único colega de Hess que le caía bien y en quien confiaba. François le dijo que habían iniciado su evaluación y que le mantendría informado de cada fase, además de cubrirle las espaldas lo mejor que pudiera. Y que debían mantenerse coordinados para que sus respectivos informes no dieran a entender que estaban pasándose información el uno al otro. Si acababa convirtiéndose en un expediente disciplinario podían activar escuchas telefónicas, y por ello parecía buena idea adquirir para ambos nuevos teléfonos móviles prepago para llevar a cabo su propósito. Después de esta conversación, se había bebido una lata de cerveza que había encontrado en el minibar e intentado localizar al administrador de fincas que se ocupaba de su apartamento, para

pedirle un juego de llaves, porque tampoco era su intención pagar demasiadas noches de hotel. Pero la oficina estaba cerrada y Hess se había quedado dormido sobre la cama de la habitación, con la ropa puesta, mientras el Ajax de Ámsterdam sufría una vergonzosa derrota 0-3 ante los alemanes.

Las crías de araña van engullendo paulatinamente a las madres que les han dado la vida cuando suena el teléfono. El inglés de François no es demasiado fluido, así que siempre hablan en francés, aunque Hess lo haya aprendido de manera autodidacta y en realidad solo lo chapurree.

—¿Qué tal el primer día de curro? —es lo primero que quiere saber François.

—Genial.

Hablan un poco sobre lo que Hess va a escribir en su informe para que François lo tenga en cuenta y este le explica un poco cómo van avanzando las cosas. Cuando han terminado de hablar del tema, Hess puede intuir que algo le preocupa al francés.

—¿Qué pasa?

—No querrás oírlo.

—Suéltalo ya.

—Ahora estoy pensando en voz alta: ¿por qué no te relajas un poco y pasas un tiempo en Copenhague? Ya volverás más adelante. He estado pensando que quizá te venga bien esta situación, por lo menos en este momento. Alejarte un poco de todo esto. Cargar las pilas. Conocer un par de danesas y...

—Tienes razón; no quiero oír más. Tú ocúpate de escribir lo que hemos quedado en tu informe y mándaselo a Freimann cuanto antes.

Hess cuelga la llamada. La perspectiva de quedarse en Copenhague le resulta cada vez más insoportable. Y la sensación va a más a cada hora que pasa en la ciudad. Tampoco es que los casi cinco años que ha estado en Europol hayan sido un cuento de hadas, pero cualquier cosa es mejor que esto. Como oficial de enlace destinado por la policía danesa, en principio podría haberse apalancado ante una pantalla de ordenador en la sede central, pero a Hess enseguida lo ficharon como inspector en un equipo de movilidad transnacional. Viajaba una media de ciento cincuenta días al año. Un caso reemplazaba al otro. Berlín se había convertido en Lisboa, Lisboa en Calabria, Calabria en Marsella y así había continuado. Viajes solo interrumpidos por breves estancias en La Haya, donde le pusieron un

apartamento a su disposición. Había mantenido contacto con el sistema policial danés a través de los breves informes que mandaba ocasionalmente para alertar de los vínculos existentes entre el crimen organizado y el norte de Europa, concretamente en Escandinavia y Dinamarca. Normalmente se trataba de e-mails y rara vez se mantenían conversaciones por Skype. A Hess le iba bien tener tan poco contacto con Dinamarca. Y el hecho de no tener un lugar de residencia fijo también le parecía bien. Incluso había aprendido a lidiar con las barreras jurídicas y políticas del aparato policial europeo, que parecía un patoso gigante con pies de plomo, aunque es verdad que cuando se topaba con ellas se le antojaban cada vez más insufribles. ¿Que si estaba quemado? Sí, probablemente. Como investigador se topaba con nuevos ejemplos de injusticia, crueldad, muerte y crimen organizado a diario. Seguía pistas, recogía evidencias y simultáneamente llevaba a cabo exhaustivos interrogatorios en distintos idiomas. Pero la mayoría de las veces las acusaciones acababan en el cajón de algún político que no se ponía de acuerdo con su homólogo, al otro lado de la frontera, y los imputados quedaban libres sin ni siquiera pisar un juzgado. Lo bueno de su trabajo es que nadie le controla. El sistema es tan enorme y laberíntico que es fácil escabullirse. O por lo menos lo había sido, hasta ahora. Pero tenían un nuevo jefe, Freimann, un joven burócrata procedente de lo que antes era Alemania del Este. Un tipo que había visto la luz y creía ciegamente en la colaboración entre policías europeos, y había empezado a hacer limpieza porque pretendía aumentar la efectividad del departamento. Lo peor de toda esta situación es que a Hess ahora mismo se le antojaba más tentador pasar un fin de semana entero con Freimann en una isla desierta que pasar un solo día más aquí, trabajando en Copenhague.

Y mira que el día había empezado bastante bien o por lo menos aceptablemente. Había evitado toparse con antiguos conocidos en comisaría central y de buena mañana lo habían mandado a las afueras por un caso. La investigadora con la que le había tocado trabajar era más lista que la mayoría y no mostraba ni el más mínimo interés en su presencia, lo cual era una gran ventaja. Pero un asesinato en un barrio residencial de lo más normal y aparentemente fácil de resolver se había complicado sobremanera por culpa de una huella dactilar y, antes de darse cuenta, había acabado plantado en el salón de un hogar inmerso en un dolor tan profundo que daban ganas de salir de allí chillando de horror.

Después de la visita a la familia Hartung necesitaba aire fresco. Algo le preocupaba, y no era solo la tristeza. Había un detalle. Algo que todavía no se había convertido en un pensamiento concreto, o puede que sí, que ya fuera un pensamiento, pero un pensamiento rodeado por un mar de preguntas relacionadas que su conciencia emergente había empujado a un lado para no tener que mover ni un dedo.

Hess había caminado por las calles mojadas, dando un gran rodeo hasta volver a pisar las aceras de la ciudad, que ya no reconocía después de tantos años en el extranjero. Construcciones de vidrio y acero por doquier y obras viales que denotaban una ciudad cambiante, en principio una capital europea como podría ser cualquier otra, aunque pequeña, con edificios bajos y más segura que la mayoría de las grandes ciudades del sur. Parejas felices con hijos habían desafiado al otoño y las constantes lluvias para meterse en las atracciones del Tivoli, pero los montones de hojas caídas bajo los castaños que rodean los lagos le habían hecho pensar en Laura Kjær. La imagen de país de cuento de hadas había vuelto a agrietarse y a la altura del puente de Dronning Louise habían aparecido sus propios recuerdos, como pequeños fantasmas traviosos que no pudo sacarse de la cabeza hasta llegar al extremo norte de Nørrebro.

Hess sabe que puede pasar del caso. No es responsabilidad suya. Hay locos en todos lados y padres y madres pierden a sus hijos cada día, igual que hay críos que pierden a sus padres. Lo ha visto tantas veces antes, en tantas otras ciudades, países y con tantas caras diferentes, que no le gusta pensar en ello. En unos días seguramente recibirá una llamada reconciliadora de La Haya y lo que ha visto hoy ya no le importará tanto. Se sentará en un avión, tren o coche con una nueva comisión de servicio y hasta entonces solo tiene que limitarse a pasar el mal trago aquí.

Hess se da cuenta de que lleva un buen rato sentado, mirando fijamente la pared desconchada del piso. Antes de que la inquietud le invada, se levanta, tira la caja de cartón con los restos de los fideos a la basura y se dirige hacia la puerta.

*L*a voz de Bob el Constructor llena el salón de Nehru Amdi. El hijo pequeño de la familia es al que más le interesan los buenos consejos que ofrecen los dibujos animados. Nehru Amdi está preparando cordero con curry y espinacas para su esposa y cuatro hijos cuando alguien llama a la puerta. Su mujer grita diciendo que está al teléfono hablando de negocios con su prima, así que él tiene que ir. Abre la puerta enfadado, ataviado con un delantal, y delante de él se encuentra al hombre blanco del número 37C al cual ya había visto entrar en el complejo ese mismo día.

—¿Sí?

—Siento molestarte con este tema ahora mismo, pero quisiera pintar mi apartamento. Es el 37C.

—¿Pintar el apartamento? ¿Ahora?

—Sí, por favor. El administrador me dijo que tú eras el encargado y que podrías decirme dónde puedo encontrar la pintura y los utensilios que necesito.

Nehru se percata de que los ojos del hombre son de dos colores diferentes, uno verde y el otro azul.

—Pero no puedes ponerte a pintar, así sin más. Tienes que pedirle permiso al propietario del piso y resulta que el dueño está de viaje.

—Yo soy el propietario.

—¿Tú eres el propietario?

—Dame las llaves y ya me espabilo. ¿Las cosas están en el sótano?

—Sí, sí. Pero es tarde, ya es de noche. A esta hora no se puede pintar, a menos que tengas focos de pintor. ¿Tienes focos de pintor?

—No, pero ahora mismo es cuando tengo tiempo para hacerlo —contesta el hombre impacientemente—. Solo estaré en la ciudad unos pocos días y quiero arreglarlo para ponerlo a la venta, así que si no es mucha molestia, ¿me puedes dejar las llaves?

—No puedo entregar las llaves del sótano a nadie. Espérame al final del

pasillo. Ahora vengo.

El hombre asiente y se marcha. La mujer de Nehru mantiene la conversación telefónica en espera y lo observa con una mirada insistente mientras él se pone a buscar la llave. Ningún hombre blanco normal sería propietario de nada en Odinparken, por lo menos voluntariamente, y menos aún se instalaría a vivir allí, así que hay que estar alerta.

El rodillo se desplaza con rapidez por la pared y salpica grandes goterones de pintura sobre el cartón que ha extendido sobre el suelo. Cuando Nehru entra en el apartamento con otro bote de pintura, el hombre mete bruscamente el rodillo en la cubeta antes de reemprender su trabajo, con el sudor resbalándole por la cara.

—He encontrado un bote más, pero tengo prisa, así que tú mismo tendrás que comprobar si tiene el mismo código de color.

—Eso me da igual. Con que sea blanca, ya me vale.

—No es igual. Tienen que tener el mismo código.

Nehru aparta la chaqueta del hombre, que ocupa casi toda la mesa, porque quiere colocar el bote para comprobar el código. Aparece la funda con la pistola y Nehru se queda tieso.

—No te preocupes. Soy policía.

—Sí, por supuesto —dice Nehru dando medio paso atrás, pensando en la mirada de su mujer.

El hombre agita la placa de policía con las puntas de los dedos, que también están manchados de pintura.

—En serio. Lo soy.

Nehru recupera un poco la calma después de ver la placa y el hombre alto sigue desplazando el rodillo arriba y abajo por la pared.

—¿Agente encubierto? ¿Es un piso de vigilancia?

Se rumorea que Odinparken puede ser un nido de bandas criminales y también terroristas islámicos, así que no es raro que Nehru pregunte.

—No. Solo es mío. Nada de vigilancia. Pero trabajo en el extranjero, por eso quiero venderlo. Deja la puerta abierta cuando te marches, para ventilar.

La respuesta deja a Nehru desarmado. Pero le sigue pareciendo sospechoso que a ese hombre alguna vez se le haya ocurrido comprar unos metros cuadrados en Odinparken. Aunque por otro lado, le transmite tranquilidad el

hecho de que quiera que Nehru se marche. Eso es algo muy danés y normal. Nehru echa un último vistazo al hombre y no puede contenerse: pinta como si fuera un caballo dando coces. Y como si le fuera la vida en ello.

—Lo estás haciendo con demasiada fuerza. ¿Me dejas ver el rodillo...?

—No. Ya me las apaño.

—Y no puedes ver lo que estás haciendo sin un foco de pintor.

—No hay problema.

—Para, te lo digo en serio. Si no te ayudo, tendrás un disgusto cuando veas lo que has hecho.

—Te prometo que no me llevaré un disgusto.

Pero Nehru ha cogido el extremo del palo alargador para mirar el rodillo y el hombre sigue aferrándose a él.

—Ya me lo imaginaba. Hay que cambiarlo. Voy a cambiarlo.

—No. Está bien así como está.

—No está bien. Yo soy pintor profesional y estoy obligado a compartir mi conocimiento.

—Mira, de verdad. Yo solo quiero pintar...

—¡Es mi obligación! El que tiene conocimientos acerca de algo está obligado a compartirlo con el otro. Lo siento mucho, pero es lo que hay, no puedo remediarlo.

El hombre suelta el palo, por fin. Durante unos segundos se queda con la mirada perdida, como si Nehru le hubiera robado el sentido de la vida. Este se larga rápidamente con el rodillo, antes de que el hombre cambie de opinión y vuelva a protestar.

Nehru encuentra dos focos de pintor, un rodillo nuevo y un cubo de fregona en el fondo de su armario. Su mujer está sentada a la mesa con los niños y no entiende nada. Es de la opinión de que el número 37C puede esperar a que terminen de cenar en familia.

—Seguro que te está mintiendo y que es un loco de remate que el ayuntamiento nos ha enchufado en el complejo.

Nehru decide no tratar de explicarle que cuando uno se pone a pintar, hay que hacerlo bien. Cierra la puerta de su casa cargando con todas las cosas, se inclina para recoger el mango del rodillo que había dejado sobre un papel de periódico encima del felpudo y se percata de la silueta del hombre del número 37C, que en ese momento justo pasa al lado de las pistas de básquet y sale del complejo con prisa.

Nehru titubea durante unos instantes porque no entiende nada. Luego piensa que las personas no tienen respeto las unas por las otras hoy en día y que igual su mujer sí tenía razón con lo del loco y el ayuntamiento. Sea lo que sea, está claro que lo de vender el apartamento es buena idea.

*T*hulin se sorprende a sí misma al admitir que está empezando a pasárselo bien en la cena del piso señorial de Store Kongensgade. Sebastian pertenece a una conocida y adinerada estirpe de abogados encabezada por un padre omnipresente que ejerce de patriarca a todas horas. Hace aproximadamente diez años fue nombrado magistrado de la audiencia provincial y a Sebastian y a su hermano mayor les ha tocado tirar adelante el bufete, pero eso no significa que ambos estén de acuerdo en todo, para nada. Eso ha quedado muy patente durante la cena. La visión cuadriculada y los comentarios neoliberales relativos al Estado y la sociedad que ha ido soltando el hermano en el transcurso de la cena han sido rebatidos por Sebastian, que ha hecho un alarde de réplicas agudas. Y hasta le ha brindado ayuda su cuñada, que ha rematado la faena cuando con gran sarcasmo les ha recordado al resto de comensales que su marido se deshizo de los sentimientos en cuanto consiguió el título para ejercer la abogacía. El padre ha interrogado a Thulin acerca de su trabajo en homicidios y la ha felicitado por solicitar el traslado a la NC3, que él considera el futuro inmediato, sobre todo en comparación con el polvoriento departamento en el que trabaja a día de hoy. El hermano en cambio opina que en veinte años ambos departamentos dejarán de existir cuando todo el cuerpo policial se privatice. Eso sí, en el transcurso del plato principal decide cambiar de tema, más interesado en saber por qué Thulin no quiere mudarse con su hermano Sebastian, y estima que será porque no le parece lo bastante atractivo.

—¿Es que no es lo suficientemente varonil como para darte lo que necesitas?

—Sí lo es. Pero es que yo prefiero utilizarlo sexualmente en vez de matar la pasión poco a poco, condenándonos a una relación de pareja estable.

La cuñada se troncha con esa respuesta. Ríe tanto que salpica de vino tinto la camisa blanca de Hugo Boss del hermano y este enseguida se pone a frotar la mancha como un poseso con la servilleta de tela.

—Sí, señora. Brindo por eso —dice la cuñada y vacía la copa de vino antes de que el resto puedan seguirle el ritmo. Sebastian sonrío a Thulin y su madre le aprieta la mano con cariño.

—Nosotros desde luego estamos encantados de haberte conocido, y sé que Sebastian está feliz.

—Mamá, relájate.

—Pero si no he dicho nada.

Tiene los ojos de Sebastian. El mismo brillo cálido que Thulin notó sobre ella cuando hace poco más de cuatro meses estaba sentada en la sala del juez de instrucción por un caso que estaba llevando. Ver a Sebastian Valeur en el juzgado de guardia era como ver un Tesla recién salido de fábrica en un museo de coches de época. Pero Thulin había tenido que tragarse su prejuicio inicial porque no era todo lo arrogante que ella pensaba. Ejerciendo como abogado de oficio de un hombre de nacionalidad somalí acusado de violencia de género contra su mujer, había defendido a su cliente sin grandes aspavientos, pero con un sentido común muy acertado que había utilizado para convencerlo de que se declarara culpable de los cargos que se le imputaban. Más tarde, Sebastian había corrido tras ella cuando Thulin abandonaba el edificio, y aunque en un principio no había aceptado su propuesta de salir a tomar una copa, sí que se había sentido atraída por él. Una tarde, a principios de junio, Thulin había aparecido por el despacho de abogados de Amaliegade sin avisar, y le había acabado bajando los pantalones en cuanto se quedaron a solas. Ella no pensaba que la cosa iría a más, pero la parte del sexo había ido sorprendentemente bien y, además, Sebastian enseguida había comprendido que ella no buscaba a alguien con quien dar largos paseos románticos por Langelinie. Ahora que está aquí, observando a los moderadamente excéntricos miembros de su familia, ya no le parece tan atemorizante como antes.

El tono de llamada de un teléfono móvil hace que cese la conversación alrededor de la mesa. Thulin mete la mano en el bolsillo para contestar.

—¿Sí?

—Soy Hess. ¿Dónde está el niño ahora?

Thulin se levanta de la mesa y camina hasta el recibidor para tener privacidad.

—¿El niño?

—El niño de Husum. Hay algo que debo preguntarle. Y tiene que ser ahora.

—No puedes hablar con él ahora mismo. Lo vio un médico que evaluó que seguramente estaba en *shock*, así que lo han ingresado en urgencias.

—¿Dónde?

—¿Por?

—Es igual. Ya lo averiguo yo.

—¿Por qué quieres...?

Ha cortado la llamada. Thulin se queda un momento pensativa, con el teléfono en la mano. Las conversaciones se han reanudado en el comedor, pero ella ya no oye lo que dicen. Cuando Sebastian aparece para preguntarle si ha pasado algo, ella ya se ha puesto la chaqueta y está abriendo la puerta para salir.

*L*os pasillos están poco transitados y la iluminación es de baja intensidad cuando Thulin llega al servicio de psiquiatría infantil y psicología pediátrica del hospital de Glostrup. Camina hasta el mostrador y ve que Hess está discutiendo con una enfermera de edad avanzada en un despacho al fondo. Sus voces se cuelan bajo la puerta de la caja acristalada en la que se encuentran y un par de adolescentes con zapatillas se han detenido para ver lo que pasa. Thulin les pide paso, se apartan a un lado y ella llama a la puerta para después abrirla, sin esperar a que la inviten a pasar.

—Ven un momento.

Hess se percata de su presencia y la sigue hasta fuera de mala gana, mientras que la enfermera lo mira con disgusto.

—Tengo que hablar con el niño, pero algún idiota les ha dicho que nadie debe molestarlo y que no recibirá visitas en lo que queda del día.

—Soy yo la que les ha pedido eso —dice Thulin mientras observa las manchas de pintura en la cara y manos de Hess—. Ya ha pasado por la ronda de preguntas una vez hoy y si no me cuentas lo que te traes entre manos es que no es tan importante como crees.

—Solo son un par de preguntas. Si consigues convencer a la enfermera para que me deje entrar, te prometo que mañana no aparezco por comisaría y alego que estoy con gripe o algo por el estilo.

—Primero quiero saber qué le quieres preguntar.

*L*a distribución de las camas en el servicio de psiquiatría y psicología para menores es bastante parecida a la de adultos, pero la diferencia es que aquí han colocado pequeñas islas llenas de juguetes, libros, mesas y sillas de tamaño infantil en algunas zonas. No es que sea una gran diferencia, porque el ambiente sigue siendo triste y aséptico, pero Thulin sabe de primera mano que hay lugares para niños que son mucho peores que este.

Al fin, la enfermera sale de la habitación del niño e ignora a Hess dirigiéndose exclusivamente a Thulin.

—Le he dicho que solo estaréis cinco minutos. Pero sigue sin decir mucho, o más bien nada, y quiero que quede claro que tiene todo el derecho del mundo a no hablar si no le apetece. ¿Entendido?

—Sí. Por supuesto.

—Estaré controlando el tiempo.

La enfermera señala su reloj de pulsera y mira a Hess con enojo, pero este ya está cogiendo el pomo para abrir la puerta.

Magnus Kjær ni les dirige la mirada cuando entran en la habitación. Está sentado en la cama, bajo el edredón, con el cabezal levantado, y en su regazo hay un ordenador portátil con un enorme logo del hospital en la parte posterior de la pantalla. Es una habitación individual. Las cortinas están cerradas y hay una lámpara encendida en la mesilla de la cama, pero es la luz del portátil lo que ilumina la cara al niño.

—Hola, Magnus. Perdona que te molestemos. Me llamo Mark y ella es...

Hess mira un segundo a Thulin, que está procesando mentalmente el hecho de que Hess tenga un nombre de pila.

—Naia.

El niño no devuelve el saludo y Hess se acerca a la cama.

—¿Qué estás haciendo? ¿Te importa si me siento aquí un momento?

Hess se sienta en la silla que está al lado de la cama y Thulin se queda donde está, en segundo plano. Algo le dice que es mejor mantenerse a distancia, darles un poco de espacio a los dos. Es algo que no puede describir, pero tiene la sensación de que es lo más acertado.

—Magnus, quiero preguntarte algo, si me lo permites. ¿Puedo, Magnus?

Hess mira al niño, que no reacciona, y Thulin piensa que es una pérdida de tiempo. El niño está concentrado en la pantalla y sus dedos se mueven ansiosamente por el teclado. Es como si hubiera construido una burbuja a su alrededor; Hess puede seguir preguntándole lo que quiera hasta mañana por la mañana, nunca obtendrá una respuesta.

—¿A qué estás jugando? ¿Cómo va la partida?

El niño sigue sin contestar, pero Thulin hace rato que sabe que se trata de *League of Legends*, que ha reconocido porque su hija también es muy aficionada al juego.

—Es un juego de ordenador. Hay que conseguir...

Hess levanta una mano para hacerla callar y se acerca más al niño para mirar la pantalla.

—Estás en la Grieta del Invocador. También es mi mapa favorito. ¿Quién es tu campeón? ¿Lucian el Pacificador?

El niño no contesta y Hess señala uno de los símbolos que aparecen en la parte inferior de la pantalla.

—Si eres Lucian, estás a punto de conseguir una actualización.

—Ya la tengo. Espero al próximo nivel.

La voz del niño suena mecánica y monótona. Hess vuelve a señalar la pantalla, indiferente.

—Cuidado, están llegando minions. Van a destruir el Nexo si no reaccionas rápido. Clica en magia para no morir.

—No voy a morir. Ya he clicado en magia.

Thulin trata de ocultar su sorpresa. Sus compañeros en comisaría tienen más relación con el cantonés que con el mundo de los juegos de ordenador, pero por lo visto eso no vale para Hess. Observa a Magnus e intuye que esta es la conversación más interesante que ha tenido a lo largo del día de hoy. Piensa que seguramente también lo es para el hombre que está sentado a su lado, completamente absorto en la partida.

—Eres bueno. Cuando tengas un momento, quiero proponerte otra misión. Es un poco diferente que *LoL*. Necesitarás todas tus habilidades.

Magnus no tarda ni dos segundos en bajar la pantalla para cerrar el ordenador y, sin mirarle a los ojos, espera que Hess continúe hablando. Este saca tres fotografías del bolsillo de su chaqueta y las coloca boca abajo, encima del edredón y delante del niño. Thulin las observa extrañada y se acerca a ellos vacilante.

—No es lo que quedamos. No dijiste nada de mostrar fotos.

Pero Hess la ignora y mira al niño.

—Magnus. Dentro de un momento iré dando la vuelta a las fotos, una a una. Te doy diez segundos para observar cada imagen y quiero que me expliques si hay algo que ha cambiado o no está como suele estar. O si hay algo que no debería estar allí. Algo raro. Algo que no encaja. Un poco como si se hubiera colado un caballo de Troya en tu recinto.

El niño de nueve años asiente decididamente y observa fijamente las fotografías colocadas ante sí, sobre el edredón, y que siguen boca abajo. Hess gira la primera foto. Muestra una parte de la cocina de su casa, más concretamente un armario con especias y el bote que contiene los ansiolíticos del niño. Probablemente sea una foto tomada por alguien de la científica, algún técnico del equipo de Genz. De repente, Thulin se da cuenta de que Hess debe de haber pasado por comisaría para buscar las fotos antes de venir aquí y esta observación la pone todavía más alerta.

La mirada de Magnus salta de un detalle a otro, analiza mecánicamente la fotografía y mueve la cabeza a modo de negativa. Hess asiente, le sonrío sutilmente y gira otra foto. Vuelve a ser otra imagen sin importancia, una esquina del salón. En esta ocasión se ven un par de revistas femeninas y una manta doblada sobre el sofá, que queda en primer plano. Al fondo se ve el alféizar con el marco de fotos digital y justo está mostrando una foto del niño en el momento en que se ha disparado la imagen. El niño repite el proceso de manera mecánica y niega con la cabeza. Hess da la vuelta a la tercera foto. Es un primer plano de la caseta de juegos del parque infantil. Thulin se sobresalta y comprueba rápidamente que no haya rastro de Laura Kjær. La fotografía se ha tomado desde un ángulo que solo muestra los columpios y los árboles con tonos color bronce al fondo. Pero pasa menos de un segundo hasta que el dedo del niño apunta al muñeco de castañas que aparece bajo la viga de la caseta, en la parte derecha y superior de la fotografía. Thulin observa el dedo y le invade el silencio como un nudo en el estómago, hasta que Hess continúa hablando.

—¿Estás seguro? ¿Nunca antes habías visto esta figura?

Magnus Kjær niega con la cabeza.

—Estuvimos en parque con mamá ayer antes de cena. Ningún hombre de castañas.

—Muy bien. Lo has hecho genial. ¿Y sabes quién la ha colgado allí?

—No. ¿Ya hemos acabado con misión?

Hess observa al niño y se pone de pie.

—Sí. Gracias... Has sido de gran ayuda, Magnus.

—¿Mamá va a volver?

Hess titubea unos instantes y está claro que no sabe qué contestar. El niño sigue sin mirarles a los ojos y la pregunta queda suspendida en el aire durante demasiado rato, hasta que Hess coge la mano del niño, que está tendida sobre el edredón, y lo mira con cautela.

—No. No va a volver. Tu madre está en otro lugar, ahora.

—¿En el cielo?

—Sí. Ahora está en el cielo. Es un buen lugar para estar.

—¿Volverás para jugar conmigo?

—Por supuesto. Otro día.

El niño abre el ordenador y Hess tiene que soltarle la mano.

*H*ess está de espaldas a la entrada del edificio, fumando. El viento desplaza el humo entre el edificio y los árboles cercanos. Ante él, el enorme parking oscuro con los viejos y tenebrosos árboles, cuyas raíces se retuercen bajo el asfalto y presionan para romper el pavimento aquí y allá. Se abren las puertas automáticas y Thulin ve pasar una ambulancia que esquivo los baches del aparcamiento exterior para adentrarse en la planta sótano del hospital.

Ha tenido que volver a hablar con la enfermera para suavizar las cosas y para asegurarse de que cuidarán bien del niño. Después de charlar con ella un momento, ha salido del despacho y ha visto que Hess ya se había largado. Ahora que sale al aparcamiento lo ve y se alegra de que la haya esperado.

—¿Qué pasará?

Thulin sabe exactamente lo que quiere decir y es raro, porque hace menos de veinticuatro horas que se conocen, pero no tiene un ápice de duda de qué le pregunta.

—Servicios sociales se encargará a partir de ahora. Desafortunadamente no tiene otros parientes, y por ello seguramente intentarán buscar una solución con el padrastro. A menos que el padrastro sea el culpable, evidentemente.

Hess la mira.

—¿Crees que lo es?

—No tiene coartada. Y en un 99 por ciento de casos los culpables son las parejas o cónyuges. Lo que acabamos de ver tampoco aporta nada nuevo.

—¿Cómo que no? —Hess la mira a los ojos y continúa—: Si el niño dice la verdad resulta que ese hombrecillo con la huella dactilar fue colocado en la escena del crimen la misma noche en que ocurrió el asesinato. No es exagerado decir que, cuando menos, resulta extraño. No veo lógico pensar que alguien hace un año, y por casualidad, comprara esa figura en un puesto callejero y ahora de repente aparece en la escena de un crimen. Yo no me quedo tranquilo con esa explicación.

—Ambas cosas no tienen por qué estar vinculadas. El padrastro puede

haber asesinado a la madre y el niño puede haberse equivocado con respecto a la figura. Es que no tiene sentido que haya una conexión.

Hess está a punto de decir algo, pero se detiene y apaga el cigarrillo aplastándolo contra la suela de su zapato.

—No. Puede que no.

Asiente bruscamente con la cabeza a modo de despedida y Thulin observa cómo se aleja, cruzando el aparcamiento. Abre la boca y está a punto de preguntarle si quiere que lo lleve de vuelta al centro, pero un golpe de viento hace caer algo sobre las baldosas del suelo, a sus espaldas. Thulin se gira y observa la bola amarronada con pinchos que se aleja rodando hasta una hendidura y acaba bajo el cenicero exterior, donde se mezcla con otras bolas de su misma especie. En ese momento se da cuenta de lo que es. Levanta la cabeza para mirar el castaño con los troncos meciéndose y observa el resto de bolas amarronadas con pinchos que esperan abrirse. Durante una milésima de segundo visualiza a Kristine Hartung creando figuras de castañas en su casa, sobre la mesa del salón. O en algún otro lugar.

LUNES 12 DE OCTUBRE, PRESENTE

—Ya no sé cómo explicárselo para que les quede claro. Volví al motel, me acosté y ahora quiero saber: ¿¡cuándo podré volver a casa con Magnus!?

El cubículo ubicado al final del largo pasillo de homicidios está mal ventilado y se han pasado de rosca con la iluminación. Hans Henrik Hauge solloza y se retuerce las manos. Su ropa está arrugada y huele a sudor y a orina. Han pasado seis días desde que encontraron el cuerpo de Laura Kjær y hace casi dos que Thulin decidió ponerlo bajo custodia. El juez les ha dado cuarenta y ocho horas para buscar la evidencia que necesitan para formalizar una acusación, pero de momento no la han conseguido. Thulin está convencida de que Hauge sabe más de lo que admite, pero el hombre no es un garrulo cualquiera. Informático, formado en la universidad Syddansk, anticuado y previsible en su manejo profesional, pero resolutivo, al final. Se ha mudado bastantes veces y alega que ese era su sino, por trabajar como autónomo de programador informático, hasta que conoció a Laura Kjær y aceptó un trabajo estable en una empresa mediana de nuevas tecnologías, con sede en el frente marítimo de Kalvebod Brygge.

—Nadie puede confirmar que no salió del motel el lunes por la noche y nadie observó si su coche estaba estacionado en el aparcamiento, hasta las siete de la mañana. ¿Dónde estuvo?

Cuando Hauge fue puesto bajo custodia policial, hizo uso de su derecho a pedir un abogado de oficio. Le tocó una letrada lista, de retórica afilada, que además olía increíblemente bien e iba vestida con ropa que Thulin jamás podría comprarse. Es ella en este momento quien toma la palabra:

—Mi cliente sostiene que permaneció en su habitación del motel durante toda la noche. Ha repetido pacientemente incontables veces que no tuvo nada que ver con el crimen, así que a menos que dispongan de nueva información relevante, solicito que sea liberado inmediatamente.

Thulin se limita a mirar a Hauge.

—Esto es lo que veo yo: no tiene coartada y el día que se marchó al

congreso, Laura Kjær decidió cambiar las cerraduras de toda la casa sin su consentimiento. ¿Por qué?

—Ya se lo he dicho mil veces. Magnus había perdido las llaves.

—¿Se había enamorado de otro?

—¡No!

—Pero se enfadó cuando habló por teléfono y le dijo que había cambiado la cerradura...

—No me dijo nada de que hubiera cambiado las cerraduras.

—Y la enfermedad de Magnus debe de haber generado mucho desgaste en la relación. Entiendo perfectamente que se enfadara, sobre todo si de repente le soltó que había otro hombre en su vida, alguien que sabía consolarla mejor que usted.

—Que yo sepa no hay ningún otro hombre y jamás me he enfadado con Magnus.

—¿O sea que estaba enfadado con Laura?

—¡No! No estaba enfadado con...

—Pero ella cambió las cerraduras. Porque estaba harta de usted. Y eso es lo que le dijo por teléfono. Sintió una inmensa decepción. Usted que había hecho tanto por ella y por su hijo... que lo había dado todo. Se enfadó y volvió a casa...

—No volví a casa...

—Llamó a la puerta o a la ventana y ella le abrió porque no quería que despertara al niño. Intentó hablar con ella, le recordó lo del anillo...

—Eso es mentira.

—El anillo que le había regalado, pero ella seguía indiferente, fría y distante. Salió con ella al jardín, pero le dijo que se fuera a tomar por culo. Que cortaba con usted y que no tenía derecho a una mierda. Que nunca más vería al niño, porque ya no era importante en sus vidas y al final...

—¡Que le digo que no es verdad!

Thulin nota la mirada impaciente de la abogada y observa a Hauge, que vuelve a retorcerse las manos y toquetea el anillo.

—Esto no está yendo a ningún lado. Mi cliente acaba de perder a su prometida y también tenemos que pensar en el niño. Por todo ello, parece cruel retenerle en esta situación por más tiempo. Mi cliente quiere volver a casa con la mayor celeridad posible y en cuanto salga de aquí le podrá dar apoyo al niño y así ambos se reincorporarán a la normalidad...

—¡Que lo que queremos es volver a casa, joder! ¿Cuánto tiempo más van a estar merodeando por allí? ¡A estas alturas tendrían que haber terminado ya!

Algo en la manera de explotar de Hauge le llama la atención a Thulin. No es la primera vez que el informático de cuarenta y tres años expresa su malestar porque la policía esté investigando la casa y la haya sellado temporalmente. Lo lógico sería que Hauge estuviera interesado en que la policía recogiera la mayor cantidad de pistas posibles, si es que las hubiera. Por otro lado, ya han registrado la casa de arriba abajo y si hubiera algo que encontrar o Hauge estuviera escondiendo algo, ya lo habrían encontrado. Aunque a estas alturas le cuesta muchísimo ceder, Thulin tiene que aceptar que el hombre quizá sí que realmente esté preocupado por el bienestar del menor.

—Por supuesto, mi cliente será comprensivo y estará disponible para ayudar en todo lo que pueda en relación a la investigación. Pero ¿ahora ya se puede marchar?

Hans Henrik Hauge mira a Thulin con nerviosismo. Ella sabe que ya no puede retenerlo más y que en breve tendrá que informar a Nylander de que no avanzan y que el caso de Laura Kjær sigue sin resolverse. Nylander no se cortará un pelo y seguro que les acusará de haber estado dando palos de ciego, malgastando tiempo y recursos. Sin duda le preguntará dónde coño está Hess y, la verdad sea dicha, Thulin no tiene ni idea de eso último. Desde que Hess y ella se despidieron en el hospital de Glostrup el martes por la noche, Hess ha estado entrando y saliendo de comisaría a deshoras, como le ha venido en gana y haciendo lo menos posible. Durante el fin de semana la había llamado preguntando por algo del caso desde un lugar que sonaba como una tienda de bricolaje. O por lo menos eso es lo que pudo discernir Thulin en el transcurso de la llamada, porque alguien hablaba de pintura y códigos de color de fondo. Y al finalizar la llamada tuvo la sensación de que la había telefoneado tan solo para dar la impresión de que estaba pendiente del caso. Obviamente no piensa compartir esta información con Nylander, pero tiene claro que la ausencia de Hess le va a enfurecer casi tanto como la custodia preventiva fallida. Thulin además sabe que ninguna de las dos cosas la beneficiarán cuando a lo largo de la conversación tenga que presionarlo para que le escriba esa recomendación para la NC3, que el viernes anterior no le pidió aunque así lo habían acordado anteriormente.

—De acuerdo. Puede marcharse, pero la casa seguirá precintada hasta que

concluyamos las investigaciones. Su cliente tendrá que buscar otro alojamiento.

La abogada cierra su carpeta con una sonrisa de satisfacción y se pone en pie. Por un instante, Thulin nota que Hauge quiere protestar, pero su abogada le lanza una mirada y decide callarse.

*L*os estilizados abedules con hojas amarillas se balancean peligrosamente por el viento cuando Hess aparca el coche oficial delante de la entrada principal de la policía científica. Cuando llega a la recepción del primer piso, evita las protestas iniciales mostrando su placa y diciendo que le han pedido que venga. Genz aparece un par de minutos más tarde embutido en su bata blanca y parece sorprendido de ver a Hess.

—Necesito ayuda con un experimento. No tardaremos mucho, pero me hace falta una sala más o menos aséptica y un técnico que sepa usar un microscopio.

—La mayoría sabemos usar el microscopio. ¿De qué se trata?

—Antes debo saber si puedo confiar en ti. Lo que voy a hacer seguramente será un tiro al aire y no algo con lo que debiéramos perder el tiempo, pero debo tener la certeza de que la información no saldrá de aquí.

Genz, que hasta ahora había estado observando a Hess con escepticismo, se relaja mostrando una sonrisa.

—Si lo comentas por lo que dije el otro día, espero que entiendas que tenía que tomar ciertas medidas de precaución.

—Y ahora me toca a mí ser precavido.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Totalmente en serio.

Genz mira un momento hacia atrás como si recordara la pila de trabajo pendiente que le espera sobre su escritorio.

—De acuerdo. Si es importante para el caso y solamente si no cometemos ninguna irregularidad legal.

—No creo. A menos que seas vegetariano. ¿Por dónde meto el coche?

La última puerta automática del edificio se desliza a lo largo del muro hasta quedar abierta. Hess mete el coche marcha atrás y Genz aprieta el botón de

cierre de puertas, antes de que las hojas caídas se abran camino y aterricen dentro del edificio. El espacio tiene el tamaño de un taller mecánico. Es una de las zonas de inspección de vehículos del departamento, y aunque Hess no haya venido para examinar el coche, le parece un buen espacio de trabajo. Hay fluorescentes potentes en el techo y desagüe en el suelo.

—¿Qué vamos a examinar?

—Si puedes, cógelo por el otro lado.

Hess abre el maletero y Genz emite un sonido de sorpresa cuando ve el cuerpo inerte y pálido envuelto en un plástico transparente.

—¿Qué es?

—Un cerdo. Tiene unos tres meses. Lo he comprado en un matadero de Kødbyen, donde hasta hace una hora colgaba en un refrigerador. Pongámoslo sobre la mesa.

Hess coge al cerdo por las patas traseras y Genz levanta las delanteras titubeando un poco. Consiguen colocar al animal sobre la mesa de acero inoxidable que se prolonga por todo el lateral de la sala. En el matadero le han rajado el vientre y sacado todos los órganos. Los ojos inertes del cerdo miran fijamente la pared.

—Creo que no lo entiendo. Esto no puede ser relevante para tu caso, y si es una broma, no tengo tiempo para chorradas.

—No es una broma. Kalorius pesa 45 kilos, lo mismo que una preadolescente. Tiene una cabeza y cuatro extremidades y aunque el cartílago, músculos y huesos en cierta medida difieren de los humanos, la comparativa que vamos a hacer cuando descuarticemos al cerdo sigue teniendo una base válida para analizar el tipo de herramienta utilizada.

—¿Descuartizarlo?

Genz mira con incredulidad en dirección a Hess, que ha vuelto al coche para traer la carpeta de un caso y un objeto alargado envuelto en papel que tenía sobre el asiento trasero. Se coloca la carpeta bajo el brazo y rasga el envoltorio que cubre el objeto para dejar al descubierto un machete de un metro de largo, aproximadamente.

—Esto es lo que examinaremos cuando terminemos. Este machete es casi idéntico al que encontraron en casa del autor confeso en el caso Hartung y quiero que, en la medida de lo posible, intentemos descuartizar al cerdo siguiendo la descripción que el acusado hizo durante el interrogatorio. Cojo un delantal, ¿vale?

Hess ha colocado el arma y la carpeta del caso de Kristine Hartung sobre la mesa de acero, al lado de Genz, y se pone uno de los delantales de protección que encuentra colgado en el perchero de la pared. Genz aparta la mirada de la carpeta del caso y ahora observa a Hess.

—Pero ¿por qué? Creía que habíais descartado que el caso Hartung estuviera relacionado con el nuevo. Thulin me dijo que...

—Es que no está relacionado. Si alguien entra ahora mismo, la respuesta que daremos es que estamos descuartizando un cerdo para las fiestas de Navidad y que lo guardaremos en el congelador hasta entonces. ¿Quieres empezar tú o me pongo manos a la obra yo?

Si alguien le hubiera preguntado hace unos días, hubiera negado por completo que se iba a poner a descuartizar un cerdo, pero había ocurrido algo que le había abierto los ojos en relación al asesinato de Laura Kjær. Ahora lo estaba enfocando desde otra perspectiva. No tenía nada que ver con la inquietud que había sentido después de dejar solo a Magnus en el hospital de Glostrup. Si alguien había colgado un muñeco de castañas con la huella de Kristine Hartung en la escena del crimen casi al mismo tiempo que ocurría el asesinato, sin duda se trataba de la coincidencia más extraña que había visto en su vida, y en el tren de regreso al centro desde Glostrup había estado dándole vueltas al tema una y otra vez. Al principio no puso especial atención en el hecho de que la niña había sido asesinada y descuartizada aproximadamente un año antes, como le había comentado Thulin. Trabajar en la policía danesa no era el mejor empleo del mundo y eso lo sabía por experiencia, pero eran rigurosos y extremadamente meticulosos, y el porcentaje de resolución de casos los había posicionado entre la élite europea. La muerte de una persona seguía siendo relevante en este país, más aún si se trataba de una menor y sobre todo de la hija de una política parlamentaria. El hecho de que Kristine Hartung fuera hija de una ministra debió de dar lugar a una extensa investigación que debió de tener a inspectores, técnicos, genetistas forenses, fuerzas del orden e incluso los del PET sumidos en un despliegue a gran escala, las veinticuatro horas del día. El asesinato de esta niña habrá sido considerado como un ataque a la democracia misma y por ello se habrán destinado todos los recursos y más. Así pues, Hess confiaba en cómo se habría llevado a cabo la investigación del caso y también en la

posterior resolución. Eso le había dejado con la extrañísima coincidencia y esa inquietud que seguía sintiendo, incluso mucho tiempo después de llegar a su escondite de Odinparken.

A medida que pasaban los días, el caso seguía su curso natural y, por lo tanto, apuntaba directamente al novio, Hans Henrik Hauge. Hess ya se había hecho a esta idea. La investigación estaba en manos de Thulin, que parecía una tipa perseverante con un pie fuera del departamento, ya que estaba perfectamente capacitada para seguir haciendo carrera. A Hess también se le antojaba que era una persona inaccesible, aunque el interés y compromiso que él había mostrado los últimos días, a excepción de la espontánea visita a Magnus Kjær, era casi inexistente y más bien se diría que había aprovechado cualquier ocasión para pasar desapercibido. El tiempo que le sobraba básicamente lo aprovechaba para redactar el informe que le debía a su jefe de Europol y que antes había compartido con François. Tras algunos retoques finales, habían podido mandar sendos documentos, y mientras Hess esperaba la respuesta de su jefe alemán, había metido mano en su piso y lo estaba arreglando. Con la renovada esperanza de poder volver al ruedo europeo en breve, hasta se había puesto en contacto con una agencia inmobiliaria. En realidad, varias. Las primeras a las que había llamado ni siquiera querían poner el piso en sus webs. La cuarta estaba dispuesta a hacerlo, pero le advirtió de antemano que tardarían en venderlo porque el barrio no tenía muy buena reputación. «A menos que seas un islamista radical o estés cansado de vivir, en general», había dicho el agente inmobiliario. El encargado de Odinparken obviamente se había metido con su manera de hacer las cosas, y Hess había tenido que aguantar al paquistaní y sus irritantes comentarios mientras utilizaba el rodillo de pintar. A pesar de todo, había conseguido llevar a cabo el proyecto de mejora del piso y eso ya era mucho.

Pero el día anterior por la noche ocurrió algo. Primero recibió una llamada de La Haya. Una secretaria había enunciado en inglés y con frialdad que Freimann quería hablar con él a las 15 horas del día siguiente. Hess se había sentido animado porque por lo menos significaba que se abría una posibilidad de diálogo. Había utilizado el subidón de energía positiva que le había insuflado la llamada para pintar el techo del apartamento, que hasta entonces había pospuesto por pereza. Lamentablemente se había quedado sin cartón para proteger el suelo y el encargado le había dado un fajo de periódicos viejos que tenía guardados en el sótano. Justo cuando había terminado de

pintar el techo de la zona de la cocina, había mirado al suelo desde la altura de la escalera de pintor y se había topado con la mirada de Kristine Hartung desde una página de uno de los periódicos.

La tentación había sido demasiado grande y había recogido la página del suelo con los dedos manchados de pintura. ¿DÓNDE ESTÁ KRISTINE?, rezaba el titular y había tenido que buscar la continuación del artículo, entre las páginas que cubrían el suelo del lavabo. Se trataba de un reportaje fechado el 10 de diciembre del año anterior en el que se resumía el caso de la hasta entonces infructuosa búsqueda del cadáver de Kristine Hartung. La investigación ya había concluido, pero en el artículo habían encontrado la manera sensacionalista de seguir generando misterio en torno a la niña. En un interrogatorio llevado a cabo un mes antes, el autor del asesinato, Linus Bekker, había confesado la agresión sexual, el asesinato y el desmembramiento de la niña, pero todavía no se habían encontrado las partes del cadáver y se ilustraba el reportaje con evocadoras fotografías en blanco y negro de personas que inspeccionaban grandes áreas boscosas. Se citaban algunas fuentes policiales anónimas que habían comentado que cabía la posibilidad de que unos zorros, tejones u otros animales hubieran excavado el terreno y devorado los restos, tal vez la razón por la que todavía no habían encontrado nada. Pero el comisario Nylander mantenía el optimismo, aunque también especificaba que las condiciones meteorológicas podían suponer un contratiempo en la intensa búsqueda que se estaba llevando a cabo. El periodista había preguntado a Nylander si cabía la posibilidad de que la confesión de Linus Bekker fuera falsa, ya que no encontraban nada que la respaldara, pero Nylander lo había descartado categóricamente, alegando que además de la confesión expresa de Linus Bekker tenían pruebas incriminatorias del asesinato y el desmembramiento. El reportaje concluía con el comisario asegurando que no deseaba profundizar más en el tema.

Hess había intentado seguir pintando después de leer el artículo, pero al final tuvo que ceder ante la imperiosa necesidad de pasar un momento por comisaría con la excusa de llevarse un coche oficial que utilizaría para transportar una pulidora de suelos que tenía intención de alquilar en Silvan al día siguiente. Y sobre todo para quedarse más tranquilo.

No se había topado con mucha gente en los pasillos, porque era domingo y eran casi las diez de la noche. Eso sí, había tenido la suerte de llegar justo antes de que el último administrativo se marchara a casa. Ante una pantalla

de ordenador localizada en el extremo más perdido y oscuro del edificio, consiguió que le ayudaran a acceder a la base de datos dando a entender que quería informarse acerca del caso de Laura Kjær, pero en cuanto se quedó solo, enseguida tecleó el nombre de Kristine Hartung.

Encontró muchísimo material. Unas quinientas personas habían sido interrogadas. Se habían efectuado registros en más de cien localizaciones y un sinnúmero de objetos habían pasado por la policía científica. Hess solo estaba interesado en leer el resumen de pruebas incriminatorias hacia Linus Bekker y eso le facilitó la búsqueda. El problema es que no se quedó más tranquilo después de la lectura. Más bien al revés.

Lo primero que no le gustó fue la constatación de que Linus Bekker había aparecido en el radar de la policía por un soplo anónimo. Era verdad que ya lo habían interrogado anteriormente de manera rutinaria y había cumplido una condena por agresión sexual, pero no les había reportado ningún resultado y no fue hasta el soplo que los investigadores consiguieron un avance en el caso. Y no solo eso, sino que nunca se supo quién había sido el informador. Lo siguiente que le preocupó y mucho fue la reiterada constatación de que Linus Bekker no recordaba los lugares exactos donde había enterrado las partes del cadáver, supuestamente porque había ocurrido de noche y porque se encontraba bajo un brote, afectado por un trastorno mental.

En cuanto a las pruebas inculpatorias hacia la persona de Linus Bekker, sí habían encontrado una evidencia concluyente, también gracias al informante anónimo. En la plaza de parking de su residencia, un bajo en Bispebjerg, habían encontrado el arma con la que presuntamente había descuartizado a Kristine Hartung; estaba claro que esta era la prueba que Nylander mencionaba en el reportaje del periódico. El arma, un machete de 90 centímetros, había sido analizada por la policía científica, que había podido confirmar con un cien por cien de probabilidades que los restos de sangre obtenidos pertenecían a Kristine Hartung. Más tarde, Linus Bekker había confesado el asesinato. Explicó cómo había seguido a la niña en su coche y cómo al adentrarse en el bosque, la había agredido y estrangulado. Después la había envuelto en unos grandes sacos de plástico negros que llevaba en el maletero y había vuelto a casa para recoger el machete y una pala que guardaba en su plaza de parking. Insistió mucho en el hecho de que se había desmayado varias veces y que por ello solo recordaba momentos puntuales de

toda la secuencia. Creía recordar que había anochecido cuando circulaba con el vehículo, sin saber dónde dejar el cadáver, hasta que llegó a un bosque del norte de Selandia. Allí había cavado un agujero, descuartizado el cuerpo y enterrado una parte, probablemente el torso. Después había seguido adentrándose en el bosque y había enterrado el resto en otro lugar. El caso había sido resuelto gracias al resultado de los análisis de la policía científica, que era concluyente: no había duda de que el machete se había utilizado para descuartizar a Kristine Hartung.

Y aun así, había sido precisamente el análisis del arma lo que había empujado a Hess a desplazarse hasta Kødbyen esta mañana temprano. Volviendo por el centro había entrado en una tienda de caza y pesca en Gammeltorv, que recordaba haber visitado cuando era inspector de homicidios en Copenhague. La tienda seguía ofreciendo armas tan exóticas que a Hess le asombraba que fuera legal venderlas. Aquí había encontrado un machete que, aunque no fuera idéntico al del caso de Kristine Hartung, medía casi lo mismo, estaba hecho del mismo material, pesaba aproximadamente lo mismo y tenía casi la misma curvatura. Había dudado a la hora de decidir a qué experto científico le pediría ayuda para llevar a cabo el experimento, pero como sabía que Genz tenía buena reputación e incluso estaba reconocido por los expertos de Europol, había decidido que se dirigiría a él. Adicionalmente, se ahorraría tener que lidiar con los viejos conocidos.

Casi han terminado de descuartizar al cerdo. Hess acaba de cortar otra pata delantera con dos tajos duros y precisos en el omóplato, se seca el sudor de la frente y se aleja de la mesa de acero.

—¿Qué más? ¿Hemos terminado?

Genz, que hasta entonces había estado sujetando al animal para que Hess lo despedazara, lo suelta para mirar su reloj mientras Hess levanta la cuchilla hacia la luz para observar qué efecto ha causado el impacto con los huesos.

—Todavía no. Hay que limpiar las fisuras y luego espero que tengas un microscopio realmente bueno.

—¿Para qué? Todavía no entiendo qué quieres que hagamos.

Hess no contesta. Con cuidado y con la punta del dedo índice revisa la hoja del machete.

*T*hulin desplaza frustrada el cursor por la relación de materiales que se despliega ante ella en la pantalla del ordenador. Los restos digitales de Laura Kjær desfilan ante sus ojos con rapidez. Los técnicos informáticos de la científica le han creado tres carpetas, una con los SMS, otra con e-mails y la tercera con actualizaciones de Facebook. Ya lo ha revisado todo varias veces desde la semana pasada y no tiene ni idea de qué debería estar buscando, pero acaban de soltar a Hauge y la investigación necesita una nueva dirección. Por eso, cuando ha entrado en la sala abierta hace un momento, ha pedido a los dos agentes criminalistas que tiene designados para el caso que le faciliten la lista de personas alternativas a Hauge para poder incluir esta información cuando le pase el parte a Nylander.

—El profesor de apoyo del niño sería una posibilidad —dice uno de ellos—. Ha tenido bastante trato con Laura Kjær porque el chaval pasa de ser muy introvertido a de repente estallar en cólera y agresividad. Dice que la ha citado varias veces para proponerle que le cambiara a una escuela de educación especial, pero puede ser que su trato haya ido más allá y hayan iniciado una relación.

—¿Qué tipo de relación? —quiere saber Thulin.

—La mamita que en un momento dado le abre las piernas al profesor, y este que aparece sin avisar una noche por su casa para echar un polvo y empiezan una bronca.

Thulin ignora el argumento para intentar concentrarse en la infinidad de letras y frases que se deslizan por la pantalla a gran velocidad.

Los técnicos informáticos tenían razón en que el tráfico de información generado por la víctima en la red, antes del asesinato, no tenía ningún tipo de interés, en el sentido de que no revelaba lo que se dice una prueba vinculante. Solo un montón de trivialidades, especialmente entre Hans Henrik Hauge y

ella. Por eso Thulin había pedido acceso a todos los SMS, cuentas de e-mail y actualizaciones en su página de Facebook desde la muerte del marido de Laura, dos años atrás. Desde su pantalla en comisaría había accedido a la base de datos gracias al código de acceso que le había deletreado Genz por teléfono. Este había aprovechado la llamada para saber cómo avanzaba el caso, sobre todo en relación al extraordinario hallazgo de la huella dactilar de Kristine Hartung. Aunque Genz tenía todo el derecho del mundo a preguntárselo, a Thulin le había molestado que se lo recordara y le había dado a entender escuetamente que había una explicación lógica y que no iban a gastar más tiempo con ese tema. Luego se arrepintió por haber reaccionado así. Genz era uno de los pocos técnicos que hacían el seguimiento de los casos en los que colaboraba y tomó la decisión de reconsiderar su oferta de correr juntos un día.

Thulin no había leído todo el contenido de datos, pero había ido seleccionando aleatoriamente el material y gracias a ello había podido hacerse una imagen de la persona fallecida. El problema es que no había nada en él que le permitiera avanzar en la investigación y unos días después del asesinato se personó en el trabajo de Laura Kjær para tratar de saber más. Pero en la aséptica clínica dental ubicada en una de las pulidas calles del centro había encontrado a unas compañeras de trabajo tristes y angustiadas que habían confirmado que Laura Kjær había sido una persona familiar, que básicamente dedicaba todo su tiempo y energía a su hijo. Que perder a su marido dos años antes había sido muy duro y que había estado muy triste, sobre todo por su hijo Magnus, de siete años, quien tras perder a su padre se sumió en una espiral de silencio y ensimismamiento, cuando antes había sido un niño muy jovial y feliz. Que era una mujer que prefería estar en pareja y que una de sus compañeras de trabajo le había enseñado a utilizar los diferentes portales de citas para ayudarla a encontrar un nuevo amor. Que había intentado salir con varios hombres, primero utilizando alguna de las llamadas «apps para follar» como Tinder, Happn y Candidate —información que Thulin ya conocía porque la había visto en el flujo de tráfico de los correos de la víctima—, pero que Laura Kjær no había conocido a nadie que estuviera interesado en entablar una relación duradera y por eso se había dado de alta en el portal de citas My Second Love, donde tras dos experiencias que le salieron rana, finalmente se topó con Hans Henrik Hauge. Al contrario que los candidatos anteriores, Hauge había tenido suficiente holgura como para

incluir a Magnus en la relación y, según parece, Laura estaba muy enamorada y feliz de volver a construir una vida familiar. Pero Magnus cada vez se mostraba más irascible y le costaba relacionarse con los demás, y este tema en concreto era el que más había compartido con sus compañeras de clínica, entre tratamientos de conducto y blanqueamientos dentales. Laura Kjær había estado centrada en buscar especialistas que pudieran ayudar a su hijo y el diagnóstico finalmente había sido un tipo de autismo.

Thulin no había conseguido que las compañeras de trabajo de Laura Kjær dijeran nada negativo de Hauge, quien algunas veces había ido a buscarla al trabajo. Por lo visto había sido de gran apoyo y estaba sinceramente interesado en el bienestar del pequeño. Varias compañeras opinaban que Laura seguramente se habría derrumbado si no hubiera sido por él. En las últimas semanas parece ser que había hablado menos del hijo y el viernes antes del asesinato por lo visto había pedido el día libre para poder pasar tiempo con él. También había renunciado a una actividad programada para el fin de semana por la que tendría que haber asistido a un curso de formación continuada con dos compañeras, en Malmø, durmiendo una noche fuera de casa.

Thulin sabía por los SMS de Laura Kjær de los últimos días que fue así, efectivamente. Hauge le había escrito varias veces en horas de trabajo para trasladarle su preocupación por que ella se estaba aislando demasiado de su entorno para poder estar con su hijo, pero Laura Kjær le había contestado con monosílabos o sencillamente nada a estos textos. Hauge no mostraba ningún tipo de enfado tras estos intercambios de pareceres y pacientemente la seguía llamando «amor de mi vida», «bomboncito», «tesoro» y otras cosas que con tan solo leerlas a Thulin le venían ganas de vomitar.

Thulin había supuesto y también esperado que Hauge tendría un lado oscuro cuando consiguió una orden de acceso a toda su correspondencia electrónica. Pero en ese punto también se había sentido decepcionada. El material disponible solo revelaba que el hombre estaba muy involucrado en su trabajo y ponía en evidencia que era bastante apreciado en la empresa de nuevas tecnologías de Kalvebod Brygge. También supo que su interés primordial, aparte de Laura y Magnus, era la jardinería y el bricolaje, pues por lo visto el garaje lo había construido él mismo. El Facebook de Hauge estaba prácticamente inactivo y solo mostraba una fotografía de él vestido con un mono de trabajo, posando con Laura y Magnus en el jardín, junto a

una carretilla. Nada que levantara sospechas de ningún tipo. En su histórico ni siquiera encontró rastros de haber navegado en busca de porno, que sería lo habitual. Thulin había cuestionado a Hauge por su falta de interés en las redes sociales y el hombre había contestado, durante uno de los interrogatorios más intensos, que pasaba suficiente tiempo delante de una pantalla en el trabajo y que por eso prefería concentrarse en otras actividades en su tiempo libre. Esta respuesta tranquila había sido respaldada por los compañeros de trabajo y su reducido entorno y nadie había notado nada fuera de lo normal, ni en el congreso ni anteriormente.

Después de eso, Thulin había puesto todo su esfuerzo en analizar los datos que habían extraído Genz y el resto de técnicos del laboratorio. Habían incautado el coche de Hauge, algunas piezas de ropa y calzado para analizarlas meticulosamente, por si se hallaban rastros de sangre de Laura Kjær o algo sospechoso de la noche del crimen. Pero no había sido el caso, y cuando Genz al cabo de poco informó a Thulin de que ni la cinta adhesiva que tapaba la boca de Laura Kjær ni las bridas de plástico con las que tenía atadas las manos coincidían con las que tenía Hauge en las estanterías del garaje, fue perdiendo toda esperanza. Tampoco habían encontrado el arma con la que habían propinado los golpes ni la sierra utilizada para llevar a cabo la amputación. Y seguía sin aparecer la mano que faltaba.

Thulin desconecta el ordenador y decide que Nylander tendrá que esperar un poco más. Necesita más tiempo antes de pasarle el parte que le había prometido. Cuando se levanta de la mesa interrumpe la discusión que están teniendo los dos ayudantes, que insisten con lo del profesor.

—Olvidad al profesor. Seguid con Hauge. Volved a visualizar las grabaciones de tráfico y encontrad el coche de Hauge en el trayecto desde el congreso hasta Husum entre las 22 horas y las 7 de la mañana.

—¿El coche de Hauge? Pero si eso ya lo hemos hecho.

—Volved a revisarlas.

—Pero si acabamos de soltarlo.

—Llamadme si encontráis algo. Yo vuelvo al trabajo de Hauge para hablar con su jefe.

Thulin se aleja de las protestas y de repente aparece Hess por la puerta.

—¿Tienes un momento?

Parece ansioso y echa un vistazo en dirección a los agentes. Thulin pasa a su lado.

—Realmente no.

—Siento mucho no haber estado esta mañana. He oído que habéis soltado a Hauge, pero seguramente no es relevante para el caso. Tenemos que volver a hablar de la huella dactilar.

—La huella no es importante.

Thulin sigue caminando por el largo pasillo y escucha lo que dice Hess a sus espaldas.

—El niño confirmó que la figura no estaba allí antes del asesinato. Tienes que averiguar si hay más personas que puedan confirmar este hecho. Vecinos, alguien que haya podido ver algo.

Thulin se acerca a la escalera de caracol, en la galería. Su móvil suena, pero no quiere aminorar el paso; deja que suene y baja las escaleras con Hess pisándole los talones.

—No, porque ya hemos encontrado la respuesta. Y por cierto, que los de homicidios son de la opinión de que no malgastemos tiempo en casos que ya están resueltos y que nos concentremos en los que siguen abiertos.

—De eso es de lo que te quiero hablar. ¡Espera un momento, joder!

Thulin ha llegado al final de las escaleras, está en la galería inferior, casi no hay nadie y Hess la sujeta por el hombro, así que ella acaba cediendo y se detiene. Sacude el brazo para obligarle a soltarla y lo mira a la cara, mientras él señala una carpeta que ella reconoce como un resumen del caso cerrado.

—Según el análisis efectuado, no se encontró polvo de huesos en el arma homicida que Linus Bekker utilizó para descuartizar a Kristine Hartung. Había restos de sangre, y se dio por sentado que ese hecho, además de la explicación del autor confeso del crimen, era evidencia suficiente para considerar la verosimilitud del desmembramiento.

—¿De qué coño hablas? ¿De dónde has sacado ese dossier?

—Vengo de la científica ahora mismo. Genz me ha ayudado con un experimento. Cuando seccionas un hueso, no importa qué tipo, quedan restos microscópicos de polvo de hueso en las fisuras y muescas del arma. Mira esta

imagen ampliada del machete que utilizamos para el experimento. Es casi imposible eliminar estas partículas de polvo, y no importa cuántas veces lo limpies. Pero en el análisis que se hizo del arma original solo encontraron sangre. Ni una sola mota de polvo de hueso.

Hess le da varios folios impresos con ampliaciones, en las que se ve lo que aparentemente son unas pequeñas partículas sobre una superficie metálica, seguramente el machete que aparece fotografiado en el otro folio. Pero lo que más le llama la atención a Thulin son los restos de un cuerpo que aparece en las otras fotos.

—¿Qué es eso del fondo? ¿Es un cerdo?

—Era para llevar a cabo el experimento. No es una prueba concluyente, pero lo importante es...

—Si hubiera significado algo ya lo habrían mencionado, ¿no crees?

—Entonces no era importante, pero estoy seguro de que ahora sí lo es, porque ha aparecido la huella dactilar.

La puerta principal de la comisaría se abre y el viento frío se cuela junto con un par de inspectores riéndose. Uno de ellos es Tim Jansen, un tipo altísimo que casi siempre va acompañado de su compañero Martin Ricks. Dicen de Jansen que es agudo y experimentado, pero Thulin lo ve como un cerdo machista y recuerda como si fuera ayer el deplorable episodio durante un entrenamiento en campo abierto, donde el susodicho restregó su entrepierna contra ella y no la soltó hasta que consiguió golpearle con el codo en el plexo solar. Casualmente, Jansen es también el inspector que, junto a su compañero, consiguió que el asesino confesara el crimen de Kristine Hartung. Thulin tiene la sensación de que la posición de ambos es intocable, por lo menos en su departamento.

—Hombre, hola Hess. ¿Tú por aquí?

Jansen acompaña su saludo con una sonrisa haciéndose el inocente y Hess ni le contesta. Espera a retomar lo que estaba explicando hasta que los otros dos ya se han marchado y Thulin tiene ganas de decirle que su precaución es ridícula.

—Cabe la posibilidad de que no sea nada porque había rastros de sangre de la víctima en el arma. En todo caso a mí me da igual, lo que debes hacer es hablar con tu jefe y averiguar cómo procedemos a partir de aquí —dice sosteniéndole la mirada.

Thulin no se lo quiere decir, pero después de la visita al hospital de

Glostrup ella misma había entrado en la base de datos para leer el expediente del caso Hartung. Quería estar segura de que realmente no había algo que se les escapaba y no había visto nada que le llamara la atención en particular. Aparte del dolor que les debió de causar a los padres de la niña que Hess y ella se presentaran en su casa el otro día.

—¿Me cuentas todo esto porque eres experto en homicidios por tu trabajo en La Haya?

—No. Te lo cuento porque...

—Pues no te metas. Deja ya de liarla en el departamento y no vayas por ahí abriendo casos y jodiendo a la familia que está sumida en el dolor. Todo porque alguien hizo bien su trabajo y tú no estás a la altura del tuyo.

Hess la observa y ella ve que su mirada es de sorpresa. Ha estado tan inmerso en sus propios pensamientos que ni siquiera se da cuenta del dolor que está causando; eso podría ser un factor mitigante y paliar el enfado de ella, pero ahora ya no importa. Empieza a caminar hacia la puerta cuando una voz resuena en la galería.

—Thulin, ¡los informáticos quieren hablar contigo!

Mira hacia la escalera y ve que baja un agente corriendo para entregarle un teléfono móvil.

—Diles que les llamaré cuando pueda.

—Es importante. Acaba de llegar un mensaje al móvil de Laura Kjær.

Thulin tiene la sensación de que Hess despierta de su letargo, gira la cara en dirección al agente y coge el teléfono que le ofrece.

Al otro lado del aparato hay un informático. Por la voz parece joven, pero no llega a quedarse con su nombre. Habla de manera rápida y entrecortada mientras le explica el suceso.

—Se trata del móvil de la víctima. Cuando terminamos de extraer datos de los dispositivos, luego siempre los damos de baja en la compañía contratada, pero tardan un par de días y por eso sigue abierto y pueden...

—Vale. Límitate a decirme lo que tienes.

Thulin mira por las ventanas de la galería, observa las columnas del patio exterior y las hojas doradas que revolotean en el viento. Percibe la mirada fija de Hess en la nuca y el informático le lee el SMS. Nota la gélida corriente de aire que se filtra por las ranuras de las ventanas y se oye a sí misma preguntar si han podido rastrear al remitente.

*R*osa Hartung lleva tan solo quince minutos reunida con el líder del partido que les apoya en el gobierno, Gert Bukke, cuando se da cuenta de que algo va mal, absolutamente mal.

Los últimos días en Christiansborg han sido intensos. Su ministerio y el despacho de Bukke han estado negociando diferentes partidas de presupuestos destinados a política social para el próximo año. Ella misma y Vogel han trabajado día y noche para llegar a un acuerdo satisfactorio para ambos, el partido que les apoya y el gobierno, y la verdad es que a Rosa le ha sentado bien el hecho de estar inmersa en ese trabajo intenso. Lleva los últimos seis días tratando de olvidar el dolor que la visita de los dos policías le ha provocado y lo consigue a ratos, utilizando toda su energía para llegar a un buen acuerdo, que es lo que espera de ella el primer ministro. Para Rosa es importantísimo estar a la altura de su confianza, sobre todo porque ella misma le garantizó que sería capaz de llevar a cabo las tareas que requiere su cargo como ministra. Lo que seguramente no era del todo cierto, pero para ella había sido de vital importancia poder reincorporarse al trabajo. Menos mal que a lo largo de la semana no había recibido más amenazas ni había tenido más contratiempos y le parecía que todo iba en la dirección correcta, por lo menos hasta este momento. Está sentada en el despacho de reuniones contiguo a la sala del Parlamento, mirando a Gert Bukke. Este asiente educadamente a las propuestas de cambio que Vogel le presenta con esmero, pero Rosa observa que está más concentrado dibujando garabatos en su libreta de cuadros. Cuando le toca el turno de hablar a él, se sorprende.

—Entiendo lo que proponéis, pero debo comentarlo con el grupo.

—Pero si ya lo has comentado todo con el grupo. ¡Y varias veces, además!

—Pues debo volver a hacerlo. ¿Lo dejamos aquí por ahora?

—Pero Bukke, tu grupo hará lo que tú digas. Necesito saber si estamos trabajando conjuntamente para llegar a un acuerdo antes...

—Rosa. Conozco el procedimiento. Pero esto es lo que hay.

Ve cómo se levanta. Sabe leer entre líneas y está claro que Bukke está tratando de ganar tiempo, pero no entiende por qué. Su nivel de influencia no está en su mejor momento y tampoco tiene el respaldo definitivo de los votantes. Si consigue cerrar el acuerdo que está negociando con ella, volverá a posicionarse con viento a favor.

—Bukke, queremos llegar a un acuerdo que nos beneficie a ambos, pero no podemos dejarnos presionar más. Llevamos casi una semana de negociaciones y hasta ahora hemos accedido a muchas...

—Desde mi punto de vista, el que presiona es más bien el primer ministro. Y no me gusta esa sensación, así que voy a tomarme todo el tiempo que considere oportuno.

—¿De qué presión estás hablando?

Gert Bukke vuelve a sentarse y se inclina hacia ella.

—Rosa, me caes bien. Y siento mucho tu pérdida. Pero si te soy sincero, parece como si te hubieran reincorporado a la cúpula para que el resto traguemos lo que nos echen sin rechistar. Y así no es como negocio yo.

—No te entiendo. ¿Qué estás diciendo?

—Durante todo el año pasado, cuando estuviste ausente, el gobierno metió la pata una y otra vez. Habéis caído en picado en las encuestas y el primer ministro está desesperado. Ahora está intentando pasar la nueva ley de presupuestos y utiliza a su ministra más popular, o sea tú, para hacer de Papá Noel y que los votantes vuelvan al redil a tiempo para volver a ser elegido en las próximas elecciones.

—Bukke, no me han reincorporado «en la cúpula» para recuperar a los votantes. Yo misma he pedido volver.

—De acuerdo. Pues muy bien.

—Y si no te parece bien el acuerdo al que estamos llegando, tendremos que seguir negociando. Estamos a mitad de legislatura y todavía nos queda aguantar dos años juntos, así que a mí lo que me interesa es encontrar una solución que satisfaga a ambas partes. Pero tengo la sensación de que estás alargando los tiempos deliberadamente.

—No es verdad. Solo digo que todos tenemos nuestros retos. Yo tengo los míos y tú seguro que también tienes los tuyos. Por ello resultará perfectamente comprensible si las negociaciones se alargan un poco más de la cuenta en esta ronda.

Bukke sonrío con diplomacia y Rosa lo observa. Vogel lleva un rato

intentando calmar las aguas, aunque en vano. Y ahora lo intenta de nuevo.

—Bukke, si ahora te ofrecemos un poco más de...

Pero Rosa acaba de darse cuenta de algo y se levanta de la mesa bruscamente.

—No. Es el momento de dar por finalizada esta reunión. Demos tiempo a Bukke para que pueda debatir las propuestas con su grupo.

Asiente con la cabeza a modo de despedida y camina hasta la puerta, antes de que Vogel pueda decir nada más.

El Salón de los Pasos Perdidos de Christiansborg está muy transitado por grupos de visitantes y varios guías que señalan entusiasmados el techo decorado con retratos de los líderes políticos que han ocupado diferentes cargos parlamentarios a lo largo del tiempo. Esta mañana, cuando Rosa llegó al trabajo, ya se percató de los autobuses turísticos y las largas colas en el control de seguridad. Aunque le parece importante que el Parlamento sea un lugar de acceso público, cruza el salón con rapidez e irritación, para llegar a su ministerio cuanto antes. Vogel la alcanza a medio camino.

—Te recuerdo que necesitamos el apoyo de Bukke. Su partido constituye la base parlamentaria del gobierno. No puedes reaccionar de esa manera. Ni aunque haya hecho una insinuación sobre tu vida personal.

—¡Y una mierda! No tiene nada que ver con eso. Hemos tirado una semana a la basura para nada. Su plan es hacerme quedar como si el puesto me fuera demasiado grande, dejar caer las negociaciones y forzarnos a convocar elecciones.

Rosa ha entendido que Bukke ya no quiere colaborar con el actual gobierno. Los de la oposición seguramente le han propuesto un futuro más atractivo. Si el primer ministro cede y convoca elecciones, el partido central de Bukke quedará libre y podrán explorar nuevas alianzas. Además, ese comentario «seguro que tú también tienes tus propios retos» sugiere que responsabilizará a Rosa de no haber sido capaz de llegar a un acuerdo.

Vogel la observa mientras siguen caminando.

—¿Crees que ha recibido una buena oferta de la oposición? Si ese es el caso, le estás dando todavía mejores razones para abandonar la negociación con nosotros, y no sé si el primer ministro estará muy de acuerdo con ese nuevo enfoque.

—Yo no estoy abandonando nada. Pero si Bukke quiere presionarnos, tendremos que hacer lo mismo.

—¿Cómo?

Rosa se da cuenta de que ha cometido un fallo garrafal. Desde que ha vuelto al trabajo ha evitado a la prensa a toda costa. Ha pedido al equipo de su ministerio que rechacen amable aunque contundentemente todas las peticiones de entrevistas que les llegan. En parte porque sabe que las preguntas invariablemente irían en una dirección que ella no desea y en parte también porque prefiere concentrarse en las negociaciones. Aunque la primera razón seguramente es la que más pesa. Vogel ha intentado hacerle cambiar de parecer, en vano. Y ahora de repente es capaz de ver la situación desde fuera y sabe que su invisibilidad puede confundirse con debilidad, sobre todo si la situación acaba desembocando en una falta de acuerdo.

—Llama a los medios para ofrecer entrevistas. Acepta todas las que puedan encajar hoy mismo. Nuestra propuesta de política social tiene que salir en todos los medios posibles. Eso presionará a Bukke.

—Estoy de acuerdo. Pero si accedes a las entrevistas, no solo te preguntarán por temas de política.

Rosa no llega a contestar. Nota un fuerte golpe en el hombro porque una mujer ha chocado con ella. Tiene que apoyarse en la pared para no caer.

—¡Eh! ¿Qué haces?

Vogel la sujeta por el brazo y mira en dirección a la mujer, enfadado. Ella se gira y los mira durante un segundo, aunque no se detiene. Lleva un chaleco de plumón y una sudadera roja con la capucha levantada que le tapa los cabellos. Rosa llega a ver el brillo de sus oscuros ojos durante unos instantes y luego desaparece entre la multitud, posiblemente para reencontrarse con su grupo de visitantes.

—Qué idiota. ¿Estás bien?

Rosa asiente y sigue su camino. Vogel saca su teléfono.

—Me pongo a ello de inmediato.

Inicia una conversación con el primer periodista mientras bajan las escaleras. Rosa se gira un momento, pero ya ha perdido de vista a la mujer del grupo de visitantes. Se ha dado cuenta de que le sonaba su cara; había algo reconocible en ella, pero no recuerda dónde ni cuando puede haberla visto antes.

—¿Estarías disponible para la primera entrevista en un cuarto de hora?

La voz de Vogel la devuelve a la realidad y Rosa olvida lo que estaba pensando.

*E*l viento otoñal tira y afloja peligrosamente las lonas alquitranadas que cubren unos andamios en Jarmers Plads, que ahora mismo está bloqueada por el tráfico. El vehículo oficial de color blanco lleva puestas las luces estroboscópicas y la sirena cuando se sube al arcén osadamente para dejar atrás los andamios de unas obras y las ruinas medievales, pero se queda atascado tras un camión de carga municipal que transporta montañas de hojas de árbol mojadas.

—Tienes que darme una localización más exacta.

Thulin está sentada al volante, esperando impacientemente la respuesta del operador por la emisora, mientras intenta adelantar al vehículo municipal.

—La señal del móvil se ha desplazado de Tagensvej hacia los lagos, y ahora mismo está bajando Gothersgade. Seguramente se mueve en un coche.

—¿Qué sabemos del remitente?

—No hay. El mensaje se ha mandado desde un móvil con tarjeta de prepago no registrada, pero os hemos reenviado el mensaje para que lo veáis vosotros mismos.

Thulin toca el claxon, encuentra un hueco en la cola de coches y acelera, mientras que Hess, que está sentado en el asiento del copiloto, lee el mensaje que aparece en la pantalla de su teléfono.

Hombre de castañas, entra.

Hombre de castañas, entra.

¿Has traído castañas hoy para mí?

Muchas gracias, quédate...

—Es una canción infantil. La de las manzanas. Pero en vez de cantar «manzanas», los niños pueden cantar «ciruelas», «castañas» o lo que sea. ¡Muévete, joder!

Thulin vuelve a tocar el claxon y adelanta una furgoneta. Hess la mira.

—¿Quién sabe que encontramos un hombre de castañas en la escena del

crimen? ¿Alguien lo ha mencionado en algún lado? ¿Aparece en el informe o dossier de análisis o...?

—No. Nylander ha cerrado esa vía y por ello no aparece en el informe.

Thulin sabe por qué lo pregunta. Si se hubiera filtrado que había aparecido un hombre de castañas con la huella dactilar de Kristine Hartung pondría a todos los locos en alerta y se liarían a mandar todo tipo de mensajes. Pero no es el caso. Sobre todo porque el mensaje ha llegado directamente al teléfono móvil de Laura Kjær. Con ese pensamiento en mente, vuelve a contactar con comisaría por la emisora.

—¿Ahora qué? ¿Dónde está?

—La señal se desplaza por la calle Christian IX y desaparece en lo que debe de ser un edificio, porque la señal es cada vez más débil.

El semáforo está en rojo, pero Thulin se sube a la acera y acelera para llegar al cruce, sin mirar a los lados.

Thulin y Hess salen del coche, bajan la rampa corriendo y pasan al lado de una hilera de coches que hacen cola, esperando que suba la barrera para poder entrar. Según el último aviso, parece ser que el vehículo con la señal del móvil ha desaparecido entrando por este mismo camino, pero el parking del sótano está casi al completo. Es lunes por la tarde, la gente entra y sale de sus coches. Hay muchas familias cargando enormes bolsas de compras y las típicas calabazas, que dentro de poco vaciarán para celebrar Halloween. Suena música de ascensor por los altavoces, solo interrumpida brevemente por las voces de entusiasmados locutores que llaman la atención hacia las buenas ofertas otoñales del centro comercial, que ocupa la planta baja del edificio.

Thulin corre directamente hasta el cubo de cristal del vigilante, en uno de los extremos del sótano. Un joven está sentado de lado, colocando carpetas en una estantería.

—Soy policía. Tengo que saber... —Thulin se percata de que el vigilante lleva cascos y al fin reacciona cuando ella golpea el cristal con fuerza y le muestra su placa—. ¡Tengo que saber qué coches han accedido al parking durante los últimos cinco minutos!

—Y yo qué coño sé.

—¡Puedes verlo en la pantalla! ¡Venga! —Thulin señala la pared atestada de pantallas que hay detrás de él. El joven poco a poco entiende que se trata de una emergencia—. ¡Rebobina, rápido!

No han vuelto a captar la señal desde que ha desaparecido entrando en el edificio, pero si Thulin consigue ver los vehículos que han accedido al parking en los últimos cinco minutos podrá ver las matrículas y de esta manera también identificar qué persona tienen que buscar. Pero ahora mismo, el vigilante sigue buscando el mando a distancia.

—Solo recuerdo que ha entrado un Mercedes, una furgoneta de mensajería y un par de vehículos...

—¡Venga, venga, venga!

—¡Thulin, la señal va en dirección a Købmagergade!

Thulin vuelve la vista hacia Hess, que sostiene el teléfono en la oreja para seguir las indicaciones de la unidad de seguimiento. Camina entre los coches y va directo hacia una escalera de salida. Thulin vuelve a mirar al vigilante, que finalmente acaba de encontrar el mando.

—Es igual. Muéstrame las cámaras del centro comercial. ¡Las de la planta a pie de calle, que señalan en dirección a Købmagergade!

El vigilante señala las tres pantallas superiores y Thulin mira fijamente las imágenes en blanco y negro. Una multitud se mueve como si estuviera en un hormiguero. Al principio parece confuso, pero de repente se percata de una silueta. Una persona camina con más determinación que el resto y se mueve en dirección a la salida a Købmagergade. La silueta camina de espaldas a la cámara de vigilancia. El conjunto de traje y pantalón y el pelo oscuro desaparecen tras una columna. Thulin empieza a correr.

Erik Sejer-Lassen camina a tres pasos de la mujer y ya puede oler su perfume. La chica tiene unos treinta años, lleva falda negra y medias oscuras. El sonido de sus zapatos Louboutin casi se le antoja insoportable y la sigue a través de la sección de Victoria's Secret. Va bien arreglada y tiene las medidas que a él le gustan, con el pecho grande y la cintura estrecha. Se le ocurre que la chica debe de trabajar en un lugar lleno de espejos, con muchos aceites, piedras calientes y toda esa mierda con la que pasa el rato a la espera de convertirse en accesorio fijo en casa de un hombre rico. Imagina qué le hará, cómo la empujará a través de una puerta, le rajará la falda y se la meterá por detrás mientras le estira el largo cabello decolorado hasta hacerla chillar. Está seguro de que bastará con invitarla a cenar a un restaurante de moda o alguna discoteca pija para que la joven le abra las puertas del paraíso. Soltará risitas impresionadas y mojará las bragas cada vez que pase su tarjeta platino por el datáfono. Pero eso no es lo que le apetece ahora mismo y la chavala tampoco se lo ha ganado. En ese momento empieza a sonar su teléfono. Vuelve a la realidad de golpe, mete la mano en su bolsa y echa un vistazo a la pantalla.

—¿Qué?

Su voz es fría y sabe que su mujer se ha dado cuenta enseguida, pero joder, es culpa de ella que él se haya vuelto así. Se ha detenido y mira a su alrededor buscando a la mujer de los zapatos Louboutin, pero ya ha desaparecido entre la multitud.

—Perdona que te moleste.

—¿Qué quieres? Ahora no puedo hablar. Te he dicho mil veces que no me molestes en el trabajo.

—Solo te llamo para saber si te parece bien que me lleve a las niñas a casa de mi madre. Y que nos quedemos a dormir hasta mañana.

Él desconfía y se muestra expectante.

—¿Y por qué ibas a hacer eso?

Ella se queda en silencio, unos instantes.

—Porque ha pasado mucho tiempo desde la última vez que se vieron. Y ya que tú no vas a volver hoy a casa...

—¿Es que no quieres que vuelva a casa, Anne?

—Sí. Por supuesto que sí. Es solo que como dijiste que trabajarías hasta tarde, pues...

—¿Pues qué, Anne?

—Perdona. Nada, nos quedamos en casa... Si no te parece buena idea...

Algo en ella le irrita enormemente. Es algo en su voz, algo que le pone en modo alerta, desconfiado. Desearía que no fuera así. Desearía poder rebobinar y hacerlo todo de otra manera. Pero de repente percibe el sonido de tacones pisando el suelo de mármol, se gira inmediatamente y ve a la joven con zapatos Louboutin saliendo de una tienda de cosméticos con una elegante bolsa de compras en la mano. Se dirige al ascensor que hay al lado de las puertas de salida a Købmagergade, que justamente ha llegado a la planta.

—De acuerdo. Podéis iros —dice Erik Sejer-Lassen, corta la llamada y llega al ascensor justo antes de que se cierren las puertas—. ¿Puedo subir contigo?

La chica está sola, allí plantada con su cara de muñeca, y lo mira un poco sorprendida. Lo escruta con rapidez. Él nota cómo la mirada de ella se desliza por su cara, cabello oscuro, el carísimo traje y los buenos zapatos. Enseguida se le ilumina la cara y le sonrío abiertamente.

—Por supuesto.

Erik Sejer-Lassen entra en el ascensor. Justo le da tiempo a devolverle la sonrisa, pulsar el botón y cuando está a punto de dirigirse a la mujer, un hombre con cara de salvaje bloquea las puertas con las manos, lo embiste contra el espejo de la pared y lo aprieta contra el frío vidrio. La mujer chilla asustada. Él nota el peso del hombre contra su espalda y las manos que le registran. Durante unas milésimas de segundo llega a ver que tiene un ojo de cada color y lo único que piensa es que debe de estar loco.

Steen tiene clarísimo que el cliente no entiende lo que está viendo en los planos. Obviamente no es algo nuevo, le pasa muy a menudo, pero esta vez le irrita sobremanera porque el propio cliente considera que su ignorancia es una virtud y por ello ha insistido en que los arquitectos piensen de manera «original», «dándole la vuelta» y «fuera de la caja».

Están sentados en la gran sala de reuniones. Él y su socio Bjarke están esperando que el cliente deje de mirar un plano y finalmente les comunique su parecer. Steen mira su reloj de reojo. La reunión se está alargando y hace cinco minutos que tendría que estar sentado en su coche, si es que quiere llegar a la escuela a la hora. Pero este cliente tiene veintitrés años, es un multimillonario que ha hecho fortuna con las nuevas tecnologías y va vestido como un quinceañero: sudadera con capucha, agujeros en los pantalones y deportivas blancas. Steen sabe por instinto que el chaval no sabría deletrear «racionalismo» ni con ayuda del corrector de su novísimo iPhone, que ha dejado sobre la mesa y que no para de toquetear.

—Chicos, no veo muchos *details* en estos planos.

—No. Porque la última vez comentaste que había demasiados *details*.

Steen nota que Bjarke se enfada e intenta suavizar las cosas.

—Podemos incluirlos de nuevo, sin problema.

—Desde luego que tiene que ser más BANG, más PUM.

Steen llevaba un rato esperando ese comentario y ahora saca una pila de planos descartados.

—Estos son los planos que hemos descartado. Todos ellos tenían BANG y PUM, pero creo recordar que dijiste que se nos había ido la mano...

—Sí, exacto. O a lo mejor se quedaban cortos... —Steen observa al chaval, que le devuelve la mirada con una gran sonrisa—. Será que el fallo está en que todo queda demasiado *in between*. Sacáis un plano tras otro y entiendo que conocéis bien vuestro oficio, pero a mí todo me parece demasiado liso y llano. Yo lo que quiero es que sea más *no strings attached*. ¿Me seguís?

—No. No te sigo para nada. Pero podemos colocar animales de plástico rojos a lo largo del camino de acceso y convertir el hall de entrada en un barco pirata, si te parece mejor.

Bjarke suelta una carcajada que resulta demasiado estridente como para relajar el ambiente, pero el joven Rey Sol no le sigue la corriente.

—Pues sí. Quizá sea una buena idea. O puedo ir a preguntar a vuestros competidores, que es exactamente lo que haré si vosotros no conseguís un mejor *approach*. Y os recuerdo que vuestro *deadline* vence esta misma noche.

Cuando Steen está sentado al volante de su coche llama al despacho de su abogado para notificar que todavía no ha recibido los papeles de la declaración de fallecimiento. La secretaria parece sorprendida y le pide disculpas. Steen la interrumpe un poco bruscamente; ella entiende perfectamente el mensaje y promete solucionarlo enseguida.

Durante el trayecto a la escuela ha vaciado tres botellines de alcohol, pero esta vez ha recordado comprar chicles y lleva varios kilómetros con las ventanillas bajadas para airear el coche. Constata que Gustav no le espera bajo los árboles, donde suele hacerlo, y lo llama varias veces al móvil. De repente tiene dudas y no sabe si es que ha llegado tarde o demasiado pronto. En el patio de la escuela no hay ni un alma y Steen mira su reloj. Hace mucho que no entra en el edificio. De hecho, no recuerda la última vez que lo hizo y es como si ambos, Gustav y él, supieran que es mejor que se quede esperándolo fuera. Pero ahora no encuentra a su hijo y tiene que estar de vuelta en el despacho en menos de media hora para reexaminar los planos del Rey Sol, así que la impaciencia le empuja a abrir la puerta del coche y apearse.

*L*as puertas de la clase de Gustav están abiertas, pero dentro no hay nadie. Steen camina con rapidez y está contento de que no sea la hora del patio. Los pasillos están desiertos, de modo que se ahorra las miradas inquisitivas. Cuando pasa al lado de las puertas de acceso a las clases de infantil casi consigue ignorar los troncos desnudos y las figuras de animales hechas con castañas y colgadas a modo de decoración. La visita de la policía del otro día había sido como una pesadilla. La huella. La sensación, el sentimiento que se alumbró dentro de él cuando finalmente entendió lo que le estaban diciendo. La esperanza que empujaba y se mezclaba con la confusión. Rosa y él lo habían probado muchas veces antes, comenzar de cero, pero esta vez había sido totalmente inesperado. Lo habían hablado después, habían acordado que tenían que aceptar la situación como era, que debían mantenerse suficientemente fuertes como para soportar el brutal golpe que suponía activar el recuerdo de su hija. Y sobre todo acordaron que lo tenían que conseguir por Gustav, que se lo debían a él. Que daba igual de qué manera llegaran las embestidas, tenían que mantenerse firmes. Se habían convencido mutuamente de que a pesar de todo el dolor, ambos tenían la sensación de estar yendo hacia delante, y aunque Steen ahora casi puede sentir las miradas de los muñecos de castañas en la nuca, decide que no dejará que eso le afecte cuando dobla la esquina para cruzar la sala común.

Steen se detiene bruscamente. Pasan unos instantes hasta que entiende que los que están sentados en la sala son los compañeros de clase de su hija. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que los vio, pero reconoce algunas de las caras.

Están sentados por grupos, trabajando tranquilamente alrededor de las mesas blancas repartidas por la sala, sobre la moqueta marrón. Pero en cuanto el primer alumno lo ve, va llamando la atención del resto, hasta que todas las caras están vueltas hacia él. Nadie dice nada. Durante unos segundos no sabe qué hacer y entonces empieza a mover las piernas en la dirección por la que

ha venido.

—Hola. —Steen se gira hacia la chica que está sentada sola ante una mesa con pilas de libros escolares y se da cuenta de que es Mathilde. Parece mayor. Más seria, va vestida de negro y le sonrío amablemente.

—¿Estás buscando a Gustav?

—Sí.

La ha visto mil veces, ha estado en su casa tantas veces antes que le resultaba igual charlar con ella que con su propia hija, pero ya no es así, y ahora no encuentra las palabras.

—Su clase pasó por aquí hace un rato, pero seguro que vuelven enseguida.

—Gracias. ¿Sabes dónde han ido?

—No.

Steen mira de nuevo su reloj, aunque ya sabe qué hora es.

—Vale, lo esperaré en el coche.

—¿Cómo estáis?

Steen mira a Mathilde e intenta sonreír. Es una pregunta peligrosa, pero se la han hecho tantas veces antes que sabe que lo mejor es contestar rápido.

—Estamos bien. Un poco liados, pero eso es mejor. ¿Y tú?

Ella asiente e intenta sonreír, pero parece triste.

—Siento no haber pasado por vuestra casa más a menudo.

—No lo sientas. Estamos bien.

—Hola, Steen. ¿Puedo ayudar en algo?

Steen se gira hacia el profesor Jonas Kragh, que camina hacia él. Tiene unos cuarenta años, lleva vaqueros y una camiseta negra apretada. La mirada es amable, pero también alerta y escrutadora, y Steen sabe por qué lo mira de esa manera. Toda la clase estuvo muy afectada por lo que pasó y desde la escuela han tratado de ayudar a los alumnos a superar la experiencia. El profesor había pertenecido al grupo de profesionales que opinaba que era más conveniente para los alumnos de la clase no asistir a la celebración en memoria de su hija, que por lógica no se había podido celebrar hasta pasados unos meses de la desaparición. El profesor opinaba que produciría más dolor que beneficio, porque abriría una herida que poco a poco empezaba a cicatrizar, y eso mismo le había comunicado a Steen. Mientras tanto, la dirección de la escuela había decidido que los propios alumnos podían escoger si deseaban asistir o no, y la mayoría de los compañeros de clase de Kristine había acudido.

—No, todo está bien. Ya me iba.

Cuando Steen vuelve al coche, suena la campana de salida. Se sienta en el coche, cierra la puerta tras de sí y se concentra en buscar la silueta de Gustav entre el resto de niños que salen por la puerta principal. Sabe que ha hecho lo correcto al marcharse, pero ahora que ha visto a Mathilde, los recuerdos de la visita de la policía se agolpan en su cabeza, sin tregua. Se recuerda a sí mismo las palabras del último terapeuta: que el dolor es una forma de amor que se ha quedado sin hogar y que uno debe aprender a convivir con él y obligarse a seguir adelante con su vida.

Oye cómo Gustav se sienta en el asiento del acompañante, a su lado, y cómo le explica que el profesor de lengua los ha arrastrado hasta la biblioteca escolar para obligarles a todos a tomar prestado un libro que tienen que leer en casa, y que por eso llega un poco tarde. Steen quiere asentir para hacerle entender que lo comprende, quiere poner en marcha el motor del coche y adentrarse en el tráfico, pero sigue allí sentado, notando cómo le invade la impetuosa necesidad de volver a entrar en la escuela. La campana de entrada suena y él lucha contra sí mismo. Sabe perfectamente que esa acción supone traspasar una línea que se ha autoimpuesto, pero si no lo hace ahora, es posible que nunca jamás llegue a hacerle la pregunta a Mathilde, y hay algo en esa pregunta que es muy importante, quizá más importante que cualquier otra cosa en el mundo ahora mismo.

—¿Pasa algo?

Steen abre la puerta del coche.

—Tengo que hacer una cosa. Quédate aquí sentado.

—¿Qué vas a hacer?

Steen cierra de un portazo y se dirige a la entrada, mientras las hojas de los árboles planean a su alrededor.

—¿Qué coño estáis haciendo? Exijo una explicación —ruge Erik Sejer-Lassen.

Thulin aprieta el icono de mensajes en el móvil Samsung Galaxy y revisa la lista de mensajes, mientras Hess vacía el contenido del bolso de Erik Sejer-Lassen sobre el cuero blanco del conjunto de sofás dispuestos como en un *lounge*.

Han ido al despacho del hombre, en la planta superior del edificio. Mientras que la planta inferior alberga el centro comercial, con la musiquilla de ascensor y la muchedumbre luchando por avanzar, el superior se encuentra cercano al cielo y está consagrado a un espacio impresionante que conforma los despachos de la empresa de inversiones de Erik Sejer-Lassen. La luz diurna se desvanece mientras los empleados se agolpan preocupados ante el tabique de cristal que da al pasillo central para observar al director, quien hace unos instantes fue sacado del ascensor de una manera que no daba pie a confusión.

—No tenéis derecho a hacer esto. ¿Qué hacéis con mi teléfono?

Thulin lo ignora y apaga el móvil observando a Hess, que revisa el contenido del bolso.

—El mensaje no está aquí.

—Puede haberlo borrado. Me comunican que la señal sigue emitiendo y que viene de aquí.

Hess se abalanza sobre la bolsa de plástico blanca de 7-Eleven que ha encontrado dentro del bolso y Erik Sejer-Lassen se dirige a Thulin.

—Yo no he hecho una mierda. U os largáis de aquí inmediatamente o me decís...

—¿Cuál es tu relación con Laura Kjær?

—¿Quién?

—Laura Kjær, treinta y siete años, asistente en una clínica dental, acabas de mandar un SMS a su teléfono.

—¡No sé de quién me estás hablando!

—¿Dónde está tu otro teléfono móvil?

—¡Solo tengo uno!

—¿Qué hay en el paquete?

Thulin ve que Hess ha sacado un paquete blanco de tamaño A5 de la bolsa y se lo muestra a Erik Sejer-Lassen.

—¡Ni idea! ¡Acabo de recogerlo! Estaba volviendo de una reunión, me llegó un SMS de una empresa de mensajería en el que me informaban de que habían dejado un paquete a mi nombre en 7-Elev.... ¡Eh! —Sejer-Lassen se da cuenta de que Hess está rompiendo el envoltorio del paquete—. ¿Qué haces? ¿Qué coño está pasando?

Hess se detiene bruscamente y suelta el paquete de golpe. Cae sobre el cuero blanco. La ranura es suficientemente grande como para que Thulin pueda ver la bolsa transparente con manchas de sangre secas y un viejo teléfono móvil de la marca Nokia que parpadea intermitentemente desde el interior. Pero el móvil está atado con cinta adhesiva a un extraño bulto gris, y no es hasta que Thulin ve el anillo de prometida en el dedo anular que se da cuenta de que lo que están viendo es la mano amputada de Laura Kjær.

Erik Sejer-Lassen mira la mano con incredulidad.

—¿Qué coño es eso?

Hess y Thulin se miran fugazmente y Hess se dirige al hombre.

—Ahora quiero que pienses con mucha calma. Laura Kjær...

—¡Pero si no tengo ni idea de lo que me estás hablando!

—¿Quién te ha mandado el paquete?

—¡Acabo de recibirlo! No lo sé...

—¿Dónde estabas el lunes por la noche de la semana pasada?

—¿El lunes por la noche?

Las voces de Hess y Sejer-Lassen se desvanecen y Thulin mira a su alrededor. Están en el despacho de Sejer-Lassen, y presiente que seguir preguntándole no les llevará a ningún sitio. Es como si alguien hubiera provocado esta confusión de manera intencionada. Como si alguien a estas alturas ya estuviera divirtiéndose a su costa, riéndose de los inspectores, que no paran de correr de un lado para otro como insectos atrapados en una botella. Thulin trata de concentrarse para deducir por qué están exactamente en este sitio y por qué tiene la sensación de que este lugar tiene algo que ver y al mismo tiempo, no.

Alguien ha mandado el mensaje por SMS para hacerlos venir hasta aquí. Alguien quería que siguieran la señal del teléfono Nokia y que encontraran la mano derecha de Laura Kjær aquí, en el despacho de Erik Sejer-Lassen. Pero ¿por qué? Desde luego no es para ayudarles, y por lo visto tampoco porque este hombre pueda arrojar luz sobre el caso que tienen entre manos. ¿Y por qué dirigirles directamente a él?

La mirada de Thulin se detiene en una foto bien enmarcada de Erik Sejer-Lassen, su esposa e hijas, que reposa sobre una estantería Montana, detrás del escritorio, y de repente entiende cuál sería la razón más perversa.

—¿Dónde está tu mujer? —La interrupción de Thulin hace que Hess y Erik Sejer-Lassen se callen y la miren perplejos—. ¡Tu mujer! ¿Dónde está ahora mismo?

Erik Sejer-Lassen sacude la cabeza incrédulo, mientras Hess desplaza la mirada desde Thulin hasta el marco con la foto familiar de la estantería y ella ve que él ha tenido el mismo pensamiento. Erik Sejer-Lassen se encoge de hombros y ríe con incredulidad.

—¡Yo qué coño sé! Pues estará en casa. ¿Por?

*L*a casa es la más grande de Klampenborg. Anne Sejer-Lassen, su marido y sus dos hijas se mudaron aquí hace unos meses. Cuando sale a correr, ha cogido la costumbre de detenerse ante la gran verja automática de metal y caminar el último trozo pavimentado con grava para llegar hasta la enorme casa, respirando profundamente para así poder bajar el pulso, después de la carrera. Pero hoy no. Después de armarse de valor y telefonar a Erik, ha corrido deprisa para llegar a casa y sigue sobre la grava, dejando atrás los arbustos cuidadosamente podados, la fuente de alabastro y el Land Rover. No le preocupa que la verja quede abierta porque sabe que en breve volverá a cruzarla para salir y no volver atrás jamás. Hace un momento ha llamado a la *au pair* para decirle que ella misma irá a buscar a Lina y a Sofia a la guardería, y cuando llega a la escalera de piedra que da acceso a la vivienda viene corriendo el perro desde el jardín, ladrando y con ganas de jugar. Ella lo acaricia rápidamente, coge la llave del macetero de piedra y abre la puerta de la casa.

Empieza a oscurecer y enciende la luz antes de desconectar la alarma, jadeante. Se quita las zapatillas deportivas y sube las escaleras con determinación, con el perro pisándole los talones. Sabe exactamente lo que se va a llevar porque ha hecho las maletas mentalmente mil veces antes. En la habitación de las niñas de la planta superior coge los dos bultos que ha escondido en el fondo del armario y en el baño recuerda coger los dos cepillos de dientes y el neceser. Cuando suena su móvil, mira la pantalla y ve que es su marido, pero no contesta. Si se da prisa ahora, podrá llamarle más tarde y le mentirá diciendo que antes no había podido responder porque estaba conduciendo. Él seguramente no atará cabos hasta mañana por la mañana, cuando descubra que no están en casa de su madre. Se da todavía más prisa. Mete la ropa de las niñas en el bolso negro de viaje, que ya ha preparado con su propia ropa, y luego coge los tres pasaportes morados del armario de la habitación. Cierra el bolso, baja la escalera corriendo y llega

hasta el salón con la enorme ventana panorámica. Se da cuenta de que ha olvidado algo. Deja caer el bolso al suelo, coloca su móvil encima y vuelve a subir las escaleras hasta la habitación de las niñas, que está a oscuras. Busca frenéticamente bajo los edredones y en las camas. No es hasta que mira hacia la repisa de la ventana que encuentra los dos ositos panda de peluche que para las niñas son tan imprescindibles. Se siente afortunada por haberlos visto tan rápidamente y baja las escaleras corriendo, acordándose de no olvidar su monedero ni las llaves del coche. Encuentra las dos cosas sobre la antigua mesa de cocina de madera tallada, se vuelve hacia el salón y se queda helada.

En el lugar donde hace un momento había dejado el bolso de viaje negro, en medio del salón, ahora no hay nada. Ni teléfono móvil ni bolso. Solo el haz de luz azulada de las lámparas del jardín, que entra por las puertas de la terraza e ilumina el suelo de madera lacada, donde ahora hay un pequeño muñeco de castañas. Durante unos instantes no comprende nada. Quizá se trata de una figura que han hecho las niñas con la *au pair* y Anne a lo mejor ha puesto el bolso en otro sitio. Pero en ese mismo instante sabe con certeza que no es así.

—¿Hola...? Erik, ¿eres tú?

La casa está en silencio. Nadie responde. Baja la mirada para ver al perro, que gruñe en dirección a algo que está a sus espaldas. Se vuelve y observa en la oscuridad.

*E*l profesor está explicando la historia de internet desde Tim Berners-Lee hasta Bill Gates y Steve Jobs cuando alguien abre la puerta de la clase. Mathilde está sentada cerca de la ventana y mira en esa dirección. Para su sorpresa, ve que es el padre de Kristine, que se ha quedado allí parado, mirándoles sin cruzar el umbral. Balbucea algo incomprendible para disculparse por la interrupción y es como si en ese momento se diera cuenta de que no ha llamado a la puerta antes de entrar.

—Quiero comentarle algo a Mathilde. Será solo un momento.

Mathilde se levanta antes de que el profesor pueda inmiscuirse. Sabe que no soporta las interrupciones en clase y que en este caso todavía se incomodará más. Pero le da igual.

Las puertas de la clase se cierran a sus espaldas y caminan hasta la sala común. Mathilde se da cuenta por la cara de él de que algo va mal. Pronto hará un año, pero todavía recuerda con claridad el día que vino a su casa preguntándole si sabía dónde estaba Kristine, que no había vuelto. Ella había intentado ayudar, pero se daba cuenta de que las respuestas que le ofrecía le ponían todavía más nervioso, aunque durante toda la conversación se empeñara en mostrarse calmado y no parara de repetir que Kristine seguramente se habría marchado a casa de otra amiga.

A Mathilde todavía le costaba mucho aceptar que Kristine ya no estuviera en su vida. A veces, cuando pensaba en su amiga, le invadía la sensación de que todo había sido un sueño. Que Kristine sencillamente se había mudado a otro lugar y que obviamente volvería a verla y a reír con ella muy pronto. Cuando por casualidad se cruzaba con Gustav en la escuela o rara vez veía pasar a Rosa o a Steen, le invadía la certeza de que no había sido un sueño. Había estado muy cerca de ellos y los conocía como si fueran su propia familia. Le encantaba pasar tiempo en su casa y le entristecía muchísimo ver el destrozo que les infligía el dolor que estaban sufriendo. Haría cualquier cosa para ayudarles, pero ahora que ha salido de la clase y está aquí sola,

delante de Steen, se siente un poco intimidada, la verdad, porque percibe que él ya no es el mismo de antes. Está nervioso, confundido, como apresurado, y su aliento es agrio. Se disculpa reiteradas veces y explica que necesita saber de qué manera creaban los hombres de castañas en su casa, el otoño pasado.

—¿Los hombres de castañas? —Mathilde no sabe qué cosa había esperado que le preguntara, pero eso en concreto le hace sentirse todavía más intranquila y al principio ni siquiera entiende a qué se refiere—. ¿Quieres saber cómo los hacíamos?

—No. Cuando quedabais para crear esas figuras, ¿era ella o eras tú la que las hacía? —Mathilde necesita unos segundos para recordar y él la mira con impaciencia—. Necesito saberlo.

—Creo que las hacíamos las dos.

—¿Lo crees?

—No. Lo sé con seguridad. ¿Por qué?

—¿Así que ella también las hacía? ¿Estás totalmente segura?

—Sí. Las hacíamos las dos. —Observa la cara de él y se da cuenta de que esa no es la respuesta que esperaba. Por alguna razón que no se explica, se siente culpable por ello—. Ya sabes, siempre las hacíamos en vuestra casa y...

—Sí, lo sé. ¿Y luego qué hacíais con ellas?

—Pues salíamos a la calle y las vendíamos. Además de pastel y...

—¿A quién?

—No sé. A los que querían comprárnoslas. ¿Por qué es eso tan...?

—Pero ¿se las vendíais a los vecinos y conocidos o también a otras personas?

—Pues no lo sé...

—Tienes que poder acordarte de si había otras personas.

—Pero es que yo no conocía a nadie...

—Pero ¿eran desconocidos o gente que ella conocía? ¿Quiénes eran?

—No lo sé...

—Mathilde, ¡esto puede ser importante!

—Steen, ¿qué ocurre?

El profesor se ha colocado delante de Mathilde e intenta llevar al padre de Kristine hacia un lado, pero este se muestra reacio.

—Si tienes algo importante que explicarle a Mathilde, tenemos que hacerlo correctamente. Ha sido una época muy dura para todos. Entendemos que

sobre todo para vosotros, pero también para los compañeros de clase.

—Es solo una pregunta. Tardaremos un segundo.

—Quiero saber de qué se trata, si no tendré que pedirte que te marches.

El padre de Kristine parece desinflarse y el profesor se queda allí plantado mirándolo con cara interrogante. Steen mira a Mathilde y parece muy confundido. La niña observa cómo Steen se da cuenta de que el resto de alumnos ha salido de la clase y todos lo están observando.

—Perdona. No era mi intención...

Steen se queda callado y se da la vuelta. Mathilde lo mira y él se da cuenta de que Gustav lo está observando desde el otro extremo de la sala. El niño no dice nada, se limita a mirar a su padre fijamente; entonces se gira y vuelve a marcharse. Steen lo sigue apresuradamente, y ya ha llegado a la esquina cuando Mathilde finalmente reacciona.

—¡Espera! —Steen se gira lentamente y ella camina hasta él—. Lamento no ser capaz de recordar todos los detalles.

—No pasa nada. Perdóname.

—Pero ahora que lo pienso detalladamente, recuerdo que el año pasado ni siquiera hicimos figuras de castañas con forma de personas.

Steen había tenido la mirada clavada en el suelo. Todo su cuerpo había estado encorvado y hundido como aguantando un peso invisible. Pero cuando llega a comprender el sentido de la frase que acaba de oír, levanta la cabeza y la mira directamente a los ojos.

*L*a séptima entrevista del día con prensa escrita justo acaba de concluir y Rosa camina rápidamente por el pasillo del ministerio acompañada por Engells cuando le suena el móvil. Ve el nombre de su marido en la pantalla al mismo tiempo que se quita la chaqueta, pero en este momento no puede atender la llamada, porque quiere darle tiempo al jefe de gabinete para que le pase los números del último informe de Asuntos Sociales.

Las entrevistas han ido bien. Ha podido explicar que cree en la necesidad de contemplar todas las iniciativas y ha dejado claro que tiene muchas esperanzas puestas en el trabajo conjunto con el partido que les apoya en el gobierno. Todo lo dice con la intención de presionar a Bukke para que vuelva a la mesa de negociaciones. Ha manejado bastante bien las preguntas de carácter más personal, aunque le han mermado las fuerzas. «¿Cómo está siendo la vuelta?», «¿De qué manera te ha cambiado la vida?» y «¿Cómo se consigue superar algo tan terrible?». Lo más extraño es que el joven periodista que le hizo la última pregunta daba por sentado que Rosa había superado la pérdida de su hija, simplemente porque había vuelto a incorporarse a su trabajo en el Ministerio.

—¡Daos prisa! Si queremos que la ministra llegue a tiempo, tendremos que hacerlo de camino.

Liu les espera impaciente al lado del ascensor y coge el informe con números más recientes de las manos de Engells, que se gira para darle una palmada en el hombro a Rosa y desearle buena suerte.

—¿Dónde está Vogel? —pregunta Rosa.

—Hemos quedado con él directamente en el estudio. Comentó que tenía que pasar por TV 2 antes.

Han aceptado dos entrevistas para las noticias de televisión, en directo. La primera será en DR Byen, la segunda en TV 2, y los tiempos son muy justos.

Entran en el ascensor que les bajará a la salida trasera del ministerio, desde donde el acceso es más fácil para el chófer, en vez de la entrada principal,

que está muy concurrida. Liu aprieta el botón para bajar.

—El primer ministro conoce nuestros movimientos y está informado de los avances. Siguen sin querer que te distancias de Bukke.

—No nos estamos distanciando de Bukke, pero es importante dejar claro que somos nosotros los que tenemos la sartén por el mango. No al revés.

—Yo solo te comento lo que me ha dicho Vogel. Y ahora será muy importante ver cómo te desenvuelves. Una cosa es la prensa escrita y otra cosa es...

—Sé lo que tengo que hacer, Liu.

—Lo sé. Pero esta entrevista es en directo y no solo te preguntarán por temas de política. Vogel me pidió que te recordara que quieren que te ciñas a tu vuelta al puesto. Está claro que te preguntarán por temas personales; no ha conseguido la garantía de que no lo harán.

—Es lo que hay. Si me escaqueo ahora, no habrá servido de nada. ¿Dónde está el coche?

Rosa ha salido del ascensor y pasado el control de seguridad de la salida trasera, con Liu pisándole los talones. Hace mucho viento y están esperando en Admiralgade, pero el coche oficial no está aparcado donde debería. Rosa nota que Liu también está desconcertada, pero, como siempre, hace ver que todo está bajo control.

—Espera aquí. Ahora mismo voy a buscarlo. A la hora del descanso suele aparcar en el patio trasero. Voy a ver si está allí.

Liu cruza los adoquines corriendo, mirando hacia un lado y el otro, mientras saca su teléfono del bolso. El móvil de Rosa vuelve a sonar y coge la llamada, mientras sigue a su secretaria con la mirada. El viento es frío y se pone en movimiento para entrar en calor. Cuando llega a Boldhusgade, puede ver Christiansborg al otro lado del canal.

—Hola, cariño. No tengo mucho rato. Estoy yendo a DR y tengo que prepararme en el coche.

La conexión es mala y casi no puede entenderle. Suena trastornado y exaltado. Al principio solo entiende algunas palabras: «importante» y «Mathilde». Ella las repite e intenta explicarle a su marido que casi no puede oírle, pero él está ansioso por contarle algo. De repente, ve a Liu discutiendo con el chófer nuevo en el portón de uno de los patios traseros. Parece que hay alguna razón por la que todavía no ha traído el coche.

—Steen, ahora no me va bien hablar. Lo siento, pero tengo que colgar.

—¡Escúchame! —De repente hay buena conexión y la voz de Steen suena alta y clara—. Dijiste a la policía que estuvieron haciendo hombres de castañas. Pero ¿es posible que te hayas equivocado?

—Steen, ahora mismo no tengo tiempo.

—Acabo de hablar con Mathilde. Dice que el año pasado no hicieron figuras de personas, tan solo hicieron animales. Arañas y todo tipo de mamíferos, pero hombres, mujeres o niños, no. Entonces ¿cómo es posible que la huella de Kristine esté en uno de ellos? ¿Entiendes lo que te digo?

Rosa se detiene porque la voz de Steen vuelve a desaparecer.

—¿Hola? ¿Steen?

Nota un nudo en el estómago porque la conexión es débil y al cabo de un momento oye el *bip* que confirma que la llamada ha sido interrumpida. Camina vacilante en dirección a Liu, que se ha quedado mirando fijamente algo en el patio. No se mueve hasta que el chófer le toca el brazo y asiente en dirección a Rosa.

—Ven, cogeremos un taxi.

—Tengo que llamar a Steen. ¿Por qué no vamos en el coche?

—Te lo explico por el camino. Ven.

—No. Quiero saber qué está pasando.

—Venga. ¡Tenemos prisa!

Pero es demasiado tarde. Rosa puede ver el coche oficial que está estacionado en el patio trasero. El vidrio frontal está reventado. Hay unas letras enormes y deformes escritas en rojo, sobre el capó. Parece que esté escrito con sangre, y Rosa se queda helada cuando entiende qué palabra forman las siete letras: ASESINA.

Liu la coge del brazo y la estira para alejarse de allí.

—He dicho que llame a los de seguridad. Tenemos que marcharnos ahora mismo.

*L*a silueta del bosque se alza ante ellos, en la oscuridad, y Thulin solo desacelera un poco cuando Hess le avisa de que es el número de casa que buscaban. Entra en la finca a tanta velocidad que el coche derrapa en la gravilla. La casa de Klampenborg parece un palacio. Thulin conduce hasta la entrada principal y Hess sale del vehículo antes de que la inspectora apague el motor. Un coche de la policía municipal está aparcado delante de la vivienda. Ella misma los ha avisado y siente alivio al ver que ya han llegado. Cuando sube corriendo las escaleras de piedra de la casa para entrar en el vestíbulo, se cruza con un agente que baja las escaleras desde la primera planta.

—Hemos registrado la casa. Ha pasado algo en el salón.

—¡Thulin!

Ella entra en el salón y lo primero que ve es el charco de sangre en la pared y el perro tendido sobre el suelo, sin vida, con el cráneo aplastado. Algunos muebles están volcados, una de las enormes ventanas panorámicas está reventada y hay rastros de sangre en el marco de la puerta y por el suelo, donde hay dos ositos panda tirados. Un bolso de viaje negro está escondido tras una puerta y hay un teléfono móvil al lado.

—¡Que salgan todos los agentes y perros rastreadores al bosque inmediatamente!

Hess está intentando abrir la puerta que da a la terraza mientras da órdenes al agente, que asiente aturdido y saca su teléfono móvil. Hay una silla de jardín caída ante la puerta, pero Hess le da una patada y despeja la salida. Thulin corre tras él, cruzan el césped y se dirigen hacia el bosque.

Anne Sejer-Lassen corre todo lo que puede, inmersa en la oscuridad, y las ramas azotan su cara. Nota cómo las agujas de pino y las raíces le cortan los pies descalzos, pero sigue corriendo, se obliga a sí misma, aunque las piernas empiezan a ceder por el dolor muscular y los calambres. A cada segundo espera reconocer algún detalle del bosque, que a estas alturas conoce tan bien, pero la oscuridad es profunda y solo oye el sonido de su propia respiración y las ramas que se parten a su paso, rompiendo el silencio y revelando su ubicación.

Se detiene al lado de un gran árbol. Se apoya en la fría y húmeda corteza e intenta contener la respiración y escuchar los sonidos del bosque. Su corazón está a punto de estallar y el llanto empuja por salir. Cree que oye voces a lo lejos, pero no es capaz de orientarse y, si se pone a gritar, es más que probable que su perseguidor también la oiga. Sabe que ha corrido un buen trecho y trata de adivinar si el perseguidor habrá aguantado su ritmo y si habrá podido seguirla en su dirección. Se ha perdido, pero cuando mira hacia atrás, no ve destellos de linternas, no oye ningún sonido ni percibe movimientos en la oscuridad. Eso forzosamente tiene que significar que ha conseguido escapar.

Ante ella, muy lejos y entre los árboles, de repente ve una luz. La luz se mueve lentamente formando un arco y ahora también le parece que oye el sonido de un motor, en la lejanía. De repente, entiende dónde se encuentra. Esa luz debe de ser de los faros de un coche que se desplaza por el camino que empieza en la rotonda para llegar hasta el agua. Tensiona los músculos, se arma de valor y echa a correr. Está a unos ciento cincuenta metros del camino, pero sabe exactamente en qué punto empieza la curva y por lo tanto también sabe qué dirección tomar para acortar. Solo cincuenta metros más y se pondrá a gritar. Ahora tan solo treinta metros, y aunque el coche esté en marcha, el conductor oirá su grito y el perseguidor tendrá que dejarla ir.

Es embestida por un golpe frontal. Algo le perfora la mejilla, algo que

pincha, y enseguida comprende que su perseguidor debe de haber estado esperando a que ella reaccionara al ver las luces del coche. Nota el suelo del bosque bajo su cuerpo y el sabor a hierro que se expande por la boca. Febrilmente, consigue colocarse de rodillas, pero el palo con la bola la golpea de nuevo en la cara. Cae a cuatro patas y empieza a gemir.

—¿Estás bien, Anne?

La voz susurra cerca de su oreja, pero antes de que pueda contestar, empieza a caerle una lluvia de golpes. Durante los segundos de pausa entre golpe y golpe se oye a sí misma suplicar y preguntar por qué. ¿Por qué ella? ¿Qué ha hecho? Cuando la voz se lo explica, se deja ir. Una bota aplasta su brazo contra el suelo y nota una cuchilla afilada sobre la muñeca. Pide clemencia. No por ella, sino por sus hijas. Durante unos instantes es como si la silueta se lo pensara y Anne nota una caricia en su mejilla.

*E*l haz de la linterna de Thulin revolotea sobre los húmedos troncos de los árboles, las ramas y tocones, mientras llama a la mujer por su nombre. Ante ella, a la izquierda, oye que Hess hace lo mismo y ve el destello intermitente de su linterna, que no para de moverse hacia delante. Llevan corriendo mucho rato, varios kilómetros, y Thulin está a punto de volver a llamar, pero en ese instante nota dolor en un pie, que se queda atascado con algo. Se da de bruces contra el suelo. La oscuridad la envuelve y gatea a tientas febrilmente buscando la linterna, que debe de haberse apagado. Consigue ponerse de rodillas, entierra sus manos en las hojas mojadas y empieza a palpar la zona a su alrededor. De repente se percata de la silueta y se para en seco. Está inmóvil y la observa desde el otro lado de un claro, a tan solo veinte metros, casi mimetizada con la oscuridad.

—¡Hess!

Su grito resuena en el bosque, empuña su pistola y él corre hacia ella con su linterna. Cuando llega, Thulin dirige su pistola hacia la silueta y Hess ilumina en la misma dirección, jadeante.

Anne Sejer-Lassen está colgada sobre un robusto seto. Dos ramas sobresalen bajo sus brazos y son las que mantienen su cuerpo apaleado en posición vertical. Sus pies descalzos cuelgan sobre el suelo y su cabeza está inclinada, cayendo hacia el pecho, de manera que la larga melena ondea, tapándole la cara. Cuando Thulin se acerca entiende qué es lo que le produce todavía más confusión. Los brazos de Anne Sejer-Lassen son demasiado cortos. Le faltan las dos manos. Y entonces lo ve. Un hombre de castañas pinchado en la carne del hombro izquierdo de la mujer. A Thulin le parece que el muñeco está sonriendo.

MARTES 13 DE OCTUBRE, PRESENTE

*L*a lluvia cae a raudales. Largas hileras de agentes vestidos de negro inspeccionan el bosque con las linternas dirigidas hacia el suelo, mientras un helicóptero sobrevuela las copas de los árboles rozándolos con su cañón de luz, sin descanso. Hess y sus compañeros llevan casi siete horas trabajando y ya es pasada medianoche. Tres coordinadores en el puesto de mando del operativo han delimitado el terreno y dividido el bosque en cinco zonas diferenciadas, cada una de las cuales está siendo rastreada por un equipo policial específico dotado de linternas Maglite y perros patrulla.

Han cortado todos los accesos de entrada y salida a la urbanización después de encontrar el cadáver de Anne Sejer-Lassen y han bloqueado varias carreteras de salida. Han parado coches e interrogado a varios conductores, pero Hess teme que no servirá de nada: han llegado tarde y todavía les queda muchísimo trabajo. Empezó a llover poco después de llegar ellos al bosque, y los rastros que pudiera haber, tales como pisadas, huellas de neumáticos o lo que fuera, han desaparecido y los han dejado con la sensación de que ha pasado por allí un fantasma que además tiene a los dioses del tiempo atmosférico de su lado. Piensa en el cadáver de Anne Sejer-Lassen, piensa en el pequeño muñeco incrustado en su hombro, y se siente como un espectador tratando de buscar a toda costa la salida del teatro sin éxito, mientras un estrafalario espectáculo se despliega ante sus ojos. Su ropa está empapada y está volviendo de la zona forestal norte. Camina por un sendero de tierra que los coordinadores han señalado en el mapa. Un joven agente ha salido de la cadena de búsqueda y está orinando detrás de un árbol. Hess le suelta un buen rapapolvo porque ni siquiera se ha molestado en salir de la zona acordonada, que todavía no han inspeccionado. El agente vuelve a la formación enseguida y Hess se arrepiente de haberle hablado con tanta ira. Nota que está oxidado. No está en forma físicamente y sus pensamientos se agolpan en su cabeza de manera confusa y sin sentido. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que estuvo en un caso semejante, o mejor dicho, nunca se ha topado con

un caso como este. Piensa que ahora mismo debería estar o viendo el fútbol en su pisito de mierda en La Haya o por lo menos de camino hacia un nuevo caso indiferente, en algún lugar de Europa. Y en vez de eso, está aquí dando tumbos en un bosque, al norte de Copenhague, con la lluvia cayendo como metralla y sin tregua. Hess llega a la escena del crimen y observa los potentes proyectores que iluminan los robustos setos y alargan las sombras de los técnicos vestidos de blanco, que se mueven entre los árboles. Hace un rato que han descolgado el cadáver de Anne Sejer-Lassen y lo han llevado al Instituto Anatómico para proceder a examinarla, pero él busca a Thulin. Ve que está llegando desde la zona forestal oeste. Tiene el cabello mojado y alborotado, en ese momento se limpia una mancha de barro de la cara y termina una conversación telefónica. Ella se da cuenta de que Hess la busca, le sostiene la mirada interrogante y niega con la cabeza para corroborar que su equipo tampoco ha encontrado nada en esa zona del bosque.

—Pero por lo menos tengo el resultado de Genz. Acabo de hablar con él.

Genz había llegado a la escena del crimen poco después de que encontraran el cadáver de Anne Sejer-Lassen y Hess lo había apartado a un lado para pedirle que embolsara y asegurara el muñeco de castañas y que lo llevara a analizar al laboratorio cuanto antes. Quería tener el resultado lo antes posible. Hess mira a Thulin bajo la intensa lluvia y ya sabe la respuesta del análisis de Genz antes de que ella se lo confirme.

*E*s mediodía. Desde la sala de coordinación ubicada en la segunda planta de comisaría, Nylander puede ver los buitres de la libertad de expresión equipados con sus teléfonos móviles, cámaras y micrófonos, esperándole en la sala de las columnas. A pesar de que el equipo directivo ha hecho numerosas advertencias a todos los empleados, a estas alturas de su carrera puede constatar que el engranaje siempre tiene grietas y la información se les escurre entre las manos como si se trataran de un colador. Hoy no es una excepción. Tan solo doce horas después del levantamiento del cadáver en el bosque han empezado a recibir las primeras llamadas de la prensa, que ya especula con que esté vinculado con el asesinato de Laura Kjær en Husum, y es así porque «fuentes policiales que prefieren mantenerse anónimas» se han pronunciado acerca de esa posibilidad. Y como si el asedio de la prensa no fuera suficiente, Nylander además está atendiendo al jefe superior, pero consigue escabullirse temporalmente con una escueta frase en la que le asegura que le devolverá la llamada en cuanto pueda. Ahora mismo tiene claro que lo primordial es la investigación y se gira impaciente hacia Thulin, que está pasando el parte al grupo de investigadores.

Casi todos ellos han estado en el bosque durante la noche y la mayoría solo han podido dormir algunas horas, pero por la gravedad del asunto, ninguno se muestra somnoliento durante la explicación de Thulin.

Nylander también ha tenido una noche ajetreada. Recibió una llamada que le informaba del hallazgo del cadáver de Anne Sejer-Lassen ayer por la noche, cuando estaba asistiendo a una cena organizada por el *lobby* VL en un restaurante de Bredgade. Había tenido la posibilidad de conocer a algunos pesos pesados durante la reunión y había sido una buena ocasión para hacer nuevos contactos, pero cuando recibió la llamada tuvo que abandonar la tertulia a mitad del tiramisú. En realidad no tenía por qué personarse en la escena del crimen. Tenía un equipo para hacer eso pero para él era un tema de principios mostrarse como un buen líder, dar buen ejemplo y de paso

mantener el camino despejado. Si algo se tuerce a lo largo de una investigación, es importante no dejar flancos al descubierto, porque es la única manera de evitar ataques en el futuro, y Nylander es demasiado listo para que le pase eso. Ha visto a muchos jefes y personas con altos cargos públicos descuidar sus carreras y al final siempre los pillan con los pantalones bajados, porque el poder los ha llevado a ser demasiado confiados. En el caso de Laura Kjær no se había personado en la escena del crimen por culpa de las reuniones presupuestarias y cuando más tarde había recibido la llamada de Thulin informándole de que habían encontrado la huella dactilar de Kristine Hartung, tuvo la sensación de que aquello podría tener consecuencias. Así que anoche se marchó del restaurante inmediatamente y ni siquiera lo lamentó, pues de todas maneras el postre siempre era el momento en el que los peores comensales, aquellos que le habían dado demasiado a la botella, acababan sumiéndose en una espiral de cháchara cuyos protagonistas eran ellos mismos y sus propios logros, exclusivamente. Nylander sabe que los adelantará a todos, pero eso exige tener la cabeza despejada y la mano sobre el pulsador, listo para accionar el botón rojo en cuanto empiece a parpadear, y eso es exactamente lo que está pasando ahora. Después de inspeccionar la escena del crimen del bosque se le habían ocurrido varias secuencias, pero todavía le faltaba desgranar cuál podía ser el móvil y todo parecía demasiado inverosímil. Esta mañana se había desplazado personalmente a la sede de la policía científica para hablar con Genz, con la esperanza de que la coincidencia dactilar pudiera deberse a un error de apreciación, pero no. Genz le había explicado que en ambos casos había suficientes puntos de coincidencia como para asegurar un resultado positivo con Kristine Hartung, y lo único que sabe Nylander es que a partir de ahora debe navegar con cautela si quiere mantenerse a flote y evitar cortarse con los cristales rotos.

—Ambas mujeres tenían treinta y tantos y ambas fueron sorprendidas en sus domicilios. Según los informes finales de las autopsias, fueron golpeadas reiteradas veces con un arma contra un ojo hasta aplastar el cerebro, lo que ha causado las muertes. Además, en el caso de la primera víctima le han amputado la mano derecha y a la segunda ambas manos. Presuntamente, ambas mujeres estaban vivas durante la amputación.

El grupo de investigadores mira las fotos forenses que Thulin ha repartido por las diferentes mesas, y algunos de los que acaban de llegar fruncen el

ceño y miran a otro lado. Nylander también las ha visto pero no le han impresionado tanto. Al principio, cuando empezó como agente de policía, le extrañaba que esas cosas no le afectaran tanto como a sus compañeros, pero ahora lo ve como una ventaja.

—¿Qué sabemos del arma? —interrumpe impaciente la explicación de Thulin.

—Nada definitivo. Es un arma desconocida provista de una bola de metal con pequeños pinchos. No es un lucero del alba, pero el concepto es el mismo. Para las amputaciones seguramente usa un tipo de sierra radial a batería con un disco de diamante o parecido. Los informes preliminares apuntan a que se ha utilizado el mismo instrumento en ambos...

—¿Y qué pasa con el SMS que llegó al teléfono móvil de Laura Kjær? ¿Remitente?

—El mensaje fue enviado desde un viejo teléfono móvil de la marca Nokia y una tarjeta prepago no registrada que se puede comprar en cualquier lado. Lo que es el teléfono en sí, que estaba sujeto a la mano de Laura Kjær con cinta adhesiva, tampoco nos lleva a ningún lado, porque la única información que han encontrado es el SMS y, además, el número de registro aparece quemado mediante soldadura, según Genz.

—Pero ¿y el mensajero que llevó el paquete y que seguisteis a través de la señal del teléfono? Tiene que tener información acerca del remitente.

—Efectivamente. El problema es que el nombre que consta como remitente es la misma Laura Kjær.

—¿Qué?

—En el servicio de atención al cliente nos han comentado que una persona llamó por teléfono ayer al mediodía. La persona encargó un transporte de paquetería con recogida en Cedervænget, 7 de Husum. O sea, la casa de Laura Kjær; el paquete estaba preparado, colocado sobre las escaleras de la puerta principal, junto con el dinero en efectivo para costear el envío, como se había indicado durante la conversación telefónica. El paquete estaba en el punto de recogida cuando llegó el mensajero, sobre las 13 horas. Luego lo llevó al 7-Eleven que hay en la planta baja del edificio del centro comercial, porque la empresa de Erik Sejer-Lassen tiene un acuerdo de entrega de paquetería con este establecimiento. El mensajero no sabe nada más y en el paquete solo hemos encontrado las huellas dactilares del dependiente de 7-Eleven y de Sejer-Lassen.

—Pero ¿y la persona que llamó para programar el envío?

—La persona que atendió la llamada ni siquiera recuerda si habló con un hombre o una mujer.

—¿Y en Cedervænget? Alguien habrá visto quién puso el paquete allí.

Thulin niega con la cabeza.

—Nuestra primera sospecha recayó en la pareja de Laura Kjær, Hans Henrik Hauge, pero el hombre tiene una coartada. El forense dice que Anne Sejer-Lassen fue asesinada sobre las 18 horas y según la abogada de Hauge, ella misma se encontraba con su cliente en el parking que hay delante de su despacho, a la misma hora, porque habían quedado para averiguar de qué manera conseguir que le dejemos volver a casa.

—¿Así que no tenemos una mierda? ¿Ni testigos, ni llamadas de vecinos, absolutamente nada?

—Todavía no. Y tampoco parece ser que haya un vínculo entre las víctimas. Viven en sitios diferentes, se mueven en entornos diferentes y por lo visto no tienen nada en común excepto lo de los hombres de castañas y la huella dactilar, así que por ahora...

—¿Qué huella dactilar?

Nylander mira fugazmente a Jansen, que es el que ha preguntado y que, como siempre, está sentado al lado de su fiel compañero, Martin Ricks. Nylander siente que Thulin lo observa, porque previamente le había dicho que él mismo quería explicar esa parte.

—Ha aparecido un hombre hecho con castañas en sendas escenas del crimen. O en el cadáver o cerca de él. En los dos casos, las figuras tenían una huella dactilar y según un examen dactiloscópico, cabe la posibilidad de que la huella sea la de Kristine Hartung en los dos casos. —Nylander habla intencionadamente de forma seca y sin caer en el drama. Por unos instantes nadie dice nada, hasta que Tim Jansen y un par más caen en la cuenta. Su asombro inicial se expande y transforma en confusión generalizada hasta que Nylander vuelve a tomar la palabra—. Escuchadme. Los técnicos de criminalística están llevando a cabo más pruebas, así que no quiero que lleguemos a conclusiones precipitadas. Tenemos que esperar a tener más información, y ahora mismo, la realidad es que no sabemos nada. Es más que probable que las huellas no sean relevantes para los casos que nos ocupan, así que si alguien comenta algo fuera de estas cuatro paredes, me encargaré personalmente de que esa persona sea expulsada del cuerpo y nunca más

vuelva a trabajar. ¿Entendido?

Nylander ha pensado concienzudamente cómo debe gestionar el asunto. Tienen más que suficiente con los dos casos sin resolver. Es probable que el autor sea el mismo, aunque le cuesta aceptar esa idea. Y hasta que la identidad de la huella dactilar no esté confirmada al cien por cien, no va a dejar que embarre las cosas. El caso de Kristine Hartung consta como una de las hazañas más memorables de Nylander. En un momento dado de la investigación pensó que le costaría la carrera, pero gracias a la detención de Linus Bekker pudieron avanzar en la investigación. No encontraron el cuerpo de la niña, pero por razones obvias tampoco se les podía exigir plenamente. El asesino no había sido capaz de recordar los lugares en los que la había enterrado, aunque finalmente se había declarado culpable y habían encontrado evidencias más que suficientes para condenarlo.

—Pero tenéis que reabrir el caso Hartung. —Nylander y el resto de personas de la sala miran en dirección a la voz y todas las miradas se centran en el hombre de Europol. Hasta ahora se había mantenido en silencio, enfrascado observando las fotos que habían repartido. Todavía lleva puesta la misma ropa que en el bosque y tiene el cabello despeinado y enmarañado. Aunque parece llevar una semana tirado en lo más profundo de la arboleda, sigue siendo rápido e incisivo—. Una huella dactilar puede ser una casualidad. Dos, imposible. Y si resulta que sí es la huella de Kristine Hartung, habrá que aceptar la posibilidad de que el resultado de la investigación de su desaparición sea erróneo.

—¿De qué coño estás hablando?

Tim Jansen mira a Hess como si le estuviera pidiendo que devuelva su sueldo mensual.

Nylander presiente hacia dónde se encaminará la situación y era exactamente así como no quería acabar, pero Hess vuelve a hablar antes de que le dé tiempo a reaccionar.

—No sé más que vosotros. Pero nunca encontrasteis el cadáver de Kristine Hartung y cabe la posibilidad de que los análisis forenses que se llevaron a cabo entonces tampoco basten para concluir que ha muerto. Ahora han aparecido sus huellas dactilares y yo lo que digo es que, cuando menos, debería llevarnos a hacernos algunas preguntas.

—No. Eso no es lo que estás diciendo, Hess. Estás diciendo que nosotros no hicimos bien nuestro trabajo.

—No te lo tomes como algo personal. Pero han asesinado a dos mujeres y si la intención es evitar que haya más muertes, tenemos que...

—Yo no me lo tomo como algo personal. Y los trescientos agentes que ayudaron a esclarecer el caso, seguramente tampoco. Pero me parece bastante alucinante tener que aguantar críticas de alguien que acaba de aterrizar en comisaría porque le han dado la patada en La Haya.

La respuesta de Jansen hace que un par de compañeros sonrían discretamente. Pero Nylander mira a Hess sin inmutarse. Se ha quedado con algo que ha comentado este y ya no ha oído nada más.

—¿Qué coño quieres decir con lo de evitar que haya más muertes?

*L*a responsable de comunicación de la comisaría trata afanosamente de explicarle a Nylander cómo debe capear la situación, pero este la corta de golpe dejándole claro que ya se las apañará. Normalmente habría tenido más tacto, porque tiene ganas de ligársela desde que aterrizó en el departamento con esas maneras suyas de entrar en su despacho soltando buenos consejos. Pero ahora mismo se encuentra bajando las escaleras hasta la galería y está a punto de reunirse con la prensa. Quiere utilizar el resto de la caminata para aclarar sus ideas y no cree que los tres años que la mujer ha pasado estudiando en la facultad de Ciencias de la Comunicación de Njalsgade, disfrutando de *café latte* y sexo sin compromiso, puedan ayudarle ahora mismo. Sobre todo después de la alarmante reunión que acaba de tener con Hess y Thulin en su despacho.

Antes de pasar a la sala de columnas le avisan de que Rosa Hartung ha encontrado un hueco en su agenda y que está viniendo a la comisaría. Nylander ordena que los agentes escolten a la ministra y a su marido hasta la entrada posterior del edificio y deja claro que él se encargará de hablar con ellos personalmente, nadie más.

El mismo Hess había propuesto una reunión con Nylander y Thulin, después de la sesión informativa, para poder hablar en privado. Hess había colocado las fotografías de las escenas del crimen de Laura Kjær y Anne Sejer-Lassen sobre el escritorio de Nylander.

—A la primera víctima le faltaba una mano. A la siguiente víctima, las dos. Claro que cabe la posibilidad de que el asesino hubiera seguido descuartizando a Anne Sejer-Lassen por completo si no hubiéramos llegado nosotros, pero ¿y si la intención era que encontráramos los cuerpos exactamente como estaban?

—No lo entiendo. Explícamelo. Y rápido, que tengo mucha prisa —le había dicho Nylander.

Thulin, que por lo visto ya sabía de lo que estaba hablando, le había

mostrado dos fotografías de primeros planos de los hombres de castañas, las mismas que Nylander ya había observado detalladamente hasta la saciedad.

—Un hombre de castañas se compone de una cabeza y un cuerpo. La cabeza tiene ojos que se hacen con un punzón u otro objeto puntiagudo. El cuerpo tiene cuatro cerillas que simulan las piernas y los brazos. Pero un hombre de castañas no tiene manos. Ni tampoco pies.

Nylander se había quedado en silencio mirando fijamente las figuras con forma de hombres con brazos acortados que aparecían en las fotos. Por un momento había tenido la sensación de estar atendiendo a una clase de párvulos y no sabía si reír a carcajadas o llorar.

—¿Estáis diciendo lo que creo?

Era una idea enfermiza. De hecho, para llegar a semejante idea uno mismo tiene que estar un poco enfermo. Pero de repente Nylander entiende qué ha querido decir Hess antes, cuando durante la sesión informativa ha comentado que había que evitar que volviera a ocurrir. Ninguno de los dos inspectores le había contestado en ese momento, pero ahora le resultaba imposible quitarse de la mente la idea de que el asesino estuviera haciendo su propia figura de castañas, pero de carne y hueso.

Hess había insistido en la necesidad de reabrir el caso Hartung. Siempre había utilizado el «vosotros» al referirse a la investigación. «Tenéis que reabrir el caso» y «Tenéis que afrontar la posibilidad de que...», hasta que Nylander le había detallado dos cosas. Para empezar, le había dejado claro que Hess ahora mismo se encontraba trabajando en su unidad, bajo las mismas condiciones que el resto de inspectores, y que por lo que él sabía, nadie había reclamado su presencia en La Haya. Más bien al contrario. Y que por otro lado era completamente imposible reabrir el caso Hartung. Que no importaba qué significado pudieran tener las huellas dactilares y que el caso Hartung ya había sido aclarado. Tenían una confesión, la ley había actuado, se había dictado una condena y ni diez caballos salvajes iban a descarrilar la investigación que tenían entre manos para llevarla en esa otra dirección. Por esa misma razón, Nylander había decidido que se encargaría personalmente de hablar con la familia Hartung para informarles acerca de las huellas dactilares encontradas. No quería levantar demasiado revuelo por este tema, entre otras cosas porque desde el PET acababan de informarle de que la ministra en este momento ya lidiaba con varios frentes abiertos: un e-mail de amenazas y la luna delantera de su coche oficial hecha trizas, además de unas

pintadas con sangre de animal sobre el capó.

Nylander no estimaba relevante involucrar a Hess ni a Thulin en este tema y se ocupó de casi echar a Hess de su despacho para poder hablar un momento a solas con ella. Le había preguntado directamente si consideraba que Hess estaba a la altura para trabajar en el caso, y tenía una buena razón para preguntárselo. Había tenido ocasión de leer acerca de su trayectoria en la división de personal y conocía la trágica razón por la que Hess había abandonado la unidad. Aunque el hombre había sido capaz de cosechar gran experiencia en Europol, sus actuales problemas con la autoridad apuntaban a que ya no volvería a ponerse en pie.

Thulin le había respondido afirmativamente, aunque estaba claro que no le gustaba el tipo para nada. Nylander había concluido la conversación confirmando que ella y Hess podían seguir adelante investigando el caso, con la condición de que Thulin le notificaría inmediatamente si Hess la liaba, por poco que fuera. Obviamente, Nylander había añadido que ella tendría que esperar con lo de la recomendación para la NC3 hasta que las aguas se calmaran y sabía que lo entendería como señal de que la lealtad era una de las condiciones primordiales para la unidad y esa era exactamente la intención.

Nylander deja atrás la entrada principal de la comisaría para llegar hasta los buitres, que lo esperan ansiosos con la esperanza de cazar a alguien. Él mismo ha decidido enfrentarse a ellos en este lugar y no en una sala de conferencias, porque aquí delante del edificio es más fácil terminar su exposición y volver pitando al escondite. Pero en cuanto los flashes estallan en su dirección, nota cómo su cara busca la expresión adecuada y de repente entiende que ha echado de menos la atención mediática. Esto es lo que se le da bien. Tiene claro que está arriesgando el pellejo, pero también sabe que hay cosas que ganar. Durante los próximos días, será con él con quien todos querrán hablar, y con la gran cobertura que se le está dando al caso, esta podría ser la gran oportunidad que andaba buscando. Si algo sale mal, hasta puede serle de cierta utilidad tener a un tipo como Mark Hess en la manga.

*E*l llanto de las dos niñas proviene de la primera planta y se extiende por la casa, que ha sido reformada recientemente. Llega hasta la cocina, donde Erik Sejer-Lassen está sentado ante la impresionante mesa de madera tallada y todavía va vestido con el traje que llevaba puesto cuando encontraron la mano de Laura Kjær en su oficina, el día anterior. Hess, sentado a su lado, enseguida comprende que el hombre no se ha acostado. Tiene los ojos hinchados y rojos y la camisa manchada y arrugada. Hay juguetes esparcidos por todo el suelo de la casa y la cocina, que queda a sus espaldas, rebosa de ollas sucias y restos de comida. Hess observa cómo Thulin intenta que el hombre la mire a los ojos, pero es en vano.

—Por favor, vuelva a mirar la foto. ¿Está seguro de que su esposa no conocía a esta mujer? ¿Y a esta otra? Es Rosa Hartung, la ministra de Asuntos Sociales. ¿Su mujer la conocía o han hablado de ella o han coincidido con ella o...?

Sejer-Lassen niega apáticamente con la cabeza, mirando en dirección a la fotografía de Rosa Hartung que Thulin ha colocado ante él. Hess ve que Thulin esté irritada, aunque trata de esconderlo, y la entiende perfectamente. Es la segunda vez en una semana que está sentada cara a cara ante un viudo que no reacciona a sus preguntas.

—Señor Sejer-Lassen, necesitamos su ayuda. Tiene que haber algo que recuerde, algo que nos ayude a avanzar. Díganos si tenía enemigos, si tenía miedo de alguien o si...

—Pero si no sé más. No tenía ningún enemigo. Solo se dedicaba a las niñas y a la casa...

Thulin inspira profundamente y sigue con las preguntas. Hess tiene la sensación de que Sejer-Lassen dice la verdad. Intenta hacer oídos sordos al llanto de las niñas y ya hace un buen rato que se arrepiente de no haberle dicho a Nylander que este no es su caso cuando se le presentó la oportunidad antes, en comisaría. Por otro lado, tampoco es que tenga otra opción. Esta

mañana ha despertado en Odinparken después de haber dormido como mucho tres horas, con la visión de muñecos de castañas y miembros amputados en la retina. Al cabo de un rato había aparecido el encargado del complejo para echarle una bronca descomunal porque había dejado los utensilios de pintura y la máquina pulidora en el pasillo de acceso a las viviendas, pero Hess no tenía tiempo de ocuparse de eso en ese momento. Cuando iba de camino a la comisaría llamó a La Haya para tratar de disculparse por no haber estado disponible para la charla telefónica a la hora requerida por Freimann, ayer por la tarde, de la que se había olvidado por completo. La frialdad de la secretaria le había dado una pista clara de por dónde iban los tiros. Hess ni se molestó en tratar de explicar el porqué de su descuido y, en vez de eso, se lanzó a cruzar la estación central ante la multitud matutina para llegar a comisaría cuanto antes y poder ver las fotografías del cadáver de Anne Sejer-Lassen. Había decidido de antemano que no debería preocuparse si constataba que había otras marcas de corte, además de las que había en las muñecas. Si encontraba otras marcas específicas del instrumento o herramienta utilizada para la amputación de las manos, seguramente no habría razón para perseguir ese hilo de pensamiento macabro con el que había despertado esta mañana. Pero no había encontrado evidencia de que el asesino hubiera tenido la intención de amputar otras partes del cuerpo de Anne Sejer-Lassen. Hess había llamado al forense para cerciorarse y este le había confirmado que el instrumento se utilizó únicamente para llevar a cabo la amputación y que se daba el mismo caso en ambos asesinatos. Esta información había confirmado las terribles sospechas que albergaba Hess. No sabía con certeza si tendría razón con lo de que habría más víctimas, pero la sensación iba en aumento. Lo que más deseaba ahora era poner el tiempo en modo pausa y concentrarse en el caso Hartung antes de decidir qué nuevas pistas iban a seguir, pero Nylander les había cortado el camino y por ello ahora Thulin y él se encontraban en casa de los Sejer-Lassen, donde no estaban consiguiendo nada.

Llevaban dos horas peinando la majestuosa casa y la finca colindante. Primero habían podido constatar que alguien había desactivado las cámaras de vigilancia que enfocaban hacia el bosque al norte de la casa. Cualquier persona podría haber saltado los setos para acceder al interior desde el momento en que Anne Sejer-Lassen volvió de correr y desactivó la alarma. Los vecinos no habían visto ni oído nada, lo que tenía mucho sentido, ya que

las propiedades de la urbanización estaban tan alejadas unas de otras que los agentes inmobiliarios de la zona no mienten cuando hablan de la «intimidad» de la que disfrutaban los propietarios de estas mansiones, porque están francamente aisladas.

Genz y los de la científica estaban atareados peinando la zona del jardín, salón y vestíbulo. Mientras tanto, Thulin y Hess habían subido a la primera planta para inspeccionar las habitaciones, cajones y armarios, buscando cualquier cosa que pudiera decirles algo acerca de la vida de Anne Sejer-Lassen. En la primera planta había nueve estancias, si se incluye el baño con hidromasaje y el vestidor. Hess no era especialista en casas de lujo, pero la misma pantalla B&O que colgaba en la habitación parecía que podría sufragar el pago de uno o dos pisos de Odinparken, tranquilamente. Decorada con muy buen gusto, en la habitación no había ni cortinas ni persianas que taparan las impresionantes vistas, pero ahora que la lluvia caía a raudales y se encontraba de pie en medio de la estancia, no podía dejar de pensar si el asesino habría observado a Anne Sejer-Lassen llevar a cabo sus rutinas de la tarde desde la oscuridad del jardín.

En el resto de estancias del primer piso, la decoración y los materiales elegidos estaban meticulosamente pensados: el vestidor de Anne Sejer-Lassen estaba impecablemente ordenado, con filas de zapatos de tacón junto a vestidos y pantalones recién planchados, colgados en perchas de madera idénticas. Los calcetines y la ropa interior estaban colocados en anchos cajones, en perfecta simetría. La estancia del baño contigua parecía una suite de hotel de cinco estrellas con dos lavamanos, una enorme bañera de obra con baldosas de mármol italiano y una zona de spa con sauna incluida. En la habitación de las niñas, unos enormes murales con animales de la jungla de Hans Scherfig rodeaban las dos pequeñas camas, que, además, tenían vistas al cielo estrellado del techo, lleno de planetas y cohetes espaciales pintados a mano.

Pero habían buscado por todas partes y nada de la casa les explicaba qué podía haber empujado a alguien a atacar a Anne Sejer-Lassen, perseguirla hasta el bosque y amputarle las dos manos.

Así que se lanzaron a interrogar a Erik Sejer-Lassen, que les explicó que Anne y él se habían conocido en el elitista instituto Ordrup Gymnasium. En cuanto los dos terminaron sus estudios en la escuela de negocios se casaron y dieron la vuelta al mundo para asentarse en Nueva Zelanda, primero, y más

tarde en Singapur. Erik había tenido suerte con algunas inversiones en empresas de biotecnología y el mayor deseo de Anne era tener hijos y cuidar de ellos. Habían tenido dos hijas y cuando la mayor estaba a punto de empezar la escuela, decidieron volver a Dinamarca, donde al principio habían alquilado un piso en uno de los nuevos edificios de Islands Brygge hasta que pudieron instalarse en la casa de Klampenborg, ubicada muy cerca del vecindario en el que se crio Erik. Hess intuyó que Erik era el que generaba los ingresos, y aunque Anne unos años atrás se había formado como interiorista, daba la impresión de que su mayor interés habían sido las niñas, la casa y organizar encuentros con los amigos, que generalmente eran los de él. Un agente se había desplazado a Helsingør, donde vivía la madre de Anne Sejer-Lassen, y por lo que leyó en el atestado, Hess entendió que esta había crecido en una familia de origen humilde, que había perdido a su padre de muy joven y que ya desde pequeña enfocó su existencia en formar una familia. La madre contó entre lágrimas que no había podido ver a su hija ni nietas tanto como hubiera deseado y que tenía la sensación de no caerle bien a Erik Sejer-Lassen. No era que Anne ni él lo hubieran dicho abiertamente, pero que lo sospechaba, porque solamente veía a las niñas y a su hija cuando él estaba fuera, de viaje o cuando en contadas ocasiones Anne subía a saludarla y a pasar la tarde, a veces también con las niñas. La madre tenía la impresión de que la balanza de poder era desigual en la relación, pero su hija defendía a su marido y se negaba a abandonarlo, así que comprendió que no debía mencionar esos temas si quería seguir viéndola de vez en cuando. Lo cual ya no sería posible tras los sucesos de ayer por la noche.

El minuterero del reloj digital en uno de los hornos Smeg de la cocina vuelve a cambiar de número y Hess se obliga a escuchar el interrogatorio que está llevando a cabo Thulin, para tratar de abstraerse de los llantos procedentes de la primera planta.

—Pero su mujer había preparado un bolso de viaje. Estaba literalmente saliendo por la puerta y le había dicho a la *au pair* que ella misma recogería a las niñas. ¿Adónde iba?

—Ya se lo he dicho. Iba a casa de su madre, iban a pasar la noche en su casa.

—No parece el caso. Había preparado una bolsa con ropa, pasaportes y todo lo necesario para pasar por lo menos una semana fuera, así que ¿a dónde iba? ¿Por qué estaba huyendo?

—No estaba huyendo de nada.

—Pues yo creo que sí. Y lo que también sé es que nadie huye si no hay una buena razón. Así que o me cuenta por qué estaba huyendo o conseguiré una autorización judicial para revisar todo el contenido de su teléfono móvil y tráfico de red para ver si encuentro un motivo en todo ese material.

Erik Sejer-Lassen empieza a ponerse tenso.

—Mi esposa y yo estábamos bien. Pero nosotros hemos, bueno, más bien yo, he tenido problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—He tenido relaciones fuera del matrimonio. Nada importante. Pero... quizá lo ha descubierto.

—Relaciones, dice. ¿Con quién?

—Con varias personas.

—¿Qué personas? ¿Mujeres? ¿Hombres?

—Mujeres. Al azar. Solo algunas mujeres con las que me escribía a través de algún portal. Nada importante.

—¿Por qué lo hacía?

Erik Sejer-Lassen vacila unos instantes.

—No lo sé. Es solo que a veces tengo la sensación de que la vida no es lo que yo esperaba.

—¿Qué quiere decir?

Sejer-Lassen se queda con la mirada perdida. Hess podría suscribir esa última frase sin problema, pero le gustaría saber qué había esperado de la vida un tipo como Sejer-Lassen si no era exactamente lo que tiene: la mujer trofeo, familia nuclear y una jaula de oro que debe de valer unos 35 millones de coronas.

—¿Cuándo y cómo lo habría descubierto su mujer? —sigue Thulin, ahora ya sin disimular su enojo.

—Pues no lo sé, pero me ha preguntado...

—Sejer-Lassen, hemos revisado el móvil de su mujer, e-mails y redes sociales. Si hubiera descubierto eso que menciona, lo lógico sería que hubiera hablado con alguien acerca de sus deslices. O que se hubiera enfrentado a usted, directamente. O que hubiera hablado con su madre, o una amiga. Pero es que no hay ni un solo comentario acerca de eso.

—Vaya.

—Por lo tanto, descartamos que esa sea la razón por la que huía. Así que se

lo vuelvo a preguntar: ¿por qué estaba huyendo de usted su mujer? ¿Por qué hizo una bolsa y...?

—¡No lo sé! ¡Me ha pedido una razón y le he dado la única que se me ocurre, joder!

El arranque de ira de Erik Sejer-Lassen sorprende un poco a Hess. Pero también es probable que el hombre simplemente ya no dé para más. Han sido veinticuatro horas muy largas y Hess no ve razón para seguir adelante con el interrogatorio.

—Gracias. Por ahora ya está bien. Póngase en contacto con nosotros inmediatamente si recuerda algo, ¿vale?

Erik Sejer-Lassen asiente agradecido y aunque Hess ya está de espaldas, buscando su chaqueta, presiente que Thulin no está de acuerdo con que haya interrumpido la sesión. Afortunadamente, una voz se le adelanta.

—*Can I take the girls out to buy an ice cream?*

La *au pair* ha bajado con las dos niñas, que van vestidas con chaquetas de abrigo. Hess y Thulin ya han hablado con ella antes. La última vez que vio a Anne fue ayer por la mañana, luego pasó todo el mediodía en la Iglesia Filipina Independiente y por la tarde la llamó Anne diciéndole que ella misma recogería a las niñas. Se notaba que sentía mucho respeto por la familia Sejer-Lassen y también por la policía. Hess sospecha que no tiene los papeles de residencia en regla. Lleva a la niña más pequeña en brazos y le da la mano a la mayor. Las dos tienen los ojos hinchados y llenos de lágrimas, y Erik Sejer-Lassen, que se ha puesto en pie, se está acercando a ellas.

—*Yes. Good idea, Judith. Thank you.*

Erik Sejer-Lassen acaricia la cabeza de una de las niñas y le manda una sonrisa forzada a la otra, mientras los cuatro caminan hacia la cocina.

—Solo yo decido cuándo doy por finalizado un interrogatorio.

Thulin se ha acercado a Hess y se coloca ante él, de manera que no puede evitar mirarla a los grandes ojos marrones.

—Recuerda que estábamos con él ayer en el momento en que atacaban a Anne Sejer-Lassen, así que creo que podemos descartarlo como autor del crimen.

—Buscamos un denominador común entre ambos asesinatos. Una víctima había cambiado todas las cerraduras de su casa y la segunda estaba a punto de huir...

—Yo no busco un denominador común. Yo busco a un asesino.

Hess hace el amago de querer ir al salón para escuchar lo que les tiene que decir el de la científica, pero Thulin le cierra el paso.

—Hablémoslo ahora mismo. ¿Tienes algún problema? ¿Tú y yo, el hecho de trabajar juntos, coordinarnos y tal?

—No. Yo no tengo ningún problema, pero dividámonos para no estar tirando de la misma cuerda, como dos idiotas.

—¿Interrumpo algo?

La impoluta y blanca puerta corredera se ha deslizado hacia un lado y aparece Genz con su mono blanco de astronauta y un maletín en la mano.

—Estamos empaquetándolo todo. No quiero decepcionaros antes de poder confirmarlo con total seguridad, pero creo que hay tan pocos rastros como en casa de Laura Kjær. Lo que más llama la atención son unas manchas de sangre que hemos encontrado en una ranura del suelo del vestíbulo. Pero son manchas viejas, y además no se corresponden con el grupo sanguíneo de Anne Sejer-Lassen, así que descartamos que sea relevante para el caso.

En la tarima del suelo del vestíbulo detrás de Genz se ven algunas manchas azules de luminol que se iluminan bajo la luz de las lámparas ultravioletas, mientras un técnico criminalista hace fotos con una cámara.

—¿Por qué hay rastros de sangre en el suelo del vestíbulo?

Thulin lanza la pregunta a Sejer-Lassen, que ha vuelto de la cocina y ha empezado a recoger juguetes con cierto enojo.

—Si es junto a la escalera a la primera planta puede ser de Sofia, nuestra hija mayor. Se cayó allí hace unos meses. Se rompió la nariz y la clavícula y estuvo ingresada unos días.

—Sí. Tiene sentido. Por cierto, los chicos de la unidad me recuerdan que te dé las gracias por el cerdo, Hess.

Genz vuelve con el resto de astronautas y cierra la puerta corredera tras él. Hess ha tenido una idea y mira a Erik Sejer-Lassen con renovado interés, pero Thulin se le adelanta.

—¿En qué hospital estuvo ingresada Sofia?

—Rigshospitalet. Solamente un par de días.

—¿En qué departamento de Rigshospitalet?

Ahora el que pregunta es Hess. El hecho de que ambos investigadores se muestren interesados en el tema parece confundir a Sejer-Lassen, que se detiene en medio de la estancia con un triciclo en la mano.

—Pediatría, creo. Pero fue Anne quien se ocupó de todo y también era ella

la que la llevaba a las revisiones. ¿Por qué?

Ninguno de los dos le responde. Thulin camina directa a la puerta principal y Hess sabe que esta vez tampoco le dejará conducir a él.

*T*odo aquel que visita el departamento de pediatría del Rigshospitalet en Blegdamsvej se detiene invariablemente a observar la pared repleta de cientos de dibujos infantiles de colores que decoran el pasillo. Hess no es ninguna excepción. Hay tanta felicidad mezclada con dolor en un mismo sitio que no puede dejar de mirarlos, mientras Thulin va directa al mostrador para presentarse.

Al escuchar a Erik Sejer-Lassen comentar que su hija había estado ingresada en pediatría en el Rigshospitalet los dos han recordado la nota de citación colgada en el corcho de la cocina de Laura Kjær. En el coche, cuando volvían hacia el centro, Hess llamó al hospital y le confirmaron que, efectivamente, tanto el hijo de Laura Kjær como la hija mayor de Anne Sejer-Lassen habían estado ingresados allí, pero la enfermera no le había podido proporcionar más información, ni siquiera podía constatar si los niños habían estado ingresados durante el mismo período de tiempo. Por lo tanto, ahora estaban aquí, más que nada porque era el único denominador común que tenían hasta el momento y también porque el Rigshospitalet igualmente estaba de camino a la comisaría. Hasta ahora, el día no les había ofrecido ningún resultado útil y el ambiente no hizo más que empeorar cuando supieron por Nylander que Rosa Hartung y su marido tampoco habían podido proporcionar nueva información respecto al caso de Anne Sejer-Lassen.

Hess observa a Thulin, que vuelve del mostrador, pero ella evita su mirada inquisitiva y se abalanza sobre el termo de café a libre disposición de los visitantes.

—Están localizando al jefe de servicio, que por lo que hemos visto en el historial clínico es el médico que los atendió a los dos.

—¿Podremos hablar con esa persona ahora mismo?

—No lo sé. Si tienes que ocuparte de algo, por mí puedes irte.

Hess no contesta. Mira a su alrededor con impaciencia. Hay niños con dolencias por todos lados. Niños con heridas en las caras, cabestrillos en los

brazos o piernas enyesadas. Niños sin cabello, niños en sillas de ruedas y niños que se desplazan acarreado soportes para bolsas de suero conectadas a sus brazos. En medio de todo eso hay una sala de actividades con grandes vidrios y una enorme puerta azul con globos y ramas de árboles pegados en ella. Hess oye voces de niños cantando y se acerca a la puerta entreabierta. Dentro hay un par de críos mayores sentados, dibujando a un lado de la mesa, y otro grupo de chiquitines sentados sobre taburetes de colores, formando un semicírculo, en el otro extremo. Los del semicírculo cantan mirando a una pedagoga que está en cuclillas mientras sostiene un cartel con un bonito dibujo de una manzana roja.

—Hombre de manzanas, entra. Hombre de manzanas, entra. ¿Has traído manzanas hoy para mí? ¡Muchas graciaaas!

La pedagoga asiente con la cabeza al ritmo de la canción para animar a los niños a cantar y cuando han estirado suficientemente la última vocal del estribillo esconde el cartel y saca uno nuevo con el dibujo de una castaña.

—¡Y vuelta a comenzar!

—Hombre de castañas, entra. Hombre de castañas, entra. ¿Has traído castañas hoy para mí?

A Hess le sube un sudor frío por la espalda. Se aleja de la puerta y se da cuenta de que Thulin lo observa.

—¿Vosotros sois los padres de Oskar, que está en rayos X?

Una enfermera se les ha acercado. Thulin, que está bebiendo café de un vaso de plástico, se atraganta y empieza a toser.

—Pues la verdad es que no —contesta Hess—. Nosotros somos de la policía. Estamos esperando al jefe de servicio.

—Me temo que el médico está haciendo la ronda de visitas.

La enfermera es guapa. Tiene grandes y oscuros ojos brillantes y el largo cabello negro atado en una coleta. Unos treinta años, pero también un semblante serio que hace que parezca mayor.

—Pues tendrá que posponerlas. Dile por favor que tenemos prisa.

*H*ussein Majid, el jefe de servicio, les pide que se pongan cómodos en la sala del personal, entre tazas de café blancas, iPad grasientos, comprimidos edulcorantes, periódicos manchados y chaquetas de abrigo tiradas de cualquier manera sobre los respaldos de las sillas. Tiene más o menos la estatura de Hess, unos cuarenta años, aspecto pulido y va vestido con una bata blanca, sin abotonar. Lleva un estetoscopio al cuello y gafas de pasta negras. Un anillo de compromiso de oro revela que debe de estar casado, pero esa no es la impresión que se lleva Thulin cuando le da la mano, a modo de saludo. La rapidez y frialdad con la que el médico había saludado a Hess pasan a convertirse en calidez, sonrisas y cierta insistencia en mantener el contacto visual en cuanto el hombre se coloca delante de Thulin. Por un momento, a Hess le sorprende que el médico la considere atractiva porque él hasta ahora no la ha visto de esa manera. Le parece más bien una tipa de lo más irritante, pero aun en contra de su voluntad, sí que puede entender al médico y ver que hay una buena razón para que su mirada se deslice discretamente por la estrecha cintura y el trasero de Thulin cuando esta se da la vuelta para elegir una silla en la que sentarse. Hess se pregunta durante unos instantes si Hussein Majid también miró así a Laura Kjær y a Anne Sejer-Lassen cuando llegaron al hospital buscando ayuda para sus hijos.

—Lo siento, pero estoy con la ronda de visitas. Estaré encantado de hablar con ustedes si podemos hacerlo rápidamente, aunque no estoy seguro de si les seré de mucha ayuda.

—Es usted muy amable. Muchas gracias —contesta Thulin.

Majid coloca dos expedientes y un teléfono móvil sobre la mesa, ofrece café a Thulin y ella asiente coquetamente. Hess tiene la sensación de que su compañera ha olvidado por completo la razón por la que están aquí, pero reprime su enojo y acerca su silla a la mesa.

—Como hemos comentado antes con la enfermera, estamos aquí para preguntarle acerca de Magnus Kjær y Sofia Sejer-Lassen. Necesitamos saber

todo lo que sepa de ellos.

Hussein Majid lo observa de reojo y le contesta con un tono de autoridad mezclada con amabilidad que más bien parece ir dirigida a Thulin.

—Por supuesto. Es verdad que los dos estuvieron en tratamiento aquí, aunque por diferentes razones. Pero antes de seguir charlando, ¿pueden decirme la razón por la que quieren hablar de ellos?

—No.

—Ah... bueno.

El médico le envía una mirada de complicidad a Thulin, que se encoge de hombros como para disculparse por la contestación de Hess, quien enseguida retoma el interrogatorio.

—¿Qué tipo de tratamiento?

Majid coloca la mano sobre los historiales clínicos de los niños, sin hacer siquiera el amago de abrirlos.

—Magnus Kjær viene al hospital porque está recibiendo un tratamiento de larga duración. Empezó a venir hace un año, aproximadamente. Pediatría y el equipo profesional vinculado funciona como una central desde la que derivamos a los pacientes hacia los diferentes departamentos y pasan a observación. Por ello, Magnus fue derivado a neurología y los especialistas de ese departamento concluyeron que sufre un tipo de autismo leve. Y Sofia Sejer-Lassen estuvo ingresada hace un par de meses por una fractura ósea leve y encaja dentro de lo que llamamos accidente doméstico. Su estancia en el hospital no tuvo complicaciones y enseguida le dimos el alta, aunque siguió viniendo al hospital para las sesiones de recuperación, que se llevan a cabo en fisiología y rehabilitación.

—Pero los dos fueron atendidos inicialmente en pediatría —insiste Hess—. ¿Sabe si se conocían? ¿O quizá se conocían las madres?

—Obviamente no puedo saberlo, pero en principio no tiene por qué haberse producido un contacto entre ambas familias, si nos basamos en los historiales clínicos y diagnósticos de los niños.

—¿Quién los traía al hospital?

—Por lo que yo recuerdo, normalmente se ocupaban las madres, pero si lo quiere saber con certeza, debería preguntarles directamente a ellas.

—Pero ahora se lo pregunto a usted.

—Sí. Y acabo de contestarle.

Majid sonrío con amabilidad. Hess presiente que el médico es un tipo con

una inteligencia por encima de la media y que sabe que no es posible preguntarles a las madres.

—¿Cuando venían aquí se veían con usted? ¿Con quién hablaban?

Thulin hace la pregunta inocentemente y el jefe de servicio parece contento de tener la oportunidad de concentrarse en ella.

—Estoy en contacto con muchos familiares, y sí, con ellas también. Una parte muy importante de mi trabajo es transmitirles seguridad a las madres o a los padres, y para ello establecemos un marco de confianza porque intentamos que se sientan lo más cómodos posible. La buena relación entre pacientes, familiares y profesionales puede ser crucial durante el tratamiento, porque beneficia a todos. Y sobre todo al paciente, claro.

El médico sonríe a Thulin y parpadea con picardía, como si estuviera vendiéndole un viaje romántico a las Maldivas para dos. Thulin le devuelve la mirada.

—Entonces, ¿podría decirse que conocía muy bien a las madres de ambos?
—pregunta.

—¿Muy bien?

Majid mira a Thulin un poco desconcertado. El giro que está dando la conversación también sorprende a Hess, pero la inspectora no ha hecho más que empezar.

—¿Las ha visto fuera del hospital? ¿Se enamoró de ellas o solamente se acostaban?

Majid sostiene la sonrisa, pero empieza a dudar.

—Perdón... ¿Puede repetir la pregunta?

—Me ha oído perfectamente. Conteste las preguntas.

—¿Por qué me pregunta esas cosas? ¿Qué está pasando?

—Ahora mismo solo son preguntas y es muy importante que nos diga la verdad.

—Eso desde luego que puedo hacerlo, e inmediatamente. Estamos completamente saturados de trabajo, ahora mismo un diez por ciento por encima de nuestra capacidad. Eso significa que, entre otras cosas, solo tengo unos pocos minutos para cada niño cuando hago las rondas. Y por eso mismo intento concentrarme en los niños y no en las madres, ni los padres, ni en los inspectores de policía. Estoy aquí para atender a los niños.

—Pero antes ha dicho que es importante tener una relación de confianza con las madres.

—Eso no es lo que he dicho. Y no me está gustando nada lo que insinúa con sus preguntas.

—Yo no insinúo nada. Una insinuación es lo que hacía usted hace un rato, cuando me guiñaba el ojo y me hablaba del marco de confianza. Pero yo le he preguntado directamente si se acostaba con ellas.

Majid sonrío incrédulo y niega con la cabeza.

—¿Nos cuenta un poco cómo las veía? ¿Qué impresión tenías de ellas? —inquire Thulin.

—Eran madres que estaban muy preocupadas por sus hijos, como lo están todos los familiares que vienen aquí. Pero si es este el tipo de preguntas que me quieren hacer, prefiero emplear mi tiempo en otros quehaceres.

Hussein Majid hace el amago de levantarse de la mesa, pero Hess, que ha disfrutado de lo lindo del intercambio de bofetadas que acaba de presenciar, empuja un periódico manchado en dirección al jefe de servicio.

—Usted no va a ninguna parte. Estamos aquí por una razón que probablemente ya conoce. Ahora mismo es usted el único denominador común en dos casos que tenemos entre manos.

El médico observa la fotografía del bosque y los titulares que vinculan los dos asesinatos. Parece un poco conmovido.

—Es que no puedo contar nada más. Tengo más presente a la madre de Magnus Kjær, porque ha venido más veces. En neurología hablaron de diferentes diagnósticos y la madre se sentía muy frustrada porque nada ayudaba y no había mejora. De repente dejó de traer al niño y ya no sé más.

—¿Dejó de traerlo porque le tiraba la caña o...?

—¡Que no le tiraba la caña! Llamó un día y comentó que le había llegado una denuncia del ayuntamiento y que tenía que concentrarse en ese tema. Creí que volvería, pero no fue así.

—Pero Laura Kjær estaba preocupadísima por su hijo. Tiene que haber habido una razón muy importante para que de repente dejara de venir a verle.

—¡No venía a verme a mí personalmente, porque yo ni siquiera los atendía! Como le digo, habló de una denuncia.

—¿Qué denuncia?

Hess insiste con la última pregunta, pero en ese momento entra la joven enfermera de antes y mira al médico.

—Perdonad que os interrumpa, pero necesitamos la respuesta para la número nueve. Esperan a la paciente en quirófano.

—Voy. Aquí ya hemos terminado.

—¿Qué denuncia? Tenemos que saberlo.

Hussein Majid está de pie y empieza a coger sus cosas de la mesa.

—No sé nada. Solo lo que me dijo la madre. Por lo visto alguien se había puesto en contacto con el ayuntamiento para denunciarla y la acusaban de no estar ocupándose correctamente de su hijo.

—¿Qué quiere decir? ¿De qué la denunciaban, exactamente?

—No lo sé. La madre sonaba muy impactada cuando hablamos por teléfono y un trabajador social se entrevistó conmigo al cabo de poco para hablar del niño. Hablamos largo y tendido y le contesté todas sus preguntas. Le hablé del diagnóstico al que habíamos llegado y el tratamiento que proponíamos para solucionar su problema. Tengo que irme.

—¿Y está seguro de que no decidió pasar por su casa para consolarla un poquito? —intenta Thulin de nuevo, levantándose de la silla para cerrarle el paso al médico.

—Sí, ¡estoy muy seguro! ¿Puedo irme o qué?

Hess también se pone en pie.

—¿Laura Kjær dijo quién había puesto la denuncia?

—No. Por lo que entendí, era una denuncia anónima.

El jefe de servicio Hussein Majid coge los expedientes y tiene que rodear a Thulin, que le bloquea el paso. Desaparece a la vuelta de la esquina y Hess vuelve a oír el canto de los niños.

*E*l trabajador social Henning Loeb está terminando su comida. Es tarde y ya casi no queda nadie en la cantina del sótano del ayuntamiento de Copenhague. Y ahora suena su teléfono. La mañana había sido un calvario. Primero le pilló la lluvia por sorpresa cuando venía hacia el trabajo, en bicicleta, y cuando por fin llegó al cobertizo de bicis en la entrada posterior del ayuntamiento tenía la ropa y los zapatos completamente empapados. Aun así, el jefe de la Dirección General de Atención a la Infancia y Adolescencia le había pedido que le diera su apoyo en una reunión con una familia afgana y el abogado que los defendía, porque estaban en contra de la decisión del ayuntamiento de retirarles provisionalmente la custodia de una hija.

Henning Loeb conocía el caso perfectamente y él mismo había secundado la decisión, pero durante una hora y media tuvo que aguantar el tipo y escuchar cantidad de absurdos y chorradas por parte de la familia. A día de hoy, la mayoría de los casos en los que el ayuntamiento interviene y acaba retirando la custodia se da en familias de inmigrantes; en este caso, además habían necesitado que un intérprete asistiera a la reunión, lo cual obviamente alargaba los tiempos todavía más. Toda la reunión había sido una gran pérdida de tiempo, porque el caso ya estaba decidido de antemano: un padre inmigrante había actuado con violencia contra su hija de trece años porque esta mantenía una relación sentimental con un chico danés. La sociedad democrática asegura que este tipo de hombres violentos también tienen derecho a ser escuchados y a exponer su punto de vista. Los argumentos habían volado en una dirección y en otra mientras Henning permanecía muerto de frío, sentado sobre su culo empapado, observando de reojo la vida que se abría camino en el exterior, ante las ventanas del ayuntamiento.

Más tarde, Henning seguía sintiéndose pegajoso por casi todo el cuerpo por culpa de la dichosa lluvia que le había empapado, pero había tenido que

ponerse con los casos pendientes inmediatamente, y encima trabajando contra reloj, porque había empezado tarde por culpa de la dichosa reunión. Había solicitado un cambio de puesto y solo le faltaba una última entrevista para trasladarse al Departamento de Tecnología en Gestión Ambiental, ubicado en la segunda planta y donde imperaban el orden, la estructura y donde por cierto también olía mucho mejor. La entrevista es esta tarde y si consigue ponerse al día con el trabajo ya ha previsto un rato para preparársela antes de entrar. Si le va bien, por fin podrá abandonar este barco que se hunde sin remedio y no acabará ahogado entre el resto de pasajeros psicóticos pertenecientes al grupo social número cinco, según la clasificación del Instituto de Investigación Social, que con tanto ahínco se dedica al incesto y a la violencia desmesurada. Considera que él está por encima de todo eso y que a estas alturas de su vida merece trabajar con elegantes propuestas de renovación urbana y embellecimiento en zonas verdes. Además, no ve el momento de empezar a disfrutar de las privilegiadas vistas a la guapa becaria pelirroja estudiante de arquitectura que, da igual en qué época del año estén, siempre va embutida en una minifalda cortísima y una sonrisa coqueta. Está convencido de que le irá bien catar a un hombre hecho y derecho y, aunque es más que probable que Henning no sea el elegido para tener ese honor, por lo menos podrá disfrutar de las vistas y hacerse sus pajas en casa, porque eso no se lo puede impedir nadie.

Henning se arrepiente inmediatamente de haber respondido la llamada de su móvil, porque no consigue deshacerse del inspector que le mantiene al aparato. Encima habla de esa manera que no soporta. Con autoridad y exigencia, el inspector le dice que necesita la información ahora mismo. No en un rato y desde luego tampoco esta tarde. Henning desiste, deja la bandeja que tenía en las manos y vuelve corriendo al ordenador de su escritorio.

—Necesito saber qué información tiene en relación al caso de un niño que se llama Magnus Kjær.

El inspector le pasa el número de identidad del sujeto en cuestión y Henning despliega el caso en la pantalla de su ordenador mientras insiste en explicarle al policía que él es responsable de cientos de casos y que no puede recordar cada uno de ellos, por si es de su interés.

—Usted límitese a leerme lo que pone.

Henning revisa el caso y alarga un poco el tiempo para molestar al inspector. Resulta que es suyo y afortunadamente se puede resumir fácil y

rápidamente.

—Es correcto. Tengo el caso aquí. Nos llegó una denuncia, o más concretamente un e-mail anónimo en el que se explicaba que la madre del niño, Laura Kjær, no estaba capacitada para cuidar de su hijo. Pero investigamos el asunto y no encontramos datos concluyentes que apoyaran esa afirmación. No puedo decirle nada más porque...

—Quiero saberlo todo. Ahora mismo.

Henning reprime un suspiro. Eso puede tardar mucho, así que habla rápido y le pasa la versión más corta, que va tejiendo a medida que va leyendo la información del caso.

—La denuncia llegó al mail de nuestro sistema *whistleblower* (delator, para que nos entendamos) hace unos tres meses. Se mandó a la dirección de correo digital del departamento, que se utiliza específicamente para denuncias anónimas. Seguimos un protocolo diseñado desde Asuntos Sociales y todos los ayuntamientos del país tienen uno parecido. El propósito es siempre el mismo: que personas anónimas que sepan de niños o jóvenes que sufren abuso y/o maltrato puedan ponerse en contacto con nosotros de manera anónima. Esta denuncia en concreto tampoco tenía remitente. En resumen, instaba a que sacáramos al niño de la casa inmediatamente y retiráramos la custodia a la madre. El argumento era que la madre, y cito literalmente, «es una puta egoísta». También pone algo de que la madre solo piensa en abrirse de piernas y que no está viendo los problemas del niño, aunque, y vuelvo a citar literalmente, «a estas alturas ya debería haberse dado cuenta». Según el que escribe el mail, podíamos encontrar las evidencias que precisáramos en casa del niño y con ello tendríamos suficiente como para quitarle la custodia.

—¿Qué encontraron en la casa?

—Absolutamente nada. Siguiendo las indicaciones, hicimos seguimiento del caso buscando evidencias que confirmaran maltrato o abuso. Hablamos con el niño, que era sumamente introvertido, y también con la madre y el padre, que estaban en estado de *shock*. Creo recordar que él no era el padre biológico del niño. Pero no había nada que llamara la atención, y es una pena, pero las denuncias falsas son nuestro pan de cada día.

—Quiero ver el mail. ¿Me lo reenvía?

Henning ha estado esperando esa petición.

—Puedo. Pero necesito la petición firmada por un juez. Y si no hay nada más, quisiera seguir...

—¿Y no saben nada del remitente?

—No. Anónimo es eso, anónimo. Como ya le he dicho...

—¿Por qué ha dicho lo de «denuncias falsas»?

—Es que no encontramos absolutamente nada. Y mucha gente utiliza nuestro *whistleblower* para hacer denuncias falsas. Si no pregunte en aduanas o hacienda. Los políticos insisten en alentar a la gente a hacerlo, así que muchos se dedican a mandar denuncias falsas, aunque sean mentira. Nadie piensa que detrás de todo el tinglado hay un tipo como yo que tiene que quemar horas y recursos investigando la mierda que manda la gente. Pero lo dicho: si no hay nada más, quisiera seguir...

—Hay mucho más. Ahora que le tengo al teléfono, me gustaría saber si han recibido denuncias vinculadas con otros dos menores.

El inspector le da dos documentos de identidad, esta vez de dos niñas, Lina y Sofia Sejer-Lassen. Aunque la familia ahora vive en Klampenborg, Hess sabe que hasta ahora habían vivido en Islands Brygge, perteneciente al municipio de Copenhague, y le interesa saber si hay algo de esa época. Henning teclea los números. Está molesto y va mirando su reloj de reojo. Todavía tiene tiempo para prepararse para la entrevista, si es que consigue sacarse de encima a este tipo. El ordenador al fin responde a los números del carnet de identidad y Henning abre la carpeta con el caso mientras escucha al inspector repetir los números al teléfono. Está a punto de decirle que recuerda el caso, porque también es suyo, pero entonces lee algo en lo que nunca antes se había fijado. Pasa las páginas del expediente, vuelve rápidamente a revisar las de Magnus Kjær para comprobar si su sospecha es consistente y sobre todo para chequear las palabras utilizadas y el tono del e-mail anónimo. Henning Loeb se da cuenta de algo cuyo significado no comprende y eso lo pone alerta.

—No, lo siento. No tengo nada de ellas. O por lo menos aquí no veo nada.

—¿Está completamente seguro?

—La base de datos no reacciona con esos números. ¿Necesita algo más? La verdad es que tengo un poco de prisa.

Henning Loeb se siente fatal después de la conversación. Como medida de precaución manda un e-mail al servicio informático del departamento diciendo que el sistema se ha quedado bloqueado y que por ello no ha podido atender a un policía con un tema en concreto. No es que crea que vaya a ser relevante, pero nunca se sabe. Está a una sola entrevista de subir escalones y

alejarse de toda esta mierda. Volar lo más lejos que pueda. Volar tan alto como para aterrizar en el Departamento de Tecnología en Gestión Ambiental de la segunda planta. Y si encima consigue aterrizar sobre la sexy pelirroja, pues muchísimo mejor.

Oscurece en la urbanización de casas unifamiliares de Husum. Las farolas encendidas iluminan las calles, que están perfectamente adaptadas para los niños, con restricciones de velocidad y resaltes en el pavimento. Los jardines frontales están cálidamente iluminados por el haz de luz que arrojan las ventanas de las cocinas. Cocinas ajetreadas en las que seguramente se están preparando cenas y conversando acerca del día que han pasado sus usuarios, que habrán estado atareados, dando vueltas como hámsteres en la rueda del trabajo y del día a día. Thulin se apea del coche oficial que ha estacionado en Cedervænget y puede oler el aceite caliente de los *frikadeller* que escupe algún extractor vecino de la familia Kjær. La casa blanca estilo racionalista con el garaje de acero galvanizado y el número siete impreso en el buzón permanece abandonada y a oscuras. Parece solitaria y triste.

Thulin escucha los últimos comentarios de Nylander. Está enfadado y la ha tenido un buen rato al teléfono. Cuelga y corre tras Hess, bajo la lluvia, en dirección a la puerta.

—¿Tienes la llave?

Hess extiende la mano y espera que se la dé. Ya han llegado a la entrada de la vivienda, que está acordonada con la característica cinta amarilla y negra que sella la puerta principal. Thulin saca la llave del bolsillo de su chaqueta.

—¿Y dices que desde el ayuntamiento investigaron el caso tras la denuncia anónima a Laura Kjær, pero que no encontraron evidencias que confirmaran las acusaciones?

—Sí, correcto. Apártate un poco. Estás tapando la luz.

Hess ha cogido la llave de sus manos e intenta acertar en el orificio de la cerradura con la poca luz que llega de las farolas de la calle.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí?

—Ya te lo he dicho. Quiero volver a ver la casa.

—Ya hemos visto la casa. ¡Muchas veces!

Thulin ha hablado con Nylander hace un rato. Estaba frustrado por los

resultados del día, o mejor dicho por la falta de resultados obtenidos, y no entendía por qué iban camino a Cedervænget para investigar una casa que ya habían inspeccionado. Thulin tampoco lo entendía. El hecho de que Hans Henrik Hauge, según su abogada, tuviera coartada para el momento del asesinato de Anne Sejer-Lassen había sido inesperado. Y aunque le costaba, Thulin tenía que aceptar que era así. Y lo peor de todo es que ahora volvía a encontrarse ante la oscura casa donde comenzó todo una semana antes.

Hess le había relatado la conversación mantenida con el trabajador social del ayuntamiento de Copenhague, al que había localizado nada más terminar la conversación con el médico en el Rigshospitalet. Sentados en el coche que habían estacionado en el aparcamiento del hospital y con la lluvia embistiendo con fuerza contra la luna frontal, Hess le había hablado del email anónimo en el que se acusaba a Laura Kjær de ser mala madre y se exigía que sacaran al niño de la casa inmediatamente. El departamento correspondiente había investigado el caso y al no encontrar evidencia de ningún tipo, habían descartado la denuncia y la habían calificado de falsa. Thulin perdía el interés a partir de ese punto. Es verdad que resultaba sorprendente que Laura Kjær solo le hubiera hablado de la denuncia al médico del Rigshospitalet, pero por otro lado también resultaba comprensible. Laura Kjær tenía un hijo que, según los especialistas del hospital, sufría algún tipo de autismo y el comportamiento del niño, tal y como lo describían en la escuela, podía dar pie a la equivocación de pensar que la madre no se ocupaba correctamente de él. Ello podría mover a alguien a escribir al ayuntamiento. Además, Laura Kjær en principio no podía saber si el o la denunciante se encontraba en su entorno más inmediato, ya que podía ser cualquier persona de la escuela o de su trabajo y por eso tampoco resultaba extraño que no comentara el tema con nadie más. De todas maneras quedaba claro que como madre había hecho todo lo que estaba en sus manos para ayudar a su hijo, y aunque a Thulin no le caía bien Hans Henrik Hauge, tenía que admitir que todo lo averiguado hasta ahora apuntaba a que el padrastro había sido de gran apoyo. Así que, ¿por qué tenían ahora que meterse a investigar lo de la denuncia? El trabajador social además había desestimado que hubiera una denuncia parecida contra Anne Sejer-Lassen, y por lo tanto no existía un denominador común que justificara seguir tirando de ese hilo.

Aun así, Hess había insistido en volver a ver la casa de Laura Kjær y,

durante el trayecto en coche, Thulin se había arrepentido de no haberlo apartado del caso esta mañana, cuando tuvo la oportunidad en la reunión con Nylander. No hacía oídos sordos a la profecía de Hess de que el asesino no había hecho más que comenzar y que en el futuro habría más cadáveres. En realidad ella misma ya había sentido la amenaza, instintivamente, en el momento en que se encontró cara a cara con el cadáver de Anne Sejer-Lassen en el bosque. Lo que sí tenía claro es que sus metodologías eran diferentes y tampoco le emocionaba demasiado la idea de tener que chivarse a Nylander a la mínima que Hess se desviara un poco del camino y volviera a meter las narices en el caso Hartung. Y lo que más le jodía es que justamente esa era una de las condiciones establecidas por el comisario si quería que le hiciera esa recomendación para la NC3.

—Buscamos al autor de dos asesinatos y tú mismo dices que crees que habrá más. Así pues, no entiendo por qué quieres volver a visitar una casa que ya ha sido investigada.

—No hace falta que vengas conmigo. De hecho, sería de gran ayuda si pudieras preguntar a los vecinos si saben algo de lo de la denuncia o si alguien sospecha quién puede haberla hecho. Así iremos un poco más rápidos, ¿no?

—¿Y por qué íbamos a querer preguntarles?

Hess abre la puerta y rompe la cinta. Entra y se vuelve para cerrarla tras él. La lluvia cae con más fuerza todavía y obliga a Thulin a correr en dirección a la primera casa.

*E*l silencio es lo primero que Hess registra al cerrar la puerta principal de la casa tras él. Sus ojos se adaptan poco a poco a la oscuridad. En vano, trata de encender la luz pulsando tres interruptores diferentes, hasta que se da cuenta de que la compañía eléctrica debe de haber dado de baja el suministro. La casa está a nombre de Laura Kjær y los suministros, bancos y resto de entidades que conforman el sistema han sido notificados de su fallecimiento y, en consecuencia, han comenzado las actuaciones pertinentes por el cese de la vida de un ser humano. Para empezar, ya han cortado el suministro eléctrico.

Hess saca su linterna y se abre camino por la casa gracias al haz de luz. Todavía recuerda cada palabra de la conversación telefónica mantenida con el trabajador social. La verdad es que no sabe qué está buscando ni qué significado tiene la denuncia. Ni siquiera tiene claro que haya ningún significado. Lo único que sabe es que tiene que ver la casa otra vez. La conversación con el médico del Rigshospitalet había ido bien, en principio. Al cabo de poco rato de estar ante él, Hess había tenido la certeza de que estaban en el lugar correcto y ante la persona correcta. Ambas víctimas habían estado en contacto con el jefe de servicio y Hess tenía claro que los niños eran el denominador común. Hasta que había mencionado lo de la denuncia.

Obviamente volver a la casa era dar palos de ciego. Ante todo porque la propiedad ya había sido examinada en profundidad por varios equipos de la policía científica e investigadores. Y luego porque la denuncia se había puesto tres meses atrás, así que si hubiera habido algo que encontrar como una pista, rastro, evidencia o lo que fuera, a estas alturas seguramente ya habría desaparecido. El caso es que alguien había denunciado a Laura Kjær. Alguien se había interesado por ella y había escrito un e-mail que destilaba odio profundo y en el que se exigía que le retiraran la custodia inmediatamente. Hess no puede dejar de pensar que la casa puede ofrecerles

algún tipo de pista.

Sigue habiendo rastros del trabajo de la policía científica y se percata de ello cuando cruza el pasillo. Hay restos de polvo blanco revelador de huellas sobre pomos y marcos de puertas y también siguen allí las notas numeradas sobre algunas cosas. Hess entra en una y otra estancia hasta llegar a la pequeña habitación de invitados, que seguramente ha servido de despacho pero que ahora se ve francamente desprovista de sentido, ya que la policía científica se ha llevado el ordenador de sobremesa, que sigue bajo su custodia. Abre cajones y armarios, lee algunas notas y papeles sin importancia y procede a examinar el cuarto de baño. Tampoco encuentra nada de interés. La lluvia embiste contra el tejado y suena como un tambor. Hess vuelve a la entrada y continúa hasta la habitación principal, donde la cama está deshecha y la lámpara sigue tirada sobre la alfombra. Ha llegado al cajón donde Laura Kjær guardaba la ropa interior cuando oye que se abre la puerta principal y aparece Thulin.

—Los vecinos no saben nada. Tampoco sabían lo de la denuncia. E insisten en que ambos, el padrastro y la madre, cuidaban bien al niño. —Hess abre otro armario y sigue inspeccionando—. Yo me vuelvo. Hay que comprobar la coartada del jefe de servicio y también los líos de faldas que ha comentado Sejer-Lassen. Recuerda llevarte las llaves cuando termines.

—De acuerdo. Nos vemos.

Thulin cierra la puerta de Cedervænget 7 con demasiada fuerza. Corre bajo la lluvia y tiene que dar un salto hacia atrás para no chocar contra un ciclista, antes de llegar al coche y sentarse dentro. Su ropa está empapada a causa de la ronda de visitas a los vecinos, pero se contenta pensando que Hess tendrá que hacer todo el camino hasta la estación de tren a pie cuando por fin decida volver al centro. No han conseguido absolutamente nada en todo el día. Siguen sin la menor pista que seguir y es como si la lluvia cayera a raudales con el único propósito de llevarse por delante cualquier evidencia, mientras ellos dan vueltas en círculo sin éxito.

Thulin gira la llave de contacto, mete la marcha y se desplaza velozmente por la calle. Todavía le queda revisar todas las entradas con los resultados obtenidos durante el día de hoy por parte del resto del equipo, aunque lo que más le apetece es encerrarse en su despacho en comisaría para releer todos los atestados del caso. Empezar de nuevo, revisarlo todo y encontrar una conexión. Quizá llamar a Hans Henrik Hauge y a Erik Sejer-Lassen para saber si saben algo de Hussein Majid, que parece ser el único que conocía a ambas víctimas. Thulin gira para dejar atrás Cedervænget y llegar a la carretera principal, cuando algo le llama la atención por el espejo retrovisor y la obliga a pisar el freno.

Por el espejo tan solo llega a ver una parte del coche que está estacionado a unos cincuenta metros detrás de ella. Está aparcado bajo los grandes abetos, al final de una calle que no tiene salida y que sale de Cedervænget. Queda medio escondido por los árboles y arbustos altos que protegen la zona del parque infantil. Thulin da marcha atrás hasta que se encuentra a la altura del vehículo. Es un coche familiar de color negro. No observa nada especial, tampoco en el interior. Pero la lluvia cae sobre el capó y el sutil vapor que asciende del metal le dice que alguien lo ha aparcado hace unos pocos minutos. Mira a su alrededor. Si alguien tiene un recado que hacer en una calle de casas unifamiliares, lo normal es aparcar delante de la casa a la que

uno va, pero este coche lo han dejado apartado en un pequeño hueco al final de la calle. Durante unos instantes piensa en comprobar la matrícula por la emisora. Pero entonces suena su móvil y ve el nombre de Le en la pantalla. De repente se da cuenta de que ha olvidado por completo que tenía que recogerla en casa del abuelo. Contesta la llamada y se aleja a toda prisa.

*L*a habitación de Magnus Kjær está decorada de manera sencilla en comparación con la habitación de las niñas en casa de los Sejer-Lassen, pero incluso bajo el débil haz de luz de la linterna de Hess puede ver que es muy acogedora. Alfombra de pelo largo, cortinas verdes y una lámpara de papel de arroz que cuelga del techo. Hay pósteres del Pato Donald y Mickey Mouse colgados de la pared y sobre las estanterías hay montones de pequeñas figuras de plástico que parecen sacadas de un cuento de hadas en el que el bien sin duda lucha contra el mal. Sobre el escritorio hay un bote con lápices y rotuladores de colores. Por los títulos de la pequeña librería al lado del escritorio puede ver que a Magnus Kjær también le interesa el ajedrez. Hess saca un par de libros de la estantería y los observa sin saber bien por qué. En la habitación se siente seguro, le parece la mejor de toda la casa.

Hess observa la cama. Siguiendo una vieja costumbre, se pone a cuatro patas e ilumina debajo, aunque sabe de sobra que el equipo de la científica habrá inspeccionado el lugar con esmero. Un objeto ha quedado atascado entre una pata de la cama y la pared. Tras mucho esfuerzo, al final consigue alcanzarlo, pero se da cuenta de que solo es un manual gastado de *League of Legends*. El librito despierta la mala conciencia en Hess, que no ha vuelto al hospital para visitar al niño, como le había prometido.

Hess deja el manual y empieza a arrepentirse de no haberse marchado con Thulin. La información en relación al denunciante anónimo había parecido el detalle que buscaban, algo que de alguna manera arrojaría luz sobre el caso, pero ahora se siente como un idiota, sobre todo porque en breves instantes tendrá que salir a caminar bajo la lluvia para llegar hasta la estación de tren o por lo menos hasta que consiga un taxi. El cansancio aprieta y durante unos instantes sopesa la posibilidad de echarse una cabezadita aquí mismo, sobre la cama del niño, en esta habitación en la que se está tan bien, o de dirigirse directamente a comisaría y meterle una trola a Nylander, diciéndole que tiene que estar en La Haya esta misma noche sin falta. Claro que también puede

limitarse a decir la verdad. Que el caso le va grande. Que Kristine Hartung, las huellas dactilares y el resto de toda esa mierda no tiene nada que ver con él. Que sus descabelladas ideas se deben a la falta de sueño, que es la única culpable de que se pusiera a lanzar teorías terroríficas acerca de amputaciones y muñecos de castañas. Con un poco de suerte puede llegar a coger el último avión, el de las 20.45, y postrarse de rodillas ante Freimann a la mañana siguiente y pedir clemencia. Ahora mismo, ese pensamiento le parece el más tentador.

Hess mira por la ventana en dirección al jardín y el parque infantil donde encontraron el cadáver de Laura Kjær y entonces los ve. Medio escondidos detrás de la cortina verde, al lado de la ventana, cuelga un fajo de papeles con dibujos infantiles. El montón está grapado y clavado a la pared con unas chinchetas. El primer folio muestra una casa que Magnus Kjær debe de haber dibujado unos años atrás. Hess ilumina el papel con la linterna. Los trazos son primarios. Con nueve o diez trazos simula una casa con entrada principal y un sol omnipresente. Una corazonada le obliga a pasar a la próxima página, pero resulta que este otro dibujo también representa una casa, esta vez pintada de color blanco, más detallada y con características más concretas. Hess se da cuenta de que los dibujos muestran la misma casa racionalista de Cedervænget en la que se encuentra ahora mismo. El tercer dibujo es lo mismo: la casa blanca, el sol y ahora también un garaje. El cuarto y quinto dibujos son iguales, y por cada dibujo se nota que Magnus ha ido creciendo y que cada vez dibuja mejor. Por alguna razón, Hess se siente orgulloso del niño y sonrío para sí. Hasta que llega al último dibujo. Los elementos son los mismos: casa, sol y garaje. Pero algo pasa con el garaje. Es desproporcionadamente grande y ocupa más que la propia casa, hasta sobrepasar el tejado. Las paredes son gruesas y negras y destroza por completo la simetría de las demás.

Hess cierra la puerta de la terraza tras él. El aire es frío y puede ver el vapor de su aliento bajo la lluvia. Ilumina las baldosas del exterior que llevan a la parte trasera de la casa. Rodea la esquina de la casa y se topa con la puerta de entrada al garaje. El olor a *frikadeller* permanece en el aire y no desaparece hasta que abre la puerta. Está a punto de entrar para resguardarse de la lluvia cuando se da cuenta de que la puerta estaba sellada con cinta de la policía pero que al abrirla no ha oído el sonido de rotura. Hess decide que no importa y cierra tras de sí.

El garaje es espacioso y de techo alto. Mide aproximadamente unos seis metros de longitud y cuatro de anchura. Está construido con materiales nuevos, vigas de acero y paneles de estaño, a modo de paredes. Hess recuerda haber visto este tipo de garajes en los catálogos de ventas en algunas plataformas de construcción. Es suficientemente grande como para albergar un coche, incluso más. Hay un montón de contenedores transparentes de plástico amontonados, ocupando casi todo el espacio sobre el suelo de hormigón. Algunas cajas tienen ruedas, otras están apiladas unas sobre otras, formando torres hasta el techo, y Hess piensa en sus propias pertenencias, que siguen metidas de cualquier manera en cajas de cartón y bolsas de plástico, amontonadas en un trastero de alquiler en Amager, desde hace casi cinco años. Oye cómo la lluvia tamborilea sobre el tejado y se mueve entre las torres de contenedores para adentrarse todavía más en el garaje, pero por lo que puede ver gracias al haz de luz de su linterna no hay nada insólito en ellos. Tan solo ropa, mantas, juguetes viejos, utensilios de cocina, platos y boles, todo en un orden impoluto. A lo largo de una de las paredes laterales hay una hilera de herramientas que cuelgan pulcramente de ganchos metálicos, interrumpida por una gran estantería de acero que almacena botes de pintura, máquinas como sierras automáticas, pulidoras, taladros y diversos utensilios de jardín. Pero por lo demás, nada. Tan solo un garaje normal y corriente. El dibujo de Magnus le había llamado la atención, pero ahora que

está aquí viendo el espacio en persona le viene a la mente que Magnus Kjær, según los médicos, es un niño disfuncional y que por tanto tiene muchas batallas con las que lidiar.

Hess da la vuelta con enojo para volver sobre sus pasos y camina hacia el exterior. De repente nota que ha pisado una superficie nudosa que está un poco más elevada que el suelo de hormigón. No es mucho, quizás unos pocos milímetros. Ilumina el suelo y descubre que ha pisado una estera de goma extendida sobre el suelo. La estera mide aproximadamente un metro de largo por medio de ancho. Está emplazada delante de la estantería de acero, como si estuviera tendida allí con el único propósito de proporcionar una superficie de trabajo más cómoda. Otra persona no le habría dado más vueltas al tema si es que no estuviera buscando una aguja en un pajar, que es exactamente lo que hace Hess. Pisa fuera de la estera y una corazonada le obliga a ponerse en cuclillas para retirarla a un lado. Pero no se mueve. Solo consigue meter las puntas de los dedos dos o tres centímetros por debajo y cuando palpa el suelo de hormigón nota una estrecha hendidura a lo largo del borde de la estera. Coge un destornillador de la estantería de acero. Sostiene la linterna con la boca, apretándola entre los dientes. Mete el destornillador bajo la estera, la dirige dentro de la ranura y la fuerza. El suelo de hormigón con la estera de goma se eleva un poquito y Hess mete los dedos debajo, tirando hasta que consigue abrir una trampilla.

Hess mira incrédulo el agujero del suelo y la trampilla. En la parte interna hay un agarre con el que se puede cerrar desde abajo. Hess se saca la linterna de la boca y dirige el haz hacia el agujero. Ilumina un par de metros hacia abajo, pero lo único que consigue ver es el contorno del suelo al final de una escalera de gato montada en una pared del agujero. Se sienta sobre el suelo de hormigón, vuelve a meterse la linterna en la boca y coloca un pie sobre el primer peldaño de la escalera para empezar a bajar. No tiene ni idea de lo que encontrará, pero la sensación de inquietud aumenta a cada peldaño que baja. El olor de repente cambia. Ahora huele a una mezcla de material de construcción y algo perfumado. Cuando nota el suelo firme bajo los pies, suelta su agarre e ilumina la estancia.

No es enorme, pero sí que es más grande de lo que esperaba. Aproximadamente cuatro metros por tres, y casi toca el techo con la cabeza, cuando está de pie. Hay tomas de electricidad a lo largo de las paredes de hormigón, que están pintadas de blanco, y el suelo es un laminado en blanco

y negro, que imita un tablero de ajedrez. La estancia está recogida y limpia. A primera vista no ve nada que sea aterrador, aparte del ineludible hecho de que este espacio exista. Alguien ha medido y cavado el agujero. Alguien ha comprado los materiales y luego lo ha montado e instalado todo. Además se ha molestado en dotarlo de una trampilla pesada e insonorizada. Aunque Hess ha dejado la trampilla abierta, el sonido de la lluvia y la realidad exterior parecen muy lejanos. Se da cuenta de que algo en él había temido encontrar partes de Kristine Hartung aquí abajo, pero para su alivio, observa que la estancia está casi vacía. Una elegante mesa de centro blanca luce en medio de la habitación y sobre ella, hay una lámpara rara con tres patas, de color negro. También hay un armario ropero blanco en una de las paredes, con una toalla colgando de uno de los pomos. Hay una manta rojiza colgada en la esquina del habitáculo, por encima de una cama con un colchón cubierto con una sábana blanca. La linterna empieza a fallar y Hess la sacude para que vuelva el destello. Camina hasta el colchón y allí es donde se da cuenta de los focos, que todos están dirigidos hacia la cama. Pero es una caja de cartón lo que le llama más la atención. Por alguna razón hay una caja de cartón tirada en medio del suelo. Hess se agacha y la ilumina. Las cosas que hay dentro están metidas de cualquier manera, como si alguien las hubiera puesto allí a toda prisa. Cremas hidratantes y velas aromáticas. Un termo, una taza sucia y un candado. Cables y equipo de conexión wi-fi. También hay un portátil MacBook Air que todavía está acoplado a un cable que cruza el suelo laminado y llega hasta la lámpara sobre la mesa de centro. En ese momento se da cuenta de que no es una lámpara. Es un trípode que sostiene una cámara y el objetivo apunta hacia la cama, igual que los focos.

Hess nota cómo le invade la náusea y quiere ponerse de pie. Quiere salir del agujero, notar el fresco y la lluvia. Pero su mirada se queda fija porque acaba de registrar unas sutiles huellas de agua sobre el suelo laminado, al otro lado de la mesa baja. Podría haber dejado esas marcas de agua él mismo, pero no. Antes de concluir su hilo de pensamiento sale algo disparado del armario ropero que está a sus espaldas. Alguien le atiza un golpe en la nuca y empieza a golpearle por detrás. Se le escapa la linterna de las manos, ve el haz de luz desplazándose por el techo como si fuera un caleidoscopio, y nota cómo le muelen la cabeza a golpes y se le llena la boca de sangre.

*H*ess cae sobre la mesa de centro pero logra darse la vuelta. Todavía está mareado pero alcanza a dar una patada en la oscuridad y consigue tocar al asaltante con un pie. Luego cae sobre la cama y se golpea la cabeza contra el cabecero. Su mandíbula estalla de dolor. Suena un pitido en un oído y se tumba sobre el colchón para encontrar el equilibrio y coger impulso. El sonido de alguien que remueve el contenido de la caja de cartón y corre hacia la escalera le advierte de que debe ponerse en marcha, ya. Consigue levantarse pero no puede ver absolutamente nada. Se mueve aturdido en la oscuridad, con las manos ante sí, tratando de recordar dónde está la escalera de gato. El encontronazo con la pared de hormigón arranca la piel de sus nudillos, pero entonces nota que el agresor le roza la mano izquierda. Por los rápidos movimientos en el aire nota la silueta del agresor y de repente sus manos y pies recuerdan el camino de subida por la escalera. Cuando llega al penúltimo peldaño estira la mano al aire y llega a alcanzar un tobillo. Su agresor cae encima de una torre de contenedores de plástico y empieza a patear para deshacerse de su agarre. Pero Hess no lo suelta. Se estira para arrastrarse más hacia arriba y en la oscuridad puede intuir el MacBook tirado sobre el suelo de hormigón. Hasta que un talón le da dos golpes en la cara. Nota el peso del agresor que, con sorprendente rapidez, lo inmoviliza apretando su rodilla contra la nuca de Hess, hasta aplastarle la cara contra el duro suelo. Hess intenta mover el torso, que ya había conseguido sacar del agujero, y ahora le cuesta respirar. Sus pies están colgando como si estuviera en una horca e intuye que el agresor está palpando el suelo y que en breve encontrará el destornillador que tan tontamente ha dejado tirado sobre el suelo al llegar. Hess nota que está a punto de desmayarse. Sus ojos se cierran, pero de repente oye una voz. Alguien lo llama. Es la voz de Thulin. Está llamándole, puede que desde la calle o la casa, pero aunque lo intenta con todas sus fuerzas, no puede gritar. Está tirado sobre un suelo de hormigón frío en el jodido Husum, con cien kilos aplastándole la tráquea y el peso no se

desplaza ni un milímetro. Aletea frenéticamente los brazos y de repente nota algo en su mano derecha. Algo frío, como de acero, pero que no consigue soltar, aunque si pudiera podría utilizarlo como un arma. En vez de eso decide tensar todo lo que puede y el acero cede. Suena un estruendo ensordecedor cuando la estantería con los botes de pintura se tambalea y finalmente cae sobre ellos.

*T*hulin observa el oscuro jardín desde la puerta de la terraza. Sigue lloviendo y ha llamado a Hess varias veces, sin obtener respuesta. Primero desde dentro de la casa y ahora en el exterior. Se siente como una idiota allí gritándole y él sin contestar. Ha vuelto enseguida, al darse cuenta de quién podía ser el propietario de ese coche familiar negro. Y ahora simplemente está cabreada, Hess ni siquiera se ha molestado en cerrar bien la casa al marcharse.

Thulin está a punto de cerrar la puerta de la terraza cuando oye el estruendo en el garaje. Sale a la terraza y vuelve a llamarlo. Durante unos segundos cree que oye a Hess removerse por el suelo y entonces ve una silueta oscura salir corriendo del lado más alejado del garaje y escabullirse a través de la lluvia, en dirección al jardín posterior. Thulin empuña su arma reglamentaria en menos de tres segundos. La silueta cruza los arbustos y llega al parque infantil y aunque ella corre todo lo que puede, lo ha perdido de vista cuando llega a la caseta de juegos. Mira a su alrededor, ya está empapada y sin aliento, y el sonido de un tren acercándose hace que se gire en dirección a las vías. La silueta ha saltado por la pendiente y ahora corre por las vías. Thulin lo sigue pero el tren de cercanías se acerca a ella, por detrás.

Haciendo sonar la bocina insistentemente, el tren pasa a su lado a gran velocidad y Thulin cae sobre el césped. La silueta, que sigue corriendo delante de ella, mira rápidamente a sus espaldas y justo antes de que le alcance el tren, gira noventa grados a la izquierda y cruza las vías. Thulin se levanta y vuelve sobre sus pasos. Corre en dirección contraria al tren para poder cruzar las vías cuando pase el último vagón y así continuar la persecución. Pero la hilera de vagones del tren es interminable y al final tiene que desistir. Entre vagón y vagón puede ver la cara salvaje de Hans Henrik Hauge mirando hacia atrás, antes de desaparecer entre los árboles.

*L*os coches patrulla con sus luces estroboscópicas encendidas han acordonado el pequeño callejón y los primeros periodistas empiezan a aparecer. Algunos han traído a sus fotógrafos o vehículos de prensa y esperan emitir en directo durante el próximo telediario, aunque solo podrán transmitir lo que observan desde las barreras, porque ningún policía les dirá nada más. Un grupo de vecinos se ha congregado por segunda vez en una semana para ver qué está pasando en el número 7, o sea, la casa racionalista. Están conmocionados porque los residentes de esta urbanización habitualmente solo se reúnen para charlar de futuras celebraciones callejeras o la recogida selectiva de basura. Tardarán muchos años en olvidar los sucesos ocurridos durante esta semana.

Thulin ha salido a la calle para llamar y desearle buenas noches a Le, que está encantada de volver a dormir en casa del abuelo. Pero a Thulin le cuesta concentrarse en la conversación. Su hija habla entusiasmada de una nueva aplicación que ha salido y le cuenta que mañana ha quedado para jugar con Ramazan. Mientras, Thulin recorre mentalmente los sucesos de la noche. Cuando circulaba por la carretera de circunvalación había caído en la cuenta de que el coche podía ser el Mazda 6 de Hans Henrik Hauge, y por eso había dado la vuelta. Pero Hauge se le había escapado y después de la persecución había encontrado a Hess magullado en el garaje, tirado sobre el suelo de hormigón. A pesar de todo, enseguida se había recuperado para concentrarse en el MacBook que Hauge por lo visto había intentado llevarse. Thulin ya había llamado a los de la científica, informado a Nylander y lanzado una orden de búsqueda contra Hans Henrik Hauge, que hasta ahora no había dado ningún resultado. La propiedad vuelve a estar infestada de policías científicos vestidos de blanco, esta vez concentrados dentro y delante del garaje. Llevan sus propios generadores eléctricos y están colocando los potentes focos de luz blanca. También han levantado una carpa de lona blanca delante de la casa y han sacado la mayoría de los contenedores de plástico para despejar el acceso

al cubículo inferior. Thulin se despide de su hija y camina hacia el garaje. Genz justo sale del agujero con su cámara. Se le ve cansado cuando se quita la mascarilla y le pasa el parte.

—Los materiales utilizados para construir el cubículo nos llevan a pensar que se hizo paralelamente a la construcción del garaje. No es demasiado grande y con una miniexcavadora lo habrá podido hacer él mismo. Igualmente habrá tenido que alquilar una para cavar los cimientos. En un par de días lo puede haber tenido listo, si es que ha trabajado sin interrupciones. Obviamente, el cubículo queda completamente insonorizado cuando la trampilla está bajada, que es lo que suponemos que habrá buscado Hauge.

Thulin escucha en silencio y Genz continúa. En el cubículo han encontrado algunos juguetes de Magnus Kjær junto con cremas, botellas de refrescos, velas perfumadas y otras cosas por el estilo. Hay instalación de electricidad y conexión wi-fi. Hasta ahora no han encontrado otras huellas dactilares que las del niño y de Hans Henrik Hauge. A Thulin todo le parece inconcebible. Hasta este momento solo había leído acerca de este tipo de cosas o visto reportajes en la televisión que trataban algunos casos. Josef Fritzl, Marc Dutroux o como quiera que se llamen esos psicópatas. A Thulin hasta ahora le había parecido irreal, pero en este momento se da cuenta de que existe y de que es real.

—¿Por qué hay conexión wi-fi?

—Todavía no lo sabemos. Parece que Hauge vino para llevarse algunas cosas, aunque no sabemos qué. Pero en una caja de cartón hemos encontrado una libreta con algunos códigos apuntados. Parecen códigos que ha utilizado para meterse en un sistema *peer-to-peer* anónimo. Seguramente para retransmitir en directo.

—¿Retransmitir qué?

—Hess y los informáticos están tratando de acceder al Mac, pero tenemos problemas para desbloquear el código de acceso, así que llevaremos el portátil a la unidad de la científica para romper la contraseña.

Thulin coge unos guantes de usar y tirar de las manos de Genz y empieza a andar para entrar en el garaje, pero Genz coloca una mano sobre su hombro.

—Deberías dejar que se ocupen los informáticos. Te llamarán enseguida con lo que hayan sacado.

Thulin observa los oscuros ojos de Genz y sabe que está tratando de ser amable. Quiere evitarle el disgusto, pero Thulin sigue decidida a adentrarse

en el agujero.

Thulin ha bajado la escalera aferrada a los peldaños. Se suelta del último, coloca ambos pies sobre el suelo y observa el espacio subterráneo que ahora está iluminado con dos potentes focos colocados uno en cada extremo. Dos técnicos vestidos de blanco explican algo a Hess en voz baja. Hablan del MacBook y del equipo wi-fi colocado sobre la mesa de centro.

—¿Habéis intentado iniciarlo en modo *recovery*?

Hess se gira hacia Thulin y la observa durante unos segundos. Tiene un ojo morado y los nudillos de la mano vendados con gasa. Con la otra mano sujeta una bola de papel de cocina ensangrentada contra la nuca.

—Sí. Pero dicen que Hauge ha activado el *FileVault*, y que por eso no pueden abrirlo desde aquí.

—Aparta. Yo me encargo.

—Dicen que es mejor que...

—Si cometéis aunque sea un ínfimo error, podéis acabar borrando parte del material que ha subido.

Hess la mira, se aleja del MacBook y asiente con la cabeza en dirección a los dos técnicos de la científica para hacerles entender que hagan lo mismo.

Thulin lo consigue rápidamente. Conoce todos los sistemas operativos que hay en el mercado. Pulsa el teclado con los guantes de plástico y en menos de dos minutos rompe la clave de acceso de Hauge. El ordenador se abre y en el escritorio aparece un dibujo con diferentes personajes de Disney: Goofy, el Pato Donald y Mickey Mouse. A la izquierda hay unas doce o trece carpetas, cada una con el nombre de un mes.

—Abre la carpeta más reciente.

Thulin ya ha clicado sobre la carpeta en la que pone «Septiembre». Aparecen cinco iconos con el símbolo de botón de Play. Thulin elige uno al azar, clica dos veces y observa la imagen que se ha abierto. Al cabo de treinta segundos entiende que tenía que haberle hecho caso a Genz. Le cuesta contener las ganas de vomitar.

*L*as noticias de la radio del coche solo ofrecen algunas conjeturas hipotéticas y repeticiones de lo que ya han emitido antes. Obviamente también se habla bastante de la orden de búsqueda y captura contra Hans Henrik Hauge. La canción pop que sigue a la noticia es un homenaje festivo al sexo anal y Thulin decide apagar la radio. No le apetece hablar y le parece perfecto que Hess esté enfrascado en su teléfono móvil. Desde Husum se habían desplazado directamente al hospital de Glostrup, donde Magnus Kjær seguía ingresado. En la sala del personal le habían explicado la situación a una doctora y a Thulin le había consolado ver que la mujer estaba sinceramente consternada. Confirmó que haría todo lo que estuviera en sus manos y que se ocuparía personalmente del bienestar del niño. Thulin le había informado de que Hans Henrik Hauge no debía acercarse a Magnus Kjær bajo ninguna circunstancia si de repente se le ocurría aparecer por el hospital. Lo cual era harto improbable, ya que el hombre estaba huyendo y pesaba una orden de búsqueda sobre su cabeza. Afortunadamente, la doctora les había comentado que el niño se encontraba bien, a pesar de las circunstancias. Aun así, Thulin y Hess habían pasado por su habitación a la salida. El niño dormía tranquilamente en su cama y lo habían observado a través de la ventanilla de la puerta.

Este niño ha soportado abusos y vejaciones continuados durante los últimos catorce o quince meses y, mientras, un equipo de médicos especialistas han concluido que los problemas del niño se debían a algún tipo de autismo. Por lo que veía Thulin, este chaval había sido como los demás niños hasta que perdió a su padre y la madre se juntó con Hauge. Seguramente este la había elegido concretamente a ella en la página de citas porque en su perfil explicaba que tenía un hijo pequeño. Lo que para otros hombres la habría convertido en un producto de segunda, para Hauge era la razón por la que la eligió. Por su histórico de búsqueda, Thulin sabía que Hauge principalmente había mandado solicitudes a mujeres solas con hijos a su cargo, pero no le

había dado demasiada importancia a ese detalle hasta ahora, porque razonó que Hauge sencillamente buscaba una pareja de su misma edad.

Por la secuencia que Thulin había podido ver en el MacBook de Hauge, quedaba claro cómo presionaba al niño para que se mantuviera callado. Sentado sobre el colchón, en el cubículo subterráneo y con esa surrealista tela roja colgada al fondo, Hauge le había insistido con tono didáctico a Magnus que si quería ver contenta a su mamá, tendría que portarse bien, porque si no la madre se pondría muy triste, como cuando había muerto el padre. Y con el mismo tono de voz ligero y condescendiente, le había dicho que seguramente estaría de acuerdo en que era mejor que el padrastro no tuviera que hacerle daño a la madre del niño.

Magnus no se había resistido durante la violación, que Thulin había sido incapaz de ver. Pero había ocurrido, y sabía por la entrada de Hauge a la I2P que habría compartido o retransmitido la sesión en la red. Obviamente habría editado las conversaciones iniciales y cortado las imágenes en las que se le viera la cara a Hauge. Y no había sido cosa de una vez. En absoluto.

Laura Kjær no había sabido nada de los abusos, pero la denuncia anónima enviada al ayuntamiento la habría puesto en alerta. Los trabajadores sociales habían desestimado la denuncia en la que se la acusaba de ser mala madre, pero algo debía de haberle hecho pensar, o hacerle sentir que no podía estar del todo segura. Es probable que sospechara algo, porque cuando llegó la denuncia ya había empezado a anular todos los compromisos que tuviera a menos que el niño fuera con ella o estuviera en la escuela. También es probable que tuviera miedo de Hauge, porque cambió las cerraduras de la casa el mismo día en que él se marchó al congreso. Y todo en vano. Laura Kjær había sido asesinada y abandonada al lado de un muñeco de castañas burlón y Thulin tenía la sensación de no haberse acercado ni un milímetro al asesino en las últimas horas.

—Gracias. Adiós. —Hess interrumpe la llamada—. Parece que hasta mañana no podremos hablar con el trabajador social que llevó el caso ni con nadie del ayuntamiento.

—¿Crees que tenemos que localizar al denunciante anónimo?

—Sí. Creo que vale la pena comprobarlo.

—¿Por qué no puede haber cometido los asesinatos Hauge?

Thulin conoce la respuesta, pero no puede dejar de hacer la pregunta y Hess se toma su tiempo antes de contestar.

—Varias cosas apuntan a que la misma persona ha cometido los dos asesinatos. Puede decirse que Hauge tendría un motivo para asesinar a Laura Kjær, pero ninguno para acabar con la vida de Anne Sejer-Lassen. Además, tiene una coartada confirmada para la hora de la muerte de esta. Aparte de eso, el material que hemos visto en el ordenador del zulo prueba que Hauge es pedófilo. Siente placer sexual violando a críos, pero no necesariamente golpeando, amputando y asesinando a mujeres. —Thulin no contesta. Toda su ira está dirigida contra Hauge y ahora mismo desearía concentrar todas sus fuerzas en encontrarlo a él antes que al asesino—. ¿Estás bien?

Nota que Hess la observa con mirada escrutadora, pero no tiene ganas de hablar de Hauge ni de las imágenes en su MacBook.

—Eso debería preguntártelo yo a ti.

Hess la mira un poco desconcertado y, aunque Thulin sigue mirando la carretera, señala con el dedo en dirección a un hilillo de sangre que sale de su oreja y se desliza por el cuello. Hess se seca con la bola de papel de cocina y Thulin gira el coche en dirección a su casa. De repente cae en la cuenta de algo.

—Pero ¿cómo podía el denunciante saber que Magnus Kjær estaba sufriendo abusos, cuando nadie más lo sabía?

—No lo sé.

—Y si el denunciante sabía que la madre no tenía ni idea... ¿por qué matar a la madre y no a Hauge?

—Tampoco lo sé. Pero ahora que lo expones de esa manera... quizá porque a los ojos del denunciante debería haberse dado cuenta. Y quizá también porque no reaccionó al recibir la denuncia. O por lo menos no con suficiente rapidez.

—Eso son muchos «quizá».

—Sí. Es todo muy lógico. Sobre todo porque el trabajador social ha dicho que no existían denuncias parecidas contra la persona de Anne Sejer-Lassen. Todo tiene mucho sentido.

Hess acompaña su comentario irónico cortando una llamada entrante, después de comprobar el número en la pantalla. Thulin detiene el coche y apaga el motor.

—Por otro lado, Anne Sejer-Lassen estaba literalmente huyendo de casa y a punto de llevarse a las niñas. Y ahora que sabemos exactamente a qué se enfrentaba Magnus Kjær, quizá deberíamos comprobar si el accidente de la

hija mayor de Anne Sejer-Lassen fue realmente eso, un accidente. O un síntoma de algo completamente diferente.

Hess la observa detenidamente. Thulin entiende por su expresión que está de acuerdo. Al principio no dice nada, pero ella percibe que su comentario le ha hecho pensar en nuevas opciones.

—Pero si acabas de decir que había demasiados «quizá» en la ecuación.

—Quizá me estaba equivocando.

Después de haber encontrado lo que han visto en el zulo del garaje de Laura Kjær, no es un buen momento para sonreír, pero Thulin no se puede contener. El humor marca una distancia con lo inconcebible y al mismo tiempo empieza a tener la sensación de que han topado con algo. El fuerte sonido de unos nudillos golpeando el vidrio la devuelve a la realidad y se da cuenta de que Sebastian está allí sonriendo, delante de la puerta del coche. Viste un elegante traje chaqueta y una gabardina negra. En una mano lleva un ramo de flores envuelto en celofán, con un enorme lazo, y en la otra una botella de vino.

*T*hulin abre su portátil sobre la mesa, en el salón oscuro. Empieza a leer las diligencias que le han mandado el resto de investigadores del grupo a lo largo del día. Sobre todo le interesa leer toda la información relacionada con Erik Sejer-Lassen. Sebastian se había marchado, y es lo que ella había querido, pero su encuentro no podía haber ido peor.

—Si no me devuelves las llamadas, te arriesgas a que de repente aparezca por tu casa —le había dicho en tono de broma al entrar en el piso. Ella había encendido las luces de la cocina y había tenido la sensación de que llevaba demasiado tiempo sin pisarla. La ropa húmeda y sucia de la noche de búsqueda en el bosque de Klampenborg estaba tirada en una pila en la esquina y el bol con restos de yogur seco de la mañana seguía allí, sobre la mesa de la cocina.

—¿Cómo sabías que iba a volver a casa ahora?

—Me arriesgué. Y tuve suerte.

La situación había sido un poco embarazosa en la calle. Y Thulin seguía irritada consigo misma por no haberse fijado en el Mercedes gris oscuro de Sebastian, estacionado entre el resto de coches en batería, delante de la entrada principal del edificio. Hasta que había golpeado suavemente la ventanilla para avisarla de su presencia. Ella había salido del vehículo y Hess había hecho lo mismo para sentarse en el asiento del conductor, porque habían acordado que podría llevarse el coche para irse a casa. Hess se había detenido delante de Sebastian y habían asentido con la cabeza unos instantes. Este con más vehemencia y Hess más seco. Thulin se había encaminado rápidamente a la puerta de su edificio. Era una situación trivial, pero le enojaba enormemente que Hess hubiera conocido a Sebastian y que por tanto ahora pudiera formarse una idea aproximada de su vida privada. ¿O lo que le enojaba era directamente Sebastian? Había sido como toparse con una criatura de otro planeta, aunque eso es precisamente lo que le suele gustar de él, que no tiene nada que ver con su mundo.

—Lo siento, pero tengo que ponerme a trabajar inmediatamente.

—¿Ese era tu nuevo compañero de trabajo? ¿Al que han echado de Europol?

—¿Cómo sabes que estaba en Europol?

—Hoy he comido con un fiscal del departamento de justicia. Mencionó que un tipo la había cagado en La Haya y que le habían dado la patada de vuelta a Homicidios, aquí en Copenhague. He atado cabos cuando he recordado que me hablaste de tu nuevo compañero, el que se acaba de reincorporar al cuerpo pero que no da un palo al agua. ¿Cómo va el caso?

Ahora Thulin se arrepentía de haberle hablado de Hess las dos veces que Sebastian la había llamado la semana pasada y durante el fin de semana. No había podido quedar con él por culpa del caso y le había mencionado de pasada que estaba más liada que de costumbre porque su nuevo compañero no estaba muy por el trabajo. Lo cual ya no era una valoración demasiado justa de Hess.

—He visto en las noticias que ha ocurrido algo en la escena del primer asesinato. ¿Es por eso que tenía la cara destrozada?

Sebastian se le había acercado y ella lo había rehuido.

—Tienes que marcharte. Tengo muchísimo trabajo.

Sebastian había intentado acariciarla, pero ella lo había rechazado. Lo había intentado otra vez, diciéndole que la echaba de menos y que la deseaba, y hasta le había recordado que su hija no estaba en casa y que por lo tanto podían hacerlo donde quisieran, por ejemplo sobre la mesa de la cocina.

—¿Por qué no? ¿Le está bien? ¿Cómo está?

Pero Thulin tampoco tenía ganas de hablar de Le, y le había repetido que prefería que se marchara.

—¿Así que siempre vas a ser tú la que decidirás cómo y cuándo nos vemos? ¿Mi opinión no cuenta para nada?

—Siempre ha sido así. Y si te parece mal, lo dejamos aquí, ahora mismo.

—¿Es porque has encontrado a otro? ¿Alguien mejor que yo?

—No. Cuando ocurra eso, ya te avisaré. Y gracias por las flores.

Sebastian había soltado una risa estridente y a Thulin le había costado muchísimo sacarlo de su casa. Seguro que no estaba acostumbrado a acatar órdenes, sobre todo cuando aparecía con un ramo de flores y una botella de vino en plan romántico. Y ahora que lo pensaba, quizá también resultaba un poco extraño que lo hubiera echado de su casa de esa manera. Se prometió a

si misma llamarle mañana, a lo largo del día.

Thulin está mordisqueando una manzana cuando Hess la llama al móvil. Después de la conversación mantenida en el coche habían quedado en que él revisaría el accidente en casa de los Sejer-Lassen, así que no es raro que ya la esté llamando ahora. Lo raro es que le pregunte si la está molestando al llamarla.

—No, para nada. ¿Qué quieres?

—Tenías razón. Acabo de hablar con un tipo del departamento de traumatología del hospital. Además del episodio de la nariz y la clavícula rota por el que ingresaron a la mayor, las hijas de los Sejer-Lassen han estado en tratamiento por accidentes domésticos muchas veces antes. La mayoría de los historiales clínicos son de cuando vivían en Islands Brygge, pero al mudarse a Klampenborg siguieron ocurriendo. Nada apunta a que haya habido abuso sexual, y parece que el maltrato ha sido físico. No es el mismo tipo de agresión que ha sufrido Magnus Kjær, pero al final también es maltrato.

—¿Cuántos accidentes ha habido?

—Ahora mismo no te lo puedo decir con seguridad. Pero son demasiados. —Thulin escucha atentamente la información que él ha encontrado. Cuando Hess termina de relatar todos los partes de lesiones, le vuelve a invadir la náusea que ha sentido en el zulo subterráneo. Casi no escucha a Hess cuando este propone que empiecen yendo al ayuntamiento de Gentofte, mañana temprano—. La casa de Klampenborg de los Sejer-Lassen está en ese municipio, y si resulta que han recibido un correo electrónico con una denuncia anónima acusando a Anne Sejer-Lassen es que vamos por buen camino.

Termina la conversación con un «Por cierto, gracias por aparecer por la casa anoche, por si no te lo había dicho», y se oye a sí misma contestar con un «Vale, nos vemos», antes de cortar la llamada.

Después de esta charla se queda muy inquieta. Decide posponer el cansancio y coger un Red Bull de la nevera. Al levantarse de la silla del comedor, mira por la ventana, sin pensar.

Desde la cuarta planta en la que vive, normalmente puede ver los tejados de los edificios y algunas torres. Casi puede ver los lagos desde aquí. Pero el andamio que protege el edificio en obras que está enfrente le tapa las vistas desde hace aproximadamente un mes. Algunas noches, cuando el viento sopla con fuerza, se levantan las lonas y el andamio cruje y chirrían en las

juntas de metal, como si fuera a derrumbarse. Pero de lo que se percata Thulin es de una silueta. ¿O qué es? Le parece estar viendo a una persona detrás de la lona que cubre la pasarela del andamio que queda justo delante de su piso. Durante unos instantes siente como si la silueta la estuviera mirando. A Thulin de repente le viene a la memoria la sensación de que alguien la observaba en la calle, hace una semana, cuando volvía de dejar a su hija en la escuela. Se pone en guardia e intuye que es la misma persona. Pero cuando el viento vuelve a levantar la lona y la hincha como si fuera una vela gigante, deja de ver la figura, y cuando la lona vuelve a su lugar, ya no ve a nadie. Thulin apaga la luz y cierra el portátil. Durante varios minutos, se queda observando el andamio y contiene la respiración en el salón, completamente a oscuras.

VIERNES 16 DE OCTUBRE, PRESENTE

*E*s por la mañana temprano, pero Erik Sejer-Lassen no sabe qué hora es, porque su TAG Heuer de 45.000 euros lleva desde ayer por la noche metido en una caja en la segunda planta de comisaría, junto con su cinturón y los cordones de los zapatos. Está sentado en una celda subterránea y cuando se abre la pesada puerta de metal, un agente le explica que van a volver a interrogarlo. Erik Sejer-Lassen se pone en marcha. Cruzan el sótano y suben las angostas escaleras en dirección a la luz diurna y la civilización. Erik Sejer-Lassen se prepara para dar rienda suelta a la tremenda ira que ha acumulado durante la noche que ha pasado en la celda.

La policía había aparecido en su casa ayer por la noche, sin avisar. Estaba en la habitación de sus hijas, tratando de calmarlas, porque no paraban de llorar, y de repente le había llamado la *au pair*. Al bajar al vestíbulo se había encontrado con dos agentes de policía que lo esperaban para interrogarlo en comisaría. Él había argumentado que no podía dejar a las dos niñas, pero los agentes le habían cogido totalmente por sorpresa cuando le mostraron que habían traído a su suegra y que ella se ocuparía de las niñas. Erik no había hablado con su suegra después de la muerte de Anne. Sabía que estaría preocupada por sus nietas y que se ofrecería para ayudarles, y no deseaba nada de todo eso. Pero ahora estaba allí delante, plantada ante la majestuosa escalera de piedra de la casa, resguardada detrás de los agentes uniformados. Parecía como si estuvieran conspirando contra él por la manera en que ella lo miraba con reserva, como si él fuera el asesino de su hija. A Erik lo habían metido dentro del coche patrulla mientras ella cruzaba triunfalmente el umbral de la puerta de su casa y las niñas corrían hacia ella, abrazándose a sus piernas.

En comisaría le habían preguntado solamente acerca de los accidentes domésticos que habían sufrido las niñas a lo largo del tiempo, y no le habían explicado nada más. No entendía nada. Y sobre todo no entendía qué tenía eso que ver con la muerte de su esposa. Había gritado que exigía hablar con

la persona al mando o por lo menos que lo llevaran de vuelta a su casa, inmediatamente. En vez de eso, lo habían retenido en prisión preventiva, diciéndole que consideraban que estaba «ocultando información relativa al esclarecimiento del asesinato de Anne Sejer-Lassen», y había tenido que claudicar y pasar la noche enjaulado en un sótano, como si fuera un delincuente.

La primera vez que Erik Sejer-Lassen había pegado una paliza a su mujer había sido en la noche de bodas. Justo acababan de entrar en la habitación nupcial del Hotel d'Anglaterre cuando había cogido por los brazos a su joven esposa y la había zarandeado por todas las estancias de la suite mientras que con los dientes apretados le gruñía cuánto la odiaba. La boda había sido suntuosa. La familia de Erik lo había pagado todo: la fiesta, el mundialmente conocido chef sueco, los doce platos exóticos, los locales del castillo de Havreholm y todo lo demás, ya que la familia de Anne no tenía ni un euro con el que contribuir. Pero Anne se lo había agradecido hablando demasiado rato y muy íntimamente con un viejo amigo de Erik de la época del internado Herlufsholm. Se había sentido extremadamente abochornado y tuvo que reprimir su ira hasta después de despedirse de los invitados, y cuando por fin estaban solos en el hotel estalló con todas sus fuerzas. Anne había soltado algunas excusas absurdas y llorando a todo pulmón explicaba que tan solo había hablado con su amigo para ser amable, pero Erik estaba tan furioso que le rasgó la falda y la pegó reiteradas veces. Al final la violó. Al día siguiente le pidió perdón y le declaró su amor eterno. Durante el desayuno, el resto de comensales comentó en voz baja que las mejillas sonrojadas de la novia eran el resultado de una noche loca de pasión. El odio que sentía hacia su mujer seguramente había germinado en ese momento, al ver que ella lo aceptaba y que seguía mirándolo con esa cara de tonta enamorada, batiendo sus largas pestañas, como si fuera una muñeca de plástico.

Los años que habían pasado juntos en Singapur habían sido los más felices de su vida. Él había hecho carrera en tiempo récord, gracias a unas inversiones en empresas de biotecnología, y ambos enseguida entraron a formar parte de la *jet set*, en su mayoría expatriados ingleses y americanos. En esa época le asestaba algún golpe puntualmente y solamente cuando ella no cumplía con sus exigencias de lealtad, que desde el punto de vista de él consistía en explicarle detalladamente todo lo que había hecho en cada minuto del día. A cambio, edulcoraba sus vidas con viajes relámpago a las

Maldivas y travesías por Nepal. Pero al llegar las niñas, todo había cambiado. De hecho, al principio él se había opuesto a concederle el mayor deseo a Anne, que por lo visto era la maternidad, pero al cabo de un tiempo había comenzado a ver algún atractivo en lo de crear su propio patriarcado. Tuvo que valerse de la reproducción asistida de la que tanto había oído hablar en diversas reuniones con directores de las empresas *biotech*. Le había torturado sobremanera que su esperma fuera de tan baja calidad que hubieran tenido que ponerse en manos de una clínica de fertilidad que Anne había mencionado y por lo que él la estuvo zarandeando una noche entera en el ático de lujo. Nueve meses más tarde no había sentido ninguna alegría por el nacimiento de la pequeña Lina en el hospital Raffles, pero pensó que con el tiempo ya aparecería el sentimiento. No fue así. Tampoco cuando nació Sofia, la segunda, más bien fue a peor. Los médicos tuvieron que operar a Anne para sacarle a la niña y le destrozaron tanto el útero que ya nunca podría tener un niño, que era lo único que podía desear Erik. A partir de ahí se acabó su vida sexual.

Los últimos años en Singapur se contentó con un par de amantes y el hecho de que su instinto para los negocios seguía intacto. Hasta que Anne empezó a insistir en que las niñas debían ir a una escuela danesa y volvieron de Asia para meterse en un piso de lujo en Islands Brygge, donde vivieron el primer año, hasta que la casa de Klampenborg estuvo lista. La liliputiense sociedad de Copenhague era limitada y claustrofóbica, sobre todo comparada con el entorno internacional y la libertad a la que él estaba acostumbrado en Singapur. Empezó a verse con viejos conocidos por la zona de Bredgade, aunque en realidad los despreciaba por lo pueblerinos que eran. Pudo constatar inmediatamente que todos ellos se contentaban con sus ridículos símbolos de estatus, como por ejemplo sus mujeres-trofeo, que pasaban el día cuidando de los críos y la casa. Para más inri, las niñas cada vez se parecían más a Anne. Eran clones gruesas y rechonchas que babeaban ingenuamente con las ideas románticas de su madre. Y lo que era peor, mostraban la misma falta de voluntad y determinación que la mujer con la que se había casado.

Una noche en Islands Brygge, cuando estaba acostando a las niñas, habían empezado a lloriquear como histéricas por algo sin importancia. Como ni Anne ni la *au pair* estaban en casa, había tenido que aguantarlas él. Al final tuvo que levantar la mano y el llanto cesó inmediatamente. Unas semanas

más tarde, la mayor había derramado comida del plato varias veces y ni los reiterados avisos ni los ejemplos educativos habían servido de nada. Erik le pegó tan fuerte que la niña cayó de la silla. En traumatología, donde afortunadamente habían descartado que tuviera una contusión cerebral, le había dejado claro a la *au pair* que mantuviera la boquita cerrada si no quería acabar en un avión de vuelta a los campos de arroz de su país. Anne había llegado corriendo al hospital porque estaba visitando a su madre y Erik se había sorprendido a sí mismo por la facilidad con la que había tejido una rocambolesca historia protagonizada por una niña muy patosa, que a pesar de ser muy poco dotada, había entendido al instante que no debía contarle la verdad a su madre.

Los accidentes se fueron sucediendo a lo largo de los meses. Es verdad que quizá fueron demasiados, pero por lo menos habían servido para enderezar a las niñas, aunque fuera mínimamente. Anne ocasionalmente lo observaba con un aire de sospecha, pero nunca le había preguntado hasta que ese trabajador social del ayuntamiento de repente se presentó en casa cuando ya estaban a punto de mudarse. Habían recibido una denuncia anónima en la que se afirmaba que las niñas sufrían maltrato y durante un tiempo tuvo que aguantar al fisgón merodeando por su casa. Con ayuda de unos buenos abogados consiguió echarlo dejándole claro que nunca jamás volviera a poner allí los pies. Erik se había propuesto tener más autocontrol en el futuro, por lo menos hasta que averiguara quién había tenido los cojones de denunciarlos.

Tras ese incidente, Anne le había preguntado por primera vez si los accidentes en realidad los había causado él. Obviamente lo había negado todo, pero cuando se mudaron a Klampenborg ocurrió lo de la escalera del vestíbulo y a partir de entonces ella dejó de creerle. Había lloriqueado y se había culpado de todo, incluso le había dicho que quería divorciarse. Erik obviamente había previsto que eso pudiera pasar y le había dejado claro que si lo hacía, él la despedazaría con ayuda de sus abogados y se aseguraría de que nunca más volviera a ver a las niñas. Años antes la había obligado a firmar un acuerdo prematrimonial que aseguraba que él se quedaría con todo lo ganado durante la convivencia y la pondría a ella en una situación de precariedad absoluta. Si estaba tan descontenta con su vida en el caserón de Klampenborg, tenía todos los números para volver al sofá de su madre y sobrevivir con el poco dinero que consiguiera mendigarle al Estado.

Después de eso, nunca más hubo buen ambiente en casa, pero tenía la firme

convicción de que Anne había desistido hasta que el día de su asesinato la policía le explicó que su intención no había sido ir a ver a su madre, sino que en realidad se estaba largando de casa. Había decidido dejarlo tirado como un perro en esta reserva de animalillos ricos que tanto detestaba, pero alguien la había quitado del mapa, como si de un cuento de hadas se tratara. Esa parte seguía sin entenderla muy bien, pero a Erik le generaba un sentimiento de justicia que encima le beneficiaba por completo. Su relación con las niñas seguramente mejoraría ahora que él mismo se encargaría de su educación y ya no tenía que tener en consideración la opinión de otra persona.

Con esa confianza en sí mismo, Erik Sejer-Lassen entra en la sala de interrogatorios de la Unidad de Homicidios. Le esperan los dos investigadores que ya conoce de antes. El tipo con el problema de gama cromática en los ojos y la menudita con los ojos de Bambi, a la que si estuvieran en otra situación, gustosamente le daría un revolcón que la dejaría contenta. Los dos tienen pinta de estar hechos polvo. Se nota a la legua que están agotados, sobre todo él, que luce marcas amarillas y azules en la cara, como si alguien le hubiera pateado recientemente. Con solo mirarlos, Erik sabe que se los va a comer con patatas, sin esfuerzo. Conseguirá que lo suelten enseguida. No tienen nada para seguir reteniéndolo.

—Erik Sejer-Lassen, hemos vuelto a hablar con la *au pair* y esta vez nos ha relatado detalladamente todas y cada una de las veces que ha presenciado cómo pegaba a sus hijas. Y han sido por lo menos cuatro.

—No tengo ni idea de lo que están hablando. Si Judith les ha soltado que pego a mis hijas es porque es una mentirosa compulsiva.

Erik imagina que su respuesta les dará pie a un pequeño intercambio de impresiones, pero los dos idiotas ni siquiera escuchan lo que les ha dicho.

—Sabemos con certeza que la chica dice la verdad. Entre otras cosas, porque lo hemos confirmado por teléfono con las otras dos *au pairs* filipinas que tuvieron en Singapur antes que ella. Las tres explican lo mismo, y no se conocen entre ellas. Por ello, la defensa de menores y el fiscal han decidido imputarte. Se le acusa de ejercer violencia contra sus hijas, y vamos a incorporar los siete informes de lesiones al atestado de los que tenemos constancia y que han tenido lugar en Dinamarca. —El tipo continúa hablando y Sejer-Lassen nota la fría mirada de la señorita Bambi, que lo observa fijamente—. Se amplía su custodia preventiva en cuarenta y ocho horas. Tiene derecho a un abogado y si no puede costeárselo, le será asignado uno

de oficio. El Servicio de Atención a la Infancia se ocupará del bienestar de sus hijas y lo hará en estrecha colaboración con su abuela materna hasta que se dicte la sentencia firme. En caso de que fuera declarado culpable de la acusación y deba cumplir una condena, se deliberará si puede seguir manteniendo la custodia de ambas o si tendrá derecho a visitas supervisadas. La abuela materna ya se ha ofrecido como tutora legal.

Las voces desaparecen. Erik Sejer-Lassen se queda como mirando al vacío. Luego baja la mirada. Ante él están desplegados los diversos informes médicos en los que hay descripciones detalladas e imágenes de rayos X de las lesiones de las niñas. De repente se percata de la magnitud de los hechos. A lo lejos oye como Bambi le explica que Judith les ha hablado de la visita del trabajador social del ayuntamiento de Copenhague, hace varios meses, cuando todavía vivían en Islands Brygge, y de la denuncia anónima que alguien les había enviado. Y que de esta denuncia es lo único de lo que quieren hablar en esta ocasión los inspectores de homicidios, antes de que su expediente se traslade a otra unidad.

—¿Sabe quién puso la denuncia?

—¿Tiene idea de quién podría haberla enviado?

—¿Quién, además de la *au pair*, sabía que pegaba a sus hijas?

El inspector con los morados amarillos y azules insiste en lo importante que es que conteste las preguntas, pero Erik Sejer-Lassen no consigue decir ni una sola palabra. Se limita a observar las imágenes que tiene delante de él. Al cabo de un rato lo acompañan de vuelta a su celda y, por primera vez en su vida, echa de menos a sus hijas.

*H*ess tiene la sensación de que le va a explotar la cabeza y ahora se arrepiente de no haberse quedado apoyado en la pared del ayuntamiento, serenándose un rato más al aire fresco. El severo hormigueo en la cabeza tras la pelea con Hans Henrik Hauge en el garaje de Husum había dado lugar a lo largo de la semana a una persistente migraña. Y lo empeora el hecho de que todavía no han encontrado a Hauge y que esta mañana ha tenido que presenciar el interrogatorio de Erik Sejer-Lassen en comisaría. Ahora ha tenido que salir corriendo para interrogar al trabajador social Henning Loeb y a su jefe, con los que se acaba de sentar en un despacho de la Dirección General de Atención a la Infancia y Adolescencia, en el que claramente se pasan con la calefacción, que está a tope. Aunque trabajan para el bienestar de los niños y jóvenes del municipio, las oficinas no tienen un aire moderno ni juvenil, más bien al revés; es el típico ambiente rígido de las oficinas gubernamentales con altos paneles de caoba que caracterizan todas las estancias de ese edificio.

El trabajador social está tratando de defenderse, sobre todo de cara a su jefe, que se remueve en la silla con nerviosismo.

—Pero como ya te he dicho, el sistema informático se colapsó temporalmente y por eso no pude darte más información.

—Eso no es lo que dijiste el martes, cuando hablamos por teléfono. Dijiste que no había ninguna denuncia contra Anne Sejer-Lassen, pero resulta que sí que había una.

—O puede que te dijera que el sistema no mostraba ninguna coincidencia en ese momento.

—No. Eso no fue lo que dijiste. Te di los números del documento de identidad de las dos niñas y tú dijiste...

—Bueno, vale, no recuerdo exactamente cómo te lo...

—¿Por qué coño no dijiste la verdad?

—No era mi intención ocultar nada...

Henning Loeb sigue hablando con nerviosismo, mirando a su jefe de reojo en todo momento. Mientras tanto, Hess se culpabiliza por no haberlo interrogado cara a cara, varios días antes, como había sido su intención inicial.

La sospecha de que el denunciante anónimo de Laura Kjær pudiera tener algo que ver con el caso había sido desechada al día siguiente de que encontraran el zulo en el garaje, porque en principio no había constancia de que de Anne Sejer-Lassen hubiera recibido una denuncia parecida. Como Hess había hablado por teléfono con el trabajador social y este le había asegurado que no tenían constancia de ello en el ayuntamiento de Copenhague para la época en la que vivieron en Islands Brygge, Thulin y él se habían desplazado hasta el ayuntamiento de Gentofte, el municipio al que pertenece Klampenborg. Allí no tenían constancia de haber recibido ninguna denuncia contra Anne Sejer-Lassen, por lo que la teoría de que los dos asesinatos pudieran tener en común que los niños de estas madres estaban siendo maltratados había perdido fuelle. Además, nadie del entorno más inmediato de la familia Sejer-Lassen tenía conocimiento de que las lesiones de las niñas pudieran deberse a otra cosa que no fueran accidentes domésticos. La *au pair* había titubeado bastante en sus respuestas, pero no había sido hasta ayer por la tarde, y después de asegurarle repetidas veces que la protegerían de la furia de Erik Sejer-Lassen, que se había derrumbado y con los ojos llenos de lágrimas había explicado todo lo que pasaba en la casa. Durante esa misma conversación había explicado que un trabajador social del ayuntamiento de Copenhague se había personado en el domicilio de Islands Brygge para hablar con ellos, porque un denunciante anónimo acusaba a Anne de no cuidar bien a sus hijas. Hess maldijo interiormente al trabajador social en cuanto se dio cuenta de que habían perdido un tiempo valiosísimo.

El funcionario no le había causado buena impresión cuando hablaron por teléfono el martes, y verlo en persona ahora corrobora su sensación inicial. Hess se encarga de interrogarlo porque Thulin trabaja con los informáticos buscando pistas digitales del denunciante desde los ordenadores del ayuntamiento. El trabajador social defiende su cagada garrafal aludiendo a «fallos técnicos», pero cuando Hess ha tenido la posibilidad de leer las dos denuncias anónimas dirigidas respectivamente a Laura Kjær y a Anne Sejer-Lassen se le ha ocurrido otra razón por la que el funcionario le ha inducido a error intencionadamente.

La denuncia a Anne Sejer-Lassen entró en el sistema de denuncia anónima aproximadamente dos semanas después de la denuncia a Laura Kjær, y cuando faltaba poco para que se mudaran a Klampenborg. Esta denuncia es diferente, tiene más palabras y ocupa casi una página entera. En resumen, se exige que le quiten la custodia de sus dos hijas, Lina y Sofia, a Anne Sejer-Lassen, argumentando que las niñas sufren maltrato en casa. El e-mail es una larga sucesión de palabras y casi no hay comas, es más bien como si alguien hubiera redactado lo primero que le venía a la cabeza, literalmente, sin corregir ni componer el texto. Por ese detalle resulta muy diferente del que recibió Laura Kjær, que era más bien frío y templado. Anne Sejer-Lassen es descrita como una pija insoportable que está más interesada en ella misma que en sus hijas. Asegura que lo único que le importa es el dinero y los lujos y que la retirada de la custodia de sus dos hijas es urgente, si es que alguien de servicios sociales se molesta en examinar los múltiples informes de lesiones que se amontonan en diversos departamentos clínicos del hospital. La tipografía y el tamaño de las letras son muy diferentes en las dos denuncias, pero si se leen una después de otra, es imposible obviar que el remitente en ambos casos utiliza frases como «puta egoísta» y «debería haberse dado cuenta», sobre todo en el caso de la denuncia contra Anne Sejer-Lassen, en la que se repiten varias veces. La impresión que uno tiene después de leer los dos e-mails es que los ha escrito la misma persona, que se ha esforzado mucho en redactarlos de manera diferente. Hess cree que esto es precisamente lo que detectó Henning Loeb mientras hablaban por teléfono y que esta es la razón por la que le dio largas, cuando él insistió preguntándole por las hijas de Anne Sejer-Lassen.

Henning Loeb utiliza todas las artimañas posibles para excusarse y cuando habla de los dos casos justifica que había seguido el protocolo a rajatabla y que los adultos en ambos casos habían negado rotundamente que los niños sufrieran algún tipo de maltrato. Esto lo repite varias veces, como si fuera el pan de cada día que un padre maltratador confesara sus delitos espontáneamente, en cuanto un funcionario llamara a la puerta de su casa.

—Desde luego que vuestra investigación policial ofrece una nueva perspectiva en relación con ambos casos y obviamente voy a proceder a un exhaustivo análisis interno para verificar dónde hemos fallado. Estamos a vuestra plena disposición —dice el jefe del departamento.

Ese comentario hace que el trabajador social se quede sin habla, mientras

su jefe sigue remando cuesta arriba, ahogándose en promesas y garantías. Hess nota cómo se le vuelve a tensar la piel alrededor del cráneo. Ahora se da cuenta de que debería haber aprovechado la visita a traumatología del martes por la noche para dejarse examinar, en vez de haber ido directamente a Odinparken y al jaleo de obras que se había autoimpuesto. Se quedó dormido pensando en el tipo que había recibido a Thulin ante la puerta de su casa con flores y vino, y se enfadó consigo mismo por haberse sorprendido. Era obvio que una mujer como Thulin tendría a un tipo esperándola siempre que volviera a casa y además eso no le incumbía a él, para nada.

Al día siguiente, el móvil, que no paraba de sonar, le había despertado con un dolor de cabeza bestial. Era François, que no entendía por qué Hess no había insistido para conseguir una reunión telefónica con Freimann después de haberlo dejado plantado el otro día. Se preguntaba si Hess ya no quería que le volvieran a incorporar al equipo y en qué coño estaba pensando dejando pasar el tiempo, sin reaccionar. Hess le había asegurado que llamaría más tarde y luego había colgado el teléfono, sin más. Como si el paquistaní del 34C hubiera intuido que estaba despierto, al cabo de unos minutos lo tenía en su puerta para dejarle el mensaje de que el agente inmobiliario había estado allí ayer por la tarde y, como no habían podido localizarlo, se había largado. Observaba con cara de incrédulo el enorme lío que Hess tenía montado en casa.

—¿Y qué hay de los botes de pintura y el pulidor de suelos que ocupan toda la galería? Piensa en el resto de vecinos, hombre.

Hess había jurado y perjurado que se encargaría enseguida, pero no lo había podido cumplir, porque Thulin y él habían estado ocupados sacándole información a Erik Sejer-Lassen.

—¿Y qué puedes decirnos del denunciante? ¿Averiguaste algo cuando fuiste a ver a las familias, si es que realmente fuiste? —insiste Hess ante el trabajador social.

—Sí las visitamos. No me lo estoy inventando, pero como ya te he dicho...

—¡Alto ahí ahora mismo! Al niño lo violaban periódicamente en un zulo del garaje y a las niñas las molían a palos, pero ¿ahora tienes una buenísima razón que te exime de la culpa por no haberlo descubierto? Lo único que te pregunto yo es si sabes algo del denunciante.

—No sé nada más. Pero no me gusta la manera en que me estás hablando. Ya te he dicho...

—De acuerdo. Haremos una pausa.

Nylander acaba de llegar al ayuntamiento. Está apoyado en el marco de la puerta y con la mirada le ha hecho entender a Hess que quiere hablar con él inmediatamente. Hess está encantado de salir del despacho en el que hace demasiado calor y se encuentran en la zona de las escaleras, inmersos en el flujo constante de oficinistas y funcionarios, que los miran con curiosidad.

—Tu cometido no es evaluar cómo trabajan en el ayuntamiento.

—De acuerdo. Intentaré no hacerlo.

—¿Dónde está Thulin?

—En la sala contigua. Buscan al remitente de las dos denuncias. Le ayudan los informáticos del departamento.

—¿Creemos que el denunciante es el asesino?

Hess trata de ignorar su irritación creciente por el «creemos». Freimann habla de la misma manera y Hess deduce que su jefe y Nylander han asistido al mismo cursillo de dirección y gestión de equipos.

—Es lo que tenemos ahora mismo. ¿Cuándo podremos hablar con Rosa Hartung?

—¿Hablar con ella de qué?

—Queremos preguntarle...

—Ya hemos hablado con la ministra. No conoce a Laura Kjær ni a Anne Sejer-Lassen y no puede aportar nada a este caso.

—Ambas víctimas recibieron denuncias anónimas con el objetivo de que les retiraran la custodia de sus hijos. O puede que ese ni siquiera fuera el propósito del asesino. A lo mejor está señalando que el sistema no funciona y sea lo que sea hay que ser un auténtico idiota para no aceptar que tiene muchísimo que ver con Rosa Hartung. Ella es ministra de Asuntos Sociales y cuanto más lo pienso, más extraordinario me parece que los asesinatos justo hayan empezado el día en que ella vuelve a asumir su cargo en el ministerio.

—Hess, estás haciendo un buen trabajo. Y normalmente hago caso omiso de los rumores, sobre todo los que se limitan a ensuciar la reputación de alguien, pero me ha parecido que acabas de llamarme idiota.

—Obviamente lo has entendido mal. Pero si encima añades el hecho de que las huellas dactilares de los muñecos de castañas encontrados en los crímenes pertenecen a la hija de Rosa Hartung...

—Ahora quiero que me escuches con mucha atención. Tu jefe de La Haya me ha pedido que evalúe tus aptitudes profesionales y a mí por supuesto que

me encantaría ayudarte a volver, pero para ello necesito que te centres en lo importante. A Rosa Hartung no la volveremos a interrogar porque no es relevante para el caso. ¿Estamos de acuerdo?

A Hess le ha pillado desprevenido lo de su jefe de La Haya, y durante unos instantes está demasiado sorprendido como para responderle. Nylander mira en dirección a Thulin, que acaba de salir de la sala de informática.

—¿Qué hay?

—Ambas denuncias se enviaron a través del mismo servidor, que se encuentra en Ucrania, pero el proveedor es de los que se niegan a colaborar con las autoridades. Más bien trabajan en contra. Conoceremos la dirección IP en unas semanas, pero para entonces ya no será importante.

—¿Ayudaría en algo si pido al ministro de Justicia que se ponga en contacto con su homólogo en Ucrania?

—Lo dudo muchísimo. Aunque quisieran ayudarnos, tardarían mucho y no tenemos tiempo que perder.

—Han pasado siete días entre un asesinato y otro. Si el asesino está tan mal de la cabeza como decís vosotros, no podemos quedarnos cruzados de brazos.

—Hay otra manera. Ambas denuncias se mandaron al sistema de denuncia anónima del ayuntamiento. La primera llegó hace tres meses y la segunda dos semanas más tarde. Si partimos de que el asesino envió las dos denuncias y que volverá a matar...

—Podemos concluir que el asesino ya habrá mandado la denuncia anónima que señala a su próxima víctima.

—Exacto. Pero hay un problema. Me acaban de decir que cada semana reciben unas cinco denuncias en el sistema de denuncia anónima de la Dirección General de Atención a la Infancia y Adolescencia. Eso son 260 denuncias al año. No todas están relacionadas con la custodia parental, pero como no tienen un sistema de clasificación, no sabemos de cuántas se trata en realidad.

Nylander asiente con la cabeza.

—Voy a hablar con el jefe del departamento. Les conviene muchísimo ayudarnos. ¿Qué necesitáis?

—¿Hess?

Mark tiene la sensación de que le va a estallar el cráneo y la noticia de que Freimann y Nylander están compinchados no le ha aliviado para nada. Intenta pensar con claridad para poder responder a Thulin.

—Tenemos que ver todas las denuncias anónimas por negligencia y maltrato parental que les hayan llegado estos últimos seis meses. Sobre todo las que van dirigidas a madres de edad comprendida entre veinte y cincuenta años, y en las que se exige que el Estado les retire la custodia. Casos que ya han sido investigados por los trabajadores sociales, pero en los que no se ha encontrado una razón para intervenir.

El jefe de la Dirección General de Atención a la Infancia y Adolescencia justo acaba de salir de un despacho y los observa desde la distancia, así que Nylander aprovecha rápidamente para explicarle lo que necesitan de ellos.

—Pero no tenemos un sistema de clasificación que nos permita encontrarlos fácilmente.

Nylander observa dubitativamente a Hess, que ya camina de vuelta al despacho con la calefacción al máximo, donde ha dejado a Henning Loeb.

—Pues tendrás que poner a todo tu equipo en marcha. Es la única pista que tenemos en este momento, y tenéis menos de una hora para entregarnos los expedientes.

*R*esulta que se ha puesto de moda lo de enviar denuncias anónimas al ayuntamiento acusando a madres con hijos a su cargo. Desde luego son muchísimas. Los funcionarios del departamento traen cada vez más expedientes rojos que pasan a engrosar el montón que se acumula sobre la mesa y Hess empieza a dudar de que este sea el plan adecuado. Pero después de la charla mantenida con Nylander, tampoco es que tengan muchas otras opciones, así que se ponen manos a la obra. Thulin ha preferido leer los expedientes en su portátil Acer y se ha sentado en la sala diáfana con escritorios, mientras que Hess ha preferido meterse en la sala de reuniones, que es donde se encuentra ahora, pasando páginas que todavía están calientes porque las acaba de escupir la impresora.

Su método es sencillo. Abre el expediente en cuestión y solo lee la denuncia en sí. Si la denuncia no parece relevante para la búsqueda que está efectuando, lo deja en el montón de la izquierda. Si parece relevante y quiere revisarlo con más detalle, lo coloca en el montón de la derecha.

Enseguida se da cuenta de lo difícil que es clasificarlos. En todas las denuncias puede leer la ira implícita contra las madres, que reconoce por las que enviaron a Laura Kjær y Anne Sejer-Lassen. A menudo están escritas con tanta afectación y referencias tan claras, que se nota a la legua que las ha redactado un exmarido, una tía o una abuela paterna que ha sentido la necesidad imperativa de enviar una denuncia anónima para explicar las deficiencias de la madre. Pero Hess no puede saberlo con certeza absoluta, así que el montón de la derecha crece sin cesar. La lectura de los expedientes es horrible porque las denuncias en general son manifestaciones de la terrible guerra civil en la que se encuentran inmersos los niños. Y seguramente la siguen viviendo, porque todas las denuncias que Hess tiene entre manos han acabado siendo ignoradas. La administración se ha comprometido a investigar cada situación y, aunque no es para defender a Henning Loeb, sí es verdad que Hess empieza a entender una parte del cinismo que expresaba el

trabajador social, porque en algunas denuncias ciertamente se intuyen otros motivos que no tienen nada que ver con el bienestar de los niños.

Cuando Hess lleva repasadas unas cuarenta denuncias con propuestas anónimas de retirada de custodia enviadas en los últimos seis meses, está a punto de reventar. Ha tardado mucho más de lo esperado. Ha tardado casi dos horas, porque en cada caso tenía que pasar las páginas del expediente para cerciorarse del curso que había tomado la investigación. Pero lo que es peor es que el asesino en principio podría haber escrito la mayoría de ellas, aunque en estas no utiliza frases tales como «puta egoísta» ni «debería haberse dado cuenta», como en las denuncias a Laura Kjær y a Anne Sejer-Lassen.

Un empleado le explica a Hess que ya no hay más casos que coincidan con su criterio de búsqueda, así que decide volver a empezar, comenzando por el primer expediente del montón. Cuando termina de releerlos todos, ya está cayendo la noche tras las ventanas, divididas en cuatro partes como la bandera de Dinamarca, la que luce en el edificio del ayuntamiento. Son poco más de las cuatro y media de la tarde, pero las farolas del H.C. Andersens Boulevard ya están encendidas y las bombillas de colores iluminan los altos y escuálidos árboles del jardín del Tivoli. Hess ha conseguido reducir el montón a siete denuncias, pero no sabe con certeza si el asesino ha redactado alguna de ellas. En los siete casos se exige la retirada de la custodia de uno o varios hijos. Los mensajes de denuncias son muy diferentes entre ellos. Algunos son textos cortos y otros son largos. Vuelve a leer los e-mails y se da cuenta de que uno de ellos debe de haberlo redactado un miembro de la familia y que otro debe ser de un maestro, porque sale a relucir información que solo puede surgir durante una reunión escolar.

Pero es incapaz de descifrar las últimas cinco denuncias. Descarta un expediente más, porque en el mensaje se utilizan palabras anticuadas, como si lo hubiera escrito un abuelo o abuela, y otro más porque está infestado de faltas de ortografía. Ahora solo quedan tres: una mujer de Gambia, que según el denunciante explota a sus hijos porque los obliga a trabajar; la de una madre con discapacidad que es acusada de descuidar a sus hijos porque es drogadicta y la última de una prejubilada a la que se la acusa de acostarse con su propio hijo.

Las tres denuncias contienen alegaciones terribles y se le ocurre a Hess que si realmente las ha enviado el asesino, la información seguramente es verídica. Por lo menos lo había sido en el caso de Laura Kjær y Anne Sejer-

Lassen.

—¿Cuánto has avanzado? —pregunta Thulin cuando entra en la sala con su portátil Acer en las manos.

—No mucho.

—Hay tres que se salen del resto. La de la madre de Gambia, la madre con discapacidad y la prejubilada.

—Sí, quizá.

No le extraña saber que Thulin ha acabado seleccionando exactamente los mismos casos que él. De hecho, empieza a sospechar que la inspectora tendría mejor ayuda para aclarar el caso si estuviera trabajando sola.

—Opino que tendríamos que investigarlos. Quizá los tres.

Thulin lo observa con impaciencia. A Hess le duele la cabeza. Hay algo que hace que todo pese más y sea irrelevante, pero no sabe por qué se siente así. Mira por la ventana, casi ha oscurecido del todo y sabe que tienen que decidirse por uno de los expedientes, si es que quieren llegar a tomar medidas en el asunto antes de que acabe el día.

—El asesino debe calcular que en un momento dado averiguaremos que ambas víctimas habían sido denunciadas a la administración. ¿Verdadero o falso? —pregunta Hess.

—Verdadero. Incluso puede que haya una razón por la que quiera que lo averigüemos. Pero lo que no sabe es cuánto tardaremos en dar con esa información.

—Así que el asesino sabe que en un momento dado leeremos las dos denuncias enviadas a Laura Kjær y a Anne Sejer-Lassen. ¿Verdadero o falso?

—¿Por qué jugamos al «verdadero o falso»? Si no conseguimos algo ahora mismo solo nos queda volver a interrogar a los vecinos por enésima vez.

Pero Hess sigue hablando. Intenta seguir el hilo de pensamiento que ha iniciado.

—Así pues, si tú fueras el asesino y hubieras escrito las dos denuncias anteriores y supieras que las encontraríamos y que por tanto nos sentiríamos superlistos... ¿cómo redactarías la tercera?

Hess la observa y ve que Thulin entiende por dónde va. Su mirada salta de Hess a la pantalla de su ordenador.

—El número LIX¹ no es demasiado alto en ninguno de los textos. Pero si nos ponemos en la situación de que lo que quiere es confundirnos, entonces hay que revisar los otros dos e-mails, que se diferencian mucho del resto. El

que tiene muchas faltas de ortografía y el que está redactado en danés antiguo.

—¿Cuál de ellos es el más básico? —pregunta Hess.

Los ojos de Thulin se desplazan con rapidez por la pantalla, mientras que Hess busca los dos expedientes sobre la mesa y abre las carpetas. De repente nota algo, cuando lee el de las faltas de ortografía. Puede que sea su imaginación. Puede que no. Thulin gira la pantalla de su ordenador hacia Hess y él asiente porque ha llegado a la misma conclusión que ella. Es el e-mail con la denuncia contra Jessie Kvium. 25 años. Vive en Urbanplanen.

*J*essie Kvium tira del brazo de su hija de seis años para acelerar el paso y que la siga, pero el joven maestro paquistaní de la niña las alcanza en el pasillo justo antes de que puedan escabullirse, a la vuelta de la esquina.

—Jessie, ¿puedo hablar contigo un momento, por favor?

Antes de que pueda explicarle que Olivia y ella tienen que darse prisa para llegar a la clase de danza, entiende por su mirada y manera de hablar con determinación que hoy no la dejará marchar. Cada día intenta evitarlo porque sus comentarios siempre la dejan con mala conciencia. Hoy tendrá que volver a sacar a relucir su encanto, si también quiere salvarse de esta. Parpadea coqueta con los ojos y despeja el cabello de la cara con sus uñas recién pintadas para que el maestro vea lo guapa que se ha puesto. Se ha pasado dos horas en la peluquería, y aunque haya tenido que ir a la de paquis de Amager Boulevard, porque es la más barata, le han pintado las uñas y maquillado gratis porque había mucho tiempo de espera. Su falda amarilla, recién adquirida en el H&M del centro, aprieta sus caderas. La ha conseguido por unas miserables 79 coronas, porque la ha encontrado en una partida de restos del verano que estaban retirando al almacén y también porque consiguió convencer a la dependienta de que tenía una costura rota. Lo cual es completamente irrelevante porque no influye en el plan que tiene para este trapeo.

Pero su sonrisa y parpadeo no hacen efecto en el maestro. Al principio cree que le va a soltar el rollo de que siempre recoge a su hija a la hora de cierre de las extraescolares, que es a las cinco. Tiene preparada una contestación rápida para replicarle algo así como que tiene derecho al servicio porque ella también paga religiosamente sus impuestos, como todo el mundo. Pero a Ali, que cree que es el nombre de este maestro, hoy le ha dado por preguntar acerca del impermeable y las botas que a Olivia le faltan en su taquilla.

—Estas deportivas que lleva son muy bonitas, pero dice que tiene frío cuando se mojan y la verdad es que no son demasiado prácticas para llevar en

otoño.

El profesor mira las deportivas agujereadas de Olivia, discretamente, y Jessie tiene ganas de gritarle a todo pulmón que se calle la puta boca. Que ahora mismo no tiene las quinientas coronas que le va a costar equipar a su hija y que si tuviera ese dinero, antes lo invertiría en alejar a su hija de una escuela en la que el cincuenta por ciento de niños hablan árabe y en la que en las reuniones de padres tienen que convocar a tres intérpretes diferentes para traducir cada una de las palabras que se formulan. No es que ella haya ido nunca a una reunión de padres, pero ha oído que es así.

Desafortunadamente hay más maestros pululando por el pasillo, así que Jessie elige activar el plan B.

—Pero si ya le hemos comprado el impermeable y las botas de agua. Es solo que nos lo hemos olvidado todo en la casa de veraneo. Pero te aseguro que la próxima vez que vayamos, lo traeremos sin falta.

Una mentira como una catedral, está claro. No hay ningún impermeable, ni botas de agua y desde luego tampoco hay una casa de veraneo. Pero la media botella de vino que ha ingerido en su casa de Urbanplanen antes de ponerse sexy y venir aquí le ayuda con las mentiras, como siempre.

—Bueno, de acuerdo. ¿Y cómo ves a Olivia en casa?

Jessie nota las miradas de los otros maestros mientras explica cómo les va. Ali baja la voz y comenta que está un poco preocupado porque ve que Olivia sigue sin establecer contacto con el resto de niños. Dice que ha observado que cada vez se aísla más y que cree que es el momento de volver a hablar del tema. Jessie se apresura a darle las gracias por preocuparse tanto por su hija y hace que suene como si las acabaran de invitar a pasar el día en el parque de atracciones Bakken con todo pagado.

Al cabo de poco está de vuelta en el pequeño Toyota Aygo, y mientras su hija se pone la ropa de danza en el asiento trasero, ella aprovecha para fumar un pitillo echando el humo por la ventanilla. Ya es de noche y siente que la oscuridad la arropa. Le dice a Olivia que el maestro tiene razón y que efectivamente, ya es hora de comprarle un impermeable.

—Pero también es hora de que te pongas las pilas y empieces a jugar con los otros niños ¿vale?

—Me duele el pie.

—Se te pasará en cuanto calientes la musculatura. Es importante asistir a todas las clases, cariño.

La escuela de danza se encuentra en la planta superior del centro comercial Amager Center y cuando entran en el parking solo faltan dos minutos para que empiece la clase. Suben las escaleras corriendo y, cuando llegan, las otras pequeñas princesas obviamente ya están preparadas y han empezado con sus estiramientos sobre el suelo barnizado, vestidas con sus caros y preciosos maillots, siempre a la última moda. Olivia sigue llevando el lila del año pasado, y aunque por los hombros le va algo estrecho, puede seguir usándolo un poquito más. Jessie le quita la chaqueta apresuradamente y la manda hacia el centro de la sala, donde la profesora la recibe con una sonrisa amable. Las madres están sentadas en el lateral de la sala con sus maneras de pijas, enfrascadas en sus chácharas acerca de las inminentes vacaciones otoñales que van a pasar en Canarias y el bienestar y buena conducta de sus retoños en la escuela. Jessie las saluda educadamente y sonrío, aunque más bien tiene ganas de quemarlas en la hoguera.

Las niñas empiezan a bailar, Jessie mira a su alrededor con impaciencia, y se coloca bien la falda ajustada, pero él todavía no ha llegado. Por unos instantes se siente expuesta allí al lado de las otras madres, notando cómo le invade la decepción. Estaba segura de que vendría, y el hecho de que no esté aquí le hace sentirse insegura acerca de la relación que considera que mantienen. Siente vergüenza entre las otras mujeres y, aunque en principio había decidido mantenerse con la boquita cerrada, ahora empieza a soltar chorradas, por culpa de los nervios.

—Oh, pero qué lindas están hoy todas las princesitas. ¡Es increíble que tan solo lleven un año bailando y ya lo hagan tan bien!

Por cada palabra que suelta, siente cómo la perforan las miradas de lástima. Al fin se abre la puerta y entra él. Está con su hija, que corre veloz hacia las otras niñas y se incorpora al baile. Mira en dirección a Jessie y al resto de madres, asiente con la cabeza y sonrío sin esfuerzo. Jessie siente que le va a estallar el corazón. Él se mueve con seguridad en dirección a ellas, haciendo girar despreocupadamente las llaves de su Audi, que Jessie ya conoce tan bien. Intercambia unas palabras con el resto de madres y las hace reír, cuando se percata de que a ella ni siquiera le ha dirigido la mirada. La ignora deliberadamente, aunque esté allí plantada a su lado, cual perrito faldero. Por eso le interpela bruscamente para decirle que quiere comentarle un tema en

privado. Algo de una nueva propuesta didáctica de «cultura de aula», un concepto que acaba de pillar al vuelo porque lo ha mencionado una de las *madames* hace un momento. Él parece sorprendido, pero antes de que pueda darle largas, ella se dirige a la salida. Lanza una mirada hacia atrás y constata con satisfacción que quedaría demasiado raro no sucumbir a su propuesta de dialogar acerca de algo tan relevante y por eso ahora se disculpa con el resto de madres y la sigue.

Jessie baja las escaleras y cruza la pesada puerta para llegar al pasillo que queda justo debajo de la escuela de danza. Nota los pasos de él, a sus espaldas. Se detiene y lo espera, pero en cuanto le ve la cara, se da cuenta de que está cabreado.

—¿Qué coño te pasa? ¿Es que no pillas que ya no quiero volver a verte? ¡Déjame en paz, joder!

Ella lo coge con las dos manos, le estira los pantalones, le baja la cremallera y mete la mano para agarrar lo que busca. Él intenta apartarla, pero ella lo aprieta con fuerza y en cuanto consigue sacar su miembro se lo mete en la boca. La resistencia inicial se convierte automáticamente en gemidos ahogados. Cuando está a punto de correrse, ella se gira y se tumba sobre unos contenedores de basura, mientras que con una mano trata de subirse la falda. Pero él se le adelanta, desgarrá su nueva falda amarilla y ella oye cómo se rasga el tejido. Nota cómo la penetra, ella se arquea empujando hacia atrás y él no puede resistirse. Termina en menos de dos segundos y se queda rígido, sin aliento. Ella se da la vuelta, besa sus labios inanimados y agarra su miembro mojado, pero él da un paso hacia atrás, como si ella le hubiera soltado una descarga eléctrica, y le da una bofetada.

Jessie está en shock y no puede decir nada. Nota cómo el calor se expande sobre su cara mientras él se sube la cremallera.

—Esta ha sido la última vez. No siento una mierda por ti. Absolutamente nada. Y nunca jamás abandonaré a mi familia. ¿Lo entiendes?

Oye cómo sus pasos se alejan de ella y la pesada puerta que se cierra a sus espaldas. Se ha quedado allí sola, con el dolor quemándole la mejilla izquierda. Todavía nota la presencia de él entre sus piernas. Pero ahora se siente avergonzada. Observa su propio reflejo en una placa metálica que cubre la pared y se dispone a colocarse bien la ropa, pero la falda está rota. El desgarrón continúa por delante y tiene que abrocharse la chaqueta para taparlo. Se seca las lágrimas y escucha la alegre música que viene de la sala

de baile, en la planta superior. Consigue enderezarse y reanuda el camino por el que ha venido, pero ahora se da cuenta de que la puerta está cerrada. Tira con fuerza, en vano, y cuando grita para pedir ayuda, solo oye el débil sonido de la música que suena a lo lejos.

Jessie decide caminar en dirección opuesta, esperando encontrar otra salida al final del pasillo con los tubos calefactores colgados del techo, y se da cuenta de que nunca ha estado allí antes. Un poco más adelante, el pasillo se divide en dos y ella elige justamente el que no tiene salida. Vuelve sobre sus pasos e intenta abrir otra puerta, que también está cerrada. Vuelve a caminar por el pasillo con los tubos calefactores y al cabo de veinte metros percibe un sonido, a sus espaldas.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Por un momento se autoconvence de que es él, que ha vuelto para disculparse, pero el silencio sepulcral le devuelve algo completamente diferente. Se siente insegura, pero sigue caminando. Al cabo de un rato empieza a correr. Un pasillo se convierte en otro y a Jessie le parece oír pasos a sus espaldas. Esta vez no llama. Intenta abrir cada puerta que encuentra y cuando al fin hay una que cede, la empuja con fuerza y la cruza con rapidez para subir las escaleras corriendo. Le parece oír que la puerta se abre en el piso inferior y cuando llega al rellano superior, empuja con tanta fuerza que la estampa contra la pared.

Jessie Kvium entra en el centro comercial de la planta superior y se topa con familias arrastrando carritos de compra y el sonido de las suculentas ofertas otoñales. Mira hacia la escuela de danza y ve a una mujer y a un hombre con rasguños en la cara. Están preguntando algo a una de las madres, que de repente la ve y señala en su dirección.

—¿*P*ero es ella o no lo es?

—No lo sabemos con seguridad. Sintió que alguien la perseguía en el centro comercial. El problema es que se muestra reacia a colaborar, o que realmente no sabe nada más.

Thulin ha contestado a Nylander mientras Hess observa la sala de interrogatorios a través del vidrio espejo. Es ciego por el otro lado, de manera que él puede observar a Jessie Kvium pero ella no puede verle desde donde está. Hess no está seguro del todo, pero su instinto le dice que Jessie Kvium es perfectamente capaz de guardar el tipo de secretos que tanto le interesan al asesino. Y al mismo tiempo, es completamente diferente a las dos víctimas anteriores. La impresión de Hess es que Laura Kjær y Anne Sejer-Lassen eran más burguesas y se preocupaban más por las apariencias, mientras que Jessie Kvium parece una persona más temeraria y autosuficiente. Por otro lado, eso es justamente lo que la convierte en un blanco evidente, alentadora y provocativa. Entre cientos de mujeres, uno enseguida se fijaría en Jessie Kvium y un hombre se sentiría a la vez atraído e intimidado por alguien como ella. En este momento, la mujer está enfadada y centrada en la discusión con un pobre agente de policía que hace guardia en la puerta, motivo central de la disputa, porque ella pone todo su empeño en cruzarla y largarse de allí, cuanto antes. Hess se siente aliviado porque el volumen del altavoz que cuelga en la pared y que en este momento transmite los gritos de la sala contigua está al mínimo. Ya ha oscurecido en el exterior y, durante unos instantes, Hess piensa que también sería bueno poder bajarle el volumen a Nylander.

—Pero si no puede ayudar es que quizás os estáis equivocando de mujer.

—O la está liando adrede para confundirnos y simplemente necesitamos más tiempo para interrogarla a fondo.

—¿Más tiempo?

Nylander alarga las palabras de Thulin y una extensa vida sometido a la

pésima gestión de sus superiores le dice a Hess lo que va a pasar a continuación.

Thulin y Hess habían conducido inmediatamente del ayuntamiento a Urbanplanen y se habían personado ante la casa de Jessie Kvium y tocado el timbre varias veces. Nadie les había abierto la puerta y la mujer tampoco había contestado las llamadas a su teléfono. En el expediente del ayuntamiento no figuraba que hubiera parientes u otros familiares, tan solo habían encontrado el número de teléfono de una mediadora municipal que estaba en contacto con la madre y la hija, o mejor dicho, que las controlaba semanalmente. Habían hablado por teléfono con la mediadora, que les había explicado que la niña recibía una beca para asistir a clases de danza y que estas se impartían los viernes a las 17.15 en la planta superior del Amager Center.

En cuanto encontraron a Jessie Kvium se dieron cuenta de que algo iba mal. La joven explicó que alguien la había seguido al bajar al parking para poner la tarjeta de estacionamiento en su coche. Habían inspeccionado escaleras, pasillos y sótano inmediatamente, pero no habían visto nada sospechoso. En los pasillos no había cámaras de vigilancia y el sótano estaba lleno de gente cargando sus maletas de compras para el fin de semana.

Jessie Kvium se había mostrado todavía más agresiva durante el interrogatorio, ya en comisaría. Olía a vino y cuando le pidieron que se quitara la chaqueta notaron que su falda estaba hecha trizas. La mujer había comentado que se había hecho el desgarró con la puerta de su coche y que de paso quería saber por qué coño la habían traído hasta allí. Habían intentado explicarle lo que estaba pasando, pero Jessie Kvium por lo visto no sabía nada de nada. Esta había sido la primera vez que había sentido que alguien la perseguía, pero desde luego tenía claro quién le había puesto esa denuncia en la que se le exigía a la administración que le retiraran la custodia de Olivia, aduciendo que le daba palizas y que se desentendía de ella.

—Es una de esas putas madres de la escuela. Siempre criticándome a mis espaldas, cuando en realidad está cagada de miedo de que su marido note lo verde que está el césped al otro lado de la valla. Pero esa zorra ni siquiera sabe deletrear, porque la denuncia estaba hasta la bandera de faltas de ortografía.

—Jessie, no creemos que la remitente de esa denuncia sea una madre de la escuela de Olivia. ¿Qué otra persona podría haberla mandado?

Pero Jessie Kvium estaba convencida de que la había enviado esa madre de la escuela y para su satisfacción, el ayuntamiento había acabado creyéndola a ella y no a la otra, aunque había sido «jodidamente agotador tener a esos funcionarios tocándole los cojones durante tanto tiempo».

—Jessi, es de vital importancia que nos digas la verdad ahora mismo. Es por tu propio bien. No estamos aquí para acusarte de nada, pero si cualquiera de las secuencias que se mencionan en esa denuncia ha ocurrido o puede llegar a ocurrir, tenemos que saberlo, porque sospechamos que la persona que la ha redactado quiere hacerte daño.

—¿De qué coño estáis hablando?

Jessie Kvium parece completamente ida. No permitiría que nadie la tildara de mala madre. Hasta ahora se había ocupado perfectamente de la niña, incluso sin ayuda del padre, que los últimos dos años no había soltado ni una corona con la excusa de que estaba encerrado en la prisión de Nyborg por tráfico de drogas.

—Si no me creéis podéis preguntar a Olivia vosotros mismos. ¡Preguntadle si no está bien conmigo!

Hess y Thulin no tenían pensado ir por esos derroteros. La pequeña de seis años seguía embutida en su vestidito de danza, y ahora mismo estaba viendo dibujos animados en la cantina de comisaría, sorbiendo un refresco y comiendo un par de biscotes con una agente de policía. Le habían explicado que tenían que comprobar algo del coche de su madre. Su ropa estaba gastada y agujereada. Además estaba muy delgadita y no iba demasiado limpia, pero siguiendo esos indicios era imposible saber con certeza si la niña sufría maltrato. Por la situación en la que se encontraba, no resultaba raro que se mantuviera tan callada, y hubiera parecido un ataque frontal si le empezaban a preguntar cómo la trataba su madre, así, sin más.

Desde la sala de interrogatorios vuelven a oír los gritos y maldiciones que suelta Jessie Kvium cuando vuelve a exigir al guardia que la suelten inmediatamente, pero Nylander consigue hablar más alto que los chillidos de la joven:

—No hay más tiempo. Dijisteis que este era el mejor movimiento, así que

tenemos que ganar algo con ello o la soltamos inmediatamente y nos ponemos a trabajar en otra dirección.

—A lo mejor iríamos más rápido si nos dejaras hacer los interrogatorios necesarios —dice Hess.

—Espero que no estés volviendo a referirte a Rosa Hartung.

—Yo solo digo que no hemos podido hablar con ella en profundidad.

—¿Cuántas veces más vas a necesitar que te lo explique hasta que lo entiendas?

—Pues no lo sé. Yo ya he perdido la cuenta, pero por lo visto no cala la petición y seguimos igual.

—¡Escuchadme ahora mismo! Hay otra manera.

Hess y Nylander dejan de discutir en el acto y los dos miran a Thulin.

—Si creemos que Jessie Kvium ha sido elegida para ser la próxima víctima del asesino, en principio tan solo basta con dejarla seguir su vida y vigilarla de cerca mientras esperamos a que el asesino aparezca.

Nylander la mira incrédulo y niega con la cabeza.

—Eso está descartado. Ya han tenido lugar dos asesinatos y no voy a arriesgarme a dejar a Jessie Kvium en su casa sabiendo que un psicópata anda por ahí suelto.

—Yo no hablo de Jessie Kvium. Me refería a mí.

Hess mira a Thulin, sorprendido. Mide como mucho 1,67 metros. Parece una mujer frágil que en cualquier momento puede salir despedida por un golpe de viento, pero cuando uno la mira a los ojos detenidamente ya no queda tan claro cómo se distribuiría el poder en una balanza de fuerza.

—Tengo el mismo color de pelo, la misma altura y una constitución física parecida a la de Jessie Kvium. Si conseguimos una muñeca que imite a la hija, creo que podemos engañar al asesino para que se acerque a nosotros en la situación que nos interese.

Nylander la mira con renovado interés.

—¿Y cuándo pondríamos ese plan en marcha?

—Lo antes posible. Para que el asesino no empiece a preguntarse dónde se han metido. Si Jessie Kvium es el objetivo, el asesino conocerá sus rutinas a la perfección. Hess, ¿qué opinas?

La propuesta de Thulin es una solución sencilla. Y él es un gran defensor de las soluciones sencillas, pero esta no es de su agrado. Hay demasiadas cosas que se les escapan o directamente no saben. Además, el asesino hasta

ahora siempre ha ido un paso por delante de ellos y ahora de repente creen que van a darle la vuelta a la situación.

—Yo creo que es mejor volver a interrogar a Jessie Kvium. A lo mejor...

Alguien abre la puerta de golpe. Tim Jansen cruza el umbral y Nylander lo mira visiblemente irritado.

—¡Ahora no, Jansen!

—Tiene que ser ahora mismo. Mira las noticias y verás.

—¿Por?

La mirada de Jansen se detiene en Hess.

—Porque alguien no se ha callado la puta boca con lo de las huellas dactilares de Kristine Hartung. En todos los canales insinúan que el caso Hartung no está aclarado después de todo.

Thulin calienta la cena a fuego lento sobre la pequeña cocina a gas en el piso de Vesterbro. Tiene que subir el volumen de las noticias porque entre la campana extractora y el timbre de la puerta no oye nada.

—Por favor, ábrele la puerta al abuelo.

—Hazlo tú.

—Venga ya. Échame un cable, que estoy preparando la cena.

Su hija Le camina hasta la entrada como siempre, sin levantar la vista del iPad. Acaban de mantener una discusión, pero Thulin no tiene fuerzas para encararse con ella ahora mismo. Efectivamente, los medios de comunicación han accedido a la información relacionada con la huella dactilar de Kristine Hartung hallada en los dos muñecos de castañas que estaban al lado de Laura Kjær y sobre el cadáver de Anne Sejer-Lassen, respectivamente. Según lo que Thulin ha podido leer en la red, los primeros boletines se publicaron en uno de los dos mayores periódicos sensacionalistas y eso fue hoy por la tarde, pero el tabloide rival le había seguido tan rápido que resultaba difícil ver si tenían sus propias fuentes o simplemente se limitaban a copiar el artículo publicado por la competencia. El titular CONMOCIÓN TOTAL: ¿KRISTINE HARTUNG SIGUE CON VIDA? se había extendido como un incendio forestal en casi todos los medios del país y todos referenciaban los tabloides como su fuente y mostraban el mismo contenido, sin más. Gracias a «fuentes anónimas de comisaría» se sugería que seguramente había una relación entre ambos asesinatos y el caso de Kristine Hartung, porque las misteriosas huellas dactilares encontradas en los muñecos de castañas habían levantado dudas acerca de si Kristine Hartung realmente estaba muerta o no. O sea, que lo que tenían era un pequeño extracto de la verdad, aparte de que Nylander y la cúpula directiva hubiera desestimado cualquier conexión. Era un giro tan sensacional en el caso que a estas horas sin duda era la noticia más leída en todos los medios. Y por si Thulin había olvidado lo sorprendida que quedó cuando oyó por primera vez lo de la huella de Kristine Hartung, ahora lo

recordaba con claridad. Todos hacían sus conjeturas y especulaban en varias direcciones. Incluso un periódico *online* insistía en usar el mote de «El Hombre de Castañas» para referirse a la persona que había perpetrado los crímenes y se podía intuir sin problemas que este era tan solo el comienzo de una avalancha incontenible de reportajes relacionados. Thulin entendía perfectamente por qué Nylander se había marchado corriendo de la sala de interrogatorios para lanzarse de inmediato a reuniones de estrategia y definir de qué manera iban a gestionar los medios.

Ella misma había empezado a esbozar la operación que llevarían a cabo esta misma noche en Urbanplanen. Nylander les había dado el visto bueno e iban a tratar de acorralar al asesino, aunque Hess se había opuesto rotundamente. A Jessie Kvium le habían dicho que ella y su hija no podrían volver a su piso esta noche. La joven se había mostrado frustrada y fuertemente contrariada, aunque rápidamente la habían dejado sin argumentos. Les comprarían cepillos de dientes y el resto de productos que necesitaran y durante esta noche y las próximas, se alojarían en una casa de *kolonihave* de Valby que el municipio ofrecía a familias socialmente desfavorecidas y con la que Jessie Kvium y su hija ya estaban familiarizadas, pues habían pasado una semana en una de ellas el verano pasado.

Jessie Kvium se había dejado interrogar acerca de sus rutinas y a medida que las preguntas se volvían más detalladas e insistentes se había dado cuenta de que la amenaza era real. Thulin había estado al mando del interrogatorio con la ayuda de Hess y la idea era conocer lo máximo de Jessie Kvium para saber exactamente cómo se movía una vez llegaba al complejo de viviendas con su coche, que la policía también había incautado para incluirlo en la operación.

Thulin estaba lista para desplazarse a Urbanplanen enseguida, pero resulta que los viernes Jessie Kvium nunca volvía a casa tan temprano. Después de las clases de danza de la hija tenía que ir directamente a Alcohólicos Anónimos, en Christianshavns Torv, donde el ayuntamiento exigía que se personara de 19 a 21 horas si quería seguir recibiendo las múltiples ayudas familiares a las que tenía derecho, según lo acordado. La hija solía quedarse dormida en una silla del pasillo hasta que Jessie Kvium terminaba con la sesión y la llevaba en brazos de vuelta al coche. Pero como ya eran más de las 19, decidieron que Thulin se incorporaría a la vida de Jessie Kvium cuando la madre saliera de AA, un poco pasadas las 21.

Mientras el jefe de operaciones y todo su equipo estudiaban los planos del complejo de viviendas y los accesos de entrada y salida a Urbanplanen, Thulin había aprovechado para recoger a su hija Le, que jugaba en casa de Ramazan, y volver juntas a casa para cocinarle un buen plato de pasta, antes de que el abuelo viniera para hacerse cargo de ella. Le se había enfadado mucho al saber el plan, porque eso significaba que Thulin esta noche tampoco la ayudaría a pasar al próximo nivel de *League of Legends*, que para ella era lo más importante en la vida. Thulin volvió a recordarse que pasaba demasiado tiempo fuera de casa.

—Venga, Le, ¡a cenar! Si el abuelo todavía no ha cenado, podéis hacerlo juntos.

La hija vuelve del recibidor con un destello de triunfo en la mirada.

—Pues no era el abuelo. Es un tipo de tu trabajo que tiene rasguños en la cara y cada ojo de un color diferente. Dice que él sí me enseñará a pasar al siguiente nivel.

Thulin no pensaba sentarse a cenar, pero ver a Hess bajo la luz de la lámpara de la pequeña entrada de su casa cambiaba las cosas.

—He venido más temprano porque tengo los planos de Urbanplanen y los pisos. Tienes que estudiarlos detenidamente antes de marcharnos.

—Pero primero tienes que ayudarme a mí —suelta Le, antes de que Thulin pueda decir nada—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Mark. Pero como ya te he dicho antes, hoy no puedo ayudarte. Pero otro día sí, sin falta.

—Además tienes que cenar, Le —agrega Thulin con rapidez.

—Pues Mark puede cenar conmigo. Ven, Mark, y mientras yo ceno tú me lo explicas todo. Los novios de mamá no pueden cenar con nosotras, pero tú no eres el novio de mamá, así que puedes quedarte.

Le entra en la cocina. Thulin se queda un momento mirando a Hess. De repente no se le ocurre qué decirle a su hija, así que se mueve un poco hacia un lado y la deja pasar.

En la cocina se sienta al lado de Le, que deja el iPad para conectarse al ordenador mientras Thulin saca tres platos del armario. La niña acapara toda la atención del invitado y lo hace con encanto y dulzura, cual princesa profesional. La amabilidad que derrocha seguramente es un ejercicio de demostración hacia Thulin, para que vea lo maja que es cuando quiere. Pero va perdiendo la pose a medida que Hess la introduce en todo lo que sabe acerca de *League of Legends* y que por alguna misteriosa razón conoce al detalle. Le se concentra mucho para entender los consejos que él le brinda, porque gracias a todos ellos finalmente conseguirá avanzar hasta el preciado nivel 6.

—¿Sabes quién es Park Su? ¡Es conocido en todo el mundo!

—¿Park Su? —pregunta Hess.

En un abrir y cerrar de ojos, trae a la mesa el póster y la pequeña figura de plástico del adolescente surcoreano. Empiezan a cenar y siguen hablando del

juego hasta que acaban charlando de otros juegos que Thulin no sabía que su hija conociera. Enseguida queda claro que Hess solo conoce *LoL* y que nunca ha jugado a otros. Para la hija es como si estuviera recibiendo la visita de un aprendiz. Se expulsa en sabiduría con un flujo acelerado de palabras y en cuanto ya no tiene nada más que aportar al discurso se mete en su habitación para traer la jaula con el periquito, que por cierto pronto tendrá un compañero de juegos, y entonces podrán añadir otro nombre al árbol genealógico de la familia.

—Ramazan tiene quince en el suyo y yo solo tengo tres. Cinco, si contamos al periquito y el hámster. Mamá no quiere que añadamos a sus novios y por eso no tengo más, pero si lo hiciera, tendría muchos.

En este punto de la conversación, Thulin explica que es el momento de que Le se lance sobre el nivel 6. Hess le da un par de buenos consejos más y la niña finalmente se sienta en el sofá, lista para entrar en guerra.

—Es muy avispada.

Thulin asiente con rapidez y piensa que ese comentario dará paso a las típicas preguntas en relación al padre de la niña, y que querrá saber qué relación tiene con él y preguntará también por el resto de vínculos familiares, todo de lo que no quiere hablar. Pero en vez de eso, Hess se gira hacia su chaqueta, que cuelga sobre el respaldo del asiento, y saca un montón de folios que extiende sobre la mesa.

—Mira estos planos. Revisémoslos juntos.

Hess es minucioso. Thulin lo escucha atentamente y sigue el movimiento de sus dedos, que se mueven por los planos del interior, escaleras de acceso y zonas exteriores del conjunto de edificios.

—Todo el complejo estará vigilado, pero obviamente a una distancia prudencial para que los activos del operativo no sean identificados por el asesino, si es que al final aparece.

También menciona la muñeca, que rodearán con un edredón para que Thulin pueda hacer ver que lleva a una niña en brazos. Thulin solo hace un par de comentarios en relación a las posiciones de las unidades de vigilancia, porque teme que el asesino se percate de ellos, pero Hess insiste en la necesidad de tenerlos allí.

—No podemos arriesgarnos. Si Jessie Kvium realmente es la próxima víctima, es muy probable que el asesino conozca Urbanplanen al detalle y es de vital importancia que estemos cerca para poder actuar con rapidez. Si

surge cualquier tipo de peligro, debes avisarnos inmediatamente. Igual que debes decirme ahora mismo si no quieres llevar a cabo la operación y deseas que otra persona te sustituya.

—¿Por qué iba a querer desvincularme ahora?

—Porque conlleva un alto grado de riesgo.

Thulin mira el ojo verde y el azul; y si no lo conociera mejor, pensaría que el hombre está preocupado por ella.

—Todo bien. No tengo ningún problema en hacerlo.

—¿Esa es la niña que salís a buscar esta noche?

Sin darse cuenta, Le se ha marchado del salón y ha entrado en la cocina para beber un vaso de agua. Está observando las imágenes del iPad de Thulin, que en ese momento está apoyado sobre el frontal de la encimera y muestra el comienzo del telediario. La primera noticia también tiene como protagonista a Kristine Hartung y la voz en *off* se recrea con detalles del pasado y presente del caso.

—No debes ver eso. No es para niños.

Thulin se ha levantado de la silla y con un rápido movimiento se acerca a la pantalla y apaga el iPad. Había explicado a Le que más tarde tendría que volver al trabajo y cuando la niña había insistido en saber por qué, Thulin le había contado que estaban buscando a alguien. Obviamente no había mencionado que buscaban a un asesino, pero Le es capaz de establecer la conexión con Kristine Hartung.

—¿Qué le ha pasado?

—Venga, vuelve al salón y sigue jugando.

—¿Esa niña ha muerto?

Lanza la pregunta con una inocencia tal que es como si hubiera preguntado si todavía existen dinosaurios en Bornholm. Pero bajo la curiosidad se intuye una preocupación que empuja a Thulin a prometerse a sí misma que en el futuro se acordará de apagar el iPad a la hora de las noticias y siempre que Le esté en casa.

—No lo sé, Le. Es que...

Thulin no sabe qué contestar. Sea lo que sea que se le ocurra explicar, quedarán flancos abiertos, que en segundos se convertirán en trampas.

—Realmente no lo sabe nadie. Cabe la posibilidad de que sencillamente se haya perdido y que ahora le esté costando encontrar el camino de vuelta a casa. Pero si se ha perdido, es seguro que al final la encontraremos.

El que ha contestado es Hess. Es una buena respuesta y la hija vuelve a sentirse animada.

—Yo nunca me he perdido. ¿Alguno de tus hijos se ha perdido alguna vez?

—No tengo hijos.

—¿Por qué no?

Thulin observa a Hess, que sonrío a su hija, pero esta vez no contesta nada. El timbre de la puerta suena y el tiempo de espera concluye.

*U*rbanplanen es un complejo de viviendas ubicado en la parte construida del oeste de Amager, a tan solo tres kilómetros del ayuntamiento de Copenhague. Los bloques se construyeron en los años sesenta para paliar la falta generalizada de viviendas, pero algo se torció y desde principios del 2000 el gobierno lo califica de «gueto», pues cumple tres de los cinco criterios que establece para dicha calificación. El ayuntamiento todavía no ha conseguido solucionar los problemas existentes y, como también pasa en Odinparken, la presencia de policías daneses demasiado pálidos causaría un revuelo importante, incluso aunque actuaran de manera relajada y vistieran de paisano. Por eso han emplazado a policías de aspecto oriental en los puestos más visibles, por ejemplo en los coches que han estacionado en el oscuro aparcamiento a la izquierda del bloque en el que espera Hess.

El reloj del horno marca casi la una en el piso vacío de la planta principal. Por lo visto no vivía nadie en él, estaba a la venta y la policía había incautado la vivienda para la operación. Las luces están apagadas y desde la ventana de la cocina Hess puede ver el oscuro patio comunitario con los escuálidos árboles, el parque infantil y el ascensor del bloque de viviendas de Jessie Kvium. Aunque Hess sabe que su puesto de vigilancia es óptimo, se siente nervioso. Hay cuatro accesos al bloque, uno por cada punto cardinal, y él mismo y otros tres agentes tienen contacto visual entre ellos, porque están distribuidos por diferentes lugares del edificio y pueden controlar quién entra y sale del bloque de viviendas. En los tejados hay francotiradores capaces de darle a una moneda de una corona a doscientos metros de distancia, y a tan solo dos minutos se mantiene en espera una furgoneta de los GEOS preparada para entrar en acción al primer aviso del *walkie-talkie*.

La llegada de Thulin al complejo había ido bien. Hess había reconocido el pequeño Toyota Aygo enseguida cuando vio girar los faros, cruzar el sistema de carril bici y entrar en el aparcamiento. Había estacionado el coche en la plaza acordada, que poco antes había abandonado un coche de la secreta.

Thulin llevaba el gorro, la ropa y la chaqueta de Jessie; tan solo habían reemplazado la falda con una de aspecto parecido también amarilla. A distancia, era imposible determinar que no era la persona por la que se hacía pasar. Había sacado la muñeca envuelta en el edredón desde el asiento trasero y cerrado el coche trabajosamente, mientras se apoyaba en la puerta del vehículo, para después dirigirse hacia la entrada, cargando a la niña con cierta irritación en el movimiento, igual que lo habría hecho la misma Jessie Kvium. Hess había visto cómo desaparecía su silueta tras la puerta de la entrada y cómo se habían encendido las luces del pasillo. Lo que no había previsto nadie es que el ascensor estaría ocupado y no parecía que fuera a bajar, así que Thulin había decidido subir las escaleras hasta la tercera planta, simulando que el bulto le pesaba cada vez más cuando llegaba a un nuevo rellano.

Se había cruzado con algunos vecinos del complejo, pero ninguno se había fijado demasiado en ella. Al final había desaparecido de su campo de visión y Hess había sostenido el aliento hasta que por fin vio encenderse la luz del piso desde el pequeño balcón.

Ahora llevaban esperando tres horas y no había pasado nada. Unas horas antes había habido movimiento en el aparcamiento, gente que volvía de trabajar o algunas personas de cháchara tratando afanosamente de salvar el mundo, con las hojas secas levantándose y flotando a su alrededor, porque el viento soplaba con fuerza. En el bloque de pisos de la derecha se había celebrado una fiesta en los locales comunitarios del sótano. Durante varias horas se había oído música india y un sitar cuyo sonido subía hasta los bloques de viviendas, pero a medida que la fiesta llegaba a su fin y se iban apagando las luces de los pisos, se daba cuenta de que se estaba haciendo tarde.

La luz en el piso de Jessie Kvium sigue encendida, pero Hess sabe que la apagará en breve, porque la mujer tiene la costumbre de acostarse a esta hora, por lo menos los pocos viernes que se queda en casa y se abstiene de salir de marcha.

—11-7 aquí. ¿Os he contado el de la monja y los siete pequeños agentes de Europol? Cambio.

—No. Suéltalo, 11-7. Te escuchamos.

Es Tim Jansen, que quiere entretener a sus compañeros por el *walkie-talkie* y de paso molestar un poco a Hess. Este no puede verlo desde el puesto de

vigilancia de la ventana de la cocina, pero sabe que está sentado en un coche, un poco alejado de la entrada oeste, junto a un agente de aspecto más étnico. Aunque no le gusta demasiado que utilicen la radio para contar chistes, lo deja pasar por esta vez. En la reunión de equipo que habían mantenido en comisaría antes de desplazarse hasta aquí, Tim Jansen ya había mostrado su inconformidad con la operación, porque Hess no había sido capaz de asegurar que Jessie Kvium efectivamente se encontraba en peligro real. No cabía duda de que el hombre sospechaba que Hess era la persona que había dado el soplo a la prensa, sobre todo porque había sido el único que se había permitido cuestionar el esclarecimiento del caso de Kristine Hartung. Ese tipo de actitudes siempre se castigan. Hess había notado cómo durante los últimos días, Tim Jansen lo miraba descaradamente cuando pasaba por comisaría, y con el bombazo de esta tarde en los medios, bastantes compañeros de trabajo ahora también lo miraban desconfiadamente, lo que resultaba completamente ridículo. Que la prensa se dedicara a escribir sobre casos de asesinatos contadas veces concluía en algo positivo, y por eso Hess se había acostumbrado hacía mucho a mantenerse alejado de cualquier periodista. De hecho, la filtración a la prensa, si es que realmente se trataba de una filtración, no había hecho más que irritarlo. El asesino obviamente sabía lo de las huellas dactilares y a Hess se le había pasado por la cabeza que seguramente estaría partiéndose de risa ante la exposición del caso a la burla pública. Se recuerda a sí mismo que tienen que averiguar quién ha filtrado la información a los periódicos y coge el *walkie-talkie* bruscamente, cuando Tim Jansen se dispone a contar un segundo chiste.

—11-7, establece contacto por radio exclusivamente para temas relacionados con la operación.

—¿Y si no qué, 7-3? ¿Vas a chivarte a la prensa amarilla?

Algunos agentes se ríen hasta que el jefe de operaciones se entromete para exigir que todos los operativos permanezcan en silencio. Hess mira por la ventana. La luz está apagada en el piso de Jessie Kvium.

*T*hulin se mantiene alejada de las grandes ventanas oscuras, pero camina de una habitación a la otra, para dejar claro al asesino que ella, o sea Jessie Kvium, está en casa. Si es que el asesino al final ha venido y la está observando.

La actuación que ha llevado a cabo en el aparcamiento había funcionado. La muñeca daba el pego y la peluca de cabello negro casi no se veía porque quedaba bastante tapada por el edredón. Había sido un pequeño imprevisto que el ascensor no funcionara en ese momento, pero había valorado que Jessie Kvium seguramente sería tan impaciente que habría preferido subir las escaleras que esperar una infinidad de tiempo. Subiendo se había topado con una pareja de jóvenes, pero apenas se habían fijado en ella. Al llegar al piso de Jessie Kvium había utilizado las llaves de la chica para entrar y cerrar la puerta a sus espaldas, apenas cruzar el umbral.

Aunque Thulin nunca antes había puesto los pies en el piso, lo reconocía tras haber estudiado los planos de distribución a fondo. Llevó en brazos a la muñeca hasta el dormitorio, donde la colocó sobre la cama. En esa estancia encontró también la cama de la madre y la de la hija. No había cortinas y las vistas ofrecían la imagen de otro bloque de hormigón con pisos iguales. Sabía que Hess estaba en posición tras las oscuras ventanas del piso inferior, pero no sabía quién podía estar viéndola desde el resto de plantas, así que desvistió a la muñeca y la acostó, como si estuviera poniendo a dormir a Le en su casa. Se le había antojado paradójico estar deseándole buenas noches a una muñeca, en vez de estar acariciándole el cabello a su propia hija, pero no era un buen momento para ese tipo de pensamientos. Después había entrado en el salón para encender la pantalla plana, siguiendo la rutina que Jessie les había comentado. Se había acomodado en la butaca que daba la espalda a la ventana y desde allí se había dispuesto a observar el piso.

La última persona que había estado en la casa había sido Jessie Kvium y saltaba a la vista que no había pasado la mañana haciendo limpieza. El

desorden era espantoso. Había botellas de vino vacías tiradas por el suelo, platos con restos de comida, cajas de pizza por todas partes y mucha vajilla sin fregar. Casi ningún juguete. De repente, Thulin se había sentido una privilegiada. Aunque no podían estar seguros de que Jessie Kvium decididamente maltrataba a su hija, quedaba claro que este no era un buen lugar en el que vivir y crecer. Lo cual le recordó su propia infancia, pero como no tenía ganas de pensar en eso, se concentró en la pantalla del televisor.

Kristine Hartung seguía teniendo prioridad máxima en los diferentes canales y se repetía todo lo relacionado con el caso. Se insistía en argumentar que no había sido resuelto. Explicaban que Rosa Hartung había declinado pronunciarse y Thulin sintió lástima por la ministra, porque la familia ahora tenía que volver a enfrentarse con ese terrible pasado que con tanto ahínco intentaban dejar atrás. Pero en ese momento estalló una segunda noticia inesperada:

—Estén atentos a nuestro programa, porque en breves momentos recibiremos a nuestro invitado especial, Steen Hartung, padre de Kristine Hartung.

Steen Hartung salía en el telediario de la noche y durante una larga entrevista explicaba que no tenía un ápice de duda de que su hija seguía con vida en algún lugar. Suplicaba a todos los espectadores que informaran a la policía de cualquier pista que pudiera ayudar, por improbable o disparatada que pareciera. También se dirigió directamente a «la persona que tiene secuestrada a Kristine» para pedirle que la soltara inmediatamente y que no le hiciera daño.

—La echamos muchísimo de menos... No es más que una niña. Y necesita estar con su madre y con su padre.

Thulin entendía perfectamente a Steen Hartung, pero no tenía demasiado claro que su petición al público fuera a beneficiar la investigación. El ministro de Justicia y Nylander enseguida habían encarado el desafío con afilados comentarios en los que dejaban claro su distanciamiento con respecto a las especulaciones. Sobre todo había sido incisivo el comisario, que en un momento incluso se había mostrado un poco enfadado con la prensa, aunque también había exhibido importantes dotes de entusiasmo y determinación que hacían sospechar a Thulin que el hombre disfrutaba de la atención que recibía. En medio de todo esto, Thulin había recibido un SMS

de Genz en el que preguntaba qué coño estaba pasando, pues los periodistas habían empezado a llamarlo directamente a él. Le escribió a modo de respuesta que era de vital importancia que no se pronunciara. Él le contestó de vuelta tomándole un poco el pelo y asegurándole que cerraría el pico si ella accedía a correr quince kilómetros con él mañana temprano, pero ese SMS lo dejó sin contestar.

La presión mediática en torno a la persona y el caso de Kristine Hartung había cesado temporalmente alrededor de medianoche y había dado paso a reposiciones de series aburridas. El optimismo latente y los nervios iniciales que había sentido cuando dejaba atrás Christianshavn habían dado paso a la duda. ¿Cómo de seguros estaban de que Jessie Kvium sería la próxima víctima? ¿Cómo podían estar seguros de que el asesino la había elegido precisamente a ella? Ahora oye que Tim Jansen se pone a contar chistes malos por el *walkie-talkie*, y en parte también lo entiende. El tipo obviamente es un completo idiota, pero si se equivocan ahora, todavía estarán más lejos de aclarar los dos asesinatos. Thulin mira el reloj de su teléfono, se levanta de la butaca, apaga las luces del salón, como habían quedado, y antes de que pueda volver a sentarse entra una llamada de Hess.

—¿Todo bien?

—Sí.

Nota que él se relaja un poco. Hablan un poco de la situación y aunque él no lo dice específicamente, ella nota que Hess sigue en alerta. Por lo menos más que ella.

—No te preocupes por Jansen —se oye decir a sí misma, de repente.

—Gracias. No lo hago, la verdad.

—Lleva sacando pecho por el caso Hartung desde que me incorporé al cuerpo. Cuando tú y ahora también la prensa cuestionáis si se cerró precipitadamente es como si le dispararais en el abdomen con una recortada.

—Eso suena a algo que te encantaría hacer a ti.

Thulin sonrío. Está a punto de responderle cuando la voz de Hess cambia de tono.

—Algo pasa. Cambia al *walkie-talkie*.

—¿Qué pasa?

—Hazlo. Ahora.

Ha cortado la conexión telefónica.

Thulin baja el teléfono y mira hacia delante, en la oscuridad. De repente se

da cuenta de lo sola que está.

Hess no se ha movido ni un milímetro de la ventana. Sabe que no puede ser visto desde el exterior, pero aun así se mantiene quieto. A unos cien metros, en la última puerta de acceso al bloque de hormigón en el que vive Kvium, acaba de ver entrar a una pareja joven con un capazo de bebé. Han abierto la puerta del sótano, que es donde se encuentra el parking de bicis, y han entrado. Pero la puerta, que tiene un mecanismo de cierre automático, ha empezado a cerrarse lentamente a sus espaldas y Hess ha notado la presencia de una silueta en la oscuridad, cerca del edificio colindante. Por unos instantes cree que el movimiento lo crea el viento que mece los arbustos, pero al cabo de poco vuelve a notarlo. Una silueta empieza a correr y desaparece en el interior del edificio, justo antes de cerrarse la puerta. Hess coge el *walkie-talkie*.

—Creo que acaba de llegar el invitado. Puerta este, cambio.

—También lo hemos visto, cambio.

Hess sabe exactamente qué hay en ese lado, aunque nunca ha estado allí en persona. Esa entrada lleva al parking de bicis y desde allí se puede seguir caminando bajo el bloque de pisos hasta llegar a la escalera y el ascensor que sube a las plantas con viviendas.

Hess abandona el piso, sale al pasillo y cierra la puerta tras él. En vez de salir por la puerta principal y dirigirse a la plaza exterior, baja las escaleras para llegar al sótano. No enciende las luces, pero sí que empuña su linterna. Cuando llega al sótano, sabe por los preparativos anteriores qué camino debe elegir. Ilumina el pasillo subterráneo y corre bajo la plaza hasta el bloque de pisos de hormigón en el que vive Kvium. Le quedan unos cincuenta metros para llegar hasta la pesada puerta metálica que da acceso al complejo de Kvium y oye por el *walkie-talkie* que el ascensor está siendo utilizado por la pareja con el capazo.

—La persona sin identificar debe de estar subiendo por las escaleras, pero no ha encendido las luces, así que no podemos estar seguros. Cambio.

—Empezamos a subir. Desde ya —contesta Hess.

—Pero ni siquiera sabemos si...

—Ya. Basta de cháchara.

Hess apaga el *walkie-talkie*. Algo va mal. La silueta debe de haber llegado a pie, cruzando la oscura zona verde y eso no tiene sentido. No parece un plan demasiado trabajado. Hess se da cuenta de que esperaba que el asesino llegara deslizándose desde el tejado o saliendo por el sistema de alcantarillado. Lo que sea, pero no por una de las puertas de entrada. Quita el seguro de su arma y antes de que se oiga el clic de cierre de la puerta metálica ya ha llegado al primer rellano.

*T*hulin ha oído los comentarios por el *walkie-talkie* y mira por las ventanas. Han pasado entre ocho y nueve minutos desde que avisaron de la presencia del individuo. No ve nada en la plaza y se percata del silencio que invade todo el complejo. El sonido de música hace mucho que ha cesado, solo se oye el viento. No se había opuesto al plan de quedarse sola en el piso cuando ideaban los detalles de la operación, pero ahora parece una idea más bien estúpida. Nunca se le ha dado bien lo de esperar. Y este piso además no cuenta con salida trasera, así que no hay manera de salir de allí si de repente tiene la necesidad de huir. Cuando oye que alguien llama a la puerta de entrada, se siente aliviada porque piensa que debe de ser Hess o uno de los otros, que ha venido para ayudarla.

Pero desde la pequeña entrada observa por la mirilla y ve que el pasillo está a oscuras y que no hay nadie. Tan solo consigue ver el armario del extintor que está un poco más allá, a la izquierda de la puerta. Por unos instantes considera la posibilidad de que nadie haya llamado a la puerta y de que se haya equivocado. Pero no. Ha oído claramente que alguien golpeaba la puerta dos veces. Y aunque lo había interpretado como una señal de que el peligro había pasado, quita el seguro de su arma y se prepara. Abre el cierre, gira la manija hacia la izquierda y sale al pasillo, empuñando la pistola.

Un par de interruptores iluminan débilmente el pasillo, pero no los pulsa. Siente que la oscuridad la protege. Las puertas del resto de pisos que dan al ancho pasillo con suelo de linóleo parecen estar cerradas y a medida que sus ojos se acostumbran a la oscuridad puede ver la pared que está al final del pasillo, a la izquierda. Thulin mira hacia el otro lado del pasillo, a la derecha, en dirección a la escalera y el ascensor, pero también está desierto. No hay nadie.

Desde el interior del piso oye el silbido del *walkie-talkie*. Alguien la llama insistentemente y vuelve hacia la puerta de entrada al piso. Pero a la que se gira, una silueta sale disparada de detrás del armario del extintor y la embiste

con fuerza. Ha estado escondido allí detrás, esperando el momento justo para atacarla. Y ahora nota el peso que la empuja hacia dentro del piso y que la tumba en el suelo. Unas manos frías le agarran el cuello y oye la voz que le chilla en la oreja.

—Jodida zorra. Dame las putas fotos o te mato.

Antes de que el hombre llegue a decir nada más, Thulin pega dos golpes secos y le rompe la nariz con el codo. El hombre se queda pasmado unos segundos en la oscuridad. Antes de comprender quién le ha pegado, Thulin le golpea una tercera vez y el hombre cae con todo su peso sobre el suelo.

Cuando Hess está a punto de llegar al piso de Kvium, ve que la puerta está abierta y antes de cruzarla con los otros dos agentes pisándole los talones, puede oír a un hombre chillar de dolor. Hess enciende la luz. El piso es un gran caos. Por el suelo, entre ropa sucia y cajas de pizza, yace un hombre con la nariz ensangrentada y los brazos presionados contra la espalda. Thulin está sentada encima de él, agarrándole las muñecas entre los omóplatos con una mano, mientras le cachea con la otra.

—¿Qué coño haces? ¡Suéltame, joder!

Thulin termina y los dos agentes levantan al hombre, que sigue con las manos presionadas contra los omóplatos, y ahora todavía chilla más.

Tiene unos cuarenta años. Es un tipo musculoso con el pelo engominado y anillo de casado. Parece un comercial. Bajo el abrigo solo lleva una camiseta y pantalones de chándal, como si acabara de levantarse de la cama. Tiene la nariz torcida e hinchada y su viaje al suelo le ha embadurnado la cara de sangre.

—Nikolaj Møller. Mantuavej, 76. Copenhague S.

Thulin lee la información que aparece en el documento de identidad que ha encontrado en la cartera del hombre. La llevaba en el bolsillo interior del abrigo, además del teléfono móvil y una llave de coche con el logo de Audi. También encuentra una tarjeta de crédito y algunas fotos de familia.

—¿Qué pasa? ¡Yo no he hecho nada!

—¿Por qué estás aquí? ¿Qué haces aquí? ¡Contesta!

Thulin se acerca al hombre y le sujeta la cara para obligarle a mirarla a los ojos. Sigue en estado de shock y claramente está desconcertado al ver a una mujer desconocida vestida exactamente igual que Jessie Kvium.

—Tan solo he venido para hablar con Jessie. Acaba de mandarme un mensaje. ¡Me ha dicho que viniera inmediatamente!

—Mientes. Vuelvo a preguntártelo. ¿Qué haces aquí?

—¡Yo no he hecho una mierda! ¡Es ella la que me ha engañado a mí!

—Enséñame el mensaje. Ahora mismo.

Hess saca el móvil de las manos de Thulin y se lo da al hombre. Los agentes le sueltan y con sus manos ensangrentadas y medio sollozando teclea el código de desbloqueo del dispositivo.

—¡Venga ya! ¡Espabila! —Hess está muy impaciente. Sabe por instinto que esta será la respuesta a sus temores, pero no sabe cómo ni por qué—. ¡Muéstramelo! ¡Ya!

Hess le arrebató el teléfono bruscamente, sin darle tiempo a que el hombre se lo entregue, y mira la pantalla.

No hay ningún número del remitente, tan solo pone «número desconocido» y un mensaje de SMS corto y conciso:

Ven a verme ahora mismo.
Si no mandaré las fotos a tu mujer.

Hess ve que hay una foto adjunta al mensaje y la clica para ampliarla. La fotografía se ha tomado a unos cuatro o cinco metros de distancia y Hess reconoce los contenedores de basura del pasillo bajo la escuela de danza del centro comercial en el que encontraron a Jessie Kvium. Aparecen dos personas muy juntas y no hay duda de lo que están haciendo. La que está delante es Jessie Kvium, que lleva la misma ropa que Thulin, y el de atrás es Nikolaj Møller, que tiene los pantalones bajados hasta los tobillos.

Pasan mil pensamientos por la cabeza de Hess.

—¿Cuándo recibiste este mensaje?

—Suéltame. ¡Yo no he hecho nada!

—¿Cuándo? ¡Contesta!

—Hace media hora. ¿Qué coño está pasando?

Hess mira al hombre durante unos instantes. Lo suelta y corre hacia la puerta.

*H*ængekøjen H/F, la asociación vecinal de *kolonihave* de Valby, que conforma unas parcelas ajardinadas con casitas a las afueras, está formada por poco más de cien unidades y permanece cerrada durante todo el invierno. En verano el lugar es un oasis de vida, pero en cuanto llega el otoño, los veraneantes cierran sus pequeñas casas de madera y abandonan los jardines y huertos a su suerte hasta la primavera. Por eso solo hay luz en una de las casas, emplazada en mitad de la oscuridad del *kolonihave*, y es precisamente la casa propiedad del ayuntamiento de Copenhague.

Es noche bien entrada, pero Jessie Kvium sigue sin poder dormir. El viento azota arbustos y árboles en el exterior y a veces suena como si el tejado de la casita de madera fuera a salir volando. Huele diferente ahora que en verano. La habitación está a oscuras y Jessie está tumbada en la cama con su pequeña, que está profundamente dormida. Observa la delgada línea de luz que se cuelga bajo la puerta que da al salón. Todavía le cuesta asimilar que hay dos agentes de policía sentados al otro lado y que están allí para protegerla a ella y a Olivia. Jessie acaricia la mejilla de su hija. No suele ser demasiado cariñosa con ella y, aunque las lágrimas presionan para salir a borbotones y en un momento de lucidez ha sabido que su hija es lo único que da sentido a su vida de mierda, también tiene claro que es el momento de dejarla ir, para salvar la situación.

Ha tenido un día horrible. Primero lo de Nikolaj, que la había humillado de esa manera en el centro comercial. Después la huida por los pasillos, el interrogatorio en comisaría y ahora aquí, en este *kolonihave* en el que ya no queda ni un alma en las casas vecinas. Aunque Jessie se mantuvo firme e insistió en su inocencia durante todo el interrogatorio, todavía ahora se siente conmovida por las acusaciones que le habían hecho. La acusaban de maltratar y pegar a su hija, igual que habían escrito en la denuncia anónima que llegó al ayuntamiento. Bueno, en realidad no estaba tan conmovida por las acusaciones, porque no era la primera vez que se las hacían. Lo que

realmente le sorprendía eran las consecuencias tan graves que estaban teniendo. Los dos inspectores que la habían interrogado no eran para nada como los trabajadores sociales del ayuntamiento a los que estaba tan acostumbrada. Es como si supieran todo lo que había pasado. Ella se había mostrado muy cabreada, chillando y gritando, seguramente representando lo que habría hecho una madre inocente, pero no importa lo convincente que se mostrara con sus mentiras, ellos no la habían creído en ningún momento. Y aunque ahora no entendía por qué las habían traído hasta esta cabaña húmeda y fría con el pretexto de protegerlas, sí tenía claro que la culpable era ella misma. Como siempre.

Cuando las habían dejado a solas en la habitación, Jessie se había convencido de que sería capaz de recomponerse. Cambiar en una noche. No volver a salir de marcha y dejar de beber. No humillarse más a sí misma y dejar de estar siempre intentando que alguien muerda el anzuelo con el único propósito de sentirse un poco querida, aunque solo fuera por unos minutos. Ya había borrado el contacto de Nikolaj de su teléfono móvil porque así seguro que no lo volvería a llamar. Pero el tema es: ¿aguantará a la larga? ¿O aparecerá otro Nikolaj en un abrir y cerrar de ojos? Antes de él había habido muchos otros, mujeres u hombres, da igual. Y hacía mucho, demasiado, que su vida de mierda se había convertido en la vida de Olivia. La pobre aguantaba estoicamente lo que le echara. Había aguantado los interminables días en la escuela y las tardes de extraescolares, la soledad en los parques infantiles, noches salvajes en cualquier tipo de bar, incluso fiestas matutinas con completos desconocidos a los que Jessie había arrastrado hasta casa y dejado hacer lo que les diera la gana, con tal de edulcorar su vida, aunque solo fuera un poquito. Había odiado a su hija y le había pegado. A veces, el único aliciente para quedársela había sido el dinero que recibía del ayuntamiento por tenerla. En muchas ocasiones la hubiera dado en adopción, sin pensarlo dos veces.

Pero no importa cuánto se arrepiente ni cuánto desee cambiar las cosas, Jessie sabe que no lo conseguirá sin ayuda.

Sale de debajo del edredón con cuidado para no despertar a Olivia. Aunque siente el frío glacial del suelo bajo sus pies, pasa un buen rato arrojando a la niña con la manta y el edredón, antes de abrir la puerta y salir al salón.

*L*as tripas del inspector Martin Ricks suenan escandalosamente mientras navega con su teléfono móvil por las páginas porno repletas de mujeres desnudas. Lleva en la policía más de doce años y siempre se aburre enormemente cuando le encomiendan tareas como la de esta noche. Menos mal que Pornhub, Bet365 y sushi para llevar hacen más soportable el tiempo de espera. Sigue navegando entre la infinita ristra de fotos de contenido sexual, pero aunque lleve un buen rato mirando tetas de plástico, tacones altos y nudos de *bondage*, no consigue quitarse de la cabeza al cabrón de Hess ni la avalancha mediática que se ha iniciado por el caso Hartung.

Martin Ricks había empezado como agente en prácticas asistiendo al inspector Tim Jansen, cuando llegó a homicidios desde la comisaría de Bellahøj, hace unos seis años. Al principio no había conectado demasiado con el tipo alto y arrogante con mirada inquisitiva y fuerte. Jansen siempre estaba preparado para soltar algún comentario irónico y eso incomodaba a Ricks sobremanera, porque a él no se le daba bien lo de las respuestas agudas. Sin darle muchas vueltas más, enseguida lo había metido en el mismo saco que el resto de idiotas que desde la primaria en Ribe le habían tratado como a un tonto. O por lo menos eso era lo que pensaban de él hasta que les pateaba el culo de lo lindo y se callaban la boca. Pero con Jansen no habían llegado a tanto, porque este había visto cualidades en su resistencia física y la profunda desconfianza que mostraba hacia todas las personas y el mundo en general. Los dos habían pasado muchísimas horas juntos, sentados en coches, salas de interrogatorios, gimnasios, reuniones de equipo, vestuarios y cantinas. Para cuando el tiempo de prácticas de Ricks había concluido, le habían dicho al jefe que querían continuar trabajando juntos. Habían sobrevivido a varios jefes destituidos y después de seis años se conocían a la perfección, y no es exagerado decir que habían conseguido forjarse una reputación que nadie se atrevía a cuestionar. Por lo menos hasta que había aparecido el cabrón ese un par de semanas atrás.

Hess era un bala perdida. Puede ser que hubiera sido buen poli en un momento dado de su vida, y sobre todo antes, cuando trabajaba en homicidios, en Copenhague, pero ahora tenía esa actitud de mierda elitista y fanfarrón, igual que el resto de la plantilla de Europol. Ricks lo recordaba como un tipo solitario, silencioso y arrogante. Había sido un alivio perderlo de vista cuando se largó. Pero ahora por lo visto se habían cansado de él hasta los de Europol, y en vez de hacer algo útil por el departamento había estado cuestionando la investigación llevada a cabo en un caso, que precisamente había sido su mayor logro y también el de Jansen, hasta el momento.

Ricks recordaba con detalle esos días de octubre, el año pasado. La presión había sido extrema. Él y Jansen habían trabajado sin descanso y también fueron ellos los que se personaron en el domicilio de Linus Bekker para detenerlo, interrogarlo y posteriormente inspeccionar su vivienda, tras haber recibido un chivatazo anónimo. Cuando unos días más tarde habían vuelto a sentarse cara a cara con el sospechoso en una sala de interrogatorios de comisaría, Ricks había sentido desde el primer momento que esta sesión de interrogatorio sería especial. Tenían buenas cartas en la mano, indicios y evidencias para tirarle a la cara, y al final obviamente había confesado. Habían sentido tanto alivio que habían salido a festejar el logro emborrachándose hasta casi perder el conocimiento. Habían acabado jugando al billar en McKluud de Vesterbro hasta bien pasado el mediodía del día siguiente. Es verdad que nunca llegaron a encontrar el cadáver de la niña, pero eso era tan solo un pequeño detalle irrelevante en un caso que se llevó de manera impecable.

Aun así, ahora Ricks se encuentra aquí sentado, cagado de frío en un *kolonihave* de Valby, haciendo de niñera de una madre alcohólica y todo gracias a Hess y la coñito Thulin. Mientras ellos y los GEOS, incluido Jansen, están pasándolo bien en Urbanplanen, él está aquí con el culo pegado a una silla, esperando a ser reemplazado a las 6.30.

De repente se abre la puerta del dormitorio. La mujer a la que tiene que proteger sale de la habitación. Solo lleva una camiseta y las piernas desnudas. Ricks deja su teléfono sobre la mesa, con la pantalla hacia abajo. Por unos instantes, la joven parece sorprendida.

—¿Dónde está el otro agente?

—No te equivoques, nosotros somos inspectores.

—¿Dónde está el otro inspector?

Aunque no es de su incumbencia, Ricks le explica que ha ido a por sushi, a Valby Langgade.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Por nada. Me gustaría hablar con los dos inspectores que me han interrogado hoy.

—¿De qué les quieres hablar? Puedes hablar conmigo.

Aunque la joven madre alcohólica se esconda detrás del sofá, Ricks está seguro de que tiene un buen culo. Por unos instantes sopesa qué posibilidades tiene de darle un meneo, aquí mismo sobre el sofá y antes de que vuelva su compañero con el sushi, obviamente. Es una de las muchas fantasías sexuales de Ricks. Echar un polvo con una testigo protegida, durante la vigilancia. Pero todavía no ha podido cumplir ese sueño.

—Quiero contarles la verdad. Y quiero hablar con alguien que le busque una buena familia de acogida a mi hija, hasta que yo me recupere y pueda ocuparme bien de ella.

A Ricks le parece una respuesta decepcionante. Le contesta secamente que tendrá que esperar a mañana. La jodida oficina de servicios sociales no está abierta a esta hora. Lo que sí le interesa es esa «verdad», en la que él ha pensado, pero el sonido de su teléfono interrumpe a la mujer, que justo empezaba a soltar prenda.

—Soy Hess. ¿Todo bien?

Suena como si le faltara el aliento y también oye una puerta que se cierra de golpe y el sonido de un motor que se pone en marcha. Martin Ricks se esfuerza para sonar arrogante.

—¿Y por qué no iba a estar todo bien? ¿Y vosotros?

Pero Ricks no llega a escuchar la respuesta porque en ese momento se activa la alarma de un coche. Justo fuera de la casa del *kolonihave*.

Ahora suena la sirena ensordecedora del coche de policía, que está aparcado justo delante de la casa, y todas las luces están encendidas, parpadeando en la oscuridad otoñal como si fuera una atracción del Tivoli.

Martin Ricks no entiende nada. Por lo que puede ver, no hay nadie en el coche ni cerca de él. Sigue con el teléfono pegado a la oreja y como Hess insistentemente le pregunta a Ricks qué está pasando, finalmente le contesta que la alarma del coche se ha disparado. El tono de voz de Hess cambia a tenso.

—Entra en la casa. Estamos llegando.

—¿Por qué estáis viniendo hacia aquí?

—¡Quédate dentro de la casa y protege a Jessie Kvium! ¿Me estás escuchando? ¿Entiendes?

Martin Ricks titubea unos instantes. Luego corta la comunicación. Ahora lo único que se oye es la sirena del coche. Si Hess cree que va a aceptar que le ande dando órdenes, lo tiene claro.

—¿Qué pasa?

La joven madre alcohólica ha salido de la casa y lo mira con temor.

—Nada. Vuelve a la cama.

La respuesta no parece convencerla, pero no le da tiempo a protestar, porque suena un llanto infantil desde la habitación y ella corre hacia dentro.

Ricks se mete el móvil en el bolsillo y extrae la pistola de la funda sobaquera. No es tonto, y por lo que ha entendido de la conversación telefónica, la situación ha dado un giro. Será una de las pocas posibilidades que tendrá para cerrarles definitivamente la boca a todos. Sobre todo a Hess y a Thulin, y ya puestos, también al Hombre de Castañas, que es como hoy han empezado a llamar al asesino en los medios. En breve se plantarán todos los del grupo especial en el portón del recinto y ahora mismo no hay nadie sobre el escenario, así que es su momento estelar.

Ricks saca las llaves del coche del bolsillo de su chaqueta y se acerca para abrirlo. El viento sopla con fuerza, doblando y sacudiendo los árboles y los arbustos. Empuñando la pistola, baja por el camino del jardín como si fuera una alfombra roja.

Olivia no está del todo despierta, aunque se ha sentado en la cama, apoyada en la pared de madera.

—¿Qué pasa, mami?

—Nada, cariño. Vuelve a acostarte.

Jessie Kvium se apresura a sentarse en la cama para acariciar el largo cabello de su hija.

—Pero es que no puedo dormir con tanto ruido —susurra la niña. Se apoya en el hombro de Jessie justo en el momento en que se apaga la alarma.

—¿Ves? Ya ha parado. Ahora puedes dormir tranquila, cariño.

Unos momentos más tarde, Olivia ha vuelto a dormirse. Jessie la observa y piensa que le ha sentado bien hablar un poco con el inspector. No había podido explicarle mucho y querría seguir hablando, porque se sentía aliviada. Pero esa alarma de coche había cambiado el ambiente. Había sentido un miedo atroz, como nunca antes, y ahora que la sirena se ha detenido y vuelve a oír el sonido de llamada del teléfono del inspector se siente una estúpida por haber reaccionado de esa manera. El teléfono suena desde el jardín frontal y al cabo de un rato se da cuenta de que nadie contesta la llamada. Escucha y espera que cese el tono. Vuelve a sonar, pero esta vez tampoco lo coge nadie.

El viento levanta el cabello de Jessie. Se ha puesto los zapatos, pero hace muchísimo frío y se arrepiente de no haber cogido una manta para taparse las piernas antes de salir de la casa. Oye el teléfono sonando cerca del coche de policía, pero sigue sin ver al inspector.

—¿Hola? ¿Dónde estás?

Nadie responde. Jessie se acerca a los arbustos de alheña y al coche, aparcado delante de la verja. Si ahora da un paso más y sale a la gravilla, podrá ver el coche entero y seguramente también el teléfono, que no para de

sonar. Pero en ese momento recuerda lo que le dijeron durante el interrogatorio en comisaría, el peligro del que habían hablado, y de repente el miedo le invade el cuerpo entero. La amenaza de que algo terrible va a pasar acecha desde los árboles encorvados y los escuálidos arbustos para lamerle las piernas desnudas. Jessie se da la vuelta y corre hasta la casa, sube las escaleras de madera y cruza el umbral de la puerta abierta, que cierra de un portazo, tras ella.

Por lo que ha oído antes, cuando el inspector hablaba por teléfono, sabe que en breve llegarán refuerzos y por eso se dice a sí misma que debe tratar de mantener la calma y no entrar en pánico. Gira la llave de la puerta y coloca una cómoda delante, a modo de obstáculo. Entra corriendo en la cocina y en el baño para asegurar que todas las ventanas siguen bien cerradas. En un cajón de la cocina encuentra un cuchillo largo que se lleva con ella. No puede ver nada por las ventanas que dan al jardín posterior, pero de repente se da cuenta de que toda ella está a plena luz, en el interior de la casa. Si hay alguien allí fuera, y de eso ya no tiene ni un ápice de duda, este alguien puede ver cada uno de sus movimientos. En pocos pasos vuelve al salón y tras un par de intentos fallidos, finalmente encuentra el interruptor correcto y apaga todas las luces. Jessie no se mueve ni un milímetro, escucha en la oscuridad y mira hacia el jardín frontal. Nada. Tan solo el viento, que intenta tirar abajo la casa entera. Está cerca de la estufa eléctrica y en ese momento se da cuenta de que antes la ha apagado sin querer, cuando buscaba el interruptor. Jessie se inclina sobre la estufa para volver a encenderla, y esta se activa con un zumbido. Gracias al débil resplandor rojizo que emite el botón de encendido del aparato, ahora puede ver la pequeña figura colocada sobre la silla en la que antes estaba sentado el inspector.

Durante unos instantes no entiende qué es. Pero de repente lo sabe. Y aunque el muñeco de castañas parece inocente así estirando sus brazos de cerillas hacia el cielo, como con resignación, Jessie siente pánico, porque tiene claro que esa figura no estaba allí antes, cuando ha salido de la casa para buscar al inspector. Alza la mirada y es como si algo en la oscuridad estuviera cobrando vida. Se arma de valor y arroja el cuchillo con todas sus fuerzas, al aire.

*E*l vehículo sin distintivos cruza la verja de la asociación del *kolonihave* a toda velocidad y sube por el camino de gravilla. El oasis de pequeñas casas de madera con jardines está completamente a oscuras y ven el reflejo de la matrícula un poco más allá, porque el largo haz de luz de los faros delanteros se lo permite. Thulin conduce hasta el coche de policía y Hess sale del vehículo antes de detenerse.

Hay un par de bandejas de sushi esparcidas por la gravilla y un joven agente de policía está inclinado sobre una figura. El agente ve a Hess y grita, pidiéndole ayuda, mientras febrilmente intenta frenar el flujo de sangre que sale a borbotones de una herida profunda en el cuello de Martin Ricks. Este yace convulsionando, con la mirada perdida hacia los oscuros árboles sobre su cabeza. Hess corre hasta la casa. La puerta está cerrada, pega una patada para abrirla y aparta una cómoda que la bloquea. El salón está a oscuras, pero apunta su arma por toda la estancia y puede ver las sillas y mesas tiradas por el suelo, como si hubiera habido una gran pelea. En el dormitorio encuentra a la hija de Jessie Kvium llorando, sentada en la cama y abrazándose al edredón. Su madre no está y Thulin le señala la puerta de la cocina, que está abierta de par en par. El jardín posterior de la casa tiene una pendiente muy pronunciada y en tres saltos pisan el césped. Hess y Thulin pasan al lado del gran manzano que hay en medio del césped, pero no hay nadie a la vista cuando llegan a la cerca de troncos que divide la parcela con la de los vecinos. La hilera de oscuros jardines azotados por el viento sigue hasta los edificios de apartamentos del bulevar y no la ven hasta que se vuelven de nuevo en dirección a la casa. Las ramas inferiores del gran manzano no son ramas, son las piernas desnudas de Jessie Kvium. Su cuerpo está empotrado en el espacio en que el tronco se divide en tres. Está sentada a horcajadas sobre el tronco más grueso y las piernas sobresalen tiesas, cada una en una dirección. La cabeza está inclinada hacia abajo y las ramas superiores soportan el peso de los brazos inertes, que están colocados hacia arriba, en

dirección al cielo.

—¿Mami?

Oyen la voz confusa entremezclarse con el viento y en la puerta de la cocina observan el débil contorno de la niña, que ha salido al frío. Pero Hess es incapaz de moverse y Thulin tiene que subir la pendiente corriendo y hacer entrar a la niña mientras Hess se queda absorto, observando el árbol. Aunque la noche es oscura, puede ver que ambos brazos son más cortos de lo normal. Y lo mismo pasa con una de las piernas. Y al acercarse más, identifica la figura de castañas con los brazos de cerillas estirados hacia arriba. La figura está de pie, metida en la boca abierta de Jessie Kvium.

MARTES 20 DE OCTUBRE, PRESENTE

*T*hulin camina bajo la lluvia, entre los edificios de viviendas, mirando a su alrededor, buscando un número en concreto. Tiene los zapatos empapados y cuando al fin ve el cartel que señala el 37C, resulta que indica la dirección opuesta a la que se estaba dirigiendo.

Es por la mañana temprano y hace poco que ha dejado a su hija delante de la escuela. Hace tan solo un par de días que habían estado en Urbanplanen y no tenía ni idea de que Hess también viviera en un complejo de viviendas sociales, pero por alguna razón tampoco es que le sorprenda. Las amables, aunque atentas, miradas de mujeres con nicab o velo le revelan que la están vigilando y mientras trata de encontrar el apartamento que busca siente que su enfado va en aumento, pues Hess ha decidido estar ilocalizable justamente hoy, cuando el resto de la ciudad está patas arriba.

Los medios llevan casi cuatro días con emisiones en bucle y reportajes en directo desde las diferentes escenas del crimen, o desde Christiansborg, o la comisaría o incluso el Instituto Anatómico Forense. Mostraban retratos de las tres víctimas y el de Martin Ricks, que había fallecido sobre la gravilla del *kolonihave*. Emitían entrevistas con testigos, vecinos y familiares. Charlaban con diversos expertos e invitaban a hablar a los que tenían teorías contrarias a las de los primeros. También salían hablando policías y, a cada rato, Nylander tenía que ponerse ante los micrófonos, a disposición de la prensa, de nuevo. A menudo intercalaban sus comentarios con los del ministro de Justicia. Y luego estaban los reportajes sobre Rosa Hartung, que había perdido a su hija y ahora tenía que soportar la tortura de saber que el caso seguramente no se había resuelto correctamente. En cuanto los responsables de los equipos de redacción de los diferentes medios se dieron cuenta de que se estaban repitiendo, empezaron a formular conjeturas y suposiciones acerca de cuándo volvería a ocurrir otro asesinato atroz.

Hess y Thulin no habían dormido bien desde el viernes. La conmoción por los asesinatos en el *kolonihave* había dado paso al trabajo de hormigas, el eterno preguntar y llamar a todo el mundo, recogida de información en Urbanplanen y la asociación de casas de veraneantes, además de información acerca de la familia de Jessie Kvium e indagar en sus relaciones sentimentales. La hija de seis años afortunadamente no había llegado a ver a su madre asesinada y un médico la había examinado exhaustivamente para concluir que sí, efectivamente, había sufrido maltrato, desnutrición y también abuso. Una psicóloga había hablado con ella, aunque sin entrar en más detalles que las que tenían que ver con el duelo por la pérdida de la madre. Después de ver a la niña, la psicóloga había comentado que estaba impresionada por la gran capacidad que tenía la pequeña de poner palabras a lo que estaba sintiendo. A pesar de las circunstancias, parecía que las cosas iban en buena dirección y los abuelos de la pequeña, que vivían en Esbjerg, habían venido a recogerla y estaban encantados de cuidar de ella, si bien tenían que esperar a ver si el juez fallaba a su favor para conseguir la custodia. El buen hacer de Thulin había conseguido mantener a los medios alejados de la niña y de sus abuelos, aunque seguían ofuscados generando contenidos en torno al Hombre de Castañas.

Thulin odia cuando la prensa mitifica a los criminales de esa manera. Sobre todo porque está convencida de que el asesino en este caso está especialmente interesado en generar angustia y es posible que se crezca ante tanta atención mediática. Pero es muy difícil acallar a la prensa, especialmente porque las investigaciones técnicas e interminables y los múltiples interrogatorios no han llevado a absolutamente nada. Genz y su equipo llevaban trabajando sin parar desde el viernes, pero todavía no habían conseguido ningún resultado. Tampoco habían sido capaces de rastrear el mensaje de SMS que había recibido Nikolaj Møller y tampoco habían dado con nadie que pudiera describirles quién había estado vigilando a Jessie Kvium, ni en Urbanplanen ni esa tarde en el centro comercial, aunque había vuelto allí para revisar todas las grabaciones recogidas por las cámaras de vigilancia. Cualquier pista posible del asesino desaparecía como por arte de magia, igual que había pasado en el caso de Laura Kjær y Anne Sejer-Lassen.

Lo único que sabían con seguridad es que Jessie Kvium había fallecido sobre la 1.20 de la madrugada. Que las amputaciones se habían llevado a cabo con la misma herramienta que en los casos anteriores y que se podía

corroborar que la víctima también había estado viva en ese momento. Por lo menos cuando le amputaron las manos. También podían confirmar que la huella dactilar encontrada en el muñeco de castañas, esta vez dentro de la boca de la víctima, pertenecía a Kristine Hartung, como en los otros casos. Y obviamente había unanimidad en que todas las denuncias anónimas contra las tres víctimas habían sido redactadas y enviadas por la misma persona, o sea el asesino. Pero ni el ayuntamiento ni el equipo de trabajadores sociales habían podido proporcionar información relevante y los tres e-mails y las laberínticas conexiones hasta el servidor tampoco señalaban al auténtico remitente. Como medida preventiva y porque la situación rozaba lo desesperante, Nylander había mandado equipos de vigilancia para proteger a varias mujeres que habían recibido denuncias anónimas a través del sistema *whistleblower* del ayuntamiento, y había declarado que su departamento se encontraba en estado de alerta máxima.

La atmósfera en comisaría era muy mala y todos estaban muy afectados por la situación. Aunque Martin Ricks no había sido una lumbrera de inspector, tan solo había faltado al trabajo un par de días durante los últimos seis años de servicio y por eso se había convertido en un elemento de referencia, igual que la estrella dorada que cuelga sobre la puerta de entrada del edificio. También supieron que Ricks había estado prometido, lo cual había sorprendido a todos. Ayer al mediodía habían celebrado un minuto de silencio en comisaría y el silencio en realidad había sido bastante ruidoso. Algunos compañeros habían llorado y la investigación se había teñido de esa ferocidad que nace cuando un agente muere estando de servicio.

Para Hess y Thulin la pregunta más acuciante era saber cómo el asesino había conseguido sacar ventaja la noche del crimen. Habían estado esperándolo en Urbanplanen, pero el asesino los había descubierto. Thulin no sabía cómo, pero tenía que haber ocurrido así. Luego se había desplazado hasta el *kolonihave*, lo cual solo tenía sentido si el asesino sabía de antemano que Jessie Kvium y su hija habían pasado una semana allí el verano pasado y había considerado la posibilidad de que los hubieran vuelto a alojar en esa misma casa. El SMS se había enviado al teléfono de Nikolaj Møller antes de los asesinatos, concretamente a las 00.37, desde algún lugar del *kolonihave*, con un teléfono con tarjeta prepago no registrada, y eso casi era lo más aterrador. Mandando ese SMS, el asesino había conseguido atraer al perplejo e infiel personaje hasta Urbanplanen, donde lo esperaba la policía, y Thulin

estaba convencida de que la intención del asesino era hacerlos sentir fuera de juego y ridiculizados. Igual que cuando mandó el SMS al móvil de Laura Kjær cuando ella ya estaba muerta. Y si a todo esto se sumaba la falta de resultados tras el enorme esfuerzo e implicación que todos habían asumido, no es de extrañar que las cosas hubieran estallado en una confrontación con Nylander, el día anterior por la noche.

—¿De qué coño tienes miedo? ¿Por qué no podemos hablar con Rosa Hartung?

Hess había vuelto a insistir en la idea de que los asesinatos de alguna manera estaban conectados con la ministra de Asuntos Sociales, Rosa Hartung, y su hija.

—No tiene sentido investigar este caso sin tener en cuenta el otro. Tres huellas dactilares en tres muñecos de castañas es algo tan evidente que no podemos obviarlos. Y no acaba aquí. También tenemos lo de las amputaciones. Primero faltaba una mano, después dos, y luego faltaban dos manos y un pie. ¿Qué crees que hará el asesino la próxima vez? ¡Pero si es tan obvio que nos va a estallar en la cara! O Rosa Hartung es la clave o es el objetivo, directamente.

Pero Nylander se había mantenido tranquilo y había vuelto a explicar que él mismo ya había hablado con la ministra, y que la mujer en este momento tenía otras muchas batallas que librar.

—¿Qué otras batallas? Es imposible que sean más importantes que esto.

—Tranquilízate, Hess.

—Pero si solo pregunto.

—Según el PET ha recibido amenazas por parte de una persona anónima.

—¿Qué? ¿Y has decidido mantenernos al margen porque no te parecía importante que supiéramos eso?

—¡Os he mantenido al margen porque no tiene nada que ver con los asesinatos! Según los agentes del PET, alguien escribió una amenaza sobre el capó de su vehículo oficial el 12 de octubre, justo en el momento en que el asesino atacaba a Anne Sejer-Lassen.

La reunión había acabado fatal. Hess y Nylander se habían largado del despacho y Thulin se había quedado con la sensación de que la manera en que se había disuelto la reunión era sintomática del estado en que se encontraban en la investigación.

Al fin se puede resguardar de la lluvia porque ha encontrado la galería exterior de paso que la llevará al número 37C. En ambos lados de la puerta se amontonan botes de pintura, barniz y aguarrás, y en medio hay una máquina bastante grande. A Thulin le parece que debe de ser una pulidora de suelos.

—¿Te ha llamado a ti para lo de los suelos? —Thulin observa al paquistaní bajito que acaba de aparecer en la galería con un niño con ojos marrones en los brazos. Viste un chubasquero naranja chillón y parece un preso de Guantánamo, aunque por los guantes de podar y las bolsas de basura que lleva en las manos, Thulin puede adivinar que debe de estar limpiando el complejo de las hojas caídas—. Me parece bien, si eres buena profesional. Este hombre para el que vas a trabajar no es demasiado hábil con las manos, pero se cree Bob el Constructor. Y te aseguro que no lo es. ¿Tú sabes quién es Bob el Constructor?

—Eh, sí...

—Es muy bueno que quiera vender. Este no es un lugar para tipos como él. Pero para sacarse de encima el piso tiene que arreglarlo, claro. Puedo aceptar que yo mismo al final tuviera que repintar las paredes y el techo, porque es un manazas, pero lo que no me da la gana es tener que pulirle el suelo, encima.

—Yo tampoco he venido para eso.

Thulin muestra su placa de policía para intimidarle un poco y con el propósito de que se largue, pero él se queda allí pasmado, observándola con descaro, mientras ella llama a la puerta.

—¿Entonces tampoco eres tú la que va a comprarle el piso? Parece que este tema va para largo...

—No voy a comprarle el piso, no. ¿Sabes si Bob el Constructor está en casa?

—Míralo tú misma. Ni siquiera se molesta en cerrar la puerta con llave. — El paquistaní empuja a Thulin a un lado y abre la puerta, que se atasca un poco—. Y eso también es un problema. ¿A quién se le ocurre no cerrar con llave en Odinparken? Se lo he dicho mil veces pero insiste en que no tiene nada de valor y que por eso no es importante, pero... ¡*Allahu Akbar!*

El paquistaní bajito se ha quedado boquiabierto. Thulin entiende por qué. No hay mucho que ver en la estancia, que por cierto huele a pintura fresca. Tan solo hay un paquete de cigarrillos, un teléfono móvil, unas bandejas de comida para llevar y un par de botes de pintura con pinceles tirados en el

suelo sobre papel de periódico. No parece un lugar en el que Hess pase demasiado tiempo. Pero por alguna razón, a Thulin se le pasa por la cabeza que su piso en La Haya, que en principio es donde vive ahora, tampoco estará mucho más equipado que este. Pero el interiorismo no es lo que les ha llamado tanto la atención. Son las paredes.

Por todas partes hay colgadas notas con apuntes, fotos y recortes de prensa. Entre ellos ha escrito palabras y alguna letra dispersa, pero directamente sobre la pared. Es como una gigantesca tela de araña laberíntica que se extiende sobre dos de las paredes recién pintadas y un insistente rotulador rojo une las notas con líneas retorcidas y dibujos. Por lo visto ha empezado en una esquina con el asesinato de Laura Kjær y ha ido añadiendo el resto de crímenes, incluido el de Martin Ricks. A lo largo de los trazos ha ido incorporando dibujos de muñecos de castañas, algunos nombres vinculados y escenas de los crímenes, que o están mostrados con fotografías o directamente escritos con un trazo grueso sobre la zona superior de la pared. Las notas en realidad no son notas. Son más bien recibos de compra arrugados o trozos de bandejas de pizza, pero ese material por lo visto también se le ha agotado. En la parte inferior hay una fotografía de Rosa Hartung que ha arrancado de un periódico en el que se habla de la vuelta de la ministra a su puesto de trabajo. La fecha está subrayada con el rotulador rojo, que con un grueso trazo llega hasta el asesinato de Laura Kjær. Cientos de trazos se multiplican y establecen complicados vínculos que llevan hasta una columna separada en la que pone: «Amenazas, vejaciones, PET». Encima de todo hay una vieja fotografía de periódico que muestra a Kristine Hartung con doce años y un cuadrado pintado con el rotulador rojo en el que ha escrito en mayúsculas LINUS BEKKER, y en esta zona también ha escrito algunos apuntes sobre la pared. La mayoría son ininteligibles y tiene que haberle costado llegar hasta allí arriba, incluso aunque haya utilizado la pequeña escalera de pintor que ha quedado en medio de la estancia.

Thulin observa la enorme tela de araña con sentimientos encontrados. Cuando Hess se largó de la reunión ayer por la noche, se había mostrado taciturno y encerrado en sí mismo, y como esta mañana no conseguía localizarlo, Thulin no sabía qué pensar. Pero a juzgar por las paredes de su piso, el hombre no ha tirado la toalla. Seguramente ha creado esta composición para tratar de tener una visión global y clara de una situación que es una auténtica locura. Pero no parece haberlo conseguido y diría que

incluso para un experto en cifrados muy dotado o para un matemático con premio Nobel sería un enorme desafío demostrar que el conjunto tuviera algún sentido global, aparte de concluir que el autor de todo este lío estaba poseído en el momento de la ejecución del montaje o sufría algún tipo de enfermedad mental que le empujaba a realizar semejantes composiciones.

El señor bajito suelta un torrente de improperios en paquistaní y mira las paredes con detenimiento. La situación empeora cuando Hess de repente aparece por la puerta del piso. Está sin aliento y completamente empapado por la lluvia. Solo lleva una camiseta de manga corta, pantalones y deportivas y todo su cuerpo desprende vapor, en contraste con el ambiente frío de la galería. A Thulin le sorprende ver lo musculoso y fibrado que está, aunque se ve a la legua que no demasiado en forma.

—Pero ¿en qué estabas pensando? ¡¡Pero si acabábamos de pintar todas las paredes!!

—Las volveré a pintar. Igualmente decías que había que darles dos capas ¿no?

Thulin mira a Hess, que se apoya en el marco de la puerta con la mano izquierda y observa que en la derecha lleva una funda de plástico con papeles enrollados.

—Yo ya le había dado dos capas. ¡Te diré más; hasta le había dado tres!

El niño con los ojos marrones se ha cansado de esperar a su padre y corre hasta la galería exterior. El padre tiene que seguirlo, muy a su pesar. Thulin mira brevemente a Hess y sigue al paquistaní.

—Te espero en el coche. Nylander nos quiere ver inmediatamente. En una hora veremos a Rosa Hartung en su despacho del ministerio.

—¿*T*e interrumpo?

Tim Jansen está en la puerta del despacho. Tiene ojeras y la mirada distante. A Nylander le llega el olor a ingesta fuerte de alcohol.

—No. Pasa.

Detrás de Jansen se ve el equipo ajetreado y se nota el bullicio. Ayer mismo, justo después del entierro, Nylander le dejó bien claro que no volvería a estar involucrado en el caso, así que esa no es la razón por la que se toma tiempo para atenderlo ahora. Pero Hess y Thulin acaban de salir de su despacho y Jansen no les ha saludado cuando se han cruzado, sino que se ha quedado con la vista perdida, como si no les hubiera oído, y por esto y otras cosas Nylander cree que es mejor dejarle pasar y escucharle un rato.

El comisario se había sacado de encima a Thulin y a Hess rápidamente. Les dijo escuetamente que había hablado con el Ministerio de Asuntos Sociales esta mañana y que la ministra Rosa Hartung, a través de su asesor Frederik Vogel, había especificado que estaba a su disposición para facilitar cualquier información que creyeran que pudiera ayudarles.

—Pero quiero dejar claro que la ministra no está bajo sospecha ni tenemos derecho a desacreditarla bajo ninguna circunstancia, así que para empezar es importante que entendáis que lo que tendréis con ella es una conversación, no un interrogatorio.

Nylander tenía la certeza de que el asesor de la ministra de ninguna manera le habría recomendado tener esa «conversación» con los policías, y por eso deduce que la ministra debe de haber insistido en ofrecerles la posibilidad. Tras dejarles este tema claro, Hess, que cada vez le cae peor, se había quedado allí plantado, sin moverse de su despacho.

—¿Eso significa que reabrirás el caso de la desaparición de Kristine Hartung?

Nylander se ha percatado de que ha dicho «desaparición de Kristine Hartung» y no «muerte de Kristine Hartung».

—No. Ese caso está cerrado y no quiero oír hablar más del tema. Y si no pillas lo que te estoy explicando, puedo mandarte de vuelta a Urbanplanen a pulsar timbres, si lo prefieres.

Nylander en realidad había descartado definitivamente dejarles hablar con Rosa Hartung ayer por la noche, pero la presión a la que estaba sometida la Unidad de Homicidios era cada vez mayor. La visión con la que se encontró en el *kolonihave* había sido como una pesadilla, y a raíz del asesinato de Martin Ricks, la investigación había pasado a ser una cuestión personal para muchos. Una vida es una vida, y no debería haber diferencia entre la vida de un policía y la de cualquier otra persona, pero el asesinato a sangre fría del inspector de treinta y nueve años, que según el informe de la autopsia había sido atacado por detrás para cortarle la arteria carótida, dejaba huella hasta la médula a cualquiera que hubiera jurado su cargo en el cuerpo de policía.

Esta mañana a las siete, Nylander había sido convocado a una reunión extraordinaria con sus jefes para dar parte de la fase en la que se encontraban. En principio no había sido complicado explicar la situación de alerta máxima en la que estaba el departamento, además de todas las actuaciones llevadas a cabo y contactos avisados a la espera de conseguir alguna pista. Pero aunque Nylander nunca llegaba a mencionar el nombre de la niña, la sombra de Kristine Hartung planeaba sobre toda su explicación. Es como si los presentes hubieran estado esperando a que terminara de hablar para proceder a lo que realmente era el foco de la reunión: las jodidas huellas dactilares en los muñecos de castañas.

—¿A la luz de los acontecimientos tenéis algún tipo de duda en torno a la resolución y conclusión final del caso Kristine Hartung?

La pregunta formulada por el jefe superior había sido diplomática, pero también una burla. O eso por lo menos es lo que sintió Nylander. Era un punto esencial en la reunión y el comisario notaba las miradas fijas en él. Cualquiera de los jefes presentes en la reunión se sentía feliz por no estar en sus zapatos ahora mismo, porque esa pregunta estaba tan infestada de minas como una ruta de suministro en Oriente Medio. Pero Nylander tenía la respuesta. A efectos presentes no existía evidencia de que el caso Hartung no estuviera resuelto. La investigación había sido extremadamente exhaustiva y que antes de entregarle al juez todo el material probatorio se habían examinado todas y cada una de las opciones. Y el culpable finalmente había sido condenado.

Por otro lado, efectivamente se habían encontrado tres huellas dactilares emborronadas de Kristine Hartung en tres figuras de castañas relacionadas con el asesinato de tres mujeres. Pero eso podía significar cualquier cosa. Podía ser una especie de señal utilizada para criticar a la ministra de Asuntos Sociales y las autoridades que secundan sus propuestas, y por ello la ministra estaba siendo sometida a una vigilancia exhaustiva por parte del equipo de seguridad. Y cabía la posibilidad de que las castañas fueran de la parada callejera que había montado Kristine Hartung el año anterior, justo antes de su muerte. Pero hasta ahora todo era incierto, a excepción del factor de que nada apuntaba a que la niña siguiera con vida en ningún lugar. Y para cerrarles definitivamente la boca a sus jefes, Nylander hasta les había comentado que a lo mejor era la intención del asesino sembrar el terreno con dudas e incertezas y que por ello era de vital importancia que los profesionales mantuvieran la calma y se atuvieran a los hechos concretos y evitaran distracciones.

—Pero en los pasillos de comisaría se comenta que no todos tus inspectores comulgan con tu punto de vista.

—Pues te equivocas. Es verdad que uno de ellos está dotado de una imaginación excesiva, pero también es verdad que esa misma persona no estaba aquí ni tomó parte en la masiva investigación que llevamos a cabo el año pasado.

—¿De quién coño estamos hablando? —había preguntado el director adjunto operativo.

El jefe de Nylander se había solidarizado y había explicado que se trataba de Mark Hess, un oficial de enlace que había tenido problemas en La Haya y había sido enviado de vuelta a casa hasta nuevo aviso. Nylander notó por las expresiones de rechazo en las caras de los presentes que no les merecía demasiado respeto un oficial de enlace que complicaba las relaciones con Europol incluso más de lo que ya estaban. Pensó que la comparencia había concluido, pero entonces el subdirector general había dicho que recordaba a Hess perfectamente y que sabía que el tipo no era un completo idiota. Tenía problemas personales, pero recordaba que había sido uno de los mejores inspectores que había puesto el pie en la Unidad de Homicidios.

—Pero tú dices que Hess se equivoca. Y tranquiliza saberlo, porque en las noticias de esta mañana, hace menos de una hora, ha salido el ministro de Justicia para volver a insistir en que no hay ninguna razón para examinar de

nuevo el caso Kristine Hartung. Por otro lado nos encontramos ante cuatro asesinatos y un asesino de policías, así que es fundamental que ocurra algo ya. Si algún detalle, indicio o sospecha no se está examinando o comprobando debidamente, puede acabar en desastre a la larga. Estaríamos tirándonos piedras al propio tejado. Por no mencionar lo grave que sería si acaba todo en desastre porque alguien no ha hecho bien su trabajo y ahora está intentando cubrir sus errores.

Nylander había negado que estuviera tratando de salvar ningún tipo de pellejo, pero una fina capa de desconfianza se había quedado impregnando el ambiente sobre la mesa de caoba de la sala de reuniones de la policía de Copenhague, la Parole. Como Nylander era un hombre con gran capacidad de reacción, había añadido inmediatamente que hoy mismo ordenaría que su equipo procediera a entrevistarse con la ministra Rosa Hartung, para ver si ella o el Ministerio de Asuntos Sociales estaban en posesión de informaciones que pudieran ayudarles en la captura del asesino.

Al cabo de poco, Nylander había abandonado la sala Parole con la cabeza bien alta, sin revelar que en su interior había nacido una incipiente preocupación de que hubieran cometido un error durante la investigación del caso Hartung.

Ha revisado mentalmente el curso de la investigación mil veces, pero sigue sin ver dónde estaría ese error, si es que hubiera alguno. Lo que sí sabe con certeza es que puede olvidarse de cualquier ascenso relámpago en comisaría ni en otros puestos de la capital de Copenhague si no consiguen un avance inmediatamente.

—Tienes que dejarme volver al caso.

—Jansen, ya hemos hablado de eso. No volverás al caso. Vete a casa. Tómate una semana de descanso.

—Yo no quiero ir a casa. Quiero ayudar.

—Eso está descartado. Sé cuánto significaba Ricks para ti.

Tim Jansen no se ha sentado en la silla Eames que Nylander le ha señalado al entrar. Sigue de pie, mirando por la ventana, en dirección al patio de columnas.

—¿Qué hacen ahora mismo?

—Trabajar a marchas forzadas. Te llamaré cuando sepamos algo.

—¿Así que todavía no tienen ni una triste pista que seguir? Hess y esa chochito.

—Jansen, vete a casa. No estás despejado. Vete a casa a descansar.

—Hess es el culpable de todo esto. ¿Lo sabes?

—Nadie es culpable de la muerte de Ricks, aparte del asesino. De hecho, quiero que te quede claro que fui yo el que di luz verde a la operación, no Hess. Así que si vas a cabrearte con alguien, yo soy tu hombre.

—Ricks no habría salido solo de la casa si no hubiera sido por Hess. Fue él quien lo presionó para que saliera.

—No te entiendo.

Jansen tarda un rato en contestar. Mira por la ventana.

—Estuvimos casi tres semanas sin dormir. Dimos todo lo que pudimos y más. Al final encontramos las pruebas y al cabo de nada también la confesión... Pero luego llega ese cabrón arrastrándose desde La Haya y se pone a difundir rumores, diciendo que la habíamos cagado...

Las palabras salen despacio y Jansen sigue con la mirada perdida.

—Pero no fue así, ¿verdad? Resolvisteis el caso. Por lo tanto, no la cagasteis, ¿verdad?

Jansen mira hacia delante. Es como si estuviera en algún otro lugar, pero entonces suena su teléfono móvil y abandona el despacho para atender la llamada. Nylander lo observa alejarse. De repente empieza a desear que Hess y Thulin consigan algo, lo que sea, cuando se sienten a hablar con la ministra.

*L*os funcionarios del Ministerio de Asuntos Sociales cargan las cajas y las colocan sobre la mesa blanca de forma elíptica, emplazada en medio de la sala de reuniones de techos altos.

—Esto es todo. Ya diréis si necesitáis algo más —dice el jefe de gabinete con diligencia, antes de abandonar la sala—. Que tengáis un buen día de trabajo.

Durante unos instantes, las cajas permanecen envueltas por cientos de partículas de polvo que flotan en una franja de luz de sol que en ese momento entra por la ventana. Hasta que las nubes vuelven a tapar el sol, dejando las lámparas Poul Henningsen como únicas encargadas de la iluminación de la sala. Los agentes se ponen manos a la obra y empiezan a sacar carpetas de las cajas, pero Hess está teniendo un paralizante *déjà-vu*. Hace unos días estaba metido en otra sala de reuniones con otro montón de expedientes, pero en esa ocasión era en el ayuntamiento de Copenhague, y es como si el asesino ahora le hubiera vuelto a meter en otro lío kafkiano de dimensiones desproporcionadas, una pesadilla de cientos de nuevos expedientes que revisar. Cuantas más carpetas van sacando de las cajas, más claro tiene que debe cambiar su enfoque por completo. Reventar los límites y lo previsible, pero no sabe cómo hacerlo.

El interrogatorio llevado a cabo a Rosa Hartung había sido el pilar al que Hess se había aferrado. Tras una charla indiferente con su asesor, ese tal Vogel, que había insistido en que lo que Thulin y Hess mantendrían con la ministra no era un interrogatorio sino una conversación, habían entrado en el despacho donde ella les esperaba. Por lo que explicó, no conocía a ninguna de las víctimas, aunque había repasado las vidas de cada una de ellas hasta el mínimo detalle. Hess veía cómo la ministra se esforzaba muchísimo en recordarlas a ellas o a sus familias, pero sin resultado. Incluso había tenido que combatir el sentimiento de lástima que le generaba. Rosa Hartung, una mujer inteligente y guapa que había perdido a su hija, se había convertido en

una sombra de lo que antes había sido en el poco tiempo que había pasado desde que la vio por primera vez. Su mirada era huidiza y vulnerable, como si estuviera siendo cazada, y cuando tocaba las fotos u otros papeles Hess veía cómo sus delgadas manos le temblaban, aunque ella luchara para evitarlo.

Aun así, Hess había subido el tono, porque tenía claro que Rosa Hartung era la clave. Esas mujeres asesinadas tenían algo en común. En los tres casos, sus hijos e hijas habían sufrido abuso y maltrato en sus propias casas. En todos, el asesino había enviado denuncias anónimas exigiendo la retirada de la custodia y en todos el sistema había absuelto a las familias y dejado a los críos a su propia suerte. Habían encontrado los muñecos de castañas con la huella dactilar de la hija de Rosa Hartung sobre o cerca de cada cadáver y por eso deducía que el asesino responsabilizaba a la ministra. Por extensión, los casos que estaban investigando tenían que sonarle de algo a Rosa Hartung, por fuerza.

—Pero es que no me suenan de nada. Lo siento muchísimo, pero es así.

—¿Y esas amenazas y vejaciones que le han hecho últimamente? Hemos sabido que ha recibido un mail desagradable y que alguien ha escrito «ASESINA» sobre el capó de su coche oficial. ¿Tiene idea de quién puede haberlo hecho? ¿O por qué?

—Los del PET me han preguntado lo mismo, pero es que no recuerdo que nadie...

Hess había evitado deliberadamente mezclar lo de las amenazas con los casos de asesinatos, porque si lo de las pintadas había ocurrido a la misma hora que el asesinato de Anne Sejer-Lassen, que era lo que confirmaban los del PET, tenía por fuerza que tratarse de dos temas diferentes. A menos que fueran dos personas colaborando simultáneamente, y de momento nada apuntaba en esa dirección. Thulin se mostraba cada vez más impaciente.

—Pero tiene que saber algo. Algo sugiere que no todos la aprecian por igual y le tiene que sonar si ha podido hacer algo tan grave que alguien sienta la necesidad de vengarse de usted de esta manera.

El asesor de la ministra había protestado por el tono del comentario, pero Rosa Hartung había insistido en tratar de seguir ayudándoles. Pero no sabía cómo. Ya se sabía que era conocida por tratar de estar siempre del lado de los niños y que había defendido la retirada de la custodia en los casos en los que un niño o niña sufriera maltrato o agresiones de cualquier tipo. Por ello también había pedido a todos los ayuntamientos que activaran el sistema

whistleblower, igual que el que utilizaban en el ayuntamiento de Copenhague. El hecho de que los niños no se atrevan a decir lo que les ocurre era su obsesión y lo primero que implementó en cuanto puso los pies en el Ministerio de Asuntos Sociales precisamente fue dar recursos para que los ayuntamientos y los municipios tuvieran un rol más activo en la situación. A raíz de que salieran a la luz varios casos extremadamente graves en distintos municipios de Jutlandia, la necesidad se había hecho más patente y por ello se habían reforzado las medidas. Obviamente, la ministra tenía algunos opositores o enemigos en los propios ayuntamientos, pero sobre todo debía de tenerlos entre las familias involucradas, que habían notado cómo se intensificaba la vigilancia.

—Supongo que algunas personas también son de la opinión de que ha dejado desatendidos a los niños —había añadido Thulin.

—No. Eso no lo creo.

—¿Por qué no? Como ministra imagino que es fácil dejarse llevar por...

—Pues porque yo no soy así. No es que sea de su incumbencia, pero yo también fui niña y en un momento dado necesité una familia de acogida, así que sé perfectamente de qué va el tema y yo jamás dejaría de lado a los niños.

La mirada de Rosa Hartung estaba incendiada de ira al corregir a Thulin, y aunque Hess estaba contento de que su compañera hubiera planteado esa cuestión, también podía entender por qué la ministra seguía siendo tan respetada como política. Tras unos años durísimos ocupando el cargo de ministra seguía manteniendo una sinceridad y honestidad que otros políticos solo pueden aparentar pero nunca consiguen tener, ni siquiera cuando se colocan delante de las cámaras de las noticias, en *prime time*. Hartung lo llevaba en la sangre y se notaba.

—¿Y qué pasa con lo de los muñecos de castañas? ¿Se le ocurre alguna razón por la que alguien quisiera confrontarla con esas figuras? ¿Las castañas tienen algún significado especial para usted?

Aunque ahora mismo es otoño y en esta época del año los niños se dedican a hacer muñecos de castañas por todo el país, esa firma de autor del asesino es bastante insólita y, si Hess tiene razón en que Rosa Hartung es la clave, ahora tiene la esperanza de que le haga recordar algo.

—No. Lo siento. Solo lo de la parada que montaba Kristine en otoño. Cuando ella y Mathilde se sentaban a la mesa para hacerlos, pero... Eso ya se lo conté la otra vez.

La ministra se había esforzado mucho para contener las lágrimas y Vogel había intentado cortar el interrogatorio, pero Thulin explicó que seguían necesitando su ayuda. Añadió que como la ministra había sido la instigadora de varias retiradas de custodia en los diferentes municipios del país, ella y su compañero querían examinar cada uno de los casos que se habían tratado desde que asumió su cargo en el ministerio. Cabía la posibilidad de que el asesino fuera una de las personas implicadas en algún caso y que de esta manera quisiera vengarse de ella o del sistema que representaba. Rosa había asentido con la cabeza en dirección a Vogel y este se había levantado de la silla inmediatamente para ir a hablar con el jefe de gabinete, que se encargaría de darles las carpetas con los expedientes. Hess y Thulin habían agradecido a la ministra el tiempo que les había dedicado y en el momento de decir adiós ella les había sorprendido con una pregunta.

—Antes de despedirnos quisiera saber si existe alguna posibilidad de que mi hija siga con vida.

Ninguno de los dos había sabido qué contestar. Era de esperar que les haría esa pregunta, pero, por alguna razón, ninguno de los dos había preparado una respuesta. Y entonces Hess se oyó a sí mismo contestar.

—El caso de su hija ya ha sido aclarado. Un hombre confesó y fue condenado.

—Pero ¿y las huellas dactilares? Quiero decir... ¿tres veces?

—Si el asesino que buscamos ahora quiere hacerle daño, lo más cruel y perverso que podría hacerle a usted y a su familia es hacerles creer que sigue con vida.

—Pero no lo sabéis con seguridad. No podéis saber con certeza que no esté viva.

—Como le he dicho...

—Haré cualquier cosa que me pidan. Pero tienen que encontrarla.

—No podemos. Como le he dicho...

Rosa Hartung no habló más. Se limitó a mirarles con sus ojos húmedos, hasta que volvió en sí y Vogel la sacó del despacho. A Hess y a Thulin les instalaron en la sala de reuniones y Nylander había enviado allá a diez agentes inmediatamente para ayudar a revisar todo el material.

Thulin entra con una última caja, que deja encima de la mesa de reuniones.

—Había una caja más. Yo me pongo a leer desde el portátil en la sala de al lado. Venga, ¡ponte en marcha!

El optimismo que Hess había sentido cuando había conseguido el acceso para hablar con la ministra se había esfumado de golpe. De nuevo están revisando carpetas y ahora tienen que examinar un mar de expedientes. Toneladas de infancias terribles, sentimientos heridos, intervenciones municipales y traiciones, con los que el asesino por lo visto quiere que se enfrenten desde el cuerpo de policía a las autoridades sociales. Hess se da cuenta de que no ha dormido lo suficiente. Los pensamientos saltan de un lado al otro con demasiada velocidad y le cuesta concentrarse. ¿Se supone que van a encontrar al asesino entre los afectados de estos casos que están esparcidos, ocupando toda la mesa? Eso parece lo más lógico, pero ¿pueden o deben partir de que el asesino es una persona lógica? Sin duda habrá previsto que precisamente se lanzarán sobre esos casos en concreto, ¿por qué se arriesgaría a señalarse a sí mismo? ¿Y a qué viene eso de dejar los cadáveres emulando a los muñecos de castañas? ¿Por qué amputa pies y manos? ¿Por qué solo odia a las madres y no a los padres? ¿Por qué Kristine Hartung?

Hess comprueba que la funda de plástico sigue en el bolsillo interior de su chaqueta y se dirige a la puerta.

—Thulin. Nos largamos. Dile a tu equipo que nos llamen si encuentran algo.

—¿Por qué? ¿Adónde vamos?

—Al principio.

Hess desaparece por la puerta sin saber si Thulin le seguirá. A la salida, su mirada se cruza unos segundos con la de Frederik Vogel, que asiente con la cabeza a modo de despedida y cierra la puerta del despacho de la ministra.

—¿*P*ero por qué quieres hablar del caso Hartung cuando Nylander insiste en que no es relevante?

—Ni idea. Y si esto tiene algo que ver con machetes o descuartizamiento de cerdos, yo me las piro. Pregúntale a él.

Thulin está de pie delante de Genz en su laboratorio y mira enfadada en dirección a Hess, que está cerrando la puerta para que nadie pueda oírles. Han venido directamente del Ministerio de Asuntos Sociales tras cruzar la ciudad para llegar al edificio con forma de cubo y a las cajas de cristal y a los técnicos de laboratorio vestidos de blanco. Por el camino, Hess le ha pedido a Thulin que se asegurara de que Genz estuviera allí mientras él se ocupaba de hablar con otra persona por teléfono. Al contestarle la llamada a Thulin, Genz ha sonado contento, incluso puede que un poco demasiado, pero enseguida se le ha pasado cuando ella le ha especificado el recado de Hess y que iban para allá para comentar un par de cosas con él. Thulin había cruzado los dedos para que Genz le dijera que tenía demasiado lío y que no podría recibirles, pero por lo visto le acababan de cancelar una reunión y podía atenderles sin problema. Y ahora Thulin se arrepiente profundamente de haber venido con él. Están ante la misma pantalla en la que les mostró la primera huella dactilar del pulgar de Kristine Hartung, pero parece que ha pasado muchísimo tiempo desde entonces. Thulin observa que Genz ha estado utilizando un soldador y que ha dejado algunos utensilios sobre un hornillo. Deduce que ha estado calentando plástico, seguramente para examinar su flexibilidad. En ese momento, Genz dirige su amable aunque alerta mirada en dirección a Hess, que camina hasta la mesa de escritorio.

—Porque sigo pensando que el caso Hartung es relevante. Pero ni Thulin ni yo estábamos aquí durante la investigación, así que necesito tu ayuda, y eres el único en quien confío. Si crees que te estamos poniendo en un compromiso y que puede estallarte en las narices, debes decirlo inmediatamente y entonces nos marcharemos enseguida.

Genz los mira. Y luego sonríe.

—Siento curiosidad. Si no me obligas a cortar otro cerdo, me apunto.  De qué se trata?

—El material probatorio que incrimina a Linus Bekker.

—Lo sabía.

Thulin se levanta de la silla en la que acababa de sentarse, pero Hess llega a sujetarle la mano para frenarla.

—Escúchame un momento. Hasta ahora solo hemos ido haciendo lo que el asesino esperaba que hiciéramos. Tenemos que encontrar un atajo. Si resulta que es una pérdida de tiempo seguir revisando el viejo caso, lo sabremos enseguida y entonces me callar  la boca. No volver  a mencionar a Kristine Hartung.

Hess suelta su mano. Thulin se queda pensativa un momento antes de volver a sentarse. Sabe que Genz ha notado la manera en que Hess la ha tirado del brazo para cogerle la mano y le da vergüenza no haber retirado el brazo inmediatamente. Hess abre una carpeta gruesa de un caso.

—Kristine Hartung desapareció la tarde del 18 de octubre del año pasado, cuando volvía a casa, después de jugar un partido de balonmano. Enseguida alertaron de su desaparición a la policía y la investigación tomó un rumbo frenético cuando al cabo de un par de horas encontraron su bicicleta y su bolsa de deporte tiradas en medio de un bosque. En las tres semanas posteriores buscaron a la niña, sin resultado. Era como si se la hubiera tragado la tierra. De repente, les llega información por un soplo anónimo que insiste en que deberían hacer un registro en la casa de un hombre en concreto, Linus Bekker, de veintitrés años, residente en un piso de la planta principal de un complejo de viviendas en Bispebjerg.  Todo correcto, hasta el momento?

—Sí, es correcto. Yo mismo estuve presente en la entrada y registro. Y resultó ser un buen soplo.

Hess no hace caso a Genz en un primer momento, y sigue observando los folios del caso.

—Fueron a casa de Linus Bekker y lo interrogaron acerca de Kristine Hartung. Después se realizó la entrada y registro, como mencionas. El hombre parecía sospechoso. No trabajaba, no tenía estudios y ningún entorno social. Vivía solo, se pasaba todo el día delante de la pantalla del ordenador y ganaba el dinero que necesitaba jugando al p quer en la red. Y lo que era

todavía más relevante, resultó que había estado en prisión durante tres años, condenado por violar a una mujer y a su hija adolescente en una casa en Vanløse en la que había entrado a la fuerza. Además, resulta que Bekker tenía varias condenas por conducta sexual inapropiada y estaba recibiendo tratamiento en un centro de salud mental local por sus problemas psicológicos, pero desde el primer momento negó rotundamente haber cometido delito alguno contra Kristine Hartung.

—Incluso creo recordar que comentó que ahora volvía a ser normal. Hasta que inspeccionamos su portátil, o mejor dicho, nuestros informáticos lo abrieron.

—Exactamente. Por lo que he leído, resulta que Linus Bekker era un *hacker* bastante bueno. Autodidacta y perseverante. Paradójicamente, su interés por la informática había despertado durante un cursillo que le habían ofrecido en la cárcel, y entonces se supo que llevaba por lo menos seis meses hackeando la base de datos de la policía y que había tenido acceso a fotografías de cadáveres en las escenas de los crímenes.

Thulin había decidido que no abriría la boca para ahorrar tiempo, pero en este momento tiene que corregir a Hess.

—Técnicamente no había hackeado nada. Tan solo había capturado una *cookie* de sesión de uno de los ordenadores que había estado conectado al sistema, y como el sistema era anticuado e inseguro, había podido engañarlo, reenviando la *cookie*. Es una vergüenza que no hubieran cambiado ese sistema mucho antes.

—Bueno, vale. El tema es que Bekker había tenido acceso a cientos de fotos de escenas de crímenes y debió de ser un shock para él cuando lo descubrieron.

—No solo un shock. Fue una bomba atómica —añade Genz—. El hombre había conseguido acceder a información que nadie debería tener, aparte de nosotros. Además se supo por su historial de búsqueda que había navegado por los casos más terribles de asesinatos que había podido encontrar.

—Yo también lo he entendido así. Sobre todo buscó fotografías de casos de asesinatos de mujeres en los que la motivación fuera de carácter sexual. Había mostrado más interés por mujeres desnudas y mutiladas, pero en algunos casos también le interesaban los casos de crímenes perpetrados contra menores de edad, sobre todo contra niñas pequeñas. Bekker en un momento dado había admitido que tenía pensamientos sádicos sexuales y que

llegaba al clímax viendo esas fotografías. Pero seguía negando siquiera haber tocado a Kristine Hartung y en principio se podía decir que tampoco había evidencia de que ese fuera el caso, ¿no?

—Correcto. Hasta que analizamos unas zapatillas de deporte tuyas.

—Explícalo.

—Es bastante sencillo. Revisamos todo lo que encontramos en el piso, incluidas unas zapatillas blancas que encontramos en el armario, sobre una hoja de periódico. El análisis de los restos de tierra que encontramos en las suelas coincidían en un cien por cien con el tipo de tierra que había en la zona del bosque donde encontramos la bicicleta y la bolsa de Kristine Hartung. No había ni un ápice de duda. Y ahí fue cuando empezó a mentir.

—¿Con lo de mentir quieres decir lo de su explicación de por qué había estado concretamente en esa zona del bosque?

—Claro. Por lo que entendí yo, empezó a decir que se sentía atraído por los lugares en los que se había cometido un crimen, igual que por las fotos de la base de datos. Y cuando oyó lo de la desaparición de Kristine Hartung en las noticias se desplazó en coche hasta ese lugar del bosque. Tendrás que preguntarle a Tim Jansen o a uno de los otros, pero me suena que indicó que se quedó de pie, tras el cordón policial, junto al resto de curiosos y que se sintió sexualmente excitado por el mero hecho de encontrarse en ese lugar.

—Ahora volveremos a esa parte. Pero el hecho es que el hombre siguió negando haber matado a Kristine Hartung. En general le costaba mucho explicar en qué lugares había estado a ciertas horas e incluso admitió que a menudo sufría pérdidas de memoria, también por culpa de su diagnóstico de esquizofrenia paranoide, pero él seguía insistiendo y negándolo, incluso cuando encontrasteis el arma con la sangre de Kristine Hartung en una estantería de su garaje, cerca de su coche. —Hess busca un apunte escrito a mano en un folio del caso—. No fue hasta que en un momento dado lo interrogaron Jansen y Ricks y le mostraron las fotos del arma que habían encontrado durante el registro que finalmente confesó el crimen. ¿Es más o menos correcto?

—No estoy familiarizado con lo que pasó exactamente durante el interrogatorio, pero el resto sí, suena todo correcto.

—Muy bien. Entonces... ¿podemos largarnos ya? —Thulin mira a Hess con el semblante serio—. No veo para qué va a servirnos toda esta información. ¿Qué importancia tiene? Queda claro que el hombre está

enfermo de la cabeza, así que no tiene sentido malgastar más tiempo hablando de él mientras que el otro criminal se nos escapa de las manos.

—No estoy diciendo que Linus Bekker no esté enfermo. El problema es que creo que decía la verdad hasta el día en que de repente confesó el crimen.

—Venga ya.

—¿Qué quieres decir?

Genz siente curiosidad y Hess señala los folios.

—Linus Bekker había sido detenido por conducta sexual inapropiada en dos ocasiones anteriores al caso Kristine Hartung. La primera vez en un patio trasero de una residencia estudiantil en Odense, donde una joven había sido violada y asesinada por su pareja unos años antes. Y la segunda vez en Amager Fælled, donde una mujer había sido asesinada por un taxista y abandonada en unos arbustos, diez años antes. Las dos veces fue visto masturbándose en los lugares en los que habían ocurrido los crímenes. Posteriormente fue detenido y condenado con una pena menor.

—Y eso ya lo dice todo, ¿no?

—No. Eso nos dice que cabe la posibilidad real de que Linus Bekker se haya desplazado al lugar en el bosque donde desapareció Kristine Hartung en cuanto oyó hablar del tema en las noticias. Para otra persona sería impensable hacer algo así, pero para un hombre con su inclinación podría haberse dado el caso.

—Sí, pero el caso es que no lo admitió en cuanto fue detenido. Un inocente lo habría confesado. No fue hasta que analizamos la tierra de las suelas de las zapatillas blancas que empezó a dar esa explicación.

—Pero tampoco es tan raro. Es posible que pensara que no lo descubriríais, que ni siquiera encontraríais los restos de tierra. Ya habían pasado tres semanas y, aunque no conozco personalmente a Linus Bekker, puedo imaginar que su idea era no tener que volver a explicar lo de su fijación por desplazarse a las escenas de los crímenes. Pero en cuanto le mostraron el análisis de tierra, tuvo que explicar la verdad.

Thulin se levanta.

—Seguimos dando vueltas sobre los mismos temas. No entiendo por qué ahora tenemos que pensar que un psicópata condenado al final decía la verdad, así que me vuelvo al ministerio.

—Pues tenemos que contemplar esa opción, porque Linus Bekker sí que estuvo en el bosque. Y además estuvo allí a la hora que dijo.

Hess saca una funda de plástico del bolsillo interior de su chaqueta y saca un montón de copias arrugadas. Antes de pasárselas a Thulin, ella se da cuenta de que es la misma funda de plástico que Hess llevaba en la mano esta mañana en Odinparken, cuando volvía a su casa después de hacer footing.

—En los archivos digitales de la Biblioteca Real almacenan artículos y fotos publicadas en los medios, y he encontrado unas fotografías tomadas en el supuesto lugar de desaparición de la niña, en el bosque, por la tarde, el mismo día en que ocurrió. La primera impresión muestra fotos que ilustran el reportaje de un periódico matinal publicado el día después de la desaparición de Kristine Hartung. El resto son primeros planos.

Thulin observa el conjunto de imágenes. La de arriba es una fotografía que ha visto con anterioridad, casi una imagen emblemática porque es una copia 1:1 de una de las primeras fotos que recuerda de la cobertura mediática del caso Kristine Hartung. Muestra una zona del bosque iluminada por focos y se ven algunos agentes y patrullas caninas que seguramente están coordinándose para empezar la búsqueda. Son imágenes dramáticas y dejan claro al espectador la gravedad de la situación. Muy en segundo plano están los periodistas, fotógrafos y otros curiosos colocados tras el cordón policial, y Thulin está a punto de volver a recordarle que están perdiendo un tiempo muy valioso. Pero en la próxima copia lo ve. La impresión es tosca y pixelada. Muestra un primer plano de algunas caras y Thulin enseguida entiende que deben de ser los curiosos que se concentran tras el cordón policial. En la última fila y casi tapado por los hombros del resto de espectadores, o sea en la tercera o cuarta fila, ve la cara de Linus Bekker. Como se trata de una imagen ampliada, los ojos son dos agujeros emborronados y negros, pero la forma de la cara y el escaso cabello rubio no dejan lugar a dudas.

—Obviamente, la pregunta es: ¿cómo puede estar allí, cuando en su confesión explica que en ese momento estaba dando vueltas con el cadáver de Kristine Hartung en algún lugar del norte, buscando un sitio para enterrarla?

—Joder.

Genz ha cogido el montón de copias impresas de la mano de Thulin, que todavía no sabe qué decir.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿Por qué no dijiste nada a Nylander?

—Tenía que hablar con el fotógrafo que tomó la foto para corroborar la

hora en la que la sacó. Comprobar que realmente la tomó esa noche. Me lo ha confirmado cuando veníamos hacia aquí en el coche. Y con respecto a Nylander, creía que era mejor que lo habláramos tú y yo antes.

—Pero esto no absuelve a Bekker. En principio pudo haber matado a Kristine Hartung, metido el cadáver en el maletero y vuelto al bosque para ver trabajar a la policía, antes de dirigirse al norte para enterrarla.

—Sí. Ese tipo de conducta se ha visto antes. Pero como os he comentado, me parece destacable que el machete estuviera completamente limpio de polvo de huesos, si es que realmente la descuartizó con él. Y aquí es cuando todo adquiere un matiz misterioso...

—Pero ¿por qué iba Linus Bekker a confesar algo que no había hecho? No tiene sentido.

—Puede haber muchas razones para ello. Pero creo que lo mejor es preguntárselo en persona. Porque yo creo que el autor del crimen del caso de Kristine Hartung es el mismo que el asesino al que buscamos nosotros. Y con un poco de suerte, puede que Linus Bekker nos ayude a avanzar.

Slagelse está a unos cien kilómetros y el GPS calcula que tardarán una hora y cuarto, aproximadamente. Pero ha pasado menos de una hora cuando Thulin gira el coche para aparcar en el descampado cerca de Grønningen, donde ahora se encuentra la Unidad de Hospitalización Psiquiátrica y el Hospital Psiquiátrico Penitenciario de Slagelse.

Sienta bien salir de la ciudad y ver pasar por la ventanilla el paisaje otoñal con campos y bosques en tonos rojos, amarillos y marrones. En breve desaparecerán todos esos colores y llegará el invierno, que se limita exclusivamente al tono gris. Thulin ha intentado disfrutar de las vistas, aunque sus pensamientos siguen volviendo al laboratorio de la policía científica.

Hess había ampliado su teoría mientras seguían sentados ante la mesa de trabajo de Genz. Si Linus Bekker no era culpable del crimen contra Kristine Hartung, significaba que otra persona había desviado la sospecha en su dirección. Linus Bekker tenía muchos números para convertirse en el chivo expiatorio ideal, sobre todo por sus antecedentes penales y patología psiquiátrica, que no tardó en acaparar el interés de la policía en cuanto quedó bajo su foco de atención. Pero el autor del crimen, y ahora Hess no estaba hablando de Linus Bekker, tenía que haberlo planificado meticulosamente mucho tiempo atrás y a conciencia, seguramente con la intención de que pareciera que Kristine Hartung estaba muerta y enterrada. El chivatazo anónimo que apuntaba en dirección a Linus Bekker, y gracias al cual se había esclarecido el caso de Kristine Hartung, empezaba a parecer sospechoso.

Por eso, Hess había interrogado a Genz en relación a la llamada de teléfono en la que se incriminaba a Bekker y que había sido la pista que habían seguido para resolver el caso. Genz enseguida se había puesto a teclear para extraer la información pertinente del dossier de los informáticos. La llamada telefónica se había recibido en un teléfono fijo un lunes por la mañana temprano, pero desafortunadamente no al servicio de alertas, donde todas las

llamadas son grabadas. Lo más destacable es que la llamada había entrado al número directo de las secretarías de Nylander. Eso no necesariamente era extraordinario, ya que el comisario había estado tan presente en los medios en esa época que para cualquier persona que siguiera el caso podría tener sentido querer llamarlo directamente a él para pasar un chivatazo. Aparte de eso, la llamada por lo visto se había hecho desde un teléfono móvil con tarjeta de prepago no registrada y por eso no había sido posible localizar al informante. Y allí se desvanecía la pista. La secretaria que había recibido la llamada solo pudo decir del comunicante que «hablaba danés correctamente» cuando este especificó que deberían investigar a Linus Bekker y registrar su domicilio en relación al caso Hartung. El informante había repetido el nombre de Linus Bekker y después había cortado la llamada.

Hess había pedido a Genz que revisara las pistas científicas del caso en cuanto le fuera posible. Cabía la posibilidad de que otras pistas, que a priori parecían inocuas, se hubieran desechado en el momento en que la investigación se centró en Bekker y Hess ahora estaba interesado en examinarlas. Sería un trabajo arduo y lento, pero Genz lo intentaría hacer. Aunque había preguntado qué se suponía que debía contestar si alguien le preguntaba por qué estaba metiendo las narices en el caso Hartung buscando inspecciones oculares y material probatorio técnico.

—Di que te lo he pedido yo, y así no te pillas los dedos.

En ese momento Thulin había pensado en ella misma y lo que diría. No tenía ninguna duda de que el cariz que estaba adquiriendo la investigación se encontraba en la zona en la que Nylander les había prohibido entrar, y que si se descubría, su desobediencia mermaría sus posibilidades de entrar en la NC3. Pero había obviado avisar a Nylander adrede y en vez de llamarlo a él había llamado a los asistentes para asuntos criminales que estaban examinando casos en el ministerio, buscando potenciales enemigos de Rosa Hartung. No habían encontrado nada nuevo, aparte de que en muchos de los casos había un sentimiento de odio implícito hacia las autoridades en general. Por eso, Thulin había accedido a acompañar a Hess a hablar con Linus Bekker y este había llamado al Hospital Psiquiátrico Penitenciario de Slagelse, donde estaba ingresado. El médico jefe se encontraba reunido, pero Hess le había explicado su intención a su segundo, le había informado que ya estaban saliendo hacia allá y que llegarían aproximadamente en una hora.

—¿Estás segura de que quieres venir? No tienes que hacerlo, si crees que te

pone en un compromiso.

—No importa.

A Thulin sigue costándole creer que la visita servirá de algo. Lo más lógico era que Linus Bekker hubiera dicho la verdad cuando confesó el crimen. Podía haber aparecido tras el cordón policial del bosque, igualmente. Por lo que sabía de Tim Jansen y por cómo había conocido a Martin Ricks, no tiene dudas de que los inspectores habrían sido rudos, y posiblemente también violentos, si lo que querían era convencer a un sospechoso para que confesara. Pero no importa cuánta presión hubieran ejercido sobre Linus Bekker, el hombre habría tenido muchísimas ocasiones de cambiar su confesión, a posteriori. Así que, ¿por qué iba a ser falsa? A pesar de sus supuestas lagunas, Bekker había conseguido recordar lo suficiente como para reconstruir todo el proceso. Había estado perfectamente de acuerdo con la reconstrucción que habían realizado, en la que se desglosaba cada uno de sus pasos, desde la tarde en que deambulaba con su coche y por casualidad se fijó en la chica con la bolsa de deporte, hasta que la misma noche se encontró cargando con el cadáver en un bosque del norte. Había explicado cómo la había agredido sexualmente y luego la había estrangulado, y también había contado que había dado muchas vueltas con el cadáver en el maletero del coche sin saber qué hacer con él. En su declaración en el juicio, incluso había pedido disculpas a los padres de la niña por su atroz comportamiento.

Tenía que ser verdad. Cualquier otra cosa carecía de sentido y eso es lo último que piensa Thulin cuando aparca delante del edificio del Hospital Psiquiátrico Penitenciario.

*E*l nuevo edificio psiquiátrico penitenciario, ubicado en una parcela independiente cerca de la unidad de hospitalización psiquiátrica, está rodeado de muros dobles de seis metros de altura por los cuatro costados. Entre ellos hay un foso seco. El único acceso es desde el lado sur, donde el sistema de puertas de seguridad se abre al aparcamiento. Hess y Thulin se colocan ante una pequeña cúpula con cámara de vigilancia y el equipo de altavoces que hay al lado de la enorme y pesada puerta.

Al contrario que Hess, Thulin nunca ha estado en un psiquiátrico penitenciario antes, pero ha oído hablar de este sitio. El Hospital Psiquiátrico Penitenciario de Slagelse, que coloquialmente se llama Sikringen, es la institución psiquiátrica penal más grande del país, en la que están internados los criminales más peligrosos. Los aproximadamente treinta presos que están aquí padecen alguna patología psiquiátrica y sus condenas se fundamentan en la peligrosidad del sujeto, que el tribunal correspondiente aplica en contados casos, cuando estima que el interfecto revela una gran probabilidad de reincidencia y es de una peligrosidad constante para el resto de personas. Como se estima que esta peligrosidad se debe a un trastorno mental, el criminal es ingresado en Sikringen, que funciona como un híbrido entre una unidad de hospitalización psiquiátrica y una cárcel de alta seguridad, y siempre se trata de condenas por tiempo indefinido. Los internos, que en este caso se definen como pacientes, son asesinos, pedófilos, violadores reincidentes y pirómanos, y algunos de ellos nunca volverán a reincorporarse a la sociedad porque su exención de responsabilidad nunca se ve modificada.

La puerta electrónica se abre. Thulin sigue a Hess hasta una especie de garaje vacío en el que hay un vigilante sentado tras un cristal blindado, esperándolos. Tras él, otro vigilante observa los monitores de las cámaras de seguridad. Y hay muchísimos monitores. Cuando se lo piden, Thulin entrega

su teléfono móvil, cinturón, cordones de los zapatos y cualquier cosa que pueda utilizarse como arma o para autolesionarse. En el caso de Thulin y Hess, también tienen que entregar sus armas, pero es el hecho de desprenderse de su teléfono móvil lo que más les molesta, porque sin él no podrán seguir en contacto con sus compañeros en el ministerio, lo que no habían previsto antes de entrar. Pasan por un escáner corporal gracias al cual se ahorran el cacheo y Hess y ella acceden a una sala que parece un sótano, hasta que una nueva puerta se abre. Llegan ante unas compuertas y cuando quedan completamente cerradas se abre la próxima puerta, que es de metal y de apertura electrónica, donde un enfermero varón les espera con una placa de identificación en la que se lee «Hansen».

—Bienvenidos a Sikringen. Seguidme.

Con sus pasillos luminosos con vistas a agradables patios interiores verdes, a primera vista el Hospital Psiquiátrico Penitenciario parece más un centro de formación. Hasta que uno se da cuenta de que la mayoría de los elementos de decoración están atornillados al suelo o a las paredes, como si estuvieran en un barco. El sonido de llaves es constante y el sistema de puertas de seguridad continúa, como en una cárcel ordinaria, a medida que se van internando en el edificio. Se ven algunos pacientes sentados en grupos de sofás y sillones o cerca de una mesa de ping-pong. Son hombres barbudos, algunos de ellos están claramente medicados y la mayoría rondan de aquí para allá en chanclas. Los pacientes que consiguen ver Thulin muestran una expresión compungida en el rostro. Parecen más bien residentes de un geriátrico, pero Thulin reconoce a un par de ellos por las fotografías que ha visto en la prensa, y aunque las caras han envejecido y tienen una expresión inerte, sabe que estos hombres se han llevado por delante muchas vidas humanas.

—Su petición es muy perturbadora. No entiendo por qué no he sido notificado con anterioridad.

El jefe del servicio de psiquiatría, Weiland, no se muestra demasiado entusiasmado al verlos. Aunque Hess ya le ha explicado su cometido a su subordinado una hora antes por teléfono, tiene que repetirlo todo desde el principio.

—Lo siento mucho, pero tenemos que hablar con él ahora mismo.

—Linus Bekker va bien encaminado y actualmente muestra signos de mejora. No quiero que lo enfrentéis a temas de muerte y violencia, porque ese

tipo de noticias pueden empeorar la progresión que está teniendo. Linus Bekker se encuentra entre el grupo de pacientes que tiene el acceso denegado a cualquier tipo de información, aparte de una hora de documentales de naturaleza al día.

—Tan solo vamos a preguntarle a Linus Bekker por cosas de las que ya ha hablado con anterioridad. Es fundamental que hablemos con él. Si nos niega el acceso, traeré una orden judicial, pero eso sería un contratiempo que puede costar la vida de varias personas.

Thulin nota que el médico no esperaba esa respuesta. Titubea durante unos instantes, porque claramente no le gusta perder estatus.

—Esperen aquí. Si él está de acuerdo, por mí está bien, pero no voy a obligarle a nada.

El jefe del servicio de psiquiatría vuelve al cabo de poco y asiente con la cabeza en dirección a Hansen, para confirmar que Bekker ha dicho que sí, y luego se marcha. Hansen sigue con la mirada a su jefe durante unos instantes y luego procede a explicarles las medidas de seguridad que han de respetar.

—No debe haber contacto físico. Si por parte de Bekker en algún momento se produce algún tipo de altercado, debéis tirar del cable de alarma que hay en la sala. Nosotros estaremos preparados al otro lado de la puerta para intervenir inmediatamente, pero no es lo deseable. ¿Lo entendéis?

*L*a sala de visitas mide unos cinco metros por tres. El grueso cristal blindado hace innecesarias las rejas y a través de él se puede ver un patio verde y el muro de seis metros al fondo. Cuatro sillas de plástico rígido están emplazadas alrededor de una pequeña mesa cuadrada y el pulcro orden se debe a que todo el mobiliario está fijado en el suelo. Linus Bekker ya ocupa una silla cuando Hess y Thulin entran en la sala.

Es sorprendentemente bajo. Mide como mucho 1,65 m. Es joven, pero ya ha perdido bastante cabello. Tiene la cara infantil, pero una complexión fuerte. Un poco como un gimnasta, y es que con esos pantalones de chándal de color gris y la camiseta sin mangas blanca es lo primero que te viene a la mente.

—¿Puedo sentarme al lado de la ventana? Prefiero estar cerca de la ventana.

Linus Bekker se ha levantado y ahora parece un niño nervioso, como un colegial, mirándoles de reajo.

—Como quieras. Tú eliges.

Hess se presenta a sí mismo y luego a Thulin. Ella nota que Hess se esfuerza por mostrarse amable y trata de establecer cierto marco de confianza. Incluso concluye las presentaciones agradeciéndole el tiempo que les está dedicando.

—Tengo mucho tiempo. Por eso no te preocupes.

Linus Bekker no lo dice con ironía y añade una sonrisa al final. Solo lo dice como una constatación mientras sus ojos los observan de reajo, inseguros. Cuando Thulin se sienta en la silla fijada al suelo que queda frente al joven, Hess comienza a explicarle que han venido porque necesitan su ayuda.

—No sé dónde está el cadáver. Lo siento muchísimo, pero es que realmente no recuerdo más que lo que ya os he contado.

—No te preocupes por ese tema. No hemos venido por eso.

—¿Vosotros dos estabais en el caso? No me suenan vuestras caras.

Linus Bekker parece un poco asustado. Tiene la mirada cándida y parpadea con frecuencia. Está sentado en la silla con la espalda erguida y parece nervioso destrozándose las cutículas de las uñas, que están enrojecidas.

—No. Nosotros no estábamos en el caso.

Hess explica la mentira que habían acordado decir antes de llegar. Muestra su placa de Europol y explica que actualmente trabaja en La Haya, haciendo perfiles criminales. Recogen información específica con la que analizan la personalidad y conducta de sujetos como él. Los perfiles que resultan de estos análisis pueden ayudar a esclarecer crímenes que tienen algún parecido. Hess está ahora en Dinamarca para ayudar a sus compañeros, entre ellos a Thulin, a montar un departamento parecido. En este momento están entrevistándose con algunos internos seleccionados para detectar sus patrones de conducta en el momento de cometer los crímenes, y tienen la esperanza de que Linus Bekker acepte participar en sus estudios.

—Nadie me ha dicho que vendrías.

—No. Ha habido un error. Tendrías que haber sido notificado con anterioridad para darte la posibilidad de prepararte, pero ha habido un malentendido. Ahora depende de ti si nos quieres ayudar. Si no quieres participar, nos marchamos, sin problema.

Linus Bekker mira por la ventana y vuelve a toquetearse las pieles de las uñas. Thulin está convencida de que dirá que no.

—Encantado de participar. Es importante ayudar a los demás, ¿verdad?

—Sí, exactamente. Gracias. Es muy amable por tu parte.

Hess se pasa los siguientes minutos corroborando datos con Linus Bekker. Edad. Lugar de residencia. Relaciones familiares. Años escolares. Si es zurdo o diestro. Detenciones anteriores. Todo tipo de preguntas inofensivas e indiferentes, cuya respuesta ya conocen de antemano y que solo están lanzando para hacerle sentirse seguro y confiado. Thulin tiene que admitir que Hess está haciendo un buen trabajo y su escepticismo inicial con lo de la historia de los perfiles criminales parece estar resultando creíble. Pero la actuación requiere tiempo y ella tiene la sensación de que están sentados en el ojo del huracán, charlando de cosas irrelevantes mientras la tormenta lo destroza todo a su alrededor. Hess al fin llega al día del asesinato.

—Has comentado que tienes recuerdos difusos del día. Que solo recuerdas algunas secuencias.

—Sí. Tuve varias pérdidas de conciencia. Siento fuertes mareos por la

enfermedad, y llevaba varios días sin dormir. Había estado mucho tiempo mirando fotos de la base de datos.

—Explícanos cómo empezó lo de la base de datos.

—Pues era un poco como un sueño de niño, si es que puedo decir eso. Ya sabéis que tenía ese deseo, que... —Bekker se queda callado un momento. Thulin piensa que parte del tratamiento psicológico al que está sujeto debe contemplar el no dejarse ir ante su deseo sádico y la excitación sexual que siente ante una muerte violenta—. Y por los reportajes y documentales acerca de criminales, sabía que se hacían fotos de las escenas del crimen, pero lo que no sabía es dónde las almacenaban. Hasta que me topé con el servidor de la policía científica. Y acceder a él fue bastante fácil.

Eso lo puede confirmar la misma Thulin. La falta de seguridad del sistema solo podía deberse a que nadie se imaginaría que alguien trataría de acceder a la base de datos digitalizados con imágenes de asesinatos y escenas del crimen. Hasta que Linus Bekker había franqueado la barrera y había accedido a toda la información.

—¿Le comentaste a alguien que tenías acceso a todo el material de la policía?

—No. Sabía que estaba haciendo algo ilegal. Pero... como ya os he dicho...

—¿Qué sentías cuando veías las fotos?

—La verdad es que pensaba... que era bueno para mí el hecho de verlas. Pensaba que de esa manera podría controlar mi... deseo. Pero ahora ya entiendo que no es así. Que todavía me excitaban más. Que solo me hacían pensar en eso y en nada más. Recuerdo que necesitaba aire. Y que di una vuelta en coche. Pero a partir de ahí empiezo a tener lagunas.

La mirada de culpabilidad de Linus Bekker se cruza con la de Thulin, y aunque el joven parece inofensivo e infantil, a ella le da escalofríos.

—¿Nadie de tu entorno sabía que tenías pérdidas de memoria? ¿Se lo dijiste a alguien?

—No. En esa época no veía a nadie. Me pasaba el día metido en casa. Si salía era para ver escenas.

—¿Qué escenas?

—De crímenes. Recientes o antiguos. Por ejemplo las de Odense o Amager Fælled, en las que me pillaron. Pero también fui a otras escenas.

—¿También tuviste pérdidas de memoria en esas ocasiones?

—Quizá. No lo recuerdo. Eso es lo que tienen las pérdidas de memoria.

—¿Cuánto recuerdas del resto del día del asesinato?

—No mucho. Me cuesta saberlo porque mezclo mis recuerdos con cosas que me contaron más tarde.

—Por ejemplo, ¿recuerdas si seguiste a Kristine Hartung hasta el bosque?

—No. Realmente no. Pero recuerdo el bosque.

—Pero si no la recuerdas, ¿cómo puedes saber que fuiste tú el que la atacó y asesinó?

Linus Bekker parece sorprendido. Para alguien que hace tiempo que ha aceptado su culpabilidad es una pregunta inesperada.

—Porque eso es lo que dijeron. Y me ayudaron a recordar el resto.

—¿Quiénes?

—Los agentes que me interrogaron. Habían encontrado varias cosas. Tierra en las suelas. Sangre en el machete que había utilizado para...

—Pero durante ese interrogatorio seguiste insistiendo en que no lo habías hecho. ¿Recordabas el machete?

—No, al principio no. Pero las pruebas señalaban en esa dirección.

—En realidad, cuando te mostraron el machete dijiste que nunca antes lo habías visto. Que alguien debía de haberlo colocado allí en la estantería del garaje, al lado de tu coche. No fue hasta un interrogatorio posterior que confesaste que el machete era tuyo.

—Sí, es verdad. Pero los médicos me han explicado que es así como funciona mi enfermedad. Los que sufrimos esquizofrenia paranoide a veces cambiamos la realidad.

—¿Así que no sabes quién puede haber colocado allí el machete, si es que no era tuyo?

—Pero es que nadie lo colocó allí... Lo hice yo. Vaya, creo que no se me da muy bien lo de las preguntas.

Linus Bekker mira en dirección a la puerta con inseguridad. Es como si tuviera ganas de largarse enseguida, pero Hess se inclina sobre la mesa, hacia él, intentando establecer contacto visual.

—Linus, lo estás haciendo muy bien. Tengo que saber si estuviste en contacto con alguien en esa época. Alguien que supiera cómo te sentías. Alguien en quien confiaras. Alguien con quien te hubieras topado por la red o...

—Pero es que no conocía a nadie. No entiendo qué queréis saber. Creo que

prefiero volver a mi habitación ahora mismo.

—Linus, intenta tranquilizarte. Si me echas una mano, creo que podremos reconstruir toda la secuencia de ese día en concreto. Y sabremos exactamente qué le pasó a Kristine Hartung.

Linus Bekker, que hasta ahora se había mostrado propenso a largarse de allí pitando, mira a Hess con inseguridad.

—¿De verdad?

—Sí. Estoy convencido. Solo necesito que me digas con quién estabas en contacto.

Hess mira a Linus Bekker con empatía y mantiene su mirada. Durante unos instantes parece que la cara aniñada de Linus Bekker está a punto de ceder y que Hess al fin lo ha convencido. Pero de repente estalla en una enorme carcajada.

Linus Bekker se troncha de risa. Thulin y Hess observan incrédulos al pequeño hombre que trata de contener su risa en vano. Cuando se dispone a volver a hablar, es como si le hubieran quitado una máscara y ya no queda ni rastro de inseguridad, ni los nervios que antes había mostrado.

—¿Por qué no me preguntas directamente lo que quieres saber? Sáltate toda la mierda y ve al grano.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué quieres decir? —Linus Bekker imita la voz de Hess mientras pone los ojos como platos y sonrío burlescamente.

—Te mueres por saber por qué he confesado un crimen que no he cometido.

Thulin observa a Linus Bekker detenidamente. El cambio es radical. El hombre está loco. Está como una regadera, y por unos instantes siente la necesidad de llamar al jefe del servicio psiquiátrico para que vea con sus propios ojos los enormes avances que muestra su paciente, como ha mencionado antes. Hess trata de mantener la compostura.

—De acuerdo. ¿Por qué lo haces?

—Cierra el pico. Para eso te pagan. ¿De verdad te han traído desde Europol para intentar sacarme información o la placa que me has mostrado antes también era de mentira?

—Linus, no entiendo lo que estás diciendo. Pero si no has tenido nada que ver con Kristine Hartung, todavía estás a tiempo de decirlo y seguramente podremos ayudarte a volver a presentar tu caso a juicio.

—Pero es que yo no necesito vuestra ayuda para nada. Si la nuestra sigue siendo una sociedad de derecho, calculo volver a casa para navidades. O en cuanto el Hombre de Castañas haya terminado de cosechar.

Las palabras golpean a Thulin como un martillo. Y a Hess también, porque se ha quedado de piedra.

—¿El Hombre de Castañas...?

—Sí. El Hombre de Castañas. La razón por la que habéis venido. El amable y pequeñajo señor Hansen siempre olvida que la pantalla plana de la sala comunitaria tiene activado el teletexto. Solo caben 38 letras por frase, pero algo de información se extrae. ¿Por qué habéis tardado tanto en venir? ¿Es porque vuestro jefe no quería que removierais la elegante investigación que hicieron del caso?

—¿Qué sabes tú del Hombre de Castañas?

—Hombre de castañas, entra. Hombre de castañas...

Linus Bekker canturrea burlonamente la cancioncilla. Hess se está impacientando.

—Dime qué sabes, inmediatamente.

—Ya es tarde. Va muy por delante de vosotros. Por eso estáis aquí suplicándome unas migajas. Os ha tomado el pelo y no sabéis qué hacer.

—¿Sabes quién es?

—Sé que él es el maestro. Y me ha hecho partícipe de su plan. Si no, no habría confesado, obviamente.

—Dinos quién es, Linus.

—Dinos quién es, Linus. —Linus Bekker vuelve a imitar a Hess.

—¿Y qué pasa con la niña?

—¿Y qué pasa con la niña?

—¿Qué sabes de la niña? ¿Dónde está? ¿Qué le ha pasado?

—Y eso qué más da. Pues la niña lo habrá pasado muy bien, supongo...

Linus Bekker los mira con mirada inocente mientras su sonrisa obscena se expande por toda la cara. Thulin no tiene tiempo de reaccionar, Hess se levanta de la silla y se lanza contra el chico. Pero Bekker estaba preparado y tira del cable enseguida. La alarma salta y suena un aullido estremecedor. Al segundo, cuando la pesada puerta de metal se abre y los robustos hombres entran en la sala, Linus Bekker vuelve a convertirse al instante en el niño con cara de colegial y mirada insegura de antes.

*L*a puerta de salida se abre lentamente y Hess no puede esperar. Mientras Thulin aguarda a que el celador tras el cristal blindado les devuelva sus pertenencias, observa que Hess empuja la puerta aunque todavía no esté completamente abierta y sigue caminando con prisa para salir de allí enseguida, y no se detiene hasta llegar al aparcamiento. Ella lo sigue y siente el frío viento de lluvia como una liberación. Inspira profundamente para ensanchar los pulmones y sacarse de la cabeza el recuerdo de Linus Bekker.

Los han medio echado de Sikringen. Weiland, el jefe del servicio psiquiátrico al que avisaron enseguida, les exigió a los tres una explicación por el altercado en la sala de visitas. Linus Bekker fue muy convincente. Se había alejado de Hess y Thulin mostrándose ansioso y con miedo, como si le hubieran maltratado física o psíquicamente. Le dijo al jefe del servicio psiquiátrico que Hess le había «agarrado con fuerza» y formulado «extrañas preguntas que trataban de muerte y asesinatos», y el médico enseguida se había puesto de su lado. Ni Hess ni Thulin habían pensado que sería necesario grabar la conversación, y aunque hubieran querido sus teléfonos móviles los retenía el celador, así que no tenía sentido tratar de argumentar en contra de las afirmaciones de Bekker. Ya de por sí era una catástrofe que se hubieran desplazado hasta allí sin estar autorizados, y cuando Thulin escucha los mensajes en su contestador todavía se siente más enfadada. En el tiempo que han estado metidos en Sikringen ha recibido siete llamadas, y a la que escucha el primer mensaje cruza el aparcamiento corriendo bajo la lluvia para llegar al coche.

—Tenemos que volver inmediatamente al ministerio. Han encontrado otros casos que debemos examinar.

Thulin llega hasta el coche y lo abre, pero Hess se queda de pie, bajo la lluvia, sin moverse.

—Lo del ministerio no es relevante. No encontraremos al asesino en ninguno de los casos hacia los que él mismo nos ha dirigido. ¿Es que no has

oído lo que ha dicho Bekker?

—He oído a un psicópata que se ha vuelto loco y te he visto a ti ponerte como un basilisco. Nada más.

Thulin abre la puerta, entra y tira el arma de Hess y el resto de pertenencias sobre el asiento del copiloto. Mira el reloj en el panel de control del GPS y calcula que cuando lleguen a la ciudad ya será de noche, y que de nuevo tendrá que pedirle al abuelo que se ocupe de Le. Hess apenas pone un pie sobre la alfombrilla y Thulin ya está poniendo el motor en marcha. Gira para salir a la carretera.

—Bekker sabía que vendríamos. Esperaba esta visita desde que lo condenaron. Sabe a quién estamos buscando —dice Hess mientras consigue cerrar la puerta de un golpe.

—No sabe una mierda. Linus Bekker es un psicópata y delincuente sexual que ha leído unas pocas noticias en la pantalla. Pero quiere provocarnos y marearnos un rato y tú has caído de cuatro patas. ¿En qué coño estabas pensando?

—Sabe quién tiene a la niña.

—¡Una mierda! Linus Bekker la ha matado. Todo el mundo sabe que la niña está muerta y que la ha enterrado a trozos. Eres el único que todavía no lo entiende. ¿Por qué coño iba a confesar un crimen que no ha cometido?

—Porque de repente entendió quién podía haberlo cometido. Y es alguien por quien está dispuesto a cargar con la culpa porque dentro de su enferma cabeza cree que está siendo parte de un plan más grande. Es alguien a quien admira, alguien que le fascina. ¿Y a qué tipo de persona admiraría alguien como Linus Bekker?

—¡A nadie! Ese hombre es un psicópata. Lo único que le interesa es la destrucción y la muerte.

—Exactamente. O sea que admiraría a alguien que es bueno en algo que Linus Bekker valora mucho. O sea, algo que Linus Bekker debe de haber visto en la base de datos con fotos de cadáveres que hackeó.

Procesa las palabras lentamente. Thulin frena bruscamente y evita por poco chocar contra un enorme camión que avanza perezosamente bajo la lluvia por la carretera principal. Una larga hilera de coches pasa a gran velocidad al lado del camión y Thulin nota la mirada de Hess.

—Siento mucho haberme pasado de la raya. Estuvo mal. Pero si Linus Bekker miente, significa que todavía no sabemos qué ha pasado con Kristine

Hartung. Y tampoco podemos confirmar que esté muerta.

Thulin no contesta. Acelera y marca un número de teléfono en su móvil. Hess tiene razón en eso. Le molesta admitirlo, pero tiene razón. Pasan unos instantes antes de que Genz conteste al teléfono. La conexión es mala y suena como si él también estuviera conduciendo.

—Hola. ¿Por qué no estabais localizables? ¿Cómo fue con Bekker?

—Por eso te llamo. ¿Tienes manera de saber exactamente qué fotografías estuvo mirando Bekker en la base de datos policial con escenas de crímenes? ¿Las fotos a las que accedió?

Genz suena sorprendido.

—En principio diría que sí. Pero debo comprobarlo. ¿Por?

—Te lo explico luego. Pero nos urge saber qué fotografías le interesaron más. Tiene que haber una manera de saber cuáles eran sus favoritas. O sea, necesitamos una lista de las fotografías sobre las que clicó más veces. O incluso las imágenes que descargó, si es que lo hizo. Creemos que puede haber una pista importante en alguna fotografía, así que las necesitamos lo más rápido posible. Pero es importante que Nylander no lo sepa. ¿De acuerdo?

—Sí, vale. Puedo hablar con los informáticos en cuanto vuelva. ¿No quieres esperar a saber si Jansen está en lo cierto?

—¿Jansen?

—¿No os ha llamado?

Thulin se siente inquieta. Se ha olvidado de Jansen por completo desde esta mañana, cuando se cruzaron con él brevemente en el despacho de Nylander. Jansen parecía un cadáver. Se había mostrado hermético y silencioso y ella se había sentido aliviada cuando vio que Nylander lo había invitado a pasar a su despacho para mantener una charla, que con suerte habría concluido con el comisario mandándolo a casa. Pero algo le dice que no había sido ese el caso.

—¿Por qué nos habría tenido que llamar Jansen?

—Por lo de la dirección en Sydhavnen. Hace unos minutos he oído el aviso por la emisora. Ha solicitado equipo de apoyo porque cree que los sospechosos se encuentran en el inmueble.

—¿Los sospechosos? ¿Qué sospechosos? Jansen ni siquiera está asignado a este caso.

—Pues qué quieres que te diga. No creo que esté muy de acuerdo con eso. Ahora mismo está haciendo un registro en una propiedad en la que ha

encontrado indicios de que se alojan los asesinos.

*T*im Jansen está sentado ante el volante de su coche oficial y comprueba los cartuchos en el cargador de su arma. Suena un clic cuando lo empuja de vuelta a su Heckler & Koch. Pasarán por lo menos diez minutos hasta que llegue el equipo de apoyo, pero eso no le preocupa, porque nunca tuvo intención de esperarles. Los asesinos de Ricks seguramente se encuentran en ese edificio y Jansen prefiere estar solo en el primer enfrentamiento con ellos. Pero ahora el equipo por lo menos sabe dónde se encuentra, por si hay problemas, y cuando más tarde tenga que explicar por qué actuó antes de que llegaran los refuerzos puede afirmar que la situación se desarrolló in situ y que tuvo que actuar sobre la marcha.

Jansen nota el viento frío en la cara al salir del coche. La vieja zona de Sydhavnen es una mezcla de almacenes, edificios recién construidos de empresas que se dedican a los trasteros de alquiler, vertederos improvisados de trastos viejos y unos pocos edificios de viviendas apretujados entre el resto de naves industriales. El viento levanta basura y polvo y no se ven vehículos circulando por la zona cuando se dirige con determinación al edificio.

El edificio frontal es de dos plantas y en principio puede parecer un bloque de viviendas normal, pero cuando se acerca un poco más, puede ver sobre el tejado un cartel que indica que la finca ha tenido uso industrial. Hay un escaparate y una puerta de acceso, pero el cristal está tapado con una gran tela negra que impide ver el interior. Jansen rodea el inmueble y llega al patio de atrás. Otro edificio alto y alargado está un poco desplazado del edificio frontal y debe de haber sido el matadero, porque a lo largo de su fachada han construido muelles ante las grandes puertas que seguramente se han utilizado para carga y descarga. Más adelante, una valla caída rodea algo que parece haber sido un jardín, en el que hay un par de árboles frutales medio caídos por la fuerza del viento. Jansen vuelve hacia el edificio frontal y descubre una puerta sin cartel ni buzón, aunque sí hay un felpudo y una tinaja con un abeto seco plantado dentro. Levanta la mano para llamar a la puerta y, mientras,

quita el seguro de la Heckler & Kock que tiene dispuesta en el bolsillo del abrigo.

Los días posteriores a la muerte de Ricks habían sido irreales para Jansen. Y esa sensación de irrealidad había comenzado en el momento en que vio la figura inerte de su compañero iluminada por el parpadeo de las luces de la ambulancia y el ladrido de los perros policía mientras inspeccionaban los oscuros rincones de la comunidad de vecinos. Cuando había dejado atrás Urbanplanen para dirigirse a la dirección que le habían señalado, no sabía nada de lo que le había acontecido a su amigo, pero de repente había estado allí, viendo lo impensable. Al principio había creído que esa criatura de tono lechoso no podía ser su compañero. Era imposible que la muerte hubiera reducido a Ricks a esa funda inerte que yacía a sus pies. Pero era así, y aunque Jansen había pasado las horas siguientes pensando que Ricks aparecería echando pestes y metiendo bulla a todo el mundo porque lo habían dejado allí tirado sobre la gravilla durante tanto tiempo, nada de eso sucedió.

Habían acabado de compañeros casi por casualidad, pero Jansen recordaba que habían conectado al instante. Ricks tenía todas las cualidades que Jansen valoraba y que hacían soportable la convivencia laboral. No era demasiado listo, ni tampoco era rápido con los comentarios. De hecho, nunca hablaba durante demasiado rato, pero en cambio aguantaba lo inimaginable y era el más leal de todos, si te ganabas su simpatía. Además, Ricks se mostraba desconfiado con todo y con todos, seguramente porque lo habían pisoteado toda la infancia, y Jansen enseguida había sabido ver cómo utilizar todo el potencial que ofrecía el hombre. Si él era el cerebro, Ricks era el cuerpo, y enseguida habían compartido su aversión hacia jefes, abogados y funcionarios que no tenían ni idea de lo que era trabajar en el cuerpo de policía. Entre los dos habían metido entre rejas a tantos maleantes de bandas de moteros, paquis, maltratadores de mujeres, violadores y asesinos, que deberían haberles subido el sueldo y haberlos inundado de medallas de allí hasta la jubilación. Pero la sociedad no funcionaba así. Los bienes del mundo están repartidos de manera desigual. De eso habían hablado muchas veces, cuando salían de marcha por clubs y discotecas para celebrar una victoria y acababan completamente borrachos o quemaban los últimos cartuchos en el pequeño burdel de Ydre Østerbro.

Pero nada de todo eso volvería a ocurrir. Lo único que Ricks recibiría a modo de agradecimiento sería su nombre grabado al lado de muchos otros en la placa conmemorativa de comisaría. Jansen no era de naturaleza sensible, pero le había afectado mucho cruzar el patio de las columnas con eso en mente, cuando se presentó en el trabajo de nuevo ayer por la mañana. Hacía dos días que no salía de casa. La noche del asesinato había estado demasiado en shock como para hacer nada más que personarse en casa de la pareja de Ricks para trasladarle el mensaje de lo que había ocurrido. Más tarde esa noche, la mujer de Jansen había despertado y descubierto a su marido sentado a oscuras en la esquina del salón exterior de la casa que compartían en Vanløse. Al día siguiente, su familia había ido a una fiesta de cumpleaños y él se había quedado en casa montando una estantería de IKEA que llevaba meses metida en una caja de cartón en la habitación de su hijo, esperando a ser ensamblada. Pero el dibujo le resultaba ininteligible y sobre las diez y media había descorchado una botella de vino blanco. Por la tarde, cuando su mujer volvió a casa con los niños, se había metido en la caseta del jardín, donde siguió con vodka y Red Bull y, cuando más tarde despertó tirado en el suelo, supo instantáneamente que lo que necesitaba era volver al trabajo, cagando leches.

Pero no ocurrió nada hasta el lunes. La comisaría había estado inmersa en actividad y gran ajetreo, y los agentes asentían con la cabeza cuando se paraba para comentarles algo. Obviamente, Nylander le había quitado del caso, así que había convocado a un par de compañeros en los vestuarios y les había pedido que lo mantuvieran informado en cuanto ocurriera cualquier cosa relacionada con la caza del asesino. Algunos se habían mostrado reacios, pero la mayoría estaban de acuerdo con Jansen en que Ricks había muerto porque Hess y Thulin no estaban capacitados para hacer frente a un caso de esta envergadura. Ya de entrada, uno de los dos, seguramente Hess, se había chivado a la prensa, y el hecho de que se estuviera cuestionando la resolución del caso de Kristine Hartung resultaba una ofensa incluso mayor ahora que Ricks había sido asesinado.

Lamentablemente, no había tenido noticias hasta que algunos compañeros fueron comisionados al ministerio este mediodía. Las tareas asignadas a Jansen eran irrelevantes y se había largado a Greve en coche. Había comprado un pack de seis latas de cerveza en un quiosco por el camino y vaciado un par de ellas antes de llamar a la puerta de la pequeña planta baja al

lado de la estación de trenes, donde había vivido Ricks. Su novia estaba deshecha en llanto. Lo había invitado a pasar y hasta había accedido a tomarse una taza de té con ella, pero enseguida sonó su teléfono y uno de los agentes de policía que estaban revisando casos en el ministerio le había explicado que se habían topado con material de varios casos en los que las personas involucradas tenían buena razón para odiar al Estado, a las autoridades, al sistema, a la ministra de Asuntos Sociales y al mundo en general. Jansen escuchó el resumen de todos ellos y comprendió que uno en concreto tenía motivos más poderosos que el resto. Se aseguró de que Hess y Thulin no hubieran sido notificados todavía, cortó la llamada, se despidió de la novia de Ricks y se puso en marcha para llegar a la dirección de Sydhavnen, lugar de residencia de los involucrados en ese caso.

—¿Quién es? —suena detrás de la puerta.

—¡Policía! ¡Abre la puerta!

Jansen vuelve a llamar y sujeta con firmeza el arma con la mano en el bolsillo. La puerta se abre y un rostro arrugado lo observa con temor. Jansen tiene que contenerse para no mostrar que está sorprendido. Es una anciana y Jansen nota la peste a cigarrillos y comida rancia a sus espaldas.

—Quiero hablar con Benedikte Skans y Asger Neergaard.

El compañero de Jansen le ha pasado los nombres por teléfono desde el Ministerio de Asuntos Sociales, pero la anciana niega con la cabeza.

—Ya no viven aquí. Hace más de seis meses que se mudaron.

—¿Se mudaron? ¿A dónde?

—No lo sé. No me dijeron nada. ¿De qué se trata?

—¿Vives aquí sola?

—Sí. Pero ¿por qué me tutea?

Jansen titubea unos instantes. No esperaba ese comentario para nada. La anciana tose y se estira el cárdigan agujereado para taparse por el frío.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—No importa. Siento haberla molestado. Adiós.

—Adiós, adiós.

Jansen se aleja de la puerta y la anciana cierra. Por un momento no sabe qué hacer. La respuesta de la mujer le ha pillado por sorpresa. Está a punto de volver al calor de su coche para llamar a su colega que sigue en el Ministerio

de Asuntos Sociales cuando su mirada se percata de algo a través de una ventana del primer piso. Entonces se da cuenta de que es un móvil que cuelga del techo. Un móvil con pequeñas figuras como pájaros de los que normalmente cuelgan sobre las cunas de los bebés. Jansen sabe inmediatamente que no debería haber un móvil allí colgado si es que Benedikte Skans y Asger Neergaard realmente se han mudado.

Jansen vuelve a llamar a la puerta, esta vez con más fuerza. Cuando la anciana al fin abre, pasa por su lado como un rayo, empuñando la pistola. La mujer grita en señal de protesta. Jansen camina con determinación por el estrecho pasillo hasta la cocina, que antes había sido una tienda. Cuando ha comprobado que el salón está vacío, se dirige hacia las escaleras que suben a la primera planta y que la bruja ahora está emperrada en bloquear.

—¡Muévete!

—¡No hay nada allí arriba! No tienes derecho a...

—¡Cierra el pico y apártate!

La empuja a un lado y sube las escaleras saltando, dejando a la anciana sollozando a sus espaldas. Empuñando la pistola, va abriendo las puertas de las estancias de la planta superior mientras su dedo roza el gatillo, con tensión. Las dos primeras estancias son habitaciones normales, pero la última es una habitación infantil.

El móvil se mece sutilmente sobre la cuna, pero la habitación está desierta y Jansen piensa en la posibilidad de que pueda haberse equivocado. Pero entonces descubre la pared que hay detrás de la puerta y al instante sabe que acaba de aclarar el caso por el que Martin Ricks ha perdido la vida.

*E*s de noche y a esta hora los vehículos normalmente abandonan la zona industrial de Sydhavnen y las calles quedan desiertas. Pero hoy no es el caso. Ante los maltrechos edificios que en el pasado habían alojado uno de los mataderos industriales más grandes de la ciudad de Copenhague, salen y entran agentes de policía y técnicos equipados con sus maletines. Los vehículos están aparcados en fila y por cada una de las ventanas del edificio central se ve la potente luz de los proyectores de la policía científica. Desde la habitación infantil, Hess puede oír el llanto de una anciana a la que están interrogando en el salón, y el sonido se mezcla con órdenes escuetas, pasos veloces, chirriantes avisos sobre la emisora y también las frases de Thulin y Jansen, que discuten bajo el umbral de la puerta de la habitación.

—Pero ¿a ti quién te ha soplado la información para que te desplazaras hasta aquí?

—¿Y quién dice que me la han soplado? Podría estar dando una vuelta en coche, cerca de la zona.

—¿Por qué coño no nos has llamado?

—¿A ti o a Hess? ¿En qué cojones hubiera ayudado eso?

La fotografía debió de haberse tomado unos dos años atrás. El vidrio tiene polvo, pero la foto está bien enmarcada, con paspartú negro. Está apoyada sobre una almohada dentro de la cuna blanca, al lado de un chupete y un mechón de cabello fino y rubio. La joven madre está de pie junto a una incubadora y sostiene en brazos a su bebé, que está envuelto en una manta. Sonríe a la cámara. Es una sonrisa forzada, que denota cansancio y sobreesfuerzo, y Hess deduce que fue tomada poco después del parto, porque la joven sigue vestida con un camión de hospital. La mirada de la mujer no es alegre. Tiene un aire de fragilidad y ausencia, como si le acabaran de entregar al bebé y ahora estuviera actuando, tratando de emular un personaje para el que no está preparada.

La mujer de la foto es Benedikte Skans y sin duda es idéntica a la bella

mujer con semblante serio que conocieron en la sección de pediatría de Rigshospitalet, cuando se entrevistaron con Hussein Majid acerca de Magnus Kjær y Sofia Sejer-Lassen. Desde que se hizo esta foto le ha crecido el cabello, su cara ha envejecido y la sonrisa ha desaparecido por completo. Pero es ella, y a Hess le cuesta ver la conexión.

Cuando se alejaban de Sikringen, Hess no podía dejar de pensar en lo que acababa de decir Linus Bekker. Tenía metida en la cabeza toda la conversación, como si fuera un tumor maligno. Toda su energía y atención estaba dirigida a la posibilidad de encontrar un rastro del asesino en la base de datos con fotos que Bekker había hackeado. Pero entonces habían empezado a llegarles todo tipo de informaciones. Primero lo de Genz y luego lo de los agentes que habían dejado revisando casos en el ministerio y que más tarde se han desplazado a Sydhavnen, en cuanto Jansen ha pedido refuerzos. Tampoco hace falta ser un genio para llegar a la conclusión de que a Jansen le había dado el soplo alguno de los compañeros que habían estado revisando expedientes en el ministerio, pero ahora mismo es un detalle sin importancia en comparación con el gran avance que supone el hecho de haberse topado con Benedikte Skans y su pareja.

—¿Qué sabéis?

Nylander acaba de llegar y Jansen parece aliviado por interrumpir la discusión en la que se ha enzarzado con Thulin.

—El inmueble es de alquiler y en el contrato de arrendamiento consta el nombre de Benedikte Skans. Veintiocho años, enfermera en el Rigshospitalet. Hace un año y medio, y a instancias del ayuntamiento de Copenhague, el tribunal les retiró la custodia de su bebé a ella y a su pareja. El bebé acabó en una familia de acogida y Benedikte Skans presentó una apelación. Además utilizó a la prensa para atacar a la ministra de Asuntos Sociales, porque había sido la instigadora de varias retiradas de custodia, ese mismo año.

—¿Rosa Hartung?

—Sí. Y los medios se tragaron todo lo que les decía, sin cuestionarla. Hasta que los periodistas de repente entendieron que había una buena razón por la que se había autorizado la retirada y el caso pasó al cajón de los olvidos. Pero para Benedikte Skans y su pareja no, porque al cabo de poco falleció el bebé. A ella la internaron en un hospital psiquiátrico y salió en primavera de este año. La volvieron a contratar en su viejo trabajo y volvió a mudarse a esta vivienda con su novio, pero como bien puedes observar en esta pared, nunca

han olvidado lo de su bebé.

Hess observa la pared, pero no escucha la explicación. Ya conoce toda la información porque un agente le ha traído una copia del expediente que meticulosamente habían elaborado los funcionarios del ayuntamiento de Copenhague, custodiado en los archivos del Ministerio de Asuntos Sociales. Benedikte Skans pasó su juventud en Tingbjerg fumando porros y saliendo de marcha. Empezó como aprendiz de dependienta en una tienda de ropa pero nunca terminó las prácticas, hasta que a los veintiún años pasó las pruebas de acceso para cursar los estudios de enfermería en la Universidad de Copenhague. Había obtenido el grado con buena nota y en ese momento ya había empezado a salir con su actual pareja, Asger Neergaard, a quien había conocido en la escuela de Tingbjerg cuando cursaba primaria; él iba un par de cursos por delante de ella. Asger Neergaard mientras tanto había sido destinado como soldado en el cuartel de Gardehus en Slagelse y había servido en Afganistán. Juntos habían construido un hogar en la parte delantera del inmueble que antes había sido un matadero industrial y ahora estaba abandonado. Benedikte Skans había conseguido trabajo de enfermera en la sección de pediatría del Rigshospitalet y había intentado quedarse embarazada. Pero cuando al fin lo consiguió empezó a actuar con nerviosismo y a sufrir problemas de autoestima, según pudo leer en las notas del trabajador social que la atendía. Cuando a los veintiséis años dio a luz a un niño dos meses antes de término, tuvo una depresión posparto y por lo visto los profesionales que hacían el seguimiento del caso no consiguieron involucrar al padre del niño, que en las entrevistas se mostraba inmaduro y hermético, incluso agresivo en algunas situaciones puntuales, sobre todo cuando Benedikte le alentaba. Les ofrecieron varios profesionales de apoyo pero después de seis meses, los problemas psicológicos de Benedikte Skans empeoraron y le diagnosticaron un trastorno bipolar. Cuando los trabajadores del ayuntamiento llevaban casi dos semanas sin poder establecer contacto con la pequeña familia, lo notificaron a la policía, que enseguida registró el domicilio, y esa resultó una decisión acertada, porque encontraron al bebé de siete meses inconsciente en su cuna, con el cuerpo lleno de heces y vómito y terribles síntomas de inanición. En el hospital detectaron que el niño tenía asma crónica y alergia alimentaria, y que por tanto había sido un milagro que no hubiera fallecido por la ingesta de trozos de chocolate con nueces con los que le habían alimentado últimamente.

Aun a pesar de que la intervención policial había salvado la vida del bebé, Benedikte Skans se puso furiosa y solicitó los servicios de un abogado con el que inició un procedimiento contra las autoridades. Una de las herramientas con las que habían contado inicialmente fue la prensa. Varios medios se hicieron eco de la historia de Benedikte Skans reiteradas veces y esta dio rienda suelta a su enfado, denunciando lo mal que la habían tratado a ella y a su familia. «Si yo soy mala madre, puedo confirmar que no soy la única y que por lo tanto somos malas madres la mayoría», rezaba el titular de un periódico, cuya copia estaba adjunta en el expediente. Como las autoridades no dieron a conocer públicamente la situación en la que encontraron al bebé, podía dar la impresión de que Benedikte Skans tenía una buena razón para arremeter contra ellos. Y no fue hasta que la ministra de Asuntos Sociales Rosa Hartung dio un paso adelante para recordar a la prensa y a los diferentes ayuntamientos del país que las autoridades actuaban estrictamente siguiendo lo estipulado en el párrafo 42 de la Ley de Servicios Sociales, que exclusivamente se ocupa de proteger a los niños. A partir de allí, los medios habían entendido que las razones eran más que convincentes para que los tribunales le hubieran retirado a Skans la custodia del bebé y se fueron silenciando las críticas. Pero entonces había ocurrido la tragedia. Al niño le habían designado una buena familia de acogida del norte de Jutlandia y estaba evolucionando favorablemente, hasta que a los dos meses de la retirada de la custodia de los padres le fue diagnosticada una enfermedad pulmonar severa y falleció en el hospital. Benedikte Skans había reaccionado violentamente contra el trabajador social que se lo había notificado. La madre biológica pasó de las visitas diarias al centro de salud mental a una temporada larga ingresada en el hospital psiquiátrico Sankt Hans, en Roskilde. Le habían dado el alta en primavera y, tras superar con éxito el periodo de prueba estipulado, consiguió reincorporarse al trabajo en la sección de pediatría del Rigshospitalet.

Hess siente escalofríos porque la pared que observa con detalle es testigo de que la mujer no está curada, en absoluto.

—Yo creo que ella y su pareja lo han hecho conjuntamente —continúa diciéndole Jansen a Nylander—. Está claro que consideran que han sido tratados con desprecio por la administración y para burlar y vengarse de la ministra de Asuntos Sociales, en sus enfermas cabezas han ideado el plan para ridiculizar el sistema que castiga a las mujeres que no son capaces de

cuidar bien a sus hijos. Como puedes observar, no hay duda de que la ministra es la última pieza del puzle.

Jansen tiene razón con lo de la última parte. Una zona de la habitación constituye un mausoleo para el bebé que ya no está. Pero la otra parte de la habitación muestra una enfermiza obsesión hacia la persona de Rosa Hartung. De lado a lado hay recortes de titulares y fotos de periódicos que hablan de la desaparición de su hija, incluidas algunas imágenes robadas que muestran a la ministra derrumbada de dolor. Algunos recortes de periódicos sensacionalistas que incluyen descripciones como «Descuartizada y enterrada» y «Violada y cortada en pedazos» están pegados sobre la pared junto a una fotografía de Rosa Hartung vestida de negro, llorando en lo que parece la ceremonia de despedida de su hija. Hay más recortes del tipo «Rosa Hartung destrozada de dolor» y «Enferma de dolor», pero a partir de ahí hay un salto en el tiempo y un poco más hacia la izquierda de la pared hay más recortes de periódicos, la mayoría de hace unos tres o cuatro meses con titulares del tipo «La vuelta de Hartung». En un artículo que está sujeto con chinchetas, ha dibujado un círculo señalando el texto que explica que Hartung se reincorpora a su cargo de ministra el día de la apertura del Parlamento, el primer martes de octubre. Al lado del artículo hay un folio impreso con *selfies* de la hija de la ministra y las palabras «Bienvenida de vuelta. Vas a morir, zorra».

Pero otra serie de fotos que cuelga a continuación es incluso más perturbadora que los recortes de periódico. Estas no son fotos de periódicos sino fotografías reales, reveladas en un laboratorio. Parece que fueron tomadas a finales de septiembre porque los árboles y el paisaje de fondo dejan patente que se acerca el otoño. Son fotos de la casa de la ministra desde diferentes ángulos, de su marido, de su hijo, un polideportivo, su coche oficial, el ministerio y Christiansborg, además de un montón de folios impresos con direcciones de Google Maps y rutas señaladas del área metropolitana.

El material es abrumador. Destroza la frágil construcción de ideas que Hess estaba a punto de formarse al salir de las instalaciones de Sikringen. ¿La visita a Linus Bekker había sido completamente infructuosa? Y aunque lo intenta, ya no consigue volver a esa idea que se estaba formando. Pero no es solo eso lo que le molesta. Están ante otra amenaza. Algo que está más cerca y que necesita de su atención ahora que piensan que tienen el caso bajo

control, y por eso Hess sigue contemplando la pared con la enorme cantidad de fotos mientras Nylander sigue preguntando a Jansen:

—¿Y dónde está la pareja en este momento?

—En la unidad de pediatría del Rigshospitalet comentan que hace varios días llamó para decir que no iría a trabajar porque estaba enferma, y desde entonces no saben nada de ella. Tampoco sabemos dónde está el novio. No sabemos mucho de él porque no estaban casados y toda la documentación del caso está a nombre de Benedikte Skans, pero en las Fuerzas Armadas están haciendo acopio de sus papeles y nos los mandarán en breve. ¿Los del PET han sido notificados de nuestro descubrimiento?

—Sí. Y la ministra está en lugar seguro. ¿Quién es la mujer que está abajo?

—Es la madre de Asger Neergaard. Por lo visto también vive aquí. Dice que no sabe dónde están pero todavía no hemos terminado de interrogarla.

—Dime, entonces: ¿creemos que esta pareja son los autores de los asesinatos?

Hess oye cómo Thulin interrumpe para impedir que Jansen conteste a esa pregunta. En ese mismo momento, Hess se percata de tres chinchetas de la pared. Sigue habiendo algunos trozos de papel fotográfico roto, que siguen fijados entre el pincho y la cabeza de plástico de dos de las chinchetas. Es como si alguien hubiera arrancado la fotografía de la pared, con mucha prisa.

—Eso todavía no lo podemos confirmar. Antes de concluir nada, tenemos que...

—¿Qué coño nos falta confirmar? ¡Todos hemos visto el panel y está claro que son ellos! —protesta Jansen.

—¡Exacto! Hay mucho material relacionado con Rosa Hartung, pero absolutamente nada que los relacione con las mujeres asesinadas. ¡Si ellos son los asesinos, aquí debería de haber información relacionada con los crímenes, pero no hay absolutamente nada! Ni una foto. Nada.

—Pero la mujer ha trabajado en la unidad de pediatría, en la que forzosamente ha tenido que coincidir con por lo menos dos de las víctimas, porque visitaban las instalaciones frecuentemente. ¿O eso también te parece irrelevante?

—No. No digo que sea irrelevante. ¡Obviamente hay que encontrarlos y arrestarlos a ambos, pero eso no será tan fácil ahora que te has emperrado en convocar aquí a todo el jodido equipo de refuerzo y todo el mundo sabe que los estamos esperando!

Hess sigue sin encontrar la fotografía que debía de haber estado colgada entre las chinchetas mientras de fondo oye la voz fría de Nylander meterse en la discusión.

—Por lo que yo veo, Jansen ha tenido una buena razón para llamarlos, Thulin. Según el jefe de servicios psiquiátricos de Sikringen, que ha tenido la amabilidad de llamarme hace unos minutos, Hess y tú estabais demasiado atareados molestando a Linus Bekker... Y eso que yo os especificué claramente que os abstuvierais de meter las narices en esa dirección. ¿Qué tienes que comentar al respecto?

Hess sabe que ahora es el momento de defender a Thulin, pero en vez de eso se dirige a Jansen.

—Jansen, ¿crees que la mujer ha podido llegar a arrancar una foto de la pared antes de que entrarais?

—¿Qué coño hacíais hablando con Linus Bekker?

Retoman la discusión y Hess intenta adivinar en qué lugar escondería algo si la policía estuviera en la puerta, a punto de entrar. Desplaza un poco una cómoda de la pared y una foto bastante arrugada cae al suelo. La recoge con rapidez y la aplana con las manos.

Hess supone que el joven de la foto es Asger Neergaard, un tipo alto y erguido que está de pie, al lado de un coche, con un juego de llaves en la mano. Va vestido con un bonito traje oscuro y el coche negro brilla bajo los débiles rayos de sol, como si acabara de lavar y encerar el vehículo. Ambas cosas, el traje y el carísimo coche alemán, producen un fuerte contraste con el edificio que antes albergaba un matadero industrial que hay al fondo. Al principio, Hess no entiende por qué la madre de Asger Neergaard habría elegido esconder exactamente esa foto. Pero mira el coche con detenimiento y vuelve sobre sus pasos para comparar el vehículo con el que aparece en la foto de Rosa Hartung entrando en su coche oficial y ya no tiene dudas. Es el mismo coche y en una de las fotos Asger Neergaard tiene las llaves en la mano. Pero antes de que Hess pueda decirlo, Genz cruza la puerta, vestido con su característico mono blanco.

—Perdonad que os moleste. Estamos examinando el edificio del viejo matadero industrial y quiero que veáis algo. Parece como si estuvieran adecuando las estancias para retener a alguien por un periodo de tiempo largo.

*E*s tarde y el tráfico es denso en la autopista E20, al suroeste de Copenhague. Asger toca el claxon para avisar a los vehículos que ocupan el carril de adelantamiento, pero la hilera de idiotas que tiene delante insiste en conducir con precaución por las lluvias y por eso tiene que ir adelantándolos por el carril de la derecha. El vehículo oficial del Ministerio de Asuntos Sociales es un Audi A8 3.0 y es la primera vez que de verdad se permite darle rienda suelta al motor. No le importa estar causando revuelo porque ahora solo se trata de escapar de allí y rápido. Todo ha ido fatal y Asger sabe que es cuestión de tiempo que la policía sepa que tienen que buscarlos a Benedikte y a él, si es que no lo saben ya.

Todo había ido según el plan hasta hace escasos treinta y cinco minutos. Había secundado su coartada acompañando al niño hasta el mismísimo vestuario del club de tenis, e incluso se había detenido brevemente para saludar al encargado de las pistas, que siempre pululaba por allí antes de los entrenos para comprobar que las redes están bien y todo en orden. Luego se había despedido y había conducido el coche hasta la parte trasera del pabellón, donde lo había aparcado entre los pinos y había vuelto a entrar en las instalaciones, pero por una puerta lateral que había dejado entreabierto previamente al llevar al niño al vestuario. Había muy poca gente en el pabellón, así que había sido sencillo pasar desapercibido y meterse otra vez en el vestuario. El niño se estaba cambiando de ropa y no se había percatado de que Asger había entrado sigilosamente. Pero en el momento en que se había plantado detrás del chaval, con la cara cubierta con el pasamontañas, ataviado con guantes y la botellita de cloroformo, había oído pasos acercándose. El encargado de pistas había entrado y, aunque a Asger le había dado tiempo a quitarse el disfraz, se había producido una situación extraña cuando Gustav se dio cuenta de que Asger estaba en el vestuario y no entendía bien qué hacía allí. El encargado de pistas en cambio se había mostrado aliviado de verlo.

—Ah, estás aquí. Tengo a alguien del PET al teléfono. Me han pedido que encontrara a Gustav porque a ti no te localizaban, pero te lo paso y hablas con él tú mismo.

El encargado de pistas le había tendido su teléfono móvil a Asger. Uno de los arrogantes escoltas de Hartung le había dado la orden de llevar a Gustav con su madre al ministerio porque había ocurrido una situación de emergencia: la policía había encontrado la morada de los presuntos asesinos en un matadero industrial abandonado en Sydhavnen. Asger había notado como se le cerraba la tráquea de pánico. Hasta que se había dado cuenta de que la policía no tenía ni idea de que era él al que estaban buscando. El agente del PET le había echado la bronca por no contestar a su teléfono enseguida, y Asger se había vuelto a llevar de allí al niño de los cojones. El encargado de pistas los había seguido hasta la salida, así que Asger había tenido que meter a Gustav en el coche, aunque ahora ya todo daba igual y el ministerio era el último lugar al que Asger pensaba dirigirse.

—¿Por qué vamos por este camino? Por aquí no vamos bien a...

—Calla la puta boca y dame tu móvil. —El niño está demasiado sorprendido como para reaccionar—. ¡Que me des el teléfono! ¿Estás sordo?

Gustav esquiva la orden y cuando Asger se estira hacia atrás para quitárselo de las manos, el niño tira el teléfono por la ventanilla abierta y oye el ruido de chatarra rompiéndose contra el asfalto mojado. Asger entiende perfectamente que el niño sienta pánico en esta situación, pero le da igual. Lo único que le preocupa ahora mismo es dónde coño van a esconderse Benedikte y él, porque en ningún momento habían pensado en diseñar un plan de fuga concreto. Asger había imaginado que cuando la policía se diera cuenta, ellos ya estarían al otro lado del globo. Pero las cosas no han ido así. Su cabeza es una colmena de pensamientos alarmantes, pero sabe que Benedikte se lo perdonará, porque no es culpa suya que todo se haya ido al traste. Ella será comprensiva con él, y siempre y cuando ellos dos se mantengan juntos, todo lo demás no importa.

Así es como Asger se sintió la primera vez que se perdía en los ojos marrones de ella. Se habían conocido en la vieja y destartalada escuela de primaria con visillos en Tingbjerg, donde él iba un par de clases por delante de ella, y se había enamorado al instante. Habían hecho pellas, emborrachado, fumado y mandado al resto a tomar por culo. Se pasaban el día tumbados de espaldas sobre el césped tras las vallas de seguridad de la

carretera estatal y Benedikte había sido la primera chica con la que se había acostado. Pero a él lo habían echado de la escuela porque se metía en demasiadas peleas y, cuando más tarde lo trasladaron a un centro de acogida para jóvenes en riesgo de exclusión social, la relación fue menguando. Unos diez años más tarde se volvieron a encontrar en la comunidad independiente de Christiania una noche en la que ella había salido de marcha con una amiga suya que también era enfermera en el hospital. Al día siguiente ya hablaron de irse a vivir juntos.

Lo que más le gustaba a Asger era cuando ella se acurrucaba a su lado y se sentía protegida por él, aunque en el fondo sabía que ella era infinitamente más fuerte. Su época en las Fuerzas Armadas le había ido bien, pero tras dos misiones como chófer de vehículos de patrulla y llevando convoyes con provisiones en Afganistán había empezado a sufrir ataques de ansiedad, despertándose por las noches empapado de sudor y sintiendo pánico, y por ello había renunciado a su empleo en el cuerpo militar. Cada vez que tenía un ataque, Benedikte le cogía la mano y la sostenía hasta que se tranquilizaba. Cuando volvía de sus turnos en el hospital, siempre le hablaba de los niños con los que había estado en pediatría, y un día le dijo que quería formar una familia con él. Asger había entendido por la expresión de su cara que este paso era importante para ella, y enseguida habían encontrado un espacio barato y amplio en el anexo de un antiguo matadero industrial donde nadie más quería vivir. Cuando Benedikte se quedó embarazada, se ocuparon de que Asger estuviera empadronado en el domicilio de un excompañero militar suyo para que Benedikte pudiera obtener todas las ayudas estatales pertinentes por ser madre soltera con un hijo a cargo, y gracias a ese dinero podría vivir bastante tranquila.

Asger no entendía qué le había pasado a Benedikte después de dar a luz y empezó a sospechar que era culpa del bebé. Cuando el ayuntamiento activó los protocolos para la retirada de la custodia, obviamente fue un shock. Pero por otro lado, tampoco es que hubiera tenido tiempo de establecer algún tipo de vínculo con el bebé. Tras el nacimiento del niño, se había puesto a trabajar montando andamios para ganar algo de dinero, y le parecía que Benedikte era buena madre, o por lo menos era mucho mejor de lo que había sido la madre que le había tocado a él, que por cierto a veces aparecía por su casa para quedarse a dormir un par de días o sacarles dinero para seguir emborrachándose. Benedikte había contactado con varios abogados,

periódicos y programas de radio para denunciar su situación. Se había manifestado abiertamente contra la puta ministra Rosa Hartung pero, al cabo de poco, su caso había perdido interés y con el corazón destrozado y llorando a todo pulmón, Benedikte le había explicado que los periodistas ya no querían ayudarla más. Al cabo de poco, el niño había fallecido en casa de una familia de acogida por culpa de una enfermedad pulmonar y eso había cambiado toda la situación. Ingresaron por orden judicial a Benedikte en un psiquiátrico porque se enfrentó a los capullos de la oficina de servicios sociales. Cada día, al salir del trabajo en los andamios, Asger se desplazaba hasta Roskilde para visitarla en el hospital. Al principio estaba tan medicada que ni siquiera era capaz de mover los músculos de la cara y una jefa del servicio de psiquiatría le había soltado una perorata incomprensible para explicarle lo que le pasaba a Benedikte. Él había tenido unas ganas irrefrenables de estampar a la doctora contra un muro. Aunque casi no sabía leer, le habían pedido que leyera revistas y periódicos en voz alta a Benedikte, y cuando volvía a casa por la noche se sentía solo e incapaz y se encerraba en el matadero, muerto de angustia. A menudo había tenido que emborracharse para dormir y pasaba todas las noches tirado en el sofá, viendo la televisión. Pero cuando la hija de la zorra de la ministra desapareció el otoño pasado, las cosas empezaron a ir mejor.

Para Benedikte había sido un gran consuelo que la ministra de Asuntos Sociales pasara por lo mismo que ella, perder a un hijo, y una tarde, cuando Asger fue al psiquiátrico después de trabajar le tenía preparado el periódico para que lo leyera en voz alta. Ese mismo día habían concluido la investigación y habían cerrado el caso. Con el tiempo habían dejado de hablar del asunto en los medios, pero Benedikte volvía a sonreír y, cuando empezó a nevar y las aguas del lago del hospital se congelaron, empezaron a dar largos paseos por los alrededores. Al comienzo de la primavera, cuando Asger pensaba que ya lo habían dejado todo atrás, los periódicos empezaron a informar de que Hartung se reincorporaría a su cargo después del verano. Ella decía que tenía muchas ganas de volver al trabajo. Benedikte había cogido la mano de Asger y la había sostenido durante un buen rato. Asger sabía que haría cualquier cosa que le ordenara Benedikte, siempre que siguiera con él.

Habían empezado a diseñar el plan en cuanto ella pudo volver a casa. Al principio habían hablado de amenazar a Rosa Hartung con e-mails anónimos y SMS, o forzar la entrada de su hogar y destrozarlo todo lo que hubiera dentro,

incluso habían hablado de atropellarla y dejarla tirada en una cuneta. Pero cuando Benedikte había entrado en la página web del ministerio para buscar la dirección de correo electrónico de la ministra, le apareció un anuncio en el que solicitaban el servicio de un chófer profesional para llevar el coche oficial del ministerio. A partir de allí se había empezado a concretar el plan de atormentar a Rosa Hartung.

Benedikte había escrito la solicitud de Asger y había tenido mucho tiempo para prepararla, porque todavía seguía en periodo de prueba en su antiguo trabajo en pediatría después de la baja por maternidad y posterior baja por enfermedad de larga duración. Al cabo de poco lo habían convocado a una entrevista con el jefe de gabinete y de esa manera habían podido descartar que los idiotas del ministerio tuvieran constancia de que Asger estuviera relacionado con Benedikte, quien realmente le había dado bastante guerra en los medios a la ministra, y eso seguramente por el simple hecho de que seguían empadronados en domicilios diferentes. En la entrevista habían valorado positivamente su historial en las Fuerzas Armadas, el hecho de que tuviera flexibilidad horaria y ninguna obligación familiar. Después de la entrevista había mantenido una conversación muy relajada con un agente del PET que se supone que tenía que verificar los antecedentes de cada uno de los candidatos. Cuando al cabo de poco le notificaron que había conseguido el trabajo, Benedikte y él lo habían celebrado creando una composición con las fotos de Facebook de la niña Hartung, descargadas un año antes. Al día siguiente se lo habían mandado al mail de la ministra a modo de bienvenida en su primer día de trabajo.

Ese mismo día, Asger había comenzado su trabajo y también fue la primera vez que vio a Rosa Hartung en persona. Se había desplazado hasta la enorme villa de lujo de Østerbro para recogerla por la mañana y ese asesor suyo que se llamaba Vogel, que era el tipo de cabrón arrogante que Asger odiaba profundamente, le había estado dando órdenes durante todo el trayecto, como un mamón, y había tenido muchísimas ganas de patearle el culo. Al cabo de poco habían escrito algo sobre el capó del coche de la ministra con la sangre de unas ratas que habían cazado y habían planificado algunas fechorías más, pero de repente había surgido una serie de casos de asesinatos y muñecos de castañas con misteriosas huellas dactilares a las que ahora Rosa Hartung estaba obligada a reaccionar. En principio les había parecido bien, también a Benedikte, pero entonces había caído la bomba: la hija de Rosa Hartung, que

todo el mundo daba por desaparecida y asesinada, quizá no estaba muerta.

Esas especulaciones les habían empujado a reanudar sus actividades vengativas, pero Rosa Hartung ahora tenía escoltas del PET. Incluso para Asger era imposible acercarse a ella sin ser visto, así que Benedikte le había empezado a preguntar por el niño. Habían cambiado de estrategia tras darse cuenta de que era más fácil pillar al niño. Asger había supuesto que la policía creería que el secuestrador del niño sería el autor de los asesinatos.

Cuando acciona el intermitente para salir de la autopista, piensa en lo irónico que es que ellos dos ahora estén en fuga y sean sospechosos de unos crímenes que no tienen ni idea de quién coño puede haber cometido. Ellos no han sido, eso lo tiene claro.

La lluvia embiste contra la luna frontal y los últimos rayos de luz están apagándose cuando estaciona el coche en el área de descanso. Más allá puede ver la furgoneta que ha alquilado esta misma mañana en una sucursal de Hertz y que ha aparcado a veinte metros de distancia intencionadamente. Asger saca sus cosas de la guantera y se gira un instante para mirar al niño.

—Te quedas aquí sentadito hasta que alguien venga a recogerte. Quédate aquí quieto, ¿entiendes?

El niño asiente con la cabeza, muy asustado. Asger sale del coche, cierra la puerta de un golpe y corre hacia Benedikte, que ha salido de la furgoneta y le espera bajo la lluvia, aunque solo va abrigada con su chaleco de plumón y la sudadera roja con capucha.

No está contenta. Por la expresión de su cara puede ver que se ha dado cuenta de que las cosas no han ido como estaban planeadas. Asger le explica entre jadeos lo que ha pasado.

—Ahora mismo solo tenemos dos opciones, cariño. O nos largamos a tomar por culo o nos vamos pitando a la comisaría más cercana y les explicamos todo el asunto antes de que las cosas empeoren. ¿Qué quieres hacer?

Pero Benedikte no contesta. Y sigue sin hablar cuando Asger abre la puerta de la furgoneta de alquiler con impaciencia, está a punto de subir y alarga la mano hacia Benedikte para pedirle las llaves del vehículo. Se ha quedado allí plantada bajo la lluvia, observando un punto en el infinito con el semblante serio y esa mirada característica que durante los últimos meses le ha robado la sonrisa y ha silenciado sus carcajadas. Asger mira a sus espaldas y descubre la cara ansiosa del niño de mierda, que se perfila en la ventana

tintada del coche de la ministra, que es la que está viendo Benedikte. Asger de repente comprende que no vale la pena intentar hacerle cambiar de parecer. Más bien al contrario. Es mejor seguir sus instrucciones a rajatabla.

*R*osa sigue el ritmo acelerado del agente del PET y baja las escaleras del ministerio mientras intenta localizar a Steen por teléfono, en vano. No puede esperar a hablar con él porque sabe que su marido es el único que entenderá el sentimiento que la invade en este momento. Hace escasos minutos, un agente del PET ha interrumpido una reunión en el ministerio para comunicarle que la policía ha llevado a cabo una entrada y un registro en el domicilio de los autores de los asesinatos de las tres mujeres y el inspector. Rosa lleva muchísimo tiempo reprimiendo sus emociones, pero desde que Steen le hizo ver que las huellas dactilares de Kristine en los muñecos de castañas tenían que significar algo por fuerza, ella se ha ido soltando poco a poco y ahora también cree que hay esperanza. El descubrimiento que ha hecho hoy la policía puede ser el avance que tanto necesitaban, pero aun así hay algo que la hace sentirse ansiosa e inquieta.

Rosa llega a la puerta de acceso a la plaza Prins Jørgen, normalmente restringida al personal del ministerio, y allí la esperan varios agentes del PET. La escudan hasta un vehículo oscuro con el que atraviesan el cruce y recorren los escasos cien metros que hay hasta el Ministerio de Asuntos Sociales. Se apea del coche y la escoltan hasta la puerta principal del edificio.

Rosa ignora las preguntas que le gritan los periodistas que aguardan en la puerta y después de pasar el puesto de vigilancia camina hasta Liu, que la espera al lado del ascensor y sube con ella para reunirse con el resto del equipo. Desde que los medios han empezado a especular acerca de Kristine, Rosa ha recibido incontables solicitudes de entrevistas y preguntas a las que no quiere contestar. Al principio se había enfadado y sentido frustrada por culpa de Steen, cuando insistía en hablar de la parada callejera que montaban Kristine y su amiga Mathilde y de los hombres y animales de castañas que creaban cada año. Sabía que estaba bebiendo y también sabía que cada día se esforzaba muchísimo por mostrarse fuerte, cuando seguramente estaba más hundido incluso que ella misma. Se habían peleado por culpa de las huellas

dactilares de las castañas que la policía había encontrado cerca de los primeros dos asesinatos, porque no se ponían de acuerdo en el significado que podían tener. Por ejemplo, Steen había insistido en la importancia de saber si Kristine y Mathilde habían hecho figuras con forma de personas el año pasado. Hasta que Rosa se dio cuenta de que no importaba lo que ella dijera, Steen no cesaría en su creencia, y aunque seguramente nadie más compartía su teoría, ni siquiera la policía, al final también la había convencido a ella. No porque entendiera sus argumentos, sino porque lo creía a él y es lo que más deseaba con todas sus fuerzas. Su marido había sido una sombra de sí mismo hasta que ella con voz quebrada le había preguntado si realmente creía que Kristine seguía con vida. Él había asentido, le había cogido las manos y ella se había derrumbado llorando. Habían hecho el amor por primera vez en más de medio año y Steen le había contado su plan de acción. Ella lo había secundado sin saber si estaría a la altura. El viernes por la noche se había presentado en las noticias de la cadena estatal diciendo que creía que Kristine seguía con vida. E igual que hizo un año atrás, había pedido a la persona que estuviera reteniendo a su hija que la dejara marchar. Rosa había intentado explicarle la situación a Gustav y juntos habían visto la entrevista a su padre en la televisión. Gustav se había mostrado contrariado y se había enfadado mucho. Rosa podía entender su confusión y estuvo a punto de arrepentirse de la decisión que habían tomado. Más tarde esa misma noche, les notificaron que la policía había encontrado otra figura de castañas con huella dactilar en otra escena del crimen, o sea que ya era la tercera, y eso había reforzado su esperanza, incluso aunque el comisario, y más tarde también los dos inspectores que la habían interrogado esta mañana, insistían en que no había razón para creer que su hija seguía con vida.

Muchas personas que habían visto a Steen en las noticias se pusieron en contacto con ellos, pero al final no había servido de nada y la investigación que su marido llevó a cabo por su cuenta para averiguar la ubicación de los movimientos de Kristine el día de su desaparición tampoco había dado ningún resultado. Durante el fin de semana había reconstruido las diferentes rutas que Kristine hubiera podido coger desde el pabellón de deportes, con la esperanza de encontrar nuevos rastros o testigos que pudieran aportar alguna pista. Como arquitecto tenía acceso a los planos de la red de alcantarillado, casetas de suministro eléctrico y túneles de la zona, lugares donde alguien podía haber escondido a Kristine temporalmente para mantenerla fuera de la

vista en el primer momento. Era como buscar una aguja en un pajar, pero a Rosa le había conmovido ver con qué dedicación se ponía manos a la obra. Por eso tiene muchas ganas de hablar con él ahora. Quiere contarle las noticias con las que los del PET han interrumpido la desagradable reunión que estaba manteniendo con el primer ministro, que al principio la había recibido con los brazos abiertos en la puerta de su despacho.

—Pasa, Rosa. ¿Cómo estáis?

Le había dado un abrazo.

—Gracias. No muy bien, la verdad. He convocado a Gert Bukke varias veces para cerrar los últimos temas, pero nunca me confirman las reuniones, así que creo que debemos abrirnos hacia otros interlocutores, y además rápido.

—La verdad es que no estaba preguntando por Bukke, porque en este momento está claro que no quiere sentarse con nosotros. Me refería a Steen y a ti.

Rosa pensaba que la habían convocado al despacho del primer ministro para que le informara de cómo iban las negociaciones de los presupuestos, pero el ministro de Justicia también estaba convocado y el objeto de la reunión era otro.

—No me malinterpretes. En principio, podemos entender vuestra situación, pero como ya sabes, en el partido hemos sufrido algunos golpes duros este último año y la situación actual no mejora las cosas para nada. El mensaje que traslada Steen cuando se expone a los medios es que el ministro de Justicia está haciendo mal su trabajo. Este ha repetido hasta la saciedad que el trágico caso de Kristine ha sido investigado hasta el más mínimo detalle, que se han analizado y examinado cada una de las vías y que se han puesto todos los recursos necesarios para ayudar y apoyar a la familia, lo que tú ya bien sabes, e incluso has agradecido públicamente. Pero en este momento su credibilidad está siendo cuestionada.

—Joder, yo más bien diría que todo el partido ha perdido credibilidad —había añadido el ministro de Justicia—. Mi ministerio está siendo atacado las veinticuatro horas del día. Los periodistas quieren acceso a todo tipo de información, la oposición quiere que se reabra el caso y ya empiezan a exigir que comparezca en el Parlamento. Me parece bien, pero esta mañana incluso le han pedido al primer ministro que comente el caso.

—Lo cual obviamente no haré, pero la presión está ahí, no podemos

obviarla.

—¿Exactamente qué es lo que queréis que haga?

—Queremos que te pronuncies de acuerdo con la línea de argumentación oficial, que es la que siempre expone el ministro de Justicia. O lo que es lo mismo, queremos que te desentiendas de los comentarios de Steen. Entiendo que es difícil, pero necesito que ahora arrimes el hombro y nos des el apoyo y la confianza que te di yo cuando te ofrecí volver a tu cargo de ministra.

Rosa se había puesto furiosa. Había enumerado cada uno de los múltiples factores que mostraban que no todo estaba tan claro como para no reabrir el caso. El primer ministro había intentado llegar a un compromiso y el ministro de Justicia se había ido enfadando cada vez más hasta que les habían interrumpido los del PET. A Rosa le importaba un comino. Que les dieran por saco a esos dos. Vuelve a dejar otro mensaje rápido en el contestador de Steen, cuando ella y Liu entran en su despacho.

—¿Cómo te ha ido con el primer ministro? —le pregunta Vogel.

—Sin comentarios. ¿Qué sabéis?

Vogel, dos agentes del PET, el jefe de gabinete y un par de colaboradores cercanos están sentados alrededor de una mesa. Rosa se sienta y le explican la situación. Los del PET llegaron al ministerio hace aproximadamente diez minutos para informarles del nombre y la dirección del inmueble de Sydhavnen. Engells enseguida había encontrado el caso de Benedikte Skans. Le explican las actuaciones que se llevaron a cabo en relación al caso y Rosa lo recuerda perfectamente. Engells y Vogel se solapan haciendo conjeturas, especulando cómo debe de haberse desarrollado todo. El teléfono móvil de un agente del PET suena y sale del despacho para contestar la llamada. Rosa oye cómo el otro agente le pregunta si recuerda haber tenido contacto con Benedikte Skans o su pareja recientemente. Todavía no han conseguido una fotografía del novio, pero de Benedikte Skans hay muchísimas por la gran presencia que tuvo en los medios.

—Es ella.

Rosa reconoce a la joven con semblante serio y grandes ojos oscuros. Es la mujer que chocó con ella hace poco más de una semana en el Salón de los Pasos Perdidos. Recuerda que vestía un chaleco de plumón y sudadera roja con capucha y que chocaron el mismo día en que hicieron esa pintada con sangre sobre el coche del ministerio.

—Te lo confirmo. Yo también la vi.

El agente del PET anota lo que dice Vogel y Engells sigue leyendo el expediente, que concluye que efectivamente se le retiró la custodia de su hijo, quien por desgracia falleció cuando ya vivía con la familia de acogida. Rosa de repente se da cuenta de por qué está inquieta.

—¿Por qué no está aquí Gustav?

Vogel le coge la mano.

—Tu chófer lo está trayendo hacia aquí. Todo está bien, Rosa.

—¿Qué más recordáis de Benedikte Skans? ¿Iba con alguien cuando la visteis en Christiansborg? —pregunta el agente del PET.

Pero la inquietud se ha apoderado de Rosa. Por alguna razón le viene a la memoria que el chófer ayer le había preguntado si hoy tenía que llevar a Gustav a tenis o si se ocuparía Steen. Pero es el comentario de Engells que la deja helada.

—Del novio y padre del niño por lo visto no sabemos mucho. Solo que sirvió en Afganistán como chófer y que se llama Asger Neergaard...

—¿Asger Neergaard?

—Sí...

Rosa enseguida comprueba la aplicación de su teléfono y Vogel se levanta tan bruscamente que la silla cae a sus espaldas. Es una aplicación que localiza a los hijos del usuario, se llama «Find My Child» y Steen y ella se la instalaron el año pasado para poder saber siempre dónde está el teléfono de Gustav. Pero el mapa está en blanco. El teléfono móvil de Gustav no envía ninguna señal. Antes de que Rosa pueda decirlo en voz alta, entra el agente del PET que había salido de la sala para contestar una llamada. Cuando su mirada se cruza con la de ella, nota cómo el suelo desaparece bajo sus pies, igual que el día en que desapareció Kristine.

*H*ess hace rato que ha perdido el hilo de la conversación. Está sentado a la izquierda de Thulin, ante la mesa alargada de la sala de coordinación. Tiene la mirada apática fija en las ventanas que dan al patio de columnas, envuelto en la oscuridad desde hace un buen rato. A su alrededor suenan voces estresadas y apresuradas que les recuerdan a todos que la situación es de alerta máxima. Lo ha vivido muchas veces antes. No importa en qué lugar del mundo esté ocurriendo, siempre se despliega el mismo escenario cuando se denuncia un secuestro. Con la única diferencia de que la intensidad es considerablemente mayor cuando el implicado es el hijo de una destacada política.

Han encontrado el coche oficial de Hartung abandonado en un área de descanso al suroeste de Copenhague. No hay rastro del niño, ni de Benedikte Skans ni Asger Neergaard. Y los secuestradores tampoco han pedido rescate. Desde que han encontrado el coche vacío se ha activado la mayor acción de búsqueda de toda la historia de Dinamarca. Patrullan y vigilan fronteras, aeropuertos, estaciones de tren, puentes, puertos, ferris y diversos tramos de costa, y Hess tiene la sensación de que toda la flota de vehículos del cuerpo policial está en la calle para seguir buscando. Los del PET y la policía de Copenhague lideran conjuntamente el operativo, e incluso han involucrado a equipos de las Fuerzas Armadas, cuyos integrantes han dejado sus cenas a medias para adentrarse en la oscuridad del otoño. Los colegas de Noruega, Suecia y Alemania hace rato que han recibido el aviso e Interpol y Europol también han sido notificados, pero Hess cruza los dedos para que no tengan que recurrir a esos contactos en la búsqueda. Si las autoridades policiales internacionales se ponen en contacto con ellos, será porque han encontrado indicios de que los secuestradores han cruzado varias fronteras, y si eso ocurre, tendrán cada vez menos posibilidades de encontrar a Gustav Hartung. Sobre todo de encontrarlo vivo. La regla de oro en casos de secuestros establece que las posibilidades son mayores las primeras veinticuatro horas,

cuando las pistas siguen latentes. Pero que por cada día que pasa, las probabilidades de supervivencia caen en picado, y Hess sabe por las estadísticas de La Haya que las estimaciones están basadas en casos reales de niños desaparecidos. Intenta quitarse de la cabeza un caso de secuestro en el que estuvo trabajando unos años atrás y en el que se requirió colaboración entre la policía alemana y la francesa. Un niño de Karlsruhe que acababa de cumplir dos años fue secuestrado, y el secuestrador, que solo hablaba francés, le dijo al padre, un prominente director de banco alemán, que debía pagar dos millones de euros si quería volver a ver a su hijo. Hess estuvo en el sitio acordado de intercambio, pero nadie vino para recoger la bolsa con el dinero y un mes más tarde encontraron el cadáver del niño en una cloaca, a tan solo quinientos metros del domicilio del banquero. Las investigaciones posteriores aclararon que el cráneo del niño había recibido un impacto severo, probablemente porque se le había escurrido de los brazos al secuestrador en el momento de la huida. El niño habría caído sobre el asfalto, cerca de la cloaca. Saben que ocurrió el mismo día del secuestro y jamás encontraron al secuestrador.

Las circunstancias alrededor de la desaparición de Gustav Hartung afortunadamente son diferentes y sigue habiendo muchas razones para ser optimistas. Ahora mismo hay desplazados varios equipos de agentes para interrogar a los compañeros de trabajo de Asger Neergaard en el ministerio y en Christiansborg, y lo mismo para el puesto de trabajo de Benedikte Skans en pediatría del Rigshospitalet. Hasta el momento, nadie ha podido aportar información acerca de cómo o dónde pueden haber huido con el niño, pero todavía tienen la esperanza de que aparezca información relevante durante los interrogatorios. En la televisión emiten fotografías de Gustav Hartung sin cesar, lo cual dificultará a los secuestradores el poder moverse con él en espacios públicos. Eso es ambivalente; positivo porque la mayoría de ciudadanos ahora serían capaces de reconocer a Gustav Hartung y podrían notificar a las autoridades al momento si lo vieran; pero negativo, porque ese hecho forzaría tanto a los secuestradores que podría acabar con una decisión de consecuencias fatales en el desenlace. El grupo de liderazgo y los del PET habían debatido intensamente esta problemática, pero en última instancia daba igual lo que opinaran ellos porque la familia Hartung había insistido en que se involucrara a los medios en la búsqueda y a partir de ahí se había dejado de especular en torno a esa cuestión. Hess entendía perfectamente que

hubieran tomado esa decisión. Un año antes, esta familia había experimentado una pesadilla de la cual todavía no habían despertado y ahora se veían inmersos en otra. No podían obviar ninguna opción, pero Hess no era capaz de predecir si la decisión era mala o buena. A su lado escucha la voz impaciente de Thulin dirigiéndose a Genz, que en ese momento está pasando su informe desde la unidad de policía científica a través del altavoz del teléfono móvil de Nylander, que lo ha colocado en medio de la mesa para que todos puedan oírlo.

—¿Pero no podéis rastrear las señales de sus móviles?

—No. Los teléfonos móviles de ambos llevan desconectados desde las 16.17 de esta tarde, la que probablemente podemos establecer como la hora del secuestro. Es posible que tengan otros móviles no registrados, pero esos no los puedo...

—¿Y qué pasa con los iPad y portátiles que había en su domicilio? Antes he visto por los menos un iPad y un portátil Lenovo. Podría haber facturas electrónicas de billetes de avión, barco o tren. ¿Han sacado dinero con la tarjeta de crédito?

—Como os he comentado al principio, no hemos encontrado nada útil de momento. Estamos tardando más de lo habitual en entrar en los archivos borrados del Lenovo, porque ha sido dañado...

—Pues entonces no habéis comprobado una mierda. Genz, ¡no tenemos tiempo para esto! Si han borrado archivos del Lenovo, tan solo tenéis que restablecerlos a través de un programa de *recovery*, y joder, ¡tú más que nadie...!

—Thulin, Genz sabe lo que tiene que hacer. Genz, avísame en cuanto encontréis algo.

—Por supuesto. Estamos en ello.

Nylander corta la llamada y vuelve a meterse el teléfono en el bolsillo. Thulin está de pie y parece una boxeadora a la que acabaran de decir que al final sí que tendrá que entrar en el ring.

—¿Algo más? Tengo que irme —dice Nylander.

Jansen tira su bloc de notas sobre la mesa.

—He hablado con el hospital psiquiátrico de Roskilde. No es nada que podamos utilizar aquí y ahora, pero no hay duda de que Benedikte Skans estaba como una regadera mucho tiempo después de la muerte del bebé. El jefe de servicio insiste en que la mujer se recuperó en el transcurso de su

estancia con ellos, pero no puede descartar que pueda actuar con violencia. Genial. Y muy tranquilizador, sabiendo que Benedikte Skans trabajaba en el departamento de pediatría.

—Pero nada que nos pueda dar una pista sobre dónde pueden estar. ¿Qué pasa con Asger Neergaard?

—Exsoldado, treinta años, chófer en Afganistán en dos misiones, con la división 7 y la 11, respectivamente. Expediente impecable, pero cuando preguntas a sus excompañeros del cuartel, algunos opinan que no dejó las Fuerzas Armadas por cansancio, sino que había otra razón.

—Suéltalo.

—Algunos dicen que empezaron a temblarle las manos y que evitaba el contacto con el resto. Que se volvió exaltado y agresivo. Todo síntomas que podrían indicar que sufría de estrés postraumático, pero de todas maneras nunca estuvo en tratamiento, así que no tenemos constancia ni un diagnóstico efectivo. Cómo el agente del PET lo verificó y lo calificó como apto para ser chófer de la ministra es un misterio y sin duda rodarán cabezas por este tema.

—Pero ¿con todos los que habéis hablado y no hay nadie que sepa dónde pueden estar?

—No. Y la madre tampoco. O si lo sabe, no nos lo quiere decir.

—Pues levantamos la sesión y seguimos trabajando. No tenemos nada y eso no es bueno. El motivo del secuestro está claro y lo que quieren es hacerles daño a los Hartung, así que tenemos que encontrar a ese chaval cagando hostias. Esperaremos a investigar cómo la pareja ha llevado a cabo los cuatro asesinatos hasta haber encontrado al niño y que esté sano y salvo.

—Si es que son ellos los que han cometido los asesinatos. —Es la primera vez que Hess habla durante toda la reunión y Nylander lo mira como si fuera un extraño que se ha colado en la sala de reuniones por la puerta lateral. Hess continúa hablando antes de que se cierre la puerta que acaba de abrir—. Hasta ahora no hemos encontrado nada en el domicilio de la pareja que apunte a que ellos sean los autores de los asesinatos. Han acosado a Rosa Hartung con amenazas de muerte y han planeado y llevado a cabo el secuestro de su hijo, pero no hay nada que apunte a las otras tres víctimas y por lo menos para uno de los asesinatos Asger Neergaard tiene coartada. Precisamente durante el asesinato de Anne Sejer-Lassen, cuando Rosa Hartung y su secretaria estaban observando el coche oficial en un patio trasero del ministerio, según los del PET.

—Pero Benedikte Skans no estaba allí.

—No. Pero no necesariamente significa que estuviera matando a Anne Sejer-Lassen. Además, ¿qué móvil tiene la pareja para haberlas matado?

—No empieces con tu cháchara para enturbiar la investigación y justificar vuestra visita a Linus Bekker. Benedikte Skans y Asger Neergaard son los principales sospechosos y ya hablaremos de vuestra visita a Sikringen más tarde.

—Pero yo no intento justificar...

—Hess, ¡si Thulin y tú hubierais invertido sensatamente vuestro tiempo en los casos del Ministerio de Asuntos Sociales seguramente os habríais topado con el caso de Benedikte Skans y Asger Neergaard un poco antes, y Gustav Hartung ahora mismo no estaría secuestrado! ¿Entiendes lo que te digo?

Hess calla. Él ha pensado lo mismo y durante unos instantes se siente culpable, aunque en lo más profundo de su ser sabe que es un error. Nylander abandona la sala y Jansen y el resto del grupo le siguen. Thulin coge su abrigo del respaldo de su asiento.

—Ahora mismo lo más importante es encontrar al niño. Si no son los autores de los asesinatos lo averiguaremos.

Thulin no espera a obtener una respuesta. Hess la ve alejarse por el pasillo y desplaza la mirada hacia la ventana que da a la sala de escritorios abierta. Observa lo ajetreados que están todos los agentes, moviéndose con esa energía y determinación que nace cuando se está a punto de culminar la resolución de un caso. Pero Hess no tiene esa sensación. Siente como si las cuerdas de las marionetas siguieran colgando del techo, y cuando al fin decide levantarse de la mesa es para salir a tomar aire fresco al exterior, lejos del edificio.

*L*a oscuridad normalmente no molesta a Asger. Sus ojos se acostumbran rápidamente y por lo general se siente seguro y que lo tiene todo bajo control, aunque esté conduciendo a mucha velocidad y lloviendo a cántaros, como ahora.

Empezó a gustarle conducir en la oscuridad la primera vez que lo destinaron a Afganistán. Cuando llevaban tropas o material de un campo militar a otro a veces tenían que hacerlo después de ponerse el sol y, aunque muchos compañeros chóferes lo relacionaban con peligro inminente, él sentía algo diferente. A Asger siempre le había encantado conducir. Era como si sus pensamientos se tranquilizaran a medida que iba avanzando y el campo de visión se transformaba a medida que cambiaban los paisajes. Como si el cerebro absorbiera toda esa información. Pero en Afganistán descubrió que le gustaba incluso más conducir de noche. Aunque no hubiera nada que ver. Sentía que la oscuridad le arropaba y protegía, y le proporcionaba esa calma y equilibrio que normalmente echaba en falta. Pero ahora mismo no siente eso. La carretera negra está rodeada por bosque denso en ambos lados y, aunque casi no puede verlo, tiene la sensación de que algo saldrá de la oscuridad y se lo tragará por completo. Los pinchazos en la piel van en aumento y se le tapan los oídos. Aprieta más a fondo el acelerador y es como si intentara huir de su propia sombra.

Se han topado con barreras policiales por todos lados y han tenido que cambiar de dirección constantemente. Primero se habían dirigido a Gedser, luego hacia el ferri a Suecia, que se coge en Helsingør, pero en ambos trayectos les habían adelantado vehículos de la policía con las luces encendidas y no era difícil adivinar hacia dónde iban. Por eso, ahora Asger se dirige a Sjællands Odde. El puente de Storebælt se le antoja demasiado obvio y por eso lo descarta, pero tiene la esperanza de que no se hayan molestado en poner vigilancia en un ferri que va a Jutlandia, aunque sabe que es poco probable. Le da vueltas a qué pueden hacer si ese camino también está

cortado, pero no se le ocurre ningún movimiento alternativo y Benedikte lleva sentada callada y seria todo el trayecto, a su lado, en el asiento del copiloto.

A Asger no le había parecido buena idea llevarse al niño, pero no se había atrevido a discutirlo y además sabía que era la única vía. Si se limitaban a rendirse, sin más, es como si todo hubiera sido una broma y la puta ministra nunca jamás sabría el dolor que les había infligido. Les parecía justo que ella también pasara por el infierno que habían pasado ellos y Asger no tenía problemas morales con lo de secuestrar a un niño. Sobre todo en este caso, porque la madre del chaval es la única culpable de que su hijito ahora esté dando botes en el compartimento de carga de una furgoneta de alquiler.

Asger frena bruscamente. Durante unos instantes nota como la furgoneta se desliza sin control sobre el asfalto mojado, hasta que suelta el freno y el vehículo se endereza. Más adelante puede ver el brillo de las luces azules entre los árboles mojados y, aunque todavía no puede ver los coches de policía, sabe que estarán esperándoles tras una barrera policial después de la curva de la carretera. Enseguida acciona el intermitente y desacelera el coche, hasta que se detienen en el arcén.

—¿Qué coño hacemos?

Benedikte no responde. Asger da la vuelta con determinación y, conduce a toda velocidad por la carretera por donde habían venido. Enumera en voz alta cuáles son sus opciones y, cuando ella por fin abre la boca para intervenir, no dice nada de lo que él esperaba que dijera.

—Métete en el bosque. Gira la próxima vez que puedas.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres ir por allí?

—Te digo que entres en el bosque.

Asger gira por un pequeño camino de tierra y se adentran en un bosque. Ahora entiende qué quiere hacer Benedikte. Ha visto que están rodeados, así que ahora hacen lo único correcto que se puede hacer en esta situación, y eso es esconderse discretamente en medio del bosque y esperar allí hasta que bajen la guardia. El que ha sido soldado es Asger, y tenía que haberlo pensado él, pero, como siempre, es Benedikte la que encuentra una salida. Conducen unos tres o cuatro minutos por el caminito de tierra y aunque Asger sabe que el bosque todavía no es lo bastante denso para pasar desapercibidos, Benedikte le pide que detenga la furgoneta.

—No. Todavía no. Tenemos que meternos más adentro. Nos pueden ver

si...

—¡Que pares la furgoneta! ¡Párala ahora mismo!

Asger pisa el freno y detiene el vehículo inmediatamente. Apaga el motor, pero deja los faros encendidos. Benedikte se ha quedado muy quieta. No puede verle la cara, tan solo oye su respiración y la lluvia repicando sobre el techo. Abre la guantera en la oscuridad, saca algo y luego abre la puerta para salir del vehículo.

—¿Qué vas a hacer? ¡No tenemos tiempo para detenernos aquí!

Benedikte cierra de un portazo y Asger se queda sentado en la cabina durante unos instantes, sintiendo el eco de su propia voz. Benedikte rodea la cabina y pasa por delante del haz de luz de los faros. Cuando está delante de la puerta del conductor, Asger la abre instintivamente y sale de la furgoneta.

—¿Qué vas a hacer?

Benedikte pasa por su lado y estira el brazo con determinación para abrir la puerta corredera y acceder al compartimento de carga de la furgoneta. Asger ve el brillo del objeto afilado que lleva en la mano derecha y recuerda que dejó su cuchillo militar en la guantera esta mañana, cuando fueron a buscar la furgoneta a Hertz. Se da cuenta de lo que va a hacer y se sorprende a sí mismo por sentir compasión por el niño. Asger coge a Benedikte por el brazo y nota lo fuerte que es y cuánto desea hacerlo.

—¡Suéltame! ¡Que me sueltes, joder!

Forcejean en la oscuridad y Asger nota el cuchillo rajarle en la ingle en el momento en que Benedikte intenta soltarse.

—¡Es tan solo un crío! ¡Él no nos ha hecho nada!

Al fin consigue atraerla hacia él y la abraza con fuerza. Los brazos de Benedikte se relajan y empieza a sollozar. El llanto la invade por completo y Asger no sabe cuánto rato llevan allí en la oscuridad del bosque, pero la sensación es que es una eternidad y además también es el mejor momento que han pasado así abrazados en mucho tiempo. Sabe que Benedikte ha entendido lo mismo que él. Toda esta situación les supera, pero todavía se tienen el uno al otro. Asger no puede verle la cara pero el llanto cesa y consigue quitarle el cuchillo de la mano y lo lanza al suelo.

—Dejemos salir al niño. Es más fácil si solo somos tú y yo, y en cuanto lo encuentren, los jodidos maderos se relajarán. ¿Vale?

Asger tiene la certeza de que les saldrá bien el plan, ahora que nota el cuerpo de ella entre sus brazos. Le acaricia la cara y besa sus lágrimas

mientras ella asiente y recupera el aliento. Benedikte sigue agarrándole una mano a Asger mientras él estira el brazo hacia la puerta corredera para dejar salir al niño. Si le explican qué camino debe coger, puede llegar a la barrera policial en menos de dos horas y eso les dará el espacio de tiempo que Asger y Benedikte necesitan para escapar.

Un sonido hace que Asger detenga su movimiento y observa con cautela a su alrededor, en la oscuridad. Es el sonido lejano de un motor, que se acerca. Mira hacia atrás, hacia el camino por el que han venido, y sigue agarrándole la mano a Benedikte. A unos cincuenta metros de distancia se reflejan un par de luces de coche en los charcos del camino de tierra. A Benedikte y Asger les ciegan los faros y miran en dirección al coche, que acaba de detenerse. El conductor los observa durante unos instantes, antes de apagar el motor y luego los faros.

El camino de tierra está a oscuras. Mil pensamientos explotan en la cabeza de Asger. Al principio cree que es un coche camuflado de la policía, pero unos agentes no se mantendrían tan tranquilos en una situación como esta. Luego piensa que debe de ser el coche de un granjero o un agente forestal. Hasta que cae en la cuenta de que la única razón por la que alguien se metería justamente por ese camino de tierra sería para encontrarlos a ellos. Pero nadie puede haberlos visto girar para adentrarse en el bosque y se ha asegurado de que sus teléfonos móviles no pudieran rastrearse.

Asger nota cómo la mano de Benedikte se tensa en la suya y cuando oye cómo se abre la puerta, pregunta en dirección al coche y la oscuridad, pero no recibe ninguna contestación.

—¿Quién es? —repite Asger.

Por el sonido de los pasos que se acercan entiende que en unos momentos lo sabrá e inmediatamente se inclina para coger el cuchillo, que antes ha tirado.

*T*hulin derrama el contenido de la bolsa de basura sobre un par de periódicos gratuitos que previamente ha extendido sobre el suelo de la cocina. Empieza a remover la basura con un tenedor que ha encontrado en un cajón. Lleva guantes de látex y la peste de alimentos podridos, colillas de cigarrillos y latas de conserva le sube por la nariz mientras selecciona grasientos recibos de compra con la esperanza de averiguar dónde puede haber huido la pareja. Genz y los científicos de su equipo han inspeccionado todo el edificio principal esta mañana, pero Thulin prefiere hacer sus propias averiguaciones. Aunque no encuentra nada. Solo notas del supermercado y de una tintorería, seguramente de la limpieza del traje que se pone Asger cuando lleva a Rosa Hartung. Thulin deja la basura sobre los periódicos. Se encuentra en la zona habitada del antiguo matadero y aparte de ella y un par de coches patrulla que vigilan el edificio un poco más allá, no hay nadie más. Hasta ahora no puede más que constatar que Genz y su equipo han hecho su trabajo impecablemente. No hay ninguna evidencia que haga pensar que la pareja tuviera otras guaridas además de esta en la que se encuentra y tampoco han aparecido evidencias de que tuvieran un plan de escape o un lugar alternativo para esconderse. Esta mañana han constatado que una de las cámaras frigoríficas de la sala de despiece del antiguo matadero industrial se había equipado con un colchón en el suelo y algunos cómics del Pato Donald, así que todo apunta a que tenían pensado encerrar aquí a Gustav Hartung.

Thulin se estremece al pensarlo, pero por el contrario, según lo que ha podido observar, en el edificio principal no hay nada que apunte a que los residentes sean unos asesinos a sangre fría. O por lo menos no de la manera en que se los imagina ella. Lo que queda claro es que Asger Neergaard vive aquí y no en la habitación que alquila a un excompañero, según consta en el padrón municipal de habitantes. También ha podido comprobar que tiene afición por los cómics manga con mujeres semidesnudas. Pero eso es lo más terrorífico que ha podido encontrar entre sus supuestas pertenencias. A

primera vista parece que lo más característico de él es que, a pesar de tener tan solo treinta años, disfrute viendo la serie *Huset på Christianshavn* y otras viejas comedias danesas amables e inocentes, protagonizadas por Dirch Passer y Ove Sprogøe, que siempre se sitúan en épocas de bienestar, alegría y prosperidad nacional. Para verlas ha hecho acopio de un polvoriento reproductor DVD y una vieja pantalla de televisión y parece ser que las veía tumbado sobre un sofá de cuero gastado. Para Thulin eso no necesariamente significa que tuviera tendencia a los trastornos psicóticos ni a la locura.

Las pertenencias de Benedikte que habían podido examinar hasta ahora reflejaban una personalidad más extrema. Han encontrado libros técnicos y administrativos sobre las retiradas de custodia, también fotocopias de ciertos párrafos de derecho civil con anotaciones en los laterales y artículos de revistas jurídicas que tratan acerca del bienestar de los niños y cosas por el estilo. En un cajón del salón han encontrado carpetas con folios que exclusivamente tratan sobre el caso de su pequeño y la correspondencia que había mantenido con las autoridades y su abogado de oficio. En casi todas las páginas había escrito comentarios anexos, algunos ilegibles, pero los muchos signos de interrogación y exclamación se entendían perfectamente. Thulin percibía el enfado y la frustración que mostraban. Pero también hay libros de poesía de cuando iba a la escuela, incluso ha pegado una foto de ella y de Asger Neergaard en la portada de uno de ellos. En la foto están tumbados sobre la hierba, delante de unas feas vallas de protección de una autopista estatal. También encuentra su título de grado de enfermería y algunas tablas de gimnasia para recuperarse después del embarazo y el parto.

Cuantas más pertenencias examina Thulin, más convencida está de la imposibilidad de que la pareja haya podido cometer los asesinatos que investigan ella y Hess. Y también le cuesta imaginar que hayan sido capaces de mantener en jaque a todo un operativo policial durante varias semanas. A estas alturas, Thulin tiene que concluir que Hess tiene razón con lo del escepticismo que saca a relucir cada vez que ven a Nylander.

Y lo cierto es que cuando ha visto las paredes de su piso de Nørrebro esta mañana se le ha pasado por la cabeza que su compañero había perdido el norte. Que empezaba a parecer sospechoso que no fuera capaz de aceptar que la niña Hartung podía estar muerta y que había empeorado cuando había tomado la poco ortodoxa iniciativa de hacer ese experimento con Genz y más tarde la había convencido para que fueran a Sikringen. Se había recordado a

sí misma que sabía muy poco o más bien nada de Hess ni de su pasado, aunque después de la visita a Sikringen también había empezado a tener las mismas dudas que él. Ahora mismo está convencida de que Hess y ella volverán a intentar hablar con Linus Bekker para averiguar exactamente qué sabe de los asesinatos y de Kristine Hartung.

Pero en este momento la prioridad es encontrar a Gustav Hartung. Cuando Thulin ha terminado de mirar por encima el contenido de los cajones de las habitaciones de la primera planta, se dirige hacia la puerta de salida para ir a ver a Genz y ayudarlo a abrir ese portátil Lenovo que decía que le daba problemas. Baja las escaleras y cruza el pasillo cuando un leve sonido la obliga a detenerse. Se ha activado una alarma en algún lugar del edificio, pero por lo visto no es en el edificio principal, porque Thulin se encuentra aquí ahora mismo y el sonido viene de más lejos. La alarma tiene un ritmo más lento que las de los coches, pero es igual de insistente. Thulin se vuelve hacia atrás y cruza la cocina hasta el pasillo que la llevará a lo que antes había sido la sala de despiece. Abre la puerta de acceso y el sonido es ahora más agudo. La enorme sala alargada está a oscuras y Thulin se detiene unos instantes porque no sabe dónde están los interruptores de la luz. De repente le viene la idea de que si esta pareja de jóvenes no son los autores de los crímenes, podría ser que el auténtico asesino estuviera aquí escondido en la oscuridad. Intenta quitarse esa idea de la cabeza porque no hay ninguna razón para pensar que esa persona se haya desplazado hasta aquí, pero aun así empuña su pistola y le quita el seguro.

Con la linterna de su móvil se abre camino a través de la vieja sala de despiece. Se mueve en dirección al sonido y pasa al lado de una cámara frigorífica y también de la que estaba pensada para esconder a Gustav Hartung y de un par más. Algunas están completamente vacías, aparte de los ganchos que bajan del techo para colgar los animales sacrificados, pero la mayoría están llenas de cajas y trastos viejos.

Se detiene ante la puerta de una de las últimas cámaras. La alarma suena desde aquí, así que decide entrar. Cuando entra en la cámara frigorífica se da cuenta de que este debía de ser el espacio que utilizaba Asger Neergaard para entrenar. Bajo el haz de luz de su teléfono puede ver unas viejas y gastadas pesas, una barra, una bicicleta de carreras maltrecha y un saco de boxeo, que se disputa un hueco en el poco espacio de suelo que por lo demás está lleno de botas militares y un sucio uniforme de camuflaje. Pero lo más raro es el

olor. Aunque está en un antiguo matadero, ninguna de las otras cámaras olían tanto a carne en descomposición como esta, pero no llega a concluir ese pensamiento porque de repente nota movimiento en una de las esquinas. Dirige la linterna de su móvil en esa dirección y aunque ilumina los alrededores por completo, ninguno de ellos se inmuta bajo la potente luz blanca. Cuatro o cinco ratas muerden como locas la tapa inferior de una vieja y maltrecha mininevera que hay en la esquina, junto a algunas herramientas de jardín y una tabla de planchar. La pantalla del frontal parpadea y se ha disparado el pitido de alarma porque las ratas han llegado hasta los listones de goma de la puerta inferior, que ha quedado entreabierta. Thulin se acerca, pero no es hasta que las empuja con el pie que salen disparadas correteando entre sus piernas. Se detienen un poco más allá para ponerse a correr en círculos y chillar históricamente. Thulin abre la puerta de la nevera con cautela y mira adentro, pero tiene que taparse la boca para no vomitar.

—¿*P*ero estás completamente seguro? ¿Me confirmas que Benedikte Skans trabajó en el turno de noche entre el viernes 16 de octubre y el sábado 17?

—Sí. Completamente. Me lo acaba de confirmar la supervisora de enfermería, que también trabajó en ese mismo turno.

Hess le agradece la llamada y cuelga el teléfono al agente de policía cuando sube a la planta en la que se encuentra el despacho de la ministra de Asuntos Sociales. Son casi las 23 horas y en el antedespacho se respira un nerviosismo controlado y se oyen varios teléfonos móviles sonando. Un par de agentes siguen hablando con algunas personas del equipo y dos empleadas con los ojos rojos siguen sollozando mientras intentan contestar a las preguntas que les hacen. Por las mesas hay varias bolsas blancas de plástico con sushi para llevar, pero nadie se ha animado a abrirlas.

—¿La ministra está en el despacho?

La ajetreada secretaria con rasgos asiáticos asiente con la cabeza en dirección a Hess y se dirige hacia las dos puertas de caoba mientras sigue memorizando la contraseña del iPad que acaban de darle en la sala de chóferes de Christiansborg.

Thulin tiene razón en que lo más importante ahora mismo es el niño de los Hartung. Por eso se ha dirigido al ministerio directamente después de la reunión en comisaría. Quiere ayudar buscando información para tratar de saber dónde puede haber ido la pareja y las posibles localizaciones donde puedan estar dirigiéndose ahora mismo. Ha interrogado a las personas que frecuentaban a Asger Neergaard en el trabajo, pero enseguida ha entendido que nadie sabe nada de él. Los agentes ya habían hecho su trabajo y el hecho de que Hess hablara con ellos de nuevo no modificaba el resultado. Asger Neergaard no se había relacionado con nadie y desde luego nunca había hablado de su vida privada, actividades de ocio u otra cosa que pudiera aportar algo. En vez de eso, Hess había tenido que escuchar diversas descripciones de Asger Neergaard como persona. Algunos eran de la opinión

de que el chófer había sido singular desde el principio. Lo describían como raro, silencioso y quizás también un poco peligroso, pero Hess sabía que ese tipo de descripciones habitualmente se formaban a posteriori y a la luz de los acontecimientos. Las televisiones llevaban horas bombardeando a los espectadores con la búsqueda de Gustav Hartung y habían descrito a los supuestos asesinos hasta la saciedad, recreándose en el hecho de que uno de ellos era el mismísimo chófer de Rosa Hartung. Si uno tenía dudas acerca de si la noticia era explotable comercialmente hablando, tan solo tenía que echar un vistazo a la plaza abarrotada para ver el ejército de vehículos de prensa y periodistas que cercaban el ministerio. Pero la enorme propagación de la noticia también significaba que los medios habían vestido un poco las descripciones de los secuestradores. El grupo de testigos que Hess daba por buenos describían a Asger Neergaard como alguien introvertido y un poco simple, que no buscaba el contacto con el resto de chóferes y que se pasaba las pausas fumando o llamando por teléfono cerca del canal, al contrario que sus compañeros de trabajo, que se juntaban para tomar café en la sala climatizada de chóferes del ministerio.

Hess se había desplazado hasta esa sala y un chófer mayor le había contado cómo tuvo que ayudar varias veces a Asger para abrir el sistema de cierre del garaje donde se guardan los coches de los ministros por la noche. Solamente por ese motivo no parecía que Asger y su novia hubieran sido capaces de planear y llevar a cabo los asesinatos de Laura Kjær, Anne Sejer-Lassen y Jessie Kvium, que habían sido planificados y ejecutados tan meticulosamente.

Y todavía parecía más improbable cuando otro compañero de Asger, el chófer del ministro de Energía, le mostró a Hess el calendario electrónico de chóferes. Las actividades de los respectivos conductores eran cuidadosamente registradas y cada uno tenía la obligación de anotar dónde se encontraba, en qué momento y qué tarea estaba cumpliendo, introduciendo esta información en el diario de navegación de la pantalla electrónica que llevaba incorporado cada coche. La mirada de Hess se desplaza rápidamente a una fecha en concreto para ver qué actividades llevó a cabo Asger ese día y, tras saberlo, se dirige rápidamente al ministerio de Asuntos Sociales. Por el camino ha llamado a uno de los agentes que se habían desplazado al trabajo de Benedikte Skans y es exactamente acerca de esa información de lo que ahora necesita hablar con Rosa Hartung.

Cuando Hess entra en el despacho de la ministra queda patente que está descompuesta de dolor por su hijo. Le tiemblan las manos, tiene los ojos rojos, la mirada ansiosa y el rímel corrido, aunque intenta limpiárselo. Su marido también está allí. En ese momento está hablando por teléfono, pero hace el amago de querer cortar la llamada cuando ve que entra Hess. Este niega con la cabeza para hacerle entender que no trae noticias. Rosa Hartung y su marido habían decidido quedarse en el ministerio, entre otras cosas porque iban a interrogarles acerca de Asger Neergaard y también porque el personal podía informarles en todo momento de las noticias que les llegaban continuamente. Hess piensa que seguramente tampoco tendrían ganas de estar solos. En su casa estarían cara a cara con la preocupación, pero aquí por lo menos pueden sentirse activos porque pueden ir preguntando a los agentes a medida que van llevando a cabo las diferentes averiguaciones.

Steen Hartung sigue hablando por teléfono; Hess mira a Rosa Hartung y señala en dirección a la gran mesa de reuniones.

—¿Podemos hablar un momento? Tengo un par de preguntas y espero que me las pueda contestar. Sería de gran ayuda.

—¿Qué saben? ¿Qué está pasando ahora mismo?

—Lo siento, pero no tenemos nuevos datos. Pero todo el cuerpo está en alerta, los vehículos en la calle y las fronteras están siendo vigiladas.

Puede ver la ansiedad en sus ojos y que sabe que la vida de su hijo está en peligro, pero no tiene más remedio que tratar de dirigir la conversación para hablarle de lo que acaba de descubrir. Cuando nota que la ministra acepta que Hess no trae noticias, coloca el iPad sobre la mesa y se lo muestra.

—Su chófer Asger Neergaard ha escrito en su diario de navegación electrónico que el viernes 16 de octubre a las 23.57 llegaba con su coche a la Biblioteca Real para recogerla al finalizar un evento al que había acudido usted. Escribe que está en *stand by*, esperándola en el vestíbulo, hasta las 00.43, que es cuando escribe «Fin de jornada laboral. Me voy para casa». ¿Es correcto que la esperó en el vestíbulo y que volvieron a la hora que él menciona?

—No entiendo por qué eso es importante. ¿Qué tiene que ver con Gustav?

Hess no quiere inquietarla todavía más recordándole que ese horario se corresponde con el momento del tercer y cuarto asesinato. Si la información del diario es correcta, es del todo imposible que Asger Neergaard haya podido desplazarse hasta el *kolonihave* con tiempo suficiente para asesinar a

Jessie Kvium y a Martin Ricks, además de amputar dos manos y un pie antes de que Hess y Thulin llegaran a la escena del crimen. Y como acaban de notificarle que Benedikte Skans estaba trabajando en pediatría esa misma noche, es clave saberlo con exactitud.

—Es importante por razones que no le puedo explicar ahora mismo. Sería de vital importancia si pudiera hacer memoria. ¿Es correcto que la estuvo esperando y que volvieron sobre esa hora?

—Lo que no entiendo es por qué pondría eso en su diario. Yo ni siquiera asistí a ese evento y por lo tanto no tenía por qué esperarme allí.

—¿No asistió?

Hess intenta disimular su decepción.

—No. Frederik Vogel, que es mi asesor personal, les notificó que yo no asistiría.

—¿Está segura de que no asistió? Asger Neergaard escribe que...

—Estoy completamente segura. Frederik y yo habíamos quedado que iríamos al evento a pie, porque no está muy lejos del ministerio. Pero unas horas antes volví a hablar con él. Era la noche en que mi marido iba a salir en televisión y a Frederik no le parecía grave que no asistiera. Yo me sentí aliviada, porque prefería estar con Gustav, claro...

—Pero si Vogel les notificó que no asistiría al evento... ¿por qué pone en el diario del chófer que...?

—No lo sé. Tendrá que preguntárselo a Frederik.

—¿Y dónde está Frederik?

—Tenía que arreglar algo. Vendrá enseguida. Pero ahora quiero que me explique exactamente qué están haciendo para encontrar a Gustav.

El enorme despacho de Frederik Vogel está desierto y a oscuras. Hess entra y cierra la puerta a sus espaldas. Es un despacho muy agradable. Es un estilo tipo *lounge* muy acogedor, al contrario que la atmósfera fría e impersonal del resto de despachos del ministerio. Se sorprende pensando que a las mujeres seguramente les parecerá un sitio de lo más sexy y relajado. Hay lámparas Verner Panton, alfombras retro de pelo largo y sofás italianos bajitos con muchos cojines blandos. Solo falta un poco de música acaramelada de Marvin Gaye y a Hess de repente se le antoja que siente envidia, porque jamás sabría cómo montar algo parecido en su casa.

No es la primera vez que le extraña que el asesor personal de la ministra no esté presente en lo que va de noche. Sabe que los agentes interrogaron a Frederik Vogel, de treinta y siete años, sobre las 19 horas para ver qué sabía de Asger Neergaard, pero Vogel no pudo aportar nada más que su sorpresa al saber que era la persona que estaban buscando. Pero cuando Hess llegó al ministerio unas horas antes, el asesor ya no estaba, y la secretaria de la ministra le comunicó que era porque tenía que resolver un asunto en el centro de la ciudad. Lo cual había extrañado bastante a Hess, porque la ministra de Vogel se encontraba sumergida en una profunda crisis y estaba siendo acosada por la prensa.

Hess no sabe casi nada de Vogel. Rosa Hartung le ha explicado hace unos minutos que el asesor siempre había sido un gran apoyo para ella. Estudiaron juntos ciencias políticas en Copenhague, hasta que sus caminos se separaron porque Vogel consiguió entrar en la facultad de periodismo. Habían seguido manteniendo el contacto y, con el tiempo, Vogel también hizo buenas migas con el resto de la familia. Cuando ella más tarde fue elegida para ocupar el cargo de ministra, él naturalmente la siguió para convertirse en su asesor. Los había apoyado enormemente durante el durísimo último año en el que Kristine había desaparecido y además había sido de gran ayuda para animarla a volver y tomar posesión de su cargo.

—¿Qué opina Frederik acerca de que su marido y usted tengan la esperanza de que su hija siga con vida? —había preguntado Hess.

—Frederik es muy protector, así que al principio se mostró muy preocupado. Sobre todo por mi posición como ministra. Pero ahora nos apoya incondicionalmente.

Hess merodea un rato por el despacho para hacerse una idea del hombre cuyo escritorio está a rebosar de documentos relacionados con el viejo caso de Benedikte Skans, junto con folios escritos a mano con apuntes y diseños de estrategias para dirigirse a los medios, pero aparte de eso, nada que tenga ningún interés. Por lo menos no hasta que Hess mueve el ratón del MacBook que está sobre la mesa. El salvapantallas del portátil empieza a mostrar fotografías de Vogel en algunas situaciones excepcionales, a lo largo de su carrera. Aparece delante de la sede de la Unión Europea, en Bruselas y dándole la mano a la canciller federal en el Salón de los Pasos Perdidos de Christiansborg, otra en Nueva York, ante el World Trade Center Memorial y una cuarta fotografía con Rosa Hartung en un campo de refugiados de las

Naciones Unidas. Pero entre las fotos oficiales, de repente también aparecen imágenes personales de Frederik Vogel con la familia Hartung. En un cumpleaños infantil, partidos de balonmano y de paseo por el Tivoli. Son típicas fotos de familia y Vogel es como un miembro más.

Hess intenta convencerse de que sus prejuicios le han jugado una mala pasada y que Vogel no es la serpiente sin escrúpulos y maquiavélica que se ha imaginado. Hasta que de repente entiende qué es lo que le chirría. Steen Hartung no aparece en ninguna de las fotografías. Solo hay *selfies* de Vogel junto a Rosa y los niños o Rosa sola, como si fueran una pareja.

—La secretaria de la ministra dice que quiere hablar conmigo.

La puerta se ha abierto. La mirada de Vogel se detiene en Hess y se ensombrece cuando observa cómo la pantalla de su portátil le ilumina la cara al inspector. Su chaqueta está empapada por la lluvia y los mechones de su pelo oscuro le tapan media cara, hasta que pasa su mano por el cabello para echarlo hacia atrás.

—¿Qué saben? ¿Han encontrado al chófer?

—Todavía no. Y tampoco le encontrábamos a usted.

—Tenía algunas reuniones por el centro. He intentado reducir el fisgoneo por parte de algunos editores cabrones para que no se aprovechen de los amigos y conocidos de Gustav. ¿Y la novia del chófer? Ya han pasado muchas horas. Tienen que haber encontrado algo.

—Estamos en ello. Ahora mismo necesito su ayuda para otra cosa.

—No tengo tiempo para otras cosas. Tendrá que hacerlo con rapidez.

Hess observa cómo Vogel cierra el portátil discretamente, después de dejar su chaqueta sobre la silla y sacar su *smartphone* del bolsillo.

—El viernes 16 de octubre canceló la asistencia de la ministra a un evento en la Biblioteca Real, como le había pedido ella. Hablaron unas horas antes y ella le dijo que su marido saldría en televisión. Le dijo que no pasaba nada si no asistía al evento.

—Puede ser. De todas maneras, la ministra no necesita mi aprobación cuando no desea asistir a un evento. Ella misma decide dónde quiere ir.

—Pero supongo que la ministra toma en cuenta su opinión.

—No sé qué decirle. ¿Por qué lo dice?

—No importa. Lo que quiero saber es si fue usted el que llamó a los organizadores para cancelar su asistencia.

—Sí. La ministra me pidió que les llamara.

—¿También le notificó a Asger Neergaard que la ministra no asistiría y que por lo tanto no tendría que llevarla a casa al finalizar el evento?

—Sí. Seguro que lo hice.

—En su diario electrónico de navegación ha escrito que trabajó esa noche. Que estuvo en *stand by* en el vestíbulo de la Biblioteca Real desde medianoche hasta aproximadamente la una menos cuarto, esperando que el evento terminara, para llevarla a casa.

—¿Y quién coño puede fiarse de lo que haya escrito alguien así en su diario? Igual lo hizo porque necesitaba una coartada para hacer alguna de las miles de actividades que tenía entre manos paralelamente a su trabajo remunerado. Estoy bastante seguro de que le avisé, pero ¿eso qué jodida importancia tiene ahora que Gustav ha desaparecido?

—Pues sí, es importante. ¿Avisó a Asger Neergaard esa noche o no?

—Pues como le digo, estoy bastante seguro de haberle avisado o si no le habré pedido a alguien que lo hiciera.

—¿A quién?

—¿Por qué coño le parece eso importante ahora mismo?

—¿O sea que cabe la posibilidad de que no le avisara y de que efectivamente sí estuviera esperando en el vestíbulo esa noche?

—Si solo vamos a hablar de esto tengo que cortarle, porque no tengo tiempo para estas chorradas.

—¿Dónde estaba usted esa noche? —Vogel en ese momento ya estaba dirigiéndose a la puerta, pero se detiene y mira a Hess a los ojos—. Supongo que tenía que haber acompañado a la ministra a la Biblioteca Real, pero en el momento en que canceló su asistencia, tendría tiempo para otras cosas.

Un amago de sonrisa cruza los labios de Vogel.

—No estará diciendo lo que creo que está diciendo...

—¿Qué cree que estoy diciendo?

—Está queriendo saber dónde y qué estuve haciendo a una hora determinada en que se cometía un crimen, en vez de concentrarse en el secuestro del hijo de la ministra. Pero espero estar equivocándome. —Hess se limita a observarle—. Si realmente quiere saberlo, puedo decirle que volví a casa para ver a Steen Hartung en la televisión y prepararme para el impacto que eso pudiera tener. Estuve solo, sin testigos y con un montón de tiempo para cometer dos asesinatos y hacer varios muñequitos de castañas. ¿Es eso lo que quería oír?

—¿Y la noche del 6 de octubre? ¿O la del 12 de octubre alrededor de las 18 horas?

—Eso ya se lo contaré cuando me cite formalmente para un interrogatorio y ante la presencia de mi abogado. Hasta entonces voy a seguir haciendo mi trabajo. Y lo mismo debería hacer usted.

Vogel asiente con la cabeza a modo de despedida. Hess no quiere dejarlo escapar, pero en ese mismo momento suena su móvil y Vogel desaparece por el pasillo. En la pantalla aparece el nombre de Nylander y decide contarle lo que ha averiguado y que sospecha de Vogel. Pero el comisario se le adelanta.

—Nylander al habla. Notifica a todas las unidades que se suspende el trabajo en el ministerio y en Christiansborg.

—¿Por qué?

—Porque Genz ha localizado a Skans y Neergaard. Voy con los GEOS.

—¿Dónde están?

—Al oeste de Holbæk, en un bosque. Genz consiguió abrir el portátil Lenovo y encontró una factura del alquiler de una furgoneta Hertz en el buzón de entrada de su mail. Llamó a la empresa y supo que la pareja alquiló el vehículo en Vesterport esta mañana temprano. Genz pudo rastrearla porque la empresa instala dispositivos de rastreo en todos los vehículos para poder localizarlos en caso de robo. Notifica a todos los equipos y vuelve a comisaría para redactar tu informe.

—¿Pero qué pasa con...?

Nylander ha colgado el teléfono. Hess apaga el suyo y corre hacia la puerta. Traslada la orden de Nylander a un agente y corre pasillo abajo hacia la salida del ministerio. La puerta del despacho de la ministra está abierta y cuando pasa por allí, ve que Vogel está abrazando a Rosa Hartung para consolarla.

A pesar de que está lloviendo y gracias a que llevan las luces de prioridad, tan solo tardan cuarenta minutos en llegar al norte de Selandia, pero lo siente como una eternidad. Hess llega por la carretera y enseguida sabe dónde debe girar para meterse por el oscuro camino de tierra que cruza el bosque. Hay dos furgonetas de GEOS y un puñado de coches de policía en los laterales. Hess saca su placa por la ventana para mostrársela a dos agentes empapados que le dejan pasar. El hecho de que le dejen pasar debe de significar que la operación ha concluido. Pero no sabe cómo habrá ido y no quiere perder tiempo preguntárselo a los dos agentes, que de todas maneras no tendrán toda la información si están allí plantados, vigilando el camino de acceso.

Hess ha venido conduciendo muy deprisa y ahora tiene que levantar el pie del acelerador para avanzar por el camino de tierra con baches. Ha ignorado la orden de Nylander y no ha ido a comisaría. Viniendo hacia aquí ha decidido seguir investigando a Vogel, algo que quizá debería haber hecho mucho antes.

Algo le dice que Asger Neergaard confirmará que estuvo trabajando la noche del 16 de octubre porque Hess acaba de hablar con la secretaria de la ministra, que le ha contado que Neergaard la despertó llamándola sobre las doce y media para preguntar dónde estaba la ministra porque él la estaba esperando en la Biblioteca Real. Ella le había pedido disculpas por no haberle avisado de que la ministra había cancelado su asistencia al evento, y si Neergaard realmente estuvo esperando en el vestíbulo, es seguro que habrá testigos que podrán confirmarlo. Y si Benedikte Skans estaba trabajando en el Rigshospitalet al mismo tiempo, es imposible que hayan asesinado a Jessie Kvium y a Martin Ricks. De repente Vogel parece más interesante. No parece tener coartada para el momento de los asesinatos en el *kolonihave* y Hess está impaciente por preguntarle a Asger Neergaard si sabe dónde se encontraba cuando se cometían los otros dos asesinatos. A lo mejor también puede decirle algo acerca de la relación entre Vogel y Rosa Hartung. A lo mejor

puede haber un móvil allí, algo que se les haya pasado a él y a Thulin. Hess quiere volver a llamarla, pero ya lo ha intentado dos veces desde que salió de Copenhague y no contesta al teléfono.

Se acercan un par de vehículos por el camino de tierra y tiene que ponerse a un lado para dejarles pasar. La ambulancia no lleva encendidas las prioritarias, pero Hess no tiene manera de saber si eso es bueno o malo. Detrás de la ambulancia viene un coche de policía sin distintivos y durante unos instantes ve la cara de Nylander en la oscuridad del asiento de atrás, ocupado hablando por teléfono. Sigue su camino y ahora pasa al lado de un grupo de GEOS que comienzan a retirarse hacia la carretera, y de repente nota la presencia de la muerte, por sus caras ensombrecidas. Cuando llega a la barrera entiende que las cosas no han ido como esperaban.

Más adelante hay varios agentes y un área de aproximadamente diez metros por diez iluminada por potentes focos. En el centro de la zona está aparcada la furgoneta con el logo de Hertz en la parte posterior. Una de las puertas delanteras está abierta y también la lateral. En el interior no hay nadie y cerca del neumático izquierdo hay una silueta tapada con una sábana blanca. Unos diez metros más allá hay otro cuerpo.

Hess sale del coche sin tener en cuenta el viento ni la lluvia. La única cara que reconoce es la de Jansen, y aunque no le cae bien, se dirige a él para preguntarle.

—¿Dónde está el niño?

—¿Qué haces tú aquí?

—¿Dónde está?

—El niño está bien. Aparentemente no le han hecho daño, pero acaban de llevárselo al hospital para un reconocimiento.

Hess nota un alivio, pero ahora también puede adivinar qué personas yacen sobre el suelo, cubiertas por sábanas blancas.

—Lo encontraron los GEOS. Estaba encerrado en el compartimento de carga. Todo ha ido sobre ruedas, así que no te necesitamos aquí, Hess.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Nada. Los hemos encontrado así, tal cual. —Jansen levanta la sábana blanca del cadáver que está más próximo al vehículo. El joven, que Hess reconoce como Asger Neergaard, sigue teniendo los ojos abiertos y su torso muestra múltiples heridas que parecen de un objeto afilado—. De momento creemos que la mujer ha tenido un brote. Estamos a unos seis kilómetros de

una barrera policial, así que suponemos que se han metido aquí para esconderse. Ella debe de haberse dado cuenta de que no tenían posibilidad de huida. Primero ha atacado al novio con un cuchillo militar y después se ha cortado las venas. Los cuerpos seguían calientes cuando hemos llegado, así que ha pasado en las últimas dos horas. Y no, no estoy feliz por este desenlace, porque hubiera preferido verlos pudrirse en la cárcel los próximos treinta años, por lo que le hicieron a Ricks.

Hess nota la lluvia resbalando por su cara. Jansen suelta la sábana y ahora solo queda al descubierto la mano sin vida de Asger Neergaard. Por un momento le parece que es como si estuviera extendiéndola hacia el cuerpo cubierto de Benedikte Skans, que descansa en el barro un poco más allá.

—¿*P*ero qué dicen? Ya tienen que saber algo.

Rosa sabe que Frederik Vogel no tiene todas las respuestas, pero no puede dejar de preguntarle.

—Están haciendo comprobaciones, pero el comisario se pondrá en contacto con nosotros en cuanto...

—Eso no me vale. Vuelve a preguntarles, Frederik.

—Rosa...

—¡Tenemos derecho a saber lo que está pasando!

Vogel opta por secundarla, pero ella puede ver que su asesor tiene claro que no va a aportarles nada volver a llamar a comisaría. En el fondo está agradecida por su ayuda, porque sabe que él haría cualquier cosa por ella, incluso cuando no está de acuerdo en el procedimiento. Siempre ha sido así y Rosa ya no puede esperar más. Es la 1.37 y hace un cuarto de hora que ella, Steen y Vogel han podido llevarse a Gustav a casa desde el Rigshospitalet. Rosa ya ha interrogado a los dos agentes que han puesto en su casa para vigilar que el enorme grupo de periodistas que se agolpan ante su finca no se acerquen más, pero los agentes no saben nada. El único que puede darle respuestas acerca de Kristine es el comisario. Y tiene muchas preguntas que hacerle.

Rosa había empezado a llorar en cuanto pisaron la unidad de traumatología del Rigshospitalet, donde habían llevado a Gustav para examinarlo. Había temido lo peor, pero su hijo estaba ileso y le habían dejado abrazarlo con todas sus fuerzas. Aparentemente no había sufrido maltrato y ahora que lo ve allí sentado en su silla de la cocina, comiendo un bollo integral con paté que Steen le acaba de preparar, casi no puede entender que su vida haya estado en peligro. Rosa se le acerca y le acaricia el cabello.

—¿Quieres comer algo más? Puedo hacerte un plato de pasta o...

—No, gracias. Prefiero jugar un rato al FIFA.

Rosa sonrío porque esa respuesta es una señal de que está bien, pero hay

muchas cosas que todavía no sabe.

—Gustav, cuéntame todo lo que ocurrió. ¿Qué más dijeron?

—Ya te lo he contado todo.

—Vuelve a contármelo.

—Me cogieron y me encerraron en el compartimento de carga de la furgoneta. Condujeron mucho rato y de repente se pararon. Luego empezaron a discutir, pero llovía tanto que no pude entender lo que decían. Luego hubo silencio durante mucho rato y entonces vinieron los policías y me abrieron la puerta. Y ya no sé nada más.

—¿Pero cuál era el tema de discusión? ¿Dijeron algo de tu hermana? ¿Sabes a dónde se dirigían?

—Mamá...

—Gustav, ¡es importante!

—Cariño, ¿puedes venir un momento?

Steen consigue que Rosa entre en el salón para que Gustav no pueda oírles, pero ella no quiere tranquilizarse.

—¿Cómo es que la policía todavía no ha encontrado rastros de Kristine en la dirección donde vivían los secuestradores? ¿Por qué no han conseguido que les digan dónde está nuestra hija? ¿Por qué coño no nos dicen nada!?

—Puede haber muchas razones. Lo más importante es que han localizado a los secuestradores y ahora podrán encontrarla. De eso no tengo ninguna duda.

Rosa desea tanto que Steen tenga razón que lo abraza con fuerza, hasta que nota que alguien los está observando. Se gira en dirección a Vogel, que está en la puerta, y antes de que pueda preguntarle nada, este le explica que da igual lo de contactar con la comisaría, porque el comisario acaba de llegar y podrán hablar con él en persona.

Nylander mira a su alrededor y observa el vestíbulo de la casa en la que se encuentra. Aunque sabe que estuvo aquí hace unos nueve o diez meses para informar a la familia que daban el caso de su hija por resuelto, no recuerda cómo era el recibidor. Siente que la situación es una repetición y por un momento imagina que el infierno debe de ser exactamente esta sensación: repetir el mismo escenario terrorífico una y otra vez. Pero Nylander también sabe que esto es necesario y que se sentirá mejor en cuanto vuelva a cruzar la puerta de la casa para salir. Visualiza mentalmente la rueda de prensa que dará cuando vuelva a comisaría, después de haber informado a sus superiores. Al contrario que las dos anteriores ruedas de prensa, esta la podrá dar en un tono de triunfo.

Desde luego que las cosas no habían pintado bien cuando unas horas antes había llegado al bosque con los GEOS y habían podido constatar que Benedikte Skans y Asger Neergaard estaban muertos sobre el suelo forestal. Obviamente había sentido alivio por haber encontrado al hijo de la ministra ileso en la furgoneta, pero con dos criminales mudos sabía que no obtendría las explicaciones y confesiones que necesitaban para poder cerrar el caso de manera convincente. Estaba sentado en el asiento trasero de un coche de policía sin distintivos, desde el que se veía la ambulancia que llevaba al hijo de la ministra, y tratando de hacerse una idea de cómo callarles la boca a los que seguían dudando cuando Thulin le había llamado. Era paradójico que tuviera que ser ella la que le diera la noticia de lo que había encontrado en una mininevera en el antiguo matadero industrial, dado que hacía días que la inspectora respaldaba la descabellada teoría de Hess, haciéndola más exasperante de lo que de por sí era. Pero la noticia era el perfecto punto y final a este día tan intenso. Le había dicho que llamara a Genz inmediatamente para asegurar lo encontrado y tras colgar el teléfono se desvanecieron todos los temores que había tenido unos minutos antes, por las preguntas y dudas que surgirían durante la rueda de prensa y cuando pasara el

atestado a sus superiores en comisaría.

—¿Cómo se encuentra Gustav?

Nylander habla con Steen y Rosa Hartung que han salido al recibidor y Steen asiente con la cabeza.

—Parece estar bien. Ahora mismo está comiendo algo.

—Me alegro. Tampoco os quiero robar demasiado tiempo. He venido para informaros de que en este momento consideramos aclarados los casos de los asesinatos y que...

—¿Qué sabéis de Kristine?

Es Rosa Hartung quien interrumpe el discurso de Nylander, pero él viene preparado, así que salta directamente a la parte en la que con calma y solemnidad afirma que desafortunadamente no saben nada en relación a su hija.

—Las circunstancias que concluyeron en el fallecimiento de vuestra hija se aclararon el año pasado y el caso actual no cambia ese hecho. Como siempre intento haceros ver, aquí estamos hablando de dos procesos completamente diferentes, y por supuesto que recibiréis una explicación detallada del caso actual cuando terminemos todas las investigaciones.

Nylander nota cómo la frustración se apodera de los padres y ambos empiezan a hablar a la vez, haciendo preguntas detalladas y evidenciando sus dudas.

—Pero ¿qué pasa con las huellas dactilares?

—Eso tiene que significar algo.

—¿Qué dicen los secuestradores? ¿Los habéis interrogado?

—Entiendo vuestro enfado, pero debéis confiar en las conclusiones de la investigación. Mi equipo ha examinado el vehículo en el que encontramos a Gustav, además del lugar de residencia de los autores y sus lugares de trabajo, pero no han encontrado nada que sugiera que Kristine siga con vida. De hecho no han encontrado absolutamente nada que indique que hayan tenido nada que ver con vuestra hija. Desafortunadamente, ambos criminales habían fallecido cuando los encontramos. Seguramente prefirieron quitarse la vida antes que ser arrestados y someterse a la condena que les esperaba. Por ello no podemos interrogarles acerca de los asesinatos y tenemos que buscar las respuestas en las pruebas que encontramos. Pero como os digo, no hay nada que sugiera que habríamos podido extraer información relacionada con vuestra hija, ni aunque hubiéramos podido interrogarles.

Nylander se da cuenta de que ninguno de los dos soltará la idea que tienen en la cabeza y la furia con la que Rosa Hartung le ataca es vehemente e incriminatoria.

—¡Os habéis podido equivocar! ¡No sabéis nada con seguridad! ¡Habéis encontrado hombres de castañas con sus huellas dactilares, y si no habéis encontrado nada de Kristine, será porque ellos no son los asesinos!

—La verdad es que sí que lo sabemos. Con una probabilidad del cien por cien.

Nylander les habla de las pruebas irrefutables que han encontrado en el antiguo matadero industrial esa misma noche. Ha pensado en esta evidencia con una deslumbrante sensación de bienestar, pero cuando ha terminado de explicárselo todo, mira a Rosa Hartung a los ojos y se da cuenta de que acaba de apagar su última esperanza. Ella lo mira sin verlo y Nylander de repente entiende que jamás se recuperarán en la vida. Eso le desconcierta y le hace sentirse inseguro. De repente tiene ganas de cogerle las manos y decirle que no se preocupe, que se recuperarán. Que todavía tienen al niño. Que se tienen el uno al otro. Pero en vez de eso, se oye a sí mismo murmurar algo de que lo siente mucho pero que no puede explicar cómo los asesinos acabaron en posesión de esos hombres de castañas con la huella dactilar de Kristine, pero que desde luego no cambia el desenlace.

La ministra no oye nada. Nylander se despide y camina hacia atrás, de espaldas, hasta que siente que puede permitirse dar la vuelta. Cuando sale por la puerta principal y la cierra tras él, todavía le quedan veinte minutos antes de informar a sus superiores, pero ahora mismo le cuesta respirar y camina hacia su coche apresuradamente.

*H*ess camina a paso acelerado sobre las baldosas mojadas del patio de columnas. El vigilante de la entrada a la comisaría tiene puesta la televisión a todo volumen y está viendo un fragmento de las noticias en el que aparece la vivienda de Rosa Hartung en Ydre Østerbro, pero Hess ni se percata. Sube las escaleras para cruzar el pasillo de homicidios y ve un montón de latas de cerveza que se han consumido para celebrar la resolución del caso. Hoy ha sido un día largo y está a punto de concluir, pero no para Hess.

—¿Dónde está Nylander?

—Está reunido.

—Tengo que hablar con él. Es muy importante. ¡Ahora mismo!

La secretaria accede y desaparece tras la puerta de la sala de reuniones. Hess espera fuera. Sus zapatillas de deporte están embarradas y su ropa empapada por la lluvia. Le tiemblan las manos y no sabe si es por los nervios o por el frío que le ha calado hasta los huesos en el bosque, que es donde ha estado merodeando las últimas horas, desafiando las indicaciones del forense, que le pedía que le dejara trabajar tranquilo. Pero no había sido en vano.

—Ahora no puedo hablar. La rueda de prensa está a punto de comenzar.

Nylander ha salido y se despide de un par de pesos pesados de jefatura. Hess sabe por experiencia que este es el momento que cualquier comisario desea fervientemente: poder declarar públicamente que han resuelto el caso, que es cuando la presión cesa y puede relajarse. Pero es imprescindible que hable con Nylander antes de que se dirija a los medios, así que lo sigue por el pasillo y le explica que el caso no está resuelto.

—Hess, ni siquiera me sorprende que digas eso. Sigues con tus teorías...

—Para empezar, no hay nada que sugiera que Benedikte Skans y Asger Neergaard conozcan a las mujeres asesinadas. Y en su domicilio no se ha encontrado absolutamente nada que los relacione con ellas.

—No estoy del todo de acuerdo contigo en eso, Hess.

—Y además, la pareja no tiene ningún motivo para haberlas matado y

desde luego tampoco una razón para haberles amputado las manos y el pie. Su furia estaba dirigida concretamente hacia Rosa Hartung. No hacia esas mujeres, ni a las madres en general. Benedikte Skans podría haber leído los historiales clínicos de los hijos de las víctimas, pero si realmente hubieran escrito las denuncias al ayuntamiento, ¿por qué no hemos encontrado evidencia de ello?

—Eso es porque todavía no hemos terminado con las investigaciones, Hess.

—Y para más inri, Benedikte Skans y seguramente también Asger Neergaard tienen coartada para la noche del 16 de octubre, cuando fueron asesinados Jessie Kvium y Martin Ricks. Si podemos confirmar que Asger Neergaard se encontraba en la Biblioteca Real, es imposible que ninguno de los dos haya cometido esos asesinatos, y por lo tanto tampoco parece probable que hayan cometido los dos anteriores.

—No tengo ni idea de lo que estás diciendo pero, si puedes demostrarlo, estaré encantado de escucharte.

Nylander ha entrado en la sala de reuniones para coger los papeles que llevará a la rueda de prensa, pero Hess se coloca ante él para impedirle que salga.

—Aparte de eso, acabo de hablar con el forense. En principio parecía que Benedikte Skans se hubiera cortado las venas, pero cuando hemos reconstruido el movimiento, resulta que no es natural y pensamos que alguien ha querido que pareciera un suicidio.

—Yo también he hablado con él. Y ha corroborado que hay las mismas posibilidades de que sí se haya suicidado.

—Además, las puñaladas mortales en el torso de Asger Neergaard están un poco demasiado arriba, teniendo en cuenta la altura de Benedikte Skans. Si lo que quería era que su novio y ella se enfrentaran a la muerte en pareja, ¿por qué coño están a diez metros de distancia el uno del otro y más bien parece como si ella hubiera intentado huir? —Nylander quiere decir algo pero Hess no le da la posibilidad—. Y si realmente hubieran sido capaces de llevar a cabo esos asesinatos, nunca jamás habrían hecho algo tan tonto como secuestrar al niño en una furgoneta de alquiler, que tan fácilmente se puede rastrear.

—Así pues ¿qué harías tú, si estuvieras al mando?

Hess no esperaba que Nylander le hiciera esa pregunta y se escucha a sí

mismo inundarle con una maraña de frases, ideas y conceptos, una verborrea sin fin. Se oye a sí mismo hablar de Linus Bekker y el archivo con las fotos de escenas de crímenes, que tienen que revisar rápidamente. Y que precisamente le ha recordado a un informático que consiga el material que esta mañana le ha pedido a Genz.

—Y al asesor de Hartung, Frederik Vogel, a ese tampoco tenemos que descartarlo, ¡sobre todo hay que averiguar si tiene coartada para las horas en las que se cometieron los asesinatos!

—Hess, creo que no has escuchado mi mensaje. Te he llamado antes...

Hess se da la vuelta en dirección a la voz de Thulin. Observa que su compañera ha entrado en la sala y que lleva un montón de fotos en la mano.

—¿Qué mensaje?

—Thulin, explícaselo todo. Yo no tengo tiempo.

Nylander vuelve a dirigirse a la puerta, pero Hess lo retiene, esta vez sujetándole por el hombro.

—¿Y qué pasa con las huellas dactilares en los hombres de castañas? ¡No puedes bajar allí a contarles que el caso está resuelto cuando ni siquiera hemos podido averiguar esa parte! ¡Si te equivocas ahora, es posible que las tres mujeres asesinadas se conviertan en cuatro!

—¡No me equivoco! El que no se entera de nada eres tú, joder.

Nylander se sacude para que Hess lo suelte y asiente en dirección a Thulin mientras se coloca bien la chaqueta. Hess la mira con cara de pregunta y ella le ofrece las fotos. Mira la primera. Es de cuatro manos humanas que han sido amputadas y están tiradas de cualquier manera sobre la rejilla de una nevera.

—Las he encontrado en el domicilio de Benedikte Skans y Asger Neergaard. Estaban en una mininevera en una de las cámaras frigoríficas de la antigua sala de despiece...

Hess revisa incrédulo las diferentes fotografías de las manos de mujeres. Se detiene en una y ve que es un pie azulado de mujer, que ha sido amputado por el tobillo y metido dentro del cajón de verduras de la nevera, como si fuera una obra de Damien Hirst.

Hess no entiende nada y le cuesta encontrar las palabras.

—Pero... ¿por qué no los han encontrado los de la científica que revisaron todo el conjunto esta mañana? ¿El perímetro estaba sellado? ¿Alguien puede haberlos colocado allí?

—Hess, vete a casa, joder.

Levanta la vista y se topa con la mirada de Nylander.

—Pero ¿y las huellas dactilares? La hija de los Hartung... Si no seguimos buscando y si esa niña sigue con vida...

Nylander abandona la sala. Hess está perplejo. Cuando al cabo de un momento mira a Thulin para buscar su apoyo, se da cuenta de su expresión de lástima. Su mirada se ha endurecido y se muestra compasiva, pero no por Kristine Hartung. No por la niña que ha desaparecido y nunca ha sido encontrada, no por las misteriosas huellas dactilares en los hombres de castañas. Mira así por él, siente lástima por él. Puede leerle la mirada y se da cuenta de que cree que ha perdido el juicio. Eso le llena de horror, porque no sabe si ella podría estar en lo cierto.

Hess se tambalea cuando sale por el pasillo, mientras oye cómo ella le llama por su nombre. Sale a la lluvia y cruza el patio de columnas. Aunque no se gira, sabe que Thulin le está observando desde la vidriera. Se pone a correr para alcanzar el último tramo, hasta la salida.

VIERNES 30 DE OCTUBRE, PRESENTE

*H*ess no recuerda haber visto caer la nieve tan pronto, por estas fechas, finales de octubre, pero ya hay dos o tres centímetros y sigue nevando cuando llega al aeropuerto internacional de Copenhague. Fuma un Camel y cruza los dedos para que la nicotina le dure hasta Bucarest y evite los síntomas de abstinencia.

Hess se ha fijado en la nieve cuando hace tres cuartos de hora ha cerrado la puerta de su piso por última vez y ha respirado el aire glacial al bajar las escaleras para meterse en el taxi que le espera en la calle. La luz diurna le ciega y siente alivio cuando sus manos encuentran las maltrechas gafas de sol en el bolsillo interior de su chaqueta, porque no está del todo seguro de encontrarlas allí. O más bien es que no está seguro de absolutamente nada, porque se ha despertado con una resaca descomunal y el hecho de que sus gafas de sol estuvieran donde se supone que debían le da la sensación de que hoy tendrá un buen día. En el trayecto en taxi ha disfrutado de la sensación de que la capa de nieve enterraba definitivamente el otoño, sobre todo porque hoy es su día de partida. Las buenas sensaciones continúan ahora que atraviesa el control de seguridad y se adentra en la atmósfera más internacional que siempre se respira en un aeropuerto. Hess está rodeado de turistas y extranjeros, cada cual expresándose en su idioma, y ya tiene la sensación de haber dejado atrás la maldita ciudad de Copenhague. Con satisfacción, encuentra su vuelo en la pantalla de salidas y comprueba que ya están embarcando. El hecho de que ya haya nevado todavía no ha perjudicado la regularidad de los vuelos y no hay retrasos ni cancelaciones, otra señal más de que hoy va a ser un gran día. Levanta el bolso del suelo y empieza a caminar hacia la puerta de embarque. Ve su propio reflejo en el escaparate de una tienda y se da cuenta de que no va vestido apropiadamente para el clima de Bucarest. Incluso va peor preparado que en Copenhague. ¿En Bucarest hace calor o helará y nevará? Lo mejor sería aprovechar y comprar una parka y un par de botas Timberland, ahora que pasa por las tiendas de ropa, pero la

resaca y las ganas de largarse de allí cagando leches le superan y se conforma con un cruasán y un café para llevar de Starbucks. Le habían dado luz verde ayer por la noche con una llamada de la secretaria de Freimann y un billete de avión de ida a Rumanía. Lo paradójico es que había recibido la llamada cuando se encontraba en una condición infinitamente peor que cuando había caído en desgracia y le habían mandado de vuelta a Copenhague, hace poco más de tres semanas. Los últimos diez días los ha pasado sumergido en alcohol, instalado en las barras de los muchos bares y tabernas de la ciudad. Casi había sido incapaz de articular una frase entera cuando le llamaron. Tras unos momentos de espera, le habían pasado directamente con Freimann en persona, y su jefe le había comunicado que su evaluación había resultado favorable.

—Pero te advierto que si a partir de ahora hay algún tipo de desavenencia, no acatas inmediatamente las órdenes de tus superiores o vuelves a hacer el numerito de desaparecer en medio de un caso, te expulsaremos inmediatamente. Tu superior de Copenhague ha hablado de ti en términos positivos y me ha garantizado que estás motivado, así que no te costará cumplir con lo que exijo de ti a partir de ahora.

Hess se había abstenido de utilizar frases demasiado largas y se había limitado a confirmar que lo había entendido. No tenía ganas de explicarle que Nylander habría hablado positivamente de él con el único propósito de perderlo de vista cuanto antes. Cuando acabó de entender el mensaje que le acababan de dar, llamó a François para agradecerle su ayuda y sintió un alivio colosal ante la posibilidad de poder volver a trabajar bajo el caparazón protector de Europol y La Haya. Obviamente primero tendrá que finiquitar este nuevo caso en Bucarest y aguantar una temporada corta en otra habitación de hotel impersonal, pero cualquier cosa es mejor que lo que ha dejado atrás.

Además había coincidido con lo del piso. Todavía no habían firmado la venta definitiva, pero el agente inmobiliario milagrosamente había encontrado un comprador. Aunque Hess sabe que le había facilitado muchísimo el trabajo al acceder a bajar las 200.000 coronas que le pedían de rebaja. Pasó uno de los días en los que se encontraba más ebrio. Y por ello, ayer por la noche Hess había entregado las llaves al encargado del complejo, que por lo visto se sentía igual de aliviado por sacárselo de encima que Nylander y el resto de integrantes de la comisaría de Copenhague. El

paquistaní hasta le había ofrecido ocuparse personalmente del pulido de suelos de su piso y el resto de retoques para que pudiera venderlo. Hess se lo había agradecido, pero la verdad es que le importaban un comino los suelos o la bajada de precio, con tal de sacarse esa mierda de piso de encima y que nunca más tuviera que volver a poner los pies allí.

El único tema que ha quedado pendiente al irse es la extraña situación que había surgido con Naia Thulin, aunque en realidad era tan insignificante que apenas podía calificarlo de situación. La noche en que se separaron había tenido la sensación de que Thulin creía que sus teorías con respecto a la niña Hartung se debían a que él estaba desequilibrado mentalmente. Creía que no estaba preparado para evaluar las cosas de manera objetiva, y que por culpa de los muchos demonios personales con los que lidiaba a diario estaba cegado con su teoría de que la niña seguía viva. Era hartó probable que alguien le hubiera contado a Thulin cosas acerca de su pasado y ella hubiera deducido que esa era la razón por la que era capaz de idear semejante teoría. Y a lo mejor resultaba que Thulin tenía razón. Sea lo que sea, no había malgastado más tiempo pensando en castañas ni huellas dactilares desde esa noche en la sala de reuniones, cuando le lanzó aquella mirada de lástima. El caso había sido aclarado y los miembros amputados encontrados en el viejo matadero habían sido cruciales para poder cerrarlo. Ahora que estaba haciendo cola delante de la puerta, con la tarjeta de embarque preparada en el móvil, siente extrañeza al pensar cuán en desacuerdo había estado con todos. Lo único que recordará de estos días pasados en Copenhague son los ojos claros de Thulin y el hecho de que no llegara a llamarla para despedirse de ella. Pero esas cosas tienen remedio, y con esa actitud entra en el avión buscando su asiento, que es el número 12B.

Una mirada de reproche por parte de un hombre de negocios que se sienta a su lado le indica que apesta a alcohol, pero Hess se acomoda en el asiento preparándose para echar una cabezadita durante un par de horas. Cuando pasen los tripulantes de cabina con el carrito de bebidas pedirá un trago, para que el sueño reparador sea lo suficientemente profundo. Justo en ese momento le entra un SMS en inglés de François.

*I'll pick you up at the airport.
We go straight to headquarter.
Make sure you read the case before arrival!*
(Te recojo en el aeropuerto.)

Iremos directos al cuartel general.
¡Lee sobre el caso antes de llegar!

A Hess ni se le había ocurrido ponerse al día con el caso, pero no es grave, puede llegar a leerlo si aplaza la siesta y empieza con la lectura inmediatamente. De mala gana aprieta el icono de correo en su teléfono móvil por primera vez en más de una semana y descubre que no ha recibido nada. Tras intercambiar un par de SMS con François averigua que el problema debe de ser suyo.

Check again.
Emailed you the case at 10.37 pm you lazy Danish sod.
(Compruébalo otra vez.
Te lo mandé a las 22.37, puto vago danés)

Hess descubre la razón por la que no ha recibido el mensaje de François. Un archivo pesado adjunto a otro e-mail está bloqueando su cuenta e impide que puedan entrar nuevos correos porque no hay espacio suficiente en el dispositivo. Es el e-mail de un informático de la policía científica y resulta ser el material que Thulin había pedido a Genz que localizara tras la visita a Linus Bekker, que Hess también les había insistido en que recopilaran y le enviaran enseguida, ese mismo día. Concretamente se trata de la lista de búsquedas frecuentes que había realizado Linus Bekker cuando navegaba en la base de datos con las imágenes de crímenes. La habían pedido para saber qué fotos le habían interesado más antes de que lo detuvieran y confesara el asesinato de Kristine Hartung.

Hace muchos días que esta información ya es irrelevante, así que Hess lo marca para borrarlo. Pero de repente siente curiosidad. La reunión con Linus Bekker había sido bastante desagradable, pero desde un punto de vista profesional le parecía interesante conocer la psicología de semejante individuo y Hess tiene tiempo, pues los pasajeros siguen entrando lentamente en la cabina, buscando sus respectivos asientos. Clica dos veces sobre el archivo. Tras un breve momento de espera puede visualizar las fotos con las que Linus Bekker ha disfrutado más. Aunque es verdad que la pantalla de su móvil es pequeña, no tiene problemas para verlas correctamente.

La lista de favoritos de Linus Bekker a primera vista se compone de escenas de crímenes contra mujeres. Son mujeres entre veinticinco y cuarenta y cinco años y muchas de ellas seguramente son madres, o por lo menos es lo

que parece, porque hay juguetes y cosas de niños alrededor de las víctimas o se ven de fondo, como por ejemplo un tractor de plástico, una hamaca de bebé o una bicicleta con sillín infantil y ese tipo de cosas. Algunas fotografías son en blanco y negro, pero la mayoría son en color y representan crímenes cometidos contra mujeres a lo largo de muchos años, hay fotografías incluso de los años 50 hasta la detención de Linus Bekker. Hay mujeres desnudas, vestidas, morenas, rubias, menudas y grandes. Asesinadas por un tiro, a cuchillazos, estranguladas, ahogadas o golpeadas hasta la muerte. Puede ver que algunas fueron asesinadas después de haber sido violadas. Un popurrí sádico y completamente grotesco. Y Hess no consigue entender que Linus Bekker dijera que se excitaba sexualmente viendo este tipo de imágenes. Nota que va a vomitar el cruasán de Starbucks. Sube rápidamente hasta arriba por la pantalla, antes de volver atrás para salir del archivo, y lo hace porque tiene esa costumbre, pero las imágenes pesan tanto que la pantalla se queda congelada en una en la que Hess no se había fijado antes.

Es una fotografía tomada hace aproximadamente treinta años de un cuarto de baño y sobre la misma hay un texto escrito con máquina de escribir en el que pone «Møn, 31 de octubre de 1989». El cuerpo desnudo de una mujer yace dislocado y mutilado sobre el suelo de terrazo. Está embadurnada en sangre, ya coagulada y aparece muy oscura. La mujer tendrá unos cuarenta años, pero es difícil decirlo con seguridad, porque está tan maltrecha por la paliza que le han dado que su cara no es reconocible. Lo que le llama la atención a Hess es la amputación. Un brazo y una pierna han sido amputados y están al lado del torso. Parece como si se hubiera llevado a cabo con un hacha, aunque al asesino le había costado utilizarla, puede que porque pesara mucho o porque no tuviera experiencia, pero que al final ha logrado su propósito. La furia con que se ha perpetrado el asesinato evidencia que ha sido una carnicería y, aunque Hess nunca antes ha visto algo así, siente que hay algo que se le escapa.

—Todos los pasajeros a sus asientos, por favor.

Los tripulantes de cabina están colocando los últimos bultos de equipaje en los compartimentos y uno de ellos vuelve a colgar el teléfono en la pared de la cabina del piloto.

Por lo visto, la fotografía de la mujer desnuda en el cuarto de baño es el primer asesinato de varios, todos cometidos en el mismo domicilio y a la misma hora y día, o sea «Møn, 31 de octubre de 1989». Dos adolescentes han

sido asesinados en la cocina, el chico ha quedado en una posición como medio sentado, recostado sobre el horno, y la chica está tumbada sobre la mesa de la cocina, con la cara dentro del plato de cereales, ambos con impactos de bala. Hess sigue bajando y constata sorprendido que la última víctima de la matanza es un policía de edad bastante avanzada que yace muerto en el suelo del sótano. Por la manera en que está colocada su cara, Hess puede adivinar que también lo han matado con el hacha. La fotografía con el policía no es la última de la serie y Hess está a punto de volver a la mujer amputada del cuarto de baño, cuando de repente se percata del paréntesis y el número incrustado en la foto del policía. Pone «37». Hess se da cuenta de que el número debe de haberlo escrito el informático, porque es la cantidad de veces que Linus Bekker ha clicado específicamente en esta foto.

—Por favor, procedan a apagar todos los dispositivos electrónicos, gracias.

Hess asiente afirmativamente para que el tripulante de cabina sepa que lo ha entendido y este se desplaza hasta la próxima fila con el mismo mensaje. No tiene sentido que Linus Bekker haya mirado una fotografía de un policía asesinado 37 veces. No cuando lo que más le interesan son los asesinatos de mujeres. Hess visualiza con rapidez algunas de las otras fotografías y ahora se centra en el pequeño paréntesis con el número que el informático ha añadido a cada una. Pero ninguna de las otras fotografías tiene un número tan elevado como la foto del policía. Ni siquiera la de la mujer en el cuarto de baño, que tiene el número 16.

Siente un nudo en el estómago. Tiene que haber algo importante en la foto del policía que yace en el suelo del sótano y descarta la idea de que el informático se haya equivocado al escribir el número. Por el rabllo del ojo presiente que el tripulante de cabina vuelve por el pasillo del avión y maldice la pequeña pantalla de su teléfono y el hecho de que solo dispone de sus dedos temblorosos por la ingesta de alcohol para hacer zoom en la imagen, tratando de encontrar algún detalle que se le debe de estar escapando. La tarea es imposible. Su vista acaba emborronada en cuadrados de píxeles aumentados, que de ninguna manera son la respuesta de por qué Linus Bekker ha mirado esta foto tantas veces.

—Por favor, proceda a apagar su teléfono. Gracias.

Esta vez, el tripulante de cabina se queda de pie, esperando. Hess está a punto de ceder cuando sus dedos sin querer se deslizan por la foto hasta la

zona superior y ve las estanterías que hay encima del cuerpo del policía muerto. Hess se queda helado. Al principio su cerebro no entiende lo que está viendo, pero entonces amplía la imagen y el tiempo se detiene.

En la pared del sótano, sobre el cadáver del policía, hay tres estanterías de madera maltrechas. Las tres están llenas de pequeñas figuras infantiles: hombres de castañas, mujeres de castañas y animales de castañas. Figuras grandes y pequeñas, algunas sin terminar, algunas con extremidades amputadas y otras están sucias y llenas de polvo. Todas están allí colocadas en fila como pequeños soldados con ojos vacíos, y entre todos forman un impresionante ejército de marginados.

El shock deja a Hess bloqueado. Sin poder explicar por qué, sabe inmediatamente que esa es la razón por la que Linus Bekker ha mirado esta foto 37 veces. Nota que el avión empieza a moverse y antes de que el tripulante de cabina pueda retenerlo, ha llegado a la puerta de salida.

*E*n la sala vip del aeropuerto de Copenhague no hay casi nadie. Huele a perfume, café recién molido y pan acabado de salir del horno, pero Hess tiene que discutir con la recepcionista durante más de cinco minutos para que le deje entrar. La mujer tiene la cara perfectamente maquillada, es joven y aunque sonrío y asiente amablemente con la cabeza, está claro que no se fía de Hess porque su vestimenta y actitud no se corresponden con la placa de policía europea que le muestra reiteradas veces para explicarle su emergencia. No es hasta que hace venir a un joven vigilante de seguridad de rasgos somalíes que le confirma que la placa es auténtica que decide finalmente dejar entrar a Hess al sagrado recinto.

Hess se abalanza sobre las tres pantallas de ordenador y sus respectivos teclados a disposición de los clientes en el extremo final de la sala. Los pocos usuarios que están allí tienen suficiente con sus *smartphones* y el calórico *brunch* que están ingiriendo ante las mesas redondas y Hess duda que los altos taburetes colocados ante las pantallas alguna vez los haya utilizado alguien, aparte de algún crío al que han arrastrado de viaje de negocios con sus padres. Se coloca ante un teclado y maldice para sus adentros, mientras inicia la sesión y es dirigido al sistema de seguridad de Europol para poder acceder a su cuenta de correo. Sabe que puede coger otro vuelo a Bucarest a lo largo del día de hoy, aunque sea con escala en algún lugar aburrido de Alemania, pero si Freimann se entera de que ha llegado con tanto retraso, se mosqueará, sin duda. Aun así, Hess siente que no tiene otra opción y en cuanto vuelve a examinar el archivo con los favoritos de Linus Bekker y observa con detenimiento las figuras de castañas, olvida a su jefe por completo.

En la gran pantalla del ordenador, las mudas figuras de la fotografía de casi treinta años de antigüedad parecen todavía más terroríficas, pero Hess sigue sin saber exactamente qué significado puede tener su descubrimiento. Linus Bekker ha contemplado la fotografía muchas veces y por lo tanto le ha dado

un valor inusual. Es lo único que puede concluir basándose en los 37 clics, además del hecho de que la víctima en la fotografía no sería la usual o preferida por Linus Bekker, que habitualmente ha mostrado más interés por víctimas del género femenino. Pero ¿por qué le ha dado esa importancia? Linus Bekker debió de ver la foto hace aproximadamente un año y medio, al hackear el archivo, pero en esa época los medios todavía no hablaban del misterioso asesino que mataba a mujeres y dejaba esas figuras de castañas en la escena del crimen. Este criminal había empezado a asesinar más recientemente, todavía no se sabía de él cuando Bekker empezó a curiosear las fotos del archivo, por lo tanto no tiene sentido que se hubiera interesado por un ejército de figuras de castañas hechas a mano. Aun así, Hess no tiene ninguna duda de que eso es exactamente lo que le había interesado.

Por un momento piensa que la fascinación de Linus Bekker por esta fotografía podía deberse a que hubiera leído el atestado redactado por las autoridades policiales de Møn de 1989 y que algo allí hubiera despertado su interés. Un informe policial de ese caso quizás explicaría por qué se había sentido atraído Linus Bekker. ¿Podría ser que conociera a las víctimas o que hubiera estado en la escena del crimen? Tuvo que haberse topado con alguna conexión que le empujara a clicar tantas veces sobre la foto del policía con las figuras de fondo. Pero el tema es que la información redactada del caso no está vinculada al material fotográfico del archivo en el que consiguió meterse Linus Bekker. Ni la información del caso de Møn ni la información de los casos de las otras víctimas. El archivo con fotografías de los crímenes es exclusivamente eso, un archivo de escenas del crimen y nada más. Los expedientes vinculados a cada fotografía no están subidos al mismo archivo digital y por lo que Hess recuerda de haber leído en el expediente de Linus Bekker, no había evidencia de que se hubiera metido en otros archivos, solo le había interesado el de las fotos, con las que daba rienda suelta a sus inclinaciones sexuales.

Esta constatación no ayuda a Hess en nada. La resaca vuelve con fuerza y empieza a arrepentirse por haberse puesto a golpear la puerta de la cabina como un loco hasta obligar al piloto de habla alemana a dejarle salir del avión, que ya estaba correctamente posicionado en pista, listo para despegar y volar a Bucarest. De hecho, iba a despegar a la hora. Su mirada se fija en la pantalla de vuelos y recorre todos los que son de salida inmediata del país, pero solo ve la cara de Linus Bekker riéndose a carcajadas de ellos en la sala

de visitas de Sikringen. Decide volver a examinar las fotografías. Empieza por arriba y va pasando las imágenes, visualizando el terrorífico popurrí de crímenes. Pasa de una foto a otra y las escenas se van sucediendo en crueldad y sufrimiento, sin explicarle a Hess qué puede haber visto Linus Bekker y qué puede haberle divertido tanto. Hess intuye que será algo enfermizo. Algo de lo que solo se percataría un perverso como Linus Bekker, y de repente se da cuenta de lo que puede ser. Lo entiende antes de verlo, lo entiende porque eso es lo más terrorífico que puede imaginarse, y al mismo tiempo es algo tan inconcebible que sin duda llamaría la atención de Linus Bekker.

Vuelve a la primera fotografía y se desplaza de arriba abajo por las imágenes, que ya conoce casi de memoria, pero esta vez solo busca una cosa. Ya no se fija en el tema central de las fotografías, solo en lo que hay al fondo, las cosas y objetos que no parecen tener ninguna importancia. Y en la novena foto ya encuentra lo que está buscando. Se trata de una escena del crimen que lleva el texto: «Risskov, 22 de septiembre de 2001». En principio no difiere del resto de imágenes que acaba de visualizar. Se trata de una mujer con el cabello rubio, de unos treinta y cinco años. Yace muerta en el suelo de lo que parece una casa apareada o un apartamento. Lleva una falda marrón, una camisa blanca rasgada y botas con tacones de aguja, uno de ellos partido. Al fondo hay juguetes esparcidos y una hamaca de bebé. A la izquierda de la imagen se ve una esquina de la mesa de comedor, que está elegantemente puesta para dos comensales, que nunca llegaron a cenar. El asesinato se ha cometido con furia y descontrol, y seguramente se ha perpetrado a la derecha de la fotografía, donde todo está tirado por el suelo y salpicado de sangre. Pero lo que le llama la atención a Hess es la cuna de bebé. Su mirada se ha detenido en ella porque ha visto el pequeño y aparentemente insignificante hombre de castañas que cuelga de la barra, al lado de un sonajero.

Hess se estremece. Sigue la búsqueda y es como si su mirada automáticamente encontrara la pieza que reconoce en cada imagen. Todo lo demás es insignificante, en su mundo ahora mismo solo existe esa pequeña figura, y vuelve a detenerse en la fotografía número 23.

«Nyborg, 2 de octubre de 2015.» Esta vez es una joven que está sentada en un coche negro. La fotografía está tomada a través de la luna frontal y se la ve sentada ante el volante, con la parte superior del cuerpo recostado sobre una silla de bebé colocada en el asiento del copiloto. También va bien vestida, como si estuviera yendo o volviendo de una cita o una fiesta. Uno de

sus ojos está metido dentro del cráneo, pero casi no hay sangre y este asesinato parece diferente, más controlado que el que mostraba la foto de Risskov. Pero del espejo retrovisor que queda en primer plano en la fotografía, cuelga un hombre de castañas. En la foto solo aparece como una silueta, pero allí está.

Todavía quedan unas cuarenta fotografías más, pero Hess cierra la sesión y se pone de pie. Baja las escaleras mecánicas para acceder al piso inferior del aeropuerto y piensa que los crímenes se han cometido a lo largo de treinta años y que por lo tanto no puede haberlos cometido un mismo asesino. Es imposible. Además, alguien lo habría descubierto. Alguien habría hecho algo. Los hombres de castañas en principio no dan miedo, y mucho menos en otoño, ¿será que Hess solo ve lo que quiere ver?

Aun así no puede quitarse de la cabeza la cara de Linus Bekker mientras rellena los formularios en el mostrador de Car Rental y espera que le den las llaves del coche. Esa es exactamente la relación que había visto Linus Bekker. La figura de castañas es la firma de un criminal que ha asesinado una y otra vez. Cuando al fin le dan las llaves, corre al aparcamiento y la nieve cae más espesa que antes.

*T*hulin evita mirar a los ojos a los dos agentes que la observan desde detrás de sus pantallas de ordenador, cuando sin querer cierra la puerta de su taquilla con demasiada fuerza, después de haberla vaciado. Ha evitado deliberadamente expresar que hoy sería su último día en la unidad y ahora no quiere que de repente se sepa. Aunque tampoco es que haya mucha diferencia. No siente tristeza por dejar atrás a ninguna de estas personas y es harto probable que a ella tampoco la echen de menos. Es lo que había preferido desde el primer momento en que lo supo, y ahora que es el último día aquí, quiere pasar completamente desapercibida hasta que cruce las puertas para dejar atrás el edificio entero. Se ha topado con Nylander hace unos minutos por casualidad, en el pasillo. A él lo seguía su séquito de asistentes e iba en dirección a su próxima rueda de prensa, una más de las muchísimas que había dado últimamente. La de hoy se había convocado porque habían llegado los últimos resultados del forense y las pruebas de ADN y eran los últimos detalles que necesitaban para cerrar definitivamente el caso. Thulin sospecha que la verdadera razón es que Nylander disfruta siendo el centro de atención de los medios. O por lo menos es lo que parecía cuando hace unos días lo vio posando junto al ministro de Justicia, vestido con un traje un poco demasiado brillante, o como cuando en una magnánima muestra de generosidad había destacado la buena labor de su equipo durante el registro en Sydhavnen, decisivo para aclarar el caso.

Nylander se había detenido y le había deseado buena suerte en su nuevo trabajo.

—Nos vemos, Thulin. Saludos a Wenger.

La última parte del saludo iba dirigido a Isak Wenger, que será el nuevo jefe de Thulin en la NC3, y por el tono del comentario se podía entrever que Nylander ahora veía la relación de poder entre ambos departamentos como igualitaria y que Thulin se arrepentiría de su decisión. Casi había olvidado el salto profesional que ella misma había impulsado, hasta que el jefe de la NC3

la había llamado personalmente este lunes pasado para felicitarla por su colaboración en el caso de los asesinatos.

—Pero no te llamo solamente por eso. Espero que sigas interesada en venir a trabajar con nosotros.

Wenger le había ofrecido el puesto, aunque ni siquiera había mandado su solicitud ni había conseguido la recomendación de Nylander. Si aceptaba el trabajo, Wenger se encargaría de arreglar todo el papeleo con Nylander y ella podría incorporarse después de unas vacaciones de otoño tardías que estaba a punto de coger. Tendría una semana entera para disfrutar de su hija Le y descansar, y aunque todo había ido como esperaba, Thulin había pasado los últimos días tratando de autoconvencerse de que el caso se había resuelto correctamente y le enojaba tener ese resquicio de duda.

El hecho de que hubieran encontrado las manos amputadas de Anne Sejer-Lassen y Jessie Kvium, además del pie de esta última, en la mininevera del antiguo matadero industrial había sido tan irrefutable que Thulin no veía otra lógica que unirse a la argumentación de Nylander. Es verdad que Hess había suscitado algunas cuestiones a las que no podían responder, pero también es verdad que el hombre se había obcecado con sus teorías y que era incapaz de aceptar cualquier otra cosa, aunque el material probatorio estaba allí. Probablemente, esa incapacidad de aceptar la evidencia se debiera a que Hess ya tenía sus propios problemas personales con los que lidiar.

La última parte era la interpretación desapasionada de Nylander sobre el comportamiento de Hess, que luego le había explicado a Thulin. Hess en su día se había largado de homicidios y de Copenhague por una tragedia personal. No es que tuviera mucha información acerca del asunto, porque en esa época Nylander no estaba en la unidad, pero sí sabía que unos cinco años antes, durante una noche del mes de mayo, había fallecido la mujer de Hess, una joven de unos veintinueve años, al incendiarse el domicilio que ambos compartían en Valby.

Esa información había impresionado a Thulin. En el informe de la policía que había encontrado en la base de datos a posteriori se describía que el fuego se había iniciado alrededor de las tres de la mañana y que se había propagado a gran velocidad. Los residentes del edificio habían sido evacuados pero los bomberos no habían podido acceder al ático por culpa de la ferocidad de las llamas. Cuando consiguieron extinguir las llamas encontraron el cadáver carbonizado de la joven en el dormitorio y se lo

notificaron al esposo, «inspector en la Unidad de Homicidios, Mark M. Hess», por vía telefónica, ya que este se encontraba en Estocolmo trabajando temporalmente en un caso. Se seguía sin conocer la causa del incendio. Examinaron que no hubiera sido un fallo en las instalaciones eléctricas, o que alguien hubiera dejado una lámpara de aceite encendida o incluso que el incendio hubiera sido provocado, pero nunca obtuvieron un único resultado concluyente. La mujer estaba embarazada de siete meses y se habían casado tan solo un mes antes.

Thulin sintió angustia al leer el informe. Y muchas cosas empezaron a encajar con respecto a cómo había percibido a Hess y lo difícil que era entenderlo o meterse en su piel. De todas maneras no era necesario seguir pensando en esos temas, porque Hess ya se había marchado y seguramente por eso sintió un gran alivio cuando oyó al jefe superior decirle a Nylander que habían vuelto a aceptar a Hess en La Haya y que ya le habían asignado un próximo caso en Bucarest. O sea que Hess se marchaba del país y seguramente era lo mejor. Lo había llamado varias veces a lo largo de la semana, pero nunca le había respondido ni devuelto la llamada. Además, su hija la había pillado completamente desprevenida cuando le preguntó si «el tipo ese que tiene los ojos de dos colores diferentes» volvería a visitarlas, porque quería enseñarle cuánto había avanzado en el juego. Lo mismo había ocurrido hacía poco menos de unas horas, cuando había llamado para saber de Magnus Kjær. Le habían comunicado que había obtenido plaza en un centro juvenil mientras le buscaban una familia de acogida. Una responsable de la planta de pediatría con la que había hablado le había comentado que el niño se estaba recuperando bien, pero que un par de veces había preguntado por «el policía», y Thulin no supo qué decirle. En ese momento había decidido que Hess ya no le ocuparía más espacio mental y, como generalmente no le costaba demasiado excluir a las personas de esa manera, había tirado hacia delante sin problemas. La última persona que había sido víctima de ese mecanismo era Sebastian y aunque él seguía dejándole mensajes en el contestador, ella no sentía ninguna necesidad de volver a ponerse en contacto con él.

—¿Naia Thulin?

Un mensajero la mira interrogante y ella se gira al mismo tiempo que camina de vuelta a su antiguo escritorio, ahora completamente vacío. Aunque se había prometido no volver a pensar en Hess, él es el primero que le viene a

la cabeza cuando ve el ramo de flores. Flores otoñales, amarillas, naranjas y rojas. Desconoce los nombres botánicos porque nunca le ha dado importancia a las flores. Firma conforme ha recibido el envío con el lápiz electrónico que le ofrece el mensajero, que enseguida desaparece caminando como un pato sobre sus zapatillas de ciclismo. Thulin abre el sobre y agradece mentalmente que todos sus compañeros estén apiñados ante la pantalla del televisor de la cantina, viendo la rueda de prensa de Nylander.

Gracias por apuntarte a correr conmigo esta mañana.
Mucha suerte en la NC3. Lárgate ya de ese escritorio 😊

Thulin sonrío unos instantes, pero enseguida tira la nota de Genz a la basura. Baja las escaleras para dirigirse a la libertad y la fiesta de Halloween de la clase de su hija Le. Ha dejado el ramo de flores sobre el mostrador de las administrativas, donde sabe que apreciarán el detalle.

La nieve sigue cayendo cuando sale de la comisaría y Thulin está molesta porque no tendrá un vehículo a su disposición hasta que empiece en la NC3. Sus zapatillas de correr enseguida se empapan y sube Bernstorffsgade en dirección a la estación central, para coger el tren metropolitano hasta la estación de Dybbølsbro.

La nieve todavía no había empezado a caer cuando esta mañana se encontró con Genz, porque había decidido marcar su último día en homicidios aceptando finalmente la invitación de correr juntos. Ahora que ya no iban a ser compañeros de trabajo, parecía como un buen punto y final de su relación profesional y además, ella había tenido un propósito paralelo. Habían acordado correr a lo largo de Strandvejen y a las seis y media había recogido a Genz, que la esperaba en el portal de su edificio, uno de esos nuevos y atractivos complejos de viviendas de Nordhavn. A Thulin le sorprendió que Genz pudiera costearse un piso en este lugar, pero por otro lado también parecía normal que una persona como él supiera de economía, ya que quedaba patente que era de los que lo tenían todo bajo control.

La primera parte del trayecto había sido una buena experiencia, sobre todo cuando se había levantado el sol sobre Øresund y habían pasado el rato charlando sobre cómo se había cerrado el caso. Hablaron de que la tragedia personal de Benedikte Skans y Asger Neergaard los habría empujado a buscar venganza. Cómo la enfermera había ido recopilando información de

los niños maltratados y de sus madres, las que habían sido elegidas para convertirse en sus víctimas. Cómo la pareja había utilizado un cibercafé con un navegador con acceso a un servidor ucraniano para enviar los e-mails de denuncia en vez de utilizar sus ordenadores personales y cómo los del equipo de la científica debieron pasar por alto el contenido de la miniveera cuando hicieron el registro inicial. Todavía no habían encontrado el arma homicida ni el utensilio para serrar, pero por el hecho de ser enfermera, Benedikte Skans había tenido acceso a diversos instrumentos de los quirófanos del hospital, donde en este momento se estaban llevando a cabo varios registros.

A Genz no le parecía que hubiera razón para dudar de las conclusiones de la investigación, aunque Thulin sospechaba que estaba más interesado en lo de correr que en su conversación. Thulin se arrepintió de haberle dicho que le gustaba correr largas distancias, porque a lo largo del trayecto quedó patente que él tenía que bajar su ritmo para adecuarse al de ella. Tras ocho kilómetros habían dado la vuelta y ella se había colocado tras él, con la sensación de que le estaba pateando el culo un corredor keniano. Genz no se dio cuenta de que Thulin estaba a varios metros detrás de él hasta al cabo de un buen rato, y entonces bajó la velocidad para que pudieran seguir conversando. Si había pensado que la invitación de Genz era para tirarle la caña, se equivocaba de largo, porque él era igual de apasionado con lo de correr largas distancias como cuando se metía en el laboratorio para llevar a cabo su trabajo.

Thulin se había quedado sin aire y no pudo hablar más durante el resto del trayecto, hasta que tuvieron que detenerse en un semáforo en Charlottenlund Fort y pudo expresar la frustración que le producía el hecho de no saber por qué habían dejado los hombres de castañas con las huellas dactilares de la niña Hartung en las escenas del crimen. No había nada en el domicilio de la pareja que evidenciara que hubieran tenido esas figuras de castañas con huellas dactilares y era un misterio cómo Benedikte Skans y Asger Neergaard las habían conseguido.

—A menos que Nylander tenga razón y que los hubieran comprado en el puesto callejero que Kristine Hartung había montado con su amiga, antes de desaparecer —había razonado Genz.

—Pero ¿cómo de probable es eso? Steen Hartung dice que las niñas ni siquiera hicieron hombres de castañas ese año. Animales sí, pero hombres no.

—A lo mejor no lo recuerda bien. Benedikte Skans estaba ingresada en esa época, pero Asger Neergaard sí que podría haber dado una vuelta por la

urbanización, preparando el terreno para lo que vendría después.

—¿Y de repente va y se le adelanta Linus Bekker? ¿Por casualidad y casi en el mismo momento?

Genz se había encogido de hombros y le había sonreído levemente.

—Yo no soy el que elabora las teorías. Tan solo soy un científico.

Seguramente nunca tendrían una respuesta definitiva, pero algo del tema de las castañas seguía molestando a Thulin. Sentía como si hubieran olvidado examinar algo o que no hubieran tenido algo en cuenta. Pero entonces habían llegado a la estación de Svanemøllen, y empezaba a nevar. Thulin se había puesto a cubierto en la plataforma de la estación, antes de coger el próximo tren, y Genz había seguido corriendo, dando una vuelta hasta Fælledparken.

—Estoy buscando a los alumnos de 3A.

—Prueba a ver en la clase. Sigue el jaleo.

Thulin se sacude la nieve de encima y pasa al lado de dos maestros en la sala común, que está decorada para celebrar la fiesta de Halloween. Ha llegado a la hora y se adentra en la escuela, situada en una calle lateral, no muy lejos de la estación de Dybbølsbro, y se promete que a partir de ahora siempre será así. Ha llegado tarde demasiadas veces o a veces incluso ni siquiera ha ido a los diferentes eventos de la escuela, y ahora ve las miradas sorprendidas de algunos padres y madres, cuando entra en la clase. Todos los adultos están retirados a un lado, junto a las calabazas recortadas, mientras los críos corren por la clase vestidos con sus disfraces formando un maravilloso y tremendo jaleo. En realidad no es Halloween hasta mañana, pero como cae en fin de semana, la escuela ha decidido celebrar la gran fiesta hoy. Las niñas van disfrazadas de brujas y los niños van de monstruos. Muchos de ellos llevan máscaras bastante macabras, a cual más sangrienta, y los padres emiten un «¡uy qué miedo!», haciendo ver que se han asustado, cada vez que los críos pasan por allí. La maestra es una mujer de la edad de Thulin y también va disfrazada de bruja con un vestido negro bastante escotado, medias de rejilla, zapatos de tacón, maquillaje muy blanco, labios rojos y un sombrero de bruja también negro. Parece un personaje sacado de una película de Tim Burton y no es difícil adivinar por qué los adultos, sobre todo los padres, están más animados de lo normal.

Thulin tarda unos instantes en ver a su hija Le y al abuelo entre el gentío de

monstruos sangrientos, hasta que descubre una careta de goma de zombi con el cráneo abierto y los sesos amarillos, que caen sobre la frente. Esa cabeza de goma es de un juego que se llama *Plants versus Zombies*, y es el único disfraz que su hija quiso que le comprara, cuando ayer por la tarde la había medio arrastrado a la tienda Faraos Cigarer, en Skindergade. Ahora está junto a su abuelo, que le coloca el cráneo para que no parezca que los sesos se estuvieran derramando por la nuca.

—Hola, mamá. ¿Puedes verme?

—No. ¿Dónde estás?

Thulin gira a su alrededor como buscándola y cuando vuelve a mirarla, Le se ha quitado la cabeza de goma para mostrarle su cara sudada y una sonrisa triunfal.

—Yo iré delante en el desfile. ¡Llevaré la calabaza!

—Genial. Qué ganas de verlo.

—¿Te quedarás a ver el desfile?

—Por supuesto.

—¿No quieres que te aguante un poco el cerebro, para no morirte de calor?

—pregunta Aksel, secándole el sudor de la frente.

—No importa, abuelo.

Con la cabeza de zombi colgando en la nuca sale pitando para ir a jugar con Ramazan, que va disfrazado de esqueleto.

—¿Todo bien?

Aksel la mira y ella sabe que lo dice porque hoy ha sido su último día en comisaría.

—Sí, todo bien. A otra cosa, mariposa.

Aksel está a punto de decir algo pero la maestra da palmas para llamar la atención del grupo.

—Bien, niños, venid conmigo que empezamos —habla con tono entusiasta y ahora se dirige a los adultos—. Antes de ir a la fiesta, que será en la sala común, vamos a cerrar esta semana temática. Los niños han preparado tres presentaciones y ¡tienen muchísimas ganas de mostrároslas!

Thulin se da cuenta de que la clase sigue estando decorada con diferentes objetos relacionados con el otoño y que siguen allí colgados los plafones con los árboles genealógicos. Esta es la segunda vez que viene a un acto en la escuela y la otra vez hicieron un espectáculo de circo. Una de las escenas consistía en que los niños gatearan y saltaran a través de un aro, disfrazados

de leones. Los aplausos histéricos de los adultos hicieron sentir vergüenza ajena a Thulin.

Esta vez es bastante parecido. Los primeros grupos de niños presentan plafones con ramas de árboles y hojas amarillas y rojizas, que han recogido en el bosque, mientras los padres y las madres sonríen y lo graban todo para la posteridad con sus teléfonos móviles. Thulin se da cuenta de que a partir de ahora siempre relacionará las hojas de árboles amarillos y rojizos con la terrorífica visión de Laura Kjær, Anne Sejer-Lassen y Jessie Kvium, y la situación no mejora cuando el tercer equipo da un paso adelante para presentar la colección de muñecos de castañas realizados por todos ellos.

Al fin le toca a su hija. Le, Ramazan y un par de críos se colocan detrás del escritorio de la maestra para explicar que las castañas también son comestibles.

—Pero primero hay que hacerles dos cortes. Eso se hace para que no exploten en el horno. Y hay que hornearlas a exactamente 225 °C. ¡Después las puedes comer con mantequilla y sal!

Le habla alto y claro y Thulin está a punto de caerse de la silla de asombro porque su hija guerrillera nunca jamás ha mostrado interés por las cosas de la cocina. Empiezan a circular bandejas con castañas horneadas entre los padres, y la maestra ahora se dirige a Ramazan, que por lo visto ha olvidado su frase.

—Y Ramazan... ¿qué hay que recordar siempre que queremos comer castañas?

—Hay que elegir la variedad correcta. Siempre las que son comestibles.

—Exactamente. Hay muchos tipos de castañas, pero solo algunas son comestibles.

Ramazan asiente con la cabeza, se mete una castaña en la boca y empieza a masticarla ruidosamente. Los orgullosos padres sonríen y reciben el reconocimiento del resto de adultos. La maestra sigue hablando y explica una anécdota, algo que pasó cuando los niños preparaban las castañas comestibles que ahora podrán probar los padres, pero Thulin ya no sigue el hilo de la explicación. Algo de lo que han dicho le ha llamado la atención. Está inquieta y no sabe por qué, hasta que los adultos empiezan a reír de algo que acaba de decir la maestra.

—¿Qué quieres decir con lo de que hay muchas variedades de castañas? — La pregunta ha salido demasiado tarde y fuera de contexto. La maestra mira a Thulin con sorpresa y el resto de adultos que ya han terminado de reírse de la

anécdota, también—. Supongo que solo hay dos tipos de castañas, las que comemos y las que se utilizan para hacer muñecos de castañas ¿no?

—Bueno, en realidad hay muchas más variedades. Pero ahora estaría bien que Ramazan pudiera...

—¿Estás completamente segura de que eso es así?

—Estoy bastante segura, sí. Pero ahora tenemos que...

—¿Cuántas?

—¿Cuántas qué?

—¿Cuántas variedades de castañas hay?

Las risas ya se han disipado del todo. Los adultos miran a la maestra y luego vuelven a observar a Thulin. Hasta los niños se han quedado callados. La última pregunta de Thulin ha salido dura e inquisitoria, sin la amabilidad que había acompañado las anteriores. La maestra titubea y sonrío con inseguridad, porque no tiene ni idea de por qué ahora de repente tiene que someterse a este examen sobre castañas.

—No las conozco todas. Pero existen diferentes variedades de castañas comestibles, como por ejemplo la castaña europea y la japonesa, y también hay diferentes castañas de Indias, como por ejemplo...

—¿Qué variedad se utiliza para hacer muñecos de castañas?

—En principio puedes utilizar cualquier variedad. Pero las más extendidas en nuestro país son las castañas de Indias...

Nadie dice nada. Todos los adultos miran a Thulin, que observa a la maestra fijamente. Por el rabillo del ojo registra la cara de su hija, que le dice que este seguramente es el momento más embarazoso de toda su vida. Y entonces Thulin abandona la clase. Cruza la sala común corriendo en dirección a la salida y ve de pasada que la fiesta de Halloween ya ha comenzado.

—Si has venido a desafiarme para que vuelva a correr contigo, tendremos que dejarlo para la próxima semana.

Genz le manda una sonrisa. Está al lado de un maletín alargado y una pequeña bolsa de viaje. Thulin ha entrado en el laboratorio principal y se le acerca. Ve que se está poniendo una chaqueta impermeable y sabe por la recepcionista que la atendió en la entrada que Genz acaba de llegar de la escena de un crimen, pero que ha de volver a salir corriendo para atender un ciclo de conferencias que se celebra en el Messecenter de Herning este fin de semana. Aun así ha conseguido retener a Genz unos minutos. Ya había intentado localizarlo antes por teléfono desde el taxi, pero sin suerte, y había sentido alivio al saber que estaba en su despacho, aunque sabía que no era buen momento.

—No es por eso. Necesito tu ayuda.

—¿Podemos seguir hablando de camino al coche?

—Las figuras de castañas que encontramos al lado de las víctimas y que llevaban la huella dactilar de Kristine Hartung... ¿de qué variedad eran?

—¿Variedad? —Genz está apagando las lámparas halógenas, pero se detiene un momento para mirarla a los ojos—. ¿Qué quieres decir?

Thulin ha subido las escaleras corriendo y sigue sin aliento.

—Una castaña no es sencillamente una castaña. Hay muchas variedades diferentes, así que, ¿de qué variedad eran estas?

—No lo recuerdo ahora mismo...

—¿Eran castañas de Indias?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Qué ha pasado?

—Seguramente no es nada. Si no lo recuerdas con seguridad, estará en vuestros informes de laboratorio.

—Sin duda, pero ahora mismo tengo que...

—Genz. No te lo preguntaría si no fuera importante. ¿Puedes comprobarlo ahora mismo?

Genz la mira sin comprender. Con un suspiro se deja caer en la silla de oficina ante la gran pantalla de ordenador. Al cabo de unos segundos ya se ha metido en el sistema y Thulin puede seguir sus acciones mirando la pantalla que está colgada en la pared, encima de él. Genz entra en una carpeta y salta con determinación de un número de informe al otro, elige uno y clica dos veces sobre el icono. La cantidad de análisis es enorme, pero Genz se desplaza con seguridad por la información y se detiene en un apartado específico en el que pone «Variedad y origen».

—En el primer caso, o sea el de Laura Kjær, la huella dactilar estaba emplazada sobre una castaña comestible. El nombre científico es *Castanea sativa x crenata*. ¿Satisfecha?

—¿Y en el caso de las otras víctimas?

Genz la observa durante unos instantes como para hacerle entender que no le hace ninguna gracia estar perdiendo el tiempo con esto cuando tendría que estar saliendo por la puerta.

—¡Venga ya! Es importante.

Genz sigue buscando en el escritorio de su ordenador, clica dos veces sobre una carpeta, repite el proceso con una tercera carpeta y cuando termina, Thulin ya conoce la respuesta, antes de que Genz lo pueda decir en voz alta.

—En los otros casos es lo mismo. *Castanea sativa x crenata*. ¿Vale?

—¿Y estás completamente seguro? ¿No hay ni un ápice de duda?

—Thulin, esta parte del análisis lo han llevado a cabo mis asistentes de laboratorio, mientras que yo me concentraba en la huella dactilar en sí, así que obviamente no puedo garantizarte que...

—Pero ¿no parece probable que tus asistentes hayan cometido el mismo error en los tres casos?

—No, la verdad es que no. Pero seguramente ninguno de ellos es un experto en castañas, así que el procedimiento habitual es contactar con un experto que pueda confirmar la variedad. ¿Te importa explicarme qué significado tiene eso?

Thulin se ha quedado callada. Ha hecho dos llamadas en el taxi. La primera llamada era a Genz y la segunda a Steen Hartung. Este había contestado con voz apagada. Con mala conciencia se había disculpado por molestarle y le había explicado que estaba cerrando el caso y tan solo necesitaba confirmar qué variedad de castaños tenían en el jardín de su casa, para comprobar que eran las mismas que Kristine y su amiga utilizaban para hacer sus muñecos

de castañas. Steen Hartung estaba tan desconsolado que no tenía energía para preguntar para qué quería saberlo, y cuando Thulin añadió que simplemente se trataba de una formalidad, le había contestado sin dilación: el enorme árbol que tenían en el jardín de casa era un castaño de Indias.

—Eso significa que tenemos un problema. Tenemos que localizar a ese experto enseguida.

*E*l trayecto entre el portón rojo y el restaurante Peter Lieps Hus del parque forestal Dyrehaven está cubierto por la nieve recién caída y Rosa Hartung corre por el sendero de gravilla para llegar hasta la carretera asfaltada, que está resbaladiza como si estuviera embadurnada de jabón. Cuando llega al final de la carretera mira hacia las atracciones de Bakken, que aparecen abandonadas y resultan fantasmagóricas, luego gira a la derecha y baja por uno de los senderos. Las grandes copas de los árboles lo cubren y por eso todavía no está nevado. Sus piernas no quieren seguir, pero el aire es fresco y se esfuerza para avanzar con la esperanza de que el ejercicio la sacará del malestar y del abatimiento que siente.

Hace unos diez días que prácticamente no sale de su casa de Ydre Østerbro. Toda la fuerza que había acumulado para la vuelta al ministerio se había evaporado como rocío bajo los rayos del sol, al darse cuenta de que la esperanza que tenía de ver a Kristine no era real. Ahora todo le parece gris e indiferente, como lo había sido el invierno y también la primavera, y aunque Vogel, Liu y Engells le habían mostrado su apoyo incondicional y la habían animado a volver al ministerio, no lo habían conseguido. Se había quedado en casa y era igual lo que le dijeran, Rosa sabía que sus días como ministra estaban llegando a su fin. El primer ministro y el ministro de Justicia se expresaban públicamente con comentarios respetuosos, pero entre los mentideros del partido ya se sabía que Rosa formaba parte del pasado. Cuando pasara un poco más de tiempo, la mandarían de vuelta a las últimas filas argumentando que había desobedecido al primer ministro o porque la consideraban demasiado inestable, y a Rosa todo le importaba un comino.

Lo que no podía ignorar era la enorme tristeza que sentía y esta mañana había estado con su psiquiatra, que le recomendaba volver al tratamiento con antidepresivos. Por eso al llegar a casa se había obligado a ponerse la ropa de deporte y salir a correr, que es lo que solía hacer después de comer, cuando trabajaba en casa, pero hoy lo hacía principalmente porque esperaba que la

secreción de endorfinas durante el ejercicio la sacara de su malestar, aunque solo fuera un poquito, y le daría fuerzas para evitar una nueva ronda de medicación.

Otra razón para salir de casa había sido no coincidir con el transportista que iba a llevarse las cosas de Kristine. Rosa había consultado con varios profesionales y al final había tirado la toalla y aceptado deshacerse de todas las cosas de su hija para no vivir continuamente en el pasado. Los profesionales le habían explicado que se trataba de una acción simbólica que la ayudaría a avanzar. Por eso había llamado a un transportista y le había explicado la situación a la *au pair*. Había dejado preparadas cuatro enormes cajas de cartón con zapatos y ropa, además del escritorio y la cama, a la que Rosa tan a menudo volvía para sentarse un rato. Le había dado el número de teléfono de la Cruz Azul, que se dedicaba a la reinserción de personas en riesgo de marginación, en Nordre Frihavnsgade, para que les avisara de que en breve llegaría un transportista con muchas cosas para su almacén, y luego había cogido el coche para ir a correr a Dyrehaven.

Por el camino se le había pasado por la cabeza llamar a Steen para avisarle de la decisión que había tomado, pero no tenía fuerzas. Ya casi no se hablaban. El mensaje del comisario había sido claro y contundente, pero Steen seguía aferrado a la esperanza y Rosa ya no podía aguantar más. Se había negado a firmar los papeles de la declaración de fallecimiento que él mismo había pedido a los abogados que les mandaran y, aunque no le había dicho nada, ella sabía que se dedicaba a pasear y a tocar timbres por los barrios por los que pensaba que Kristine había podido pasar el día en que desapareció. Su socio Bjarke había llamado para contárselo a Rosa. Estaba preocupado y le había explicado que el despacho de Steen estaba lleno de planos del sistema de alcantarillado, red de carreteras y urbanizaciones de viviendas, y que cada mediodía se marchaba en coche sin querer decir a dónde iba. Bjarke le explicó que el día anterior había decidido seguirlo y que lo había encontrado merodeando inquieto por un barrio de casas unifamiliares que hay cerca del pabellón de deportes. Pero Bjarke seguramente lamentó haberla llamado, porque Rosa reaccionó con resignación total. La búsqueda de Steen no tenía sentido, pero había tantas otras cosas que tampoco tenían sentido que nada se podía hacer. Deberían arrimar el hombro, formar un buen equipo y pensar en Gustav, pero ahora mismo no tenían fuerzas para eso.

Cuando Rosa al fin vuelve al portón rojo, ha corrido todo lo que ha

aguantado el cuerpo, hasta el límite de sus fuerzas. Siente el sudor frío y desagradable. Su exhalación es una nube densa que sale de su boca y durante un momento tiene que apoyarse en la verja de madera, antes de sentarse en su coche, que está estacionado en el aparcamiento. De vuelta a casa pasa por el lado de la estatua de Knud Rasmussen y la gasolinera de Arne Jacobsen y ve que un claro se abre en el cielo. La nieve se contiene unos minutos y deja paso a los rayos de sol que iluminan la nieve caída como si fuera una gigante alfombra de cristales brillantes. Rosa entrecierra los ojos para protegerse del resplandor, gira para entrar en el camino de acceso a la casa y se percata de que su respiración es diferente ahora que cuando se marchó. Es un poco más pausada y ahora respira con el diafragma, el aire no se queda bloqueado entre el tórax y el cuello, como si fuera un fregadero atascado. Se apea del coche, observa las anchas huellas de neumático que ha dejado en la nieve el camión de transportes y se siente aliviada porque ya se ha marchado. Tiene la costumbre de rodear la casa hasta la parte trasera para entrar por la puerta de atrás que da al lavadero, porque de esta manera no deja el vestíbulo sucio de tierra y barro cuando ha salido a correr. No tiene fuerzas para hacer los estiramientos y solo piensa en entrar y dejarse caer sobre el sofá, antes de que sus pensamientos se agolpen para recordarle que ya se han llevado las cosas de Kristine y que nunca más las volverá a ver. La inmaculada nieve recién caída cruje bajo sus pies, pero cuando da la vuelta a la esquina y llega al porche que protege la puerta trasera, se detiene de golpe.

Hay algo colocado sobre la estera y no acaba de entender lo que es. Se acerca unos pasos y ahora puede ver lo que parece una corona decorativa. Enseguida piensa en Navidad o Adviento, quizá más por la blanca nieve que cubre el césped del jardín. No es hasta que se pone en cuclillas que se da cuenta de que la supuesta corona está hecha con muñecos de castañas. Hay varios, y parecen estar cogidos de las manos, formando un círculo.

A Rosa le recorre un escalofrío y mira con cautela a su alrededor. Pero no hay nadie a la vista. Todo el jardín, incluido el viejo castaño, está cubierto por la nieve recién caída y las únicas pisadas que se ven son las suyas. Vuelve a mirar los muñecos, los coge con cautela y entra dentro de casa. La han interrogado acerca de hombres de castañas tantísimas veces que ha perdido la cuenta y hasta ahora solo los había asociado a las figuras que Kristine y Mathilde laboriosamente hacían en la mesa del comedor cada año. Pero cuando sube corriendo las escaleras a la primera planta, llamando a la *au*

pair, todavía calzando sus deportivas mojadas, siente algo mucho más desagradable que todavía no es capaz de explicar.

Rosa encuentra a la *au pair* en la habitación de Kristine. Está pasando el aspirador donde antes estaban los muebles y las cajas que se ha llevado el transportista. La chica la mira asustada cuando Rosa apaga el aspirador y le muestra los muñecos que tiene en la mano.

—*Alice, who brought it? How did it get here?* (Alice, ¿quién lo ha traído? ¿Como ha llegado esto aquí?) —Pero la *au pair* no sabe nada. Ni siquiera había visto los muñecos y tampoco sabe cómo ha llegado eso hasta la puerta trasera ni quién lo puede haber colocado allí—. *Alice, it's important!* (Alice, ¡es importante!)

Rosa insiste con sus preguntas porque cree que la chica tiene que haber visto algo, pero aparte del transportista que ha pasado hace un rato, no ha visto a nadie más desde que Rosa se marchó.

—*Alice, I'm sorry. I'm so sorry...* (Alice, lo siento. Lo siento muchísimo)

—*I can call the police. Do you want me to call the police?* (Puedo llamar a la policía. ¿Quiere que llame a la policía?)

Rosa mira la corona de muñecos que ha dejado en el suelo para abrazarse con la *au pair* que sigue sollozando. El pequeño círculo está formado por cinco figuras de castañas atadas entre ellas con alambre. Parecen las figuras que la policía le había mostrado en las fotografías, pero ahora se da cuenta de que dos de ellas son más altas que las otras tres. Es como si las dos figuras mayores fueran los padres. Está la mamá de castañas, el papá de castañas y los tres hijos de castañas. Todos están cogidos de la mano y forman una familia, bailando en círculo.

En ese instante lo reconoce. Rosa reconoce el montaje y de repente entiende exactamente por qué ha sido colocado frente a la puerta de su casa, de manera que fuera ella la que lo encontrara al llegar. Recuerda cuándo fue la primera vez que lo vio, quién se lo dio y sobre todo por qué se lo dio. Su recuerdo es nítido y claro, pero su sentido común le dice que no puede ser eso. Es imposible que sea por eso. Hace demasiado tiempo de todo eso.

—*I'll call the police now, Rosa. It's better to call the police.* (Llamo a la policía, Rosa. Es mejor que llamemos.)

—*No! No, police. I'm okay.* (No. Nada de policía. Estoy bien.)

Rosa se suelta de Alice. Sale corriendo de casa para coger el coche y marcharse. En ese momento tiene la sensación de que alguien la está

vigilando y de que la han estado observando desde hace mucho.

*E*l trayecto hasta el centro se le hace largo y no para de toparse con obstáculos. Cambia de carril cada vez que puede y en Trianglen, y más tarde en Kongens Have, pisa el acelerador a fondo, aunque los semáforos estén en rojo. Los recuerdos la invaden. Algunas cosas las recuerda claramente, pero otras se diluyen y mezclan, como si la memoria las hubiera reconstruido para darle sentido a todo. Cuando llega al ministerio se le ocurre pensar que debería aparcar el coche en un lugar discreto para no ser vista, y después de encontrar una plaza, corre hasta la entrada trasera del edificio. De repente se da cuenta de que no lleva consigo la tarjeta de acceso, pero el vigilante la reconoce y la deja entrar.

—Liu, necesito tu ayuda.

Encuentra a su secretaria reunida con dos jóvenes becarias y Rosa reconoce sus caras, aunque hace relativamente poco que las chicas han empezado a trabajar en el ministerio. Liu se sorprende al ver entrar a Rosa, y la conversación que estaban teniendo se detiene al instante.

—Por supuesto. Luego retomamos la reunión.

Liu se despide de las dos jóvenes, que observan a Rosa con curiosidad al pasar a su lado. Rosa se da cuenta de que todavía va en chándal, está empapada y las deportivas están llenas de barro.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Sienta bien que Liu se preocupe por ella, pero ahora no tiene tiempo para eso.

—¿Dónde están Vogel y Engells?

—Vogel ni siquiera se ha presentado hoy y creo que Engells está reunido, aquí en nuestra planta. ¿Quieres que los localice?

—No. Da igual. Creo que podremos encontrarlo tú y yo. Nuestro ministerio tiene acceso a los registros de todos los municipios y ayuntamientos, ¿verdad? Necesito acceder a los casos de retirada de custodia y familias de acogida.

—Sí. ¿Por?

—Necesito la información relacionada con un caso concreto de una familia de acogida. Busco un caso del municipio de Odsherred. Seguramente de 1986, pero no estoy segura.

—¿1986? Pero entonces no es seguro que esté digitaliza...

—¡Inténtalo! ¿Vale? —Liu se sorprende y Rosa lamenta haberle hablado así—. Liu, por favor, no me preguntes nada. Ayúdame.

—De acuerdo...

Liu se sienta ante el teclado de su portátil que está sobre la mesa y Rosa la mira con agradecimiento. Escribe su contraseña en el registro municipal de Odsherred y accede. Rosa coge una silla y se sienta a su lado para poder ver la información que aparece en la pantalla.

—La familia de acogida se llamaba Petersen. —Liu lee la información—. Vivían en Odsherred, Kirkevej, 35. El padre se llamaba Poul y era maestro de primaria. La madre se llamaba Kirsten y era ceramista.

Los dedos de Liu se mueven sobre el teclado a gran velocidad, mientras introduce la información que le va dando Rosa.

—No aparece nada. ¿Tienes los números del documento de identidad o seguridad social?

—No recuerdo los números, pero tenían una hija adoptada, Rosa Petersen.

Liu empieza a introducir el número del documento de identidad que Rosa le proporciona, pero se detiene y la mira preocupada.

—Pero si eres tú...

—Sí. Sigue escribiendo. No puedo decirte de qué se trata. Tienes que confiar en mí.

Liu asiente insegura, pero sigue escribiendo. Al cabo de poco encuentra lo que buscan.

—Niña de nombre Rosa. Apellido de nacimiento Juul Andersen. Adoptada por sus padres de acogida Poul y Kirsten Petersen...

—Ahora copia sus números de carnet y búscalos en relación a un caso de 1986.

Liu hace lo que le pide, pero tras unos minutos de búsqueda, niega con la cabeza haciéndole entender a Rosa que no encuentra nada.

—No hay nada en 1986. Como te dije es posible que todavía no esté digitalizado, así que...

—Intenta con 1987 u 85. Vino un niño a nuestra familia. Y tenía una

hermana.

—¿Tienes el nombre del niño o...?

—No. No tengo nada. Fue un período de tiempo muy corto. Algunas semanas o puede que unos meses...

Liu teclea mientras Rosa habla, pero ahora se detiene y su mirada está fija en la pantalla.

—Aquí hay algo, creo. 1987. Toke Bering... Y su hermana melliza, Astrid.

Rosa ve que Liu está leyendo una página con un número de archivo y mucho texto. La tipografía es anticuada y muestra que el expediente originalmente fue redactado en una máquina de escribir. Los nombres no le dicen nada. Tampoco el hecho de que fueran mellizos, pero sabe que tienen que ser ellos.

—Parece ser que vivieron con vosotros unos tres meses, antes de que los mandaran a otro lugar.

—¿Adónde los mandaron? Necesito saber qué pasó a partir de allí.

Liu se aleja del portátil para dejarle espacio a Rosa y que ella misma lea el expediente que aparece en la pantalla. Y Rosa lee. Cuando termina las tres páginas, le tiembla todo el cuerpo. Las lágrimas caen por sus mejillas y siente que está a punto de desvanecerse.

—Rosa, ¿qué pasa? No me gusta nada todo esto. ¿Quieres que llame a Steen o...

Rosa niega con la cabeza. Se ha quedado sin aliento, pero se obliga a leer de nuevo el texto. Esta vez porque piensa que en estas líneas tiene que haber un mensaje escondido o una pista para ella. Algo que el creador del círculo de muñecos con castañas quiere que haga. ¿O ya es demasiado tarde? ¿Dejar en su casa ese mensaje en forma de corona era solo para hacerle entender la razón por la que lo hizo? ¿El castigo es que Rosa vivirá el resto de su vida sabiéndolo?

Esta vez se detiene en todos los detalles y febrilmente va sopesando cada una de las posibilidades que ofrece el texto y que le puedan dar algo con lo que negociar. Y de repente lo entiende. Cuando su mirada se detiene en el sitio en el que acabaron los mellizos, le queda claro que es allí donde tiene que ir. Tiene que ser allí.

Rosa se levanta de la silla memorizando la dirección que pone en el expediente.

—Rosa, ¿quieres por favor decirme de qué se trata?

No contesta a Liu. Acaba de recibir un SMS de un número desconocido en su teléfono móvil, que había dejado sobre la mesa. Es un emoji con el dedo delante de la boca, pidiendo silencio, y Rosa se da cuenta de que debe mantenerse callada, si no quiere perder la esperanza de por lo menos saber qué le ha pasado a Kristine.

*L*a nieve cae densa, y el paisaje que Hess puede ver a través de la luna frontal del coche es todo blanco y no se distingue ninguna forma concreta. En la autopista no importaba porque los quitanieves se ocupaban de mantener las vías despejadas, pero ahora que ha salido de la E47 y se desplaza por la pequeña carretera en dirección a Vordingborg, tiene que ir con precaución, a unos veinte kilómetros por hora, para evitar chocar con los coches que tiene delante.

Durante el trayecto por Copenhague y mientras se desplazaba por Selandia ha llamado a la comisaría de Risskov y la de Nyborg. No había conseguido mucha información, como temía. Del que menos obtuvo datos fue del asesinato de Risskov, en 2001. Como el crimen se había cometido hacía diecisiete años, en la policía de Aarhus no entendían muy bien qué interés podía tener el caso, así que le habían pasado con tres diferentes departamentos, hasta que una agente de policía había sentido compasión por él y había abierto el archivo para posteriormente confirmarle que nunca habían resuelto el crimen. La agente no había trabajado en el caso personalmente, pero estuvo dispuesta a leerle en voz alta algunos extractos del expediente a Hess, aunque no había podido ofrecerle nada que le fuera útil. La víctima trabajaba de técnica en un laboratorio y criaba sola a su hija de un año. La noche de otoño en que ocurrió el asesinato había conseguido que alguien cuidara a la pequeña porque ella había invitado a un amigo a cenar. Cuando llegó el amigo la encontró muerta en el suelo del salón con múltiples puñaladas en el torso y llamó a la policía. Veinticuatro meses más tarde habían semienterrado el caso o por lo menos lo habían sacado de su lista de prioridades porque no tenían más sospechosos ni tampoco nuevas pistas que seguir.

El caso de Nyborg, de 2015, era diferente. La víctima era la madre de un niño de tres años y la investigación seguía activa porque el sospechoso principal era el exnovio y padre del niño, que tenía una orden de búsqueda y

captura sobre su cabeza y había indicios de que actualmente se encontraba en Pattaya. El motivo en principio habían sido los celos y el dinero. El exnovio pertenecía al mundo de los moteros y la teoría de la policía del municipio era que había seguido a la víctima en su coche y había visto cómo se encontraba con un jugador profesional de fútbol con el que la mujer había iniciado una relación amorosa. Volviendo a casa parece ser que la había forzado a salirse de la carretera y después le había pegado con un arma desconocida con la que le había aplastado el ojo izquierdo y machacado el cerebro. Hess tenía claro que el exnovio de la víctima, que ahora mismo seguramente se escondía en Tailandia, no podía ser el asesino de las víctimas que él había investigado en la capital, y le preguntó al inspector si tenían otros sospechosos. Alguien que hubiera tenido relación con la mujer, sin ser cercanos, exparejas o familiares. Pero al inspector no le sonaba que hubieran investigado a otras personas y Hess enseguida intuyó que percibía su comentario como una crítica indirecta a la investigación. Por eso lo dejó estar, y para terminar la conversación había preguntado por la presencia de la pequeña figura que en la fotografía colgaba del espejo retrovisor del coche de la mujer.

—Cuando llevasteis a cabo los interrogatorios ¿en algún momento les mostrasteis a los testigos las fotografías de la escena del crimen y alguien vio algún objeto y se extrañó de verlo allí?

Al inspector le sorprende la pregunta.

—¿Cómo lo sabes? ¿Por qué preguntas?

—¿Me lo puedes explicar?

—A la madre de la víctima le extrañó que hubiera un hombre de castañas colgado en el espejo retrovisor del coche. Explicó que la víctima desde pequeña tenía alergia a los frutos secos y que por ello le llamaba la atención.

El inspector, al que no le gustaba dejar cabos sueltos, había resuelto el misterio. Preguntando en el jardín de infancia del niño, supo que los compañeros de clase de su hijo habían hecho muñecos de castañas, así que no era impensable que la madre hubiera desafiado su alergia y colgado la obra de arte de su retoño en el coche. Hess se estremece por esta información. Aunque la teoría del inspector pudiera sonar bastante plausible, no se lo traga ni por un instante. El tema es: ¿a quién le extrañaría la presencia de un hombre de castañas cuando están a finales de septiembre o ya es octubre? Seguramente a nadie. Hess intuyó que con sus preguntas en relación a los hombres de castañas estaba haciendo dudar al inspector y no quiso alarmarlo

más, sobre todo porque lo suyo era tan solo otra teoría.

Sin posibilidad de indagar en más de dos casos, ahora mismo Hess se dirige hacia el sur, con la esperanza de que alguien le hable del caso de «Møn, 31 de octubre de 1989». Afortunadamente, Møn pertenece al municipio policial de Vordingborg, así que ha tenido que desplazarse a paso de tortuga hasta los rincones más lejanos de la provincia. Pero ha empezado a arrepentirse de su ocurrencia. Por esa misma razón todavía no se ha puesto en contacto con Thulin ni con Nylander, y cuando se dispone a subir las resbaladizas escaleras de la comisaría de Vordingborg duda de que vaya a conseguirlo a lo largo del día de hoy. Desde su descubrimiento en el aeropuerto ha empezado a entender lo difícil que es la tarea que se ha propuesto llevar a cabo. Aunque consiga demostrar que el mismo criminal ha estado asesinando y aterrorizando a mujeres durante tantísimos años, podría tardar en hacerlo la misma cantidad de tiempo que él lleva matando. Si es que es el mismo asesino.

En la ajetreada recepción de la comisaría de Vordingborg, Hess miente como hace habitualmente y explica que está vinculado a la Unidad de Homicidios de Copenhague y que le gustaría hablar con el jefe de policía judicial. Tienen mucho trabajo. Le explican que hay muchos accidentes de tránsito porque está nevando. Aun así, un amable asistente se toma su tiempo para señalar con el dedo en dirección a un pasillo y explicarle a Hess que pregunte por Brink.

Hess entra en una lúgubre oficina con varios escritorios, donde un hombre con marcas en la cara que delatan haber pasado la viruela, de cabello rojizo, unos sesenta años y cien kilos de peso, está poniéndose el abrigo mientras habla por teléfono.

—Pues deja ese trasto allí, si no arranca. ¡Ahora vengo!

El hombre corta la conversación y se dirige a la salida sin inmutarse por la presencia de Hess.

—Quería hablar con Brink.

—Estoy yéndome, así que tendrá que esperar hasta el lunes.

Hess saca su placa enseguida, pero el hombre ya ha pasado de largo y camina por el pasillo, subiéndose la cremallera del abrigo.

—Es importante. Quiero preguntarte acerca de un caso y...

—Seguro que sí. Pero yo me voy de fin de semana. Pregunta en recepción. Estoy seguro de que estarán encantados de atenderte. ¡Que tengas una buena

tarde!

—No puedo preguntar en recepción. Se trata de un caso de asesinato que ocurrió en Møn en 1989.

La enorme silueta de Brink se detiene en medio del pasillo. Se queda parado durante unos instantes y cuando se da la vuelta para mirar a Hess a la cara es como si hubiera visto a un fantasma.

*E*l jefe de la policía judicial nunca olvidará el 31 de octubre de 1989. Todo lo que ha vivido en su carrera de policía empequeñece al lado del recuerdo que le trae ese día. Incluso ahora, habiendo pasado tantísimos años, se sienta ante Hess en la oficina en penumbra, con la nieve cayendo en el exterior, y el hombre grande no puede evitar sentirse conmocionado.

Brink en esa época era patrullero y un día antes de cumplir los veintinueve años se había personado en la granja de Ørum con su compañero por la tarde, siguiendo el aviso de asistencia que había solicitado Marius Larsen, por aquel entonces el responsable de la comisaría de Vordingborg. A Marius Larsen lo llamaban «El Sheriff» y esa tarde había conducido hasta la granja de Ørum porque varios vecinos habían llamado a comisaría para quejarse porque algunos animales de la granja andaban merodeando por sus campos. No era la primera vez que ocurría. Ørum, un padre de familia de unos cuarenta años, tenía la pequeña granja, pero también trabajaba a media jornada en los ferris. No tenía formación de granjero y la gente decía que solo criaba animales para ganar un poco de dinero extra y porque le costaba llegar a fin de mes. Había comprado la granja por cuatro chavos en una subasta y, como los animales, establos y áreas de pasto estaban incluidos en la operación de compraventa, había intentado ganarse la vida como granjero. Pero no le había ido demasiado bien. La palabra «dinero», o más concretamente la falta de dinero, era lo que más se comentaba cuando alguien hablaba de Ørum. Algunos opinaban que eso era lo que había empujado a los Ørum a ofrecerse como familia de acogida a los ayuntamientos. Cada vez que les mandaban a un niño o un joven a la granja, les llegaba un cheque al cabo de poco, y a lo largo de los años se habían alojado allí muchísimos niños y niñas. Entre los habitantes de la zona se intuía que la familia no pertenecía al tipo de personas extremadamente blandas o pedagógicas, pero también es verdad que la percepción generalizada es que a los niños y jóvenes que vivían con la familia Ørum les sentaba bien el entorno que ofrecían. Había aire fresco,

campo y animales, al mismo tiempo que aprendían a trabajar para ganarse el sustento. Los niños Ørum, que es como llamaban en el pueblo a los que estaban en acogida, pero también a los hijos biológicos de los Ørum, se reconocían enseguida porque generalmente iban peor vestidos que sus compañeros, a menudo con ropas que no se correspondían con la época del año. Y es verdad que la tendencia de la familia era mantenerse alejada del resto, pero en el caso de los niños en acogida sobre todo se explicaba que su manera tan tímida y retraída de comportarse se debía a las historias que tenían a sus espaldas. Así que aunque la familia Ørum no gustaba especialmente, sí que disfrutaban de un cierto prestigio porque ellos, por el dinero o no, hacían algo que beneficiaba a niños que no tenían nada más en sus vidas. Por ello se le perdonaba a Ørum que bebiera demasiada cerveza cuando trabajaba en los ferris y acabara como una cuba sentado en su viejo y destartado Opel, que siempre dejaba aparcado en el puerto.

Era con este conocimiento limitado que Brink y un compañero habían llegado a la granja con la ambulancia que El Sheriff había solicitado. El cerdo muerto que encontraron detrás del tractor había sido como una advertencia del baño de sangre que les esperaba dentro de la casa. Los dos adolescentes biológicos de los Ørum yacían en la cocina con varios disparos en los cuerpos, la madre estaba medio descuartizada en el cuarto de baño y en el sótano habían encontrado el cadáver de Marius Larsen, que todavía seguía caliente y que había sido asesinado con varios hachazos en la cabeza, la misma arma con la que se había asesinado a la madre.

Ørum no estaba. Encontraron su viejo Opel en el granero, pero el hombre había desaparecido. Como Marius Larsen había sido asesinado durante la última hora, sabían que Ørum no andaría lejos, pero la gran búsqueda que se activó resultó infructuosa. No lo encontraron hasta tres años después, cuando un nuevo propietario encontró el cadáver de Ørum en el barro del pozo de marga situado justo detrás de la granja, donde por lo visto se había quitado la vida con un rifle de caza. Debió de haber pasado momentos antes de que Brink y su compañero llegaran a la granja. Según los científicos, el rifle era el mismo que utilizó para matar a sus hijos adolescentes en la cocina, además del cerdo detrás del tractor. Con esa constatación cuadraban las pistas y el caso quedó resuelto.

—¿Qué pasó? ¿Por qué los mató?

Hess toma nota en un bloc de Post-it y ahora se detiene para observar al

enorme policía, que le devuelve la mirada desde el otro lado del escritorio.

—Nunca lo supimos con seguridad. Pero es probable que lo hiciera porque tenía mala conciencia. Suponemos que es por lo que les hicieron a los niños que tenían en acogida.

—¿Qué niños? ¿Tenían niños en acogida?

—Los mellizos. Los encontramos en el sótano.

En la primera inspección, Brink simplemente había advertido con rapidez que los mellizos, un niño y una niña que encontraron en el sótano, estaban vivos. Los técnicos en emergencias sanitarias de la ambulancia se encargaron de ellos, mientras Brink y su compañero se habían concentrado en activar la búsqueda y captura de Ørum, a medida que iban llegando el resto de agentes del servicio. Pero cuando Brink había vuelto a bajar al sótano, se había dado cuenta de que las estancias eran de todo menos normales.

—Parecía una celda de prisioneros. Había candados, rejas ante las ventanas, un poco de ropa, algunos libros de texto y un colchón, y no hacía falta ser un genio para adivinar qué función había tenido. En un viejo armario habían casetes VHS, que más adelante mostrarían lo que allí había ocurrido.

—¿Qué había ocurrido?

—¿Por qué es tan importante?

—Lo es. Mucho.

Brink lo mira e inspira profundamente, con pesar.

—La niña había sido violada y torturada. Había empezado el primer día que llegaron, y había continuado sin pausa durante todo el tiempo que habían estado allí. La habían obligado a realizar diferentes prácticas sexuales. Con Ørum mismo o con sus hijos adolescentes, que Ørum y su mujer obligaban a participar. En una de las grabaciones arrastraron a la niña hasta el establo de cerdos... —Brink se queda en silencio. El hombre grande se palpa la oreja, parpadea con los ojos y Hess ve que empiezan a brillarle—. Soy un tipo duro. Tengo bastante aguante. Pero algunas veces sigo escuchando los gritos del niño, llamando a la madre para que intervenga...

—¿Y la madre qué hacía?

—Nada. Ella los filmaba. —Brink traga saliva—. En otra grabación se veía cómo la madre encerraba al niño en un habitáculo del sótano y le decía que hiciera sus hombres de castañas, hasta que ellos terminaran con lo suyo. Y eso hacía. Por lo visto lo encerraban allí cada vez y él hacía hombres de castañas. Todo el sótano estaba lleno de esas malditas figuras...

Hess recuerda la foto. Como una versión perversa de Miguel el Travieso, su madre de acogida había encerrado al niño en un zulo del sótano, mientras torturaban a su hermana al otro lado de la pared, y Hess intenta imaginarse por un instante qué impacto puede tener eso en unos críos.

—Me gustaría ver el expediente del caso.

—¿Por?

—No te puedo explicar los detalles pero necesito saber dónde se encuentran hoy ese niño y la niña. Y me urge.

Hess se ha puesto en pie como para señalar su urgencia, pero Brink se queda sentado.

—¿Por qué estás elaborando el perfil de un interno en Sikringen?

Brink lo mira y levanta la ceja como preguntando si Hess cree que está sentado delante de un idiota. Esa había sido la explicación que había soltado Hess al llegar. Había valorado que era más fácil ampliar una mentira que empezar de cero con otra nueva, y por eso había explicado que estaba ayudando a la policía danesa con un estudio del perfil de un interno de Sikringen, Linus Bekker, cuya psique estaba extraordinariamente obsesionada con una determinada fotografía del caso de Møn, del 1989. Cuanto menos explicara de su verdadera intención, mejor.

—Creo que vamos a parar aquí. Dame el nombre de tu jefe en homicidios.

—Brink. Es muy importante.

—¿Por qué coño iba a querer ayudarte? Ya llevo aquí más de media hora, que es media hora que llego tarde para ayudar a mi hermana, que no puede sacar su coche, atrapado en la nieve.

—Es porque no creo que Ørum matara a tu compañero Marius Larsen. Ni tampoco al resto de víctimas.

El policía grande lo mira detenidamente. Por un instante cree que estallará en una risa de incredulidad. Pero cuando Brink contesta, lo hace sin sorpresa y más como si estuviera tratando de convencerse a sí mismo.

—No puede haber sido el niño. Lo debatimos en su momento, pero es imposible. Solo tenía diez u once años.

Hess no contesta.

*E*l atestado de la carnicería que ocurrió en Møn en 1989 es muy completo. El proceso de digitalización del archivo de la comisaría de Vordingborg está tan avanzado que Hess puede leer todo el caso en una pantalla, en vez de tener que repasar folios en carpetas polvorientas como las que le rodean y que es el formato que en principio normalmente prefiere. Escucha impaciente el tono de espera del contestador automático desde su teléfono móvil, mientras su mirada se desplaza por las estanterías y de repente piensa cuánto sufrimiento humano estará documentado y almacenado en los archivos estatales, abandonados a su suerte en múltiples salas de almacenaje, registros y servidores repartidos por todo el país.

—Usted es el número 7 en la lista de espera.

Brink le había acompañado al sótano y abierto el archivo, que era un espacio espartano y polvoriento con una larga hilera de estanterías con cajas y carpasanos. No había ventanas, tan solo las típicas viejas lámparas de fluorescentes que Hess no había vuelto a ver desde que iba a primaria, y el local le recuerda cuánto odia los sótanos y los espacios bajo tierra.

La cantidad de documentación que se había generado durante la investigación de este caso en concreto había sido tan enorme que decidieron digitalizarlo como uno de los primeros, para ahorrar espacio, cuando hace unos años empezaron con el proceso de digitalización del archivo. Esa decisión significaba que Hess tenía que leerlo en el viejo y ruidoso ordenador que estaba ubicado en una esquina de la sala. Brink se había ofrecido a ayudarlo y se puede decir que casi había insistido en quedarse, pero Hess prefería leer la información sin interrupciones. Su teléfono móvil había sonado varias veces, incluidas las llamadas de François, y Hess suponía que el francés ya habría averiguado que no había cogido el avión a Bucarest.

Hess sabía exactamente qué buscaba en el material, pero los detalles le atrapaban y se iba deteniendo en algunos fragmentos del texto. La descripción que detallaba el agente que encontró a los mellizos era

espeluznante. Los encontraron acurrucados en una esquina del sótano, el niño rodeando con los brazos a la niña, que parecía ida, como si estuviera en estado de shock. El niño se había negado a soltarla cuando los subieron a la ambulancia y el agente había descrito su reacción como la de «un animal salvaje». El examen médico había confirmado las agresiones y torturas que evidenciaba el sótano y habían intentado interrogar a los mellizos, pero eso había sido completamente imposible. El niño se había mantenido en silencio y no había dicho ni una sola palabra. La hermana en cambio había contestado incoherencias, porque por lo visto ni siquiera entendía las preguntas que le hacían. Un psicólogo que supervisaba los interrogatorios había indicado que la niña seguramente trataba de reprimir las experiencias y por ello se había construido una especie de mundo paralelo. Un juez dictaminó que los niños quedaban dispensados de personarse en el juicio que se celebró al cabo de poco, pero por aquel entonces, los niños ya estaban viviendo con otras familias de acogida en diferentes partes del país. En relación a eso, Hess pudo leer que las autoridades competentes y el juez habían decidido separar a los mellizos, pensando que así tendrían más oportunidades de dejar atrás el pasado y empezar de nuevo. Lo cual no parecía una decisión demasiado inteligente.

Lo primero que Hess había anotado en el bloc de Post-it eran los nombres de los mellizos. Toke y Astrid Bering, además de sus números del documento de identidad. Por lo demás no se especificaba mucho acerca del pasado de los niños en el atestado. En un documento anexo firmado por un funcionario de servicios sociales se indicaba que los niños habían sido encontrados en las escaleras de la casa de maternidad de Aarhus en 1979. Que no tenían más que un par de semanas de edad y que las comadronas les habían puesto sus nombres. Sin entrar en muchos detalles, habían anotado que los mellizos habían vivido con diferentes familias de acogida hasta acabar en la Granja de Castañas, que es como a veces llamaban a la granja de Ørum, y allí habían aguantado dos años de calvario hasta el día de la matanza. Hess sentía que por cada línea que leía estaba más cerca de una solución. Pero eso fue hasta que tecleó los números de los documentos de identidad en el registro RX de la policía, para averiguar dónde se encontraban hoy en día.

—Usted es el número 3 en la lista de espera.

El registro RX vincula diversas bases de datos que puedan ser relevantes durante una investigación policial, entre otras cosas para averiguar dónde ha

vivido un sujeto y en qué época. Bajo el nombre de cada persona hay una lista cronológica con lugares de residencia y fecha de traslado. Además también consta si la persona se ha casado, separado, divorciado o si tiene antecedentes penales, ha sido expulsado del país o se ha hecho notar con alguna actividad que la policía pueda tener interés en saber.

Pero algo que tenía que haber sido fácil de averiguar se había convertido en un nuevo misterio que resolver.

Tras una estancia en un centro gubernamental de acogida para jóvenes en riesgo de exclusión social, parece que a Toke Bering, con doce años, lo habían llevado a una familia de acogida en Langeland. Después estuvo con una familia en Als, y luego pasó por otras tres familias, hasta que la pista se desvanece, poco antes de cumplir los diecisiete años. En el registro simplemente no aparecen más direcciones o datos vinculados al número de identificación del niño.

Si Toke Bering hubiera fallecido, estaría especificado, pero en este caso simple y llanamente no se registró más información y Hess había llamado a la sede del registro de identificación para pedir una explicación. La funcionaria con la que habló por teléfono solo pudo confirmarle lo que él mismo veía y su opinión era que Toke Bering tenía que haber abandonado el país.

Ya que tenía a la funcionaria al teléfono, aprovechó para preguntar por la gemela, pero en su caso tampoco había conseguido más información de la que ya había leído antes. A Astrid Bering la habían llevado a una familia de acogida después de su estancia en la Granja de Castañas, pero por lo visto los agentes de servicios sociales y psicólogos que supervisaban su caso habían cambiado de estrategia, porque habían sustituido a las familias de acogida por centros residenciales para jóvenes con enfermedades mentales severas. Desde los dieciocho años y hasta que cumplió los veintisiete, no estuvo registrada en el fichero nacional de identificación, lo cual indica que estuvo viviendo en el extranjero, pero a partir de ahí estuvo ingresada en varios centros para personas con enfermedades mentales. Hasta que hace poco menos de un año había desaparecido por completo, como si se la hubiera tragado la tierra. Hess se había puesto en contacto con el último centro en el que estuvo domiciliada, pero la gerente había cambiado y la actual directora no sabía dónde podía haber ido Astrid después de solicitar el alta en el centro, hacía un año.

—Usted es el número 2 en la lista de espera.

Por ello, Hess ha decidido utilizar la vieja pero infalible metodología

policial, que es llamar a todas las familias de acogida por las que han pasado los mellizos y averiguar si han tenido noticias de ellos a lo largo de los años o si saben dónde pueden estar en este momento. Hess empezó siguiendo la lista en orden cronológico, o sea que primero llamó a las familias de acogida en las que estuvieron antes de la Granja de Castañas, pero tras dos conversaciones volvía a estar estancado. Las dos primeras familias de acogida con las que había hablado habían sido muy amables y deseosos de ayudar, pero no habían vuelto a tener noticias de los mellizos desde entonces, y ahora mismo, Hess estaba intentando localizar a la familia de acogida número tres.

—Ayuntamiento de Odsherred, departamento de familias, ¿en qué puedo ayudarle?

El teléfono fijo de la familia de acogida Petersen, que viven en Odsherred, está dado de baja y es por eso que Hess está llamando al ayuntamiento. Explica quién es y que está buscando a Poul y Kirsten Petersen, domiciliados en Kirkevej 35, en Odsherred. Y que necesita hablar con ellos porque seguramente pueden informarle acerca del paradero de unos mellizos que vivieron con ellos en 1987.

—Eso solo le será posible si tiene conexión directa con Nuestro Señor. Según la información que me aparece en pantalla, Poul y Kirsten Petersen han fallecido. El hombre hace unos siete años y la mujer dos años después.

—¿Cómo murieron? —Hess siempre tiene la costumbre de preguntar por la causa de la muerte, pero la voz cansada que le ha cogido el teléfono no puede saberlo porque no aparece en su pantalla de ordenador. Pero como el hombre tenía setenta y cuatro, la mujer setenta y nueve, y fallecieron con dos años de intervalo, tampoco parece que haya que investigar más allá en este caso.

—¿Tenían hijos? ¿O tenían otros niños de acogida viviendo con ellos en la misma época?

Hess lo pregunta porque es muy probable que si hubiera habido hermanos o hermanas seguirían en contacto, aunque los padres ya no estén vivos.

—No parece. O por lo menos no se especifica nada de eso.

—Vale, de acuerdo. Gracias por su tiempo.

—Sí, espere. Tenían una hija en acogida, que además habían adoptado. Se llama Rosa Petersen.

Hess está a punto de colgar el teléfono cuando oye el nombre. No puede ser una coincidencia, y su sentido de la lógica le dice que hay miles de mujeres

que llevan justamente ese nombre de pila. Pero es mucha casualidad.

—¿Tiene el número del documento de identidad de Rosa Petersen?

Hess anota el número y le pide a la mujer que no cuelgue el teléfono mientras teclea en el ordenador. Cuando al cabo de un instante le aparece Rosa Petersen en el registro RX, lee que hace quince años que se casó y adoptó el apellido de su marido y ahora ya no tiene dudas: Rosa Petersen es Rosa Hartung. Aumenta su inquietud y de repente no puede quedarse sentado en la silla.

—¿Me puede leer exactamente qué pone acerca de la estancia de los mellizos en la familia Petersen en 1987?

—No pone nada. Solo veo que los Petersen fueron sus padres de acogida durante tres meses.

—¿Por qué tan poco?

—No pone nada de eso. Y ahora tengo que colgar, porque acaba de empezar mi fin de semana.

La funcionaria cuelga el teléfono, pero Hess sigue con el aparato pegado a la oreja. Los mellizos solo habían vivido tres meses en casa de Poul y Kirsten Petersen y su hija adoptada Rosa, en Odsherred. Después de esa estancia los habían mandado a la familia Ørum, de Møn. Hess solo tiene esta información, pero ahora sabe que la conexión es esa: la estancia en casa de la familia Petersen, el niño encerrado en el sótano de la Granja de Castañas, los hombres de castañas que deja junto a los cadáveres de sus víctimas, las víctimas que amputa para que parezcan figuras de castañas, el asesino que con cuerpos humanos está creando sus propias figuras de castañas.

A Hess le tiemblan los dedos y las imágenes se suceden aleatoriamente en su cabeza, mientras intenta ordenar sus pensamientos. Desde el principio todo estaba relacionado con Rosa Hartung. Las huellas dactilares los habían llevado en su dirección una y otra vez, pero hasta ahora no había sabido por qué. Y esto era exactamente lo que había estado buscando. La claridad con la que ahora entiende la relación le empuja a levantarse, pero de repente nota la presencia de la oscuridad, porque entiende lo que todavía les espera.

Llama a Rosa Hartung inmediatamente. Los tonos de llamada son reemplazados por su contestador y Hess corta la llamada. Está a punto de volver a intentarlo, pero en ese momento le entra una llamada de un número desconocido.

—Soy Brink. Perdona que te moleste. He estado preguntando por ahí, pero

realmente nadie sabe dónde han ido a parar los mellizos.

—No te preocupes, Brink. Ahora no puedo hablar.

Brink se había ofrecido a ayudar a Hess haciendo algunas llamadas a gente del pueblo y ahora le está llamando para preguntarle si ha averiguado algo.

—Tampoco he encontrado nada en el registro. No pone nada del niño. Acabo de preguntarle a la hija pequeña de mi hermana, que iba a clase con los mellizos, si sabía algo de ellos, pero me ha comentado que no fue capaz de localizarlos cuando celebraron un encuentro con exalumnos de la escuela hace unos años.

—¡Brink, tengo que marcharme!

Hess corta la llamada y vuelve a llamar al teléfono de Rosa Hartung, pero ella sigue sin contestar. Le deja un mensaje y decide llamar a su marido, pero entonces le entra un SMS. Al principio cree que es porque Rosa Hartung le ha devuelto la llamada, pero es de Brink.

—Foto de la clase 5A, de 1989. No sé si te será de utilidad. Mi sobrina dice que la niña debe de haber estado enferma el día que les hicieron esa foto, porque no está, pero el niño sí. Es el que está arriba, a la izquierda.

Hess enseguida amplía la fotografía adjunta y la observa. Hay menos de veinte alumnos en la imagen descolorida, seguramente porque se trata de una escuela de un pueblo pequeño y no hay tantos alumnos matriculados. Unos alumnos están de pie, formando una fila al fondo, y el resto están sentados, delante. Los colores de la vestimenta son en tonos pastel y algunas niñas llevan el pelo crepado y hombreras, y los niños llevan deportivas Reebok y camisetas Kappa o Lacoste. En la fila de delante hay una niña que ha tomado el sol en un solárium, con grandes pendientes y un pequeño cartel entre las manos, en el que pone «5A». La mayoría sonrían a la cámara como si alguien, quizá el fotógrafo, acabara de decir algo muy divertido.

Pero en cuanto se fija en el niño de la esquina, no puede dejar de mirarlo. No es demasiado alto para su edad. De hecho está menos desarrollado que el resto de sus compañeros y su ropa está ajada. Pero su mirada es dura. Mira a cámara sin inmutarse y es como si fuera el único que no ha oído eso tan divertido que alguien acaba de decir.

Hess lo observa fijamente. Se fija en todo, el cabello, pómulos, nariz, barbilla y labios. Rasgos que cambian rápidamente durante los años posteriores a la edad que tiene este niño en la foto. Hess reconoce algo en él, pero no es hasta que amplía la imagen para concentrarse en su mirada que se

da cuenta de quién es. Ahora lo reconoce claramente, pero es tan imposible que no tiene sentido. Cuando acepta que realmente es él, lo primero que piensa es que ha llegado tarde y que no vale la pena luchar.

Sus tobillos son finos y esbeltos y encajan a la perfección con esos tacones que a Nylander le encanta contemplar cuando, como en este momento, la deja salir de la sala de conferencias delante y camina tras ella por el pasillo. Ella se gira, le comenta algo y Nylander asiente, aunque en realidad está pensando cómo dar el paso para ligársela, como ya hace días que ha decidido. La ocasión podía producirse a lo largo del día de hoy. Quizá podría invitarla a tomar algo en el bar de uno de los hoteles que hay cerca de la estación central, con la excusa de que podrían hablar un poco de los próximos pasos a seguir. Le agradecerá la ayuda que le ha prestado y charlarán un poco acerca de su futuro en el departamento de comunicación de la comisaría. Aunque si su intuición no le engaña, sospecha que tampoco tendrá que engatusarla demasiado cuando quiera convencerla para subir a una de las habitaciones y pasar con ella una horita o dos, antes de volver a su casa, justo a tiempo para preparar los cócteles de bienvenida a los amigos habituales, que la mujer de Nylander habrá invitado a cenar, como cada viernes. Hace muchísimo tiempo que Nylander acepta que ama a su mujer, o por lo menos la idea que tiene de la vida familiar, pero su mujer tiene suficiente con los niños, las reuniones de padres y madres en las escuelas y en mantener la fachada, así que no ve nada malo en que él disfrute de su libertad a escondidas. Y justamente esta mañana estaba pensando que se merecía una recompensa por haber soportado la gran presión a la que esta semana ha estado sometido.

La última rueda de prensa acaba de concluir y con esta finaliza la exposición pública del caso. Y Nylander hasta lo ha resuelto con el efecto que él deseaba. No muchas personas entendían la sutileza y justa medida con la que había que mostrarse ante el público. Debía aparecer como una persona fiable y mostrar confianza cuando hablaba ante la prensa, y Nylander hace mucho tiempo que sabe que ciertas declaraciones, correctamente dirigidas en público, luego pueden resultar útiles cuando quiera labrarse una carrera en la comisaría, o incluso en el Ministerio de Justicia o la Fiscalía. Nylander

también es consciente de cómo su estatus profesional crece cada minuto que pasa en la pantalla del televisor u otras plataformas de información. Ha conseguido cerrarles la boca a los escépticos y le importa un comino si alguien opina que se da demasiado protagonismo a sí mismo. A él le parecía que había sido extremadamente generoso con su equipo, sobre todo con Tim Jansen, aunque no le ha parecido importante destacar a Hess ni a Thulin. Es verdad que Thulin había encontrado los miembros amputados, pero también había desafiado una orden directa al entrevistarse con Linus Bekker. Esta misma mañana ha pensado que será agradable perderla de vista. Incluso aunque vaya a trabajar a la NC3. En breve le ofrecerán aumentar la plantilla de su unidad y a la larga tendrá una larga serie de inspectores con exactamente las mismas capacidades que Thulin, aunque es verdad que le había parecido que la pequeña pajarilla tenía algo especial.

De Hess no tenía nada positivo que decir. Lo halagó inmensamente durante una conversación que mantuvo con un jefe de Europol, pero solo para quitárselo de encima. Hess no había aparecido ni una sola vez por comisaría desde la aclaración del caso y Nylander tuvo que poner a Thulin y a un par de agentes a redactar su informe policial, que en realidad tendría que haber redactado él, así que había recibido la noticia de que el hombre abandonaba el país con alegría y alivio. Por eso le sorprende constatar que Hess ahora mismo le está llamando a su teléfono móvil. Su primer pensamiento obviamente es rechazar la llamada del tipo cuyo nombre aparece en la pantalla del dispositivo, pero entonces cae en la cuenta de por qué le está llamando y se prepara para disfrutar de la conversación que están a punto de mantener. Hace escasos minutos, un agente le ha informado de que un francés de Europol había telefonado para saber si alguien sabía por qué Hess no había cogido el avión, como habían acordado, pero Nylander oyó la información de paso, porque en realidad no le importaba un carajo. Pero ahora se imagina cómo le contará Hess que ha perdido el avión y le pedirá que por favor llame a La Haya para salvarle el pellejo con alguna explicación rocambolesca que se habrá inventado. Hess se merece que lo expulsen directamente y mientras piensa cómo evitar que caiga de vuelta en su equipo, activa la llamada y contesta el teléfono.

Tres minutos y 38 segundos más tarde han concluido la conversación. La duración exacta de la llamada aparece en la parte superior de la pantalla del móvil que Nylander observa con cara de pocos amigos. Acaba de abrírsele un

boquete en el suelo, bajo sus pies. Su cerebro sigue luchando contra lo que acaba de decirle Hess, justo antes de colgar la llamada, pero en el fondo sabe que puede ser verdad. En ese momento se da cuenta de que la responsable de comunicación está hablándole con su boquita de piñón, pero él se pone a correr en dirección a su unidad e interpela al primer agente que encuentra.

—Avisa a los GEOS. Y localiza a Rosa Hartung. ¡Ahora mismo!

Steen Hartung está empapado por la nieve que ahora vuelve a caer sobre la urbanización por la que camina en este momento. Las pequeñas botellas de alcohol son lo único que le mantiene caliente, pero en breve las habrá vaciado todas y se recuerda a sí mismo que tiene que pasar por la gasolinera de Bernstorffsvej. Cruza un jardín cubierto de nieve hasta llegar a las baldosas de exterior donde han montado una parada con calabazas de Halloween, que también están cubiertas por una fina capa de nieve. Toca el timbre de la casa, que no es la primera a la que se dirige, porque lleva un buen rato caminando por la zona. Mientras espera que le abran la puerta se gira un momento para observar sus pisadas en la nieve y los enormes copos de nieve que revolotean en el aire, como si toda la urbanización estuviera sumergida en una de esas bolas de cristal con nieve flotando a su alrededor. A veces le abren la puerta y otras veces no, y por el rato que lleva esperando ante esta puerta, deduce que será de las que permanecerán cerradas. Justo cuando se ha dado la vuelta para volver a bajar las escaleras, oye el sonido del cerrojo y la puerta se ha abierto. Steen reconoce los ojos que lo observan. No identifica al hombre, pero algo en él le suena. Pero está cansado porque hace muchísimas horas que camina por estas calles y no ha conseguido absolutamente nada. El cansancio le hace dudar, pero en su interior ha nacido la certeza de que el único propósito de su búsqueda es apaciguar el dolor y la enorme tristeza que siente. Estudia los mapas y llama a las puertas, pero en su interior está empezando a darse cuenta de que todo está siendo en vano.

Intenta explicar a los ojos que le observan bajo el umbral que está tratando de encontrar nuevas pistas. Primero exponer la situación, luego la esperanza de que la persona recuerde algo, lo que sea, de aquel 18 de octubre del año pasado, el día en que su hija cruzó esta urbanización y quizá pasó justo por esta calle, en su bicicleta. Steen acompaña su explicación con una fotografía de su hija, cuya cara hace rato que está completamente empapada por culpa de los copos de nieve, y ahora los colores de la imagen aparecen

emborrionados, como si fueran manchas de rímel. Pero antes de que Steen haya podido terminar su explicación, el hombre niega con la cabeza. Steen titubea unos instantes y luego vuelve a intentarlo, pero el hombre sigue negando con la cabeza y está a punto de cerrar la puerta cuando Steen de repente no puede contenerse más.

—Recuerdo haberte visto antes. ¿Quién eres? ¡Sé que te he visto antes!

La voz de Steen suena desconfiada, casi como si acabara de reconocer a un sospechoso, y coloca un pie delante de la puerta para que no pueda cerrarla.

—Yo también me acuerdo de ti, joder, y no es de extrañar, porque ya viniste el lunes pasado y me hiciste exactamente las mismas preguntas.

Pasan varios segundos hasta que Steen comprende que el hombre tiene razón. Se siente muy avergonzado y pide disculpas mientras baja las escaleras y se retira en dirección a la calle. A sus espaldas oye cómo el hombre le pregunta si se encuentra mal, pero no se molesta en contestarle. Corre a través del blanco torbellino de copos de nieve y no se detiene hasta llegar a su coche, que está aparcado al final de la calle, y tiene que apoyarse en el capó al resbalar para no caer al suelo. Es un tonto patético que no es capaz de dejar atrás el pasado y cuando consigue sentarse ante el volante, se derrumba y llora sin parar. Está quieto, inmerso en la oscuridad, en el coche cubierto de nieve, llorando como un bebé. De repente nota que el teléfono vibra en el bolsillo interior de su abrigo, pero le es indiferente. No es hasta que piensa en Gustav que se obliga a sacar el teléfono y en la pantalla puede ver que le han llamado muchísimas veces. Empieza a sentir pánico y responde a la llamada, pero no es Gustav, es la *au pair*, y Steen tiene ganas de colgarle el teléfono sin decirle ni una palabra. Pero Alice le explica que tiene que encontrar a Rosa inmediatamente porque algo no anda bien. Steen no entiende exactamente qué quiere decir, pero las palabras *chestnut man* (hombre de castañas) y *police* (policía) le sacan de la pesadilla en la que se encuentra ahora mismo, para meterse de bruces en otra.

*L*as tres furgonetas de GEOS llevan las sirenas encendidas y obligan al tráfico de la oscura y resbaladiza Aaboulevard a retirarse hacia un lado. Nylander sigue la comitiva de vehículos a poca distancia y se pasa todo el trayecto pensando que tiene que haber otra relación que la que Hess le expuso por teléfono un poco antes. Vuelve a mirar la vieja fotografía que Hess le ha mandado por SMS y, aunque reconoce la cara infantil del chico del extremo izquierdo, no puede creer que tenga relación.

Poco antes de llegar a la dirección apagan la sirena para no alertar al sospechoso y cuando los vehículos del cuerpo policial aparcan ante la entrada del edificio de la policía científica, se dividen como habían previsto. En menos de cuarenta y cinco segundos han rodeado el edificio con forma de cubo y mientras algunos curiosos ya empiezan a observarlos desde las ventanas, Nylander camina sobre la nieve para llegar hasta la entrada principal, donde todo parece estar como siempre. En la recepción suena música de ascensor de ritmos suaves y oye a dos empleados charlando de lo que van a hacer el fin de semana al lado de la cesta de frutas que adorna el mostrador. Cuando la recepcionista que huele a limón le explica que Genz está reunido en su laboratorio, a Nylander le da por soltar insultos en voz baja y se recrimina por haberle hecho caso a Hess y haber dado la alarma.

Nylander desafía la orden de calzarse las ridículas bolsas azules, que tan gentilmente han dejado a mano para los visitantes, porque llegan con sus zapatos mojados por culpa de la nieve. Algunos técnicos de laboratorio embutidos en sus blancas batas les observan con curiosidad desde sus cajas de cristal, cuando Nylander y tres inspectores llegan al laboratorio principal, en el que tantas veces antes se ha reunido cuando necesitaba comprobar que un material probatorio era exactamente como lo habían descrito en el informe o por teléfono.

Pero en el laboratorio no hay nadie. Ni tampoco en el despacho personal de Genz, contiguo al laboratorio. Aunque le tranquiliza ver que las dos estancias

permanecen como siempre, en orden y todo perfectamente recogido. Hasta hay un vaso de plástico con restos de café colocado ante la enorme pantalla, dando sensación de calma.

La recepcionista, que los ha seguido hasta el laboratorio, observa sin extrañarse que el jefe no está en su despacho y les comunica que va a ir a buscarlo. Cuando se ha marchado, Nylander empieza a elucubrar de qué manera puede destrozarle la carrera a Hess, y si es posible también su vida, por haberle puesto en evidencia delante de todo el mundo. Cuando venga Genz lo aclarará todo, incluso puede que estalle en carcajadas y puntualice que él nunca pensó que fuera ese chico de la foto. Que nunca se ha llamado Toke Bering y que desde luego no se ha pasado media vida planificando su venganza. Que obviamente no es el asesino psicópata que Hess afirma que es.

Y en ese momento se da cuenta. Desde donde se encuentra, de pie, en medio del laboratorio, puede ver el despacho de Genz y sus pertenencias, que están colocadas pulcramente sobre su mesa de trabajo. Antes no las había visto. Se trata del documento de identidad de Genz, unas llaves, un teléfono móvil y su tarjeta de acceso al laboratorio. Es como si las hubiera dejado allí porque ya nunca más las volverá a utilizar. Pero eso no es lo que le da escalofríos. Lo que le produce pavor es el pequeño y aparentemente inocente hombre de castañas que hay al lado, colocado sobre una caja de cerillas.

Cuando Hess consigue conectar con Nylander está conduciendo el último tramo de autopista que le llevará hasta Copenhague. Ha intentado localizarlo varias veces antes, pero el idiota no le contestaba y cuando al fin le ha contestado la llamada, no es con demasiadas ganas de cháchara.

—¿Qué quieres? ¡Estoy muy liado!

—¿Lo habéis encontrado?

Pero en el laboratorio no lo habían encontrado. Ni rastro de Genz, aparte del recuerdo que les había dejado sobre la mesa de trabajo. Habían preguntado a las personas del equipo de Genz y les parecía que había ido a un ciclo de conferencias que se celebraba en Jutlandia, pero cuando llamaron a los organizadores, resultó que ni siquiera había confirmado su asistencia.

—¿Y en su domicilio?

—Estamos aquí ahora mismo. Es un enorme ático en uno de los edificios nuevos de Nordhavn. Pero está vacío, y quiero decir completamente vacío, no hay un solo mueble, ninguna pertenencia y seguramente ni siquiera encontraremos una triste huella dactilar.

Hess solo llega a visualizar los próximos veinte metros que tiene ante él en la autopista, y aun así pisa el acelerador a fondo.

—Pero supongo que habéis localizado a Rosa Hartung ¿verdad? Todo está relacionado con Hartung, y si Genz consigue...

—No hemos podido localizarla. Nadie sabe donde está y su teléfono está apagado y por eso no podemos rastrearla. Su marido tampoco sabe nada y la *au pair* dice que cogió su coche y marchó a toda prisa después de encontrar una especie de corona con hombres de castañas delante de la puerta de su casa.

—¿Qué tipo de corona?

—No la he visto.

—¿Y no podemos rastrear a Genz? ¿El móvil, su coche...?

—No. Ha dejado su móvil en el despacho y los vehículos de la científica no

tienen dispositivos de rastreo incorporados. ¿Alguna otra sugerencia que quieras darnos?

—¿Y el ordenador de su laboratorio? Pídele a Thulin que desbloquee la contraseña para ver qué tiene guardado.

—Ya tenemos a un equipo tratando de abrirlo.

—¡Que lo haga Thulin! Ella te lo abrirá en un...

—Thulin no está.

Hay algo inquietante en las palabras de Nylander. Hess escucha al comisario y a otras personas bajando unas escaleras corriendo y cómo resuena el espacio en el que se encuentran. Hess piensa que deben de estar registrando el ático vacío de Genz.

—¿Qué quieres decir?

—Por lo visto contactó con Genz y se reunió con él en la científica, más tarde. Un agente dice que los vio bajar por las escaleras de atrás, que se metieron en el coche de Genz y que se marcharon hace un par de horas. Y no sé nada más.

—¿Hace un par de horas? ¿Pero la habéis llamado?

—En vano. Me acaban de decir que han encontrado su teléfono móvil en un contenedor de basura que hay delante de la científica.

Las palabras de Nylander abruman a Hess. Desacelera el coche y empieza a desplazarse hacia el arcén de la autopista, en el que hay mucha nieve amontonada. Varios coches tocan el claxon y a duras penas evita chocar contra un camión que avanza por el carril lento, pero finalmente consigue detener el coche por completo, en la seguridad del arcén lateral.

—Ella no es importante para Genz, no le sirve para su propósito. A lo mejor la ha dejado en algún lado. Puede que esté en casa con su...

—Hess, ya hemos buscado en su casa. No está. ¿Tienes algo para mí? ¿Tienes idea de dónde puede estar Thulin?

Hess escucha la pregunta. El tráfico resuena a su lado. Se ha quedado paralizado, lo único que se mueve son los parabrisas, que siguen despejando la luna frontal del vehículo.

—¿Hess?!

—No. No tengo ni idea.

Hess oye una puerta de coche cerrarse con un golpe y la conexión se corta. Se queda con el móvil pegado a la oreja durante unos instantes. Los coches se desplazan por la autopista a gran velocidad, levantando la nieve a ambos

lados. Y los parabrisas siguen moviéndose sin parar.

Tenía que haberla llamado. Tenía que haberla llamado en el preciso momento en que se dio cuenta de que algo chirriaba. Si la hubiera llamado, ahora Thulin estaría estudiando las fotografías de las escenas de los crímenes que habían interesado tanto a Linus Bekker y nunca se le habría ocurrido ir a ver a Genz. Pero no lo había hecho y los sentimientos que le invaden en este momento le confirman que son otras las razones por las que no la llamó.

Hess intenta mantenerse en la franja de pensamientos racionales. Tiene que reaccionar. No sabe por qué Thulin fue a ver a Genz, pero si se ha metido en su coche de manera voluntaria será porque no sabe quién es Genz, en realidad. Por lo tanto, Genz no tiene ninguna razón para hacerle daño ni le resultará de utilidad. A menos que Thulin haya descubierto algo y se haya reunido con él para comentárselo, pensando que pudiera ayudarla a verificarlo.

Ese pensamiento le da pavor. Pero Thulin no es más que un bache en el camino que se ha marcado Genz, y no va a cambiar de parecer por ella. La que le interesa es Rosa Hartung. Todo está relacionado con Rosa Hartung. Rosa Hartung y su pasado.

De repente, Hess sabe exactamente lo que tiene que hacer. Tiene un presentimiento y lo va a seguir, o sea que se trata más de una corazonada que de un pensamiento racional, pero el resto de opciones son o poco probables o ya las está cubriendo Nylander, que está ordenando registros y búsquedas en Copenhague. Hess mira hacia atrás y se topa de bruces con los faros antiniebla de los coches que pasan a su lado, a toda velocidad, salpicando nieve negra hacia los lados. Observa un hueco en la hilera de tres carriles de coches de la autopista. Solo tiene unos segundos, pero son suficientes como para que la próxima tanda de coches puedan frenar y no embestirlo. Pisa el acelerador a fondo y cruza los carriles en dirección a un hueco que los operarios de autopistas han abierto en el guardarraíl de la medianera, porque están haciendo obras de mantenimiento en el asfalto. Las ruedas chirrían y por un momento cree que el coche derrapará dando vueltas como un bolo de bolera. Pero los neumáticos se adhieren a la superficie y cruza la medianera para adentrarse en los carriles contrarios. Hess no ha tenido en cuenta a los vehículos que se desplazan por estos, así que pisa el acelerador a fondo y se mete entre dos furgonetas, aunque no consigue enderezar el coche hasta que finalmente se coloca en el carril lento.

Hess vuelve por donde ha venido. Al cabo de un momento se pone a 140 kilómetros por hora y tiene todo el carril de adelantamiento para él solo.

—**B**onito día para salir de paseo pero, por lo que yo veo, parece que solo hay bosques de hayas.

Las palabras de Genz empujan a Thulin a observar con más ahínco por la ventanilla frontal y lateral del coche, pero parece que tendrá que darle la razón a Genz. Incluso aunque no nevara tanto como la que está cayendo habría sido difícil dar con los castaños que busca, y ahora que el paisaje de Møn está cubierto de polvo blanco, a Thulin se le antoja cada vez más imposible.

Circulan por una carretera de interior sinuosa y estrecha y Genz, que está al volante, mira su reloj.

—Bueno. Valía la pena intentarlo. Pero ahora tengo que volver al puente. Te dejo en la estación de trenes de Vordingborg y yo sigo hacia Jutlandia, ¿de acuerdo?

—Vale... —Thulin se da cuenta de que el trayecto ha sido en vano y se acomoda en el respaldo de su asiento—. Perdona por haberte retrasado tanto.

—No pasa absolutamente nada. Como tú misma has dicho, yo ya iba en esta dirección.

Thulin intenta devolverle la sonrisa, aunque tiene frío y está cansada.

No habían tardado mucho en localizar a la experta que había asesorado a los de la científica y confirmado qué variedad de castaña era la que tenía la huella dactilar de Kristine Hartung. La catedrática en botánica se llama Ingrid Kalle y trabaja en la facultad de ciencias biológicas de Copenhague, muy joven para ser catedrática, y como mucho parece tener unos treinta y cinco años, pero la delgada mujer se ha expresado con mucha seguridad. Había hablado con ellos por Skype, y desde su despacho en la universidad había confirmado que las castañas examinadas no pertenecían a la variedad de castañas de Indias, que era la más común en territorio danés.

—Las que se han utilizado para crear esos hombres de castañas son del tipo *castanea sativa*, la castaña común. El clima aquí es demasiado frío para

cultivar estos castaños, pero aun así es posible encontrar algunos árboles aquí y allá, por ejemplo alrededor del Limfjord. Sin embargo, estas castañas en concreto son un híbrido entre la castaña europea y la japonesa, o sea que es una *castanea sativa x crenata*. Parece del tipo Marigoule, que no es atípica. Lo atípico es que en este caso parece estar mezclada con una variedad llamada Bouche de Betizac. La mayoría de los expertos opinan que esa combinación exacta se ha extinguido en nuestro país y la última vez que oí hablar de esta variedad fue hace muchos años, cuando los últimos árboles sucumbieron a un hongo en particular. Pero todo esto ya os lo había contado.

La catedrática ya había expuesto las especificaciones precisas de estas castañas al equipo de Genz que se había puesto en contacto con ella y Thulin notó que Genz se había quedado en silencio cuando Ingrid Kalle se lo había recordado, seguramente porque ese comentario comprometía a su unidad ya que estas informaciones no habían llegado a la policía hasta ahora.

La búsqueda podía haber terminado en este momento si Thulin no hubiera hecho una última pregunta.

—¿En qué lugar del país crecieron esos últimos castaños de la variedad Marigoule-Betizac?

La catedrática había contrastado la información con un compañero suyo y resulta que los últimos castaños de esa variedad se encontraban en la zona de Møn, pero había insistido en que actualmente constaba como extinguida. Aun así, Thulin había anotado meticulosamente las localidades específicas de la isla de Møn y se habían despedido de la señora Kalle. Después tuvo que convencer a Genz, que no acababa de entender lo que significaba este nuevo descubrimiento.

Thulin le había explicado que si las castañas que tenían la huella dactilar de Kristine Hartung no eran de la variedad de castañas de Indias, resultaba del todo imposible que alguien las hubiera adquirido en el puesto callejero de las niñas y que por lo tanto tenían que descartar esa relación, que en principio habían dado por buena. Ya no se podía explicar lógicamente cómo Benedikte Skans y Asger Neergaard habían podido encontrarlas, y mucho menos el hecho de que además tuvieran la huella dactilar de Kristine Hartung. Y eso cuestionaba decididamente la línea de argumentación de Nylander. Por otro lado, Thulin se había sentido animada porque los últimos lugares en los que se había registrado la existencia de esta variedad de castaños eran relativamente pocos, concretamente algunas localidades de la isla de Møn. Si

la variedad era tan excepcional como había explicado la botánica, era muy probable que si indagaba en esa zona pudiera extraer nuevas pistas para seguir adelante con la investigación. Y en el mejor de los casos sabría algo más del asesino o de Kristine Hartung.

Genz finalmente había entendido que Thulin opinaba que los casos todavía no se podían considerar resueltos, que Hess podría tener razón. Alguien había creado un escenario en el que pareciera que Benedikte Skans y Asger Neergaard eran los autores de los asesinatos.

—No lo dirás en serio. ¿Me estás tomando el pelo?

Genz al principio había reído y se había negado categóricamente a llevarla a Møn para buscar esos castaños. Ella trató de convencerlo explicándole que le venía de camino, ya que él igualmente tenía que desplazarse a Jutlandia. Bueno, eso de que le quedaba de camino era un decir, porque el desvío era importante. El caso es que Genz había negado con la cabeza hasta que entendió que ella igualmente lo iba a hacer, sin importarle si él la acompañaba o no. Así que finalmente accedió y ella se lo agradeció mucho, entre otras cosas porque en ese momento no tenía a su disposición un vehículo del cuerpo y también porque él podría ayudarla a identificar y verificar la variedad, si es que encontraban algún árbol.

Lamentablemente, en principio, no había ido demasiado bien. Genz había conducido con rapidez y, a pesar de la nieve, habían tardado menos de una hora y media en llegar, pero cuando encontraron las localidades que la experta había señalado de la isla tan solo encontraron tocones cubiertos de nieve, o que los castaños habían sido derribados para dejar paso a construcciones más recientes. Para acabar de comprobar una última opción, Thulin le había pedido a Genz que se alejaran de la carretera principal para volver en dirección al puente a Selandia, y ahora conducían por una pequeña carretera con muchas curvas, bosque denso a un lado y campos de cultivo al otro. Pero la nieve se acumulaba sobre el asfalto dificultando la conducción y, aunque hasta ahora Genz había mantenido el buen humor, empezaba a estar claro que al final tendrían que abandonar su cometido.

Thulin se acuerda de su hija y el abuelo. También de la celebración en la escuela, que habrá terminado hace mucho, y decide llamarles para decirles que ya está volviendo a casa para estar con ellos.

—¿Has visto mi móvil?

Lo busca en los bolsillos de su chaqueta, pero no lo encuentra.

—No. Pero en cambio sí que tengo una teoría de cómo puede ser que las castañas procedan de una variedad poco común de Møn y han acabado en casa de los Hartung y su hija. Será que la familia ha venido aquí de vacaciones y han recogido castañas para llevarse a casa.

—Sí. Quizá.

La última vez que Thulin tuvo su teléfono en la mano fue ante la mesa de trabajo en el laboratorio de Genz, y se siente confundida por habérselo olvidado, porque nunca antes había perdido el móvil. Está a punto de volver a rebuscar en los bolsillos cuando su mirada por casualidad nota algo en el lateral de la carretera. Duda unos instantes pero la imagen se ha quedado grabada en su retina y de repente entiende qué cosa ha desviado sus pensamientos.

—¡Para! ¡Detente inmediatamente! ¡Para!

—¿Por?

—¡Te digo que pares! ¡Detente!

Genz al fin pisa el freno y el coche se tambalea unos instantes hasta quedarse completamente quieto. Thulin abre la puerta y se apea para adentrarse en el silencio total. Es tarde y el sol está a punto de ponerse. Los campos de cultivo están cubiertos de nieve a su derecha y la línea divisoria entre nieve y cielo no se acaba de distinguir en el horizonte. A su izquierda está el bosque denso y oscuro y montones de nieve acumulada en el arcén. Y justo allí, unos metros atrás, hay un árbol enorme tocando la carretera. Es mucho más alto que el resto. El tronco es ancho como una barrica y puede que mida unos veinte metros de altura, quizá veinticinco. El gran esqueleto de ramas está cubierto de nieve y en realidad no parece un castaño. Ha perdido todo el follaje y parece raquítrico, pero Thulin está completamente segura. Se acerca al árbol y la nieve cruje en el aire frío. Cuando llega bajo las ramas, donde la nieve no es tan densa, enseguida nota las pequeñas bolas bajo las suelas de sus botas. No lleva guantes, así que usa sus manos desnudas para cavar en la nieve y recoger las castañas caídas.

—¡Genz!

Le irrita que Genz se haya quedado dentro del coche y no se muestre tan comprometido como ella en esta búsqueda de nuevas pistas. Ha limpiado la nieve de las castañas y las oscuras y frías bolas marrones que tiene en la mano izquierda parecen las castañas que llevan la huella dactilar de Kristine Hartung. Thulin trata de recordar las características específicas que la

botánica les ha mencionado que comprobaran.

—Ven a verlas. ¡Podrían ser estas!

—Thulin, aunque sean las mismas castañas, eso no demuestra absolutamente nada. La familia Hartung podría haberse desplazado hasta aquí por ejemplo para ver el acantilado y de vuelta a casa podrían haber visto el castaño y la hija aprovechó para recoger unas castañas.

Thulin no contesta. Antes, al pasar delante del árbol ni siquiera se fijó bien, pero ahora que está al lado observa que el bosque no es tan denso como le había parecido. Al lado del castaño hay un caminito de curvas que se adentra en el bosque, donde la nieve luce impoluta.

—Bajemos por este camino para ver qué hay.

—¿Por qué? Pero si allí no hay nada.

—No puedes saberlo. Lo peor que puede pasarnos es que nos quedemos atrapados en la nieve.

Thulin camina con determinación de vuelta al coche. Genz ha bajado y está de pie ante la puerta abierta del conductor, observando a Thulin. Pero cuando pasa a su lado y rodea el coche para entrar, él se queda mirando con la vista perdida en un punto lejano, en dirección al estrecho camino que se adentra en el bosque.

—De acuerdo. Si eso es lo que quieres.

Otoño, 1987

*L*as manos del niño están sucias y tiene tierra bajo las uñas. Intenta agujerear la castaña con el punzón, pero sus manos son torpes y Rosa tiene que enseñarle cómo hay que hacerlo. No pinchar, sino perforar. Hacer girar el punzón hasta traspasar la piel de la castaña. Lo primero que hay que hacer es un agujero en cada castaña para formar el cuello, luego se introduce media cerilla en una de las castañas para después poner la otra castaña encima. Luego se perforan el resto de agujeros para los brazos y piernas, y es mejor que sean profundos, para que las cerillas se sujeten mejor la una con la otra.

La niña lo aprende a hacer rápidamente. Es como si los dedos del niño fueran demasiado gruesos o les faltara sensibilidad, y todo el rato se le escapan las castañas de las manos y caen sobre el césped húmedo, donde Rosa pacientemente las vuelve a recoger para que el niño lo vuelva a intentar. La niña y Rosa se ríen de él, pero no es que le estén tomando el pelo, y él tampoco lo percibe así. Bueno sí, quizá las primeras veces sí pensaba que se estaban riendo de él, sobre todo cuando se había caído en un matorral bajo el enorme árbol donde recogían castañas con mamá y papá. Luego se habían sentado en las escaleras de la caseta de juegos en el jardín de atrás, rodeados de hojas amarillas y rojas, y cuando Rosa se había reído de él por ser tan torpe con las castañas, el niño se había asustado y su hermana también, hasta que Rosa los había ayudado a los dos, y habían entendido que su risa no era malintencionada.

—Hombre de manzanas, entra. Hombre de manzanas, entra —canta Rosa mientras le enseña al niño lo que tiene que hacer, para que él también pueda terminar de crear su hombre de castañas y colocarlo sobre la plancha de madera junto al resto de muñecos que han hecho durante la mañana.

Les ha explicado a los mellizos que cuantos más hagan, más dinero ganarán, porque los pondrán a la venta en el puesto callejero de la carretera.

Rosa nunca ha tenido hermanos y, aunque sabe que no se quedarán aquí para siempre y que incluso puede que ni siquiera se queden hasta Navidad, ahora no quiere pensar en eso y prefiere disfrutar. Le gusta mucho tenerlos aquí, y le encanta despertar y saber que están en casa. Se levanta temprano los sábados y domingos, que es cuando no hay escuela, y entra en la habitación de invitados, que está frente a la habitación de mamá y papá. Aunque estén dormidos y ella los despierte, los mellizos nunca se enfadan. Se frotan los ojos y esperan que ella les explique qué plan hay para el día. Siempre sienten curiosidad por saber qué juegos propone Rosa y a ella no le importa que no sean demasiado habladores y que nunca propongan juegos. Siempre tiene muchas ganas de contarles lo que ha pensado y es como si su fantasía aumentara con ideas divertidas u ocurrencias, ahora que hay otro público que no es mamá y papá, que solamente se limitan a soltar un «uy» o un «oh» o un «¡ahora lo hemos visto!».

—Rosa, ¿puedes venir un momento, por favor?

Rosa cruza el césped corriendo y pasa al lado del huerto, donde la pala de su padre está clavada entre las plantas de patatas y los arbustos de grosellas.

—¿Qué pasa?

Espera impaciente en la puerta de la cocina de la pequeña casa unifamiliar, pero la madre le dice que se quite las botas de agua y entre en casa. A Rosa le sorprende que ambos, el padre y la madre, estén esperándola luciendo una sonrisa extraña en sus bocas. En ese momento tiene la sensación de que hace rato que los observan jugar en el jardín.

—¿Te gusta jugar con Toke y Astrid?

—Sí, ¿qué pasa? Estamos muy liados con las castañas.

Le irrita estar allí de pie dentro de casa con el chubasquero puesto cuando los mellizos la esperan en la caseta de madera. Si terminan todas los muñecos de castañas esta mañana podrán ir a buscar las cajas de frutas y construir el puesto callejero antes de la hora de comer, así que no puede perder ni un minuto.

—Hemos decidido adoptar a Toke y Astrid, y que puedan quedarse aquí para siempre. ¿Qué te parece? —La lavadora empieza a zumbar y la madre y el padre la observan tranquilamente—. Lo han pasado muy mal, necesitan un buen hogar y a papá y a mí nos parece que este puede ser su hogar definitivo. Si a ti te parece bien, por supuesto. ¿Te parece bien?

La pregunta sorprende a Rosa. No sabe qué opinar. Pensaba que le

preguntarían si quería que le preparasen unos bocadillos de pan de centeno para comer en el jardín. O zumo de frutas o galletas maría. Pero eso no es lo que le acaban de preguntar. Así que ella contesta lo que sabe que hará felices a las dos caras sonrientes.

—Sí, vale.

Mamá y papá salen al jardín al instante, mamá con botas de lluvia y papá en chancletas, sin calcetines. Rosa nota que se sienten muy felices. No se han abrigado, ni siquiera llevan jerséis, pero aun así van corriendo hasta la caseta de juegos donde los mellizos están sentados, concentrados creando muñecos de castañas. Rosa se queda esperando en la puerta de la cocina, como le han pedido que haga. No puede oír lo que dicen, pero mamá y papá se sientan con ellos y se lo toman con calma. Rosa puede ver las caras de los mellizos. De repente, la niña se lanza a los brazos de papá y lo abraza con fuerza. Al cabo de poco el niño se pone a llorar. Se queda allí sentado y no puede parar de llorar. Mamá lo rodea con su brazo para consolarlo y mamá y papá se miran a los ojos y sonrían de una manera que Rosa no recuerda haberlos visto sonreír jamás. El cielo abre sus compuertas. La lluvia cae a raudales y Rosa se queda en la cocina mientras los otros se meten debajo del porche de la caseta de juegos y ríen a carcajadas.

—Entendemos perfectamente vuestra decisión. ¿Dónde están?

—En la habitación de invitados. Voy a buscarlos.

—¿Cómo está vuestra hija?

—Está bastante bien, dadas las circunstancias.

Rosa está sentada en la cocina, pero puede oír las voces del pasillo perfectamente. Mamá pasa delante de la puerta y camina hasta la habitación de invitados, mientras que papá se queda en el pasillo junto al hombre y la mujer que Rosa acaba de ver salir de un coche blanco por la ventana de la cocina. Las voces del pasillo se oyen cada vez menos hasta desaparecer en un susurro que Rosa no entiende. Ha habido muchos susurros esta última semana. Empezó poco después de que les contara la historia. No sabía de dónde la había sacado, sí, quizá de cuando cursaba el primer ciclo de primaria. Todavía recuerda cómo reaccionaron los adultos cuando una niña que se llamaba Berit contó lo que había pasado en la sala de descanso. Había estado jugando con los niños hasta que uno de ellos le había dicho que quería

ver su vulva. El niño había ofrecido pagarle 50 céntimos por ello. Berit le había enseñado la vulva y luego les había preguntado al resto de niños si también querían verla. Muchos habían dicho que sí y Berit había ganado mucho dinero, que los niños acabaron debiéndole. También dejaba que le metieran cosas dentro de la vulva si pagaban 25 céntimos extra.

Los adultos se habían asustado, eso quedó patente. Y susurraban muchísimo desde ese día de la sala de descanso, sobre todo los padres y las madres, cuando entraban en el vestíbulo para recoger a sus pequeños, y al cabo de poco se implementaron muchas reglas nuevas que le quitaban la diversión a casi todo. Rosa casi lo había olvidado. Pero una noche en la que mamá y papá se habían pasado todo el día comprando y montando dos camas nuevas, además de pintar la habitación de invitados, había explicado la historia y ni siquiera había tenido que esforzarse demasiado.

Ve pasar las dos flacas siluetas delante de la puerta de la cocina. Caminan lentamente y cabizbajos. Oye sus pasos bajando las escaleras de la puerta principal, donde papá ya ha colocado sus maletas. Desde el pasillo escucha que mamá le pregunta a la señora dónde mandarán a los niños.

—Todavía no hemos encontrado una nueva casa, pero esperemos que sea en breve.

Los adultos se despiden y Rosa se mete en su habitación. No tiene ganas de ver a los mellizos, porque le duele la barriga. Es como si tuviera un nudo dentro. Pero ahora de repente no puede cambiar la historia, porque lo que ha dicho es mentira y lo de mentir está muy mal. Hay que mantenerlo en secreto dentro de uno y nunca jamás decírselo a nadie. Cuando ve el regalo que le han dejado encima de su cama está a punto de explotar. Las cinco figuras de castañas forman un círculo, como si estuvieran cogiéndose de las manos. Están atados con alambre y dos de las figuras son un poco más grandes que el resto, como si fueran la madre y el padre con sus tres hijos.

—Bueno, Rosa, ya se han marchado...

Rosa pasa al lado de sus padres y corre con todas sus fuerzas. Oye como la llaman extrañados cuando ella cruza el umbral de la puerta principal. El coche blanco acaba de bajar el bordillo y está acelerando en dirección a la curva. Rosa corre todo lo que puede, pero no lleva zapatillas, solo calcetines, y el coche desaparece. Lo último que ve son los oscuros ojos del niño, que la miran fijamente desde la ventanilla posterior.

Gira para dejar atrás la carretera, se mete en el bosque y acelera el coche cuando está oscureciendo. Ha empezado a nevar otra vez y la nieve ha cubierto la sutil huella de neumático que intuye ante ella, bajo el haz de luz de los faros.

Se había pasado de largo y ha tenido que detenerse ante una casa para que le indicaran el camino correcto. Es la primera vez que está en Møn, y aunque hubiera estado aquí antes, tampoco habría sabido encontrar el camino. Siguiendo las indicaciones de la mujer de la casa, había vuelto atrás por donde había venido y se dio cuenta de que no había visto el enorme castaño y el caminito, que gira hacia el bosque. El camino serpentea entre escuálidos árboles y altos abetos y gracias a la huella de neumáticos, no se sale del camino ni tampoco tiene que disminuir la velocidad. La nieve cae con intensidad y la huella se debilita hasta desaparecer por completo. Rosa está a punto de entrar en pánico. Aquí no hay ninguna granja. No hay nadie, tan solo el bosque y el camino, y si se ha vuelto a equivocar puede que ya sea demasiado tarde.

Justo cuando Rosa nota que el pánico le invade el cuerpo, ante ella se abre un claro en el bosque y de repente el camino acaba en una enorme explanada cubierta de nieve y rodeada de árboles enormes. No es exactamente como se lo había imaginado. La descripción que había extraído del informe que ha leído en la pantalla del ordenador del ministerio unas horas antes le ha hecho pensar que era un lugar destartalado. Una finca medio abandonada y fea, pero no es así en absoluto. Es una granja idílica. Rosa detiene el coche, apaga el motor y olvida cerrar la puerta al apearse apresuradamente. Mira a su alrededor con el vapor de su aliento rodeando su cara por completo.

La granja consta de dos edificios de dos plantas cada uno con los techos de paja. A primera vista parece una finca señorial sacada de una historia costumbrista de Morten Korch. Pero las impolutas fachadas blancas están iluminadas por modernas lámparas de exterior cuya luz llega potente al patio

central donde se encuentra ella en este momento. En el lugar donde termina la fachada y empieza la cubierta advierte que hay instaladas pequeñas cúpulas de cristal y Rosa sabe que son cámaras de vigilancia. A través de las ventanas con travesaños puede ver una luz cálida y cuando ve la inscripción GRANJA DE CASTAÑAS grabada con elegantes letras negras sobre la puerta principal está segura de que este es el lugar que buscaba. Rosa no puede esperar ni un segundo más. Grita con todas sus fuerzas y cuando llena los pulmones inspirando con fuerza, oye como el eco del nombre de su hija sube del patio central hasta diluirse entre las copas de los árboles cercanos.

—¡Kristine...!

Un grupo de cuervos alzan al vuelo desde el patio. Levantan los copos de nieve y desaparecen tras los techos de paja. Es entonces cuando descubre una figura en la puerta del granero.

Es un hombre y mide aproximadamente 1,85. Lleva una chaqueta impermeable y en una mano sostiene un cubo metálico azul lleno de troncos y en la otra un hacha. La cara es dulce y jovial y al principio no lo reconoce.

—Has encontrado la granja... ¡Te doy la bienvenida!

Lo dice como constatando el hecho y con amabilidad. Al cabo de unos segundos se dispone a cruzar el patio central en dirección a la puerta principal, con la nieve crujiendo bajo las suelas de sus botas.

—¿Dónde está?

—Empezaré disculpándome porque la granja no tiene el mismo aspecto que tenía entonces. Cuando la compré, mi plan era reconstruirla para que fuera idéntica a como había sido antes y para que pudieras verla, pero luego me pareció demasiado deprimente.

—¿Dónde está?

—No está aquí. Puedes mirar por donde quieras, si no me crees.

El corazón de Rosa se detiene por un instante. Todo es demasiado surrealista y trata de recuperar la respiración. El hombre se ha detenido en la puerta principal que empuja y deja abierta con un gesto de amabilidad, mientras se quita la nieve de las botas restregándolas sobre la estera de la entrada.

—Venga, Rosa. Vamos a por ello.

*L*a casa está a oscuras y hace mucho frío. Llama a su hija por los pasillos y las habitaciones. Corre hasta la primera planta y entra en todas las estancias, pero Kristine no está. No hay nada en la casa. Ni muebles, ni objetos, tan solo un omnipresente olor a barniz y madera nueva. Es una casa recién reformada, completamente vacía, y es como si nunca hubiera vivido nadie en ella. Cuando baja las escaleras oye la voz del hombre. Tararea una vieja canción infantil y cuando la reconoce se queda helada. Rosa cruza el umbral de la puerta del salón y ve al hombre en cuclillas, dándole la espalda. Utiliza un hurgón para remover los troncos en llamas en la estufa de leña. El cubo metálico azul está a su lado y el hacha también, así que Rosa la coge con un movimiento rápido, pero él ni se inmuta. Sigue en cuclillas, ha girado la cara y la observa detenidamente. Las manos de Rosa empiezan a temblar cuando agarra el mango del hacha con fuerza, para ponerla en movimiento.

—Dime qué le has hecho...

El hombre cierra la puerta de la estufa de leña y gira la manija cuidadosamente.

—Ahora está en un lugar mejor. ¿No es eso lo que se suele decir?

—¡¿Qué le has hecho?!

—O por lo menos eso es lo que me decían a mí cada vez que preguntaba por mi hermana. Es bastante paradójico. Primero meten a una pareja de mellizos en un sótano y dejan que el papaíto haga lo que le dé la gana mientras la mamaíta da rienda suelta a su imaginación y encima se pone a grabarlo todo. Luego separan a los mellizos durante años y no les dejan ni verse porque algunos supuestos especialistas estiman que así es mejor para ellos... —Rosa no sabe qué decir, pero cuando el hombre se pone de pie, ella levanta el hacha con fuerza—. Pero lo de «un lugar mejor» no parece un gran consuelo, ¿no? Para mí lo peor es la incertidumbre. Estarás de acuerdo conmigo, ¿verdad?

El hombre está loco. Todos los pensamientos e ideas que se ha hecho Rosa

cuando venía ahora no le sirven de nada. Ningún plan o estrategia lógica puede utilizarse para combatir a este hombre, que la observa calmadamente. Rosa da un paso hacia él.

—No sé qué es lo que quieres y además me da igual. Tienes que decirme qué has hecho y dónde está Kristine. ¿Me entiendes?

—¿Y si no te lo digo qué harás? ¿Vas a golpearme con eso?

Señala el hacha con indiferencia y es como si la herramienta se desmenuzara entre las manos de Rosa. Nota el llanto presionando por salir. Tiene razón. No será capaz de usar el hacha, porque si lo hiciera, viviría el resto de su vida sin saber. Aunque se esfuerza para retener las lágrimas, estas brotan sin cesar y un amago de sonrisa se dibuja en los labios del hombre.

—Saltémonos esa parte. Los dos sabemos lo que realmente te interesa saber y el tema es que yo quiero contártelo. La pregunta es: ¿cuánto deseas saberlo verdaderamente?

—Haré cualquier cosa... Tan solo dímelo. ¿Por qué no me lo dices...?

Su movimiento es rápido y Rosa ni llega a reaccionar. El hombre se ha colocado muy cerca de ella y presiona algo húmedo y blando contra su cara. El fuerte olor asciende por sus fosas nasales. Rosa intenta deshacerse de su presa, pero el hombre es demasiado fuerte y su voz le susurra al oído.

—Ya está... Respira. En breve habremos acabado.

*L*a luz es muy intensa y le ciega los ojos. Parpadea y lucha para abrirlos y lo primero que puede ver es el techo y las paredes blancas. A su izquierda, hay una mesa de acero bajita que brilla con la luz y unos monitores que parpadean. Le hacen pensar que está en un hospital. Que está tumbada en una cama de hospital y que todo ha sido un sueño. Pero cuando intenta incorporarse, se da cuenta de que no puede. No está tumbada sobre una cama. Es una mesa de operaciones, también de metal, y sus piernas y brazos desnudos están extendidos hacia los lados, atados con correas de cuero fijadas a la mesa. La visión le hace gritar, pero la correa de cuero que le sujeta la cabeza, está sobre su boca y sus gritos resultan apagados e ininteligibles.

—Hola de nuevo. ¿Cómo te encuentras? —Rosa se siente mareada y no puede verlo—. La anestesia deja de hacer efecto al cabo de diez o doce minutos. No mucha gente lo sabe, pero las castañas de Indias contienen esculina, un tóxico que es igual de eficaz que el cloroformo, si se utiliza la dosis correcta.

Rosa mueve los ojos desesperadamente para verlo, pero solo oye su voz.

—En cualquier caso, hay mucho que hacer, así que intenta mantenerte despierta a partir de ahora, ¿de acuerdo?

De repente pasa delante de su campo de visión vestido con un mono de plástico de color blanco. En una mano lleva un maletín alargado que deja sobre la mesa metálica y mientras se inclina para abrir el cierre, le oye decir que la historia de Kristine empezó el día en que, después de muchos años buscándola, de repente reconoció a Rosa en las noticias de la televisión.

—La verdad es que había empezado a pensar que jamás te encontraría. Pero desde las últimas filas del Parlamento te ascendieron a ministra de Asuntos Sociales. Imagínate que ironía que justamente te encontrara porque te estaban dando ese puesto en concreto...

Rosa se da cuenta de que el mono blanco que lleva puesto es igual a los de

la policía científica, así como la mascarilla blanca que le cubre la boca y el gorro azul del cabello. También lleva guantes azules y Rosa observa cómo abre la tapa del maletín. Cuando estira la cabeza hacia la izquierda, lo máximo que puede, justo llega a ver dos hendiduras en la espuma protectora. El cuerpo del hombre le bloquea la visión del primer compartimento, pero en el posterior puede ver un palo metálico que brilla. De uno de los lados del palo pende una bola de metal del tamaño de un puño y está equipado con pequeñas púas. En el otro extremo hay una empuñadura, y más allá, el palo acaba en un punzón de unos cinco o seis centímetros. Esa visión hace que Rosa se sacuda e intente deshacerse de las correas, mientras el hombre tranquilamente le explica que hace mucho tiempo que ha entendido cómo y por qué su hermana y él acabaron en la Granja de Castañas, y que lo supo cuando leyó el informe completo en un viejo expediente del ayuntamiento de Odsherred.

—Claro que no eras más que una niña inocente que sentía que la estaban desplazando. Pero tu pequeña mentira tuvo consecuencias terroríficas y cada vez que aparecías en los medios como flamante ministra de Asuntos Sociales para hablar de las pobres criaturas que sufrían maltrato, podía ver en tu cara de satisfacción que habías olvidado todo el episodio que iniciaste.

Rosa grita. Quiere decirle que no es verdad, pero los sonidos que emite son como los de un animal salvaje, y por el rabillo del ojo puede ver que el hombre deja el palo de metal en el maletín, pero coge el objeto que hay en el otro compartimento.

—Pero por otro lado me parecía demasiado fácil si solamente ibas a morir. Lo que quería era enseñarte el sufrimiento que tú misma has provocado. Solo que no sabía cómo. No hasta que descubrí que tenías una hija. De hecho, tu hija tenía más o menos la misma edad que tenía mi hermana entonces. Y así fue como tuve la gran idea. Empecé a espiaros. Estudié a fondo vuestras costumbres, rutinas y horarios, obviamente sobre todo los de Kristine y, como resulta que tu niña no era especialmente inteligente ni tampoco original, simplemente una mimadita viviendo su vida de privilegiada, me fue facilísimo trazar el plan. Tan solo tenía que esperar a que fuera otoño. Supongo que fuiste tú la que le enseñaste a hacer hombres de castañas, ¿verdad?

Rosa intenta orientarse. No hay ventanas, escaleras ni puertas en su campo de visión y aun así sigue gritando sin parar. Aunque la correa de cuero que

tapa su boca reduce el sonido, algo se oye y llena el espacio y le da la fuerza salvaje que necesita para volver a sacudirse e intentar liberarse. Cuando ya no puede más, de repente oye la voz muy cerca de su oído, y descubre que el hombre toquetea algo a su lado.

—Me encantó especialmente descubrir esa parte. No sabía exactamente qué utilidad podría tener en ese momento, pero se me antojaba muy poético verla con su amiga vendiendo esas figuras de castañas en la calle. De hecho, cuando descubrí que hacía esos muñecos me contuve y esperé algunos días más, antes de seguirla por última vez, cuando salía del pabellón de deportes, como había hecho tantas veces antes. A unas pocas calles de vuestra casa le pedí que parara para señalar el camino a Rådhuspladsen, y pude meterla en el compartimento posterior de la furgoneta. La anestesié y dejé su bicicleta y bolsa de deporte en el bosque, para que la policía tuviera algo con lo que entretenerse, y luego nos pusimos en marcha. Para tu información quiero que sepas que la habíais educado muy bien. Era amable y confiada, y créeme, los jóvenes solo tienen esas cualidades cuando les han tocado unos buenos padres...

Rosa gime. Su pecho se eleva y encoge al ritmo de su llanto, que empuja desde su cuello e intenta salir. Le invade la sensación de que se merece estar aquí. Todo esto es culpa suya y se merece el castigo. No le importa cómo ha ocurrido, solo le ocupa el hecho evidente de que no ha sido capaz de proteger a su pequeña.

—Así pues, curiosamente hay cuatro capítulos en esta historia, y el de Kristine fue el primero. Vamos a descansar un momento y luego te sigo explicando el resto, ¿te parece bien?

El sonido sibilante que se oye ahora hace que Rosa intente girarse en dirección al hombre. El instrumento es de metal, más o menos del tamaño de una plancha de vapor, y tiene una empuñadura doble para agarrarlo. Hay también una pantalla protectora de metacrilato y un carril guía con soldaduras gruesas y ásperas. Rosa tarda un poco en entender que el sonido viene de la hoja de sierra que gira en la parte delantera del instrumento. De repente entiende por qué tiene los brazos y piernas atadas de manera que sus pies y manos sobresalen de la mesa de operaciones. Cuando coloca la sierra sobre un hueso de su muñeca, empieza a chillar bajo la correa de cuero.

—¿Estás bien? ¿Puedes oírme?

La voz le llega y la potente luz blanca destella de nuevo ante sus ojos. Intenta orientarse y recordar qué pasó antes de perder la conciencia. Durante unos instantes se siente aliviada por saber que no ha pasado nada más, pero entonces nota la parálisis en el lado izquierdo. Mira en esa dirección y entra en pánico. Una enorme pinza de quirófano de plástico negro impide que la sangre se derrame de la herida abierta donde antes estaba su mano izquierda y en el suelo, dentro del cubo azul, puede entrever la punta de unos dedos.

—El segundo capítulo empieza aquí en el sótano. Cuando vosotros poco a poco empezabais a daros cuenta de lo que había ocurrido, Kristine y yo ya estábamos aquí.

Rosa escucha la voz, que ahora se desplaza hacia el lado derecho con el instrumento y el cubo azul. El mono blanco de plástico está manchado de sangre, la sangre de Rosa, y las manchas le llegan hasta el hombro y también ha salpicado la mascarilla que lleva ante la boca. Rosa intenta librarse agitándose de un lado al otro.

—Sabía que su desaparición pondría a todo el país en alerta máxima, así que me preparé a conciencia. Antes, el sótano tenía un aspecto diferente y lo he diseñado de manera que si a alguien se le ocurre entrar en la casa, nunca lo descubrirán. Obviamente Kristine se sorprendió al despertar aquí abajo. Quizá es mejor utilizar la palabra «asustó» en este contexto. Intenté explicarle que tenía que hacerle un pequeño corte en sus preciosas y delicadas manos, porque necesitaba su ADN para hacer que la policía se interesara por otro criminal, y eso se lo tomó bastante bien. Pero pasaba mucho tiempo sola, porque yo tenía que ocuparme de mis asuntos en Copenhague. Seguramente te estarás preguntando cómo se encontraba tu hija. Si estaba triste o sentía miedo, y tengo que serte sincero y decirte que sí, sentía miedo y estaba triste. Me suplicaba que la dejara volver a casa con vosotros. Era muy conmovedor, pero nada dura para siempre y para cuando la tormenta amainó, aproximadamente un mes más tarde, era el momento de partir.

Las palabras son más dolorosas que el corte en el brazo. Rosa gime de nuevo y es como si su caja torácica estuviera abierta de par en par.

—Pues eso ha sido el segundo capítulo. Haremos otra pausa. Intenta no estar inconsciente tanto tiempo esta vez. La verdad es que no tengo todo el día.

Coloca el cubo de metal azul justo debajo de su mano derecha y Rosa le

suplica que no lo haga, pero solo salen sonidos ininteligibles de su boca. El instrumento empieza a sonar y la sierra gira. Rosa vuelve a gritar de dolor al notar la sierra hundirse en su muñeca. Su cuerpo se eleva hacia el techo, como un arco, cuando nota cómo la sierra se desliza por el hueso y coge agarre en una cavidad para finalmente empezar a profundizar. El dolor es inaguantable. Y no cesa, incluso cuando el instrumento de repente se para. El sonido insistente de una alarma sofoca los gritos apagados de Rosa y el hombre se percata del sonido enseguida y pospone su trabajo. Gira en dirección a los monitores de la pared de enfrente, todavía con el instrumento en la mano, y Rosa intenta ver qué muestran las imágenes. En uno de los monitores se visualiza una silueta en movimiento. Rosa se da cuenta de que las imágenes que está viendo proceden de las cámaras de vigilancia del exterior de la casa. Algo grande aparece a lo lejos, en uno de los monitores. Puede que sea un coche, y es lo último que piensa antes del fundido a negro.

*E*l sobreesfuerzo hace que la herida en la cabeza de Thulin chorree sangre y se derrame por toda la cara. Tiene que concentrarse en la respiración para no desmayarse. Le ha rodeado violentamente la cabeza con cinta adhesiva y solo puede respirar por una de las fosas nasales. Tiene las manos atadas, o sea que no puede liberarse. Está metida en el maletero del coche y cuando recupera la circulación de la sangre, vuelve a poner sus rodillas contra la zona donde calcula que está la cerradura, tensa todos los músculos y presiona la nuca y la parte superior de su espalda contra la parte trasera de los asientos del coche. Sigue ejerciendo presión contra la cerradura reiteradas veces y le salen chorros de mocos y sangre por la fosa nasal. Pero la cerradura no cede. Y ahora nota cómo un resalte le está provocando una herida bajo la rótula de su rodilla. Se siente extenuada por la falta de oxígeno y cae rendida, mientras trata de respirar febrilmente.

Thulin no sabe cuánto tiempo lleva metida en el maletero. Los últimos minutos le han parecido una eternidad porque en la distancia podía oír el sonido metálico de una máquina mezclándose con los sofocados gritos de dolor de una mujer. Aunque los gritos sonaban apagados, como si le hubieran tapado la boca, Thulin nunca antes había oído un sonido tan desgarrador. Si hubiera podido, se habría tapado las orejas. Además, Thulin sabe exactamente a qué se deben esos gritos, pero sus manos y pies están atados y ya ni siquiera siente las manos.

Cuando hace un momento ha recuperado la conciencia, al principio no sabía dónde estaba, porque la oscuridad era total. Palpando los laterales y la fría superficie metálica que tiene sobre la cabeza, ha entendido que se encontraba metida en el maletero de un coche. Seguramente el mismo vehículo en el que ella y Genz habían llegado hasta allí. Toda su atención había estado concentrada en observar los dos edificios que componían la granja, cuando el bosque se había abierto ante sus ojos y habían seguido el camino hasta la explanada frontal. Había salido del coche para andar sobre la

nieve inmaculada y se había fijado en los enormes castaños que rodeaban la granja. Al ver la inscripción sobre la puerta principal, había sacado la pistola. El edificio central estaba a oscuras y cuando se había acercado se habían activado varias lámparas de exterior y había descubierto las cúpulas con cámaras de vigilancia. La puerta estaba cerrada y no se veía a nadie dentro de la casa, pero no tenía ninguna duda de que era el lugar correcto.

Thulin había empezado a rodear la granja buscando otra manera de acceder al interior, y justo cuando había decidido romper la ventana para entrar en lo que parecía el salón, Genz, que estaba a sus espaldas, le había dicho que había encontrado las llaves bajo la estera de la puerta principal. Y eso ni siquiera le había extrañado. Al contrario. Incluso había llegado a pensar que ella misma tenía que haber mirado allí, y al cabo de unos instantes entraron juntos. Ella iba delante y había olido el barniz y la madera recién cortada nada más pisar el recibidor. Olía como si fuera una casa nueva en la que nunca hubiera vivido nadie. Cuando llegaron hasta la estufa de leña, emplazada en una esquina del salón que desde el exterior no se podía ver, quedaba claro que la granja sí que estaba habitada. Sobre una mesa blanca había dos portátiles, algunos artículos electrónicos, varios teléfonos móviles, un cuenco con castañas, algunos planos de distribución, frascos de vidrio, equipamiento de laboratorio y en el suelo un par de bidones de metal. En la pared de enfrente se veían fotografías de Laura Kjær, Anne Sejer-Lassen y Jessie Kvium. La fotografía de Rosa Hartung estaba colgada en lo alto; incluso había fotos de ella misma y de Hess hechas desde algún lugar oculto, porque alguien les había estado vigilando.

Un sudor frío le había bajado por la espalda a Thulin. Había quitado el seguro de su arma y se había puesto en marcha para inspeccionar el resto de la casa. Como no tenía su teléfono móvil, le había pedido a Genz que avisara enseguida a Nylander de su descubrimiento.

—Lo siento, Thulin, pero no puedo hacer eso.

—¿Qué quieres decir?

—Espero una invitada y eso interrumpiría mi trabajo.

La frase había sido tan extraña que Thulin se había girado para mirarlo, sin comprender. Genz estaba colocado justo en el umbral de la puerta del salón. La luz del patio exterior seguía brillando a sus espaldas y no podía verle la cara, solo su silueta, y por un instante se había acordado de la figura que se escondía detrás de la lona del andamio que cubría el edificio de delante de su

casa.

—¿De qué coño estás hablando, joder? ¡Llámallo ahora mismo!

De repente se había percatado de que Genz tenía un hacha en la mano. Colgaba como si fuera una extensión de su propio brazo.

—Me arriesgué utilizando las castañas de la granja, pero tenían que ser estas. Dentro de poco seguramente tendrás ocasión de entender por qué era tan importante que fueran exactamente estas.

Lo había mirado fijamente durante unos segundos. Y de repente había entendido lo que le estaba diciendo y también la malísima idea que había tenido al pedirle ayuda precisamente a él. Había levantado la pistola, pero en ese mismo instante Genz la había golpeado con el contrafilo del hacha. Había llegado a mover la cabeza pero no lo suficiente, y más tarde había despertado metida en este maletero. El sonido de unas voces la había despertado. Eran Genz y una mujer que hablaba febrilmente y sonaba como Rosa Hartung. Las voces venían del patio central pero luego volvieron a desaparecer. Al cabo de poco había oído los gritos apagados de la mujer.

Thulin contiene la respiración y escucha. La máquina se ha detenido. Y tampoco se oyen más gritos, aunque no sabe si el silencio significa que ahora le tocará a ella pasar por la tortura de las amputaciones. Piensa en su hija Le y el abuelo que la esperan en casa y le pasa por la cabeza que es posible que nunca más vuelva a ver a su pequeña.

Pero de repente el silencio se rompe porque el sonido de un motor se acerca. Al principio no puede creer lo que está oyendo, pero entonces suena como si un coche estuviera entrando en la explanada. Y cuando al fin se detiene, está completamente segura.

—¡Thulin!

Reconoce su voz, pero el primer pensamiento de Thulin es que no puede ser él. Es imposible que esté aquí. Ahora mismo debería estar yéndose a algún lugar muy lejos de aquí. Pero la posibilidad de que sea él le da cierta esperanza. Thulin grita todo lo que puede, para contestarle. El sonido que consigue emitir es mínimo. No puede oírlo, y menos aún desde tan lejos, así que en vez de seguir gritando, decide dar patadas al metal, en la oscuridad. Golpea a un lado y percibe el hueco de una cavidad, así que decide seguir empujando con todas sus fuerzas sobre el mismo sitio, una y otra vez.

—¡Thulin!

Sigue llamándola. Y cuando sus gritos desaparecen, Thulin entiende que

debe de haber entrado en la casa principal, donde se topará de bruces con Genz, que ha de saber que ha llegado, porque si no no habría parado la máquina. Con esa certeza sigue embistiendo el metal, en la oscuridad.

*L*a puerta principal está abierta y Hess no tarda mucho en comprobar que no hay nadie en la planta baja ni en la superior. Sigue empuñando su arma cuando baja corriendo las escaleras desde el primer piso. Cruza la casa oscura, pero no hay señales de que haya nadie, tan solo sus propias huellas mojadas que va dejando sobre el entarimado de madera. Cuando llega al rincón de trabajo del salón con la estufa de leña observa las fotos colgadas en la pared. Hay fotos de las tres víctimas, de Rosa Hartung, algunas de Thulin e incluso de él mismo. Se detiene y escucha. Nada. Ni un solo sonido, solo el de su propia respiración. Pero nota que la estufa de leña sigue caliente y siente a Genz por todas partes en la casa.

La granja le había sorprendido. No era la ruina destartada que se describía en el viejo atestado policial y ese hecho le había hecho dudar. Pero en el patio delantero había visto el coche de Rosa Hartung aparcado, y estaba casi completamente cubierto de nieve, así que debía de haber llegado hacía por lo menos una hora. Pero no ha visto el coche con el que deben de haber venido Thulin y Genz, así que o está escondido en alguna parte o no está aquí. Hess espera fervientemente que se trate de la primera opción. Al llegar se había fijado en las cámaras de vigilancia ubicadas en diferentes puntos de la fachada, así que si Genz estaba aquí ya sabría que Hess había llegado. Por eso no había dudado en llamar primero a Thulin y luego a Rosa Hartung. Si estaban aquí cerca, y si seguían vivas, cabía la posibilidad de que lo oyeran. Pero no había recibido ninguna respuesta, tan solo el siniestro silencio que sigue escuchando mientras trata de recuperar la respiración.

Aunque antes ya ha inspeccionado la cocina, regresa rápidamente allí e intenta visualizar la vieja fotografía de la escena del crimen de la base de datos policial. Los dos adolescentes habían sido asesinados cada uno a un lado de la mesa, ella sentada y él en el suelo, apoyado en el horno. Pero eso no es lo que le interesa. Lo que busca es la puerta que recuerda haber visto al fondo. Se había fijado en esa puerta en su momento, porque pensó que debía

de ser la que daba al sótano, donde habían encontrado a Marius Larsen y a los mellizos, pero ahora que está aquí, en la cocina recién renovada que más bien parece formar parte del conjunto de exposición de la gama superior de IKEA, no la reconoce. Han desplazado algunas paredes y los ángulos son diferentes. En el centro hay ahora una enorme isla de cocina con una encimera de seis fuegos, sin estrenar. Del techo cuelga una campana extractora cromada y han dejado un hueco grande para instalar una nevera americana entre dos enormes armarios de color blanco. El fregadero es de porcelana, hay una máquina lavaplatos y un enorme horno, cuyo cristal todavía está forrado con la capa protectora de plástico. No hay ninguna puerta que dé acceso al sótano, tan solo un amplio pasillo por el que se accede al lavadero.

Hess vuelve febrilmente a la entrada, mira hacia la planta superior y también debajo de la escalera, con la esperanza de que de repente se le aparezca la puerta de un sótano o una trampilla en el suelo. Pero no encuentra ni una cosa ni otra. Durante un momento piensa que quizá ya no haya un sótano en la casa. Que Genz, o como sea que se llame, lo ha llenado de hormigón, para nunca volver a recordar lo que ocurría cuando él y su hermana gemela vivían aquí.

Se oye un sonido de golpes a lo lejos y Hess se queda helado, pero no sabe descifrarlo. Tampoco entiende de dónde viene y no percibe nada que se mueva, tan solo los copos de nieve que se posan pausadamente en el exterior, bajo la luz de las lámparas. Vuelve a la cocina rápidamente, esta vez con la idea de ir hasta el lavadero y salir por la puerta trasera para observar el lateral de la casa a ver si hay ventanas, conductos u otros elementos que puedan indicarle dónde se encontraba antes el sótano. Pero cuando pasa al lado de la isla de cocina se detiene en seco. Se le ha ocurrido una idea banal. Se acerca a los dos grandes armarios dobles de color blanco, que están donde antes estaba el acceso al sótano, según la vieja fotografía. Abre las dos puertas del primer armario pero no hay más que estanterías vacías. Luego abre la puerta del armario contiguo y ve una manija blanca. Este armario no tiene estanterías ni tampoco pared posterior. Ve el contorno de una pesada puerta de hierro encastrada en la misma pared de la cocina. Da un paso adelante, entra en el armario, baja la manija blanca y la pesada puerta se abre hacia el interior y revela unas escaleras.

Una potente luz blanca ilumina los pies de la escalera de hormigón, a unos tres metros más abajo. En ese momento se da cuenta de lo mucho que odia

los sótanos. El sótano bajo Odinparken, el del garaje de Laura Kjær, el de Urbanplanen, el de la comisaría de Vordingborg y ahora también este. Quita el seguro de su arma y baja los escalones con cuidado, observando todo el rato el suelo del final. Al quinto escalón ve algo que le hace detenerse. Hay algo en el siguiente escalón. Es un plástico arrugado y pegajoso y cuando lo toquetea con la punta de su arma puede ver que son un par de protectores de calzado de color azul, como los que él mismo y sus compañeros se ponen cuando llegan a una escena del crimen. Pero este par está usado y manchado de sangre. Y cuando observa los escalones que siguen bajando ve que hay huellas de pisadas de sangre desde el principio de la escalera y que suben hacia arriba, pero tan solo hasta el escalón donde están tiradas las polainas de quirófano. Tarda unos segundos en entender el significado. Se gira de golpe y mira hacia la puerta blanca, pero la silueta ya está preparada, esperándolo en la apertura. El hacha avanza como un péndulo a toda velocidad y Hess solo llega a pensar en Marius Larsen, el policía asesinado, cuando el arma le roza la frente.

*E*n el sótano de la casa de su abuela había moho. El suelo de piedra era irregular y las paredes no estaban ni pintadas. La única iluminación era la débil luz de unas bombillas que colgaban del techo, enchufadas en viejas tomas de porcelana, y pendían de cables de tela deshilachados. Un mundo laberíntico de caos, desorden, habitaciones raras y pasillos estrechos. Un mundo completamente diferente al que había al otro lado de la puerta, que dividía las dos plantas de la casa.

En la planta superior todo era de un tono amarillento. Muebles pesados, tapices de pared con flores, techo estucado, cortinas, y la peste de los cigarros de la abuela. La ceniza se amontonaba como una impresionante pirámide en el bol Krenit que siempre colocaba al lado de un sillón de jardín forrado que había metido dentro del salón y en el que se pasaba todo el día sentada, hasta que la sacaron en brazos para llevarla a una residencia de ancianos. Hess odiaba estar en esa casa, pero todavía sentía más repulsión al meterse en el sótano. No había ventanas ni ventilación, ni otra salida que la raquítica escalera con la que se encaraba cada vez que tenía que subirle otra botella a la abuela. Salía disparado del sótano, con la oscuridad pisándole los talones, y le dejaba la bebida sobre la mesita que estaba al lado de su sillón de jardín.

Es con la misma náusea y sentimiento de pánico de su infancia con que despierta en el sótano, en la Granja de Castañas. Alguien le está pegando en la cara y nota la sangre cubriéndole un ojo.

—¿Quién más sabe que estás aquí? ¡Contéstame!

Hess está en el suelo, medio recostado contra una pared. El que le pega bofetadas es Genz. Lleva un mono blanco de plástico y solo le ve los ojos por la ranura que queda entre la mascarilla manchada de sangre que le cubre la boca y el gorro azul que lleva en la cabeza. Hess quiere protegerse, pero es imposible porque sus manos están atadas a su espalda con algo que cree que son bridas.

—Nadie...

—Dame tu dedo o te lo corto, directamente. ¡Dame tu dedo ahora mismo!

Genz lo empuja al suelo y se inclina sobre él. Con la mejilla contra el suelo, Hess aprovecha para buscar su pistola, pero la ve tirada a varios metros de él. Nota que Genz coloca su pulgar sobre el sensor de identidad por huella digital de un teléfono y cuando Genz se levanta para concentrarse en la pantalla del dispositivo, Hess se da cuenta de que es su propio teléfono móvil. Intenta prepararse para el impacto de la ira que sabe que llegará, pero la patada que recibe en la cabeza es tan violenta que está a punto de quedarse inconsciente otra vez.

—Llamaste a Nylander hace nueve minutos. Seguramente justo antes de bajar del coche.

—Ah, sí, lo había olvidado.

Hess nota otra patada en el mismo lado de la cara y esta vez tiene que escupir la sangre para no ahogarse con ella. Se promete a sí mismo que se acabó lo de hacerse el gracioso, pero la información le resulta de utilidad. Si hace nueve minutos que estacionó el vehículo en el patio central y reconoció el coche de Rosa Hartung mientras llamaba a Nylander, no tardarán mucho en llegar las patrullas de Brink y los GEOS de Vordingborg. Si no fuera por la nieve.

Hess vuelve a escupir, y esta vez se fija en un charco de sangre en el suelo, a sus pies, y piensa que es imposible que sea suya. Con la mirada sigue el rastro de la sangre hasta una herida abierta, en el extremo de un brazo. Rosa Hartung yace inerte sobre una mesa de acero como si la estancia fuera una gran sala de operaciones y una pinza de plástico le aprieta la muñeca para que no se desangre, justo en el lugar en que antes tenía su mano izquierda. Parece que también ha empezado a serrar la mano derecha pero solo ha llegado hasta la mitad, aunque en el suelo ha emplazado un cubo azul esperando para recoger la mano cuando la acabe de amputar. Hess puede ver un poco del contenido del cubo y sus ganas de vomitar van en aumento.

—¿Qué has hecho con Thulin?

Pero Genz ya no está a la vista. Hace un momento le ha tirado el teléfono de vuelta al regazo de Hess y se ha encaminado hasta el extremo más distante de la sala. Hess puede ver que Genz busca algo y mientras intenta ponerse en pie, pero es en vano.

—Genz, déjalo ya. Saben quién eres y te encontrarán. ¿Dónde está?

—No encontrarán absolutamente nada. ¿O es que ya no recuerdas quién es

Genz?

Hess reconoce el olor a gasolina y ahora también ve el bidón de metal que Genz tiene en la mano. Ha empezado a tirar el líquido por las paredes y cuando llega a la mesa de Rosa Hartung vierte el contenido sobre su cuerpo inerte, antes de seguir empapando otras zonas de la sala.

—Genz ha aprendido bastante en la científica. No encontrarán nada de él cuando lleguen. Genz es una invención y tenía un propósito. A la que se den cuenta de eso, yo ya no estaré.

—Genz, escúchame...

—No. Vamos a avanzar más rápidamente. Imagino que por casualidad te habrás topado con un viejo atestado y que sabes lo que pasó aquí hace mucho tiempo. Pero ahora no me vengas con el rollo de que me entiendes, que empatizas conmigo, que me reducirán la condena si me entrego yo mismo y toda esa mierda.

—Yo no empatizo contigo, Genz. Imagino que ya debiste de nacer psicópata. Lo único que me sabe mal es que consiguieras escapar de este sótano.

Genz lo mira. Sonríe con un aire de sorpresa y Hess no llega a prepararse cuando recibe la tercera patada en la cara.

—Tenía que haberte matado la noche del *kolonihave*, cuando estabas allí plantado mirando a la puta Kvium enredada en ese árbol. —Hess escupe más sangre y se pasa la lengua por los dientes. Nota el sabor a hierro y un par de dientes sueltos. El asesino había estado escondido en la oscuridad del *kolonihave*, donde encontraron el cadáver de Jessie Kvium y a Hess ni siquiera se le había ocurrido—. La verdad es que al principio pensaba que eras inocuo. Según los rumores no eres más que un cabrón egoísta que había caído en desgracia y que te habían dado la patada en Europol, pero de repente apareciste con ese cerdo para amputarlo y más tarde para hablar de Linus Bekker. En ese momento me di cuenta de que no solo tenía que vigilar a Thulin. Y por cierto os vi aquella noche en su casa jugando a ser papis, justo antes de ir a Urbanplanen. No te habrás enamorado de esa puta, ¿no?

—¿Dónde está?

—Desde luego que no eres el primero. He observado que recibe muchísimas visitas en su casa y lo siento, pero no eres su tipo. Pero ya le daré recuerdos de tu parte, cuando le corte el cuello.

Genz vacía el resto del bidón de gasolina encima de Hess. A Hess le

escuecen los ojos y las heridas del cuero cabelludo. Contiene la respiración hasta que deja de caer líquido. Se sacude las gotas de la cabeza y cuando abre los ojos, ve que Genz se ha quitado el mono y lo tira al suelo junto a la mascarilla y el gorro. Está de pie delante de una puerta blanca, que seguramente es la que da acceso a la escalera de hormigón y a la cocina. Sostiene un hombre de castañas en la mano. Mira a Hess a los ojos cuando enciende la cerilla de una de las piernas del muñeco con el raspador de una caja de fósforos. La cabeza prende y cuando la llama es suficientemente estable, tira la figura en un charco de líquido y cierra la puerta tras él.

*E*l respaldo de uno de los asientos traseros emite un fuerte crujido y se abre una grieta en el maletero del coche. Thulin al fin puede ver algo de luz. Se queda unos instantes tumbada, exhausta y sudada, con el cuerpo en el maletero y la cabeza saliendo por la grieta. Gira la cabeza y a la derecha puede ver la ventanilla lateral del asiento trasero. Ve una estrecha franja vertical por la que se cuela la luz de las lámparas de la fachada y ahora sabe que el coche se encuentra dentro del granero, tras los portones cerrados.

Había resultado imposible abrir la cerradura del maletero y en cambio había notado que el respaldo trasero empezaba a ceder a medida que empujaba con la espalda y ejercía presión con las rodillas contra el extremo opuesto. Ahora vuelve a presionar, esta vez para empujar su cuerpo hasta el asiento trasero. Si encuentra algo con lo que cortar la cinta adhesiva de sus manos y pies, todavía puede llegar a salvarles. El silencio de la casa es insoportable pero si consigue entrar, y si encuentra su arma, serán dos contra uno. Y Hess es listo. Si ha encontrado esta granja es porque ha descubierto que Genz es el asesino y por lo tanto también sabe que tiene que estar alerta. Justo llega a pensar eso cuando percibe el sonido de un incendio, que se aviva con estruendo. El sonido es como un viento fuerte que infla una vela repentinamente y la lleva casi al punto de rotura. Está ocurriendo cerca de ella, seguramente dentro de la casa y muy probablemente en el mismo lugar desde donde antes llegaban los chillidos, que hace mucho que ya no se oyen.

Thulin contiene la respiración y escucha con atención. Sí, es un fuego y ya puede oler el humo. Se retuerce para colocar todo su cuerpo sobre el asiento trasero e intenta pensar qué puede significar ese fuego. De repente le viene a la cabeza la imagen de los dos bidones de metal que ha visto antes, al lado del escritorio. Se fijó en ellos unos segundos al entrar en el salón, pero luego se centró en las fotos de la pared y en Genz. Pero si el fuego es parte del escenario que este ha planeado, tendrá consecuencias catastróficas para Hess. Consigue arrastrarse hasta el asiento y estira las piernas hacia ella para

quedarse tumbada de lado. Consigue sentarse utilizando los codos, y con sus manos atadas está a punto de tocar la manija de la puerta para tratar de abrirla. Sus pensamientos se le adelantan y visualiza cómo encuentra una herramienta y rompe la cinta adhesiva para poder correr hasta la casa, pero en ese momento mira por la ranura entre los dos portones que dan al patio central y lo ve a lo lejos.

Está saliendo por la puerta principal de la casa y lleva uno de los bidones de metal en la mano. Deja de verter el líquido en el momento en que pisa la escalera de piedra cubierta de nieve. Tira el bidón y enciende una cerilla, que lanza por la puerta abierta, hacía el interior. Después se gira en dirección al granero. Camina directamente hacia ella. A sus espaldas se inicia un fuego salvaje, como si hubiera un incendio forestal en la planta baja de la casa. Cuando llega a la ranura entre los dos portones, las llamas de las ventanas ya llegan hasta el techo y ahora solo se ve la silueta del hombre.

Thulin se esconde detrás del asiento del conductor en el mismo momento en que los portones son retirados a los lados. El salvaje y centelleante resplandor invade el granero y Thulin se encoge todo lo que puede. La puerta del conductor se abre y Thulin nota el peso del asiento contra su mejilla cuando Genz se sienta en él. Mete la llave en el contacto, enciende el motor, el coche se pone en marcha y sale al patio central que está cubierto de nieve. Thulin oye como estallan las primeras ventanas, por el calor.

*H*acía mucho que Hess pensaba en la muerte con indiferencia. No porque odiara la vida, sino por el gran dolor que sentía por el mero hecho de estar vivo. Nunca había buscado ayuda profesional, tampoco se había puesto en contacto con los pocos amigos que tenía ni había hecho caso a los escasos consejos que algunos se habían molestado en darle. Lo que había hecho siempre era huir. Había corrido lo más rápido que había podido, con la oscuridad pisándole los talones. Y algunas veces lo conseguía, cuando se instalaba en los minúsculos oasis que le ofrecían ciertas ciudades europeas y su cabeza podía concentrarse en las nuevas impresiones y retos. Pero la oscuridad siempre acababa alcanzándolo y se fusionaba con los recuerdos y las caras muertas que se acumulaban en su cabeza. Hess siempre se recuerda a sí mismo que no tiene a nadie. Que sabe que no es importante para nadie. Y que la deuda que ha contraído no es con los vivos, así que la muerte puede llegarle tranquilamente, que él no hará nada para impedirlo. Así es como se había sentido antes, pero los pensamientos y la sensación que tiene ahora, en este sótano en llamas, ya no son estos.

Al salir Genz y cerrar la puerta tras él, el fuego se ha propagado y Hess se ha arrastrado rápidamente hasta el instrumento sangriento que está tirado en el suelo, justo detrás del cuerpo de Rosa Hartung. Era fácil adivinar para qué lo habría utilizado y con los dientes del disco de diamante ha tardado dos segundos en cortar las bridas con las que Genz le ha atado las muñecas, a su espalda. También ha cortado las bridas que le ataban los pies y cuando el fuego cubría casi media sala y se desplazaba en dirección al lecho de Rosa Hartung, ha encontrado su móvil y la pistola y se ha puesto de pie. Nubes de humo avanzan por el techo y viendo que el fuego se les acerca con rapidez, ha conseguido liberar las correas de cuero una a una. Justo en el momento en que las llamas saltan del suelo hasta la mesa de metal, ha conseguido soltar el cuerpo inerte de Rosa Hartung y llevarla hasta una esquina, la que Genz no había rociado con gasolina.

Pero eso tan solo le dará un breve respiro. Las llamas ya se han propagado a las planchas de conglomerado que cubren las paredes y en nada llegará al techo. Ambos, él y Hartung, están empapados de gasolina. En cuestión de segundos, las llamas se expandirán hasta la esquina en la que se encuentran o la temperatura en la sala será tan elevada que sus cuerpos se autoincendiarán. La única salida es la puerta por la que antes ha salido Genz, pero le ha sido imposible abrirla y la manija estaba tan caliente que la chaqueta que Hess se ha quitado ardió cuando intentó usarla como si fuera una manopla de cocina. La nube negra de humo que se acumula bajo el techo es cada vez más densa, pero entonces descubre las pequeñas volutas de humo que son aspiradas hacia una junta entre las planchas de conglomerado de la pared que tiene justo encima de la cabeza. Tira de la radial, apoya el disco de diamante en la junta y rompe las planchas, utilizándolo como si fuera una palanca. Consigue romper la esquina de una plancha de conglomerado, mete los dedos por debajo y la dobla hacia un lado, hasta que la rompe.

Hess descubre una ventana con dos barrotes y en ese momento justo ve pasar la luz de los faros traseros de un coche. Cuando el vehículo desaparece en la oscuridad piensa que es el momento en que va a morir. Se gira hacia las llamas y mira a Rosa Hartung, que está tumbada a sus pies y es el muñón de su brazo el que le da la idea. Vuelve hacia la ventana con el instrumento en la mano y su primer pensamiento es que los barrotes afortunadamente no son más gruesos que los huesos que ha partido el instrumento. El disco atraviesa el primer barrote como si fuera de mantequilla, y tras tres cortes más, los barrotes han caído y Hess quita el cerrojo de la ventana y la abre por completo.

Con la piel de la espalda quemándole consigue levantar a Hartung hasta el marco de la ventana y elevarse para pasar por encima de ella. Sale rodando por la abertura arrastrando el cuerpo de la mujer mientras las llamas le queman la nuca y el jersey, hasta que cae de espaldas sobre la nieve que cubre el suelo del exterior.

Se pone de pie tosiendo y arrastra a Rosa Hartung por el patio central. Siente como si todo su cuerpo estuviera ardiendo y tiene ganas de revolcarse en la nieve para bajar la temperatura y dejar que sus pulmones se recuperen. Pero cuando ha avanzado unos veinte metros para alejarse suficientemente de la casa en llamas, coloca el cuerpo de Hartung apoyado sobre un muro de piedra. Y se pone a correr.

*T*hulin sabe que tiene que reaccionar. Está encogida en la oscuridad, escondida tras el asiento del conductor, y nota la velocidad del coche y cada minúsculo movimiento del conductor. Intenta recordar el camino a través del bosque para tratar de imaginar en qué tramo Genz estará menos atento. Tiene la ventaja de que la nieve y la oscuridad obligan a Genz a estar muy pendiente de la conducción. Han caído por lo menos diez centímetros de nieve y la noche es oscura. Mentalmente trata de imaginar qué opciones tiene de vencerlo y sabe que con las manos y los pies atados tiene pocas posibilidades. Pero tiene la sensación de estar perdiendo un tiempo valiosísimo a cada segundo que pasa y que ella no aprovecha para reaccionar. Tiene que volver a la granja lo antes posible. Aunque no se había atrevido a levantar la cabeza para mirar por la ventanilla cuando el coche abandonaba el patio central, podía oír y notar la violencia de las llamas.

Thulin siente que el conductor desacelera el vehículo. Es como si el coche estuviera tomando una curva larga y todos los músculos del cuerpo de Thulin se ponen en tensión. Entiende que deben de haber llegado a la curva y eso significa que están a medio camino de la carretera. Se sienta erguida de golpe y en el mismo movimiento levanta los brazos con determinación para rodearlo como si sus brazos fueran un lazo corredizo. Los ojos del conductor, que están débilmente iluminados por las luces del cuadro de mandos, la descubren demasiado rápido. Es como si hubiera estado preparado, y su mano frena sus brazos con un golpe violento que la empuja hacia atrás. Thulin lo intenta de nuevo, pero él ya ha soltado los pedales y se ha encarado a ella. Genz la golpea en la cabeza y la cara. El coche se detiene por completo, aunque el motor sigue encendido. Se queda quieta apoyada en el asiento trasero e intenta respirar por la única fosa nasal que no tiene tapada.

—Quiero felicitarte porque eres la única persona en homicidios que sabía que tenía que vigilar. Pero eso también significa que lo sé todo de ti. Conozco el olor que emite tu cuerpo cuando estás en tensión y te pones a sudar como

un cerdito. ¿Estás bien?

Su pregunta no tiene sentido. Ha sabido que estaba allí todo el rato y cuando coloca un cuchillo ante la cinta adhesiva que le cubre la boca, está segura de que la va a apuñalar. En vez de eso, hace un corte en la cinta y Thulin puede quitársela con las manos atadas y al fin respirar.

—¿Dónde están? ¿Qué les has hecho?

—Ya lo sabes.

Thulin sigue apoyada en el asiento, tratando de recuperar el aliento, observando la granja en llamas, a sus espaldas.

—Hess no parecía demasiado preocupado por morir. Y por cierto, me pidió que te diera sus saludos antes de cortarte el cuello. Si es que eso te sirve de consuelo.

Thulin cierra los ojos. Toda la situación la supera y nota que empiezan a brotarle las lágrimas. Lloro por Hess y por Rosa Hartung, pero sobre todo por su hija Le, que la espera en casa y no tiene la culpa de nada.

—La niña Hartung. ¿También la has...?

—Sí. Tuve que hacerlo.

—Pero ¿por qué?

Su voz suena débil y Thulin odia que haya sonado así, pero no lo puede remediar. Escucha la inspiración profunda de Genz y observa su perfil. Es como si estuviera observando la oscuridad, esperando que ella tuviera la respuesta. Está como ausente unos instantes y luego vuelve su cara oscura hacia ella.

—Es una larga historia. Tengo prisa y tú necesitas dormir.

Su mano alza el cuchillo para clavárselo y Thulin levanta las manos para protegerse.

—¡Geeeeeeeeeeenz...!

El grito desgarrar el silencio, pero no reconoce la voz ronca. Está cerca, como si viniera de la profundidad del bosque o de algún lugar del sotobosque. Genz se pone rígido y se gira inmediatamente hacia la luna frontal y la oscuridad del exterior. Thulin no puede ver toda la cara de Genz, pero es como si este mirara algo fijamente. Thulin lucha para incorporarse en el asiento y poder ver por la ventana, hasta donde llega la luz de los faros que ilumina el camino nevado. Y entonces entiende por qué.

Su pecho está a punto de estallar y su corazón golpea sus costillas doloridas, como si fuera un martillo. Su aliento forma pequeñas nubes arrítmicas y sus brazos tiemblan de frío cuando intenta empuñar la pistola. Hess está a unos setenta y cinco metros en pie en medio del camino cubierto de nieve, justo en el límite del haz de luz de los faros delanteros, el sitio exacto donde ha aparecido como un muerto viviente, dando tumbos desde la oscuridad total del bosque, unos segundos antes.

El primer tramo de bosque había estado iluminado por la granja ardiendo a sus espaldas. Las llamas lanzaban su fulgor salvaje y Hess había corrido en dirección a las altas siluetas de los árboles en sombra. Recordó que el camino hasta la carretera no era recto, que tenía forma de arco, como una enorme C, y su esperanza era acortar el trayecto para llegar allí antes que el coche. Pero al adentrarse en el bosque, la luz de las llamas se debilitaba. El reflejo de la blanca nieve le ayudaba un poco, pero el bosque era cada vez más denso y al final ya casi corría a ciegas. La oscuridad resultaba omnipresente pero los contornos de los árboles tenían un tono todavía más negro, así que decidió seguir recto, sin importarle los obstáculos que pudiera encontrar. Había caído varias veces en la nieve, hasta que perdió por completo la dirección. Justo en ese momento había visto una débil luz moviéndose a su izquierda. La luz estaba lejos y seguía moviéndose, pero de repente había disminuido la velocidad. Cuando al fin había llegado a la carretera, tenía el coche a sus espaldas y el vehículo estaba parado, aunque seguía con el motor y los faros encendidos.

Hess no sabe por qué el coche se ha detenido, pero tampoco le importa. Ve a Genz sentado detrás de la luna frontal del vehículo, en la oscuridad, y Hess no piensa moverse ni un milímetro. Se arma de paciencia y apunta con su pistola en dirección al coche. El viento silba entre los árboles y de repente oye el sonido irreal de un móvil, que está sonando. Se da cuenta de que es el suyo. Observa el coche y descubre la débil luz de una pantalla de teléfono en

el lado donde se sienta el conductor. Titubea pero al final saca su móvil del bolsillo sin quitar la vista del coche.

La voz es fría e inexpresiva.

—¿Dónde está Hartung?

En la oscuridad de la luna frontal se insinúa una silueta en el asiento del conductor. Esa pregunta le recuerda a Hess que lo único que le importa a Genz es atormentar a Rosa Hartung e intenta controlar su respiración para sonar lo más tranquilo posible.

—Está bien. Está descansando en la explanada. Espera que vuelvas allá y le expliques qué ha pasado con su hija.

—Mientes. No has tenido tiempo de sacarla de allí.

—Tu sierra casera no solo sirve para cortar huesos. Un buen policía científico lo habría pensado, antes de dejarla allí, ¿no crees?

Solo hay silencio al otro lado del aparato. Hess sabe que Genz está recorriendo mentalmente el interior del sótano y pensando cómo pueden haberse sucedido los hechos, para saber si Hess está diciendo la verdad, y ese largo silencio le hace temer que Genz vuelva atrás, aunque sabe que la policía está llegando.

—Dile que me pasaré a verla otro día. Muévete, tengo a Thulin.

—Me importa un carajo. Sal del coche y ponte boca abajo en el suelo, con los brazos separados del cuerpo. —Silencio—. Genz, ¡sal del coche inmediatamente!

Hess apunta al único punto iluminado que ve dentro del vehículo. Pero la pantalla iluminada tras la luna frontal desaparece, porque Genz ha cortado la llamada. Al principio, Hess no sabe qué puede significar. Pero en ese momento, Genz pisa el acelerador a fondo y el motor se pone a todo gas. Los neumáticos resbalan en la nieve y el humo del tubo de escape sube bañado en la luz rojiza de las luces traseras, hasta que las ruedas se agarran al terreno y el coche avanza a gran velocidad.

Hess tira su teléfono y apunta. El coche va directamente hacia él y a cada metro aumenta la velocidad. Dispara una primera vez, y luego dos y tres. Los primeros cinco disparos apuntan al capó del coche, pero no ocurre nada, y sus manos temblorosas son la razón. Lo intenta de nuevo, agarra fuertemente la empuñadura y dispara una y otra vez, cada vez menos seguro de lo que está haciendo. Es como si el coche estuviera protegido por un escudo invisible y cuando está a unos treinta metros de él, se da cuenta de que si sigue

disparando puede acabar dándole a Thulin, si es que realmente está dentro. Su dedo permanece fijo en el gatillo. Aumenta el estruendo del motor y él sigue empuñando el arma, de pie, en medio del camino, pero el dedo sigue sin moverse ni un milímetro. Se da cuenta de que se arriesga a que le atropellen, que ya no le da tiempo a tirarse hacia un lado. En el último segundo ve un movimiento tras el vidrio frontal y el coche se sale del camino. Hess nota el calor del capó, cuando el vehículo pasa a unos milímetros de su cadera y cuando se da la vuelta, ve que el coche sigue hacia la carretera. Explosión de sonidos. Metal que se aplasta, vidrio que estalla, el sonido del motor que acelera hasta llegar a una frecuencia aguda y estridente y también una alarma que se activa. Dos siluetas indistintas salen disparadas por la luna frontal y son lanzadas sin control en dirección a los árboles como si fueran muñecos. Es como si estuvieran atados dando vueltas en el aire, pero entonces se separan y una sigue su trayectoria, se estampa contra un árbol y se integra en la oscuridad, sin más.

Hess corre hacia allí. El capó del coche rodea el tocón de un árbol pero los faros siguen iluminando y lo primero que ve es la silueta en el árbol grande. Una rama ancha y torcida sobresale de su pecho. Sus piernas tiemblan en el aire y cuando su ojos descubren a Hess, se le queda mirando fijamente.

—Ayuda... me...

—¿Dónde está Kristine Hartung? —Los ojos miran a Hess con espasmos, casi como si estuviera sorprendido—. Genz, contéstame.

Y la vida se le acaba. Está colgado y su cuerpo se apoya en el tronco, es casi como si estuviera en comunión con el árbol. Tiene la cabeza caída y los brazos hacia los lados igual que una de sus figuras. Hess mira ansioso a su alrededor, llama a Thulin y nota las bolas de castañas crujir en la nieve, bajo las suelas de sus zapatos.

MARTES 3 DE NOVIEMBRE, PRESENTE

*E*l pequeño cortejo de tres coches baja la rampa y desembarca del ferri, justo cuando salen los primeros rayos de sol. En Rostock hace frío y mucho viento. El cortejo se dirige al punto de destino, que está a un par de horas del puerto. Hess está sentado al volante del tercer vehículo y, aunque no puede predecir si será en vano el viaje, por lo menos le resulta agradable poder salir de la ciudad. En la comisaría y en el resto de unidades ha imperado la consternación y cada unidad ha tenido que hacer su *mea culpa* en los últimos días, pero el sol de noviembre se refleja en la autopista alemana y ahora puede encender tranquilamente la radio sin que le obliguen a escuchar las múltiples disputas internas y la caza de culpables que está en su punto álgido en el país que acaban de dejar atrás.

El descubrimiento de que Genz era el Hombre de Castañas había sido un shock para todos. Como jefe de la Unidad de la Policía Científica había sido un faro para su equipo y todavía había discípulos en la unidad a quienes les costaba aceptar que había abusado de su cargo y que había asesinado a tantas personas. Entre los que siempre se habían mostrado críticos, se decía que a Genz se le había concedido demasiado poder y que ya habían advertido de eso mucho tiempo atrás. Pero las críticas y las acusaciones no cesaban allí. Los medios se mostraban especialmente enfurecidos. La unidad de la policía científica, que se había beneficiado del trabajo de Genz y sus capacidades sin jamás sospechar absolutamente nada, estaba bajo el punto de mira. Y lo mismo pasaba obviamente con la jefatura policial, que en su momento había secundado su nombramiento de jefe de la científica. El ministro de Justicia se había esforzado mucho explicando que cada cual asumiría las consecuencias de sus errores, pero no hasta que se conocieran todos los pasos seguidos y las actividades paralelas llevadas a cabo por Simon Genz.

Mientras la prensa presionaba a las autoridades, Hess y el resto de inspectores se habían concentrado en atar los cabos sueltos del caso. A Hess le había sorprendido averiguar cuánto había ido influyendo Genz en la

investigación de los asesinatos. Para empezar, les había dado la pista del Hombre de Castañas con la huella dactilar para que la ministra de Asuntos Sociales tuviera relevancia para el caso desde el principio. Luego había conseguido que Thulin y él siguieran el paquete con el teléfono móvil de Laura Kjær hasta Erik Sejer-Lassen, mientras Genz asesinaba a su mujer en la casa de Klampenborg. Había hackeado la base de datos de pediatría del Rigshospitalet y había encontrado un motivo para investigar a los hijos de Laura Kjær, Anne Sejer-Lassen y Jessie Kvium, porque resultaba que Olivia Kvium también había estado ingresada en el hospital por «accidentes domésticos», para luego mandar esas denuncias al ayuntamiento y conseguir que la policía se diera cuenta de la ineficacia del sistema. También han averiguado cómo se preparó para la trampa que le habían tendido en Urbanplanen. Piensa en lo presionado que se debió sentir cuando Thulin y Hess lo fueron a ver para hablar de Linus Bekker y por eso debió de dejar los miembros amputados en el domicilio de Skans y Neergaard, aprovechando que él mismo tuvo que personarse para llevar a cabo su trabajo. Por último, aunque no por ello menos importante, también han averiguado como Genz encontró la furgoneta de la pareja a través del dispositivo de rastreo de Hertz, que luego siguió para encontrarlos en el bosque y asesinarlos, antes de llamar a Nylander y decirle dónde se encontraban. Había sido espeluznante ir descubriendo estas realidades y seguramente les esperaban más en los próximos días. Sobre todo porque no quedaba claro qué rol habría tenido Genz en relación con la desaparición de Kristine Hartung el año pasado.

En relación al historial personal de Genz, se había examinado y profundizado en la información que Hess encontró en el registro RX. Se había separado a los mellizos huérfanos después de su estancia con los Ørum, y cuando las autoridades ya no pudieron encontrarle otra familia de acogida, a los diecisiete años ofrecieron a Toke Bering una plaza en un internado de VestSjælland. Y su suerte cambió. Un hombre de negocios de edad avanzada y sin descendencia, que era el administrador de un fondo cuyo objetivo era asegurar el futuro de algunos jóvenes desfavorecidos de la escuela, acabó adoptándolo. El hombre, que se apellidaba Genz, le había ofrecido la posibilidad de empezar de cero estudiando bachillerato en una escuela de élite en Sorø, ahora con el nuevo nombre de Simon Genz, y resulta que el joven empezó a despuntar en los estudios rápidamente. Pero el experimento social del hombre de negocios solo había sido un éxito de cara a la galería,

porque a los veintiún años, cuando Genz cursaba los estudios de economía aplicada a la informática en la Universidad de Aarhus, había tenido contacto con la víctima de Risskov en 2001. Según el atestado redactado por la policía de Aarhus, «el estudiante Simon Genz, que vive en la residencia de estudiantes ubicada frente al domicilio de la víctima, ha sido interrogado en relación a la posibilidad de que haya visto al exnovio de la víctima el día del asesinato». O sea que Genz había vivido cerca de la víctima y había ofrecido su ayuda a la policía para intentar aclarar el asesinato, que él mismo probablemente había cometido.

Cuando su mecenas al cabo de poco había fallecido por un paro cardíaco, Genz heredó una suma de dinero importante y aprovechó su recién adquirida libertad para mudarse a la capital y cambiar de estudios. Había opositado a la escuela de policía con la modesta meta de convertirse en agente de la policía científica. Su profesionalidad y dedicación no habían pasado desapercibidos y paralelamente también había aprendido a entrar en el registro de personas y pudo cambiar su número del documento de identidad, y desvincularse por completo de Toke Bering. A partir de ahí, Genz hizo su impresionante carrera, pero al mismo tiempo también resultaba espeluznante, porque ahora habían reabierto dos casos no resueltos de asesinatos de mujeres cometidos entre 2007 y 2011, donde se había observado la presencia de hombres de castañas en las fotografías de las escenas del crimen.

Desde 2014 había estado vinculado a la Bundespolizei y Scotland Yard como experto acreditado, pero abandonó los dos cargos cuando consiguió el de jefe de la científica en Copenhague. La verdadera razón por la que había solicitado el puesto fue para poder llevar a cabo su plan para destrozarse a Rosa Hartung, que poco antes se había convertido en figura pública como ministra de Asuntos Sociales. Genz había comprado la Granja de Castañas enseguida, y la había reformado por completo con el dinero que le quedaba de la herencia. El otoño pasado, cuando empezaban a perder su follaje los árboles de hoja caduca, Genz estaba preparado para mover la primera ficha en su gran venganza contra Rosa Hartung. Siendo jefe de la Unidad de la Policía Científica pudo controlar y alterar el material probatorio de la investigación. Para empezar alteró las pruebas que evidenciaban que el secuestro de Kristine se había llevado a cabo en otro lugar, pero más tarde también manipuló el material que acabaría encerrando a Linus Bekker. Analizando el ordenador de Genz en el laboratorio, Thulin había podido concluir a lo largo del fin de

semana que Genz sabía que Linus Bekker había hackeado la base de datos de la policía mucho antes de que los inspectores lo averiguaran, aunque obviamente no se lo había mencionado a nadie. Genz comprendió que había encontrado el chivo expiatorio que necesitaba y no costó demasiado colocar el machete con la sangre de Kristine Hartung en el garaje del edificio de Bekker, además de dar el soplo anónimo a la policía. Que Bekker mientras tanto hubiera elegido confesar el crimen debía haber sido un plus de diversión para Genz, aunque no era necesaria, ya que el material probatorio era suficientemente importante como para llevarlo a juicio.

Para Hess, el problema primordial era que nada en las pocas pertenencias de Genz evidenciaba qué había pasado en realidad con Kristine Hartung. Todas las eventuales pistas habían sido borradas, destruidas o quemadas, como manifestaba el incendio que había destruido la Granja de Castañas. Hess confiaba en la información que pudieran proporcionarles los dos teléfonos móviles que encontraron en el vehículo destrozado del bosque, pero ambos habían resultado ser nuevos y recién estrenados el día que los requisaron. En cambio, el histórico del GPS del vehículo sí había revelado una serie de trayectos a una zona específica al sureste de Rostock, en el norte de Alemania. En un primer momento no había suscitado ningún interés especial por la relación profesional que había mantenido con la Bundespolizei en el pasado, pero cuando Hess el día anterior se puso en contacto con la compañía de transporte marítimo de pasajeros que cubre la ruta de Falster y Lolland, de repente la pista de Rostock había empezado a generar interés. Habían detectado que un coche de alquiler de color verde oscuro seguía estacionado en las inmediaciones del puerto de Rostock y que llevaba allí desde el viernes, en que Genz moría abrazado a un castaño. Al dirigirse a la empresa de alquiler de coches alemana, averiguó que el vehículo estaba alquilado a nombre de una mujer.

—*Der name der Vermieterin ist Astrid Bering* (El nombre que consta en el contrato de alquiler es Astrid Bering) —había constatado la voz al otro lado del aparato.

A partir de allí se habían acelerado las indagaciones. Hess había utilizado uno de sus muchos contactos en la policía germana, y tras un par de rodeos, había sabido que la hermana gemela de Genz ahora estaba inscrita en el censo

del país germano, y que constaba que actualmente estaba empadronada en un pequeño pueblo llamado Bugewitz, a dos horas en coche de Rostock y no muy lejos de la frontera con Polonia. Hess recordó que el rastro de la hermana desaparecía después del centro psiquiátrico en el que había estado internada un año antes, según el registro RX. Pero si ella y Genz habían estado en contacto durante todo este período de tiempo, y el histórico del GPS del coche de Genz así lo confirmaba, bien podría ser que la hermana fuera la única persona del mundo que sabría qué había pasado con Kristine Hartung.

—Thulin, despierta.

Ha comenzado a sonar un teléfono móvil bajo el bulto que está a su lado y Thulin descubre su cabeza somnolienta y desplaza la chaqueta acolchada con la que antes se había tapado por completo.

—Podrían ser los alemanes. Como iba a conducir yo, les pedí que te llamaran a ti si encontraban algo. Si son ellos, pásamelos.

—No tengo ningún tipo de impedimento y además hablo alemán perfectamente.

Hess sonríe mientras Thulin, que por lo visto tiene muy mal despertar, manosea los bolsillos de su chaqueta en busca del aparato. Su brazo izquierdo descansa en un cabestrillo porque ha sufrido dos fracturas y eso, además de su cara magullada, le da un aspecto terrorífico. Hess tampoco tiene buena pinta y formaban una estrambótica pareja cuando habían subido a desayunar al bufé del ferri, hacía menos de media hora. Cuando volvieron a los coches ella había preguntado si le parecía bien que echara una cabezadita y él le había dicho que por supuesto. Llevaban trabajando intensamente desde el sábado por la mañana para tratar de encontrar pistas que explicaran qué había pasado con Kristine Hartung. A ambos les habían ofrecido unos días de descanso en sus respectivos trabajos para poder cerrar el caso y recuperarse físicamente, y Hess está convencido de que Thulin no ha dormido mucho los últimos dos días. Además se seguía sintiendo en deuda con ella por haberle pegado una patada a Genz mientras aceleraba el coche, porque si no lo hubiera hecho ahora seguramente estaría muerto. Hess había encontrado a Thulin desmayada en la nieve, un poco más allá del castaño del que colgaba Genz, y no tenía manera de saber si sus lesiones eran serias. Cuando le llegó el sonido de sirenas acercándose, levantó su menudo cuerpo, la llevó hasta la carretera, en dirección a las furgonetas policiales y la acompañó al hospital

más cercano con el primer vehículo que se había detenido.

—*Yes... Gut... I understand... Danke.*

Thulin corta la llamada y una chispa se le ha formado en los ojos.

—¿Qué dicen?

—Los GEOS nos esperan en una plaza de aparcamiento que está a cinco kilómetros del domicilio. Uno de los policías locales dice que efectivamente vive una mujer en la casa y que la descripción coincide con alguien de la edad de Astrid Bering.

—Pero ¿qué?

Hess puede ver por la cara de Thulin que hay más, pero no sabe leer si es bueno o malo.

—La mujer nunca ha tenido contacto con nadie en el pueblo. Pero parece ser que la han visto paseando por un bosque cercano con un niño de unos doce o trece años, que hasta ahora pensaban que era su hijo...

*E*l sol brilla tras la ventana con escarcha. Las bolsas de viaje están preparadas sobre la alfombra de coco, a sus pies. Astrid espera impacientemente en el recibidor de la casa a que la pequeña familia de tres ciclistas se aleje un poco más de la casa, para que no la vean cuando abra la puerta y corra hacia el coche. Tan solo hay unos quince pasos hasta el garaje en el que está estacionado el pequeño y maltrecho Seat, pero aun así está impaciente, porque quiere dejar las bolsas en el maletero y volver a la casa a buscar a Mulle antes de que venga otro ciclista o algún coche por la carretera que pasa por delante de la pequeña casa en la que viven.

Astrid ha dormido poco esta noche. Ha estado despierta hasta las tantas, pensando en lo que habrá pasado, y a las seis y cuarto de esta mañana ha decidido desafiar las órdenes de su hermano y largarse de allí cuanto antes. Ha quitado el cerrojo de la pequeña despensa y despertado a Mulle. Le ha dicho que se vistiera, mientras ella le preparaba el desayuno. Hoy solo les toca un par de tostadas con mermelada y una manzana para Mulle, porque no se ha atrevido a ir al supermercado desde mediados de la semana pasada. Sus bolsas de viaje están preparadas desde el viernes por la noche, que es cuando el hermano les había pedido que estuvieran preparadas para cuando él llegara y que se marcharían enseguida. Pero no había venido. Astrid lo había esperado pacientemente y no había parado de mirar por la ventana de la cocina, en dirección a la carretera y con el corazón en un puño, observando cada uno de los coches que pasaban. Pero ninguno se detenía en la solitaria casa emplazada entre los campos de cultivo y el bosque. Había sentido miedo pero también alivio, ambas partes por igual. Pero no se había atrevido a reaccionar hasta ahora. Había esperado un día. Y otro. Y luego otro más. Normalmente siempre llamaba a la hora exacta, por las mañanas, y también por la noche, para asegurarse de que todo estaba en orden, pero ella no podía llamarlo a él, porque no sabía su número de teléfono. Hace mucho que su hermano le había explicado que era mejor así para seguir adelante con el

plan, y por eso se había conformado, sin rechistar. Igual que siempre se conformaba con todo lo que planeaba o proponía él, y eso era así porque él era el inteligente y el que sabía lo que era mejor para ambos.

Si no fuera por su hermano, Astrid habría muerto por ingesta de drogas y alcohol, porque se odiaba profundamente a sí misma. Su hermano se había dirigido incansablemente a todos los centros de rehabilitación posibles y había conseguido diseñar nuevos planes de medicación para paliar su adicción. Se había sentado pacientemente ante todos y cada uno de los médicos, escuchando los trastornos que aquejaban su mente, y a Astrid ni siquiera se le había ocurrido pensar que el sufrimiento por el que ella pasaba también lo sufría él. Astrid tenía claro de lo que era capaz su hermano, porque lo había visto con sus propios ojos en la granja de los Ørum muchos años atrás, pero como había estado tan inmersa en su propio dolor, no se había percatado del que había pasado él, hasta que ya era demasiado tarde.

Hace poco más de un año, cuando se encontraba ingresada en un centro psiquiátrico, un día la había ido a buscar y la había llevado hasta su coche. Se habían embarcado en el ferri y habían seguido hasta un lugar al sur de Rostock, donde le mostró una pequeña casa que había comprado y escriturado a nombre de ella. No había entendido absolutamente nada. Pero el lugar y los colores otoñales de los árboles habían sido magníficos ese día y se sintió abrumada y agradecida por todo lo que había hecho. Hasta que le explicó con qué propósito había comprado la casa y qué utilidad tendría.

Había ocurrido esa misma noche, cuando trajo a la niña metida en el maletero del coche, completamente sedada. Astrid se había quedado aterrorizada. Había reconocido a la niña por las noticias que había visto en la televisión del centro psiquiátrico, en las que explicaban que había desaparecido un mes antes. Y su hermano la había metido en brazos con una sonrisa triunfal y le había recordado quién era la madre de la criatura. Astrid se había negado a apoyar al hermano, pero este había tenido un ataque de cólera y le había dicho que mataría a la niña si Astrid se negaba a cuidar de ella y vigilarla. Después la había acomodado en la pequeña estancia que anteriormente debió ser una despensa, y que su hermano había preparado para que la niña pudiera dormir allí. Había advertido a Astrid que la casa estaba dotada de cámaras de vigilancia, y que él siempre y a todas horas sabría lo que estaban haciendo o dejaban de hacer. Ella le había temido, incluso más que esa vez en la que lo había visto en el sótano con el hacha en

la mano, al lado del cadáver del policía.

Al principio había evitado cualquier tipo de contacto con la niña. Solo entraba en la estancia dos veces al día para colocar una bandeja con comida. Pero el llanto continuado había sido insufrible y la tristeza de la niña le recordaba todo lo que ella había sufrido cuando también la encerraban. Así que Astrid empezó a dejarla salir a comer con ella a la mesa de la cocina. O para ver una serie juvenil que daban en un canal alemán de televisión y que veían sentadas en el sofá del salón. Astrid sentía que las dos estaban prisioneras bajo el mismo techo, y el tiempo pasaba un poquito más deprisa cuando por lo menos podía pasar algunos ratos con la niña. Pero un día Mulle intentó huir de la casa y Astrid tuvo que cortarle el paso y encerrarla en la despensa de nuevo. No tenían vecinos, así que el ruido no le preocupaba, pero aun así a Astrid se le hacía insoportable porque sentía lástima por la niña. Por ello, y justo después de navidades y el Año Nuevo, que no había tenido fuerzas para celebrar, había decidido instaurar ciertas rutinas, para aprovechar el tiempo que pasaban juntas.

Comenzaban el día con el desayuno y después hacían ejercicios escolares. Una vez que se habían desplazado hasta un pueblo más grande, Astrid había aprovechado para comprarle un estuche rojo y cuadernos de matemáticas y de inglés. Cada día intentaba enseñarle algo nuevo a la niña y pasaban muchas horas sentadas a la mesa de la cocina, trabajando. Las clases de danés se las daba con la ayuda de una página web que había encontrado en la red, y la niña le había agradecido varias veces que hubiera tenido esa iniciativa. Durante las mañanas impartía esas tres asignaturas, más tarde preparaban la comida entre las dos, comían y luego hacían clases de gimnasia en el salón. La primera vez que habían reído juntas ocurrió en una de esas sesiones, por la pinta ridícula que tenían las dos haciendo ver que corrían, sin moverse ni un metro del salón y levantando las rodillas hasta la altura del abdomen. Eso había sido a finales de marzo y Astrid se había sentido más feliz que en muchos años. A partir de ese momento había empezado a llamar a la niña Mulle, porque era el nombre más dulce que se le había ocurrido.

El hermano venía a la casa por lo menos una vez por semana y cuando estaba él, cambiaba el ambiente y ya no se sentían tan cómodas. Astrid y Mulle se mantenían calladas y expectantes, como si acabara de entrar un verdugo en la casa. El hermano notaba el vínculo que se estaba creando entre ellas y le había advertido a Astrid que eso podría tener consecuencias

negativas. Se lo había recordado varias veces, incluso por teléfono, cuando las cámaras se chivaban de la libertad que Astrid en algún momento le daba a la niña. Cuando cenaban juntos los tres normalmente era en silencio y él se quedaba mirando a Mulle con la cara sombría, cuando la niña recogía los platos, y Astrid se ponía alerta y vigilaba cada uno de sus movimientos. Pero nunca había pasado nada. Solo había pegado a Mulle una vez y además había sido con la mano abierta, el día que intentó huir.

Había pasado en verano. Hacía tanto calor que era imposible estar dentro de la casa y por eso habían empezado a hacer las clases en la pequeña terraza de la parte de detrás de la casa y también la de gimnasia. Pero un día Mulle le había preguntado si podían ir a pasear por el bosque. Astrid no pensó que eso pudiera ser un problema porque el bosque es muy grande y pocas veces se había cruzado con alguien cuando ella salía a pasear. Además, estaban lejos de Dinamarca y el aspecto de Mulle había cambiado mucho en todos estos meses. Ahora tenía el cabello corto y llevaba ropa más masculina. Había tenido que suplicar a su hermano que la dejara pasear por el bosque y finalmente lo consiguió. Pero en una de las salidas Mulle había intentado huir. Al ver que había otros paseantes en el bosque, Astrid había dado media vuelta como siempre hacían cuando veían que había gente. En ese momento la niña se había soltado e intentado huir en dirección a una pareja de personas mayores. Astrid tuvo que arrastrar a la histérica niña de vuelta a casa y quedó claro por las grabaciones de las cámaras que algo había ocurrido. Al cabo de pocas horas, había llegado el hermano y había castigado a la niña. Solo podría salir de la despensa para ir al lavabo. Y así pasaron treinta días. Cuando al fin pasó el castigo, Astrid la sacó a la terraza y le dio el helado más grande que encontró en el supermercado. Le explicó cuánto la había decepcionado. Mulle le pidió disculpas y Astrid abrazó el menudo y delgado cuerpo de la niña. A partir de entonces todo fue bien con las rutinas, las lecciones y la gimnasia, y Astrid deseaba que todo siguiera así. Pero entonces había llegado el otoño, y también el hermano con sus castañas.

—Quédate aquí, Mulle. Ahora vuelvo.

La familia ciclista ya está lejos. Astrid abre la puerta principal de la casa y sale al aire fresco y despejado con una bolsa de viaje en cada mano. Corretea en dirección al garaje tratando de calcular cuántos kilómetros llegarán a hacer de una tirada durante el día de hoy. No ha tenido tiempo de idear un plan, porque de eso normalmente se ocupa su hermano, y ahora de repente se tiene

que encargarse ella. Pero si Mulle está con ella, todo irá bien. Ha entendido que ellas dos siempre estarán juntas y hace mucho que ha dejado de pensar que la niña tenía otro hogar antes de vivir con ella. De hecho, puede que sea una ventaja que su hermano no haya venido, porque muy adentro siempre ha sospechado que le haría daño a la niña una vez hubiera llevado a cabo su terrorífico plan.

Es lo último que llega a pensar antes de entrar en el garaje, y una mano con guantes le cubre la boca. Varios hombres encapuchados la empujan contra la pared. Van armados con rifles y vestidos de negro. Parecen soldados.

—*Wie viele gibt es im Haus!?* (¿Cuántas personas hay en la casa?)

—*Das Mädchen, wo ist sie!?* (¿La niña, ¿dónde está?!)

—*Antworte!* (¡Responda!)

Le quitan las bolsas de un tirón, pero Astrid está demasiado sorprendida para responderles, hasta que un hombre alto con los ojos de colores diferentes le habla en danés y entonces consigue balbucear que por favor no se lleven a su niña. Astrid nota que no puede tragar saliva y empieza a derramar lágrimas, porque el hombre no la escucha.

—¿Dónde está? —sigue preguntándole. No es hasta que entiende que estos hombres entrarán en la casa por la fuerza, empuñando sus rifles y con esos terroríficos gorros, que le explica lo que quiere saber y después se derrumba sobre las baldosas, a los pies del hombre.

*H*a vaciado la cocina de una manera que entiende que ya no volverá a poner los pies aquí. Lleva la ropa de abrigo y está sentada en el taburete, al lado de la maltrecha mesa de linóleo, esperando que su madre entre a buscarla, porque a ella no la dejan salir sola.

No es su madre de verdad, pero «madre» es lo que la mujer le ha pedido que la llame. En vez de llamarla por su nombre, que es Astrid. Sobre todo insiste en que la llame «mamá» cuando no están dentro de la casa. Todavía recuerda a su verdadera madre, a su padre y también a su hermano pequeño. Y cada día sueña con verlos. Pero soñar es doloroso y ha aprendido a hacer lo que le dicen, sin rechistar, hasta el día que tenga la oportunidad de huir. Lo ha intentado varias veces en la realidad, pero sobre todo en su imaginación, y hasta ahora nunca lo ha conseguido. Aun así, en este momento nota un halo de esperanza. Es un sentimiento extraño, pero espera alerta y mira por la ventana que da hacia el garaje.

Empezó unos días atrás, cuando el hombre no había llegado, aunque era lo que habían acordado. Madre había hecho las bolsas y le había dicho que se sentara en el taburete, a su lado, y estuviera preparada para salir. Pero el hombre no había venido. Tampoco al día siguiente, ni al otro. Y tampoco las había llamado. Madre se había mostrado más nerviosa y preocupada de lo habitual. Y cuando la había despertado esta mañana, enseguida había entendido que la mujer había tomado una decisión.

Salir de allí puede ser una buena opción. Dejar atrás la casa que tanto odia, al hombre y las cámaras, que siempre la hacen sentirse vigilada. Pero ¿dónde van y por qué? ¿Y si es un lugar peor que este? No se atreve a imaginar algo peor. Y no sabe exactamente por qué le invade este sentimiento de esperanza, pero tendrá que ver con la ranura de luz del día que se cuele por la puerta abierta de la entrada y el hecho de que madre todavía no ha vuelto.

Baja del taburete con cautela y se levanta, todavía con la mirada pendiente del garaje, que no pierde de vista ni un instante. Desde la esquina del techo de

la cocina parpadea la luz roja de la cámara de vigilancia y titubea antes de poner un pie delante del otro para empezar a caminar.

Nylander odia profundamente el hecho de que está al lado de un bosque al norte de Alemania, esperando ser informado por los GEOS si finalmente Kristine Hartung está en esa casita de madera o no. Todo parece estar ocurriendo fuera de su control y ha sido así desde el viernes, que es cuando todo se ha ido al carajo. Su humillación además ha sido emitida por todas las cadenas de televisión, en vivo. La responsable de comunicación con la que Nylander tenía planeado retozar en una habitación de hotel había sido la encargada de comunicarle que desde jefatura habían decidido que debía humillarse públicamente, admitiendo que había errado en la conclusión que hasta ahora habían ofrecido del caso. Y que por supuesto quedaba pendiente que felicitara a Hess y a Thulin por haber aclarado el caso tan satisfactoriamente.

A los ojos de Nylander, lo mismo hubiera sido que jefatura le cortara los cojones y los clavara en la fachada de la comisaría. Pero había hecho lo que le habían ordenado y más tarde había tenido que ver cómo su propio equipo se había abalanzado sobre las pocas pertenencias que había dejado Genz, con la esperanza de encontrar rastros de la niña Hartung, cuyo caso Nylander había insistido en dar por cerrado ante múltiples cámaras de televisión, unos pocos días antes.

Por eso Nylander siente que está con mierda hasta el cuello, pero aun así se ha desplazado hasta aquí formando parte del pequeño cortejo de coches que han salido de comisaría esta mañana temprano. En breve amainará la tensión y él sabrá si le van a dar el golpe de gracia. Si Kristine Hartung no está en la casa, podrá paliar los daños y su caso seguramente seguirá siendo un enigma, sobre el que podrá tejer ante los medios algo que le convenga profesionalmente. Pero si Kristine Hartung está en esa casa, se desatará el infierno. A menos que consiga escurrir el bulto aduciendo que sus errores eran del todo comprensibles y que exclusivamente los había cometido porque alguien, o sea otro que no es él, cometió el garrafal error de contratar a un

psicópata como Genz para un cargo tan importante.

Los GEOS alemanes han rodeado la casa, se agrupan por parejas y se preparan para entrar. Pero de repente se paran. La puerta principal se ha abierto y una silueta menuda y delgada sale corriendo a gran velocidad. Nylander la sigue con la mirada. Cuando llega a la mitad del césped del jardín húmedo por el rocío de la noche, se detiene asombrada y los mira fijamente.

Todos se han quedado helados. Sus rasgos han cambiado. Ha crecido, y su mirada es salvaje y oscura. Pero Nylander ha observado su fotografía tantas veces que enseguida la reconoce.

*T*ardan demasiado y Rosa presiente que es mala señal. No pueden ver la casa desde el tramo de carretera en la que se encuentran, pero les han dicho que está a unos quinientos metros de ellos, al otro lado del campo de cultivo, tras la valla rústica y los árboles y arbustos altos. El sol brilla, pero el viento es glacial, y las dos grandes furgonetas de la policía alemana no les protegen lo suficiente.

Rosa y Steen habían insistido mucho en venir cuando ayer por la noche les informaron de que la policía estaba siguiendo una pista que los había llevado a Alemania. Al parecer la hermana del asesino vive en una casa cerca de la frontera con Polonia y algo les parecía indicar que la intención del asesino había sido llegar hasta ella, si no hubiera muerto en el camino del bosque, no muy lejos de la Granja de Castañas. Por lo visto existe la posibilidad de que la hermana sea cómplice y que por lo tanto sepa algo de Kristine. Como no había otras pistas que seguir y los padres seguían teniendo esperanzas, esta vez se habían mostrado más categóricos que nunca y habían exigido ir con ellos. Sobre todo ahora que el asesino ya no podía darles una explicación.

Había sido lo primero que había preguntado al despertar en el hospital, después de las operaciones. Había abierto los ojos para encontrarse con la mirada vidriosa de Steen y, cuando al fin entendió que estaba en un hospital de verdad y no en esa pesadilla de sótano blanco, le había preguntado si el hombre había dicho algo de Kristine. Steen había negado con la cabeza, pero Rosa había entendido por su mirada que eso ahora mismo no era lo más importante. Steen sentía un alivio tremendo de que su mujer siguiera con vida y Rosa había visto el mismo sentimiento en la mirada de Gustav. Aunque obviamente también estaban afectados por saber que Rosa había sufrido tanto y que había sido mutilada. La pinza de quirófano que llevaba en su mano izquierda había impedido que muriera desangrada, pero el fuego había consumido la mano amputada. El médico le había explicado que el dolor desaparecería. Que en el futuro podría utilizar una prótesis que hoy día se

hacían a medida y que se acostumbraría a la nueva situación, no como ahora, en que las pocas veces que no sentía dolor se sobresaltaba cada vez que se veía en un espejo y notaba la mano que le faltaba en el extremo de su brazo.

Por extraño que parezca, a Rosa le daba igual. No estaba desconsolada, e incluso pensaba que esa ofrenda no tenía importancia. Lo habría dado todo. También su mano derecha, que habían reparado, y los dos pies, incluso su vida, si eso le permitiera retroceder en el tiempo y salvar a Kristine. En la cama del hospital le había invadido el sentimiento de culpa y tuvo conciencia del enorme pecado que había cometido tiempo atrás. Aunque en ese momento no fuera más que una niña, ella había sido la causante, y luego había pasado la mayor parte de su vida de adulta tratando de arreglarlo, pero no había ayudado en nada. Muy al contrario, Kristine había sufrido las consecuencias aunque no tenía la culpa de nada más que de ser su hija. Saber eso era terrible. Steen intentaba que no se atormentara, pero Kristine había desaparecido y el hombre que decía que se la había llevado consigo también había desaparecido. No pasaba ni un momento en el que Rosa no deseara que el hombre se la hubiera llevado a ella, y no a Kristine.

En medio del dolor y los remordimientos habían sabido de la pista el día anterior por la noche y después de mucho insistir, les habían ofrecido un asiento en el convoy de coches que se había dirigido a Alemania, poco antes de salir el sol. Unas horas más tarde, al llegar al aparcamiento donde les esperaban agentes de la policía alemana para escoltarlos hasta la casa, Steen había oído una conversación entre agentes daneses y alemanes en la que entendió que la mujer que vivía en la casa a la que se dirigían había sido vista paseando con un niño. Un niño de aproximadamente la misma edad de Kristine. Los policías daneses no querían confirmar nada y a Rosa y a Steen los habían dejado atrás con los vehículos y algunos agentes alemanes cuando se inició la operación.

De repente Rosa entiende que no se atreve a pensar que Kristine pueda estar viva. Ha vuelto a tener esperanzas, ha vuelto a construir un sueño o un castillo de naipes, que en breves instantes se tambaleará y derrumbará por completo. Esta madrugada, cuando se estaba vistiendo para venir, se ha dado cuenta de que estaba eligiendo una ropa que sabía que Kristine reconocería. Los vaqueros oscuros, el jersey de lana verde, la vieja chaqueta de

entretiempos y las pequeñas botas con forro, que Kristine siempre llamaba «botas de osito». Se había excusado a sí misma pensando que alguna cosa tenía que ponerse y que no era tan importante, pero solo había elegido ese atuendo por una razón y es que volvía a tener esperanza. La esperanza de que hoy correría hacia ella para estrecharla entre sus brazos y colmarla con todo su amor.

—Steen, quiero ir a casa. Creo que es mejor que volvamos a casa.

—¿Qué?

—Abre el coche. No está aquí.

—Todavía no han vuelto...

—No quiero estar demasiado tiempo fuera. Quiero volver con Gustav.

—Rosa, nos quedamos aquí.

—¡Abre el coche! ¿Me oyes? ¡Te digo que abras el coche!

Sacude la manija de la puerta, pero Steen ni hace el amago de sacar la llave. Ha visto algo detrás de Rosa y ahora ella también se da la vuelta para mirar en la misma dirección.

Dos siluetas caminan hacia ellos desde la valla rústica con los árboles y los arbustos. Caminan sobre el campo de cultivo en dirección a la carretera, donde están aparcados los vehículos de la policía y tienen que levantar las piernas mucho, seguramente porque el campo está embarrado y las botas se les adhieren al lodo. Una de las siluetas es una mujer policía, la que se llama Thulin. La otra silueta es un niño de unos doce o trece años y ambos van cogidos de la mano. El niño lleva el pelo corto y desaliñado. La ropa le cuelga como si fuera un espantapájaros y camina mirando al suelo, porque le cuesta caminar en el barro. Pero cuando el niño mira hacia arriba, en busca de los vehículos, donde Rosa espera al lado de Steen, lo sabe. Nota una fuerte succión en el estómago, y cuando mira a Steen para ver si él está viendo lo mismo que ella, su cara ya ha empezado a descomponerse y las lágrimas se derraman por sus mejillas.

Rosa empieza a correr. Deja atrás los vehículos y se adentra en el campo de cultivo. Cuando Kristine suelta la mano de la mujer policía y también se dispone a correr hacia ella, sabe que es verdad.

MIÉRCOLES 4 DE NOVIEMBRE, PRESENTE

*E*l cigarrillo tiene un sabor raro y Hess no tiene prisa por entrar en la atmósfera más internacional, que normalmente busca con tanta ansia. Está de pie ante el acceso a la terminal 3 y, aunque la lluvia cae a raudales, se queda un momento más para ver si a Thulin se le hubiera ocurrido venir.

Sigue teniendo la sensación que tuvo ayer y si por unos instantes se le olvida, enseguida vuelve a recordarlo cuando vislumbra el periódico digital que alguien mira en su teléfono móvil o iPad. El reencuentro de la familia Hartung con su hija ha desplazado los artículos relacionados con Simon Genz y es la gran noticia del día, solo superada en titulares por la posibilidad de que estalle otra guerra en Oriente Medio. Incluso a Hess le había costado contener las lágrimas cuando vio a los padres abrazando a su hija en el campo de cultivo, en medio del fuerte vendaval. Y cuando ayer por la noche por fin había vuelto a casa y se había tumbado en su cama de Odinparken, había dormido por lo menos diez horas seguidas y no recuerda haberlo hecho tan bien en muchísimos años.

Con una sensación de bienestar que no había sentido en mucho tiempo, había conducido con Thulin y su hija Le, que estaba de vacaciones de otoño, al centro de acogida en el que vivía Magnus Kjær. A Hans Henrik Hauge, el expadrastro de Magnus Kjær, lo habían localizado y detenido en un área de descanso en Jutlandia durante el fin de semana, pero esa no es la razón por la que Hess quiere ver a Magnus. Le y Magnus enseguida habían conectado con *League of Legends* como nexo común y mientras, la jefa de servicios les había explicado a Thulin y a Hess que habían encontrado una buena familia de acogida para el niño. La familia vivía en Gilleleje y los padres tenían diez años de experiencia previa. Además ya tenían un niño en acogida que era un poco más pequeño que Magnus y que echaba de menos tener un hermano o hermana. Parece que el encuentro de Magnus con la familia había ido bien, aunque Magnus luego había comentado que si fuera por él, hubiera preferido al «policía con los ojos diferentes». Obviamente eso no tenía ningún sentido,

pero cuando Thulin había animado a Le para que le acompañara a dar un paseo por los alrededores del centro, Hess se había quedado jugando con Magnus durante aproximadamente una hora. El botín de guerra había sido la conquista de una torre y a su paso además habían exterminado un montón de minions y hasta un campeón. Hess se había despedido de Magnus dándole un trozo de papel con el número de su teléfono móvil. Había vuelto al despacho para hablar con la jefa de servicio y verificar que la nueva familia de acogida era suficientemente buena y finalmente se había marchado del centro de acogida.

En el Museo de las Ciencias había comido con Thulin y había elegido el plato del día, que era pescado, pero Le tenía prisa por volver al Laberinto de Luz y ellos se habían quedado tomando café, sentados entre varias familias con niños pequeños, gritos y mucho jaleo. Ambos sabían que él se marcharía a Bucarest en un rato, pero la intimidad y naturalidad con que se habían comunicado los últimos días, de repente había dado paso a comentarios extraños o incluso absurdos. Hess se había perdido desesperadamente en la profunda mirada de Thulin y había intentado decir algo. Pero en ese mismo instante había vuelto la hija corriendo para arrastrarles hasta la Cueva del León, donde medían la potencia del rugido que cada uno fuera capaz de hacer, y había que meter la cabeza en el agujero de una caja y gritar lo más alto posible. Luego Thulin le había dicho que tenían que irse, pero que luego lo vería en el aeropuerto, porque iría a despedirse de él. Hess se había alegrado, y había vuelto a Odinparken deprisa, porque había quedado con el encargado de mantenimiento y el agente inmobiliario.

El agente se había mostrado completamente desconsolado, porque el comprador que había encontrado se había echado atrás porque había encontrado algo «más seguro» en Østerbro. El encargado se molestó al saber eso, y de hecho le molestó mucho más que a Hess. Así que Hess le volvió a dar las llaves de su piso al encargado y se despidió con un «gracias por todo y hasta la vista». Yendo al aeropuerto se había sentido tan bien que le pidió al taxi que diera un rodeo y lo esperara ante el cementerio de Vestre.

Era la primera vez que Hess visitaba la tumba. No sabía exactamente dónde iba a encontrarla, pero en la oficina de la iglesia le habían mostrado el camino y Hess había seguido andando hasta un pequeño bosque. La tumba lucía tan triste como había temido. Tan solo estaba la lápida, algunas hojas caídas y la gravilla. Se había sentido culpable; encontró una flor en el bosque y la colocó

con esmero sobre la gravilla. Luego se quitó el anillo de compromiso y lo enterró bajo la lápida. Seguro que ella habría querido que lo hubiera hecho mucho antes, pero incluso ahora le estaba costando muchísimo desprenderse de él. Allí de pie ante la tumba, por primera vez había dejado que los recuerdos volaran libremente y al encaminarse hacia la salida, se había sentido mucho menos pesado que cuando había llegado.

Otro taxi pasa de largo ante la Terminal 3. Hess apaga el cigarrillo y da la espalda a la lluvia. Thulin no vendrá, y puede que sea lo mejor. Él vive como un vagabundo y su vida es un descontrol. Saca el teléfono móvil del bolsillo para encontrar su tarjeta de embarque, sube las escaleras mecánicas y cuando está a punto de llegar al puesto de control descubre que ha recibido un SMS.

«Buen viaje», pone y nada más. Mira de quién es el mensaje y clicla el icono de la imagen que está adjunta.

Al principio no entiende qué está viendo. Es un dibujo infantil muy raro que representa un árbol muy grueso con varias ramas y algunas fotografías enganchadas. Hay una foto de él, una de un hámster y otra de un periquito. Y entonces se ríe. Ríe a carcajadas. Cuando al fin llega al puesto de control ha mirado la fotografía muchas veces y no puede dejar de reír.

—¿La has mandado? ¿La ha visto?

Le mira a Thulin mientras ella hace hueco en un cajón de la cocina para dejar la cartulina en él.

—Sí, y se nos ha hecho tarde. Ábrele la puerta al abuelo.

—¿Cuándo volverá?

—Ni idea. Abre la puerta, por favor.

La niña corre hasta la entrada hacia el sonido agudo del timbre. El hecho de que Thulin le hubiera mandado esa foto era la culminación de un día perfectamente raro. Había sido muy emocionante visitar al niño Kjær con Hess y Le, y había empeorado bastante cuando su hija les había convencido para meterse en ese infierno de familias, chillidos y jaleo que es el Museo de las Ciencias. Cuando estaban tomando un café, Thulin de repente se había puesto en tensión porque había notado el peligro inminente de estar acercándose demasiado a una vida parecida a las de las familias que los rodeaban en ese momento. Ella sabía que Hess no era así, pero cuando se puso a mirarla de esa manera tan peculiar, tuvo claro que se estaba armando

de valor para decirle algo, y Thulin no podía evitar pensar en casas unifamiliares, cuentas de pensiones y la gran mentira que sostenía el concepto de familia nuclear. Luego le había comentado que más tarde se pasaría por el aeropuerto para despedirse de él, pero solo lo había dicho para salir del paso y poder volver pitando a la seguridad de su piso.

Ya en casa, Le había insistido en imprimir una de las fotos que había sacado con el móvil. Era Hess al lado de la Cueva del León. Y quería imprimirla porque quería enganchar la foto en la cartulina con el árbol genealógico que habían hecho en la escuela.

Thulin se había mostrado contrariada. Pero en cuanto Le hubo pegado la foto, le pareció que Hess encajaba muy naturalmente entre los otros dos animales, y Le había insistido en que le mandara la foto del conjunto.

Thulin titubea ante el cajón y sonríe sin querer. Escucha a Le recibir al abuelo en la entrada y en ese momento decide que puede colgar la cartulina en la pared con un alfiler. No en un lugar demasiado destacado, por ejemplo al lado de la campana extractora. Y puede dejarla colgando allí por lo menos un día o dos.

*L*inus Bekker inspira el aire fresco, pero en el cielo ve un cúmulo de densas y oscuras nubes. La plataforma de la estación de trenes de Slagelse está desierta y ha dejado la pequeña mochila con las pocas pertenencias que ha querido llevarse de Sikringen en el suelo, a sus pies. Acaban de liberarlo y debería estar contento y sentirse aliviado, pero no es así. Libertad, pero... ¿para qué?

Algo en él le hace sopesar la opción de pedir una indemnización por error judicial, como le ha comentado su abogado. Lleva mucho tiempo entre rejas, demasiado si es por ese único delito que en realidad cometió, o sea, el de hackear la base de datos de la policía. El dinero le vendrá bien, piensa, pero también sabe que no cambiará el hecho de que se siente decepcionado. La historia del Hombre de Castañas no tuvo el final que había esperado. Desde que el año pasado había entendido que él mismo era una pieza importante en el plan, había sentido una felicidad inmensa. Al principio no entendía quién podía haber colocado el machete en su plaza de parking, pero cuando los inspectores volvieron a tratar de obtener su confesión mostrándole la fotografía de la afilada arma en la estantería, había descubierto la pequeña figura de castañas que podía verse al fondo, en la fotografía. Linus había entendido la relación. Había confesado y cada día que pasaba en el infierno de Sikringen había celebrado que se acercaba el otoño, que es cuando sabía que el Hombre de Castañas daría su próximo paso. Pensó que la espera había valido la pena cuando empezó a ver noticias de los asesinatos, pero al final resultó que el Hombre de Castañas era un amateur y que no tenía que haber confiado tanto en él.

Llega el tren, Linus Bekker tira de la correa de su mochila para levantarla del suelo y sube al vagón. Cuando se sienta al lado de una ventanilla todavía se siente abrumado por lo aburrida que le resulta la vida en general. Pero eso es solamente hasta que se fija en una joven madre que se ha sentado frente a él con su hija pequeña en el regazo. La madre sonrío y asiente amablemente

con la cabeza. Linus Bekker le devuelve el gesto y le sonríe de vuelta.

El tren se pone en marcha. Las oscuras nubes se disipan y Linus Bekker piensa que ya se le ocurriría una manera de pasar el rato.

Agradecimientos

A Lars Grarup, que siguió insistiendo en que escribiera una novela policíaca. La primera vez, cuando hace cinco o seis años era el editor en jefe de digital en *Politiken* y ya había dejado atrás su cargo de director de medios en Danmarks Radio, que es donde lo conocí.

A Lene Juul, directora editorial de *Politiken*, que junto a Lars Grarup consiguieron convencerme. Cuando al fin me animé a aceptar el desafío, pinché a medio camino, pero Lene siguió confiando en mí y me ofreció la calma y el tiempo que necesitaba.

A Emilie Lebech Kaae, productora y amante de los libros en general. Gracias por su fantástico apoyo y optimismo, cuando más los necesité.

A mis amigos Roland Jarlgaard y Ole Sas Thrane. Por leer el primer borrador y por insuflarme el valor para seguir. Un agradecimiento especial para Ole, porque contribuyó con su extraordinario conocimiento informático.

Al guionista Michael W. Horsten, por escucharme tan pacientemente en los inicios. A Nina Quist y Esther Nissen por ayudarme con las investigaciones. A Meta Louise Foldager y Adam Price por ser tan pacientes conmigo cada día que pasamos en los espacios comunes.

A mi hermana Trine, por su maravilloso apoyo y confianza.

A mi agente Lars Ringhof, por su perspicacia, enorme experiencia y buenos consejos.

A mi editora de *Politikens Forlag*, Anne Christine Andersen. Entusiasta, lista y por ser tan absolutamente sobresaliente.

A Suzanne Ortmann Reith, por su *coaching* y buen humor, que siempre se contagia.

Y el agradecimiento más grande es para mi mujer, Kristina. Por su amor, y porque nunca jamás perdió su fe en el Hombre de Castañas.

1. LIX, abreviatura de *läsbarhedsindex*, es una fórmula matemática que mide la legibilidad de un texto. Fue introducida por el pedagogo sueco C.H. Björnsson. Cuanto mayor es el número LIX, más difícil resulta el texto. (*N. de la T.*)

Título original: *Kastanjemanden*

© 2018, Søren Sveistrup y JP/Politikens Hus A/S

Publicado en acuerdo con Politiken Literary Agency.

Primera edición en este formato: enero de 2019

© de la traducción: 2019, Lisa Pram

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-17541-84-2

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.